
EL HILO DORADO
LARA BELI

El hilo dorado

Lara Beli

A mi familia

Existe una tierra de los vivos y una de los muertos, y el puente que las une es el amor, lo único que sobrevive y tiene sentido.

THORNTON WILDER,
El puente de San Luis Rey

Ahora que he descubierto la forma de volar, ¿en qué dirección debería adentrarme en la noche?

ALLY CONDIE, *Juntos*

Quoi qu'il arrive, la flamme de la résistance française ne doit pas s'éteindre et ne s'éteindra pas. (Pase lo que pase, la llama de la Resistencia francesa no debe apagarse y no se apagará).

Fragmento del discurso del general
Charles de Gaulle emitido
por la BBC el 18 de junio de 1940

Prólogo

Madrid, abril de 2011

La anciana despertó con un grito. Esta vez la pesadilla había sido de las peores, llena de lágrimas, sangre y muerte. Se incorporó en el revoltijo de sábanas y procuró serenarse. Sabía que estaba empeorando, que a su mente le costaba cada vez más diferenciar entre lo real y lo imaginario. Sus pensamientos eran como una marejada, iban y venían sin darle tregua.

Los médicos le habían dicho que intentase concentrarse en lo conocido, en los objetos cotidianos, de modo que miró con cautela a su alrededor. Los árboles del jardín se perfilaban a través de la cortina: una delicada tracería de hojas y flores que le resultaba tranquilizadora. También la cama era la misma de siempre, el mismo colchón sobre el que había dormido, soñado y amado durante los últimos sesenta años.

Suspiró pesadamente y deslizó las piernas fuera de las mantas. A pesar de que hacía calor, sus pies estaban cubiertos por un par de calcetines de hombre, blancos con rayas azules. Jamás dormía con los pies desnudos. La anciana sabía muy bien que los malos pensamientos eran como buitres entre la carroña: escarbaban y horadaban sin compasión.

Últimamente pensaba mucho en la guerra, pero en su memoria los protagonistas no eran las redadas, ni el hambre, ni siquiera los bombardeos. Para ella, la guerra era un *château* iluminado como un fuego fatuo, un joven rubio con una esvástica en el antebrazo, un agujero excavado en la tierra donde las lombrices se agitaban al son de los gemidos de dos amantes que nunca habían estado destinados a serlo.

Con esfuerzo, tiró del asa de la pesada maleta que ocultaba bajo la cama. Sus manos la habían abierto y cerrado tantas veces que, a pesar de la artritis, no titubearon al enfrentarse al candado. En un escondite bajo el forro estampado se apiñaban los únicos objetos que había rescatado de su vida anterior: un ovillo de hilo dorado, un cuaderno de dibujo y una fotografía muy antigua. En ella, una madre y sus tres hijas sonreían al futuro vestidas de domingo, con las espaldas tan tensas como juncos. La anciana perfiló con un dedo los cuatro rostros —los de las vivas y los de las muertas—, y después tomó el cuaderno con manos trémulas. Los dibujos tenían más de medio siglo de vida y ya estaban desvaídos, pero ella lo recordaba todo: la plaza con sus toldos, la fuente de piedra, el *château* con su imponente fachada flanqueada por columnas. Sus dedos se detuvieron al llegar al final del cuaderno. La última página había sido arrancada por una mano nerviosa, pero los rasgos del hombre cuyo retrato estuvo ahí regresaron a su mente y lo imaginó vivo y arrogante, proclamando orgulloso que jamás se daría por vencido.

El nudo que le atenazaba la boca del estómago se aflojó un poco. Ahora, casi al final de su vida, se preguntó si acaso había llegado la hora de que los secretos se revelasen, de que saliesen a la luz como

hormigas abandonando una calavera vacía. Todo lo que habían hecho. Todo lo que habían dejado sin hacer.

Casi lo deseaba.

Un sonido de pasos tras la puerta la hizo ocultar la maleta a toda prisa ¿Quién la visitaba a aquellas horas? ¿Volvían los fantasmas de su pasado para juzgarla? ¿Para redimirla?

Ignorando sus extremidades renqueantes, la anciana se precipitó hacia la puerta. Por un instante volvió a tener veinte años, la piel tersa, el cabello rubio y los ojos llenos de futuro.

Pero al otro lado de la puerta no había nadie, solo la fría soledad del pasillo. Y mientras se dejaba caer sobre sus rodillas comprendió que aquel sonido retumbante, aquellos pasos, aquel clamor que la atormentaba desde hacía casi setenta años provenían solo de su interior.

1

Vera

Madrid, mayo de 2011

Dicen que cuando se va a producir una gran avalancha la tierra vibra unos días antes, como preparándose para la hecatombe. Avisando. Dejando pistas. En mi caso, no lo vi venir. Todo mi futuro estaba destinado a precipitarse en un alud al final del cual se ocultaba la verdad, agazapada y dispuesta a morderme el cuello.

La noche en que todo comenzó a desmoronarse yo estaba sentada a una de las mesas centrales de Le Pavillon, un restaurante francés de postín, leyendo por enésima vez la etiqueta de la botella de Château Frombauge que el camarero había puesto ante mí casi veinte minutos antes. Esperaba a Eric, mi marido, para la que —estaba segura— sería la peor celebración de aniversario de todos los tiempos.

El *maître* me había sentado a nuestra mesa de siempre, la que daba a un patio interior tan florido y exuberante que parecía un jardín tropical en medio de Madrid. Esa mesa había sido testigo de nuestra primera cita, de varios cumpleaños y celebraciones y de un montón de momentos felices que ahora parecían recuerdos muy lejanos. El restaurante estaba lleno de parejas, y reconocí en

muchos rostros el brillo del amor, la ilusión de las primeras citas. Para Eric y para mí esos momentos felices habían sido muy breves, apenas un fuego fatuo en una noche oscura.

Un camarero se acercó sonriente, dirigiéndome una mirada solícita.

—¿Está ya lista para pedir?

Estuve a punto de contestar que no, que esperaría a mi marido, pero cambié de idea en el último momento. ¿Para qué fingir? Pedí un plato de *moules à la crème* y probé el vino. No estaba mal. Mi reloj indicaba que Eric se retrasaba ya casi treinta minutos. Todo un récord, incluso para una relación de la que no quedaban más que cenizas.

Agité el vino en la copa sonriendo con amargura. «Avanzamos en direcciones opuestas», dice la gente cuando una relación hace aguas. En nuestro caso no era exactamente así. Eric y yo todavía caminábamos en la misma dirección, pero lo hacíamos tan alejados el uno del otro que ni estirando los brazos habríamos podido tocarnos. Quizá queríamos llegar al mismo destino, pero estaba claro que ya no deseábamos hacerlo juntos. Hacía meses que el silencio había ganado la partida a las risas cómplices y nuestros ojos, en vez de buscarse, se evitaban como extraños obligados a compartir un espacio demasiado estrecho.

La idea de cenar en Le Pavillon había sido suya y me había pillado con la guardia baja. Me lo soltó de repente ante el espejo del baño, con media cara cubierta de espuma de afeitar y la otra curvada por una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Yo me limité a asentir en silencio, asombrada. Hacía siglos que no hacíamos planes juntos. ¿Podríamos ser capaces de sincerarnos cuando la verdad llevaba

tanto tiempo rehuyéndonos? Y aún más importante, ¿lo deseábamos?

No lo sabía. Ni siquiera estaba segura de querer comprobarlo. Y sin embargo, aquí estaba, esperándolo.

El camarero me trajo los mejillones. El olor a mar que provenía del plato me recordó al día en que nos conocimos. Yo tenía veintiún años y trabajaba de camarera en un restaurante especializado en pescados en el que todos los platos tenían nombres rimbombantes y se servían sobre salsas extrañas. Eric era uno de los clientes habituales, un empresario joven y triunfador que solía acudir con su grupo de amigos, todos ellos treintañeros con el brillo del éxito reflejándose en sus Rolex y en sus miradas.

Un día me tocó atender su mesa. Sus amigos me ignoraron mientras les anunciaba las sugerencias del día, pero él no. Eric me miró fijamente y sin pestañear durante los diez minutos que me llevó describirles los cortes de pescado, los vinos que maridaban con cada uno y las opciones de acompañamiento. Me miró con calma, de una forma íntima y deliberada como si intentase —o eso quise creer yo entonces— leerme por dentro.

Durante la cena, mientras les llevaba los platos y las bebidas, sus ojos no dejaron de buscar los míos ni un solo momento. Supongo que acabó por ponerme nerviosa porque tras los postres, cuando les servía los cócteles, trastabillé y parte de la botella de Cristal Rosé que llevaba cayó sobre mi brazo derecho. Ante mi asombro y la hilaridad de sus amigos, Eric me tomó la mano y posó sus labios sobre mi antebrazo, recorriendo con la lengua la hilera de diminutas burbujas. Todavía, si cierro los ojos, puedo recordar el escalofrío que

bajó por mi espalda y la sensación de que mis piernas se habían convertido en mantequilla y ya no eran capaces de responderme.

—Inigualable —dijo con una voz que parecía miel derretida—. La mejor cosecha que he probado en mi vida.

No contesté. Su gesto, tan osado y posesivo, me había dejado sin habla y, sin yo saberlo todavía, acababa de inaugurar un dominio sobre mí que se extendería durante los cinco años siguientes. Eric bebió champán de mi mano esa única ocasión y yo comí de la suya cientos de veces a partir de ese momento.

Nos fuimos a vivir juntos a los pocos días y a los tres meses estábamos casados, ante el espanto de mi familia. Estaba deslumbrada por él, por su carisma, por esa intensidad suya que le hacía parecerse más a un tornado que a un ser humano. Y yo, como un árbol frágil, me dejé arrancar de cuajo y me quedé sin raíces.

Eric era irresistible, sí, pero también era egoísta y orgulloso. Tras su fachada de tiburón de las finanzas —trajes hechos a medida, zapatos relucientes como espejos, un empleo de director en un prestigioso banco—, se agazapaba un hombre egocéntrico.

Un hombre que hacía tiempo que había dejado de quererme.

Picoteé con desgana los mejillones, apartando las conchas rugosas similares a las escamas de un animal prehistórico. Estaban en su punto, pero el nudo que atenazaba mi estómago me impedía disfrutarlos. Eric llevaba ya más de tres cuartos de hora de retraso. ¿Por qué le aguantaba esas cosas una y otra vez? ¿Por qué me conformaba con ese amor suyo del que solo veía migajas?

Como respondiendo a mis pensamientos, el *maître* se me acercó con algo en la mano: un sobre, grande y blanco, y una botella sujeta

por el cuello con dos dedos. No tuve que mirar la etiqueta para saber de qué se trataba: champán Cristal Rosé.

—Alguien acaba de dejar esto para usted.

Abrí el sobre y la letra de Eric, acaracolada y antigua como si hubiese pasado sus años de estudiante en Eton en lugar de en la facultad de Empresariales, me dio en pleno rostro como una bofetada.

> Vera:
>
> Siento decírtelo así, tan crudamente, pero me parecía apropiado que nuestra relación terminase como comenzó: con un sorbo de Cristal Rosé.
>
> Me marcho. He conocido a alguien. Creo que sabes a quién me refiero.
>
> Hemos pasado unos años magníficos, ¿verdad? Siempre nos quedará eso.
>
> No llores, Vera. Brinda con Cristal Rosé por nuestros recuerdos y no me guardes rencor.
>
> ERIC

Me quedé paralizada, mi cuerpo inmóvil salvo por los latidos atolondrados de mi corazón. Me sentía como si alguien me hubiese dado cuerda como a un muñeco mecánico, y mi cabeza giraba y giraba. ¿De verdad se había atrevido Eric a hacer algo así, a romper conmigo a través de una carta y con una botella de champán? ¿Hasta qué punto llegaba su arrogancia?

«No llores, Vera». El muy imbécil…

Una lágrima solitaria se deslizó por el puente de mi nariz y cayó sobre el mantel. Esa misma mañana se había despedido de mí en la puerta con un beso distraído que me supo a prisas y a los últimos

posos de un perfume de Elie Saab que no era el mío. Ni Judas habría besado mejor.

«Creo que sabes a quién me refiero». Por supuesto que lo sabía, llevaba meses sabiéndolo, aunque había optado por esconder la cabeza como un avestruz. Se trataba de Verónica, una de sus compañeras de trabajo en el banco, una rubia que parecía un tópico andante: ojos de acero, uñas afiladas y una de esas bocas de patito con labios permanentemente húmedos. Verónica, la amante de los perfumes de Elie Saab. La amante de mi marido.

Un sollozo escapó de mi garganta y, para atajarlo, me bebí de un trago la copa de vino. Después llamé al *maître*, que se apresuró a traerme la cuenta con cara de alivio, deseoso de perderme de vista. Seguramente se olía el inicio de una crisis de nervios.

Estuve a punto de dejar sobre la mesa la botella de Cristal Rosé, pero cambié de idea en el último momento y me la puse bajo el brazo. Quizá podría estamparla en el capó del flamante BMW de Eric y darle así la despedida que se merecía.

La noche madrileña me recibió con un aluvión de luces y bocinazos. Caminé hasta la parada de metro más cercana sintiéndome como un payaso triste y engañado. Luego, mientras esperaba el tren, me puse a reflexionar sobre la pantomima que había sido mi vida en los últimos años. Todavía tenía en el paladar el regusto de los pocos mejillones que había logrado comerme. Descorché con la mano la botella y me la llevé a la boca; el Cristal Rosé se deslizó por mi garganta, áspero y siseante como una culebra.

Y en ese momento la vi.

Sentada en un banco en el andén de enfrente, con el pelo perfectamente peinado y las manos cruzadas en el regazo, estaba mi abuela Margot. Hacía meses que no la veía, pero Paloma, mi antigua niñera, me había contado que no se encontraba bien; que su mente, que en otros tiempos había sido ágil y aguda como un bisturí, comenzaba a fallar como un engranaje oxidado por el tiempo. Las noticias no eran buenas: el médico les había dicho que tenía principio de alzhéimer. Y sin embargo, ahí estaba, ante mí en el andén, y parecía más alerta que nunca, con la barbilla erguida y los ojos rastreando la estación como insectos hiperactivos. Sentí una oleada de vergüenza. ¿Qué pensaría al ver a su nieta allí con marcas de rímel sobre los mofletes y agarrada como un náufrago a una botella de champán carísimo? Me quedé muy quieta, tratando de mimetizarme con la pared, pero sabiendo que terminaría por descubrirme. Siempre lo hacía, incluso cuando yo era niña. Siempre era ella la primera en hallarme cuando jugábamos al escondite.

Nuestros ojos se encontraron, y su rostro se crispó en una expresión que jamás le había visto antes, un rictus entre el miedo y la incredulidad. Di un respingo. ¿Tan terrible era mi aspecto? Comencé a levantar la mano en un amago de saludo y en ese momento su tren llegó al andén. Sin dejar de mirarme, ella se puso en pie con agilidad y entró en el vagón. No respondió a mi saludo. Ni siquiera parpadeó. La multitud se la tragó y desapareció de mi vista.

Durante las semanas siguientes el recuerdo de nuestro extraño encuentro me perseguiría incansable, en los momentos más insospechados, como un gusano tenaz avanzando hacia el corazón de la manzana.

Y no fue hasta mucho más tarde, con todos los descubrimientos yaciendo a mis pies como alimañas destripadas, que me pregunté qué habría sucedido, en qué habrían cambiado las cosas si las dos hubiésemos hablado ese día.

2

Abrigny, junio de 1940

Para Francia, 1940 fue el año de la rendición, el miedo y la ira; el amargo aperitivo de la época oscura que estaba por llegar. Pero aquella soleada mañana de junio, los habitantes de Abrigny, un pequeño pueblo en pleno valle del Loira, todavía vivían en la inocencia, aún eran capaces de sonreír y de mirarse a la cara unos a otros, ignorantes del hecho de que todo lo que conocían, todo lo que amaban, estaba a punto de estallar en pedazos.

A Delphine Aubier le iban bien las cosas. Había conseguido trabajo como limpiadora en varias casas y en algunos locales del pueblo, entre ellos la pequeña iglesia normanda que se erigía en lo alto de la colina. Los domingos, después de los servicios matinales, Delphine y sus hijas trajinaban de aquí para allá bajo las altas bóvedas, bayeta en mano, como gorriones felices de retozar en una inmensa jaula. Mientras ella abrillantaba los bancos y fregaba los suelos de piedra, las gemelas la seguían transportando cubos de agua jabonosa bajo la atenta mirada de Cécile Ferrec, la hermana del párroco, que jamás se olvidaba de pasar el dedo índice por los respaldos de los bancos buscando restos del polvo de trigo que los campesinos traían pegado

a la ropa y que se quedaba flotando en el aire como pequeños puntos de luz.

A pesar de la desconfianza de madame Ferrec, a ellas les encantaban esos domingos en los que tenían la iglesia para ellas solas, limpia y reluciente una vez aireados los efluvios de los perfumes de las señoras, el betún de los zapatos y el sudor de la congregación. Incluso Claire, la menor de las tres hermanas, dejaba de lado sus movimientos erráticos y se quedaba muy quieta en un banco, con la mirada fija durante horas en las llamitas titilantes de las velas.

Las gemelas, Margot y Violette, que acababan de cumplir diecisiete años, eran las encargadas de elaborar los adornos florales para la peana del altar: margaritas silvestres, siemprevivas, algún tulipán. Cada una componía un ramo y después lo sometían al escrutinio de madame Ferrec, que siempre, sin excepción, escogía el de Margot porque estaba arreglado con mejor gusto, era más elegante y la combinación de colores resultaba más armoniosa. Violette se encogía de hombros y envolvía sus flores con papel de periódico para llevárselas a casa. Ni siquiera sabía por qué seguía molestándose, ya que estaba claro que Margot lo hacía todo mejor y más rápido que ella: desde arreglar centros florales hasta zurcir medias (nunca quedaba ni rastro del desgarro, mientras que cuando lo hacía Violette siempre dejaba un pegote de tela apelmazada). Para colmo, cantaba como los ángeles, cocinaba de maravilla e invariablemente ganaba el primer premio en los concursos de pasteles de la parroquia, pues su relleno de mermelada era el más cremoso de todos.

Para Violette todo se complicaba mucho más al ser gemelas. A veces se sentía como una versión desdibujada de su hermana, como una impostora. Ambas tenían el pelo rubio oscuro y la piel pálida, pero el cutis de Margot era mucho más luminoso y ninguna imperfección se había atrevido jamás a manchar sus mejillas, mientras que las de Violette solían llenarse de pequeños volcanes rojizos. La melena de Margot era espesa y suave, e incluso recién levantada de la cama se curvaba en tirabuzones naturales. Violette tenía el pelo pajizo y desvaído y le costaba mantener los mechones en orden por mucho que se ajustase las horquillas. Las dos eran altas, pero, por supuesto, Margot era tres o cuatro centímetros más alta, o quizá, como su madre insistía en puntualizar, no andaba por ahí con la cabeza gacha y mirando al suelo. Las dos tenían los ojos verdes, herencia de su padre, pero los de Margot eran como un prado lleno de matices y los de Violette parecían parches de hierba artificial. Pero por encima de todo, Margot tenía una habilidad innata para hacerlo todo bien, de un modo espontáneo y natural que a su hermana le crispaba los nervios. Y lo peor era que las cosas parecían salirle a la primera sin esfuerzo alguno, como si las tareas a las que Violette se entregaba con tanto esfuerzo fuesen para ella nimiedades. Como si estuviese destinada a algo más grande.

—No hay necesidad de llorar, Vi. Solo son unas cuantas flores —le dijo Margot a Violette aquel día cuando la encontró limpiándose las lágrimas después de que madame Ferrec hubiese rechazado su ramo por enésima vez.

—Pero siempre elige las tuyas —replicó Violette en ese tono lastimero que le brotaba cuando la atacaba el monstruo de los celos.

—¿Y qué más da? ¿Por qué le das tanta importancia? —Margot se puso en jarras para mirar a su hermana y los tres centímetros que le sacaba parecieron convertirse en diez.

—Porque es importante. A todo el mundo le parece importante.

—¿Quién es todo el mundo? ¿Madame Ferrec? ¿Ese puñado de gallinas beatas que rezan y cotillean en la iglesia? No entiendo por qué tienes tanto interés en ser una buena provinciana.

—Tú eres una buena provinciana —constató Violette con resquemor—. Y ni siquiera tienes que esforzarte para serlo.

—No me servirá de nada cuando me marche de aquí —murmuró Margot. Entrelazó el brazo con el de su hermana y la condujo hacia las altas tapias cubiertas de musgo que separaban los terrenos de la iglesia del resto del pueblo—. Y créeme, pienso irme en cuanto pueda. A París. Y trabajaré en *Le Figaro* o me convertiré en una escritora famosa.

Violette suspiró. No entendía que Margot desease abandonar el pueblo. A ella jamás se le pasaría por la cabeza dejar Abrigny, ese pequeño paraíso en la tierra con sus inmensos campos de heno y sus prados salpicados de gencianas y amapolas. Más allá, el Loira se deslizaba sinuoso como una serpiente y a veces, en los días tranquilos, podía oírse su murmullo en la distancia. Para Violette no existía un lugar mejor en el mundo, sin duda muchísimo mejor que ese París lleno de humo y ruidos que estaba a unas dos horas en tren y que era el destino de los sueños de grandeza de su hermana. Margot soñaba con algo grande, con vivir la vida parisina: convertirse en una de esas mujeres sofisticadas y elegantes que corrían de aquí para allá con un pañuelo en el cuello y un Gauloise entre los labios. A Violette le interesaban cosas más sencillas y

domésticas, como el modo correcto de dar la vuelta a la *omelette* para que quedase perfectamente redonda o intentar adivinar en la forma de las hojas del té cuántos hijos tendría en el futuro, y con quién.

Se sentaron recostadas contra la tapia, sumidas en un silencio amigable. Violette apoyó la cabeza en el hombro de su hermana y sus sombras se entretejieron en el suelo, superponiéndose la una a la otra. Violette pensó que era un reflejo perfecto de su relación. A pesar de los celos y las diferencias de carácter, Violette estaba convencida de que el nudo que las unía resistiría para siempre, firme, duradero e irrompible.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por las voces de sus amigos, que se acercaban pisoteando el mantillo húmedo. Como de costumbre, Didier Briand, el novio de Margot, abría la marcha. Era el muchacho más atractivo del pueblo, con una espesa mata de cabello castaño y unos ojos risueños que transmitían amabilidad. Además, Didier adoraba a Margot. Su rostro se transformaba cada vez que la veía, sus ojos sonreían, su boca se curvaba en una mueca de felicidad. Era como si ella tuviese la capacidad de encender una luz en él, de calentarlo por dentro. Violette los envidiaba, y no porque albergase sentimientos románticos hacia Didier —que, a decir verdad, era demasiado plácido para su gusto—, sino porque bajo la mirada del chico su hermana relucía, se convertía en algo deseable. Se convertía en más. A menudo, Violette se preguntaba qué se sentiría al ser objeto de tamaña adoración, de tanto amor.

Detrás de Didier, con mucho cuidado para no mancharse sus blancos zapatos de domingo, caminaba Lucie, la mejor amiga de las gemelas, y tras ella iba Christophe, el hijo del deshollinador, un

muchacho robusto y callado que solía gravitar en torno a la pandilla como una enorme luna, sin llegar a formar parte del todo de ella.

—¡Por fin os encontramos! —exclamó Lucie sentándose a su lado —. ¿Os habéis fijado en el modelito de Marie Bernard en la iglesia? ¡Parecía hecho con las cortinas de su abuela!

Didier saludó a Violette con un movimiento de la cabeza y besó a Margot en los labios. Como siempre que estaba cerca de ellos, Violette se sintió incómoda y se dio la vuelta para atender a la cháchara incansable de Lucie.

—¿Queréis que vayamos al cine esta tarde? —decía su amiga—. Pondrán esa nueva película de Shirley Temple, *Sueño de hadas.*

Violette asintió con entusiasmo.

—Shirley Temple me parece bien. La última que vimos, *Sin novedad en el frente,* fue demasiado deprimente para mí. Tanta sangre, tantos soldados tristes volviendo de las trincheras…

—A mí me pareció muy buena —interrumpió Margot.

—Bueno, pues a mí esos temas no me interesan —dijo Violette, un poco envarada.

—Pronto van a interesarnos a todos —puntualizó su hermana con voz cavernosa.

—¿Qué quieres decir? —Lucie dejó de contemplarse las uñas pintadas de rosa y miró a su amiga. Margot tenía aquella expresión entre sabionda e impaciente tan propia de ella, como una ardilla a punto de ponerse a desenterrar bayas.

—¿Es que aún no os habéis enterado de que estamos en guerra? Todos estamos en peligro. No podéis ignorar una cosa así. Christophe…, ¿tú qué opinas? Tu hermano está en el frente.

El muchacho exhaló un suspiro y se miró las botas manchadas de hollín. Incluso vestido con ropa de domingo se parecía a un enorme muñeco de nieve negra, como si el polvo de ceniza formase parte de su anatomía. El hermano mayor de Christophe, Gaspard, había sido llamado a filas junto con muchos otros hombres de Abrigny. Campesinos, lecheros, deshollinadores…, no importaba que ninguno de aquellos jóvenes hubiese manejado un arma antes; la guerra los había hecho crecer, los había convertido en soldados a su pesar.

—Mi madre recibió una carta suya el otro día —explicó con una voz tímida que no se correspondía con su cuerpo de luchador de sumo—. Gaspard dice que están bien, dentro de lo que cabe. Dice que confían en que la línea Maginot aguantará.

—¡Claro que aguantará! —aseguró Didier palmeándole la espalda —. ¿No habéis oído al mariscal Pétain en la radio? La línea Maginot tiene que resistir. Son más de cuatrocientos kilómetros de puro hormigón. Los alemanes no podrán con ella.

—Pero… ¿y si no resiste? —Margot soltó la mano de su novio—. Yo también he estado atenta a las noticias. Bélgica se rindió el mes pasado y la familia real holandesa está en el exilio. Hitler jamás se dará por vencido, y si la línea Maginot cae…

—No caerá —repitió Didier con firmeza—. Y aunque lo hiciese, los alemanes no entrarán en Francia. Nuestro ejército los mantendrá a raya.

—¡Exacto! —Lucie dio una palmada, como zanjando el asunto—. Nuestro ejército mantendrá a raya a esos cerdos. Y ahora… ¿qué tal si pasamos a temas más alegres?

Se desprendió las ramitas de sauce que se le habían prendido en la rubia melena y echó a andar hacia la carretera. Los demás la

siguieron. Margot no se colgó del brazo de Didier tal como tenía por costumbre, sino que se quedó un poco rezagada. Se sentía inquieta, a pesar de la calma soporífera que lo envolvía todo a su alrededor convirtiendo el paisaje en una postal bucólica.

—Margot, ¿vienes o qué? —llamó su hermana.

—Ya voy.

Miró hacia arriba. Los rayos se colaban entre el ramaje, dando a las hojas de los árboles un brillo rojizo. «Como si fuera sangre», pensó. Dos cuervos alzaron el vuelo y se alejaron graznando, como mensajeros de un negro presagio. Con un estremecimiento, Margot echó a andar tras sus amigos.

Delphine Aubier se guardó en el bolsillo la paga semanal y se despidió de la hermana del párroco con una breve inclinación de la cabeza.

—Hasta el domingo que viene, madame.

Llevando a su hija menor de la mano, atravesó el atrio de la iglesia con la frente gacha, sin detenerse a saludar a los corrillos de mujeres que parloteaban sin cesar, señoras respetables que los domingos se paseaban con sus vestidos con hombreras e intercambiaban cotilleos y condenas morales mientras sus maridos se tomaban un vaso de vino en la plaza. Las mismas mujeres que exhibían sonrisas despectivas y se tensaban como juncos cuando Delphine pasaba por su lado con su pelo rubio y sus ropas anticuadas, con esos ojos del color de la lavanda que eran la envidia de todas, con su piel pálida de emperatriz rusa apenas ajada por el paso del tiempo y las vicisitudes.

Delphine nunca había logrado colarse en las apretadas filas de las gentes respetables de Abrigny, ni siquiera tras su boda con Édouard Aubier, el hijo de uno de los terratenientes más ricos del pueblo y heredero de Villa Lorraine, un *château* del siglo XVII que se elevaba sobre las demás casas como una madre vigilando a sus retoños. Delphine se casó muy joven, con apenas diecisiete años, y esa época había sido la más feliz de su vida. A pesar de que la familia de su esposo siempre la miró por encima del hombro, recordaba aquellos tiempos como un sueño: la ilusión de los primeros días, los besos sin motivo, ella corriendo al encuentro de Édouard cuando él regresaba de los viñedos y el modo en que la levantaba en el aire y la hacía girar en volandas, con el perfume de las uvas maduras flotando entre ellos. Las sonrisas, las miradas cómplices. La forma en que sus ojos parecían beberla y sus dedos trazaban dibujos sobre su piel. Las noches compartidas en la gran cama con dosel, los gemidos y los suspiros, las confidencias en los días de invierno frente a la chimenea, con el viento rugiendo en el exterior y ellos sintiéndose como si fueran uno solo.

La felicidad les había durado muy poco. Al estallar la Gran Guerra, Édouard se alistó como casi todos los hombres del pueblo y, aunque tuvo la suerte de no estar entre los muertos o los desfigurados, nada volvió a ser lo mismo. Algo le había ocurrido en el frente, algo que le oscureció el alma y amargó el carácter, convirtiéndolo en un extraño callado y hosco. Ni siquiera el embarazo de Delphine, años después del fin de la guerra y cuando ambos ya habían perdido toda esperanza, consiguió devolverle el ánimo perdido. Los meses que siguieron al nacimiento de las gemelas fueron oscuros y tristes, con Delphine debatiéndose entre la falta de sueño, dos bebés

demandantes y un marido que se había convertido en la sombra de sí mismo: gris, frágil y descarnado como un esqueleto a la intemperie.

Todo terminó una mañana de primavera. Las gemelas, que todavía no habían cumplido un año, dormían pacíficamente y Delphine entró en el cuarto de baño cargada de toallas limpias para encontrarse cara a cara con la escena que, a partir de entonces, acecharía todas sus pesadillas: Édouard en la bañera, su cuerpo pálido sumergido en un agua que era más roja que transparente, el olor a jabón flotando en el ambiente y sus brazos como dos ramas enclenques en las que destacaban aquellos tajos rojos parecidos a sonrisas burlonas.

Fue la mayor tragedia de su vida. Seguir viviendo sin Édouard le parecía una aberración, un sinsentido. Su suegra, incapaz de soportar el dolor y los recuerdos, vendió todas sus tierras y se trasladó a París, dejando a Delphine con sus hijas en la gran casa que un día había sido alegre pero que, sin él, era un lugar sombrío lleno de pasillos laberínticos. Fueron años vacíos durante los que Delphine se limitó a sobrevivir, respirando lo justo para seguir viva, resistiendo como un molusco aferrado a las rocas en mitad de un temporal.

Cuando ya estaba convencida de que su corazón se había secado para siempre, su vida volvió a ponerse del revés. El culpable fue Pierre Reynaud, un joven pintor recién llegado a Abrigny cinco años más joven que ella. Con sus ademanes mundanos, su pasado misterioso —las malas lenguas afirmaban que era hijo de un conde y que había roto lazos con su familia por desavenencias irreconciliables —, y sus manos largas y elegantes, Pierre era muy distinto del resto de los jóvenes del lugar y pronto tuvo a la población femenina de

Abrigny revoloteando a su alrededor como abejas ante una rara flor. La maquinaria casamentera del pueblo se puso a girar a gran velocidad y todo apuntaba a que la afortunada sería Sabine Labonne, la hija del farmacéutico. El noviazgo entre ambos parecía asunto consumado hasta el día que Pierre se coló por error en el jardín de Villa Lorraine y se dio de bruces con Delphine, que tendía la colada y lloraba a la vez, pues el olor a ropa limpia y a jabón le recordaba a Édouard sumergido en el agua ensangrentada. Pierre se quedó extasiado ante el contraste de su piel de porcelana con el vestido verde de verano, sus ojos de color violeta y los rizos rubios que caían sobre su espalda como una cascada. Delphine, por su parte, sintió que su corazón, oxidado desde hacía tanto tiempo, volvía a ponerse en funcionamiento ante aquel joven pálido y aristocrático que la miraba con ojos atónitos.

Fue un amor rápido y apasionado, una de esas relaciones que están destinadas a arder en un fuego arrebatador y a extinguirse pronto, dejando un montón de recuerdos y cenizas. En su caso, su amor dejó también a Claire, la hija de ambos, que llegó al mundo cuatro años después del nacimiento de las gemelas y a la que Pierre apenas llegó a conocer porque se marchó de Abrigny antes de que la niña cumpliese un mes. Delphine no se sorprendió demasiado; en el fondo, siempre supo que Pierre Reynaud era de los que no se quedan, un espíritu demasiado inquieto para permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Él nunca llegó a saber que Claire había heredado su pelo liso y fino y los ojos color lavanda de su madre. Tampoco se enteró nunca de que había algo distinto en ella, algo inconcluso que se manifestaba en la forma en que se encogía sobre sí misma, en su mirada errática, en el modo en que desplegaba los

hombros y agitaba las manos como un pajarillo a punto de alzar el vuelo. Claire jamás pronunció una sola palabra y de vez en cuando le daban crisis epilépticas que su madre trataba de atajar con medicación. Vivía encerrada en un mundo propio que raramente convergía con el de los demás. Los médicos le diagnosticaron un retraso madurativo, pero Delphine sabía que era mucho más que una muñeca rota. Había heredado de su padre el talento para el dibujo y era capaz de plasmar con inquietante exactitud las cosas y las personas que la rodeaban. Los lápices y las acuarelas eran como un ancla para ella, su punto de contacto con el mundo.

La vida no fue fácil para Delphine tras la marcha de Pierre. Su idilio provocó el rechazo de las dignas matronas de Abrigny, que jamás le perdonaron que le hubiera «robado el novio» a Sabine ni que hubiera tenido una hija fuera del matrimonio. La madre de Édouard le envió una carta desde París exponiéndole con airada caligrafía lo mucho que la había decepcionado e instándola a abandonar Villa Lorraine, cuyas habitaciones «había deshonrado retozando con otro hombre». Delphine se instaló con sus hijas en la pequeña casita en los lindes de la propiedad que había pertenecido en otros tiempos al jardinero, y su suegra le dejó muy claro que si no la expulsaba también de ahí era solo por deferencia a las gemelas, sangre de su sangre, al fin y al cabo.

Les costó salir adelante, pero lo hicieron, refugiándose las cuatro en su estrecho círculo familiar. Poco a poco, las aguas fueron volviendo a su cauce, las malas lenguas se acallaron, la vida recobró un cariz de normalidad.

Aquel día de verano de 1940, horas antes de que sus vidas cambiasen por completo, Delphine apretó la mano de su hija y

pensó por enésima vez en lo afortunada que era de tenerla, de tenerlas a las tres.

De algo estaba segura: no dejaría que nadie le arrebatase eso.

Ni siquiera los gracejos de la pequeña Shirley Temple en la pantalla fueron capaces de distraer a Margot de la inquietud que se había apoderado de ella. Era una de las noches más oscuras del verano, la luna era apenas una grieta entre la negrura, y los jóvenes que acababan de ver la película se arremolinaban bajo las cornisas de estuco del Paradise, la única sala de cine del pueblo.

Margot se masajeó el cuello y se alejó un poco del grupo, harta de escuchar a su hermana y a Lucie trinar como pájaros histéricos alabando los ojos de Richard Greene, el coprotagonista. Caminó unos pasos, con la mirada fija en sus zapatos. A veces tenía la sensación de que Abrigny era un pueblo de cartón piedra, un decorado de teatro con sus actores saliendo y entrando una y otra vez, siempre representando el mismo acto tedioso y aburrido. Más allá estaba París, el mundo real con problemas reales que cada vez parecían más serios y terribles. La guerra, por ejemplo. No podía dejar de pensar en ella, en la amenaza que flotaba en el aire y a la que nadie más parecía dar importancia.

Se dio cuenta de que Didier la estaba observando atentamente, como tratando de leer en su interior. Era una mirada dulce y amable. Didier era así: una especie de manta cálida en la que podía arrebujarse sin esperar preguntas y sin tener que dar explicaciones. Pasara lo que pasase, Didier siempre estaba ahí.

«Y debería sentirme agradecida por ello», pensó.

Le devolvió la sonrisa y comenzó a caminar hacia él, pero un ruido que procedía de los soportales de la plaza la hizo detenerse en seco. Algo se movía entre las sombras, quizá un zorro o un tejón husmeando entre la basura. Se oyeron más ruidos y una especie de silbido. No, definitivamente no era un animal. Intrigada, se acercó un poco más, y una mano larga y de apariencia espectral surgió del portal de la quesería y le hizo señas para que se acercase. Margot dudó. Se oyó un nuevo silbido impaciente, y la mano desapareció para dar paso a una cabeza llena de rizos oscuros. Un hombre surgió de entre las sombras, mostrándole las palmas de las manos como para indicarle que no era peligroso. Era alto, de facciones angulosas, y cuando se acercó más Margot pudo ver que era muy joven, casi de su edad, con la piel morena surcada de pecas y una mirada entre dura y burlona que la hizo enrojecer sin saber muy bien por qué.

Retrocedió un par de pasos.

—No te asustes, no voy a hacerte daño —dijo él—. ¡Vosotros! ¡Salid de ahí! Solo es una chica.

Tres personas más salieron del portal; dos chicas y un muchacho. El otro joven era robusto y pelirrojo y avanzaba cojeando un poco, apoyándose en una de las muchachas, una rubia con cara de muñeca que no dejaba de mirarlo con expresión preocupada. La otra chica era alta y muy delgada, con un rostro delicado coronado por una indómita cabellera oscura.

—¿Quiénes sois? —preguntó Margot con una voz que sonó más asustada de lo que le habría gustado.

—Ya te dije que no queremos hacerte daño. Mis amigos y yo venimos de París.

—¿De París?

Los miró con más atención. Los cuatro tenían un aspecto lamentable, las ropas raídas y sucias, y apestaban a sudor y a algo más, algo acerado y amargo que no supo identificar pero que mucho más tarde en su vida reconocería como el olor del miedo. Paseó la vista por sus profundas ojeras, por sus zapatos embarrados y rotos que tenían pinta de haber recorrido muchos kilómetros.

—¡Eh! ¿Quiénes son estos tipos? —gritó Lucie a sus espaldas. Violette, Didier y Christophe se acercaron también, mirando con desconfianza a los desconocidos.

—Vienen de París. —Margot rechazó con un movimiento la mano que su novio le tendía. Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, no podía apartar la vista del joven moreno. Al principio sus ojos le habían parecido negros, pero ahora se daba cuenta de que eran de un azul muy oscuro, tanto como el cielo que pendía sobre sus cabezas. «Esos ojos —pensó—. Esos ojos han visto el mundo».

Él le dedicó una sonrisa torcida y rápida que iluminó sus rasgos afilados e hizo que el corazón de Margot se saltase un latido.

—¿De París? —Didier los miró frunciendo el ceño. A su lado, Violette meneó la cabeza, como si todo le pareciese una locura—. ¿Hasta aquí? ¿A pie?

—París ha caído —explicó el joven moreno—. Pronto os enteraréis todos por la radio, si el mariscal Pétain tiene a bien emitir un comunicado. Los alemanes han tomado el control. La línea Maginot no ha resistido. Hitler ha conseguido rodearla.

—¿Cómo? —Christophe sujetó al chico por la pechera. Su rostro redondo estaba blanco, en contraste con el hollín que manchaba sus

ropas. Sus amigos comprendieron que estaba pensando en su hermano, allá en el frente—. ¿Qué estáis diciendo?

La muchacha rubia se interpuso entre ellos.

—Han bombardeado París. La gente se ha echado a las calles y muchos están huyendo a pie hacia el campo. Hay cientos de muertos.

Las gemelas intercambiaron una mirada, asustadas. No les cabía la menor duda de que aquellos muchachos decían la verdad; había en ellos un aura de desesperación que en sí misma era como un grito.

—Por favor, contádnoslo todo —pidió Violette.

El moreno parecía reticente a perder el tiempo contando historias, pero su amigo, el chico pelirrojo, se apoyó en uno de los bancos de piedra de la plaza y comenzó a hablar. Les contó que se llamaba Michel y que estaba empleado en una pequeña librería cerca de la torre Eiffel. Los bombardeos lo habían pillado en el sótano clasificando ejemplares descatalogados de novelas antiguas. Michel les describió el espantoso zumbido de los aviones y el estruendo de las bombas, seguido de una calma vibrante que no presagiaba nada bueno. Se había apresurado a ir al piso de arriba, para encontrarse con la librería convertida en un montón de escombros, libros destrozados por doquier y a su jefe muerto bajo una viga caída, sujetando todavía —en un gesto de amarga ironía— un ejemplar de *Las ilusiones perdidas* de Balzac en su mano izquierda. Aterrado, Michel había corrido al taller de costura cercano, donde su novia, Annette (la muchacha rubia con cara de muñeca), trabajaba como aprendiza. Annette estaba ilesa, pero el pánico se había apoderado de la gente y las calles estaban llenas de personas que lloraban y

gritaban, de heridos y de cadáveres, de desesperación y de miedo. Michel y Annette habían echado a correr sin rumbo y se habían encontrado con los otros dos jóvenes, conocidos suyos. Los cuatro se unieron a la marea humana que abandonaba la ciudad como hormigas huyendo de un terreno envenenado. A las afueras habían visto de nuevo los aviones de la Luftwaffe: un enjambre de puntos diminutos perfectamente alineados en el cielo.

—Comenzaron a bombardearnos de nuevo. —Annette habló con voz entrecortada—. Al principio parecía algo irreal, una especie de lluvia plateada, pero después… después… —Se interrumpió llevándose la mano a la boca y Michel se apresuró a abrazarla.

La chica delgada de cabello oscuro, que se presentó como Blanche, tomó la palabra en su lugar.

—Fue como presenciar el infierno en la tierra. El rugido de los motores, las ráfagas de las ametralladoras, el humo y los chillidos… Si nunca habéis oído un grito de agonía no podéis saber qué se siente, el modo en que ese sonido se te mete aquí. —Se señaló la frente—. Estábamos en un camino rural y de pronto todo quedó lleno de cuerpos caídos, árboles destrozados y personas que lloraban, que se buscaban unas a otras…

—Tuvimos suerte, dentro de lo que cabe —añadió Annette con amargura—. A Michel se le incrustaron unas esquirlas de metralla en la pierna durante una de las ráfagas, pero los demás salimos ilesos.

—¿Y qué sucedió entonces? —Margot estaba horrorizada y fascinada a la vez por el relato.

—Seguimos caminando —respondió secamente el joven moreno—. ¿Qué otra cosa íbamos a hacer? Caminamos todo el día por

carreteras llenas de boquetes, rodeados de personas que gritaban, agonizaban y morían.

—¿Y vuestras familias?

El chico se encogió de hombros y los demás desviaron la mirada. Margot se imaginó que quizá sus familiares habían muerto y todavía estaban demasiado traumatizados para admitirlo en voz alta. O puede que estuviesen vivos, pero enemistados por algún motivo. Pensó en su madre y en su abuela paterna, en el abismo que se había abierto entre ellas tras el nacimiento de Claire. ¿Cambiaría en algo su relación ahora que los alemanes habían tomado Francia? Su madre solía decir que a veces los malos tiempos son la ocasión ideal para recomponer un puente a punto de romperse. Otras veces, son el detonante para que termine de derrumbarse del todo.

—¿Y qué vais a hacer ahora? —Didier los miraba muy serio, con una sombra de preocupación en sus ojos—. ¿Tenéis algún lugar adonde ir?

—Vamos a luchar. —La voz del joven moreno vibró como un látigo —. Por Francia.

Los ojos de Margot se abrieron como dos capullos en flor. «Luchar por Francia». Aquellas palabras le sonaron a promesa, a grandes planes. A algo que merecía la pena.

—¿Dónde?

El joven hizo un gesto vago con la mano en dirección a los bosques que rodeaban el pueblo y después la miró de arriba abajo, como valorándola.

—Por ahí… ¿Qué te parece? ¿Te unes a nosotros? Tienes pinta de ser de las que no se quedan de brazos cruzados.

Margot abrió la boca para contestar, pero la mano de Didier se interpuso entre ella y el joven, como una cuerda dispuesta a arrastrarla hacia la orilla.

—Francia ya tiene un ejército —dijo Didier con aspereza.

—Cierto. —El joven le sostuvo la mirada—. Un ejército que obedece a un gobierno que huyó con el rabo entre las piernas mientras las calles de París se llenaban de civiles muertos. No sé vosotros, pero yo no confío en ellos para frenar el avance de Hitler. Cuando se trata de mi vida y de mi libertad, prefiero tomar las riendas. Y por la cara que pone tu amiga —señaló a Margot con un movimiento de la cabeza— creo que opina igual que yo.

Margot no respondió, pero en realidad no era necesario. Sus ojos lo decían todo, unos ojos que no parecían capaces de desenredarse de la mirada del joven, llena de promesas y de planes. Se estremeció sin poder evitarlo, y Didier, quizá interpretando su gesto como miedo, la atrajo hacia sí.

—No estamos interesados, gracias —zanjó Didier—. El mariscal Pétain es un héroe de la Gran Guerra. No es por nada, pero prefiero confiar en él antes que en unos desconocidos.

El joven se encogió de hombros y comenzó a alejarse, seguido por sus amigos. «Espera —quiso gritarle Margot—. No te vayas aún». Pero él ya se había replegado sobre sí mismo y su rostro se había convertido de nuevo en una máscara. Quiso desasirse de Didier y correr tras él, pero sus pies parecían muertos y la mantenían anclada al suelo mientras su corazón se bifurcaba en dos direcciones distintas como nunca antes lo había hecho.

—¡Me llamo Margot! —gritó de repente con voz ronca. Por algún motivo, le parecía importante decírselo. Sintió como el brazo de

Didier se estrechaba más en torno a su cintura con ademán posesivo.

El joven la miró de nuevo. Se mordió el labio, como tratando de decidirse, y después se sacó un pequeño objeto del bolsillo.

—¿Eres buena con la aguja, Margot?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes… Remendar camisas, tejer jerséis y esas cosas. —El brillo burlón había regresado a sus ojos.

—No se me da mal, pero no es mi forma favorita de pasar el tiempo —respondió molesta. ¿Acaso se estaba mofando de ella?

—Aun así…, toma esto. —Él depositó un objeto en su mano—. Quizá te sea útil en algún momento, si decides luchar por tu libertad. Recuerda que siempre puedes elegir.

—¿Qué…? —Margot intentó decir algo más, cualquier cosa para evitar que se marchase, pero ellos ya habían desaparecido de nuevo entre las sombras de la plaza, tan rápidos y silenciosos como gatos.

—¿Qué te ha dado? —Sus amigos la rodearon, curiosos. Margot les mostró el objeto: un pequeño ovillo de hilo de lana, del color del oro viejo, perfectamente enrollado en una pelotita tensa.

—¿Para qué se supone que es eso? —preguntó Violette con el ceño fruncido.

—No tengo ni idea.

—Quizá esté loco —apostilló Lucie—. Quizá los cuatro hayan escapado de un manicomio o algo así. Todo esto parece una locura…

Todos comenzaron a hablar a la vez. Margot no los escuchaba. Tenía la mirada fija en aquel ovillo que todavía conservaba el calor de las manos del chico. Se lo metió en el bolsillo de la camisa, cerca de su corazón.

En ese momento se dio cuenta de que él no le había dicho su nombre.

3

Vera

Madrid, octubre de 2011

A menudo un nombre no es más que una etiqueta, nuestro código de barras particular. Otras veces es mucho más que eso.

El día que los nombres de mis abuelos cobraron otro sentido para mí comenzó como cualquier otro. Habían pasado cinco meses desde la ruptura con Eric y yo seguía sumida en la apatía. Lloraba mucho, no porque lo echase de menos, sino porque el vacío y la soledad todavía pesaban demasiado. Y aun así, una pequeña parte de mí se sentía aliviada y esperanzada ante el futuro. Era como un osezno desperezándose tras un largo sueño invernal, excitado ante la llegada de la primavera pero aún temeroso de aventurarse fuera de la cueva.

En los meses transcurridos no había visitado a mis abuelos y tampoco les había dado la noticia. No me sentía preparada para enfrentarme a los inevitables «te lo dije» que llegarían cuando se enterasen. Eric jamás había sido santo de su devoción. Hablaba de vez en cuando con Paloma, que me informaba de que el alzhéimer de mi abuela se agudizaba por momentos, y recurría a las evasivas cuando me instaba a visitarlos. Pensaba a menudo en mi abuela, en

nuestro encuentro en el metro y en aquel extraño cruce de miradas. Le daba tantas vueltas que a veces llegaba a convencerme a mí misma de que había sido un sueño.

Eric había planeado bien su marcha. Se lo había llevado todo, hasta la última de sus camisas de seda, dejando un armario lleno de perchas huesudas que tintineaban a mi paso. Cuando sonó el timbre aquel jueves por la tarde lo primero que pensé fue que él había vuelto, tal vez para recoger algún calcetín suelto o quizá —aunque tratándose de Eric, eso era mucho suponer— para hablar por fin las cosas en persona. Pero cuando abrí la puerta con cara de circunstancias me encontré con una mujer joven que me obsequió con una sonrisa gatuna.

—¿Vera Vogel? —Me tendió la mano—. Soy Teresa León, de la revista *Époque*. Quizá ha oído hablar de nosotros…

Negué con la cabeza.

—Somos una publicación especializada en temas históricos. Me gustaría hablar con usted, si tiene unos momentos.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

Acentuó su sonrisa.

—Estamos preparando un reportaje sobre la Segunda Guerra Mundial. Historias humanas, testimonios de los supervivientes…, todas esas cosas. Encabezará nuestro número del mes que viene.

Seguí mirándola fijamente, tan extrañada como si me hubiera anunciado un especial sobre la conquista del espacio.

—Durante las reuniones de *brainstorming* alguien puso sobre la mesa el nombre de sus abuelos, Uwe y Margot Vogel —explicó ella.

Fruncí el ceño, confusa. Sabía que la guerra los había sorprendido a ambos en plena juventud y que su historia de amor había sido

insólita: Uwe Vogel, el hijo de un comandante nazi, y Margot Aubier, una campesina francesa, se habían enamorado en la Francia ocupada por los nazis. Digno de un guion de Hollywood. Sin embargo, ellos siempre se mostraban esquivos al hablar de esa época, y los pocos datos que tenía me habían llegado con cuentagotas, casi con reticencia. No alcanzaba a imaginar qué parte de su historia podía interesarle a esa periodista.

—Nuestro editor cree que sería una buena idea que sus abuelos compartiesen sus recuerdos con nuestros lectores —insistió Teresa.

Negué con la cabeza.

—Mi abuela no está en condiciones de compartir nada con nadie. Tiene alzhéimer.

—Lo sé —respondió ella con rapidez—. La señora que la atiende me lo contó cuando les llamé por teléfono —añadió al ver mis cejas alzadas—. Sin embargo, el punto de vista de su abuelo podría sernos muy útil. Al fin y al cabo, su caso fue excepcional: el hijo de un alto mando de la Wehrmacht que renunció al régimen y a su familia por amor… Algo realmente inusual. Si pudiéramos hablar con él…

—No puedo ayudarla con eso. —Hice ademán de cerrar la puerta, pero ella interpuso un pie con agilidad.

—Por favor… —rogó con ojos de cervatillo. Seguro que esa mirada lánguida le había funcionado más de una vez, pero yo era un hueso duro de roer.

—Aunque estuviese dispuesta a interceder por su revista, cosa que no voy a hacer, no conseguiría nada —expliqué—. Mis abuelos jamás hablan de esa época. Nunca les ha gustado remover el pasado.

—Señorita Vogel… Vera, ¿puedo tutearte? —Cambiando de táctica, Teresa se inclinó hacia mí con aire confidencial—. Me temo que eso no es del todo cierto. Hay al menos una parte del pasado que sus abuelos se han esforzado mucho en conservar.

—No comprendo.

—Uwe y Margot Vogel son los principales mecenas de una exposición artística itinerante que se celebra cada año en un lugar distinto. Hace unos cinco meses tuvo lugar aquí, en Madrid, en el Círculo de Bellas Artes. Estamos hablando de pinturas que retratan la vida durante la guerra y los años de la ocupación alemana.

Me quedé paralizada por un momento, con la puerta y mi boca abiertas de par en par. Teresa aprovechó para empujarme suavemente hacia dentro y entró conmigo en mi apartamento, como una amiga demasiado confianzuda.

—Creo que te he sorprendido —constató satisfecha mientras me conducía hacia mi propio salón—. No lo sabías, ¿verdad?

Tenía razón, no lo sabía. Era consciente de que a mis abuelos les gustaba la pintura; llevaban años coleccionando cuadros y siguiendo las nuevas corrientes artísticas, y se sintieron muy orgullosos de mí cuando a los seis años agarré un pincel y anuncié que quería ser pintora. El arte era una pasión que compartían. Sin embargo, de discretos coleccionistas a mecenas artísticos había un larguísimo trecho, y yo no tenía ni idea de por qué habían decidido recorrerlo.

—¿Vera? —Teresa me sacó de mi abstracción dándome unos golpecitos en el hombro.

—No lo sabía, pero tampoco tienen por qué darme explicaciones de todo lo que hacen —dije a la defensiva—. Mis abuelos tienen una

situación económica desahogada, y lo que hagan con su dinero es asunto suyo.

—Por supuesto. —Teresa León levantó las manos con ademán conciliador—. Solo me ha sorprendido que no estuvieras al tanto.

La verdad era que a mí también me sorprendía, además de dolerme. Me dejé caer en el sofá y ella se situó en una butaca frente a mí, sin dejar de mirarme con la expresión de un gato satisfecho. Se puso a rebuscar en el maletín que llevaba hasta sacar una fotografía que me tendió en silencio, atenta a mi reacción.

Me incliné sobre la imagen. Era un primer plano de mi abuelo en una sala con las paredes llenas de cuadros. Estaba muy elegante, con un traje de chaqueta oscuro que se adaptaba a su figura alta y todavía erguida, y sus cabellos blancos y ralos estaban perfectamente peinados y pegados al cráneo. Sus ojos miraban a la cámara con agudeza y su tenue sonrisa parecía pintada con regla y cartabón. Detrás de él, casi confundiéndose con la pared del fondo, estaba mi abuela. Lo primero que me llamó la atención fue su lugar en la foto, el hecho de que los dos estuvieran tan alejados uno de otro; precisamente ellos, que durante toda su vida habían caminado, vivido y opinado a la par, como las agujas bien acompasadas de un metrónomo. Al contrario que mi abuelo, ella no miraba a la cámara sino que lo observaba a él, atentamente, con ojos que parecían alfileres dispuestos a clavarse en su espalda. Hice cuentas mentalmente. Si esa fotografía se había tomado cinco meses atrás, debió de ser en los inicios de su enfermedad, cuando el alzhéimer ya hacía mella en ella pero aún le concedía algunas treguas momentáneas. Quizá por eso su mirada en la foto, tan lejana y oscura, no me pareció la suya. Quizá por eso no reconocí en su

postura esquiva a la mujer que yo había querido como a una madre toda mi vida.

Teresa señaló la imagen.

—La fotografía la tomó en la exposición de Madrid uno de nuestros reporteros que acudió a cubrir el evento. Salió en nuestro número de mayo.

—¿Y dices que lleva años celebrándose? ¿Y que ellos la patrocinan?

—Así es. Bajo el lema *Conservar la luz*, los cuadros se exponen anualmente en pequeñas galerías y museos de las principales ciudades europeas: Milán, Londres, Florencia, Praga, Madrid…

Conservar la luz. Era un lema extraño y a la vez evocador.

—¿Y todas las obras expuestas responden a la misma temática? ¿La guerra? ¿Se trata de artistas reconocidos? —seguí preguntando.

—En realidad, todos los cuadros pertenecen a una única pintora. —Teresa León enarcó las cejas—. Claire Reynaud.

—No me suena.

—No es conocida. No se sabe nada de ella. No hay fotografías ni notas biográficas disponibles. Todo un misterio.

Meneé la cabeza, todavía incrédula. ¿Quién era esa pintora que había impactado de tal modo a mis abuelos como para dedicar años a promover su obra? ¿Y por qué nunca me habían hablado de ella? Conocían mi amor por la pintura, mi deseo de crear lienzos que lograsen atrapar miradas. Y jamás, en ninguna de nuestras conversaciones sobre arte, habían mencionado a Claire Reynaud.

Volví a mirar la fotografía. Casi sin darme cuenta repasé con la uña el rostro de mi abuela, ese óvalo surcado de arrugas y recuerdos. Con un sobresalto, me percaté de que el abrigo de lana

azul que le colgaba descuidadamente del brazo era el mismo que llevaba la noche que nos habíamos encontrado en el metro, la noche de mi ruptura con Eric. También los zapatos, un par de botines de piel, eran los mismos.

—¿Por casualidad esta exposición se celebró el día tres de mayo? —pregunté.

Teresa asintió. Así que ahí era a donde se dirigía mi abuela aquel día.

—Como te comenté antes, nuestro editor está muy interesado en contar con Uwe Vogel para el reportaje —volvió a la carga la periodista—. Su punto de vista podría ser valiosísimo. Ocurrieron muchas cosas en Francia durante esos años, fue una época oscura de la que todavía se desconocen muchas cosas.

A mi pesar, la miré con atención. Le hice un gesto para que continuase.

—Hitler ocupó Francia en junio de 1940, tras la caída de las defensas fortificadas a lo largo de la frontera con Italia y Alemania conocidas como línea Maginot —explicó en tono doctoral—. Tras la ocupación, Francia firmó un armisticio que permitía a Alemania controlar la mitad norte del país. El gobierno de la otra mitad fue asumido por Philippe Pétain, que había sido héroe nacional en la Primera Guerra Mundial.

—La Francia de Vichy —aporté. Recordaba haber leído algo en algún libro de historia.

—Exactamente. Pétain se mostró muy colaboracionista con Alemania durante la contienda. —Teresa frunció los labios—. Muchos lo consideraban un títere de los nazis. El miedo y la desconfianza entre la población eran brutales. Algunos grupos se organizaron para

luchar en la clandestinidad: se los conocía como maquis, por el tipo de matorral de los bosques en los que se ocultaban. A sus miembros se los llamaba *maquisards*. Sin embargo, la postura más habitual entre la población francesa fue el *attentisme,* es decir, agachar la cabeza y esperar. En nuestra revista creemos que el punto de vista del hijo de un comandante de la Wehrmacht que decide cambiar de bando por amor es único y tremendamente interesante. Estoy segura de que tu abuelo tiene mucho que contar.

«Cambiar de bando por amor». Jamás me había parado a pensar en que era eso lo que había hecho mi abuelo. Ensimismada en mi propia vida llena de problemas, nunca había mostrado interés por el pasado de mi familia.

—Sigo sin entender qué tengo yo que ver con todo esto —pretexté—. Es a mi abuelo a quien debes abordar, no a mí. Es a él a quien debes convencer de que colabore en ese reportaje.

—En realidad, ese es el problema. —Teresa se rascó el puente de la nariz con un bolígrafo y sus ojos se abrieron como los de un búho asombrado—. Hemos intentado contactar repetidamente con él, en vano. La verdad es que he venido a verte porque creí que quizá podrías decirnos dónde está, ya que nadie más parece saberlo.

—¿Cómo dices? —Me incliné hacia ella y la fotografía cayó de mi regazo, dando un par de vueltas en el aire antes de posarse sobre la alfombra.

—Uwe Vogel ha desaparecido, Vera. Es como si la tierra se lo hubiese tragado.

4

Abrigny, febrero de 1941

La gente desaparecía sin dejar rastro. Era como si la tierra se los hubiese tragado.

Abrigny se había convertido en un pueblo fantasma. Cada vez había menos gente y más casas cerradas, a medida que sus habitantes huían a la zona libre o eran detenidos por algún delito real o imaginario contra el nuevo régimen. Los informes que llegaban desde París eran devastadores: la Ciudad de la Luz se había quedado a oscuras y la bandera con la esvástica ondeaba en la torre Eiffel como una lengua burlona.

Habían pasado ocho meses desde la ocupación, y Margot no podía soportarlo más. Al día siguiente de su encuentro con los jóvenes parisinos en la plaza, hordas de refugiados de la capital habían pasado por Abrigny en su éxodo hacia ninguna parte: hombres, mujeres y niños cargando maletas y sacos, con los rostros desencajados y llenos de polvo, veloces a pesar del agotamiento. Los vecinos del pueblo los contemplaron asombrados desde las ventanas, incapaces de reconocerse en aquellos compatriotas que habían visto el horror de primera mano. Rumores terribles empezaron a correr de boca en boca sobre familias separadas, niños

abandonados en los caminos, cadáveres desmembrados en los campos tras los bombardeos alemanes. En octubre, el mariscal Pétain se había manifestado por fin a través de un discurso radiado en el que admitía la derrota e instaba al cese de las hostilidades y que no hizo más que agravar el pesimismo: Francia se había sometido.

Pocos días después del anuncio en la radio, los alemanes comenzaron a llegar a Abrigny. Las Aubier los vieron desfilar desde la ventana de su cocina, decenas de ellos, como enormes hormigas orgullosas con su uniforme de la Wehrmacht. Recorrieron las calles con gran estruendo, pavoneándose y entonando cánticos de victoria. Desoyendo los consejos de su madre, que instaba a sus hijas a no salir de casa, Margot se escabulló por las callejuelas para verlos más de cerca: la mayoría de ellos parecían muy jóvenes, eufóricos con sus condecoraciones brillando en los uniformes de color gris verdoso. Muchos incluso tenían cara de niño y costaba creer que hubieran alcanzado la edad de afeitarse, pero Margot no se dejó engañar. Tras sus rostros lampiños y sus miradas azules, ella era capaz de distinguir el brillo de la codicia, la borrachera de la victoria. Eran monstruos, y los odiaba con todas sus fuerzas.

No tardaron en mostrar su puño de hierro. En apariencia, trataban a los franceses con fría amabilidad, pero se apresuraron a imponer una serie de normas y disposiciones: todos debían entregar sus armas y municiones, aparatos de radio e incluso cualquier vehículo a motor que funcionase. Se impuso un toque de queda y también comenzaron a controlar los alimentos: el género de las tiendas y los productos del campo. Era como estar en el interior de una cárcel sin barrotes.

Las Aubier no tenían armas ni vehículos, pero Delphine se apresuró a entregar la vieja radio de Édouard, con una premura que a Margot le pareció servil. Por si fuera poco, los soldados y los oficiales se instalaron en las mejores casas del pueblo, ante la impotencia de sus habitantes. La casita de las Aubier era tan pequeña que se libraron de esa molestia, pero corrían rumores de que Villa Lorraine, que permanecía cerrada desde la gran discusión entre su abuela y su madre, estaba reservada para algún pez gordo que llegaría de Berlín en las próximas semanas. Margot sentía ganas de gritar cuando pensaba en la casa de su infancia pisoteada por aquellas ratas.

—Al menos no estaremos bajo el mismo techo que ellos —intentó confortarla Violette.

Estaban las dos en la cocina, tratando de calentarse las manos llenas de sabañones ante la estufa de leña y esperando a que su madre y Claire bajasen a desayunar. Los rostros de ambas se reflejaban en la superficie metálica de la estufa, dos lunas casi idénticas en las que el rasgo más dispar eran los ojos: mansos los de Violette, fieros y casi desorbitados los de Margot. La una aguardando. La otra deseosa de actuar. Así había sido siempre.

—Vaya consuelo —resopló Margot.

—Es mucho mejor que la otra opción. —Violette bajó la voz—. Lucie me ha contado que hay un oficial instalado en su casa y que toda la familia ha tenido que apiñarse en la planta baja. ¿Te lo imaginas? Incluso los padres de Christophe tienen a un cabo viviendo con ellos, lo cual es todavía peor con todo lo que les ha pasado.

Margot rechinó los dientes al pensar en Christophe. Un par de días después de la rendición, sus padres habían recibido una carta con matasellos oficial confirmando la muerte en el frente de Gaspard, su hijo mayor. Los gritos desgarradores de la madre habían resonado en todo el pueblo como los quejidos de un pájaro herido. Desde ese día, su pelo se había vuelto completamente gris, tan gris como las águilas bordadas en los uniformes de los alemanes.

—Yo no soportaría estar en su situación —aseguró—. Los mataría mientras duermen. Los degollaría con mis propias manos. Jamás podría tener en mi casa a los asesinos de mi hermano.

—Calla, calla. —Violette la sujetó por la muñeca—. ¡No sabes lo que dices! No nos queda más remedio que aguantar, resistir en silencio hasta el final. No podemos enfrentarnos a ellos, sería como pulgas luchando contra leones.

Margot levantó la barbilla, irritada con su hermana. Resistir en silencio, eso era lo que todo el mundo hacía. O casi todo el mundo, porque algunos, como los jóvenes parisinos que se habían encontrado en la plaza meses atrás, decidían luchar. Margot pensaba en ellos cada día, se preguntaba si estarían vivos, si habrían conseguido llegar a su destino. El rostro del chico moreno, burlón y anguloso, se colaba en su mente en los momentos más inoportunos: cuando recogía leña en la parte trasera de la casa o cuando pelaba verduras para el mezquino estofado de la cena. ¿Habría conseguido matar ya a algún alemán? Había oído rumores acerca de grupos clandestinos que se ocultaban en los bosques, los *maquisards*, soldados franceses que habían desertado o simples civiles deseosos de luchar contra los invasores. ¿Se habría unido a ellos? ¿O estaría preso en algún campo de detención o, peor aún, colgado de una

horca en alguna plaza pública para escarmiento de los demás? Cuando pensaba en él, a Margot le entraba una urgencia inexplicable por salir corriendo, por huir de Abrigny, porque cualquier destino le parecía mejor que el agujero lleno de temores en que se había convertido el pueblo.

Su relación con Didier tampoco era ya la misma. El apoyo que habían sido el uno para el otro, esa roca firme, se había desgastado hasta convertirse en un montón de escombros. Didier bajaba la cabeza como todos los demás. Temía por su madre, una viuda que regentaba una panadería, y por sus tres hermanos pequeños, siempre hambrientos. Él trabajaba sin descanso, día y noche, y a Margot le repugnaba que el resultado de su esfuerzo, aquellos panes tiernos y blancos que florecían bajo sus manos, estuviesen ahora destinados a las mesas de los alemanes.

Incapaz de estarse quieta, Margot comenzó a preparar el brebaje de achicoria molida que llevaba meses sustituyendo el café de sus desayunos. Últimamente subsistían a base de sopas aguadas, pan duro y la poca carne que les proporcionaban sus cartillas de racionamiento. Violette había empezado a hacer conservas de todo aquello que tuviera un aspecto mínimamente comestible: cebollas, setas, pepinillos, incluso raíces. «Para cuando vengan los malos tiempos», decía con una voz cavernosa que a su hermana le ponía los pelos de punta. Los malos tiempos. ¿Acaso podían empeorar mucho más las cosas?

Claire entró en ese momento en la cocina, con su melena rubia flotando tras ella y su cuaderno de dibujo en la mano. Margot empezó a cortar el pan rancio en finas rebanadas, disponiéndolas sobre la mesa como pétalos de flor. Cualquier tarea era buena para

dejar de pensar. Cualquier cosa para espantar el recuerdo de aquel desconocido de ojos fieros que no dejaba de revolotear en su mente.

Delphine se paró en el umbral de la cocina y miró a sus tres hijas sentadas alrededor de la mesa. Media hogaza de centeno (nada que ver con las tiernas *baguettes* que habían disfrutado en días mejores) y apenas un poco de mantequilla formaban todo su desayuno, y aun así, solo Claire parecía comer con cierto apetito. Las gemelas se inclinaban sobre sus tazas de sucedáneo con idénticas expresiones hurañas. Delphine las valoró con ojos de madre: Margot llevaba semanas inquieta, como un volcán a punto de entrar en erupción. Si ya de natural tenía un carácter impaciente y poco dado a sutilezas, en los últimos tiempos había empeorado hasta tal punto que era casi imposible hablarle sin recibir un bufido por respuesta. Violette parecía la viva imagen de una mártir medieval, con los mechones de pelo sucio sobre la cara, la falda arrugada y las manos crispadas en el regazo. Delphine suspiró. Así estaban las cosas: una hija tensa como un junco a punto de romperse y la otra desdibujada como una acuarela manchada de agua.

Su mirada se suavizó al contemplar a Claire. Ella todavía no había empezado a sentir en sus carnes el pellizco de la guerra. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus dientes relucían en una pequeña sonrisa. Al menos, todavía podía conservar eso. Al menos, a ella podía mantenerla a salvo.

Cruzó la cocina en silencio —en esos días, más que nunca, las palabras escaseaban en su casa—, y se sirvió una taza del amargo

brebaje que le quemó la lengua. Después se puso el raído abrigo de paño que había conocido tiempos mejores y salió de la casa.

Caminó por las calles vacías, sorteando charcos de agua congelada, hasta llegar a la iglesia. Cécile Ferrec le abrió la puerta de la sacristía arrebujada en su enorme bata de franela, pero no comenzó a darle instrucciones para la limpieza diaria como tenía por costumbre, sino que se quedó mirándola con una mezcla de preocupación y tristeza.

—Lo siento, Delphine. Me temo que no podemos seguir dándote trabajo. Con los alemanes aquí, el racionamiento y todo eso… Son malos tiempos para la Iglesia, y Maurice ha tenido que recortar gastos. —Miró por encima del hombro hacia el rincón donde su hermano gruñía mientras sacaba lustre a los incensarios—. Cada franco cuenta, ¿comprendes? Y los alemanes no ven con buenos ojos a los sacerdotes católicos.

—Comprendo. —Delphine sintió que algo se hundía en su estómago, un vacío molesto que iba más allá del hambre—. No se preocupe.

Trató de retirarse, pero la mujer la sujetó por un brazo.

—Hay algo más. Sé que estos últimos meses has estado ayudando a mi hermana Aurélie con su bebé. Me ha pedido que te diga que tampoco puede seguir contando contigo. A su marido lo han echado de la fábrica. Han despedido a todos los franceses.

—¿A todos? —Delphine la miró con asombro. El marido de Aurélie trabajaba en una pequeña factoría de zapatos en una localidad vecina. Él se encargaba de coser las suelas. ¿Qué podían haber hecho todos esos padres de familia para ofender a los nazis?

—Dicen que van a militarizar la fábrica, que van a hacer botas para el Ejército alemán. Han traído obreros extranjeros, polacos, creo… Les pagan una miseria, por supuesto. ¡Esos cerdos! —La mujer soltó una maldición que habría hecho estremecerse a su hermano—. Parece que las cosas están cambiando, ¿verdad? Nos esperan malos tiempos.

—Sí. Sin duda están cambiando. Cuídese, madame, y salude de mi parte al padre Ferrec.

—Te deseo suerte, Delphine. Cuando termine la guerra, y confío en que lo haga pronto, nos gustaría que volvieras con tus hijas. La iglesia no será la misma sin los arreglos florales de Margot.

Delphine asintió y echó a andar con la cabeza gacha. ¿Qué iban a hacer ahora? En los últimos años las cuatro se las habían arreglado con su salario como limpiadora para salir adelante. Quedaba una pequeña parte del dinero que Édouard les había dejado y Delphine lo estaba guardando para sus hijas. Habían terminado la escuela, y Margot deseaba ir a la universidad, mientras que Violette, cuyo sueño era casarse y tener muchos hijos, necesitaría un buen ajuar. Suponía que ahora las gemelas tendrían que buscar trabajo también, si es que quedaban trabajos disponibles en alguna parte. Con Francia ocupada, con París agonizando bajo el puño de Hitler, todos sus sueños estaban comenzando a dispersarse como cenizas en el viento.

Delphine siguió pensando en sus problemas mientras se adentraba por las callejuelas centrales del pueblo. Los víveres escaseaban cada vez más ya que los alemanes acaparaban para sí las mejores provisiones: el trigo, los quesos y los jamones que los campesinos habían puesto a curar durante el invierno. Incluso las dos bodegas

del pueblo eran ahora propiedad de los nazis. El nuevo Gobierno había expedido cartillas de racionamiento con cupones para comida y queroseno, pero las cantidades que se podían conseguir eran ínfimas: un litro de leche, un kilo de harina, apenas unas lascas de tocino. El Gobierno había repartido octavillas en las que animaba a la población a adaptarse a la economía de guerra: beber leche desnatada, prescindir del café y comerse las patatas enteras con la piel. ¿Cómo iban a salir adelante? ¿Cómo iban a permitirse las medicinas para Claire?

Delphine se estremeció y se arrebujó en su abrigo. Los charcos del suelo le devolvieron la imagen de su rostro preocupado. La guerra era una vieja conocida para ella: la anterior le había enseñado que, más allá de los mutilados y las listas de bajas, había otras secuelas que afectaban a los que se quedaban: el hambre, las noches sin dormir por la preocupación, el frío que parecía adueñarse de los huesos. Y, sobre todo, el miedo. Miedo a que los seres queridos no volvieran del frente o, casi peor, a que regresasen transformados en despojos de sí mismos que podían terminar sus días en una bañera llena de sangre.

Siempre se hablaba de lo que la guerra les hacía a los hombres, pero Delphine sabía muy bien qué les hacía a las mujeres. Y rezaba para que esta nueva guerra fuese lo más corta posible, para que a ninguna de sus hijas le diese tiempo a descubrirlo.

Apretó el paso. Las calles estaban casi desiertas; muchas de las tiendas habían cerrado, y las que quedaban abiertas ya no exhibían alegres toldos de colores. Entró en la panadería y se puso a hacer cola tras las cuatro o cinco mujeres que ya esperaban para recibir la pequeña hogaza que les correspondía según el racionamiento. Tras

el mostrador Émilie Briand, la madre de Didier, examinaba concienzudamente las cartillas y repartía los panes oscuros y redondos. El calor de los hornos encendidos caldeaba el local, y a través de la puerta del obrador abierto, Delphine pudo ver la oscura cabeza del novio de Margot, que amasaba con vigor sobre la artesa.

Algunas mujeres murmuraron saludos al verla. Encabezando la fila estaba Sabine Labonne, la mujer que mucho tiempo atrás había estado a punto de comprometerse con Pierre Reynaud. De joven había sido robusta, muy rubia, como una vikinga orgullosa, pero los últimos años no habían sido bondadosos con ella. Se había casado con un viticultor, un hombre rudo que prefería el vino embotellado a las uvas que crecían en sus tierras. Tenían tres hijas pequeñas, tres rubitas que en ese momento se aferraban a la falda de su madre con dedos sucios. Sabine desvió la mirada al verla entrar, pero ya no había ni pizca de orgullo en ella, ni gota de soberbia.

—No puedo darte pan, Sabine —dijo Émilie secamente mientras devolvía la cartilla de racionamiento soltándola de un golpe sobre el mostrador.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Sabine palideció.

—A esta cartilla ya le ha sido suministrada la ración diaria. ¿Lo ves? Está marcada aquí, con una X. Tu familia ya tiene el pan para hoy.

Se hizo el silencio en la panadería. Las otras mujeres contemplaron a Sabine, que tragó saliva.

—Eso no es posible —dijo ella—. Acabamos de salir de casa con la cartilla para conseguir las raciones diarias. Mis hijas todavía no han comido nada hoy.

Una mujer delgada de rostro amargo que estaba dos puestos detrás en la fila alzó una vocecita burlona:

—Mi hijo mayor salió a buscar leña al amanecer y me ha contado que tu marido andaba ya a esas horas rondando por la plaza. Parece ser que estaba un poco… bueno, que ya no mantenía muy bien el equilibrio. Quizá fue él quien usó la cartilla para hacerse con la ración de hoy. Lo siento, Sabine.

—Ya lo ves. —La panadera agitó una mano como si espantase una mosca—. Alguno de mis hijos debió de entregar el pan esta mañana a monsieur Labonne, está claro. Es una lástima que tu marido haya sido el primero en madrugar hoy.

Las mujeres sonrieron con malicia ante el comentario acerado de la panadera. Derrotada, Sabine comenzó a apartarse del mostrador y en ese momento la campanilla de la tienda tintineó ante la entrada de dos nuevos clientes: dos alemanes uniformados. Como si se tratase de una ola barrida por el viento, la fila de mujeres se hizo a un lado, despejando el mostrador para ellos. Émilie corrió hacia el obrador, reapareciendo minutos después con una bolsa de papel llena de panecillos y *brioches*, piezas blancas y tiernas que antes solían adornar el escaparate pero que hacía ya meses que no se veían, pues estaban reservadas para ellos. El apetitoso olor se extendió por toda la panadería y las mujeres esponjaron la nariz involuntariamente.

Delphine observó a los alemanes con curiosidad. El más bajo era muy joven, casi tanto como su Édouard cuando partió hacia aquella otra guerra, la que lo destruyó para siempre. ¿Habría visto ya ese chico cosas tan horribles como su marido? ¿También él iba a salir de la guerra destruido para siempre, si sobrevivía? ¿Se lo merecía, a

pesar de ser alemán, un cerdo fascista, como no se cansaba de repetir Margot? Lo repasó de arriba abajo con una mezcla de lástima y repulsión, y después su mirada se posó en el otro hombre, de más edad y también mayor rango a juzgar por la hilera de medallas y cruces de hierro que le adornaban el pecho. Era muy alto, de cabello ralo y rubio y hombros anchos, y de él emanaba un aura de autoridad y poder que a Delphine le puso los pelos de punta. El pantalón bombacho del uniforme le sentaba como un guante y sus botas estaban tan lustrosas que parecían espejos. Un brazalete rojo con la esvástica rodeaba su bíceps derecho.

Él captó su mirada y la observó a su vez, con ojos azules y estrechos como rendijas. Delphine desvió los suyos, estremecida.

El soldado joven arrancó la bolsa de pan de las manos de Émilie y ambos se encaminaron hacia la calle, donde los esperaba un Mercedes-Benz negro con cruces gamadas en los guardabarros. En el umbral, el hombre de mayor edad se dio la vuelta.

—*Danke* —dijo dirigiéndose a la panadera, pero mirando a Delphine. Su voz le recordó a un pañuelo hecho de la seda más pura: fría y suave a la vez.

Tras su marcha, la cola de mujeres volvió a su lugar. Delphine recibió su ración cuando le llegó el turno, y se apresuró a salir a la calle, deseosa de recibir el aire frío en las mejillas. Alguien chistó a su espalda, y vio que Didier la había seguido al exterior.

—Para usted, madame Aubier —dijo tendiéndole cuatro panecillos blancos envueltos en papel—. Han sobrado unos pocos de la hornada de hoy.

Ella sintió ganas de llorar. En los tiempos que corrían, los actos de amabilidad eran tan raros y escasos como los tréboles de cuatro

hojas.

—Oh, Didier… ¿Estás seguro? Tu familia también tiene muchas bocas que alimentar.

—He guardado unos cuantos para nosotros. Esta mañana han traído algo más de harina que de costumbre. Salude a Margot de mi parte, ¿quiere? —añadió con un guiño antes de volver a entrar en la tienda.

Delphine aferró el pan contra su pecho y emprendió el camino de regreso a casa, sintiendo el corazón más ligero que antes. Un poco más adelante divisó la figura encorvada de Sabine, que caminaba arrastrando los pies con sus niñas tras ella como sombras diminutas. La mujer pisó un charco de agua congelada que se rompió con un chasquido y, pese al frío que debió de calarle los pies, pareció no darse cuenta.

Delphine sintió una oleada de lástima por su antigua rival. Si ya de por sí la vida era dura en esos tiempos, no podía imaginar tener un marido alcohólico que ni siquiera era capaz de compartir el pan con sus hijas. Apuró el paso hasta situarse a su lado y le tendió en silencio su propia hogaza. Sabine le dirigió una mirada acuosa e interrogante.

—Cuando yo me quedé sola… —Delphine se detuvo en mitad de la frase. ¿Qué podía decirle? ¿Que ella también sabía lo que era avergonzarse sin saber muy bien de qué? ¿Que comprendía lo que se sentía al no poder contar con nadie?—. A veces, los que deberían estar a nuestro lado no saben o no quieren hacerlo, y somos nosotras las que debemos luchar contra viento y marea. Salir adelante, por nosotras mismas y por nuestras hijas —dijo al fin.

Sabine vaciló. En su mirada clara, Delphine vio que la había comprendido. La mujer echó un vistazo a los rostros delgados de sus hijas y finalmente cogió la hogaza.

—Algún día te devolveré el favor —aseguró con solemnidad, y Delphine asintió, sintiendo una inesperada afinidad con la que fuera su enemiga. El fantasma de Pierre Reynaud, que había flotado entre ellas durante tantos años, se desvaneció en ese instante, ante la redondez de una hogaza oscura.

Delphine se despidió y siguió su camino, ansiosa por llegar a casa. Supo que algo iba mal en cuanto llegó a la plaza del pueblo. No se veía ni un alma, y sin embargo, los visillos de las casas cercanas aleteaban como si hubiera rostros espiando tras ellos. Al lado del abrevadero para el ganado había un grupo de soldados alemanes apiñados en torno a un mismo punto como enormes hormigas grises despedazando una lombriz. Desde donde estaba, Delphine no podía ver qué hacían, pero algo, quizá un sexto sentido, hizo que el estómago se le encogiese de miedo. Uno de los soldados dijo algo en alemán y los otros lo corearon entre carcajadas. Había crueldad en esas risas, pensó Delphine, crueldad mezclada con arrogancia. Eran las risas de los vencedores.

Uno de ellos se giró de medio lado para encender un cigarrillo protegiéndose del viento, y en ese momento Delphine la vio, allí mismo, en el centro del grupo, rodeada por aquella manada de lobos. El relampagueo de un pelo rubio, un rostro aterrorizado. Unos brazos largos y pálidos apresados a la espalda por unas manos de hierro. Unos ojos que se desorbitaban de pánico. Su Claire.

Un gemido se escapó de su garganta. ¿Qué hacía Claire ahí? ¿Cómo había salido de casa ella sola, sin la compañía de alguna de

las gemelas? Tiró al suelo el paquete con los bollos que le había dado Didier y echó a correr hacia los soldados con una única idea en mente: salvar a su hija.

Claire, cuyos gemidos de terror rivalizaban con los de su madre, se debatía y luchaba como una diminuta culebra, tratando de desasirse del firme agarre del soldado que le mantenía los brazos sujetos a la espalda. Otro alemán, un joven con el rostro lleno de granos, le levantó la barbilla y trató de obligarla a mirarlo.

—Eres una auténtica muñequita… —dijo en un pésimo francés—. Vamos, dame un beso y te dejaré marchar.

Por toda respuesta, Claire hincó los dientes en su mano y desgarró con fuerza. El soldado soltó un chillido similar al de un lechón y después le cruzó el rostro de una bofetada. Claire gritó.

—Pequeña zorra… Ahora sí que te has metido en un serio problema.

—¡Dejadla en paz, bestias inmundas! —chilló Delphine deteniéndose a su lado sin aliento.

Ellos se giraron para mirarla con ojos burlones. Se oyeron nuevas risotadas.

—¿Cómo nos ha llamado, madame? —dijo en tono amenazador el que sujetaba los brazos de Claire.

—Dejadla en paz —repitió ella con voz temblorosa.

Otro de los soldados, que se había mantenido un poco al margen, puso una mano sobre el brazo del de los granos.

—Es su madre. ¿No veis cómo se le parece? Vamos, Rolf, dejémoslo ya.

—Su madre, ¿eh? —El tal Rolf esgrimió una sonrisa llena de dientes amarillos—. ¿Y qué me dará a cambio de dejar marchar a su

hijita? ¿Querrá la señora acompañarme un rato a ese callejón, para ver si consigue hacerme olvidar el mordisco de esta fierecilla?

Delphine le sostuvo la mirada. Él se llevó la mano al costado, revelando la culata plateada de un arma, y ella captó de inmediato el significado del gesto: «Estoy armado. Estoy al mando». Tragó saliva. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para proteger a Claire?

Abrió la boca para decir algo, quizá para seguir suplicando, pero el ruido de un motor a su espalda ahogó sus palabras. El Mercedes-Benz acababa de entrar derrapando en la plaza y los dos alemanes que habían estado antes en la panadería salieron del vehículo. El de mayor rango barrió la escena con la mirada y su rostro se endureció. Ladró una orden, y los soldados soltaron a Claire de inmediato y se cuadraron.

—¿Qué sucede aquí? —siseó el hombre en un francés mucho mejor que el de Rolf.

—*Herr kommandant*… Yo… Nosotros…

—No diga más, Schütz. Se les abrirá un expediente por esto. Desaparezcan de mi vista de inmediato.

La plaza se vació en un abrir y cerrar de ojos. Delphine corrió hacia su hija y la abrazó con fuerza murmurando palabras tranquilizadoras. Claire se hizo un ovillo en brazos de su madre, temblando. Sus ojos empezaron a ausentarse, y Delphine rezó para que no le diera una de sus crisis convulsivas. Lo que acababa de vivir habría sido terrible para cualquier chica de trece años, mucho más para ella que no tenía la capacidad de comprenderlo.

—Creo que esto le pertenece.

El alemán se había acercado a ellas y le tendía un objeto. Delphine se dio cuenta de que era el cuaderno de Claire, con un esbozo del abrevadero a medio dibujar. Por eso se había escapado para ir a la plaza: le encantaba dibujar las diferentes tonalidades del agua. Cogió el cuaderno sin atreverse a mirar al hombre.

—Acepte mis más sinceras disculpas, madame —dijo él con aquella voz tan suave y peligrosa—. Mis hombres saben, o deberían saber, que nuestra política es mantener buenas relaciones con los civiles. Le aseguro que no se volverá a repetir.

—Gracias.

Delphine se incorporó. Estaba agarrotada de miedo y deseaba más que nada en el mundo salir de allí, llegar hasta la seguridad de su casa. Cogiendo a Claire de la mano, retrocedió hasta donde se le había caído la bolsa con el pan. Los bollos habían aterrizado en un charco de barro y estaban manchados y mojados. En su desesperación, Delphine se planteó si sería demasiado humillante agacharse a recoger el pan sucio para alimentar a sus hijas.

Él se fijó en su gesto y dijo algo en alemán a su subordinado, que había permanecido todo el tiempo apoyado en el capó del coche. El joven cogió del asiento trasero el gran paquete lleno de *baguettes* y bollos tiernos.

—Cójalo, madame. ¿Puedo preguntarle su nombre?

—Delphine. Delphine Aubier —murmuró ella con una voz que pendía de un hilo. Tendió la mano hacia el pan, aferrándose a aquel gesto de amabilidad.

—Gracias, señor… eh…

Él sonrió por primera vez.

—Comandante Otto Vogel —dijo alargándole la mano—. Acabo de llegar a Abrigny. Me alojo en el *château* en lo alto de la colina. Quizá le suene. Lo llaman Villa Lorraine.

Y así fue, mientras estrechaba aquella mano fría y firme, como Delphine conoció al hombre que viviría en la que había sido su casa, el hombre que a partir de entonces dormiría en la cama de su esposo muerto.

5

Vera

Madrid, octubre de 2011

«Tu abuelo ha desaparecido».

Las palabras de la periodista se quedaron flotando en el aire después de su marcha, como un eco ominoso. Lo primero que hice cuando salió fue abrir la ventana de par en par, en un vano intento por conseguir que las ideas que habían empezado a agolparse en mi mente saliesen en volandas. Teresa León se alejaba por la acera, firme y segura sobre sus altos tacones, ignorante del hecho de que había dejado una nube de confusión y dudas flotando sobre mi cabeza.

«No conseguimos dar con él. Es como si se lo hubiese tragado la tierra».

Esa afirmación lapidaria propia de un telefilme de sobremesa no podía ser cierta. Las personas no desaparecían así como así, y mucho menos mi abuelo. Él era una presencia sólida, una roca. Lo más probable era que estuviese evitando a los periodistas, intentando mantenerse al margen. Los reporteros podían llegar a ser muy insistentes, y la tal Teresa León era obviamente de las que no se rendían con facilidad.

Saqué mi teléfono móvil, dudando. Mi relación con mis abuelos se había enfriado un poco en los últimos tiempos. No les gustaba Eric y el sentimiento era mutuo. En nuestras escasas visitas al pueblo de la sierra donde vivían, la abuela y yo nos esforzábamos por mantener una conversación cordial mientras Eric y el abuelo se medían el uno al otro con la mirada, como toros a punto de embestir. Podía oír en mi mente la voz del abuelo y lo que probablemente me diría cuando se enterase de la ruptura: «Siempre supe que era de mala raza, como una cepa podrida. Lo triste es que haya tenido que dejarte él a ti».

Guardé el teléfono. Todavía no era capaz de enfrentarme a su condescendencia.

Volví a fijarme en la fotografía de la exposición. Uwe y su tenue sonrisa, casi una mueca. Margot y sus ojos agudos recreándose en él, supervisándolo con una adoración inagotable. Había algo turbador en la imagen, algo que me hacía sentir incómoda. Por muchas vueltas que le daba, no podía precisar qué era.

El ronquido de una motocicleta en la calle me hizo dar un salto y me recordó al modo en que mi abuela se alarmaba a veces con ruidos fuertes: motores, petardos, fuegos artificiales. Decía que le recordaban a los disparos de la guerra. Es curioso cómo funciona la memoria: como un animal gigantesco capaz de hibernar durante meses y despertar de repente, hambriento y voraz, inundándolo todo con su presencia. Rugiendo. Y por mucho que lo intentes, no puedes cerrarle la puerta. Me apoyé en el alféizar, y mientras la brisa de la calle me alborotaba el pelo cedí el paso a mis recuerdos.

Uwe y Margot llegaron a España en 1945, llevando por todo equipaje una maleta raída, un montón de malos recuerdos y una hija

pequeña, Julia —mi madre—, que había nacido en 1943 y que moriría en un accidente de tráfico cuarenta años después, cuando yo tenía solo unos meses de vida.

Pasé mi infancia con mis abuelos ya que mi padre, con el que Julia mantenía una relación intermitente, jamás se hizo cargo de mí. Mi abuelo Uwe era un hombre alto y enjuto que apenas sonreía, pero su mirada trasmitía una gran amabilidad. Si bien hablaba poco, cuando lo hacía su voz se elevaba por encima de las demás y sus palabras sonaban firmes y certeras, como flechas destinadas a clavarse en la diana. Mi abuela Margot era mi gran cómplice. Mis recuerdos de ella están impregnados de aromas: a hierbas maceradas, a mermeladas en conservas. Los frascos eran su talismán: pepinillos, cebollas, encurtidos, quesos en aceite y jaleas de todos los sabores y colores posibles que almacenaba como una ardilla preparándose para el invierno. Los tarros de cristal se alineaban en la despensa y relucían con un brillo irisado, y en más de una ocasión la sorprendí contemplándolos, contándolos una y otra vez, acariciando sus contornos fríos y sonriendo como si hubiera encontrado un ancla a la que aferrarse.

Margot tenía un carácter lleno de recovecos. De cuando en cuando, cuatro o cinco veces al año, sufría crisis nerviosas durante las que farfullaba palabras sin sentido, se retorcía las manos y sus ojos se afilaban y adquirían un velo de terror. «Es por la guerra —me explicaba Paloma cogiéndome suavemente de la mano para llevarme a mi habitación—. Por la guerra y todas las cosas malas que vio cuando era casi una niña», y yo me imaginaba metralletas disparando ráfagas, edificios derruidos, un escenario como de apocalipsis zombi, y corría a abrazarla hasta que ambas dejábamos

de temblar. Otras veces, en sus peores crisis, ella sacaba su vieja maleta de su lugar bajo la cama y comenzaba a llenarla frenéticamente como si se dispusiese a emprender un viaje: ropas arrugadas, medicamentos y vendas, muchísimas vendas blancas y tiesas, como si fuese a montar un hospital de campaña. Aquella maleta era una especie de tesoro para ella y la hacía y deshacía periódicamente, acariciando las costuras raídas como si con la yema de los dedos estuviese perfilando un montón de secretos.

Yo adoraba a mi abuela porque, más allá de sus crisis, era la mejor compañía que uno pudiera desear. Compartíamos juegos, confidencias, hasta un idioma propio mezcla de español y de su francés dulce y susurrante que sonaba como burbujas bajo el agua. Me enseñó a tocar a Chopin al piano —a pesar de que ella no era muy buena pianista—, y me contaba historias sobre princesas y caballeros. Tuve una infancia feliz. Días tranquilos, perezosas tardes de verano envueltas en el olor de los óleos mientras yo hacía mis pinitos como pintora y ellos me observaban orgullosos. En aquellos tiempos nada hacía prever que nuestra relación iba a enfriarse, pero lo hizo. Sus desavenencias con Eric tuvieron mucho que ver en ello.

Me aparté de la ventana. La periodista ya había doblado la esquina sobre sus altos tacones y la calle estaba desierta. Fui a la cocina y puse agua a hervir para hacerme una de esas infusiones herbales que tanto le gustaban a Margot. Todavía podía recitar de memoria los usos de cada una: manzanilla para el dolor de estómago, lavanda para dormir mejor, corteza de sauce para el dolor de las articulaciones… Escogí un té con canela, que me recordaba a nuestras tardes invernales. Después de la extraña visita de Teresa León tenía la necesidad de sentirme otra vez en casa.

Con la taza humeante a mi lado, encendí el ordenador y tecleé: CLAIRE REYNAUD. Salieron pocas entradas y todas ellas eran notas de prensa relacionadas con las exposiciones itinerantes de las que Teresa León me había hablado, siempre en ciudades distintas. Por mucho que busqué, no encontré ninguna foto suya, ni actual ni antigua, ni tampoco notas biográficas. Claire Reynaud parecía no existir más allá de sus pinturas. Había pocas en la red, pero logré ampliar la imagen de un par de sus cuadros, una escena rural con una fuente de piedra rodeada de palomas que bebían en los caños y una pareja de enamorados. Aun a través de la pantalla me parecieron muy buenos, llenos de colorido y vida. Me encantó sobre todo el de la pareja: dos personas abrazadas entre los árboles de un bosque o un jardín. Ella estaba de espaldas y una larga melena rubia le caía en cascada sobre los hombros. Él tenía rizos oscuros y ocultaba el rostro en el hueco del cuello de la muchacha mientras la rodeaba con brazos largos y nervudos. Claire Reynaud había captado con maestría todos los detalles: la pasión que les hacía querer fundirse el uno con el otro, la familiaridad, incluso las arrugas de sus ropas. La imagen transmitía cierto aire de desesperación, como si ambos temiesen que ese iba a ser su último encuentro. El amor entre ellos era evidente, vibraba, parecía traspasar la pantalla. Para mí, que acababa de salir de una larga relación sin amor, era casi inconcebible.

Creo que fue en ese momento, mientras contemplaba a aquellos enamorados, cuando tomé una decisión.

Volver a casa.

El autobús me dejó bajo una marquesina de plástico justo a la entrada del pueblo. La brisa me trajo el fuerte aroma de la sierra de Madrid, el perfume balsámico de los pinos que de niña me hacía pensar en caramelos de menta. Una ráfaga arrastró un par de agujas que se me enredaron en la trenza y se quedaron ahí, como horquillas vegetales.

La casa de mis abuelos estaba a unos doscientos metros, un caserón de tres plantas y tejados afilados que incluso en sus mejores tiempos había tenido un aspecto un tanto tétrico, como un lobo huesudo apostado entre los árboles. La verja estaba recién pintada de negro, pero mi columpio del jardín, que había sido de color verde menta, estaba oxidado como si la sarna se lo hubiese comido. Era una metáfora perfecta de mi relación con ellos.

La puerta principal se abrió cuando estaba a punto de meter la llave y me encontré frente a frente con la figura enjuta de Paloma, que me miró llevándose la mano al pecho. Hacía meses que no la veía, y me pareció más cansada y un poco más vieja, con muchos más hilos blancos destacando en su moño bajo y apretado. Llevaba un delantal floreado y olía a mi infancia y a hogar. Incluso antes de que me envolviese en un abrazo firme, ya me sentí como en casa.

—Vera… ¡Por fin has venido!

Se apartó para dejarme pasar. Paloma era una presencia perenne en casa de mis abuelos. Siempre, desde que yo tenía memoria, había estado con ellos. Se daba cierto a aire a Judith Anderson en su papel de ama de llaves en *Rebeca*, el mismo gesto adusto, el mismo pelo negro recogido en un moño y la misma forma de rondar por ahí como un fantasma y de aparecer cuando una menos lo esperaba. Sin embargo, su carácter era tierno y suave, el contrapunto a la

personalidad errática de la abuela. En cierto modo, yo era la niña que nunca había tenido. Cuando dejé de visitar a mis abuelos también la había abandonado a ella, y por eso no me extrañó ver un halo de censura en sus ojos.

—Pasa, no te quedes ahí fuera.

La seguí por el pasillo. Todo estaba igual que siempre: muebles de madera recia, pesados cortinones, una lámpara de araña que parecía salida de un salón victoriano. Había plantas por todas partes, montones de arreglos florales de esos que tanto le gustaba hacer a la abuela. Se me encogió un poco el corazón al percibir en el aire un olor nuevo: un efluvio acerado de medicamentos.

—Siento mucho no haber venido antes… no haberos visitado más a menudo —musité.

Paloma esperó un poco antes de responder. Lentamente, sus labios se curvaron en una sonrisa que tardó en llegar a sus ojos, pero acabó haciéndolo.

—No importa. Siéntate, te serviré un café. Acabo de hacerlo.

Puso la cafetera en la mesa, junto a un plato de galletas recién horneadas, con el azúcar todavía caliente en su superficie. La miré con ternura mientras se movía con agilidad alrededor de la mesa. El café, las galletas… era su modo de perdonarme sin palabras, de abrirme las puertas de nuevo.

—¿Cómo está Eric? —preguntó sin mirarme. A ella tampoco le caía bien.

—Se ha ido. Me ha dejado por una compañera de trabajo.

Era la primera vez que pronunciaba esas palabras en voz alta, y decirlas fue más fácil de lo que había imaginado. Paloma, discreta

como siempre, no dijo nada, ni siquiera manifestó sorpresa. Se limitó a empujar hacia mí el plato de galletas.

—¿Y ellos? —pregunté—. ¿Cómo están?

—Tu abuela tiene sus días. Deteriorándose por momentos, si te soy sincera. Ya sabes cómo es esta enfermedad.

Se sentó a la mesa frente a mí, se sirvió café y empezó a hablarme sobre el alzhéimer, sobre los pequeños despistes que habían ido creciendo hasta convertirse en grandes olvidos: se perdía por las calles del pueblo, no sabía abrocharse los botones, se quedaba en blanco si le preguntaban su número de teléfono. Unas veces se imaginaba que Paloma era su hija y otras no reconocía a mi abuelo. Se asustaba ante el ruido más insignificante y, a un tiempo, se aventuraba ante peligros obvios, como cruzar la avenida llena de coches o tocar la cafetera hirviendo. En otros momentos parecía estar mejor y actuaba como la Margot de siempre. La niebla que abotargaba su cerebro era así, caprichosa e inconstante.

Fruncí el ceño ante el relato de Paloma. Esa imagen no tenía nada que ver con la mujer que yo conocía. ¿De verdad se había deteriorado tanto en los meses que llevaba sin verla?

—¿Y el abuelo?

—Lo lleva como puede. Por dentro tiene que estar roto, tras toda una vida juntos.

Asentí. Claro que debía de estarlo. Recordé cómo variaba su humor cada vez que a ella le entraba una de sus crisis, esa desesperación callada que solo desaparecía cuando se le pasaba. Al menos, durante sus «episodios», siempre teníamos la certeza de que llegaría la calma después de la tormenta. El alzhéimer era una tempestad inagotable.

El hecho de que no se lo viera por ninguna parte me hizo pensar de nuevo en el motivo original de mi visita.

—Una periodista ha venido a verme —dije en tono casual—. Al parecer, quieren hacerle una entrevista sobre la guerra. Me contó una historia un poco rara e insinuó que el abuelo ha desaparecido.

Paloma me dirigió una mirada rápida en la que creí advertir algo de incomodidad.

—También me ha llamado a mí y hasta se presentó un día sin avisar. ¡Qué mujer tan pesada! Tuve que cerrarle la puerta en las narices.

—¿Entonces…?

—Por supuesto que tu abuelo no ha desaparecido ¡Qué tontería! Solo se ha ido de viaje unos días.

Me atraganté con el sorbo de café que acababa de tomar y me entró un ataque de tos. Él casi nunca viajaba y jamás lo hacía sin la abuela.

—¿Adónde se ha marchado?

—No lo sé. De viaje. Como comprenderás, no me dio a mí su itinerario. —Paloma alzó las cejas—. Ha dicho que solo serán un par de semanas.

—¿Y os ha dejado solas? ¿Con la abuela así?

—Recibió una carta… de un viejo amigo, creo. Me dijo que la persona que le había escrito necesitaba ayuda con un asunto personal. Se marchó hace unos seis días.

—¿El abuelo lleva seis días fuera? ¿Y nadie me ha dicho nada?

—Hija, como te dejas ver tan poco… No se nos ocurrió molestarte. —Apreció en su voz un tono de velada censura. No podía culparla.

—¿Quién es ese amigo que le ha escrito?

—Ni idea. Algún amigo de su juventud, creo.

Suspiré. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Y cómo te las has arreglado tú sola?

—Estoy acostumbrada. Además, ahora tenemos a Catalina, una enfermera que viene varias horas al día y se queda un par de noches por semana.

Ese dato tampoco lo conocía. Volvió a inundarme una oleada de vergüenza; debería haber estado más pendiente de ellos.

—¿Te suena una tal Claire Reynaud? —pregunté cambiando de tema—. Es una pintora a la que ellos han estado patrocinando durante años.

—No, creo que no. No he oído ese nombre en mi vida.

Cogí la taza vacía y la llevé al fregadero.

—¿Dónde está ella?

—Ven conmigo.

La seguí hasta el saloncito de la planta de arriba, una estancia amplia y luminosa que reflejaba el origen francés de la abuela con sus colores pastel y sus divanes con tapizado capitoné. También ahí se notaba el avance de la enfermedad: había frascos de medicinas en los estantes y el gran sillón de orejas había sido sustituido por una butaca ortopédica. Sentada en ella, blanca e inmóvil como una figurita de Dresde, estaba ella.

Había cambiado mucho en pocos meses. Su espalda, que siempre había sido firme, estaba encorvada y hundida, y las manos cruzadas en el regazo parecían dos raíces nudosas. Lo que más me impresionó fue su pelo; siempre había tenido una melena blanca y rizada que jamás se recogía en moños o pinzas, sino que dejaba caer salvaje sobre sus hombros. Ahora su cabello parecía una bala

de algodón que alguien hubiese pinchado haciendo que se desparramase por todas partes. Tragué saliva, sintiéndome fatal. Yo había permitido que pasase por todo eso a solas.

Paloma me dio un empujoncito y di un par de pasos en su dirección.

—¿Abuela?

Ella me miró. Su mirada era líquida, inconstante.

—¡Ah...! Ya estás aquí. Justo a tiempo para la merienda. Tenemos café recién molido, ¿sabes? Café de verdad. Nadie más lo tiene en estos tiempos, solo nosotras.

Miré a Paloma. Ella se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Síguele la corriente.

—Pero siéntate, siéntate… —La abuela palmeó la silla a su lado—. Tienes que contarme dónde has estado todo este tiempo. ¿Cómo está ese alemán tuyo? Se llamaba Kaspar, ¿verdad?

¿Kaspar? ¿Quién era Kaspar? Ella no esperó respuesta, sino que prosiguió con voz monocorde.

—Digan lo que digan, yo creo que has hecho bien en quedarte con él. Has hecho muy bien. Lo amas, ¿verdad? Nunca se le deben poner trabas al amor, ha de correr libre como un caballo desbocado. Si se lo intenta detener pueden pasar muchas cosas, y ninguna buena… —Frunció el ceño, intrigada por mi silencio—. ¿Sigues avergonzándote? ¿Es eso?

—Sí, estoy avergonzada —respondí.

No sabía quién era ese tal Kaspar, ni con quién me estaba confundiendo la abuela, ni por qué esa persona debería avergonzarse, pero yo sí lo estaba. No debería haberlos dejado solos tanto tiempo. Me había aislado del mundo porque quería estar sola

tras la ruptura con Eric, pero también porque su alzhéimer me daba miedo. Me angustiaba verla así, disolviéndose ante mis ojos, y había demorado ese momento todo lo posible. Ahora me daba cuenta de que había sido un error. Debí haber atesorado todos los momentos posibles con ella antes de que desapareciesen por completo.

—¡Nunca te avergüences! —gritó agarrándome el brazo hasta hacerme daño—. No dejes que te convenzan, ¿me oyes? Debemos coger lo que podamos antes de que nos lo arrebaten todo.

Empezaba a alterarse. Una vena le palpitaba en la sien y tenía las pupilas dilatadas. Quise abrazarla, asegurarle que todo estaba bien, pero no sabía cómo iba a reaccionar. Me sentía impotente. Paloma se acercó con un par de cápsulas que hizo caer en un vaso de agua provocando un susurro efervescente. Se lo tendió con gesto maternal.

—Chist… Margot, tranquila. Todo va a ir bien, no te preocupes.

—Hay que servir el café ya —respondió la abuela con voz lastimosa—. Los *brioches* ya deben de haber subido y van a quemarse. Hay que apagar el horno y prepararlo todo, pues Uwe está a punto de llegar.

—Todo está preparado —respondió Paloma sin inmutarse—. Tómate esto, te sentará bien.

La abuela bebió con avidez. La medicina debía de ser fuerte porque sus manos se relajaron de inmediato y su cabeza se inclinó sobre el respaldo. Miré a Paloma sin saber qué decir.

—Tiene días mejores, no te creas. Hoy está especialmente agitada —me explicó.

Me dirigí hacia la puerta con el corazón encogido. Justo cuando estaba a punto de salir oí su voz de nuevo.

—Vera.

Me quedé quieta, de espaldas a ella, sin atreverme a reaccionar. ¿Lo había dicho de verdad o me lo había imaginado?

—Vera —repitió, y su voz sonó como si me viese por primera vez.

Me di la vuelta. Me sonreía y en el fondo de sus ojos se asomaba un atisbo de la que había sido. El alivio me inundó; me había reconocido. Me precipité hacia ella y la abracé con fuerza.

—Abuela —dije entre lágrimas.

Nos quedamos abrazadas un largo rato, hasta que sentí que sus brazos se aflojaban e iba cayendo en un leve sopor. Caminé hacia la puerta de puntillas y cuando estaba a punto de salir ella me llamó de nuevo. Estaba medio dormida, pero en sus ojos nublados se advertía un brillo de miedo.

—Prométeme una cosa. No debéis dejar que se la lleven.

Tenéis que protegerla.

—¿A quién? ¿A quién debemos proteger, abuela?

—A la niña. —Con un dedo tembloroso señaló un adorno en una de las estanterías: un joyero de madera con paneles de ámbar que siempre había estado ahí—. En esa caja está el dinero de mi madre. Es para ella, para salvar a la niña.

—¿Qué niña?

Ya no respondió. Había vuelto a recostar la cabeza y su pecho subía y bajaba de un modo rítmico. Se había dormido. Me acerqué a la estantería y abrí la cajita. Estaba vacía, como siempre había estado. Suspirando, cerré la puerta suavemente, dejándola sola en la habitación, sus tenues ronquidos flotando en el aire junto a un montón de preguntas sin respuesta.

6

Abrigny, diciembre de 1941

Delphine Aubier no olvidaría jamás el día que se les terminó el dinero, el día que abrió la caja de madera que había contenido los pendientes de su boda y que ahora usaba para guardar los ahorros de emergencia y la encontró vacía.

Llevaba meses temiendo ese momento. Cada día le costaba más salir de la cama y enfrentarse a su casa desolada y fría, a sus hijas malhumoradas, a la despensa desabastecida. Y ahora su peor miedo se había hecho realidad y no les quedaba nada. Sus empleos como limpiadoras habían ido desapareciendo uno tras otro, a medida que las familias de Abrigny, incluso las más pudientes, comprendían que ese era un exceso que ya no podían permitirse. Las gemelas habían intentado conseguir trabajo en los viñedos, incluso en la fábrica textil de Vernuel, el pueblo vecino, pero solo habían recibido negativas. La comida escaseaba y la carne se limitaba a un par de salchichas grasientas por semana y al tocino que conseguían aquí y allá y que untaban en el pan seco del racionamiento.

Si los rostros enflaquecidos de sus hijas eran un recordatorio de que había tocado fondo, había algo que todavía le preocupaba más. Claire necesitaba medicinas, los anticonvulsivos que mantenían a

raya su epilepsia eran muy caros y, con el desabastecimiento, muy difíciles de encontrar. Ni siquiera las recetas que le expedía el médico del pueblo garantizaban que los pudiera conseguir. Margot había sugerido que buscasen en el mercado negro, ya que había oído rumores de que se podían conseguir alimentos o incluso tabaco y medias de seda para hacer intercambios, pero Delphine no sabía dónde empezar a buscar y estaba demasiado atemorizada para planteárselo. Ahora que se les había terminado el dinero incluso esa posibilidad parecía agotada.

Semanas atrás se había tragado el orgullo y había escrito a la madre de Édouard, que vivía en París con una de sus sobrinas. Ellas eran gente de posibles, quizá se compadecieran de una criatura como Claire, por mucho que el *affaire* de Delphine con Pierre Reynaud hubiese desatado sus iras. Pero su carta desesperada jamás había obtenido respuesta, y Delphine no sabía si se había perdido —las comunicaciones eran terribles en aquellos días— o si su suegra la había ignorado con ese gesto avinagrado tan propio de ella.

Delphine acarició el fondo de la caja. Estaba frío y las vetas de madera le provocaron un cosquilleo en los dedos. El rostro de aquel nazi, el que le había dado el pan, se coló en su mente. Aquel hombre representaba todo lo que odiaba: la guerra, la ocupación y el miedo y, sin embargo, se había mostrado amable, la había ayudado. Desde aquel día solo había vuelto a verlo una vez más, cuando el coche que lo trasladaba a Villa Lorraine pasó por delante de su casa, pero pensaba en él de vez en cuando: en su gesto amable al tenderle la bolsa llena de *baguettes*, en el modo en que

los soldados habían obedecido sus órdenes como si se tratase de un dios.

Y, sobre todo, recordaba que aquel hombre había salvado a Claire de horrores inimaginables.

Cerró la caja de golpe y bajó a la cocina. No se veía a las gemelas por ninguna parte, pero Claire estaba sentada en el suelo, cerca de la estufa. Solo llevaba puesto un camisón y sus costillas afiladas despuntaban bajo la tela como los brotes de las alas de un polluelo. Dibujaba en su cuaderno con seriedad y concentración, la punta de la lengua sobresaliendo entre sus labios. Delphine se inclinó sobre su hombro para ver el dibujo: un amanecer (o un anochecer, no estaba segura) sobre un prado en el que un sol enorme y rojo era el principal protagonista. Desde el incidente de la plaza no había vuelto a escaparse y pintaba más que nunca, intentando perderse en ese mundo de colores y trazos en el que nadie podía tocarla ni llamarla muñequita con desprecio.

La imagen de su hija indefensa despertó algo en ella, un impulso. Se calzó las botas que había empezado a llevar desde el inicio del invierno y se puso un viejo jersey de Édouard. Antes de salir se aseguró de cerrar la puerta con llave para que Claire no pudiera perderse de nuevo por aquel pueblo que se había convertido en un nido de escorpiones.

Ascendió por la suave colina que separaba la casa del jardinero de Villa Lorraine. El camino, el mismo que había recorrido de recién casada en brazos de Édouard, le parecía ahora una estrecha cicatriz, tan dolorosa como las que llevaba en el alma. El jardín de Villa Lorraine parecía otro mundo, un paraíso de setos pulidos al que la guerra aún no había hincado el diente. La casa, con sus

impresionantes artesonados y sus altos techos, se erguía tan impasible como siempre. Hizo sonar el timbre, provocando un oscuro tañido que le retumbó en los oídos.

El comandante Otto Vogel en persona abrió la puerta, y Delphine se encontró de nuevo con aquella mirada de hielo. Solo llevaba el pantalón del uniforme y una camiseta interior blanca bajo la que se adivinaba el vello de su pecho, rizado y pajizo. Tenía los hombros musculosos y pálidos llenos de pecas. No pronunció palabra, ni siquiera mostró sorpresa al verla, pero se apartó ligeramente para dejarla pasar. Delphine se estremeció al notar que la puerta se cerraba a su espalda con un crujido similar al del muelle de una trampa.

Miró tímidamente a su alrededor. El salón estaba igual a como lo recordaba —suelos laminados color brandy, el gran piano de Édouard, las enormes lámparas de araña—, pero tenía un aire de museo, como si no viviese nadie allí. «Es que en realidad él no vive aquí —pensó con un escalofrío—. Solo ocupa esta casa».

—¿Madame Aubier?

Su voz le llegó en un susurro. Lo miró, y aquellos dos glaciares de pestañas ralas le devolvieron su reflejo. Delphine pensó que eran los ojos de un hombre que había visto cosas horribles.

—*Herr kommandant*… —Se interrumpió, sin saber muy bien qué añadir.

—¿A qué se debe su visita? *Kann ich Dir helfen?* Quiero decir, ¿puedo ayudarle en algo?

—Me… me gustaría darle de nuevo las gracias. Ya sabe, por haber ayudado a mi hija en la plaza.

—De eso hace ya muchos meses. —Él la miró desde su impresionante altura—. Y si mal no recuerdo, ya me dio las gracias ese día. ¿Ha venido únicamente para eso?

Delphine tragó saliva. El comandante esperaba una respuesta que no podía darle porque ni ella misma sabía muy bien qué hacía allí, qué esperaba de ese encuentro. Él encendió un cigarrillo y el olor a tabaco fuerte inundó la estancia. Habló por entre las volutas de humo azulado.

—La guerra es difícil para todos. Para nosotros porque estamos lejos de nuestros hogares y echamos de menos a nuestras familias, y para ustedes porque ven que sus vidas cambian bajo el nuevo régimen y se sienten inseguros y crispados. Es comprensible. Por eso todos debemos esforzarnos. Nosotros por actuar con honor y ustedes por hacernos sentir bienvenidos.

Delphine bajó la mirada. El modo en que repetía «nosotros» y «ustedes» era deliberado, marcaba la diferencia. Los vencedores y los vencidos.

—Siéntese, madame. ¿Quiere un café? Ustedes los franceses aman el café.

Asintió. Vogel sirvió el líquido humeante de una cafetera que estaba sobre la mesa —y que ella reconoció como una de las piezas favoritas de su suegra—, y cuando lo probó casi se le saltaron las lágrimas. Era café de verdad, amargo y fuerte, y parecía que habían pasado siglos desde que lo había degustado. Su mirada se perdió de nuevo por la estancia, tan conocida y ajena a la vez, y se detuvo en una fotografía nueva que había sobre la cómoda. El comandante aparecía sonriente, vestido de paisano con un traje de paño reluciente acompañado de una mujer de rostro redondo y dos

jóvenes adolescentes de pelo rubio y mandíbulas cuadradas idénticas a las de su padre.

—Mi familia —explicó él siguiendo su mirada—. Mi hijo menor está a punto de trasladarse aquí desde Berlín para trabajar en un proyecto del Reich.

Delphine parpadeó, sorprendida por la confidencia. Le parecía extraño que aquel hombre de ojos de hielo tuviera una vida propia, una familia.

—Seguro que su esposa lo echará mucho de menos —dijo sin pensar, y al momento se arrepintió de haber abierto la boca. ¿Estaba loca? ¿Qué hacía formulando preguntas personales a un comandante nazi?

—Mi esposa y mi hijo mayor murieron al comienzo de la guerra —replicó él con voz fría.

Delphine agachó la cabeza. El aire a su alrededor parecía haberse espesado y recalentado.

—¿Por qué no me cuenta de una vez que es lo que ha venido a decirme, madame Aubier? —insistió él con impaciencia. Ella supo que no tenía escapatoria.

—He venido porque… Verá, yo solía trabajar limpiando casas en el pueblo, un lujo que ya nadie puede permitirse. Mis hijas se mueren de hambre.

—¿Sus hijas no trabajan? —Él se observó una uña perfectamente recortada.

—Lo han intentado, pero no encuentran nada… Mi hija pequeña es…, usted ya lo ha visto, es diferente y necesita una medicación que ya no podemos permitirnos.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Si pudiera ayudarme… Quizá necesite a alguien que le ayude con la limpieza. Tengo experiencia de muchos años y en el pueblo pueden darle referencias mías.

–Gracias, pero no. Una mujer del pueblo, Sabine Labonne, ya viene cada dos días a hacer la limpieza.

Delphine abrió mucho los ojos. ¿Sabine Labonne? Recordó el día que le había dado la hogaza de pan y la expresión de derrota en el rostro de su vecina. «Tenemos que hacer lo que sea para salir adelante», le había dicho Delphine. Estaba claro que Sabine se había dado prisa en seguir su consejo.

—Su marido, Denis Labonne, es un hombre de recursos —continuó el comandante—. Ha proporcionado ciertos informes útiles a la Kommandatur de Abrigny. Contratar a su esposa ha sido mi forma de mostrarle mi agradecimiento.

Delphine dio un respingo. Muchos franceses, por necesidad o despecho, se habían convertido en informantes de los alemanes, alertándolos de infracciones y traicionando a sus compatriotas. Los *feldgendarme*, policías militares, estaban por todas partes, como espectros siempre atentos. ¿Se habría convertido Denis Labonne en un informante? Viniendo de él, no le sorprendía.

—Así es, los Labonne están prosperando —dijo él como adivinando sus pensamientos—. Como acabo de explicar, me gusta mostrarme agradecido con aquellos que nos hacen sentir bienvenidos a mí y a mis hombres. Y, en ocasiones, la cordialidad puede desembocar en relaciones más estrechas, ¿comprendes, Delphine? —añadió tuteándola por primera vez.

Las implicaciones de la frase y el evidente cambio en su tono de voz le hicieron bajar la cabeza. Los párpados le temblaban como si

se le hubiera metido algo en los ojos.

—Esta casa es muy bonita. Una auténtica joya de época. Debiste de ser muy feliz aquí con tu marido y posteriormente con tu amante —susurró Vogel.

Ella sintió que el calor subía a sus mejillas. Así que el comandante había escuchado rumores, sabía de su historia con Pierre Reynaud. ¿Se lo habría contado Sabine mientras limpiaba? ¿Habría prestado oídos a las habladurías del pueblo? Nerviosa, Delphine se colocó un rizo detrás de la oreja. La luz del sol que se filtraba por la ventana convertía su cabello en filamentos dorados, y se dio cuenta de que él la estaba mirando con deseo, como Édouard y Pierre la habían mirado años atrás. El comandante avanzó hacia ella y le acarició el mentón con el dedo índice, un gesto tan rápido y leve que le provocó un escalofrío. En sus ojos ardía la pasión, el deseo de apropiarse de ella.

—No necesito una criada —repitió—. Pero no me importaría ayudarte con tus problemas si tú te esfuerzas por hacerme sentir bienvenido.

Estaban tan cerca el uno del otro que ella podía percibir en su aliento el café que había tomado. Se sintió pequeña y desvalida. Casi de forma inconsciente retrocedió un paso, alejándose de su contacto. El comandante captó el gesto al vuelo y frunció el ceño. Con un leve encogimiento de hombros, como si en realidad no le importase su rechazo, rebuscó en su bolsillo hasta dar con un billete.

—Con esto bastará para comprar algunas medicinas, según creo —dijo en voz baja.

Delphine alargó la mano, pero en lugar de entregárselo él soltó el billete, que cayó a sus pies.

—Cógelo, Delphine.

Ella vaciló. Tenía que pensar en sus hijas, en su despensa vacía. En Claire. Con la piel del rostro al rojo vivo, se agachó lentamente, consciente de que él la devoraba con los ojos. Estaba segura de que ese había sido su objetivo: humillarla, verla inclinarse ante él. Cuando por fin se incorporó con el billete en la mano, la mirada del comandante era lobuna.

—Que tengas un buen día, Delphine. Si cambias de idea ya sabes dónde encontrarme.

Ella pasó por su lado y salió de la casa en silencio, sin mirar atrás. A la altura de la verja echó a correr con el corazón rebotando en su pecho hacia la seguridad de su casa, hacia su hija que la esperaba pintando con acuarelas los contornos de un mundo que se había convertido en una trampa.

—Deberíamos enfrentarnos a ellos. Deberíamos luchar —dijo Margot.

Como siempre que sacaba el tema, no obtuvo respuesta. Sus amigos estaban sentados en círculo en el viejo granero contiguo a la casa de las Aubier, su lugar habitual de reunión. Desde la muerte de su hermano, Christophe apenas se dejaba ver, de modo que solo quedaban los cuatro: las gemelas, Didier y Lucie, y todos sin excepción parecían haber envejecido siglos durante los últimos meses.

—No podemos hacer nada —dijo Didier.

Margot frunció el ceño. Había pasado un año y medio desde la ocupación, la guerra seguía su curso y Francia se mostraba servil

ante los invasores, como un perro asustado mostrando el vientre ante las fauces de un lobo. Lo que más le molestaba era la actitud de sus vecinos, que se encogían de hombros, bajaban la cabeza y trataban de seguir con su vida, como si se le pudiera llamar vida a arrastrarse bajo el yugo alemán: el miedo, las miradas furtivas, el toque de queda, el hambre y la miseria. Algunos se limitaban a murmurar un par de frases de desaprobación, a apretar los labios al cruzarse en la calle con algún alemán, pero casi todos estaban demasiado asustados para alzar la voz. Otros se habían convertido en colaboradores, pasando información a los nazis a cambio de dinero o privilegios.

—No podemos hacer nada —repitió Margot con retintín—. Estoy harta de escuchar eso.

—Bueno, pues es la verdad. Cualquier acto que ellos interpreten como rebelión se castiga con la muerte. ¿Acaso no recuerdas a Armand Berriex?

Sí, Margot lo recordaba muy bien, pero eso no cambiaba su forma de ver las cosas. Armand Berriex era un hombre que vivía a las afueras de Abrigny, un anciano solitario que pastoreaba cabras. Seis meses antes, durante uno de los desfiles que a los alemanes tanto les gustaba hacer por el pueblo tras alguna victoria militar, Armand Berriex había sido el único en alzar la mirada y la voz. Ante el asombro de todos, se acercó a la comitiva y se plantó ante uno de los enormes tanques, como una hormiga voluntariosa tratando de llamar la atención de un elefante. Antes de que nadie tuviese tiempo de pronunciar una sola palabra, Armand escupió en el capó inmaculado del vehículo, dejando un reguero de saliva que se escurrió hasta las llantas y concentró todas las miradas.

«¿Veis esto? —gritó entonces Armand mostrando la piel de cabra que llevaba colgada de su zurrón—. ¡Si queréis un poco para el día en que a vuestro Führer se le caiga el bigote, no tenéis más que llamar a mi puerta!».

Un murmullo entre el asombro y el terror recorrió la multitud mientras dos soldados se apresuraban a coger por los brazos a Armand y meterlo a empellones en un coche. Nadie había vuelto a verlo con vida, y Margot estaba segura de que su cuerpo yacía en alguna cuneta mientras que sus cabras lo hacían patas arriba, rodeadas de guisantes y coles, en las mesas de los alemanes. Todos creyeron que Armand era un loco, pero ella pensaba que había sido el más valiente de todos.

—Lo que le hicieron a Berriex debería darnos alas a los demás para rebelarnos, en lugar de escondernos como gallinas. Cualquiera de nosotros podría acabar igual que él.

—No cualquiera de nosotros. Él los provocó. —Lucie habló con voz chillona. Su aura de chica despreocupada y coqueta se había esfumado en los últimos tiempos y se parecía más que nunca a una niña asustada, pero también había algo más en ella, una expresión desafiante que era nueva—. A él se lo llevaron porque los insultó. Si no hacemos nada que les moleste estaremos a salvo.

—¿A salvo? ¿Llamas «estar a salvo» a esta vida que llevamos? —Margot miró con asco a su amiga—. Ve con ese cuento a los Lévy o a los Joffo. Pregúntales a ellos si se sienten a salvo.

Vio que Lucie tragaba saliva ante la mención de las dos familias judías que habían vivido en Abrigny antes de la guerra. La vida se había convertido en un infierno para ellos desde la promulgación en octubre de 1940 del Estatuto de los Judíos, se les habían confiscado

sus bienes y tenían prohibido entrar en los cines o los trenes. Una noche habían desaparecido del pueblo, probablemente con destino a los campos de concentración de Drancy o Compiègne. De las dos familias judías —hombres que habían labrado los campos de Abrigny, mujeres que les habían sonreído, niños con los que habían compartido juegos infantiles— solo quedaban ahora sus casas cerradas y vacías, un triste recordatorio de la vida que había bullido en su interior.

El silencio se extendió por el granero. Violette cambió de postura y su cabello desgreñado cayó sobre sus ojos. Tenía el rostro lleno de granos, como siempre que estaba nerviosa o preocupada, y su jersey tenía varios agujeros que no se había molestado en remendar. Margot la miró exasperada, últimamente le daba la impresión de que su hermana apenas abría la boca y se guardaba todas sus opiniones para sí.

—¿Tú qué opinas, Vi? —le preguntó a bocajarro.

Violette pareció encogerse bajo su mirada.

—Creo que debemos resistir. Que Abrigny tiene que resistir.

—Eso es. —Didier le sonrió—. Resistir es la palabra clave. Y a veces resistir no significa rebelarse o esgrimir una pistola. A veces es necesario estarse quietos, como las cañas del río que sobreviven a los tornados.

—Ya. Qué bien. Y mientras jugamos a ser cañas de río nos morimos de hambre y miseria —respondió Margot con sorna.

—La otra opción es morirte con una bala alojada en la cabeza. ¿Qué prefieres: tener razón o estar viva? Está bien tener coraje, pero la valentía es como el vino, si abusas de ella estás perdido.

—Didier tiene razón —terció Lucie alzando la cabeza. Dos manchas rojas habían aparecido en sus mejillas—. Esta es nuestra realidad ahora. Y quizá no sea tan mala como pensáis.

Todos la miraron con asombro. Incluso Violette pareció despertar de su letargo.

—¿Qué has dicho?

—Quizá los alemanes no sean tan terribles. Puede que la imagen que tenemos de ellos sea peor que la realidad. Kaspar dice que…

—¡Kaspar! —La voz de Margot se elevó dos octavas más—. ¿Quién demonios es Kaspar? ¿El oficial con cara de bulldog que se aloja en vuestra casa? ¿Ese cerdo fascista inmundo…?

—No tiene cara de bulldog —la cortó Lucie—. Y es amable. Él me ha… —se interrumpió, dudosa.

Margot miró a su amiga con los ojos entornados. Lucie tenía esa mirada entre avergonzada y desafiante que tan bien le conocía y que significaba que guardaba un secreto. Y con Lucie Sabard los secretos casi siempre estaban relacionados con chicos y coqueteos. Ahogó un gemido. No podía ser. Ni siquiera Lucie, la frívola, despreocupada y superficial Lucie se habría atrevido a eso. ¿O sí?

—¿Tienes algo con ese alemán? —preguntó en un susurro.

—¡No! ¡No lo sé! ¡Sí! —Lucie se tapó la cara con las manos—. Pero él no es como los demás, ¡os lo juro!

—¿No es como los demás? ¡Es un nazi! ¡Un asesino! —Margot se apartó de ella como si pudiera contagiarse de algo grave.

—Está aquí porque no tiene otro remedio. —El tono de Lucie era suplicante—. No es un asesino, es una buena persona, amable y considerado. Solo está aquí porque pertenece al ejército. Dice que…

—¿Estás con él a cambio de comida? ¿De ropa? —interrumpió Margot mirando las piernas de su amiga, cubiertas con un par de medias que parecían nuevas—. ¿De maquillaje? —añadió con la vista fija en sus labios pintados de rojo.

—¿Insinúas que me vendo, que me está utilizando? —Lucie apretó los puños—. Kaspar no es así. Me quiere, estoy segura.

Margot la miró sin pestañear, sin poder creerse lo que oía. ¿Cuándo se había convertido su amiga de la infancia en una traidora a su país?

—Por favor, Margot. —Lucie la miró implorante, ignorando a todos los demás que asistían en silencio a la conversación—. ¿No podrías intentar entenderme?

—¿Entenderte? —La voz de Margot sonó cortante como un bisturí —. No, Lucie. Perdóname, pero no puedo entenderlo. No entiendo que seas capaz de estar con un miembro del ejército que ha ocupado nuestro país, que ha asesinado a tantos inocentes.

Lucie no respondió. El aire entre ellas era tan espeso que casi se podía palpar el rencor que había brotado como una flor envenenada.

Margot se levantó furiosa. Esperó a que alguno de los otros dijese algo: que Didier se pusiese de su parte o que su hermana gritase encolerizada, que ambos se escandalizasen ante la terrible traición de Lucie. Sin embargo, los dos tenían la vista baja, perdida en las briznas de heno del suelo. Cuando salió corriendo del granero, ni Didier ni Violette la llamaron ni fueron tras ella. Sintió que, al dejarla marchar, los dos pilares más importantes de su vida se desmoronaban.

Caminó a grandes zancadas, alejándose. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se las apartó con furia, sin saber si se debían solo al

polvo del granero o al gran vacío que se había abierto de repente en su pecho. ¿Desde cuándo Didier había dejado de ser un refugio para convertirse en un muro incómodo? ¿Desde cuándo Lucie había renunciado a sus últimos vestigios de orgullo y cordura? ¿Y desde cuándo Violette había dejado de caminar a su lado, los pasos de ambas acompasados como si compartiesen un mismo destino? Siempre, desde que tenía memoria, su gemela y ella habían sido inseparables. Un recuerdo asaltó su mente: aquella tarde de verano, cuando ambas tenían ocho años, en la que habían ido al bosque a coger moras y habían descubierto una pequeña laguna en un claro. El calor era asfixiante, y Margot había decidido que iban a bañarse allí y ahora, desoyendo los temores de Violette sobre serpientes y corrientes subterráneas. Al final, siguiendo a su hermana como siempre hacía, Violette se sumergió también, y ambas habían buceado entre el limo verdoso, braceando a la vez como cuando compartían el vientre de su madre. Ese momento parecía pertenecer a un pasado irrecuperable.

Siguió caminando. Por costumbre, miró hacia la derecha, hacia el puente ferroviario de Clermont por el que pasaban los trenes con destino a París. Había un soldado montando guardia en el apeadero, un nazi de figura achaparrada. Margot fantaseó con que se caía a las vías y se abría la cabeza. «Puede que la imagen que tenemos de ellos sea peor que la realidad», había dicho Lucie. La muy idiota. Ninguno de ellos estaba a salvo. Delphine había contado a las gemelas el ataque sufrido por Claire en la plaza del pueblo. Ni siquiera una niña como ella, tan rubia que podría protagonizar un cartel de propaganda aria, estaba a salvo.

Llegó a la plaza. Era día de mercado y los últimos vendedores se apresuraban a retirar sus puestos, ansiosos por cerrar antes del toque de queda. Una mujer pasó por su lado llevando a la espalda una cesta con las peras que no había conseguido vender. Un par de frutos cayeron al suelo y Margot los recogió. En tiempos mejores se habría apresurado a devolverlos, pero ahora se quedó mirando las peras raquíticas y de mala calidad, cuyo olor dulzón se le metía en las fosas nasales. Probó una: estaba blanda y casi podrida, pero se la tragó igual, masticando hasta el último trocito de piel rugosa.

Deprimida, se apoyó en el muro del antiguo cine Paradise. Ahí mismo había conocido a los fugitivos de París un año y medio atrás, cuando aún no podía imaginarse que su vida iba a cambiar tanto. El rostro del joven moreno que no le había dicho su nombre volvió a aparecer en su mente, tan nítido y real como si se hubiesen visto ese mismo día. ¿Qué habría sido de él? ¿Estaría vivo aún? Se sacó del bolsillo el ovillo de hilo dorado que se había acostumbrado a llevar consigo como un talismán, como un recordatorio de que alguien, ahí fuera, todavía tenía esperanzas.

Y en ese momento lo vio. En la pared del Paradise, entre el despliegue de ordenanzas, prohibiciones y propaganda nazi había un panfleto nuevo, una tosca ilustración de una mujer sentada tejiendo algo con un ovillo de lana a sus pies. Margot leyó el texto bajo el dibujo:

¿QUIERES AYUDAR?

¡RECUERDA, SIEMPRE PUEDES ELEGIR!

A estas palabras seguía una dirección manuscrita, las señas de una casa en la parte alta de Abrigny.

Margot frunció el ceño, tratando de procesar lo que veía. Ese cartel parecía fuera de lugar entre el resto de la propaganda. ¿Ayudar? ¿A qué y a quién? Recordó las palabras del joven de la plaza*:* «¿Eres buena con la aguja, Margot? Recuerda, siempre puedes elegir».

«Siempre puedes elegir».

Y ahora tenía esas mismas palabras impresas ante sus narices.

Se fijó en el ovillo de lana que la mujer del dibujo tenía a sus pies. El ilustrador lo había pintado de color amarillo dorado y era muy similar al que le había entregado él. Su corazón se saltó un latido.

Mirando a ambos lados por si alguien se acercaba, Margot arrancó el papel de la pared y se lo guardó en el bolsillo. Después echó a andar a buen ritmo, sin mirar atrás. Por fin tenía un propósito.

7

Madrid, octubre de 2011

Tras meses vagando sin propósito, al fin había hallado uno: decidí quedarme en la casa del pueblo al menos hasta que el abuelo regresase de su viaje. Paloma acogió la idea con alegría, sin duda aliviada de tener a alguien de la familia haciéndose cargo de las cosas. Me instalé en mi habitación de toda la vida, que ya no reconocía como mía. Años atrás solía oler a pinturas, a chicle de fresa y a aquellos perfumes florales que tanto me gustaban, pero ahora, después de años desocupada, olía a abandono, a vacío. El tiempo parecía haberse detenido por completo en ella: paredes pintadas de rosa, peluches de ojos cristalinos y un escritorio plagado de cajas con pinceles resecos. El tablón de corcho estaba lleno de recortes de revistas y fotografías viejas. Me fijé en una en particular: una chica de larga melena oscura y un chico de ojos marrones mirándose fijamente sobre una manta de pícnic, con una expresión de ilusión y complicidad que parecía traspasar la foto. La cogí y perfilé con los dedos las líneas de la mandíbula del chico, su sonrisa blanquísima y algo prominente, su cara de adolescente a punto de convertirse en un hombre. Álex. Álex Martín. También la miré a ella, a aquella desconocida que era yo misma. Dolía mirarlos; a mí en

aquella otra existencia y, sobre todo, a él, a ese primer amor que había salido de mi vida arrastrado por un huracán de malas decisiones. Encerré la foto en un cajón y respiré profundamente, tratando de borrar de mi mente la sonrisa del chico de la casa de al lado.

Procuré enfocarme en temas prácticos. Me hice cargo de la logística, hablé con el médico y conocí a Catalina, la enfermera, una mujer bajita y alegre que era muy agradable si pasábamos por alto su tendencia a hablar a la abuela como si tuviese tres años. También leí todo lo que pude sobre su enfermedad, algo que hasta ese momento había evitado hacer. El alzhéimer era una montaña rusa llena de subidas y bajadas que la dejaban desorientada y exhausta. Pasaba de la melancolía a la euforia en cuestión de minutos y a menudo se sumía en una bruma inalcanzable. En otras ocasiones, cada vez menos, era capaz de reconocerme y mantener conversaciones casi normales.

Sin la sólida presencia del abuelo la casa parecía distinta, un reino de mujeres. Todavía no había hablado con él, aunque sabía que pronto tendría que llamarle, explicarle la visita de Teresa León, preguntarle sobre su extraño viaje y, de paso, confesarle que tenía razón todas las veces que me advirtió que Eric era un canalla.

Al día siguiente de mi llegada me asomé a su despacho, esa habitación que parecía salida de una mansión victoriana con sus sillones de cuero, su chimenea y sus estanterías a rebosar. Me dejé caer en su butaca, y el olor a papel y a su perfume de toda la vida me llenaron la nariz. Sobre la mesa había un montón de libros y reconocí a algunos de sus autores favoritos: Thomas Mann, Alexandre Dumas, Hemingway y Gottfried Benn. Siempre había sido

un lector empedernido y de gustos clásicos. Sonreí al fijarme en un retrato enmarcado sobre la mesa: una fotografía de los tres tomada muchos años atrás durante una excursión a las montañas en primavera. Yo tenía unos dos años y reía a carcajadas sentada sobre los hombros del abuelo. Sobre el pecho de la abuela brillaba su medallón en forma de M, una joya que jamás se quitaba. Era una fotografía preciosa, un recuerdo de tiempos felices que jamás volverían.

Al ir a dejarla de nuevo sobre la mesa, vi aquello. Bajo una agenda de cuero había un sobre de color rosado que parecía extraño, como fuera de lugar. Iba dirigido a Uwe Vogel y no llevaba remitente, pero sí un matasellos francés. Estaba abierto, y cuando miré en su interior me encontré con una copia de la fotografía que me había mostrado Teresa León: mis abuelos en la galería de arte el día de la exposición de los cuadros de Claire Reynaud. En la parte trasera, escrita con una letra anticuada que no reconocí, había una frase:

ENTRE LAS PIEDRAS Y EL POLVO DE LO QUE FUE.

ABRIGNY, 1942

No llevaba firma. Yo sabía que Abrigny era el pueblo natal de mi abuela, pero la frase era un enigma para mí. Tampoco la fecha me decía nada, salvo que Europa estaba sumida en la guerra en esos tiempos. Volví a mirar el matasellos y de pronto me asaltó una idea. Con él en la mano, abordé a Paloma, que estaba en la cocina limpiando pescado.

—¿Es esta? ¿Es la carta que recibió el abuelo justo antes de marcharse?

—¡Vaya susto me has dado! —Paloma se inclinó hacia mí y el olor a mar inundó mis fosas nasales—. Sí, creo que sí. Recuerdo que me llamó la atención el color del sobre. ¿Por qué lo preguntas?

—La enviaron desde Francia. Y mira, tenía esto dentro. —Le mostré la fotografía.

Paloma frunció el ceño.

—Qué raros están. No parecen ellos.

—Es en la exposición de esa tal Claire Reynaud, el pasado mes de mayo.

—No me acuerdo. Por esa época ella apenas salía ya, estaba empezando con la enfermedad. —Paloma volvió a aplicarse a la tarea de limpiar peces, sus manos eviscerando con precisión los pequeños cuerpos.

—No lo entiendo —me quejé—. ¿Quién envió esta foto al abuelo? ¿Y por qué tras recibirla se marchó de viaje de forma tan precipitada? ¿Y qué significa esto sobre las piedras y el polvo?

—No lo sé, niña. Pero creo que estás dando demasiadas vueltas al tema. Tu abuelo volverá en unos días, y entonces podrás preguntarle todo eso.

Sus palabras no consiguieron borrar mi inquietud. Frustrada, me dirigí al salón para comprobar cómo estaba la abuela. Me la encontré asomada a la ventana, atisbando el jardín a través de los visillos. El atardecer había comenzado a llenar la estancia de sombras, así que pulsé el interruptor. Ella me miró asustada.

—No es seguro tener las luces encendidas. Podrían vernos —me reprochó.

Volví a apagar la lámpara, suspirando. Ahí estaba de nuevo, perdida en algún lugar del pasado, temerosa de peligros inexistentes.

—¿Quién podría vernos, abuela?

—¡Chist! No preguntes. Hablar demasiado es como empuñar un cuchillo. Nunca sabes dónde pueden clavarse tus palabras. Ella siempre lo decía.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —pregunté en vano. Su mente estaba más allá de toda respuesta—. No tengas miedo, abuela. Nadie va a hacerte daño.

Me arrodillé a su lado y le acaricié el brazo, confiando en que mi tacto la calmase. Finalmente, como una niña pequeña, se dejó conducir lejos de la ventana.

—Vamos a cenar. Paloma ha preparado pescado al horno y tiene pinta de estar riquísimo —fui diciéndole mientras la llevaba de la mano.

Catalina me había recomendado que le hablase de cosas cotidianas para ayudarla a estrechar lazos con la realidad. La abuela me siguió dócilmente, pero al llegar a la cocina se quedó parada en el umbral, tan tiesa como si hubiera recibido una descarga eléctrica. La expresión de su rostro me causó un sobresalto: estaba pálida y el labio inferior le temblaba. Parecía que había visto un fantasma.

—¿Abuela…?

No respondió. Seguí su mirada, que estaba fija en la fotografía de la exposición que yo había dejado antes sobre la encimera. Intenté cogerla, pero ella se me adelantó. Sus dedos largos recorrieron su propio rostro en la imagen y después trazaron el perfil del abuelo,

como si con las yemas pudiese aprehender algo que a los demás se nos escapaba.

—¿Te acuerdas de ese día? —pregunté con cautela—. El abuelo y tú fuisteis a una exposición de una pintora llamada Claire Reynaud.

—¡Calla! —Su grito restalló como un látigo en el aire.

Con un movimiento ágil guardó la fotografía en el cajón de los cuchillos y lo cerró de golpe. Negaba con la cabeza y farfullaba incoherencias, y no se calmó hasta que Paloma apareció en la cocina y consiguió convencerla de que se sentase a la mesa.

El pescado estaba delicioso, pero ni la abuela ni yo fuimos capaces de tragar más de un par de bocados. Ella parecía agotada tras su estallido, su rostro más sombrío que nunca, y yo tenía la cabeza llena de preguntas sin respuesta. Tras la cena, Paloma y yo la acompañamos a su cuarto y se acostó inmediatamente; parecía agotada y las bolsas que tenía bajo los ojos colgaban como dos zurrones vacíos. Era horrible no poder entenderla, ser incapaz de llegar a ese lugar de su mente donde se mezclaban la realidad y la fantasía.

Salí al jardín, con la esperanza de que el aire fresco me ayudase a despejar la cabeza. Provista de una manta, me arrellané en una de las hamacas con vistas al pequeño invernadero que durante décadas había sido el orgullo de la abuela, el lugar donde ella cultivaba flores sin descanso. Años atrás solía pasarme horas en ese mismo sitio, tratando de captar con mis pinceles las luces y sombras del jardín, intentando crear algo inspirador, único, algo que no hubiese sido ya reproducido mil veces antes por otros artistas. Los muros de la casa de al lado se perfilaban a través de la verja y cerré los ojos para no verla; aquella casa todavía me dolía demasiado.

Debí de quedarme adormilada, envuelta en la calidez de la manta y arrullada por el rítmico ulular de alguna lechuza en el pinar cercano. Tuve una pesadilla en la que yo corría sobre un cuadro tamaño gigante de Claire Reynaud, mis pies enredados en la pintura como si se tratase de arenas movedizas. Pedí ayuda, pero nadie me oía. Me desperté bañada en sudor y tardé en darme cuenta de que los gritos eran reales y provenían de nuestra casa. Era la abuela quien gritaba.

Volé hacia la casa y en mitad del pasillo me encontré con Paloma, que corría también con el susto pintado en el rostro. La abuela estaba sentada en la cama, con el rostro tan blanco como su camisón y los ojos desorbitados en una mirada de puro terror. Gemía en voz baja, como si hubiera perdido la capacidad de formar palabras. La enfermera Catalina, que hacía turno de noche, había llegado ya a su lado y trataba de calmarla con una retahíla de frases que sonaban como arrullos de paloma.

—Ya, ya…, Margot. Tranquila, no pasa nada…

Me acerqué a ella y la tomé de la mano. No reaccionó. Tenía la boca abierta y la movía como un pez. Impotente, hice lo primero que se me ocurrió: coger el vaso de agua que tenía sobre la mesilla y rociarle la cara. Fue un error. Soltó un grito y se acurrucó en posición fetal. Su voz surgió amortiguada y frágil.

—¡Más agua no! No sé nada, ya os lo he dicho. ¡Por favor!

Catalina se acercó con una jeringuilla llena de un líquido transparente y se la clavó en el brazo. La abuela no pareció advertir el pinchazo, pero se calmó de inmediato como un juguete mecánico al que se le hubieran agotado las pilas. Se dejó caer en la cama, y Paloma y yo nos quedamos con ella hasta que su respiración se hizo

rítmica y tranquila. Sus gritos seguían resonando en mi cabeza: un sonido agudo y descarnado que invocaba un terror incontrolable.

Tras asegurarnos de que estaba profundamente dormida, salimos de puntillas y nos sentamos a la mesa de la cocina, demasiado turbadas y nerviosas para pensar en irnos a dormir. Puse agua a hervir para hacer dos infusiones; las manos me temblaban tanto que las tazas estuvieron a punto de caerse al suelo.

Paloma me agradeció la suya con un gesto.

—Jamás la había visto así… —murmuró.

—Ha sido horrible. Es como si estuviese atrapada en un mundo imaginario de pesadilla.

—¿Seguro que es algo imaginario? —Paloma removió su infusión con una cucharilla. Parecía turbada.

—¿Qué quieres decir?

—La forma en que gritó y se encogió sobre sí misma cuando le salpicaste la cara con agua… Quizá me equivoque, pero me ha recordado algo.

Hice un gesto para animarla a seguir.

—No sé si te lo mencioné alguna vez, pero uno de mis hermanos perteneció a la guerrilla antifranquista durante la guerra civil. Se escondían en los bosques, y varias veces estuvieron a punto de atraparlos. Interrogaron a mi madre y a mi hermana mayor, yo era muy pequeña aún, y vi cómo las sacaban a rastras de la casa. Y cuando regresaron… —Se detuvo.

—¿Qué pasó?

Puse mi mano sobre la suya. Era la primera vez que me hablaba de su infancia.

—Cuando volvieron, ya no eran las mismas. Las habían sometido durante horas a sus «interrogatorios especiales», así los llamaban ellos. Para obligarlas a hablar, les sumergían la cabeza en un barreño de agua, una y otra vez, sacándolas solamente por unos instantes. La sensación de ahogamiento debía de ser terrible. A su regreso, estaban tan traumatizadas que durante una época tuvieron verdadero terror al agua. No soportaban que nadie las salpicase o que un vaso de agua les cayese encima por accidente. Algo en la actitud de Margot me ha recordado a ellas.

Me la quedé mirando como si no la hubiera visto nunca.

—¿Qué estás insinuando?

—Tu abuela también vivió una guerra. ¿Y si su terror de hace un rato no era imaginario?

—¡No!

—¿Y si era un recuerdo?

Agité la cabeza. ¿Estaba sugiriendo que la abuela había sufrido alguno de esos interrogatorios especiales? ¿Que la habían torturado metiéndole la cabeza en una bañera hasta que los pulmones le ardían? No, no quería pensarlo. Era demasiado horrible para pensarlo.

Paloma tampoco insistió más. Nos quedamos en silencio contemplando en la superficie de las tazas el reflejo de nuestros rostros tensos. Como si, de repente, las dos hubiésemos muerto un poco.

8

Abrigny, enero de 1942

Tres semanas después de su visita a Villa Lorraine, Delphine Aubier tomó la decisión de morir un poco.

Había sido la Navidad más triste de su vida. El invierno se había presentado de repente, como un puñetazo en pleno rostro. Las cosechas se helaron, los campos se convirtieron en páramos tristes, y las manos y los pies se llenaron de sabañones. Por si fuera poco, los alemanes seguían campando a sus anchas. Meses atrás, habían bombardeado Londres provocando miles de muertos y eso parecía haberlos envalentonado. A menudo se presentaban al caer el día en alguna casa, aporreaban la puerta y la registraban de arriba abajo. Las personas desaparecían en plena noche, arrestadas por infracciones ridículas o porque se rumoreaba que pertenecían a la Resistencia. Nadie se miraba ya a los ojos, y la inseguridad y el recelo eran palpables. Los campos de detención florecían como hongos venenosos a lo largo y ancho de Europa.

Delphine había perdido la noción del tiempo. Los días transcurrían en una neblina de hambre, miedo y ese horrible frío que calaba los huesos. Ya no tenían ropa buena. Había cambiado en la plaza su último vestido de seda por una ristra de longanizas y un bloque de

grasa de pato, y las demás prendas también habían desaparecido: los guantes de encaje, las blusas de lino, los vestidos que había lucido orgullosa cuando era la señora de Édouard Aubier. Todo había sido vendido o cambiado por leña o comestibles, y ellas seguían consumiéndose. Por las noches tiritaban de frío, a pesar de que las gemelas dormían juntas y ella lo hacía con Claire, arrebujadas bajo las últimas mantas de lana que les quedaban. La ausencia de ingresos regulares y la escasez de combustible para la estufa bastaban para robarle el sueño, pero, sobre todo, Delphine estaba preocupada por su hija menor. En los últimos días se habían saltado varias dosis de la medicación de Claire porque no podían permitírsela y la niña había tenido ya un episodio de convulsiones. Delphine estaba aterrorizada. Años atrás, los médicos le habían dicho que los ataques podían ser fatales si eran demasiado fuertes.

Cada vez que pensaba en el rostro imperturbable del comandante Otto Vogel un escalofrío le recorría la espalda, pero ya no podía esperar más. La decisión que había estado posponiendo durante días era ahora su única tabla de salvación.

Se desnudó ante el espejo. Su piel era blanca y estaba surcada de venas azules, sus pechos ya no estaban tan firmes como antes y en su vientre zigzagueaban las estrías. De joven había sido muy hermosa y los hombres siempre la habían mirado y deseado. Ahora, adentrándose ya en la mediana edad, era una sombra de lo que fue.

Y aun así, él la había reclamado. La había escogido.

Comenzó a vestirse con las únicas prendas que habían resistido las ventas y los intercambios: una enagua amarillenta, un vestido de terciopelo ajado y unos guantes de gamuza un poco sucios. Hacía meses que se había deshecho de todo su maquillaje, así que se

pintó los labios con un poco de remolacha machacada y trazó dos líneas con hollín en la parte posterior de sus piernas para disimular el hecho de que no tenía medias. Con una última mirada a la mujer del espejo que casi no se parecía a ella, salió de la casa.

Faltaba muy poco para el toque de queda, de modo que se dio prisa en llegar a la ancha avenida que dividía Abrigny como una arteria. Oyó el alboroto mucho antes de alcanzar su destino ya que mientras el resto del pueblo estaba en silencio allí la algarabía era tremenda y las voces cantando y gritando en alemán se oían desde el exterior. Se trataba de un local amplio que antes de la guerra se llamaba Dupont y servía café y pastas, pero desde que sus propietarios habían pasado a engrosar las listas de desaparecidos, alguien lo había rebautizado como Le Chat Noir y se había convertido en un bar frecuentado por los alemanes y sus colaboradores. Un hombre hacía guardia en la puerta y Delphine temió que le impidiese el paso, pero él se apartó a un lado sin apenas mirarla. Quizá tenía orden de dejar pasar a las mujeres, a cualquier mujer que todavía pudiera ofrecerles algo a los ocupantes.

Nada más entrar, el humo le golpeó el rostro. Apenas reconoció el local, ya que la decoración había cambiado mucho desde los tiempos de Dupont. Las cómodas butacas de tapiz floreado habían desaparecido, así como los pesados cortinajes y las mesitas. Había vasos y botellas por todas partes y, al fondo, un alemán aporreaba un piano mientras varios de sus compatriotas destrozaban *Ich bin die Fesche Lola.* También había algunas mujeres, francesas en su mayoría, con vestidos nuevos y auras de desesperación bajo el maquillaje. Vio pasar a Lucie Sabard, la amiga de sus hijas, con una falda corta que habría hecho a su madre poner el grito en el cielo. El

alemán que estaba con ella le rodeaba el hombro con ademán posesivo mientras su mano se colaba bajo su blusa como una serpiente. Delphine se quedó parpadeando en la puerta, paralizada, sin atreverse a entrar, pero demasiado confusa para salir corriendo.

Entonces lo vio a él.

El comandante Otto Vogel tenía un aspecto muy distinto a aquella hora y en aquel lugar. Se había aflojado la chaqueta y había perdido su aire tiránico y marcial, quizá por efecto del alcohol. Estaba con un nutrido grupo de oficiales que hablaban y reían, pero él se las arreglaba para destacar entre todos como un león entre gacelas. Advirtiendo su mirada, él se giró y sus ojos la estudiaron. Cuando se acercó a ella con paso elástico y puso una mano sobre su brazo, Delphine supo que no había vuelta atrás.

—Has tardado mucho —dijo. El aliento le olía a alcohol y tenía los ojos enrojecidos. Delphine bajó los suyos—. Una copa.

Era más una orden que una pregunta. La guio entre la multitud colocando una mano en su espalda, una mano que la reclamaba como suya. Delphine recordó que el primer hombre que la había conducido de ese modo en público había sido su Édouard, y su tacto fue cálido y amable. Fue apropiado. Ahora, sin embargo, todo le parecía inadecuado, desde el vaso de *schnapps* que él le entregó y que ella tragó como un pavo hasta la música que sonaba demasiado alta. «No pienses —se dijo—. No compares». Otto Vogel la sujetó bruscamente por la cintura y la hizo girar al son de aquellas canciones en un idioma extraño hasta que la sala comenzó a dar vueltas a su alrededor. Hasta que no le quedó más remedio que dejar de pensar.

Después de lo que le parecieron horas, el comandante le indicó con un gesto que era hora de irse. El aire congelado de la calle aclaró la niebla de su cerebro y le recordó lo que estaba haciendo, lo que iba a hacer. Se sentó muy tiesa en el asiento de copiloto del Mercedes-Benz, que olía a cuero y a tabaco, y durante el trayecto hacia Villa Lorraine ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

Cuando entraron en la casa él encendió la lámpara de araña, la misma que Delphine había elegido años atrás y que Édouard había instalado en el vestíbulo. «No pienses. No recuerdes». El comandante se inclinó hacia ella y su boca buscó la de Delphine con violencia, con una furia que la sorprendió y la dejó sin recursos. Sus manos recorrieron su cuerpo, amasando y sobando. Dicen que todo vale en el amor y en la guerra, y él se comportó con arrogancia de conquistador, consciente de que había poco de lo primero y mucho de lo segundo.

«No compares. No recuerdes».

Pero lo hizo. Cuando él la llevó en volandas a la habitación recordó la complicidad y las risas que había compartido con Édouard y más tarde con Pierre en aquel mismo trayecto. Y cuando la lanzó sobre la cama —la cama en la que había pasado su noche de bodas, la misma en la que nacieron sus hijas— y se arrojó sobre ella, Delphine cerró los ojos y trató de vaciar la mente para no comparar aquellas embestidas furiosas, aquel aliento amargo, aquellas manos duras, con los cuerpos, las manos y las bocas de los hombres que había amado y perdido.

El amanecer la sorprendió entre sábanas deshechas, con el cuerpo dolorido y los labios secos. El comandante roncaba como una locomotora. Se levantó con cuidado de no despertarle y se vistió en

silencio, tratando de no fijarse demasiado en los cardenales que le adornaban el cuerpo. Después salió de la casa y echó a correr colina abajo.

Ese mismo día, horas después, un soldado llamó a la puerta de la casita de las Aubier con un blíster lleno de medicación para Claire y una bolsa de comestibles. Ese día, por primera vez en muchos meses, hubo pan blanco en la mesa e incluso rodajas de jamón y café de verdad. Ese día, las tres hermanas se sentaron maravilladas y comieron con ansia, aceptando sin preguntas la historia de Delphine de que había conseguido intercambiar un par de candelabros antiguos en el mercado.

Y ninguna de las gemelas reparó en que su madre había muerto un poco la noche anterior, en que la guerra se había cobrado otro trozo de ella.

Margot se detuvo ante la puerta de la casa y frunció el ceño. Había tardado muchos días en decidirse a acudir a la dirección escrita en el panfleto, días en los que luchó contra aquella vocecita interna que le decía que lo dejase estar, que no se metiese en líos. Al final, su curiosidad y su odio a los alemanes habían ganado la partida. La dirección la había conducido hasta Le Phare, una mansión a medio camino entre Abrigny y el pueblo vecino que elevaba sus tres tejados picudos sobre el puente ferroviario. Era casi tan majestuosa como Villa Lorraine y tenía unos jardines muy bien cuidados, llenos de setos podados en formas caprichosas. Pero lo que más preocupaba a Margot era su propietaria: Apolline Bisset, una viuda rica que se había instalado en Abrigny al inicio de la guerra y de la

que se rumoreaba que era progermánica y estaba encantada con la llegada de los nazis.

Margot dudó. ¿Sería errónea la dirección del panfleto? Como solo había un modo de saberlo, pulsó el timbre, provocando un campanilleo y una sucesión de ladridos agudos. Mientras que los vecinos habían sacrificado hasta el último conejo para tener algo de carne, la Bisset todavía se permitía el lujo de alimentar a su mascota, un insufrible caniche blanco que, para colmo, respondía al nombre de Voltaire.

Apolline Bisset en persona abrió la puerta. Andaría cerca de los sesenta y era una mujer achaparrada, de mofletes rojos y rizos rubios pegados al cráneo. Repasó a Margot de la cabeza a los pies, y el perro, que llevaba en brazos, le dirigió una mirada de idéntico desdén.

—¿Sí, *chérie*? —preguntó. Nunca un «querida» había sonado tan despectivo.

—Vengo por lo de la costura.

Los ojos de la señora se estrecharon, en su frente apareció una fina arruga.

—¿Costura?

—Costura, bordados…, lo que sea —aclaró—. He visto el anuncio.

—Creo que te equivocas de sitio.

—Pero encontré un panfleto en la plaza y aparecía esta dirección. He pensado que…

—No sé de qué me hablas. —Apolline agitó una mano regordeta como tratando de espantarla—. Si me disculpas, estoy bastante ocupada.

Margot empezó a retroceder, abatida. En el último momento, presa de un impulso, se sacó del bolsillo el ovillo dorado y se lo enseñó. La reacción de Apolline fue inmediata. Abandonó su aire de desinterés y sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Oh, querida! Ahora que lo pienso, tú lo que quieres es tejer, ¿verdad? —Miró por encima de su hombro hacia el interior de la casa y su tono se elevó dos octavas—. Tejer y tricotar, eso es lo que necesitamos en estos tiempos. Esos pobres jóvenes… tan lejos de sus familias. Y siempre hay muchos uniformes que remendar, por supuesto. Tenemos un *strickerei*: un grupo de costura. Ven conmigo, muchacha.

Confusa, Margot la siguió. El recibidor era un despliegue de tapices y porcelanas. Apolline la condujo al salón donde tenía visita: dos mujeres merendaban sentadas en torno a una mesa llena de pasteles, galletas y un chocolate tan espeso que parecía arcilla.

—¿Quién es esta joven? —preguntó una de ellas. Margot la reconoció como la esposa del alcalde Touvier, un conocido colaboracionista.

—Solo es una muchacha que desea unirse al *strickerei.*

—¿No eres la hija de Delphine, la viuda de Aubier? La que después estuvo con…

—Sí.

Margot la interrumpió con la barbilla alta, retándola a decir algo mordaz sobre su madre. La Touvier se inclinó para susurrar algo al oído de la otra señora, una alemana envarada a la que Margot no había visto nunca. Se pegó a la pared, preguntándose si se habría equivocado al ir allí. ¿Un grupo de costura?

—Enseguida estoy contigo, muchacha —dijo Apolline sirviéndose una taza de chocolate.

Sintiéndose estúpida, Margot se quedó allí bajo la mirada burlona de Voltaire mientras las mujeres retomaban su charla insustancial. Hablaron de recetas, de bodas y noviazgos, de cotilleos varios como si todo fuese normal, como si la guerra no hubiese convertido Francia en un páramo arrasado. Parecían momias ancladas en el tiempo.

—Sepa que le estoy muy agradecida al comandante Vogel, señora Ziegler —dijo la mujer del alcalde dirigiéndose a la alemana—. Mi hija está encantada con su empleo como telegrafista en el ministerio. ¡Adora vivir en París!

—Ah… *Ja, natürlich*. —La alemana sonrió con sus labios manchados de chocolate—. *Herr kommandant* siempre lo dice. Debemos mostrarnos agradecidos con los que nos hacen sentir bienvenidos.

Margot notó que la saliva se secaba en su boca. La pared pintada de flores pareció derretirse tras su espalda. ¡Qué tonta había sido! Así que en eso consistía el grupo de costura… Ahora lo veía claro: esas mujeres eran *collaboratrices*, estaban vendidas al invasor. Si cosían para alguien, era para los alemanes.

—Creo que me he equivocado al venir aquí —soltó a bocajarro—. Lo mejor será que me vaya.

Apolline Bisset le dirigió una mirada irritada.

—Aguarda unos minutos, muchacha. Seguro que te interesa ayudarnos.

Su tono fue tan categórico que Margot no se atrevió a seguir discutiendo. Se quedó allí parada mientras las mujeres se

atiborraban de pasteles e intercambiaban las últimas frivolidades. Cuando por fin se marcharon, Apolline se llevó un dedo a los labios para que guardase silencio. Atisbó a través de las cortinas y no habló hasta que sus visitas traspasaron la verja del jardín.

—Nos reunimos los martes al atardecer. Dos o tres horas, justo antes del toque de queda.

—Cosen para los alemanes, ¿verdad? Para su ejército. Todas ustedes son unas traidoras. Antes me moriría que ayudar a los nazis. —El tono de Margot era tan brusco que Voltaire se puso a ladrar.

Apolline la sujetó por un brazo.

—Chist. ¡Baja la voz! ¡Muchacha estúpida!

—¿Cómo dice?

—Las paredes tienen oídos. —Apolline volvió a atisbar por la ventana—. Y a veces, hasta ojos. Así que preferirías morir que ayudar a los nazis, ¿eh? Y has venido a verme porque eliges ser libre. ¿Me equivoco?

«Eliges ser libre». De nuevo esas palabras; las mismas del panfleto, las mismas que le había dicho él. Margot sintió que la furia la abandonaba, sustituida por la curiosidad. Apolline se puso a recoger los restos de la merienda, rezongando entre dientes. Le alargó una bandeja de pastelillos.

—Come —ordenó—. Tienes cara de hambre.

Margot se metió un *petit four* en la boca. El chocolate y la crema estallaron en una explosión de sabores.

—Lo que has dicho antes es cierto —reconoció Apolline—. Un grupo de mujeres del pueblo se reúne aquí para coser para el Ejército alemán. Calcetines, guantes, chaquetas... A ellos les sube la moral. Les gusta saber que en algún lugar de Francia hay mujeres

que se preocupan por los sabañones de sus manos. Y el comandante Otto Vogel, que ahora es el mandamás, aprecia el gesto. Las mujeres reciben privilegios a cambio de su labor: una cartilla de racionamiento extra, una tableta de chocolate, unos pasteles…

Margot tragó el trozo que tenía en la boca. Recordó que en los últimos días su madre había traído chocolate y pasteles a casa, y los *brioches* que había sobre la mesa de Apolline se parecían mucho a los que las Aubier habían degustado en el último desayuno. Apartó esas incómodas ideas de un plumazo.

—Son unas traidoras —repitió.

—No debes juzgarlas tan a la ligera. A veces la guerra nos hace tomar decisiones que van en contra de nuestros principios. ¿Sabías que algunas mujeres de las que tejen para ellos tienen esposos, hermanos o padres en los campos de detención? La Convención de Ginebra les permite enviarles artículos de vez en cuando, pero en la práctica no es tan fácil. Remendando sus calcetines consiguen que a sus familiares les llegue una carta, un abrigo de invierno, unos zapatos... ¿Lo sabías?

—No lo sabía —admitió.

—Uno nunca puede estar seguro de cómo son las personas ¿Es justo condenar a todos los que están en el lado opuesto de las trincheras?

Margot se mordió el labio. Jamás había pensado en eso.

—Pero no es eso por lo que tú estás aquí —concluyó Apolline.

—¿Y por qué estoy aquí?

—Algunas de las mujeres de nuestro grupo tejen para ellos, sí. Pero otras hacen una labor especial: se dedican a pasar información. Información útil para alguna gente.

—¿Para la Resistencia? ¿Colabora usted con ellos? —El corazón de Margot se había puesto a latir a toda velocidad.

Apolline se llevó un dedo a los labios. Asintió una única vez, casi imperceptiblemente.

—Te lo explicaré, pero me llevará un rato. En caso de que no te interese o tengas prisa puedes marcharte, pero te advierto que la verja de mi jardín es muy antigua y a veces el cerrojo se oxida. Si la cierras no podrás volver a abrirla, y si lo intentas puede que te hagas un raspón y cojas el tétanos.

Margot la miró boquiabierta. La verja le había parecido reluciente y recién pintada. Entonces comprendió. Apolline le estaba dando a escoger, la estaba avisando de los peligros que correría si decidía unirse a ella. Y de paso le estaba advirtiendo que si decidía marcharse su puerta jamás volvería a abrirse para ella.

—Me quedo —dijo con decisión.

—Bien. Corre las cortinas. Antes de explicarte lo que vas a hacer me gustaría que pensases en algo tan abstracto como la luz. —Apolline señaló la lámpara—. Nos envuelve todo el tiempo, pero estamos tan acostumbrados a ella que apenas nos damos cuenta de que existe hasta que se produce un apagón y nos quedamos a oscuras. Entonces recurrimos a velas, candiles, antorchas…, a todo lo que podemos para conservar y transmitir la luz. ¿Comprendes?

—No mucho.

—La luz es como nuestra libertad. No nos damos cuenta de que la tenemos hasta que nos la arrebatan. —Apolline abrió un cajón y extendió sobre la mesa un gorro de lana gris—. ¿Ves esto? Es pura lana virgen. Para nosotros es como un candil o una antorcha, la

utilizamos para transmitir información, para intentar recuperar nuestra libertad. ¿Has oído hablar del morse?

—Sé que es un lenguaje en clave.

—Eso es. Se utilizan puntos y rayas para codificar mensajes. Aquí hacemos algo similar. ¿Lo ves? —Señaló una sección del gorro en la que el patrón del tejido se hacía más complicado—. Este nudo ordinario es un punto, y los nudos más complicados son guiones. Cada semana entregamos a los alemanes una cesta con varias prendas remendadas o recién tejidas para la distribución entre sus tropas. Pero ellos no saben que otras prendas, las que contienen información cifrada, salen de esta casa con un destino muy distinto. Son nuestras antorchas.

Margot escuchaba maravillada. La idea de que con un par de agujas y un ovillo de lana se pudieran transmitir mensajes la fascinaba. Por fin le parecía tener ante sus ojos la aventura que había estado buscando.

—Así pues, nudos, lazos, grecas… Toma, quédate con el gorro. Conviene que te estudies bien cada símbolo antes de empezar.

—¿Y cuál es el destino de toda esa información?

En lugar de responder, Apolline se encendió un Gauloise. Ahora parecía distinta, casi peligrosa, su aire de señora provinciana y algo bobalicona había desaparecido.

—¿Sabes por qué hay tantos alemanes en Abrigny? —preguntó entre bocanadas.

—Están por toda Francia.

—En París, por supuesto. Lo han llenado de esvásticas. Pero la mayoría de los pueblos y aldeas tienen menos que nosotros.

Margot reflexionó: era cierto. Había demasiados alemanes para un pueblo tan pequeño e insignificante

—¿Por qué hay tantos? —preguntó con curiosidad.

—Es por las vías ferroviarias. Por la estación de Clermont pasan la mayoría de las líneas de tren que unen París con el resto de las regiones importantes. A los alemanes les interesa que esta zona esté muy vigilada. Además, el apeadero les facilita detener a cualquier viajero sospechoso. Para los nazis, la estación de Clermont es una ratonera impecable.

Margot recordó al soldado que había visto montando guardia sobre las vías.

—Pero si esta región es importante para los alemanes, también lo es para los aliados —continuó Apolline—. ¿Has oído hablar del SOE, la Dirección de Operaciones Especiales creada por Churchill? Entrenan a agentes en Inglaterra y luego los envían aquí a luchar. Esta zona es el destino de muchos aterrizajes. Por eso es tan importante que reunamos información. Que la transmitamos.

Margot abrió la boca y la volvió a cerrar. Jamás habría imaginado que la Bisset, con sus chaquetas de angora, su caniche y sus platitos de porcelana fuese una agente de la Resistencia. Antes de que les requisaran las radios, Margot había oído el mensaje de Charles de Gaulle instando a Francia a no rendirse, a permanecer fuertes y unidos. «Pase lo que pase, la llama de la Resistencia francesa no debe apagarse y no se apagará», había tronado el general a través de las ondas, rematando su discurso con un potente: *Vive la France!* Esas palabras habían acompañado a Margot durante meses, y solía preguntarse cómo podría mantenerse viva la llama de la esperanza cuando la oscuridad era total. Ahora lo sabía.

—¿Qué tipo de información debemos transmitir? —preguntó.

—Estratégica, principalmente. Horarios de trenes, movimientos de tropas, los puntos más adecuados para que los aviones del SOE no se encuentren con un aluvión de cañones antiaéreos… Hay que mantener los oídos bien abiertos. Resulta sencillo confiar en una viuda rica y complaciente como yo, que guarda buenas reservas de vino y chocolate y no escatima palabras para alabar a su Führer. ¿Te has fijado en la alemana que estaba antes aquí? Es Hedda Ziegler, la taquimecanógrafa del comandante Otto Vogel. Se siente sola en Francia, rodeada de tanto soldado rudo y le gusta parlotear. A veces, entre cotilleo y cotilleo, deja caer algún dato importante.

Margot asintió, sin salir de su asombro. Aquella mujer era una caja de sorpresas. Se fijó en sus ojos azules y agudos, enmarcados por las sombras que trazaba la luz de la lámpara. Sus profundas arrugas mostraban claramente su edad, pero también algo más. Había sabiduría y astucia en ese rostro que parecía modelado en barro. De pronto se le ocurrió algo.

—¿Cómo sabe que soy de fiar? ¿Cómo sabe que no iré ahora mismo a contar todo esto a los alemanes?

Apolline sonrió.

—Alguien me habló de una chica que tenía agallas y deseaba luchar. Y además, tienes el ovillo. Él no te lo habría dado si hubiese tenido dudas sobre ti.

«Él». El chico de la plaza. Su corazón se puso a latir como un pájaro asustado. Él pensaba que tenía agallas. Él no la había olvidado. Un calor extraño, que nada tenía que ver con el fuego que ardía en la chimenea, se extendió por todo su cuerpo.

—¿Sabe dónde está? ¿Se encuentra bien? —Las preguntas salieron de su boca a borbotones, como una súplica.

Apolline le dirigió una mirada cargada de lástima y comprensión.

—No puedo decirte nada. En estos tiempos, hablar demasiado es como empuñar un cuchillo. Nunca sabes dónde pueden llegar a clavarse tus palabras. No es una cuestión de desconfianza —añadió alzando una mano para acallar la protesta de Margot—. Nos jugamos la vida cada día, y cuanto menos sepamos, mejor. Esta es la primera lección que debes aprender.

—¿Y cuál es la segunda?

—Que llegará un momento en el que deberás elegir. Sacrificarte por la causa. Aunque duela, ¿comprendes?

Margot asintió, tragándose su amargura.

—Él ni siquiera llegó a decirme su nombre —susurró.

Apolline se inclinó sobre su oído. Pareció dudar, pero después la respuesta llegó con un hilo de voz.

—Guillaume. Se llama Guillaume Luc. Y no pienso decirte nada más.

Margot saboreó el nombre como si fuese un trozo del chocolate más puro. Miró a la mujer con agradecimiento.

—Vendré el martes que viene —aseguró.

Cuando llegó a la verja del jardín apretó contra su pecho el ovillo de hilo dorado, sintiéndolo más real, más cálido, más cerca de su corazón que nunca.

Violette cerró con cuidado la puerta de su habitación y sacó la maleta que tenía escondida bajo la cama. Era una maleta enorme,

de cuero de verdad, que había pertenecido a su padre. Tras pasarse años vacía, ahora estaba llena de ropa, frascos de conservas y enseres varios que podían ser útiles en un largo viaje.

Violette no lo soportaba más. Se asfixiaba. Había llegado a un punto en el que estaba más que dispuesta a hacer algo que solo unos meses atrás le habría parecido inconcebible: marcharse de Abrigny.

Todo se había desmoronado. El pueblo era una carcasa triste, su grupo de amigos se resquebrajaba como carne podrida al sol y en casa de las Aubier el silencio se había adueñado de madre e hijas, como si todas se hubiesen decidido a adentrarse en el mundo callado que hasta entonces había pertenecido solo a Claire.

O como si cada una de ellas guardase su propio secreto.

Delphine y Margot apenas se dejaban ver por la casa. Después de varios meses de privaciones, a su madre ahora nunca parecía faltarle el trabajo y a menudo salía al anochecer para no regresar hasta bien entrada la mañana. A Violette le sorprendía que algunas personas aún pudieran permitirse una asistenta, pero no podía quejarse ya que ahora la comida y el combustible jamás les faltaban. Sin embargo, la ausencia de su madre significaba que ella, y solo ella, tenía que ocuparse durante todo el día de la casa y de Claire ya que no se podía contar con Margot para nada. Su gemela parecía estar siempre distraída y ya no confiaba en Violette como antes. A veces desaparecía durante toda la tarde, sin contar a nadie adónde iba, y regresaba con un brillo desconocido en los ojos. Por supuesto, seguía sin hablarse con Lucie, y por el modo en que rechinaba los dientes cada vez que su nombre salía a colación, Violette no creía que fuera a perdonarla nunca.

—El novio de Lucie no tiene la culpa de que Hitler se haya empeñado en conquistar el mundo —había tratado Violette de razonar con ella.

Margot respondió con uno de sus bufidos.

—¿Acaso no miras a tu alrededor? Cada vez detienen a más gente y los que quedamos cada vez somos más pobres. Estamos perdiendo la guerra, Vi. Europa está en carne viva por culpa de ese demente y todos los que luchan en su ejército son tan culpables como él.

—Si Alemania gana la guerra, con más motivo debemos mantener la cordialidad con ellos.

—¿Eso crees? Te contaré algo. —Margot se inclinó hacia ella como disponiéndose a revelar un secreto—. El otro día fui al bosque justo antes del toque de queda. Quería ver si todavía quedaban setas. Sé que no es temporada, pero creí que con tantas lluvias… En fin, no encontré ninguna seta, pero lo que sí vi fue un remolino de nubes sobre la colina. Atardecía, y estaban teñidas de rayos plateados. Era un espectáculo precioso. Entonces me di cuenta de que lo que estaba mirando eran los destellos de los aviones alemanes más allá del Sena. ¿Te lo imaginas? ¡Por un momento llegué a creer que había belleza en ellos! Eso es lo que los alemanes nos están haciendo, nos privan incluso del derecho a mirar a nuestro cielo.

Violette la había dejado decir la última palabra, como siempre. Por más que lo intentaba, ella era incapaz de odiar con tanto ardor a los jóvenes soldados que ocupaban Abrigny, con su aire marcial y sus voces toscas como cuchillas demasiado afiladas. La mayoría de ellos eran amables y algunos eran incluso atractivos, con ojos azules y pelo rubio y muy corto. Violette se avergonzaba de sí misma porque

sabía que, en el fondo, Margot tenía razón: los alemanes eran los culpables del racionamiento, del toque de queda, del mal ambiente que reinaba en el pueblo. Eran el enemigo. Sin embargo, a la parte más frívola de su mente le costaba relacionar esos horrores con los alegres muchachos que cantaban en alemán en la plaza del pueblo.

Y no debían de ser todos tan horribles si su amiga Lucie estaba tan feliz. Personalmente, encontraba a su Kaspar un poco vulgar, con sus orejas de soplillo, sus grandes mofletes y sus dientes de conejo, pero si Lucie se había enamorado (y si de paso conseguía beneficios, como más alimentos para su familia o esas medias de seda que brillaban como diamantes al sol), ¿quién era ella para juzgarla? Al menos su amiga prosperaba, tenía un par de relucientes zapatos nuevos e incluso se había hecho un vestido a partir de los patrones de esa revista alemana tan sofisticada, *Frauen Warte*. No, Margot podía condenarla si quería, pero Violette no iba a hacerlo.

De todas formas, nada de eso importaba ya, ahora que había decidido marcharse.

Arrastró la maleta hasta el centro de la habitación. Su destino era París, esa ciudad que nunca le había llamado la atención pero que ahora parecía su única oportunidad. A escondidas de su familia, se había estado carteando con su abuela paterna, Odile Aubier. Apenas tenía recuerdos de ella, pero a diferencia de Margot, que la detestaba por su enfrentamiento con Delphine, Violette siempre había sentido curiosidad. Un día le escribió a la dirección que había encontrado por casualidad en el fondo de un cajón y, para su asombro, Odile respondió. En sus cartas, su abuela se mostraba como una mujer solitaria que todavía sufría por la muerte de su hijo y que extrañaba a las nietas que jamás había podido conocer bien.

Cuando Violette le confesó su sensación de hastío y lo mal que estaban las cosas en Abrigny, Odile se apresuró a enviarle con su siguiente carta dos billetes de tren de ida a París, uno para ella y otro para Margot. Se mostraba más que dispuesta a acogerlas en su casa. De Delphine, por supuesto, no quería saber nada.

La oferta parecía tentadora: una nueva vida en una ciudad bulliciosa con una abuela que no estaría continuamente recordándole que Margot era más lista, más simpática, mejor. Violette había decidido no decir nada a su gemela. En cambio, se llevaría a Claire. Su hermana pequeña también merecía una vida mejor. No la unían lazos de sangre con Odile, pero Violette confiaba en que su abuela no se opondría a dar cobijo a una criatura como ella.

Revisó por última vez el contenido de la maleta. Contó los calcetines de lana, dobló con cuidado las camisas y metió una pequeña caja de acuarelas junto con el cuaderno de dibujo de Claire. Por último, recordando lo que habían contado aquellos fugitivos de París sobre los bombardeos de la Luftwaffe, metió en el fondo un montón de vendas. Se puso la chaqueta y ocultó bajo la blusa el colgante con el medallón en forma de V que siempre llevaba al cuello. Se lo había regalado su madre por su décimo cumpleaños y Margot tenía uno igual con la M. Jamás se separaban de ellos.

Obligó a Claire a levantarse y la ayudó a ponerse el abrigo. Asegurándose de que la carta que había dejado para su madre explicando las razones de su marcha quedaba bien visible sobre la mesa, cerró la puerta tras ellas.

Caminaron a buen paso por las calles resbaladizas, sorteando a las palomas que erizaban las plumas por el frío. Amenazaba tormenta y

el viento hería como un cuchillo afilado.

La estación de Clermont era una superficie árida y fría. De niña, a Violette le encantaban los silbidos de los trenes y el ambiente de prisas y agitación, pero ahora la explanada estaba casi vacía. Buscó los billetes en su bolsillo, y cuando se disponía a acercarse al andén Claire se detuvo en seco.

—Vamos.

Tiró con decisión del brazo de su hermana, pero Claire tenía los pies bien clavados en el suelo. Violette se agachó a su lado, murmurándole palabras tranquilizadoras como había visto hacer a su madre.

—¿Qué ocurre? —preguntó en un susurro.

Por supuesto, Claire no respondió, pero cuando Violette siguió su mirada comprendió, qué era lo que la asustaba tanto. Un grupo de soldados alemanes habían aparecido de la nada y caminaban a zancadas por el apeadero. Claire tenía pánico a cualquier hombre uniformado, y en ese momento Violette compartió su miedo. Los alemanes no estaban solos. Delante de ellos, avanzando con pies que parecían de plomo, caminaba un grupo de unas veinte personas, con las cabezas gachas y los ojos muertos. Prisioneros. Violette trago saliva.

—No tengas miedo, cielo —susurró abrazando a Claire—. No pasa nada.

Pero sí pasaba. Violette sintió que un nudo se le formaba en la boca del estómago. Estaba acostumbrada a ver a los alemanes por el pueblo llenos de arrogancia y despreocupación, pero era la primera vez que los veía comportarse de un modo tan agresivo, con tanta ira. Las personas que conducían —mejor dicho, que

empujaban— por el andén eran la viva imagen del terror. No quería verlos. No podía verlos. Buscó una calle por la que desviarse, un lugar en el que esconderse, pero no había nada en aquella planicie.

A pesar de la voz en el interior de su cabeza que le repetía: «No mires», Violette miró. Vio cuerpos cubiertos por harapos, extremidades huesudas, ojos desorbitados, bocas crispadas en una mueca de terror. Hombres, mujeres y niños se movían como si llevasen sobre sus hombros el peso del mundo mientras los soldados los apremiaban a voces. El grupo despedía un olor acre, y un pensamiento terrible cruzó la mente de Violette: «Ya están muertos. Estoy contemplando a un montón de cadáveres».

Alguien soltó un sonoro suspiro a su lado y se encontró cara a cara con Jacques Grismert, que barría un montón de desperdicios con su escoba de gruesas cerdas. Desde que Violette tenía memoria, aquel hombre callado y amable había sido el barrendero de Abrigny.

—Otro transporte de deportados —murmuró él—. Y ya van cinco este mes—. Sus ojos húmedos y tristes se posaron en los de Violette —. Vete de aquí, muchacha, y llévate a la niña. No es un espectáculo agradable.

—¿Por qué se los llevan?

—Son judíos —respondió Jacques como si eso lo explicara todo—. Están deportando a los judíos de origen extranjero, a todos los que no han nacido en Francia. Se los llevan a los campos de Saint-Cyprien o Rivesaltes. Jamás regresan.

Violette los observó con más atención. Con un sobresalto, reconoció en la fila a los Lévy; los padres y las dos hijas. Le costó reconciliar la imagen de sus antiguos vecinos con aquellos esqueletos harapientos y vencidos. Al señor Lévy le habían cortado

sus largos *peyets*, los frondosos mechones que antes solían colgarle desde las patillas, y ahora parecía una oveja trasquilada. Las tres mujeres eran todo piel y huesos.

Jacques siguió su mirada.

—Oí decir que los Lévy estaban escondidos en una granja a las afueras —susurró—. Alguien dio un chivatazo, y pegaron un tiro a los que los mantenían ocultos. A la familia la capturaron. Quién sabe qué les espera ahora a los pobres, quizá habría sido mejor para ellos que les disparasen también.

Violette buscó con la mirada a Ethel, la hija menor, que tenía su edad y con la que ella y Margot habían jugado de niñas. Sus largas trenzas negras, que solía llevar tensas como látigos, habían desaparecido y ahora tenía el cráneo ralo como una piedra de río. Tenía los ojos muertos y no dio muestras de reconocer a Violette.

En ese momento sucedió, tan rápido que por un momento su cerebro no fue capaz de registrar lo que veían sus ojos. Una figura corpulenta salió corriendo de un rincón y se abalanzó sobre los prisioneros con un rugido que no parecía humano. Violette se tapó la boca con las manos: era Christophe, su amigo Christophe, a quien apenas habían visto en los últimos meses y que ahora parecía haberse transformado en un inmenso zepelín, enorme y brillante de sudor, precipitándose a ciegas hacia el peligro. Los soldados le apuntaron con sus fusiles al grito de *Halt!*, pero él no se detuvo.

—¡Santo Dios! ¿Se ha vuelto loco?

Violette percibió el terror de Jacques en su voz. Claire agudizó sus gemidos, que resonaron en el ambiente como los chillidos de un pájaro. Todo parecía transcurrir a cámara lenta.

—¡Ethel! —gritó Christophe con una voz distorsionada por el miedo y la rabia—. ¡Ethel!

En un instante, Violette lo comprendió todo.

Christophe llevaba años enamorado de Ethel Lévy, casi desde que eran unos niños. Jamás hablaba del tema con sus amigos y en realidad ninguno de ellos creía que la relación fuese a prosperar. Pero ahora, en el rostro lleno de sudor y ceniza de aquel chico valiente y desesperado, Violette vio reflejada la enormidad de ese amor. Se notó la nuca empapada con una transpiración helada que hasta ese momento le había sido desconocida; acababa de aprender que hay varios tipos de sudor y que el peor de todos es el que notamos cuando sentimos miedo.

El aire se llenó de sonidos: los gritos de los alemanes, los sollozos de Ethel los alaridos de Christophe y, por encima de todos ellos, el crujido de su nariz al romperse cuando uno de los soldados le golpeó con la culata de su arma. Violette cerró los ojos y volvió a abrirlos solo para ver una imagen que jamás olvidaría: su amigo en el suelo, inmóvil mientras aquellos nazis le daban patadas con saña y crueldad. Ethel intentó abalanzarse sobre él, quizá para protegerlo, pero un soldado la abofeteó y la obligó a reincorporarse a la fila.

Lo patearon sin piedad, una y otra vez, hasta que su rostro quedó convertido en una masa rojiza. Violette era incapaz de apartar la mirada de aquel horror. Uno de los soldados giró la cabeza y sus miradas se cruzaron durante un instante; era joven y atractivo y al verla alzó las cejas y levantó un poco la barbilla, casi como si la saludase. No había rastro de culpa en su mirada, ni siquiera de incomodidad, como si aquello que estaban haciendo al hijo del deshollinador fuese normal y cotidiano.

Tras lo que parecieron horas, se llevaron a Christophe arrastrando su cuerpo inerte por las axilas. Tras él quedó un rastro de sangre, largo y delgado como una culebra, que lo persiguió hasta que lo alzaron en volandas y lo arrojaron sin miramientos a la parte trasera de uno de sus furgones. Empujaron a los prisioneros al interior del tren, en un silencio solo roto por los sollozos ahogados de Ethel, y las puertas se cerraron tras ellos con un crujido ronco. El tren se puso en marcha. En un abrir y cerrar de ojos, todo había terminado, como si aquella escena horrible no hubiese sido más que una pesadilla. La angustia contenida de Violette brotó en un agudo sollozo. Hasta ese momento había tratado con todas sus fuerzas de cerrar los ojos a los horrores de la guerra, a la violencia, a las terribles noticias que llegaban de todas partes. Ahora, en un instante, todo había terminado para ella. La muerte campaba a sus anchas en Abrigny y la había mirado directamente a los ojos. «Aquí estoy —le había dicho—. Aquí estoy, y he llegado para quedarme».

Aún petrificada, dejó vagar la mirada por el suelo hasta detenerla en dos pequeños objetos blancos que brillaban como diamantes sobre el cemento. Al principio pensó que eran piedrecillas, pero al fijarse mejor se dio cuenta de que eran dientes. Dientes de Christophe. Incapaz de soportarlo más, se dobló sobre su cintura y vomitó en el suelo. Cuando logró incorporarse se encontró con la mirada triste de Jacques, que desmenuzaba una pastilla de jabón en un cubo de agua para fregar la sangre.

—Te dije que no iba a ser un espectáculo agradable —murmuró—. Vamos, márchate de aquí y cuida de la niña.

La niña. Casi se había olvidado de Claire. La buscó con la mirada y la encontró acurrucada en el suelo en posición fetal. Temblaba tanto

que temió que le diese un ataque de convulsiones. Intentó sobreponerse. Tenía que hacerlo, por Claire y por ella misma. Trató de imaginar qué haría Margot de encontrarse en su lugar, seguro que ella no se dejaría vencer por el pánico. Violette se lavó la cara con agua del cubo y ayudó a Claire a incorporarse. En ese instante, un silbido anunció la llegada del tren procedente de Nantes con destino a París, el que ellas debían coger. Vaciló; sus deseos de marcharse se habían evaporado como semillas barridas por el viento. Si en un pueblo insignificante como Abrigny sucedían atrocidades como la que acababa de presenciar…, ¿qué ocurriría en la capital? De pronto, lo único que deseaba era refugiarse en la seguridad de su casa y no volver a salir jamás.

El tren se detuvo con un chirrido y los viajeros comenzaron a bajar, ignorantes de que la maldad y el horror habían campado a sus anchas solo unos minutos antes. Violette se fijó en un joven poco mayor que ella vestido con un elegante traje oscuro. Era alto y de movimientos ágiles, y miraba al frente con la cabeza bien alta, como retando al futuro a contradecir sus planes. Los soldados que aún pululaban por el andén lo saludaron con actitud servil, como paladines rodeando a un rey medieval. Violette lo estudió con atención; ¿Quién era ese hombre que tenía el poder de aplacar a los monstruos? ¿Cómo era capaz de moverse entre ellos sin temor? Se dio cuenta de que era muy atractivo, digno de figurar en un cartel de cine con su pelo rubio casi dorado, sus ojos azules y su mandíbula bien definida. Una cicatriz antigua le dividía en dos la ceja derecha, dándole un aire interesante y misterioso. Era tan hermoso que no parecía real, era como una flor exótica en un páramo reseco. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Violette se retiró el pelo de la

cara y se alisó la falda. Su mundo, que acababa de ponerse patas arriba, sufrió una nueva sacudida.

Y así fue, en una estación llena de sangre, terror y muerte, con los dientes de su amigo apretados en un puño tembloroso, como Violette Aubier vio por primera vez a Uwe Vogel, el hombre que le iba a hacer añicos el corazón, el hombre que cambiaría para siempre su vida y la de su familia.

9

Vera

Madrid, octubre de 2011

La vida nos cambia sin avisar, desordena nuestros esquemas. El ataque de pánico de la abuela tuvo ese efecto. Fue un detonante, el naipe que se precipitó al vacío empujando a los demás. Decidí que tenía que hacer algo, escarbar en su pasado como un perro en busca de un hueso.

Había intentado llamar por teléfono al abuelo repetidas veces, pero siempre me respondía una letanía de pitidos que parecían signos de interrogación lanzados al vacío ¿Dónde demonios estaba? Las palabras de la periodista adquirían un cariz cada vez más ominoso: «Es como si la tierra se lo hubiese tragado».

Esta vez, cuando entré en su despacho lo hice con la intención de no dejar cabos sueltos. Busqué a conciencia, abriendo armarios y registrando cajones, abordando incluso la repisa de la estantería. A primera vista todo estaba impoluto, pero dentro de los armarios reinaba el caos: capas y capas de objetos colocados sin orden ni concierto: periódicos amarillentos, bolígrafos sin tinta, agendas viejas, varias fotografías de mi madre que la mostraban como una joven seria, morena y espigada. Ahondar en aquellos cajones era

como explorar el alma del abuelo: estoica por fuera y tumultuosa por dentro.

Tras más de una hora rebuscando miré a mi alrededor, frustrada. Allí no había nada que justificase su extraña huida, nada que explicase los temores de la abuela. ¿Qué iba a hacer ahora? Decidí que si no conseguía que las pertenencias de Uwe me hablasen probaría con las de Margot. Fui hasta su habitación en el piso de arriba y saqué de debajo de la cama su vieja maleta, la que había llenado y vaciado tantas veces durante sus crisis. Era de piel marrón, festoneada de rojo en los bordes, muy raída y reblandecida por el uso. Algo me decía que si tenía algo que ocultar, ese sería el lugar escogido.

La abrí. Estaba vacía salvo por un par de medias arrugadas. Recorrí con la palma de la mano el fondo forrado de tela. ¿De cuántas vivencias había sido testigo esa maleta? ¿La habrían aferrado las manos sudorosas de mi abuela mientras huía de los peligros de la guerra? ¿Me contaría, si pudiera hablar, los horrores que había presenciado? Mis dedos se detuvieron de repente; habían chocado con algo rígido. Tanteé con más cuidado: había algo allí, oculto en un doble forro. Un secreto. Dicen que a veces nuestro propio cuerpo nos da pistas, que los presentimientos se notan en la carne. En ese momento me embargó una sensación extraña, la certeza de que si levantaba esa capa de tela abriría una puerta que nunca más sería capaz de cerrar. No lo dudé: empuñé las tijeras de costura de la abuela y la tela se rasgó como mantequilla. Fui sacando uno a uno varios objetos: un sobre amarillento, un ovillo de color oro viejo con la lana tan apelmazada que era imposible separar las hebras y un viejo cuaderno con las tapas forradas de cuero. El

sobre estaba abierto y no llevaba matasellos ni remitente, aunque sí una dirección de envío: «Lucie Sabard, rue des Capucines, 22. Abrigny, France». Lo dejé a un lado junto con el ovillo y decidí centrarme primero en el cuaderno. Lo hojeé con cuidado, sus páginas eran finas y parecían muy frágiles.

En la primera había unas palabras manuscritas:

EL CUADERNO DE CLAIRE

Supe que había encontrado a Claire Reynaud. El cuaderno estaba lleno de dibujos, algunos hechos con acuarelas y otros a lápiz o carboncillo. Había paisajes, montañas, retratos, una sinfonía de colores que destilaba elegancia y cierto desasosiego, como si Rubens se hubiera aliado con Munch para crear dibujos excepcionales. La obra de Claire tenía ese toque único que muchos aspiramos a lograr, pero solo unos pocos consiguen. Me dejó sin aliento. «Conservar la luz», ahora entendía el título de la exposición. En una ocasión oí decir a un galerista que nada afecta tanto a un amante del arte como ese cuadro especial que logra enamorarlo, aquel que consigue que los ojos le lagrimeen y los dedos le palpiten con el afán de recorrer sus trazos. Casi como conocer al hombre o la mujer de tu vida. Algo similar me pasó a mí en ese momento: supe que por muchos cuadros que colgasen de las paredes de mi casa en un futuro, mis ojos siempre anhelarían los trazos de Claire Reynaud. Me embebí de cada una de las imágenes hasta llegar al final del cuaderno. Reconocí uno de los dibujos, el de la pareja de enamorados cuya reproducción había visto en internet mientras buscaba información sobre ella. Me pregunté de nuevo quiénes

serían ellos, el joven moreno y la muchacha rubia que se abrazaban bajo los árboles como tratando de fundirse en una sola persona.

No había más dibujos después de ese. La última página del cuaderno había sido arrancada de forma descuidada, a juzgar por las trizas de papel que aún colgaban del lomo. ¿Quizá alguien quiso guardarse para sí ese último dibujo de Claire? Me fijé en que la cubierta posterior del cuaderno estaba un poco rota en los bordes, y cuando lo levanté para examinarlo a contraluz una fotografía se deslizó bajo el forro y cayó al suelo.

Y así, en un parpadeo, mi mundo se detuvo y cambió para siempre.

La tomé con dos dedos temblorosos y la estudié con detenimiento. La vista no me había engañado: cuatro mujeres sonreían en el umbral de una pequeña casita de dos plantas. Era una de esas fotos antiguas cuya tonalidad sepia se vuelve grisácea con el paso del tiempo, haciendo que los rostros se difuminen, pero reconocí sin dudarlo a la mujer del centro. Era mi bisabuela Delphine, cuyo retrato de boda con mi bisabuelo Édouard ocupaba un lugar destacado en el salón. Había muerto en 1945, poco después del final de la guerra.

En la fotografía que tenía en las manos, Delphine estaba rodeada por tres adolescentes que, a juzgar por las similitudes en sus posturas, miradas y sonrisas, eran sus hijas.

Hijas. En plural.

La abuela me había mentido.

Me había dicho que, al igual que yo y mi madre antes que yo, ella había sido hija única. Y ahora tenía entre mis manos la prueba de que no solo había tenido dos hermanas, sino que una de ellas era su

viva imagen. Gemelas. Las dos muchachas que flanqueaban a Delphine eran idénticas como las dos caras de un botón y solo fijándose mucho se podían advertir sutiles diferencias: un peinado más descuidado en una, unos ojos más fieros en la otra, una postura más firme en la de la derecha y una sonrisa tímida y hosca en la de la izquierda. ¿Cuál de las dos era mi abuela?

La tercera muchacha de la foto era más joven, casi una niña, y me sorprendió descubrir el gran parecido que guardaba conmigo. Tenía mi frente ancha, las mismas pecas que yo sobre los mofletes. Nos diferenciábamos en que yo tenía el pelo negro y rizado y el suyo era lacio y parecía ser de color claro. Tenía una mirada ausente y una sonrisa pequeña que era casi una mueca.

En el pie de la foto podía leerse aún la inscripción del estudio fotográfico, la identidad de las protagonistas escrita con la caligrafía ampulosa propia de la época:

MADAME DELPHINE AUBIER Y SUS HIJAS,

MARGOT Y VIOLETTE AUBIER

Y LA PEQUEÑA CLAIRE REYNAUD

Había encontrado a Claire. La certeza de que la pintora era la hermana de mi abuela me golpeó como un puñetazo. Hice un rápido cálculo mental: sabía que mi bisabuelo Édouard había muerto cuando Margot era un bebé, y la Claire de la foto aparentaba ser al menos tres o cuatro años más joven que ella y su gemela. Eso explicaba la diferencia en los apellidos: Claire tenía otro padre. ¿Se habría casado Delphine por segunda vez con alguien apellidado Reynaud?

Todo un mundo de secretos y omisiones se abría ante mí como un abismo ¿Por qué mi abuela no me había hablado jamás de sus hermanas? Me sentí dolida por su falta de confianza.

—¿Qué haces ahí? ¿Ha pasado algo? —Paloma asomó la cabeza por la puerta, sin duda intrigada ante mi largo encierro.

«Ni te lo imaginas», pensé aún aturdida.

Le mostré la foto y vi en su expresión asombrada que ella tampoco sabía nada.

—Quizá murieron en la guerra —dijo recorriendo sus caras con un dedo—. Quizá por eso nunca habló de ellas, porque no consiguió superarlo.

Arqueé las cejas. La explicación no me convencía.

—O puede que se enemistasen por algún motivo…

—¿Por qué iban a enemistarse?

—Tú no sabes lo que es vivir una guerra. —Paloma me miró muy seria—. El miedo y la desconfianza lo envenenan todo, destruyen lazos que parecían irrompibles. Quizá fue eso lo que les pasó.

Nos quedamos calladas un rato, hasta que el trajín de loza que llegaba desde la cocina nos distrajo de nuestros pensamientos. Imaginé que sería Catalina preparándose un café y decidí unirme a ella, necesitaba cafeína para aclarar mis ideas. Aunque la enfermera estaba presente, no era ella la que movía platos y vasos. Era la abuela. Había cascado huevos en un bol y los estaba batiendo con energía. En una sartén pequeña se tostaban unos trozos de embutido. Sonreí sin poder evitarlo, hacía mucho tiempo que no la veía cocinar una de sus *omelettes.*

—Abuela.

Se giró sonriente. Parecía contenta y relajada, y no mostraba ni rastro de la angustia de la noche anterior, como si todo hubiese sido un mal sueño. La miré y me costó reconocerla, el secreto que acababa de descubrir pendía entre nosotras como un cuchillo afilado.

—Hola, querida. ¿Qué tal? —me saludó como si nada.

—Bien. ¿Qué haces?

—Estoy preparándole el almuerzo a tu abuelo. Estará a punto de llegar.

Intercambié una mirada nerviosa con Catalina. Así era su enfermedad; pasaba de mantener una conversación normal a bucear en la niebla en cuestión de segundos.

—Tiene muy buena pinta —dije insegura. No quería que volviera a perderse en el pasado, en esos recuerdos que tanto la habían asustado.

—Todo el mundo está hambriento estos días —soltó ella en tono sombrío—. ¿Dónde está tu abuelo? ¿Por qué no ha llegado aún? Si le ha pasado algo… —Su tono se elevó un par de octavas, y Catalina se acercó a ella, conciliadora. Temía, al igual que yo, que le diese un nuevo ataque de pánico.

—No pasa nada, Margot —aseguró con voz cantarina—. Todo está bien, todos estamos a salvo.

—A salvo. —La abuela repitió las palabras, paladeándolas. La eficiencia de la enfermera había logrado tranquilizarla—. Eso dice siempre Álex, que no hay que preocuparse, que ya estamos a salvo.

Mi corazón se detuvo por un momento ante su última frase y después volvió a latir atolondrado.

—¿Álex? ¿Qué Álex? —pregunté con un hilo de voz.

—¿Qué Álex va a ser? —La abuela cuajó la tortilla y la pasó a un plato. Sonreía–. Pues tu Álex.

Mi Álex. El joven que me miraba con ojos de enamorado desde la foto del tablón de mi cuarto. El hombre cuya voz y cuyos besos había tratado de olvidar en vano durante años, buscando un refugio inalcanzable en brazos de Eric. El chico de la casa de al lado.

Me volví hacia Catalina, que me miraba intrigada por mi súbito nerviosismo.

—¿Ha estado Álex Martín aquí últimamente? —pregunté.

—¿Un chico alto de pelo oscuro? Sí, los visita de vez en cuando. Paloma me ha comentado que vive cerca.

La aludida entró en la cocina en ese momento y aproveché para interpelarla.

—¿Álex ha estado visitando a los abuelos? —pregunté tratando de que la voz no me temblase. Casi lo conseguí. Casi.

Paloma apretó los labios en una mueca que no supe descifrar.

—Sí, últimamente se ha dejado ver por aquí. Tus abuelos han estado muy solos, ya sabes. —Su voz destilaba reproche—. Y les hace bien hablar con alguien. Además, también Álex se ha quedado solo. Amelia murió hace unos meses.

—Vaya. No lo sabía —admití con sinceridad. El corazón se hizo pesado en mi pecho al rememorar a Amelia, la madre de Álex, con su sonrisa amable, sus manos suaves y sus ojos castaños tan parecidos a los de su hijo.

No quise preguntar más. Durante mis años con Eric me había aislado de todos. Lo que no sabía es que al pasado no es posible cerrarle la puerta y que algunos sentimientos siguen pegados a nuestra piel como lunares persistentes.

Salí al jardín como una autómata, evitando mirar hacia la casa de al lado que se asomaba sobre la verja. Cuando me senté en la hamaca noté algo duro en mi bolsillo y recordé que había guardado la carta dirigida a esa tal Lucie Sabard y el ovillo de hilo dorado que la abuela había escondido. Desplegué el sobre y lo miré con atención. Estaba amarillento por el paso del tiempo y contenía dos folios escritos en francés con una letra apretada e irregular. Di por hecho que Margot la había escrito y por algún motivo la había guardado sin enviar, pero cuando me fijé en la firma sufrí un nuevo sobresalto. La carta había sido escrita por Violette Aubier. La hermana gemela de mi abuela.

Con la boca seca y el corazón en un puño, comencé a leer.

Abrigny, 29 de mayo de 1942

Mi querida Lucie:

Lo más probable es que jamás llegue a enviarte esta carta y acabe enterrándola en el jardín para que al menos sirva de abono a las flores que ha plantado Margot. Así, si cuando termine la guerra sus ramos vuelven a adornar la iglesia, podrá decir que han sido los pensamientos de su hermana los que han aportado todos los colores y la frescura. ¿Te imaginas la cara que pondría madame Ferrec?

Pero dejémonos de bromas, Lucie. Anoche me dormí pensando en el día en que nos conocimos, ¿lo recuerdas? Era el primer día de clase en la escuela primaria de Saint-Lloc y Margot y yo llegamos juntas y de la mano como siempre; ella con sus dos trenzas perfectas y yo toda desgreñada porque había perdido las horquillas por el camino. Aquella niña horrible, Elsie Feraud, se burló de mí y dijo en voz alta que llevaba un nido de ratas sobre la cabeza. Yo me quedé mirando al suelo mientras los demás se reían, y Margot saltó sobre ella como una fiera. La nariz de Elsie acabó del tamaño de un

salchichón, y Margot se quedó castigada toda la mañana mientras yo lloraba culpándome por ser tan descuidada y porque nada parecía salirme a derechas. Entonces tú te acercaste al rincón donde lloriqueaba y me tendiste en silencio un pasador de pelo, ¿te acuerdas, Lucie? Era de hojalata con dibujos de mariposas, y para mí ese gesto significó el mundo; no solo porque una de las niñas más guapas de la clase me prestaba atención —sí, ya con esa edad parecías una mini Greta Garbo—, sino porque me diste lo que más necesitaba: amistad y un pasador de pelo; un gesto frívolo que para mí fue mucho más reconfortante en ese momento que la furia vengadora de mi hermana.

Detuve la lectura con una sonrisa. Me imaginé a Lucie, Margot y Violette, tres niñas pequeñas que empezaban a enfrentarse al mundo y a tomar sus propias decisiones. Imaginé la furia de Margot defendiendo a su hermana, visualicé a Violette descifrando el sentido de la amistad en un pasador con dibujos de mariposas y a esa tal Lucie dinámica y jovial que logró hacerse un hueco en el pequeño mundo de las gemelas. Tres niñas a las que les gustaban las películas de Greta Garbo y que no sabían aún que la guerra irrumpiría en sus vidas. ¿Qué les depararía el futuro? ¿En qué iban a convertirse con el paso de los años? Seguí leyendo:

Sé que las cosas entre Margot y tú están muy mal desde que ella se enteró de tu relación con Kaspar, pero todavía confío en que algún día consigáis reconciliaros y volvamos a pasear las tres juntas por la plaza, como antes. El odio de Margot hacia los alemanes es como una enfermedad que lo envenena todo y, como siempre, mi hermana es incapaz de ver los matices de la realidad, para ella todo es blanco o negro. ¿Cómo espera que nos comportemos? Para Margot, mirarlos a los ojos te convierte ya en un traidor.

Pero yo no te juzgo, Lucie. ¿Cómo podría hacerlo cuando sé que lo único que quieres es vivir tranquila, encontrar un poco de luz entre toda esta oscuridad?

Me detuve de nuevo, con un nudo en la garganta. De modo que era con su amiga Lucie con quien la abuela me había confundido el día de mi llegada. Lucie, que tenía un novio alemán llamado Kaspar. Comprendí que Margot y su hermana se habían enfrentado a la guerra de formas muy distintas: una avivaba la hoguera del odio hacia los nazis y la otra trataba de adaptarse a aquella Europa en la que todo había cambiado. Sentí un súbito sentimiento de comprensión hacia Violette; me la imaginé enterrando bajo capas y capas de piel todo lo que la horrorizaba, todos sus miedos y su desesperación.

> Pero vayamos al grano, Lucie. Ya conoces la tendencia que tengo a irme por las ramas. Como te decía antes, no sé si llegaré a enviarte esta carta, pero necesito poner en palabras lo que me sucede, y me resulta más fácil escribirlo que mirarte a los ojos y decirlo en voz alta, aunque me parece que tú, con tu habitual perspicacia, ya sospechas algo. Lo que quería contarte es que creo que yo también me he enamorado de uno de ellos. De un alemán. De un nazi. Cuando lo vi por primera vez acababa de presenciar una escena terrible, algo de lo que ni siquiera a ti te he hablado. Su presencia allí, en ese momento, me hizo sentir cosas que ni siquiera sabía que existían, como si la sangre burbujeara por lugares de mi cuerpo que hasta entonces habían estado secos y yermos. ¿Qué tipo de locura me ha llevado a esto, Lucie? Él es imposible para mí, intocable.

Me interrumpí de nuevo. La tinta estaba un poco corrida, como si Violette hubiera llorado mientras escribía. Yo también sentí deseos de hacerlo cuando leí la última línea que había escrito, las palabras que encerraban un terrible secreto, quizá los motivos por los que su propia hermana había vivido negando su existencia.

Seguramente ya habrás adivinado de quién hablo. Es la primera vez que escribo su nombre. Se llama Uwe. Uwe Vogel.

10

Abrigny, mayo de 1942

La primavera llegó a Abrigny como un bálsamo. Las temperaturas se suavizaron y el cielo se convirtió en una cúpula azul que habría deleitado a los lugareños si no hubieran estado demasiado asustados para contemplarlo, temerosos de divisar en el horizonte el perfil de los aviones de la Luftwaffe.

Era una jornada ideal para hacer tareas domésticas. Las gemelas y Didier estaban apoyados en el pilón de la fuente de la plaza, esperando a que se llenasen los cubos, con un cesto de ropa sucia a sus pies. El aire estaba impregnado con el olor dulce del jabón y las burbujas estallaban en el agua. Claire, olvidados los pinceles por un momento, se dedicaba a estudiar fijamente a los pichones que bebían en los caños, todavía torpes con sus plumas recién estrenadas.

Violette se miró las piernas. Una carrera se le había formado en el talón y avanzaba hacia la pantorrilla como un río sinuoso. Era su último par de medias decentes y, en otros tiempos, la idea de haberlo destrozado mientras Margot mantenía las suyas impolutas la habría disgustado. Pero tras lo sucedido en la estación, Violette ya no era la misma. Algo nuevo había nacido en su interior, algo que

algunos llamarían madurez pero que ella percibía como un nudo en el estómago, un terror atávico, pesado, brutal. En su mente resonaba una pregunta: «¿Qué podemos hacer para mantenernos a salvo? ¿Quién va a protegernos?». Y la respuesta era siempre la misma: un atronador silencio.

Pero, a veces, en medio de ese vacío aparecía un rostro, el del alemán de la estación. Se colaba en su mente sin ser invitado, dorado y brillante como un rayo atravesando la negrura, y a Violette le temblaban las entrañas ante tanta luz.

Miró por el rabillo del ojo a su gemela. Margot tenía los ojos fijos en el cine Paradise como si todavía esperase ver colgados los carteles que anunciaban películas de Errol Flynn o Gary Cooper. Tras más de un año cerrado a cal y canto, los alemanes habían decidido aprovechar la sala y la maquinaria y ahora se emitían pases una vez por semana, películas alemanas en su mayoría —como *Metrópolis*, de Fritz Lang, de la que se decía que era la favorita de Hitler—, propaganda nazi y filmes *künstlerisch wertvolle,* tal como ellos los llamaban, es decir «artísticamente valiosas», como *El triunfo de la voluntad*, de Leni Riefensthal, que hacía que los jóvenes soldados saliesen del cine con los ojos llorosos y brillantes de locura.

—He oído que hoy ponen *El corazón de la reina* —comentó Didier siguiendo la mirada de su novia—. Va sobre la vida de María Estuardo.

Violette pensó que no le importaría verla. A fin de cuentas, era una película histórica, no un filme de propaganda. Siempre le había encantado el cine, al contrario que a Margot, que prefería leer. Sin embargo, no se atrevió a decirlo en voz alta por miedo a enfurecer a su hermana. También Didier parecía extrañamente apagado. Antes,

cuando estaba con ellos Violette solía sentirse fuera de lugar, como una piedrecita molesta en el zapato. Ahora casi parecía que ambos agradecían su presencia, como si temiesen que al quedarse a solas fueran a decirse cosas hirientes o, peor aún, ya no tuvieran nada que decirse.

—Basura para traidores —escupió Margot señalando hacia la puerta del cine donde empezaba a formarse un nutrido grupo de gente—. Todos esos no son más que ratas traidoras.

Violette suspiró. El odio y la agresividad de su hermana comenzaban a resultarle cargantes. En ese momento un muchacho de unos doce años se detuvo frente a ellos, derrapando sobre una bicicleta que más bien parecía un montón de chatarra con ruedas.

—Eh tú, Margot Aubier. Tengo un recado para ti. La Bisset quiere que vayas a su casa ahora mismo.

Margot se puso en pie como un resorte.

—¿Hoy? Pero es miércoles…

—Creo que se le ha acumulado el trabajo. Necesita que hagas horas extra —El niño miró de reojo a Violette y a Didier y se alejó pedaleando.

—¿Qué se te ha perdido a ti en casa de la Bisset? —Violette miró a su hermana con los brazos en jarras.

—Me ha contratado para que la ayude con la limpieza de primavera. Ya sabes, tiene un enorme caserón lleno de trastos.

—No sabía que te gustase tanto limpiar…

—Dicen que paga muy bien. La vieja cacatúa nada en dinero. —Margot dejó el cubo en el suelo y se secó las manos en la falda. Parecía ansiosa por irse.

—Pero es amiga de los alemanes —protestó Violette—. Una rata traidora como acabas de decir hace un momento.

—Su dinero vale tanto como el de cualquiera. —Margot se encogió de hombros con indiferencia—. Y siempre puedo hacer trizas alguno de sus jarrones y decir que ha sido un accidente.

Violette sintió una oleada de irritación. Su hermana se pasaba la vida escupiendo odio hacia los alemanes y todo aquel que osase dirigirles el saludo, pero no tenía problemas en trabajar para una conocida *collaboratrice*. Además, había conseguido un empleo y seguro que su madre la llenaría de elogios. A ella, solo a ella. Siempre a ella. Los viejos celos se atoraron en su garganta como la espina de un pescado.

—¿Y qué pasa con nuestra colada?

—Tendrás que ocuparte tú. Vamos, Vi. Estoy segura de que puedes arreglártelas sola.

¿Sola? Violette sintió ganas de decirle que llevaba meses haciéndolo todo sola, ocupándose de la casa y de Claire mientras ella iba de aquí para allá.

—¿Y por qué te ha llamado a ti la Bisset? —preguntó en cambio—. Seguro que madame Ferrec te ha recomendado. Siempre has sido su favorita; le encantaban tus arreglos florales. En cambio, nada de lo que yo hacía le parecía bien.

Margot le dirigió una mirada cargada de hastío.

—Violette, crece de una vez, ¿quieres? Deja de quejarte y de actuar como una niña malcriada.

Sus palabras azotaron el aire, y Violette se echó hacia atrás como si la hubiese abofeteado. El reproche pendía entre ellas, amenazando con cortar el hilo que las había unido y que estaba ya

muy debilitado. En otros tiempos, Margot se habría disculpado enseguida; siempre lo hacía cuando hablaba sin pensar y hería a su hermana con sus palabras, pero ahora se quedó en silencio.

—Tengo que irme.

Besó distraídamente a Didier en la mejilla y cogió su bicicleta, la vieja Alycon que había sido de Delphine y que ahora usaban las gemelas para moverse por el pueblo. Violette la observó mientras se alejaba hasta que desapareció tragada por la curva del camino, sintiendo en el estómago una losa que iba más allá de la ira, que se parecía a la pérdida.

—No se lo tengas en cuenta. Está nerviosa últimamente —dijo Didier—. Yo te ayudaré con la colada, si quieres.

Violette apretó los labios, reacia a agradecerle su amabilidad. En ese momento se oyó una especie de gorgoteo. Violette miró a Claire con la ansiedad pintada en el rostro, conocía bien ese ruido, ese sonido ansioso que a su hermana le nacía cuando se ponía nerviosa por algo. Una imagen se coló en su mente: la estación barrida por el viento, los gritos de los soldados y los dientes… los dientes de Christophe ¿Qué se hace con unos dientes que has visto sonreír, que has visto moverse mientras masticaban avellanas durante tantas tardes en el Paradise, cuando aún eran todos inocentes? Finalmente, Violette los había envuelto en su pañuelo y ahora estaban guardados en un cajón de su mesilla de noche. En el fondo de su corazón sabía que Christophe ya no los necesitaba.

Ahora, Claire gemía en el mismo tono que había empleado ese día, y comenzó a balancearse y a temblar con las manos aleteando como hojas de palma junto a su cara.

—No empieces con eso —recriminó Violette con impaciencia.

Claire compuso esa expresión de pájaro que quizá significaba «No puedo evitarlo» o «Algo malo va a pasar».

—No hay nada que temer, no hay soldados aquí.

Pero sí que había. Al menos, uno de ellos. Violette vio por el rabillo del ojo que Lucie se acercaba con su novio Kaspar de la mano. Didier frunció el ceño, pero no hizo ningún comentario y respondió al saludo de Lucie con un indiferente movimiento de la cabeza.

—¡Hola! ¿Estáis con la colada? Ese jabón huele de maravilla.

Violette se quedó mirando a su vieja amiga. Llevaba el pelo distinto, recogido en la nuca, lo que le hacía parecer mayor de su edad, y un vestido precioso con gardenias estampadas. Con la perspicacia que la caracterizaba, se dio cuenta inmediatamente de lo que le pasaba a Claire.

—No tengas miedo, cariño. Es Kaspar, un amigo. No va a hacerte daño, ¿verdad, Kaspar? Es bueno y simpático.

Kaspar, que no parecía ni bueno ni simpático, les dirigió una mirada irritada, pero las palabras de Lucie habían conseguido calmar a Claire, que volvió a ensimismarse en la contemplación de las palomas como si aquella interrupción nunca se hubiese producido.

—Menos mal —suspiró Violette, aliviada—. Siempre se pone así cuando ve un… —Se interrumpió, azorada, antes de pronunciar la palabra «alemán», y Lucie asintió, comprensiva.

—Ya me he dado cuenta. En fin, no importa. En realidad nos hemos acercado porque nos gustaría invitarte a un baile.

—¿Un baile? —Los oídos le vibraron ante esa palabra que llevaba meses fuera de su vocabulario.

—El viernes por la noche habrá baile en Les Pommiers. He pensado que te encantaría venir. Será igual que en los viejos

tiempos.

Violette entornó los ojos. «Igual que en los viejos tiempos». Aquello era más que una mentira piadosa, incluso en labios de la frívola Lucie. En los viejos tiempos los bailes en Les Pommiers, el modesto club juvenil del pueblo, habían sido algo a esperar con ilusión todos los meses, un lugar donde los jóvenes bebían limonada y bailaban al son de los últimos éxitos americanos, canciones pegadizas de Glenn Miller o Cliff Edwards. Al igual que muchos otros locales de Abrigny, había sido expropiado por los alemanes.

—¿Quién dará la fiesta? —preguntó con cautela.

—Oh, un amigo de Kaspar. —Lucie sonrió con desenvoltura—. Acaba de llegar al pueblo y está un poco aburrido. Y tú, Violette, también necesitas divertirte. Trabajas demasiado —concluyó abarcando en una sola mirada la colada y a Claire.

Violette no respondió. Música. Baile. Chicos. Siempre había adorado bailar, a pesar de que no era muy buena bailarina y tenía tendencia a tropezarse con sus propios pies. Se preguntó qué tipo de música pondrían. Probablemente absurdas canciones alemanas, nada de jazz ni de música americana. Sin embargo, la perspectiva de volver a bailar después de tantos meses le llenaba el estómago de mariposas.

—¿Qué dices? ¿Contamos contigo?

Su amiga aguardaba su respuesta. Kaspar, a su lado, tamborileaba sobre el borde de la fuente con los dedos. Visto de cerca, se parecía bastante a un bulldog, con su rostro redondo y su nariz achatada.

—No sé…

—Piénsatelo, pero no demasiado. —Lucie le guiñó el ojo—. Y no te preocupes por lo que dirá Margot, está tan amargada que se podrían

encurtir remolachas con sus lágrimas. Recuerda, el viernes en Les Pommiers. ¡Ponte bien guapa!

Se alejó cogida del brazo de su novio. Didier partió una pastilla de jabón y empezó a desmenuzarla en el cubo.

—Deberías ir —soltó de sopetón.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no? Es solo un baile, no creo que vayan a captarte para la Liga de Muchachas Alemanas.

—Pero Margot…

—¿Sabes, Violette? —Didier se cruzó de brazos—. Deberías empezar a tomar tus propias decisiones sin pensar en si Margot lo aprobaría o no. No puedes vivir siendo una pluma lanzada al aire en la dirección de sus soplidos.

Sentadas sobre los cojines de brocado del salón de Apolline Bisset, las mujeres cosían con la mirada fija en sus respectivas labores. No se oía ni el vuelo de una mosca y solo el rasgueo de las agujas interrumpía ese silencio que olía a muebles caros y a ovillos nuevos. Las manos de Margot se movían ágiles, como insectos deseosos de alzar el vuelo. Nudo-nudo-punto-nudo. Había llegado a Le Phare sin aliento tras el aviso del niño de la bicicleta y Apolline le había contado entre susurros que la llamada se debía a un imprevisto. La mujer había averiguado la ubicación de un almacén de suministros alemanes, una información relevante que había que transmitir sin demora. Punto-nudo-nudo-punto. Margot acarició con los dedos la retahíla de símbolos que acababa de trazar en la lana deteniéndose

en las marcas del final, sus favoritas, su grito de esperanza: L de libertad y V de victoria.

Las tardes en casa de Apolline Bisset se habían convertido en los puntales de su vida, un oasis en medio de la ansiedad y la frustración derivadas de la guerra. Llevaba cuatro meses colaborando en el *strickerei* y cada vez que tomaba las agujas sentía un subidón de adrenalina, un pellizco de emoción y miedo en el estómago. Por fin estaba haciendo algo útil.

Su admiración por Apolline Bisset, con sus carrillos colorados y su cerebro agudo como un bisturí no dejaba de crecer día tras día. Le fascinaba el modo sutil e inteligente en que se burlaba de los nazis. Con su fluido alemán y sus modales untuosos se había ganado la confianza de los altos mandos instalados en Abrigny. Por las tardes alternaba con ellos en su salón, dejando que vaciasen las botellas de Château Lafite de su bodega y obsequiándolos con strudels que ellos devoraban con ansia, quizá porque les recordaban a su hogar. Cuanto más bajaban la guardia, mayor cantidad de secretos revelaban: fechas de reuniones, trayectos de los trenes, pinceladas que pintaban un cuadro muy útil para los contactos de Apolline. También confraternizaba con sus secretarias, sus novias o amantes francesas, aquellas que apoyaban al Reich por convicción, miedo o necesidad. Mientras su boca les sonreía, sus ojos las escrutaban con la agudeza de un águila y su cerebro registraba información. Otras veces se sentaba al piano e interpretaba piezas de los mejores compositores alemanes para regocijo de sus invitados, que no imaginaban que, mientras a sus oídos solo llegaba una sucesión de acordes, en el piso de arriba las tejedoras recibían nuevas pistas: Beethoven; un tren con equipamiento militar: un nuevo nudo en la

lana. Mozart; movimiento de tropas por carretera: una sucesión de pequeños puntos en un dobladillo o en el cuello de un jersey.

Los martes por la noche, mientras un joven cabo alemán recogía las prendas para llevarlas a su cuartel improvisado en el ayuntamiento, algunas piezas escogidas se quedaban en casa de Apolline, a la espera de ser enviadas a la Resistencia. A ojos de Margot, esos jerséis y polainas eran casi mágicos. Eran las piezas que conservaban y transmitían la luz.

Pasadas las siete de la tarde, Margot depositó las prendas (cuatro chaquetas grises y tres pares de manoplas) en la cesta que Apolline había dejado en el suelo para ese fin. Las manoplas eran ordinarias, pero la cara interna de las mangas de las chaquetas recogía la información que Apolline se encargaría de pasar a sus contactos asentados en distintos lugares. Observando a las mujeres de rostro inexpresivo que tejían a su lado, Margot no pudo evitar preguntarse cuántas de ellas estarían al tanto del secreto de Apolline. ¿Quizá las hijas del lechero Durand, dos jóvenes fornidas y tan rubias que incluso pasarían el sello de aprobación ario? ¿Tal vez la muchacha morena de aspecto triste y brazos larguiruchos que parecía querer mimetizarse con el estampado del sofá? En un par de ocasiones había tratado de indagar al respecto, pero Apolline se había negado a revelarle ningún tipo de información acerca de sus compañeras.

—No es de tu incumbencia. Hablar demasiado es como empuñar un cuchillo.

—Lo sé, lo sé, nunca sabes dónde pueden llegar a clavarse tus palabras —completó Margot con un deje de irritación.

A pesar de que desde que trabajaba con Apolline se sentía más viva, no podía evitar desear hacer más, dejar de ser un simple peón.

Ella quería luchar de verdad, en las calles y en los bosques como Guillaume Luc, no en un salón lleno de tapices y porcelanas. Sabía que Apolline formaba parte de algo grande, que su red no se limitaba a unas cuantas tejedoras reconvertidas en transcriptoras de códigos. Pero insistir era inútil; la mujer era un hueso duro de roer.

Las mujeres se despidieron de Apolline una a una y ella se quedó rezagada, poco deseosa de llegar a casa, donde Violette estaría de morros por haber tenido que encargarse sola de la colada y su madre, como siempre, no estaría. A veces sentía deseos de confiar en su hermana, de hablarle de la importante labor que estaba haciendo. Nunca antes habían tenido secretos la una con la otra, nunca se habían mentido. Sin embargo, sabía que sería un error. Violette podía ser muy ingenua y tenía la cabeza llena de pájaros. Se iría de la lengua. Quizá incluso se lo contaría a Lucie, quien se apresuraría a delatarlas a su novio alemán. No, lo mejor era seguir el consejo de Apolline y guardar silencio, por mucho que le doliese no compartir esa parcela de su vida con su hermana.

Margot se detuvo ante la puerta del salón de Apolline. Dentro estaba Yves Haillet, un hombre flaco que parecía salido de una novela de Jane Austen y que ejercía como jardinero y mayordomo a la vez. Pasaba el plumero por los objetos de la repisa, un despliegue de cursiladas de porcelana cuya sola visión provocaba urticaria a Margot. Algo en los movimientos furtivos y cuidadosos del hombre le llamó la atención. Yves movía el plumero con cuidado por una pareja de pastores de porcelana de Derby, él encorvado sobre su cayado y ella con largas y frondosas faldas. Margot contempló con asombro cómo Yves separaba en dos la figura de la pastora, revelando un hueco en su interior en el que distinguió la familiar antena de un

aparato de radio. Sintió que se le erizaba la piel y se le secaba la garganta. Una radio. Hacía meses que no se veían por el pueblo, desde que los alemanes controlaban Radio París y los lugareños habían tenido que entregar sus aparatos como si se tratase de vergonzosos secretos. Por lo visto, Apolline había conservado el suyo. Margot dudaba mucho de que la emplease para escuchar operetas y seriales radiados.

Percibió pasos a su espalda y al darse la vuelta se encontró con los ojos sagaces de Apolline, que la contemplaba con los labios estrechados en una fina línea. Margot agachó la cabeza como una niña pillada en falta.

—No has visto nada —dijo Apolline en un tono que sonó a advertencia.

—Por supuesto que no.

La mujer le hizo un gesto para que la siguiera al vestíbulo.

—Creo que nunca te hablé de mi prima de Rennes —dijo.

Margot negó con la cabeza.

—Era una muchacha de tu edad a la que le encantaba montar a caballo. Era muy buena amazona. Un día se adentró en el bosque y se encontró con una manada de potros. Ellos le tomaron afecto y el dueño, que vivía cerca, la dejaba montar de vez en cuando. ¿Me sigues?

Margot asintió, intrigada. Aquella historia tenía tintes de fábula y se preguntó adónde querría ir a parar la mujer.

—Mi prima era un poco alocada e irreflexiva y un día se fue de la lengua. Contó su hallazgo a todo el pueblo. Al saber de la existencia de los caballos, sus vecinos no tardaron en invadir su territorio. Los lacearon, destruyeron sus cuadras… La mayoría de la gente no tiene

sentido común. Por supuesto, la siguiente vez que mi prima quiso montar, los caballos la rechazaron. Sabían que era ella la que los había llevado la ruina. Uno de ellos le dio una coz y la dejó ciega de un ojo. Ciega de por vida. Fue una tragedia, pero podría haberse evitado si ella hubiera mantenido la boca cerrada.

Se quedaron en silencio, el aire vibraba pesado entre ambas. Margot sopesó las palabras de la mujer, su velada amenaza. La estaba advirtiendo de que si desvelaba a alguien la existencia de la radio sufriría las consecuencias. Los «caballos» la dejarían ciega.

—Creo que tu prima era una muchacha muy estúpida —dijo despacio—. Quizá nadie la avisó nunca de que hablar demasiado es como empuñar un cuchillo.

Apolline asintió. Parecía complacida.

—Sin embargo, creo que el dueño de los potros tampoco fue muy inteligente.

—Ah, ¿sí? ¿Eso crees?

—Si tu prima era tan buena amazona, él pudo haber sacado provecho de su talento dándole clases de equitación en vez de dejarla montar a ciegas.

Apolline desvió la mirada.

—Será mejor que te vayas. Se está haciendo tarde y no querrás que el toque de queda te pille en mitad de la calle.

—Yo podría hacer más, si me dieses la oportunidad. —Margot la miró anhelante—. Mucho más.

Apolline meneó la cabeza mientras la empujaba suavemente hacia la salida. Caminaba encorvada, como vencida por el peso de muchos secretos, y a la luz amarillenta de la lámpara Margot advirtió por

primera vez que sus ojos eran de un azul casi transparente, enmarcados por las pestañas más rubias que había visto nunca.

Tenían una mirada triste.

—Ya estás haciendo suficiente —zanjó antes de cerrar la puerta tras ella.

Violette se secó el pelo y se lo sujetó con dos horquillas. Se lo había lavado a conciencia y se lo había enjuagado con vinagre hasta dejarlo liso y brillante como una cortina dorada. Con los granos poca cosa se podía hacer, pero se había aplicado un emplasto con los últimos restos de miel del tarro de la despensa. Para su asombro, su madre no protestó al verla hacer eso, ni siquiera le recordó que estaban en tiempos de guerra y nada comestible se podía despilfarrar en tonterías.

—¿Vas a salir? —le preguntó Delphine levantando la mirada de los calcetines que estaba remendando.

—Hay una fiesta en Les Pommiers. Lucie me ha invitado.

—¿Una fiesta? ¿Con alemanes?

—Creo que sí. —Violette la miró de hito en hito—. ¿Supone eso un problema?

Delphine agachó la cabeza, su rostro convertido en una máscara cenicienta que Violette no supo descifrar.

—No. Ningún problema. ¿Irá también Margot? Últimamente apenas le vemos el pelo.

—Lo dudo, pero puedo arreglármelas sin ella por una vez, ¿no crees? ¿O es que tengo que flotar como una pluma en la dirección que ella sople?

—No quería decir eso. —Su madre levantó la mirada, sorprendida ante su exabrupto—. Pero no vuelvas tarde, ¿de acuerdo?

—Volveré pronto. ¿Puedo usar tu vestido? ¿El de mezclilla?

Delphine se puso en pie.

—Creo que tengo algo mejor que eso.

Abrió el armario y sacó un vestido primaveral que Violette no había visto nunca, una pieza de gasa azul con estampado de violetas con una falda tan vaporosa que parecía flotar. Se lo probó y notó satisfecha que le sentaba como un guante, y a pesar de que era obviamente una prenda usada, era mejor y mucho más bonita que cualquiera de sus vestidos.

—Es precioso. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo han dado.

—¿Quién?

—Alguien que ya no lo necesita. —La expresión de Delphine era de tristeza—. Estás guapísima con él.

Violette giró ante el espejo y la luz arrancó destellos de la tela vaporosa. Era cierto, estaba muy guapa. «Casi tanto como Margot —le recordó una voz incisiva en su interior—. Casi…».

—Diviértete, pero ten cuidado. Los alemanes… —Delphine se mordió el labio—. No comparto el extremismo de Margot, pero quizá sea mejor que no te relaciones demasiado con ellos. Quédate con tus amigos y no olvides el toque de queda.

Violette asintió, distraída. Cuando se acercó a su madre para besarla se fijó en sus manos ásperas y rojas de fregar loza y restregar suelos. También advirtió que bajo la manga de su blusa asomaba un cardenal en forma de media luna que, por su aspecto violáceo, tenía pinta de llevar ahí más de una semana. «Debería

recordarle que tuviera más cuidado al encaramarse para limpiar cornisas», pensó Violette mientras salía con la cabeza alta y la chaqueta sobre los hombros.

Les Pommiers estaba iluminado con decenas de farolillos, como si la Navidad hubiese llegado antes de tiempo. Había un ambiente festivo, con gramófonos sonando a todo volumen y parejas divirtiéndose en la pista de baile. Había jóvenes alemanes por todas partes y algunos llevaban una chica francesa de la mano. Violette se preguntó por un momento cuántas de aquellas relaciones resistirían la guerra y qué sería de ellas cuando llegase la paz.

Alguien la llamó en la distancia. Era Lucie, flamante con un vestido de satén verde que se pegaba a su cuerpo en las zonas apropiadas, una mata de tirabuzones dorados y un par de medias nuevas que brillaban como el cristal. Kaspar la seguía, con un vaso en la mano y la frente perlada de sudor.

Su amiga la besó en ambas mejillas.

—¡Vi! ¡Has venido! Estás guapísima, ¿verdad, Kaspar?

Kaspar masculló una respuesta en su francés rasposo y a Violette le pareció entender algo similar a «demasiados granos». La sonrisa de Lucie flaqueó por un momento, pero enseguida se recobró.

—Has llegado justo a tiempo. La decoración está preciosa, ¿verdad? ¿Quieres beber algo?

Le puso un vaso de licor en la mano sin esperar respuesta. Violette lo probó y ahogó una tos. La bebida era demasiado fuerte y amarga, pero sujetar el vaso la hacía sentirse mayor, más valiente. Se obligó a beber un poco más. Sus pies comenzaron a moverse al son de la música y se sintió mejor. Dijera lo que dijese Margot, había echado mucho de menos todo aquello: la diversión, la música, el

baile… Estaba bien recuperar esas cosas por un momento, aunque fuera rodeada de alemanes.

—Mira, ahí está el amigo que queremos presentarte —dijo Lucie.

Violette siguió la dirección de su dedo y el suelo bajo sus pies se convirtió en gelatina. Se llevó la mano al pecho, tratando de calmar el tumulto de mariposas que se había desatado en su pecho. Era él, el joven de la estación. Caminaba hacia ellos con paso firme y la luz arrancaba destellos dorados de su pelo, dando la impresión de que había un incendio en su interior.

Violette observó cómo Kaspar se acercaba a él, le daba una palmada en el hombro y después señalaba hacia el lugar donde ellas estaban. Se quedó paralizada, con la vista baja y el paladar reseco.

—Quiero presentarte a Violette Aubier —oyó como en un sueño la voz de Kaspar—. Este es Uwe Vogel, un buen amigo mío.

Uwe Vogel. Su nombre le sonó evocador y sugerente, como un perfume exótico. Visto de cerca, sus pómulos eran altos y llevaba el pelo muy corto, en uno de esos peinados con la raya al lado a los que tan aficionados eran los alemanes. La cicatriz de su ceja brillaba como una veta de nácar. Violette lo repasó con timidez de arriba abajo, desde sus zapatos relucientes hasta su camisa de lino y su corbata verde. La tranquilizó comprobar que, al igual que el día de la estación, no llevaba uniforme militar, como si ese detalle lo diferenciase de los que sí lo llevaban, de los que eran capaces de arrancar dientes a patadas.

—Encantada —murmuró con una voz apenas audible.

Él sonrió y le estrechó la mano con un apretón firme. Tenía la vista fija en su barbilla, y Violette se preguntó si habría visto el enorme grano que la adornaba y se arrepintió de no haber usado más miel.

—El placer es mío —respondió. Su voz era firme y su excelente francés era una caricia en comparación con el áspero acento de Kaspar.

—Uwe y yo fuimos juntos al colegio, en Berlín —siguió diciendo Kaspar—. Y estuvimos juntos en las *Hitlerjugend,* aunque después de eso tomamos caminos separados.

—Cierto. —Uwe acentuó su sonrisa—. Kaspar estaba deseoso de mostrar sus habilidades militares y alistarse en la Wehrmacht, mientras que yo… —Se detuvo.

—Mientras que tú siempre has sido todo un cerebrito. Por fortuna, tu paso por la universidad también le será útil al Reich.

Violette intercambió una mirada con Lucie. ¿Era impresión suya o había cierta tensión entre los dos? El tono burlón de Uwe al hablar de las ínfulas militares de Kaspar no le había pasado desapercibido.

—¿Qué has estudiado, Uwe? —preguntó Lucie haciendo gala de su habilidad para rebajar tensiones.

—Arquitectura. Me licencié hace unos meses y voy a empezar a trabajar en un proyecto para la Organización Todt. ¿La conocéis?

Las chicas negaron con la cabeza y Uwe se encogió de hombros como si no fuera importante.

—Es solo uno más de los grandes proyectos del Führer para mayor gloria de la *Vaterland* —dijo. De nuevo el tono burlón. Kaspar carraspeó, incómodo—. Aunque lo cierto es que me habría gustado estudiar Literatura. Thomas Mann, Gottfried Benn…, si algo ha dado Alemania ha sido grandes autores. ¿Los conoces, Violette?

Ella negó con la cabeza, azorada. Estuvo a punto de decirle que su hermana gemela también habría querido estudiar Literatura, pero se

mordió la lengua en el último momento. No hablaría de Margot esa noche. No con él.

Uwe volvió a encogerse de hombros con ese gesto que parecía característico suyo.

—Mi padre tampoco es mucho de libros. Salvo el *Mein Kampf*, claro.

—El comandante Vogel es un gran hombre —aportó Kaspar en tono tenso.

Violette dio un respingo. Tendría que haberlo adivinado por el apellido, pero hasta ese momento no se dio cuenta de que tenía delante al hijo del hombre que había ocupado Villa Lorraine, el mandamás. Se preguntó qué pensaría si supiera que su madre había vivido allí y ahora trabajaba limpiando suelos.

—Desde mi casa se ven los muros de Villa Lorraine —dijo pasando de puntillas por el tema.

—Es impresionante. Me pregunto qué habrá sido de sus dueños —murmuró Uwe.

Se quedaron callados, ambos flotando en un silencio espeso e incómodo. Lucie y su novio se habían alejado un poco y bailaban muy agarrados. Una canción en alemán sonaba de fondo, áspera y pegadiza.

—¿La conoces?

—¿Qué? —Violette levantó la vista, sobresaltada.

—*Der Wind hat mir ein Lied erzählt.* «El viento me ha dicho una canción». —Él señaló el gramófono—. Zarah Leander, la cantante preferida del Führer.

—Oh. —Violette se revolvió, incómoda—. La verdad es que no. No solemos escuchar música alemana.

—Ya. Claro. ¿Edith Piaf, tal vez?

—¡Sí! ¡Me encanta! Es una de las mejores cantantes francesas actuales.

—Es buena, sí. —La sonrisa de Uwe era punzante—. ¿Sabías que es partidaria de Hitler? Algunos de vuestros «tesoros nacionales» se han dejado seducir por las candilejas del Reich, y si no que le pregunten a Gabrielle Chanel…

—No lo sabía. —Violette se sintió de pronto como una aldeana ignorante. Seguro que Margot sí estaba al tanto de ese detalle sobre Edith Piaf y ese era el motivo de que su póster de *«Edith Piaf en concert»* hubiera desaparecido de la pared de un día para otro.

—¿Te resulta incómodo hablar conmigo? —preguntó Uwe inclinándose un poco hacia ella.

Violette quiso decirle que hablar con él era lo más emocionante que le había sucedido desde el comienzo de la guerra, que había algo en él que la hacía sentirse segura y le recordaba a los tiempos en que todavía podía mirar a su alrededor sin sentir miedo.

—No —dijo en cambio—. Es solo que… que hay quien piensa que no debemos relacionarnos con… con…

—Con el invasor —completó él—. Es lógico. ¿Y tú qué opinas, Violette?

—Yo solo quiero vivir tranquila. Hay demasiado odio por todas partes y me abruma, me asfixia. Lo único que desearía es que todo volviera a ser como antes.

A sus espaldas un soldado con demasiadas copas encima empezó a cantar, y pronto un coro de voces se elevó al unísono: «*Deutschland, Deutschland, über alles*…». Un orfeón de jóvenes

borrachos de gloria y aguardiente entonando el himno de la *Vaterland*.

Uwe elevó la voz para hacerse oír.

—Debe de ser muy difícil para vosotros el haber presenciado la rendición de vuestro país. Todos deseamos que la guerra termine cuanto antes.

—Lo que yo más deseo es que llegue el día en que podamos volver a mirarnos los unos a los otros sin desconfianza ni vergüenza —murmuró Violette.

Uwe no respondió. La contempló con tristeza y con algo parecido al respeto en sus ojos.

El himno había cesado y sonaba una canción popular y alegre. Él le sonrió.

—¿Quieres bailar?

La tomó de la mano antes de que pudiera responder, guiándola hacia el centro del salón. Hacía meses que Violette no bailaba, y la cercanía con Uwe la hizo temblar, su aroma inundó sus sentidos. Todo le parecía maravilloso: la música, el mareo provocado por el alcohol que había tomado, el tacto de las manos de él. Apoyó la cabeza en su hombro y, al sentir los latidos firmes y acompasados de su corazón, se dijo a sí misma que podría quedarse así para siempre, pendiendo del hilo inestable que se extendía entre los dos: alemán y francesa, conquistador y conquistada. Bailaron esa canción y media docena más, y hablaron de tonterías y rieron, la timidez de Violette aplacada tras la segunda copa.

Tiempo después, cuando las cosas empezaron a torcerse, Violette diría que esa había sido la mejor noche de su vida. Había coqueteado con otros chicos antes, le habían despertado suspiros y

miradas lánguidas, pero ninguno se podía comparar con Uwe Vogel. Aquel alemán, el enemigo, había provocado una tempestad en su interior.

Más tarde, Uwe la llevó de vuelta a casa en el Mercedes-Benz plateado de su padre, una hora después del toque de queda. Ella quería evitar que descubriese que vivían en la casa del jardinero de Villa Lorraine, de modo que le hizo detener el coche en una ancha pista de tierra desde la que se podía atajar a pie hasta su vivienda. Se quedaron quietos con el motor todavía en marcha, el silencio solo interrumpido por el chirriar de millares de grillos.

—Gracias, me lo he pasado muy bien —dijo Violette con timidez.

—Lo mismo digo.

Él le guiñó un ojo y a ella le temblaron las piernas. Intentó dirigirle una de esas miradas lánguidas y necesitadas que, según aseguraba Lucie, podían volver loco a cualquier hombre, pero solo consiguió bizquear y sentirse todavía más torpe. Decidió imitar a Margot, que siempre tomaba al toro por los cuernos.

—¿Volveremos a vernos?

La respuesta se demoró más de lo que ella habría querido. Una piedra viscosa y pesada que sabía amarga se atascó en su garganta.

Finalmente él sonrió.

—Claro… Estaré bastante ocupado con los proyectos de la Todt, pero a mediados del mes de julio mi padre dará una gran fiesta en Villa Lorraine. Me encantará volver a bailar contigo.

Se inclinó hacia ella y depositó un breve beso en su mejilla, no el beso apasionado que ella habría deseado, pero sí lo bastante cerca de la comisura de su boca para dejarla sin respiración.

Después se inclinó para abrirle la puerta del coche.

—Hasta pronto, Violette.

Ella voló hacia su casa con el corazón en la boca y una bandada de pájaros locos chillando en su vientre.

Delphine estaba en el salón, en el mismo sillón donde la había dejado. No cosía ni leía, simplemente miraba al vacío con ojos de tumba.

—Has llegado muy tarde. Me tenías muy preocupada.

—Lo siento.

—Te has saltado el toque de queda. Podían haberte detenido.

—Uno de ellos me acercó a casa. —Bajó los ojos—. No pasa nada, madre.

—¿Uno de ellos?

—El que vive en Villa Lorraine.

Los ojos de su madre se tiñeron de un terror de cervatillo cegado por la luz.

—¿Qué...? ¿El comandante?

—No, su hijo. Parece buen chico.

Delphine suspiró.

—Es mejor que te mantengas alejada de los alemanes. Y no vuelvas a darme un susto como este.

—No lo haré.

Violette subió la escalera hacia el pequeño ático donde dormía con su hermana. Margot estaba ya acostada, y vio bajo las sábanas el bulto de su cuerpo. Contempló su reflejo en el espejo: sus mejillas sonrosadas, su nariz recta, sus odiosos granos. «Ese hombre te romperá el corazón», dijo una voz en su cabeza, como una premonición.

—¿De dónde vienes?

Se giró y descubrió que Margot se había despertado y la miraba.

—He estado dando una vuelta por ahí. Con Lucie. Después nos hemos quedado hablando en el jardín.

Margot arrugó el gesto al escuchar el nombre de su antigua amiga. Después se hizo a un lado y abrió la manta. Violette se metió debajo, preguntándose si su hermana sería capaz de percibir en ella algo distinto, quizá el aroma de él pegado a su piel.

Tardó siglos en dormirse.

Al día siguiente, cuando bajó a Abrigny a hacer la compra, Sabine Labonne la paró en el mercado, ante los puestos de la verdulería, y le entregó un paquete envuelto en papel de estraza.

—Me han dado esto para ti en Villa Lorraine —dijo mirándola con suspicacia—. ¿Qué os traéis las Aubier con esos alemanes?

Violette ni siquiera escuchó lo que decía. Con las ansias bailándole en el pecho, se retiró a un rincón de la plaza y abrió el envoltorio con manos temblorosas. Era un disco de Zarah Leander, con una anotación escrita a mano: «Para que puedas practicar hasta que llegue la fiesta». Violette hipó. En su rostro se pintó una sonrisa que la acompañaría todo el día. Por fin tenía algo de lo que alegrarse, algo realmente suyo. Por fin tenía un secreto.

Mientras su hermana se enamoraba de una quimera, Margot seguía soñando con el día en que Francia recuperase su libertad. La oportunidad de involucrarse más en las actividades de la Resistencia surgió del modo más insospechado y, de nuevo, la radio fue la culpable.

Dos semanas después de la conversación con Apolline, Margot pedaleaba rumbo al *strickerei* bajo una lluvia tenaz. Las carreteras se habían diluido en un barrizal pegajoso y las gotas de agua parecían clavos afilados. Cuando estaba a punto de traspasar la verja del jardín de Le Phare, se cruzó con otro ciclista que iba el sentido opuesto envuelto en una gruesa capa impermeable. Era Yves. Se saludaron con un movimiento de la cabeza, y Margot se preguntó adónde iría y si su salida en mitad de aquella tormenta estaría relacionada con las actividades que Apolline y él se traían entre manos.

La mujer le abrió la puerta tras la segunda llamada. Estaba vestida con una bata de franela y parecía melancólica, como si la tormenta hubiera despertado en ella antiguos recuerdos y anhelos.

—Vaya moral la tuya. Creo que hoy estaremos solas, dudo mucho que las otras se aventuren bajo el temporal. Además, hoy no hay prendas especiales. Bueno, ya que has venido, te daré un montón de calcetines llenos de agujeros.

Margot se escurrió el agua del pelo y se encogió de hombros. Incluso cuando no había mensajes que transmitir y dedicaba las tardes a zurcir calcetines, prefería estar en casa de Apolline Bisset que en la suya propia, enfrentándose a las caras largas de Violette y al continuo rasgueo de los lápices de Claire sobre el cuaderno.

Mientras colgaba su abrigo en el ropero oyó que el timbre sonaba de nuevo, acompañado por los ladridos de Voltaire y el arrastrar de zapatillas de Apolline. Unas voces en alemán vibraron en el aire y de inmediato sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Había algo en el tono agresivo y violento del recién llegado que le indicaba que no

era una visita de cortesía ni él uno de los que se deleitaban con los vinos y pasteles de Apolline.

Intentando no hacer ruido se deslizó por el pasillo y se asomó al recibidor. En el umbral, enmarcados por la espesa cortina de agua, había dos alemanes que sujetaban por las axilas a un tercer hombre, de cabeza gacha y piernas como alambres. Yves. Lo habían capturado con lo que fuera que estuviese haciendo. Los alemanes dieron un paso al frente, con sus abrigos empapados aleteando tras ellos, y Margot reconoció al más robusto; era el coronel Maxim von Kleist, que había detenido al viejo Armand Berriex el día que les interrumpió el desfile.

—No sé a qué viene esto, señores míos. Hagan el favor de soltar a mi mayordomo —dijo Apolline en tono autoritario.

—Yo se lo explicaré, madame. —El francés de Von Kleist era terrible—. Mi compañero Gunther, aquí presente, y yo estábamos haciendo la ronda habitual y nos hemos cruzado con este hombre. Qué raro, me dije a mí mismo. ¿Quién saldría en bicicleta en una tarde como la de hoy? Soy un hombre que acostumbra a fiarse de sus intuiciones, así que lo hicimos parar y… ¿a que no adivina qué hemos encontrado al registrar la cesta de su bicicleta?

—No tengo la menor idea.

—¡Cristales de cuarzo! —El hombre alzó varios dedos triunfantes —. También llamados osciladores. Piezas indispensables para el buen funcionamiento de una radio. ¿Y sabe qué dice nuestro Führer acerca de las radios, madame Bisset?

—Me temo que no soy muy buena jugando a las adivinanzas, *Herr Colonel* —dijo Apolline con voz aburrida, y Margot, desde su rincón, no pudo evitar sentir admiración por su presencia de ánimo.

—El Führer afirma que la radio es un arma terrible en manos de aquellos que efectivamente saben darle uso —tronó el hombre—. Lo escribió en el *Mein Kampf*. ¿Qué tiene que decir a eso? ¿Por qué anda su mayordomo por ahí con cuarzos de radio?

—Le aseguro que existe una buena razón para todo, monsieur —dijo Apolline con calma—. Pero es mejor que pasen y se quiten esos abrigos empapados. Les serviré un brandy y trataremos de llegar al fondo de este engorroso asunto.

Margot se echó hacia atrás en su escondite para evitar ser vista. Apolline guio a los alemanes hasta el salón, y ella advirtió las gotas de sudor que cuajaban su frente y el feo cardenal oscuro que adornaba la mejilla de Yves, que aún no había abierto la boca. ¿Qué iba a suceder ahora? Estaba claro que Apolline no tenía un permiso oficial para poseer una radio; de lo contrario, no se habría molestado en ocultarla dentro de la pastora de porcelana. Ellos registrarían la casa y sin duda encontrarían el aparato, y entonces… ¿qué sería de Yves y Apolline? Había oído que los métodos de tortura de los alemanes eran escalofriantes, no en vano a sus cuarteles generales en la avenue Foch de París se los conocía como la Casa de los Horrores. Von Kleist tenía aspecto de ser un hombre cruel e implacable, y ni siquiera los buenos contactos de Apolline podrían ayudarla. Pensó rápidamente, apretándose las sienes con las manos. ¿Qué podía hacer por Apolline? La respuesta llegó a su mente rauda y afilada como un dardo. Necesitaba un permiso oficial y lo necesitaba ya. Y, gracias a la lengua inagotable de Lucie Sabard, sabía dónde podía conseguir uno.

Desde el salón le llegó la voz de Apolline ofreciendo licores a los alemanes y poco después la escuchó trastear en la cocina.

Se deslizó de puntillas tras ella y le puso la mano en el hombro. Apolline estuvo a punto de soltar un grito.

—¿Qué haces aquí todavía? Ya has oído, tenemos problemas. Márchate a tu casa antes de que te vean y todo esto te salpique también —siseó la mujer.

—Me parece que sé cómo ayudarte. ¿Crees que podrías entretenerlos durante veinte minutos? Diles que cuentas con una autorización para tener la radio, pero no les reveles nada más. Volveré lo antes posible.

Apolline abrió la boca para protestar, pero pareció pensárselo mejor y asintió en silencio.

Margot salió al jardín y subió de un salto a su bicicleta. Llovía más que nunca y el eco de los truenos sacudía la tierra. Tenía que darse prisa.

Llegó a la casa de los Sabard en menos de cinco minutos. Sabía que ni Lucie ni sus padres estarían allí porque era martes, y los martes siempre iban a merendar a casa de la hermana mayor de Lucie, que se había casado con un granjero de las afueras. Aun así, decidió ser cautelosa porque era posible que el odioso Kaspar estuviese dentro. O quizá no. Quizá acudían juntos a las comidas y meriendas familiares, ahora que eran una pareja oficial, pensó con disgusto. Ocultó la bicicleta tras los parterres de hortensias y acercó la cara al cristal tornasolado de la puerta.

Nada. La oscuridad era completa. Sin pensárselo más, Margot levantó el gnomo de cerámica del jardín y suspiró aliviada al comprobar que los Sabard seguían escondiendo ahí sus llaves de repuesto. Corrió escalera arriba, hacia el dormitorio principal que había pertenecido a los padres de Lucie y que ahora era de Kaspar.

Mientras hacía girar el pomo de la puerta se le ocurrió pensar que era muy probable que Lucie se escabullese por las noches para colarse en su cuarto a escondidas. ¿O no tan a escondidas? Quizá sus padres también hacían la vista gorda a cambio de privilegios.

La habitación estaba vacía y sumida en la penumbra. El uniforme gris de Kaspar estaba cuidadosamente doblado sobre la cama, con la esvástica bien visible en la manga como una araña de patas retorcidas. Sobre el escritorio había legajos oficiales, varias plumas, algunos lapiceros y dos sellos de gran tamaño, uno con el águila de dos cabezas del Reich y otro correspondiente a la Kommandatur de Abrigny. Margot sonrió, el muy inútil ni siquiera se había molestado en guardar los sellos bajo llave. «Dadle poder a un necio y se convertirá en arrogancia», pensó.

Rebuscó en los cajones hasta dar con un fajo de impresos en blanco de los que se utilizaban para las autorizaciones especiales de objetos potencialmente delicados como vehículos, combustible… o aparatos de radio. Con pulso tembloroso y utilizando una de las plumas de Kaspar, rellenó uno a nombre de Apolline Bisset y estampó los sellos en un lugar bien visible. El proceso le llevó menos de cinco minutos y resultó mucho más fácil de lo que había imaginado.

Salió de nuevo al pasillo y a pesar de que el tiempo corría en su contra no pudo evitar asomarse a la habitación de Lucie. En aquel cuarto que conocía como el suyo propio había pasado algunos de los mejores momentos de su infancia. Tumbadas sobre la alfombra, Lucie, Violette y ella habían compartido risas, sueños y confidencias, se habían mirado en el espejo mientras sus cuerpos crecían y cambiaban, y pasaban de ser niñas con trenzas a adolescentes

llenas de sueños y ansiedades: Margot quería irse a París, Violette encontrar al hombre de sus sueños y Lucie vivir un amor apasionado con un hombre fiero y enigmático como en las películas, de ojos tormentosos y uniforme militar. Al parecer, solo ella había logrado cumplir su sueño, al menos la parte del uniforme militar.

Recorrió la habitación con la vista. Todo estaba casi igual, incluso la muñeca de trapo Hortense que las gemelas le habían regalado por su séptimo cumpleaños seguía en su lugar sobre la almohada. Otras cosas eran nuevas, como las revistas *Das Deutsche Mädel* que se apilaban sobre su mesilla, con su lema *Frisch, fromm, fröhlich, frei* (lozana, piadosa, alegre, libre) bien visible en la portada. Así que eso era: Lucie estaba tratando de convertirse en la perfecta mujer alemana para Kaspar. Aunque por lo visto, lo de «libre» se le había quedado por el camino.

Margot sintió un odio renovado. «Estoy luchando. Os venceremos», habría querido decir a su antigua amiga.

Cuando llegó de nuevo a Le Phare la lluvia había cesado y el camino estaba cuajado de charcos de agua grisácea. A través de la ventana pudo ver el salón: los alemanes seguían allí. Von Kleist estaba arrellanado en un sillón, su cara envuelta en volutas de humo. Apolline frente a él, sin duda tratando de explicarse. Yves estaba de pie, custodiado por el tal Gunther. Al menos todavía no se los habían llevado para interrogarlos más a fondo, pensó Margot con alivio. Fue hasta la puerta principal y la entreabrió; sus voces le llegaron como ráfagas.

—Le repito que estoy perdiendo la paciencia, madame Bisset. He sido muy benevolente con usted porque sé de la amistad que la une

al comandante Vogel y a algunos de mis compatriotas. Pero si ese permiso no aparece…

—Le digo que no tengo ni idea de dónde puede estar. Es una pena que el comandante Vogel no esté hoy aquí disfrutando de una de las botellas de Richebourg que tanto le gustan. —La voz de Apolline sonaba cansada, pero feroz—. De lo contrario, él mismo aclararía este asunto. ¿Para qué quiere una vieja como yo una radio si no es para escuchar canciones? Mi difunto marido era de Sajonia. Se revolvería en su tumba si supiera que un compatriota me está tratando así.

—No me importa que su difunto marido fuera el káiser en persona. Usted es francesa y estamos en mitad de una guerra, por si lo ha olvidado.

Margot decidió que era el momento de pasar a la acción. Cerró la puerta principal de un portazo, como si acabase de llegar, y avanzó por el pasillo resoplando y pisando con fuerza, asegurándose de que su presencia no pasase desapercibida.

—Hace un día de perros, madame Bisset —vociferó entrando en el salón—. Me temo que no he podido conseguir las chuletas de cordero que me encargó. Las tiendas están imposibles y Dupont me ha asegurado que… ¡Oh! —Se llevó una mano al rostro, fingiendo asombro—. No sabía que tenía visita. Discúlpeme.

Von Kleist se levantó como un resorte y la fulminó con unos ojos que parecían diminutos botones. Sus mustios bigotes temblaban bajo su nariz.

—¿Quién eres tú?

—Margot Aubier, señor. Disculpe la intromisión —farfulló Margot arrastrando las palabras y tratando de parecerse a una campesina

boba.

—Es la chica que ayuda en la cocina. —Apolline captó sus intenciones al vuelo y acudió en su ayuda—. Y llega tarde, por lo que veo.

El coronel alzó una mano de dedos huesudos y le hizo un gesto para que se acercara.

—Así que la criada, ¿eh? Quizá puedas ayudarnos con un asunto.

—Lo procuraré, señor.

—¿Sabes qué es esto? —Señaló los osciladores, alineados sobre la mesa como los huesos de un roedor diminuto

—No tengo ni idea. ¿Botones? —Abrió mucho los ojos y frunció el ceño, como habría hecho una chica ingenua ante un complicado acertijo.

—Son osciladores. Piezas de recambio de una radio. —El coronel la miró como si no pudiera creerse que fuera tan estúpida—. ¿Tú sabías que hay una radio en esta casa, a pesar de que se dio orden de que se entregasen todas?

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto que lo sabía, señor! Me encanta cuando madame Bisset pone música. ¿Le gusta a usted bailar?

El alemán enrojeció como si fuese a sufrir una apoplejía. Parecía a punto de estallar.

—Tu señora me asegura que dispone de un permiso especial, pero es incapaz de mostrármelo. ¿No sabrás tú dónde está, por casualidad?

—¡Claro que lo sé! —exclamó Margot con despreocupación.

Cuatro pares de ojos asombrados se clavaron en ella.

—¿Lo sabes?

—Sí, señor. En el armario del vestíbulo, dentro de una carpeta. Yo misma ordené los cajones esta mañana.

El coronel hizo un gesto a su compañero, que se apresuró a salir al vestíbulo. Lo oyeron abrir los cajones del armario, el mismo en el que Margot acababa de meter el permiso cinco minutos antes. Regresó blandiendo el documento en una mano carnosa.

—Bien. —Von Kleist lo examinó a conciencia y se levantó como un resorte, con una pátina de decepción pintada en sus ojos claros—. Parece que todo está en regla. Nos habríamos ahorrado todo esto si nos lo hubiera entregado mucho antes, madame.

—Le dije que no sabía dónde estaba. —Apolline había recobrado sus ademanes de reina—. Estas muchachas estúpidas no dejan de cambiar las cosas de sitio y es imposible mantener el orden. —Señaló a Margot con un dedo acusador—. Niña, te he repetido mil veces que su lugar es la cómoda de arriba, no el armario de la entrada.

—Lo siento mucho. No volverá a ocurrir. —Margot bajó la cabeza con arrepentimiento.

—Bien. —El coronel se dirigió hacia la puerta con pasos marciales, seguido de cerca por su subordinado—. Ya está todo aclarado. Que pasen una buena noche.

Los vieron alejarse en la húmeda penumbra y exhalaron un unánime suspiro de alivio.

—No voy a preguntarte dónde has conseguido este permiso —dijo Apolline. Su rostro todavía estaba pálido, pero había algo nuevo en su mirada. Admiración.

—Mejor que no lo hagas. —Margot la miró de reojo—. Porque como alguien dijo una vez, hablar demasiado es como empuñar un

cuchillo. No quisiera que alguna de mis palabras se clavase donde no debe.

Mientras salía de la estancia con la cabeza bien alta, le pareció oír a lo lejos las carcajadas de Yves.

Tras ese día, muy poco a poco, como quien destila un licor caro y preciado, Apolline comenzó a confiar en Margot, hablándole de sus inicios como agente del SOE. Tras el estallido de la guerra, Apolline había pasado varios meses en Beaulieu Manor, una mansión victoriana en el sur de Inglaterra donde se entrenaba en secreto a los agentes antes de trasladarlos a los territorios ocupados. Entre jóvenes que podrían ser sus hijos o incluso sus nietos y que aprendían manejo de explosivos y técnicas de supervivencia, Apolline se formó como agente de *liaison*, un enlace imprescindible para mantener la Resistencia viva y la información fluyendo. En su papel de viuda pronazi y trabajando codo con codo con Yves, que era otro agente, Apolline recibía y enviaba mensajes, repartía documentación falsa entre los maquis, ayudaba a conseguir armas y suministros y buscaba zonas adecuadas para los lanzamientos en paracaídas de nuevos agentes del SOE, hombres y mujeres que habían finalizado su entrenamiento y se unían a la lucha. Además, se encargaba de la recepción de los cargamentos de armas que, de forma periódica, caían literalmente del cielo gracias a los silenciosos aeroplanos del Ejército británico y que, custodiados por agricultores de confianza, eran utilizados para el sabotaje.

En el lodazal de arenas movedizas en que se había convertido la Europa ocupada, la radio desempeñaba un papel vital. Sin saberlo,

Margot había realizado un gran servicio el día de su improvisado plan ya que el aparato era el único cauce para la transmisión de mensajes en clave que la BBC emitía entre su programación habitual y que eran esenciales para la organización de la red. Locuciones sin sentido como «El bebé de Marie ya ha nacido» o «Las peonías no han florecido este año» ocultaban avisos dirigidos a los agentes del SOE en suelo francés: novedades sobre el avance de las tropas aliadas, llegada de nuevos suministros o coordenadas de aterrizajes.

Margot comprendió, maravillada y aterrada, lo importante que era la labor de la mujer. Apolline permanecía siempre en el centro del huracán, impávida como una reina en mitad de un tablero de ajedrez. O como un faro, *le Phare,* expuesta y vulnerable en mitad de una tormenta. Margot se preguntó si la mujer sería consciente de lo apropiado que resultaba el nombre de su casa.

—¿Nunca se siente asustada? —le preguntó mirándola con respeto.

—Por supuesto que sí. Pero ya sabes, lo que uno más desea en la vida suele ir de la mano con el miedo —respondió Apolline, y su mirada era tan melancólica que por un momento Margot se planteó si estaría refiriéndose a la libertad por la que ambas luchaban o si recordaba algún episodio de su pasado.

Días después, Apolline recibió aviso de que un Westland Lysander estaba a punto de llegar con dos agentes y un nuevo suministro de armamento para distribuir entre los maquis de la zona. Cuando aseguró a Margot que se había ganado a pulso presenciar el lanzamiento, la muchacha sintió deseos de gritar de alegría. ¡Por fin estaba dentro! Lo preparó todo a conciencia, informando a su madre de que pasaría la noche en Le Phare para ayudar a Apolline en la

preparación de una fiesta. Delphine se limitó a encogerse de hombros, con la indiferencia y la apatía que envolvían sus actos últimamente, pero Violette se la quedó mirando con desconfianza y Margot se sintió culpable una vez más de estar ocultando su secreto ante su hermana.

El día del lanzamiento, Apolline la convocó en la cocina del sótano, una enorme estancia en la que los calderos de latón relucían desde sus ganchos en el techo. Yves estaba allí también junto con sus dos hijos, Damien y Henri, dos muchachos tan corpulentos como flaco era su padre que observaron en silencio a Margot tras idénticas gafas sin montura.

—¿Esta es la nueva? Espero que no se asuste y haga alguna tontería que nos delate —gruñó Damien por entre el humo de su cigarrillo.

—No la hará. No hace tanto tiempo que tú también eras un novato —le reconvino Yves.

Cuando el reloj marcó las diez salieron provistos de linternas, y a Margot no le pasó desapercibido el brillo de las pistolas Walther que Yves y sus hijos deslizaron en sus bolsillos. La noche era cálida y una bandada de murciélagos sobrevoló sus cabezas cuando cruzaron el prado, emitiendo agudos chillidos. Se colocaron siguiendo las instrucciones de Yves, que emitió breves destellos hacia el cielo con su linterna para indicar su situación. El Lysander pareció surgir de repente entre la negrura, tan silencioso como una estrella fugaz. Primero lanzaron la carga: varios contenedores sellados que los hijos de Yves se apresuraron a recoger. Después saltó el primero de los dos agentes, con el paracaídas flotando a su espalda como un caparazón etéreo. Margot contuvo el aliento cuando lo vio dejarse

caer en el cielo nocturno y aterrizar con suavidad sobre la tierra. Cuando se quitó el casco protector una larga melena rubia cayó sobre sus hombros, y Margot se dio cuenta de que era una mujer. Cuando la miró más de cerca, su asombro se mezcló con un baile de nervios en su estómago: era Annette, la chica con cara de muñeca que había conocido junto al Paradise el día que Guillaume le había dado el ovillo. Le produjo una extraña complacencia saber que ella también estaba luchando.

Damien y Henri abrazaron a Annette con alegría, dejando claro que ya se conocían. Los ojos de la muchacha rubia se encontraron con los de Margot y vio en ellos un fulgor de reconocimiento. Ninguna de las dos dijo nada, pero Margot tuvo la certeza de que Annette comprendía su presencia allí.

El siguiente en descolgarse en paracaídas fue un hombre joven al que también recibieron con alborozo. Por un momento, el corazón de Margot quiso estallar en pedazos: con su porte altivo, sus brazos musculosos y su pelo rizado se parecía mucho a él, a Guillaume. Sin embargo, cuando se giró en su dirección pudo ver que la nariz de ese hombre era más aguileña, sus ojos más separados y tenía varios años más que el chico de la plaza. Aun así, algo en su postura y en su mirada le indicó que ambos compartían el mismo coraje, el mismo deseo de vencer.

Tan silencioso como había llegado, el Lysander volvió a perderse en el cielo, desapareciendo entre las nubes como una bala. Yves y sus hijos hicieron rodar los contenedores hasta un granero cercano, ocultándolos hasta que no quedó ni rastro del valioso alijo: rifles, granadas y explosivos que servirían a la Resistencia en sus acciones de sabotaje durante los próximos meses.

Después todos corrieron hacia la seguridad de Le Phare, donde Apolline los esperaba con expresión ansiosa.

—¡Mis queridos muchachos! —exclamó abrazando a los dos recién llegados—. ¡Cómo me alegro de veros de nuevo!

Se sentaron alrededor de la mesa con bocadillos y tazas de café caliente. El chico que se parecía a Guillaume se sacó del bolsillo la mayor cantidad de billetes que Margot había visto nunca. Se los entregó a Apolline con un guiño de triunfo.

—Recién llegados de Londres. Esto servirá para mantener viva la red durante varios meses más. Y ahora, no me vendría mal un vaso de ese calvados que sé que guardas en alguna parte.

Henri sirvió vasos para todos. Margot apuró el suyo de un trago y trató de disimular sin éxito el ataque de tos que le sobrevino y el ardor que le quemaba las entrañas. Se sintió de pronto muy tonta e inexperta al lado de aquellos luchadores curtidos. El recién llegado la repasó con un aire burlón que de nuevo le recordó a Guillaume, pero sin la calidez que había encontrado en los ojos del chico de la plaza.

—¿Nueva incorporación? —preguntó sin dirigirse a nadie en concreto.

Apolline asintió.

—Margot Aubier. Ha demostrado que tiene agallas e inventiva. Margot, te presento a Jacob Pawlak, uno de nuestros agentes más valiosos. Annette Legrand —añadió señalando a la aludida—. Aunque creo que vosotras dos ya os conocéis.

Desde su lugar en la cabecera de la mesa, Annette alzó su vaso hacia ella.

—Margot. —Jacob hizo rodar su nombre en su boca como un caramelo de sabor amargo—. ¿Y cómo has llegado a nosotros,

Margot?

—Es una larga historia, pero digamos que desmadejando un ovillo de hilo dorado —respondió Margot, dispuesta a no dejarse arredrar. Por el rabillo del ojo le pareció ver que Annette ocultaba una sonrisa tras la mano.

—Ajá—. Los ojos de Jacob se convirtieron en dos estrechas rendijas—. Tendremos que buscarte un nombre en clave.

—Por ahora no lo necesita —terció Apolline con una premura que a Margot le resultó extraña—. Hará de *courier* para la red, será nuestro correo. Llevará mensajes de un lado a otro y nos ayudará en diversas misiones.

—De acuerdo. —Jacob alzó un dedo en su dirección como un maestro severo—. Lo primero que debes saber es que somos un grupo pequeño pero organizado. Por eso mismo, la supervivencia de la red es nuestra prioridad, es lo más importante, más que tu propia vida o la de tus amigos. Cualquier cosa o persona que se entrometa en nuestro camino ha de ser suprimida, por mucho que nos duela, ¿comprendes?

Margot asintió. Se sentía incómoda bajo aquellos ojos intensos en cuyo fondo parecía arder una llama de locura.

—Nos mantenemos ocultos, lejos del olfato de los perros alemanes, los de cuatro patas y los de dos. Cuanto menos sepamos los unos de los otros, mejor. Los nazis tienen métodos de tortura que harían temblar al más valiente. Cuantos menos datos tengamos sobre nuestros compañeros, menos les revelaremos si algún día nos atrapan. Y cuanto menos hablemos, más tiempo tendrán nuestros compañeros de ponerse a salvo. Recuerda que nos están siguiendo los pasos; los alemanes tienen espías por todas partes.

Probablemente saben nuestros nombres, incluso algunos de nuestros alias.

Margot sintió un escalofrío. Allí, en aquella cocina caldeada y después del éxito del lanzamiento, resultaba difícil pensar en esa posibilidad que, sin embargo, era muy real.

—Nuestro grupo se hace llamar Red Dumas, como el autor de *Los tres mosqueteros*. Ya sabes: uno para todos y todos para uno. Ahora, tú también estás dentro. ¿Te ha quedado todo claro?

—Clarísimo.

—¿Tienes miedo?

Margot estuvo a punto de negar con la cabeza, pero sus labios formularon la palabra antes de poder evitarlo.

—Sí.

—Todos lo tenemos. En estos tiempos debemos ser cautelosos. —Jacob se giró hacia Apolline, desentendiéndose de Margot—. ¿Qué se sabe de Athos?

—Sigue en la lucha. Ha enviado un mensaje que puede interesarnos: hay movimientos de tropas al sur del Loira. Algo se está cociendo ahí, si es que la información es fiable.

Jacob sonrió.

—La información de Athos siempre es fiable.

—¿Quién es Athos? —preguntó Margot.

—Uno de nuestros agentes. Nuestro líder. Lo llamamos Athos, como uno de los mosqueteros. Como él, nuestro Athos tiene un carácter melancólico y huidizo.

—Y sufre mal de amores —bromeó Damien.

Jacob le lanzó una mirada de advertencia.

—Es uno de nuestros mejores hombres. Jamás nos ha fallado. Se mantiene siempre oculto y se entera de muchas cosas.

«Guillaume». La idea surgió en la mente de Margot como un fogonazo. Valiente, tenaz, huidizo…, todo coincidía. Además, él la había metido en eso, le dio el hilo dorado, esa cuerda mágica que la había conducido al epicentro de la lucha. El chico de la plaza tenía que ser ese Athos. Todo encajaba.

La conversación derivó a temas genéricos mientras el calvados seguía corriendo en los vasos y la estancia se llenaba del humo azul de los cigarros. Por el fluir de anécdotas, historietas y nombres, Margot se dio cuenta de que aquellas personas se conocían desde hacía tiempo y las unían lazos de amistad y compañerismo. Se sintió orgullosa de formar parte de ello.

Annette la observaba por el rabillo del ojo desde el otro extremo de la mesa.

—Me estoy empezando a marear con todo este humo. Voy a salir a tomar el fresco, ¿te apuntas?

Margot asintió y la siguió al jardín. Se sentaron codo con codo en el banco de piedra rodeado de rosales. Annette sacó un arrugado paquete de cigarrillos y le ofreció uno. Durante un rato fumaron en silencio, sumidas en la penumbra azulada que en el horizonte estaba tiñéndose ya de púrpura. Margot respiró hondo, dejándose envolver por la tranquilidad de la noche.

—Bueno —Annette rompió el hielo—, ¿qué te ha parecido tu primer lanzamiento?

—Ha sido magnífico. Todavía tengo la piel de gallina.

Annette le dedicó una sonrisa torcida.

—A mí me pasó igual la primera vez. Ojalá todo fuera siempre heroico y bonito como en los folletines de Dumas, pero nuestra aventura todavía no tiene un final escrito.

—Antes me dio la sensación de que no le resulto demasiado simpática a Jacob —tanteó Margot.

—No se lo tengas en cuenta. Puede parecer un hueso duro de roer, pero es un gran agente.

—Su apellido es polaco, ¿verdad?

Annette asintió.

—Ya sabes que no debemos dar información unos sobre otros, pero esto que voy a contarte lo sabe todo el mundo y quizá te ayude a comprender un poco su carácter duro. Jacob no lo ha tenido fácil. La guerra lo sorprendió en Francia, estaba estudiando Medicina en la Sorbona. Estuvo en el frente y fue uno de los pocos que consiguió ser evacuado en la operación Dinamo. Lo entrenaron en Inglaterra como agente del SOE y cuando por fin pudo regresar al continente se enteró de que toda su familia había sido deportada. Jacob es judío. Corren rumores acerca de un lugar horrible en Polonia, un campo llamado Auschwitz. Los que llegan allí nunca regresan.

Margot se estremeció. Las palabras de Annette resonaban como un eco terrible: «Nunca regresan…».

—De todos modos, me alegro de que te decidieras a seguir el hilo dorado. Guillaume tomó una decisión acertada al dártelo.

La mención de su nombre le provocó un temblor en las manos.

—¿Están todos bien? Quiero decir…, Michel, tu novio… Estaba herido cuando os encontramos en la plaza.

—Michel está bien. Los cuatro nos separamos poco después de ese día. Blanche y Guillaume fueron a Orleans, donde conocían a

alguien, y Michel y yo conseguimos llegar a Provenza, en la Francia Libre. Logramos tomar un ferry a Inglaterra y allí nos unimos al SOE. Michel ha descubierto una de sus pasiones ocultas. —Alzó una ceja con ironía—. Pilotar aeroplanos. Él conducía el Lysander desde el que nos descolgamos.

—¿Y Guillaume? —Margot hizo la pregunta como quien lanza un anzuelo hacia aguas muy profundas.

—Te causó una gran impresión, ¿verdad? —Annette hizo una mueca—. No has podido olvidarlo.

Margot negó con la cabeza. No, no había sido capaz de olvidar el momento de su encuentro, esa primera mirada. El ovillo dorado que él le había entregado era ya mucho más que un simple hilo, era un destino.

—No sigas por ese camino. No te conviene. Guillaume es un guerrero. En ese sentido, se parece a Jacob. Es de los que o luchan o mueren, de los que siempre llevan los nudillos despellejados. Pero tiene demasiada rabia en su interior. Su sombra es tan grande que si te acercas demasiado a él corres el riesgo de desaparecer en su oscuridad.

Margot la miró sin parpadear. Era como si le estuviera describiendo a un ser abisal.

—Además, después de lo que le pasó a Blanche…

—¿Qué le pasó?

—La perdimos. —A Annette se le quebró la voz—. La detuvieron hace unos seis meses. Su nombre aparecía en una de sus listas. Guillaume logró huir de milagro.

Margot se estremeció. Recordó a aquella chica morena de huesos de pollo y hierro en la mirada.

—A estas alturas ya debe de estar muerta.

—Lo siento.

—Pero fue muy valiente. No contó nada de la red; de lo contrario los demás habríamos caído también. Se mantuvo firme hasta el final.

«Yo también —se dijo Margot—. Yo también me mantendría firme hasta el final». Pensó en las palabras de Damien refiriéndose a Athos: «Sufre mal de amores». Aquella noche en la plaza, Guillaume y Blanche le habían parecido muy unidos, con esa familiaridad que da el profundo conocimiento del otro.

—¿Guillaume y ella…? —preguntó con torpeza.

—Guillaume y ella solo se tenían el uno al otro. Desde que la detuvieron está tan furioso que se consume, como esas serpientes que confunden su cola con la de otro reptil y terminan devorándose a sí mismas.

Se quedaron un rato en silencio. Estaba casi amaneciendo y el cielo se había teñido de rojo en el horizonte. Parecía que las colinas sangrasen.

—Me gustaría verlos muertos —escupió Margot—. A los alemanes. A todos ellos.

—A mí también. Por eso estamos aquí. —Annette se puso en pie de un salto—. ¿Quieres hacer algo divertido?

—¿El qué?

—A estas horas suelen salir los últimos borrachos de Le Chat Noir, ese agujero donde beben y se restriegan contra las francesas.

—¿Qué propones?

—Ven y lo verás ¿Tienes aquí tu bicicleta?

Pedalearon a través del pueblo dormido, en un silencio solo roto por el tintineo de las cadenas de la Ayron y el trino de algún pájaro

madrugador. Por fuera, Le Chat Noir tenía un aspecto sórdido a aquellas horas, como un rostro pintarrajeado bajo la cruda luz de la madrugada. Los coches de los alemanes relucían en la calzada, esperando a sus dueños.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Margot con impaciencia.

Annette le guiñó un ojo. Sus pupilas azules brillaban de picardía y su rostro de damisela estaba sonrojado. Ni corta ni perezosa, se sacó una pequeña navaja del bolsillo y fue pinchando una a una las ruedas de los tres coches que aguardaban a sus dueños. Margot sintió un pellizco en el estómago, de miedo y de excitación. ¿Qué les harían si las descubriesen? Pero al mismo tiempo, qué maravilloso era ver cómo los neumáticos se deshinchaban despacio e imaginar que eran sus vientres codiciosos. Entre risas, ambas fueron a ocultarse en el oscuro portal de enfrente, a unos cuarenta pasos del local.

No tuvieron que esperar mucho. La puerta se abrió con un chirrido y varios alemanes salieron tambaleándose, envueltos en olor a alcohol y a cuerpos sudados. Reconoció a Maxim von Kleist, el coronel de los largos mostachos que había tenido el encontronazo con Apolline, llevando de la mano a una joven francesa que podría ser su hija. Lo seguían tres soldados jóvenes, y Margot estrechó los ojos, tratando de distinguir entre ellos el rostro redondo de Kaspar. Pero él no estaba allí. Parecía que seguía encontrando más agradable la cama de Lucie, al menos por el momento.

El último era más alto y, además de alcohol, supuraba poder y autoridad por los poros de su piel. Era el comandante Otto Vogel,

acompañado por una mujer que parecía diminuta a su lado y que trataba de contenerlo para que no hiciera eses.

Margot abrió la boca, a punto de hacer un comentario burlón, de canalizar su odio hacia aquella traidora que se dejaba meter mano por uno de los perros predilectos de Hitler. Pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta, junto con un montón de bilis que tenía el sabor del desengaño más amargo.

Su madre, era su madre la que acompañaba a aquel nazi.

Su madre era la traidora.

11

Vera

Madrid, octubre de 2011

Los secretos son unos traidores. Sienten inclinación por ocultarse, por desaparecer bajo tierra, pero algunos de ellos deben salir de vez en cuando a respirar a la superficie.

La lectura de la carta que Violette Aubier escribió y jamás envió a Lucie Sabard me dejó sumida en un mar de preguntas sin respuesta. Es curioso lo poco que conocemos a veces a las personas que nos rodean. Para mí, mis abuelos eran simplemente Uwe y Margot, mis padres sustitutos, una pareja normal con vidas normales. Ahora, un montón de secretos rezumaban a través de las palabras gastadas por el tiempo de Violette, mi tía abuela. La joven que había amado al hijo del comandante nazi, el mismo que había acabado casándose con su hermana gemela en un giro de los acontecimientos digno de un guion retorcido.

«Se llama Uwe, Uwe Vogel».

Qué fácil nos resulta rehuir los pecados de aquellos a quienes amamos. Aunque sabía que su padre había sido militar, jamás se me había ocurrido identificar a mi abuelo con aquellos hombres que

siguieron a Hitler en su locura. ¿Había comulgado él también con sus ideas de gloria y de conquista?

«Es uno de ellos. Un nazi».

Una vieja fotografía, un ovillo y una carta amarillenta eran mis únicas pistas sobre ese pasado que parecía querer escurrirse entre mis dedos. Deseaba indagar, saber más. ¿Dónde empezar a buscar? Un rostro se perfiló en mi mente: el de un chico de profundos ojos castaños inclinado ante el sillón de mi abuela, escuchando. Recordé las palabras de Paloma: «Álex la ha visitado varias veces. A ella le gusta hablar con él».

Dicen que las mejores decisiones son las que se toman sin pensar demasiado. Me puse una chaqueta sobre los hombros y salí antes de empezar a darle vueltas. Comenzaba a llover y acorté la distancia atravesando el seto que separaba nuestros jardines. El suyo estaba un poco descuidado y las hojas que se apiñaban en el suelo le daban un aire de melancolía. Pulsé el timbre y por un momento imaginé que me recibiría el rostro redondo y sonriente de Amelia, como tantas veces en el pasado, y se me puso un nudo en la garganta al recordar que ella jamás volvería a abrir ninguna puerta.

Los minutos pasaron y nadie abría. La lluvia arreció y mi determinación comenzó a desinflarse. Estaba a punto de marcharme cuando escuché los pasos de alguien que se acercaba al trote e incluso antes de verlo supe que era él; no había perdido la costumbre de salir a correr por el pinar entre la niebla y el silencio. Me giré para encarar a Álex Martín, el hombre cuyo recuerdo había tratado en vano de enterrar durante años.

Había cambiado. Llevaba el pelo más largo y los mechones rebeldes rodeaban su cabeza como un halo salvaje. Seguía teniendo

unos pómulos perfectos, altos y cincelados, y una sombra de barba le oscurecía las mejillas. Sus ojos castaños siempre me habían recordado a la tierra removida, llenos de matices, listos para echar raíces en ellos. Ahora tenían una extraña negrura y se parecían al mantillo de lo más profundo del bosque, allá donde jamás entra la luz. Tenía las pestañas cuajadas de gotitas de lluvia. Al verme, frenó en seco y su cara se contrajo en una mueca de sorpresa.

—¿Vera? ¿Eres tú?

Hacía años que no lo oía pronunciar mi nombre y su voz me provocó un escalofrío. Era más grave y tensa de lo que recordaba; aun así, era la suya.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy pasando unos días con la abuela. Hola, Álex.

Me miró con el ceño fruncido, a la expectativa. Entre que mis visitas a la sierra eran escasas y que Amelia y él también se habían mudado, nos las habíamos arreglado para no encontrarnos ni una sola vez durante todo este tiempo. Casi seis años. No podía culparlo por estar sorprendido.

—Quería preguntarte algo —tanteé, tensa.

—Tú dirás.

—Tengo entendido que has estado visitando a mi abuela…

—Nos hemos hecho compañía mutuamente. Ella se siente sola y yo tampoco he estado muy animado.

—Paloma me ha contado lo de tu madre. Lo siento muchísimo.

No respondió. Mis palabras llegaban demasiado tarde.

—¿Qué es lo que querías preguntarme?

—Yo… Mi abuelo se ha marchado de viaje. Fue muy precipitado, y no nos ha contado adónde ni por qué…

—A Francia —interrumpió—. Lo sé porque me pidió opinión sobre hoteles donde alojarse —añadió ante mi cara de sorpresa—. Sabe que yo voy a menudo por trabajo. De hecho, tengo un vuelo a París previsto para la próxima semana. Pero si vas a preguntarme por los motivos de su viaje, no tengo ni idea. No me dio explicaciones ni yo se las pedí.

—Tanto secretismo no es propio de él —dije exasperada—. Y la abuela está cada día más perdida en su mundo. Parece obsesionada con el pasado.

—Lamento oír que Margot ha empeorado —dijo con tristeza. Supe que era sincero.

—No les he prestado toda la atención que debería —admití avergonzada—. Pero ahora me gustaría saber…

—¿Por qué no esperas a que regrese Uwe? —preguntó con brusquedad—. Seguro que él tiene todas las respuestas que necesitas.

—Yo… no puedo. No puedo esperar. —Me quedé callada. No sabía cómo explicarle esa repentina necesidad de recuperar el tiempo perdido.

Álex se frotó las sienes, irritado. Me fijé en sus manos, siempre llenas de tiritas y arañazos porque se pasaba el día raspando, midiendo y cortando. Donde los demás veíamos un simple trozo de madera él percibía adornos caprichosos, muebles de una calidad insuperable. Hacía magia con cada tronco, con cada veta.

—Pues tendrás que esperar. No puedo ayudarte —zanjó.

Empezó a retroceder para meterse en su casa y de pronto tuve miedo de enfrentarme a su puerta cerrada. Así que me arriesgué. Superé el muro que nos había separado durante años y caminé dos

pasos hacia él. Mi brazo avanzó a cámara lenta hasta que mi mano se posó sobre la suya, un toque tan leve como el de un insecto, pero que nos hizo estremecer a ambos.

—Por favor —supliqué—. Los dejé solos durante meses, me comporté como una egoísta, lo sé. —Su rostro se contrajo al oír la última frase—. Pero ahora he vuelto y necesito reencontrarme con ellos. Hay cosas, objetos de su pasado que no consigo entender, y sé que la abuela y tú habéis hablado mucho. Cualquier detalle que puedas contarme, por pequeño que sea, me servirá de ayuda. Por favor, Álex, no lo hagas por mí, hazlo por ellos.

Tardó en responder. Nos miramos casi sin respirar, el aire entre nosotros tan tenso que vibraba.

—Está bien. Pasa —cedió al fin.

Abrió la puerta, y algo grande y peludo se coló por el hueco y se estrelló contra mis piernas. Sonreí al reconocer a Coco, su border collie. Cuando nos separamos era un cachorro desgarbado y ahora se había convertido en un perro precioso de mirada inteligente. Por el modo en que gemía mientras retozaba a mi alrededor, estaba contento de verme.

—¡Coco! ¡Pero cómo has crecido! —Me agaché para acariciarlo y él me lamió la nariz.

—Creo que te recuerda —comentó Álex—. Le encantaba cuando le hacías…

—Cosquillas detrás de las orejas —completamos la frase los dos a la vez.

Nos miramos azorados, y supe que ambos estábamos recordando aquel tiempo en que lo éramos todo el uno para el otro.

—Vamos, pasa —repitió sujetándome la puerta.

Me enderecé, acaricié el lomo de Coco y entré. Había pasado cientos de tardes en aquella casa y la noté distinta. Había perdido el toque acogedor que solo las manos de Amelia sabían darle y se había convertido en un lugar austero y demasiado ordenado. Solo el antiguo reloj de pared me recordaba tiempos pasados. Álex me señaló el sofá y fue hacia la cocina, de donde regresó con una bandeja y dos tazas de café. Me alargó una y me emocioné al comprobar que había puesto dos terrones de azúcar y no había añadido leche. Todavía recordaba mis gustos. Se sentó ante mí, removiendo su taza con gesto huraño.

—Sigue funcionando —dije.

—¿Cómo? —Me miró alerta.

—El reloj de los pájaros —aclaré señalando la pared.

Álex había construido el armazón de madera años atrás, tallando un pájaro distinto en cada una de las horas, todas especies autóctonas que podían encontrarse en el pinar. Un relojero amigo se había encargado de dotar a cada uno de su trino particular.

—Ah, sí. —Pareció aliviado de comprobar que me refería al reloj—. He conseguido patentarlo y está teniendo bastante éxito. La semana que viene visitaré al dueño de un *atelier* de París que está interesado en comercializarlos.

—Me alegro —dije con sinceridad—. El reloj parece lo único que no ha cambiado en esta casa.

—A veces los cambios son buenos —murmuró sin mirarme.

Fui consciente de que aquella conversación no podía prolongarse más sin volverse incómoda, de modo que decidí ir al meollo del asunto.

—¿Por qué empezaste a visitar a la abuela?

—Fue hace unos meses. Cuando murió mi madre decidí volver por un tiempo para poner sus cosas en orden. Un día salí a correr por el pinar y me encontré con Uwe. Parecía muy triste y abatido, así que me detuve a hablar con él. Me contó que Margot tenía alzhéimer y que lo estaban pasando muy mal. Lo sentí por ella, ya sabes que Margot y yo siempre nos hemos llevado bien. Al día siguiente me presenté en su casa con un ramo de flores, recordaba lo mucho que le gustan y supuse que se alegraría. Sin saber cómo, me encontré sentado con ella, charlando durante horas. Estaba en uno de sus días buenos y se había enterado de la muerte de mi madre. Me alivió mucho poder hablar del pasado con alguien que la había conocido, recordar viejos tiempos. De modo que fui a ver a Margot con la intención de ser amable, pero acabó ayudándome ella a mí.

Sonrió tristemente, perdido en sus recuerdos. Le hice un gesto para animarlo a seguir.

—La semana siguiente volví. Por algún motivo, Margot parecía sentirse a gusto hablando conmigo. Al principio de su enfermedad la visité muy a menudo. A veces no me reconocía, pero comenzó a hablarme de su pasado, a contarme historias… Uwe decía que eso la calmaba y la ayudaba a lidiar con la ansiedad.

Me lo imaginé sentado ante la butaca de Margot escuchando atentamente sus historias. Como un nieto. Adoptando el papel que yo debería haber tomado.

—Gracias —murmuré, y Álex debió de entender a qué me refería porque asintió.

Tragué saliva intentando deshacer el nudo que se me había formado en la garganta. Me puse a rebuscar en el bolso y saqué la vieja fotografía que había encontrado en la maleta.

—Al parecer, mi abuela tuvo dos hermanas —dije tendiéndosela.

—¿No lo sabías?

—Jamás me habló de ellas.

—A mí, sí. Violette era su gemela y Claire era la más joven. —La señaló en la imagen—. Tenía algún tipo de discapacidad y era hija de otro padre. Tu bisabuela tuvo un romance con un joven parisino años después de la muerte de su esposo.

La sorpresa hizo que mi taza de café se tambalease.

–¿Te habló de ellas? ¿A ti?

—Ya te dije que conversamos mucho.

—¡Cuéntamelo todo! —Dejé la taza sobre la mesa y agité la foto ante él—. ¿Qué les pasó a sus hermanas? ¿Siguen vivas? ¿Por qué ocultó su existencia?

Ante mi sorpresa, Álex se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Cuando empezaba a contar historias, Margot se transformaba. Daba la impresión de que emprendía un viaje en el tiempo. Hablaba en presente y parecía creer que aún estábamos en esa época. Si le hacía preguntas, no me respondía o salía con alguna incoherencia. Casi parecía como si hablase para ella en vez de para un oyente.

Asentí. El doctor ya me lo había advertido: el desorden temporal y la falta de coherencia iban de la mano con su enfermedad.

—Entonces ¿no sabes qué fue de ellas?

—Quizá murieron en la guerra.

—Paloma cree que pudieron enemistarse por algo.

—También es una opción a tener en cuenta, aunque me cuesta creer que alguien pueda guardar rencor tanto tiempo.

—Necesito saber más —supliqué—. Sé que no tengo derecho a presentarme aquí de este modo después de todo este tiempo, pero la abuela está empeorando y soy incapaz de hablar con ella. Si quisieras compartir conmigo sus recuerdos… Álex, ¿crees que podrías hacerlo? ¿Puedes narrármelos?

Me observó detenidamente unos instantes, pensativo, como juzgando si me merecía ese favor. Librando una batalla consigo mismo. Al final, tomó una decisión.

—Puedo hacer algo mejor que narrártelos —dijo poniéndose en pie—. Puedo mostrártelos.

Salió al vestíbulo y le oí abrir y cerrar cajones. Reapareció minutos después con una libreta de anillas. Cuando me la tendió, vi páginas y páginas llenas con su letra menuda y angulosa.

—Lo he escrito todo —me confesó—. Su historia. Todos sus recuerdos. Sus vivencias son tan apasionantes que me pareció que merecía la pena conservarlas. Creo que te sorprenderás cuando lo leas. Margot es una mujer extraordinaria.

Cogí la libreta con manos temblorosas. Aquello era un auténtico regalo, un tesoro que Álex había desenterrado con paciencia y ahora me cedía con generosidad. Una reliquia tan valiosa como el cuaderno de dibujos de Claire Reynaud. Conservar la luz, conservar los recuerdos.

—Gracias —murmuré.

—Eres su nieta. Tienes derecho a leerlo. Pero… —Dudó, incómodo.

—¿Sí?

—¿A qué viene ese afán de indagar en sus vidas después de todo este tiempo? ¿No sería más sencillo esperar a que regrese tu abuelo

y hablar con él?

—No tengo ni idea de cuándo volverá. No contesta a mis llamadas. Y los ataques de pánico de la abuela son cada vez peores. Es como si algo la comprimiese por dentro, una especie de nudo que ni ella ni yo somos capaces de deshacer. Necesito recuperar el tiempo perdido.

—¿Lo necesitas porque te sientes mal por no haber pasado más tiempo con ellos? —me interrumpió—. Porque en ese caso, tus motivos son egoístas. Desenterrar sus recuerdos no hará que la mente de Margot vuelva a ser como antes, y si ella decidió ocultarte cosas, sus motivos tendría.

—¿Qué quieres decir? A ti sí te habló de sus hermanas. ¿Insinúas que yo no merezco saber sobre mi propia familia?

—No lo sé, pero no deberías tomarte este tema tan a pecho. Espera a que regrese tu abuelo y, mientras tanto, limítate a asegurarte de que Margot está estable, en vez de ponerte a husmear por los rincones.

—¿Husmear por los rincones? ¿Es eso lo que crees que estoy haciendo? —Mi voz surgió mucho más chillona de lo que me habría gustado.

—Mira, Vera… —Su tono era impaciente—. ¿Qué sucederá si te pones a hacer averiguaciones y lo que encuentras no es agradable? ¿Y si las respuestas son más dañinas que las dudas?

—Eso nunca —respondí con firmeza—. La ignorancia y la incertidumbre siempre son mucho peores que las certezas, no importa lo que me vaya a encontrar. Huir de la realidad siempre es de cobardes.

—Me sorprende oírte decir eso. —Su voz bajó dos octavas—. Si la memoria no me engaña, no se te da mal salir huyendo.

Me eché hacia atrás en el sofá tan bruscamente que Coco, que dormitaba a nuestros pies, empezó a gruñir. Esa alusión a nuestro pasado me dolió como una puñalada y disolvió la sensación de calidez que había brotado entre nosotros. Me recordó que nada era fácil ni justo. Dicen que si presionas con fuerza suficiente una cicatriz de años, puede volver a sangrar, y por lo visto las mías estaban aún frescas, dispuestas a desbocarse.

Apuré el último resto de café y me levanté.

—Guárdate para ti mismo tu desdén, Álex. Gracias por la libreta.

Pareció que iba a responder, pero en el último minuto cambió de idea. Me siguió hasta la salida y desde atrás me llegó su perfume intenso y algo especiado, el mismo de siempre. Cerré los ojos para ahuyentar las lágrimas. Álex, con sus verdades como puños y su forma única de hacerme sentir desgraciada. Ojalá tuviese la valentía de encararme con él y decirle que no fue la falta de amor lo que me hizo huir de su lado.

Fuera, la tormenta estaba en pleno apogeo. Un trueno resonó en la distancia y el aire se llenó de luz sobre nuestras cabezas. El rayo cayó justo sobre el seto que dividía nuestros jardines y unas cuantas chispas relucieron entre las hojas oscuras. Álex y yo parpadeamos a la vez, fascinados ante el imprevisto espectáculo hasta que todo terminó y el mundo regresó a su normalidad, los destellos de plata convertidos en simples bayas de endrino. Con una última mirada, me guardé el cuaderno bajo la camisa para protegerlo del agua y eché a andar hacia mi puerta.

Más tarde, tras una ducha caliente y un sermón de Paloma por la mojadura, me senté en el sofá con las notas de Álex en el regazo. Estaba deseando sumergirme en su lectura, pero antes me tomé unos minutos para recordar nuestra historia.

Nos conocimos muy jóvenes, en un día tan lluvioso y desapacible como este. Yo me había olvidado las llaves y esperaba en el jardín a que mis abuelos regresasen, malhumorada y mojada como un pato. Él pasó por delante en su moto —esa Harley que lo hacía parecer el chico malo que no era—, y después de explicarme que se acababa de mudar a la urbanización me invitó a pasar a su casa, donde Amelia me prestó una toalla y me ofreció chocolate caliente en una mesa camilla de las antiguas, de las que todavía tenían bajo la lona un brasero que requemaba las suelas de los zapatos. Esa primera tarde, lejos de llenar el tiempo con un silencio incómodo, Álex y yo lo colmamos con una conversación fácil que nos sorprendió a ambos. Conectamos inmediatamente. A partir de entonces las palabras jamás dejaron de fluir entre los dos, ágiles y resbaladizas como truchas saltando en un río.

Nos hicimos amigos. Hablábamos durante horas y las risas no tenían fin. Con él yo me convertía en alguien diferente, más feliz y confiada. Me encantaba la Vera que caminaba a su lado, la que tenía alas.

Cuando me di cuenta de que me había enamorado de él tuve miedo, pero también eso me lo puso fácil.

Un día de verano, tras uno de nuestros paseos matinales en los que explorábamos las venas del pinar, nos sentamos a descansar junto a un arroyo. Yo dibujaba en mi cuaderno tratando de encontrar el trazo perfecto y él parecía pensativo.

—¿Qué es lo que más te gusta de la pintura, Vera? —me soltó de repente. Jamás me habían preguntado algo así.

—Que ante una hoja en blanco puedo ser yo misma —respondí sin vacilar.

Él sonrió, como si le hubiera revelado un secreto que ya sabía, y se me quedó mirando.

—¿Qué pasa? —pregunté después de un rato, cohibida—. ¿Por qué me miras? ¿Me ha caído resina en la cara o…?

No respondió. Su mano se movió hacia mi cintura y nuestros labios se encontraron con un suspiro. Nuestro primer beso llegó así, de un modo tan natural como el respirar. Esa tarde, con los brazos de Álex en torno a mi cuerpo, sentí que había encontrado mi camino, mi otra mitad. Ahora necesitaba conservarlo para siempre.

Pero no lo hice, no lo conservé. Durante tres años todo fue perfecto, un inmenso y brillante pasillo de luz, pero como en una película de terror las escenas amables acabaron dando paso a las tétricas. Una tarde, Álex vino a recogerme con ojeras y mirada desorbitada y me confesó que Amelia había recaído en la enfermedad que creían que había superado años atrás. Las perspectivas no eran buenas. Los días se volvieron grises, el carácter de Álex se amargó y la tristeza inundó nuestras vidas como una sombra que engorda ante la llegada del crepúsculo. No supe estar a la altura. Mis hombros eran demasiado frágiles para llevar el peso de su tristeza. Discutíamos sin parar: nos alejábamos y volvíamos a acercarnos, como los extremos de un acordeón desafinado que chirrían al unirse pero son incapaces de separarse.

Un día, el acordeón se partió en dos. Una tarde fui a su casa con el propósito de ser una buena novia, de aguantar sin rechistar sus

cambios de humor, de paliar su tristeza. Estaba decidida a convertirme en un bálsamo para sus heridas. Atravesé el seto y cuando llegué a su jardín mis buenas intenciones se convirtieron en dardos envenenados: Álex no estaba solo. A través de la cristalera del cenador pude verlo sentado con una chica, y no una cualquiera, sino Elsa Medina, una chica del pueblo que siempre había bebido los vientos por él. Elsa tenía unos ojos azules e inocentes en los que Álex estaba sumergido en ese momento mientras ella le posaba una mano sobre la rodilla con familiaridad. Ambos reían y sus carcajadas sonaban como cascabeles a través de la ventana abierta. Creo que eso fue lo que más me dolió: el sonido de la risa de Álex, que yo llevaba semanas sin poder arrancarle. Más que celos, sentí una infinita tristeza y mi mente empezó a susurrarme «y si» envenenados. ¿Y si necesitaba alejarse de mí para recuperar la calma? ¿Y si era otra y no yo la que podía aliviarlo de su pena?

Decidí alejarme. Me marché antes de que pudieran verme, y durante dos semanas ignoré las llamadas de Álex, sus timbrazos en mi puerta y todos sus intentos de contactar conmigo. Estaba convencida de que estaría mejor sin mí. Decidí aceptar la propuesta del abuelo de trasladarme a Londres durante tres meses para asistir a unos cursos en el Royal College of Art, en los que fracasé estrepitosamente porque toda inspiración parecía haberme abandonado. Cuando regresé, tenía claras dos cosas: que la pintura ya no formaba parte de mí como antes y que echaba mucho de menos a Álex. Esa noche, nada más deshacer el equipaje, le envié un mensaje con una disculpa citándolo al día siguiente en el pinar. Necesitaba hablar con él, derribar la barrera de mis miedos y confesarle que huir había sido la peor decisión.

Si la vida fuese una novela romántica, ese habría sido el momento exacto de nuestra flamante reconciliación, entre abrazos y lágrimas de alegría. Por supuesto, no lo fue. Álex no acudió a la cita, y días después me enteré por Paloma de que Amelia había sido aceptada en un programa experimental de una prestigiosa clínica de Barcelona y los dos se habían mudado para iniciar el tratamiento que no le salvaría la vida pero que le regalaría una tregua de seis años.

Dejé de pintar. La relación con mis abuelos se enfrió y me mudé a un pequeño apartamento en la ciudad.

Un año después, conocí a Eric.

Y ahora aquí estaba de nuevo, en el origen, en el principio del laberinto.

Me sequé las lágrimas que habían empezado a brotar acompañando a mis recuerdos y me froté los ojos. No iba a seguir pensando en él, me dije. Solo había sido un amor de juventud y el hecho de que hubiese reaparecido en mi vida no tenía por qué afectarme.

No significaba nada, absolutamente nada, a pesar de que cuando él salió de mi vida también lo hizo la pintura, como si su ausencia hubiese borrado de un plumazo todos los colores.

Abrí el cuaderno de notas y comencé a leer.

12

Abrigny, mayo de 1942

Violette repasó con el dedo los lomos de los libros alineados en la estantería de su cuarto, desgastados de las muchas veces que Margot los había leído. Recordó los autores que él le había mencionado en la fiesta: Thomas Mann, Gottfried Benn... Había tratado de leerlos, pero sus tramas eran demasiado densas y aburridas para su gusto. Ella prefería novelas sentimentales, historias de amores imposibles y heroínas trágicas que escupían sangre por amor como Marguerite Gautier en *La dama de las camelias*.

Margot se había mostrado intrigada ante su nueva faceta intelectual, pero Violette no le había ofrecido ninguna explicación. Desde la noche del baile en Les Pommiers, Uwe Vogel con sus ojos azules, su hoyuelo en la barbilla y su seguridad en sí mismo no había dejado de revolotear en su mente. La euforia tras haber recibido el disco de Zarah Leander (que aún no había escuchado porque no disponían de gramófono) se había disipado con el paso de los días, sustituida por un montón de dudas y temores. ¿Y si para él no había significado nada? ¿Y si ya la había olvidado? ¿Y si solo había sido un entretenimiento pasajero?

Violette subía cada noche al desván, desde cuya minúscula ventana se podía entrever la fachada de Villa Lorraine. Sus ojos trepaban incansables por los muros, tratando de encontrarlo. Lo había visto un par de veces en la terraza, paseando y fumando bajo la luz de la luna, y se había quedado sin aliento. Las semanas que faltaban hasta la fiesta se extendían ante ella como una hilera de rocas imposibles de escalar. Temía su desdén, pero la alternativa también la aterrorizaba. Jamás en su vida se había sentido tan confusa.

Con un suspiro, trató de concentrarse de nuevo en los libros, pero un grito procedente del piso de abajo la hizo tensarse como las cuerdas de un arpa. Era la voz de su madre y sonaba como un pájaro herido. ¿Habrían entrado los soldados en su casa? ¿Acaso habían cometido alguna infracción sin darse cuenta? Con el corazón en un puño, echó un vistazo a Claire, dormida sobre la cama. Milagrosamente, el sonido no había conseguido despertarla.

Resonaron nuevos gritos, y esa vez distinguió la voz de Margot, que sonaba más furiosa que asustada. Se echó la bata sobre los hombros y se dirigió a la escalera.

Respiró aliviada al comprobar que no había ningún alemán a la vista. Solo su madre y su hermana, ambas retándose con la mirada como dos toros a punto de embestir.

—¡Tú, madre! ¡Tú! —chilló Margot—. ¿Cómo has podido? ¡Prostituyéndote con el enemigo!

¿Prostituyéndose? Violette bajó de un salto los dos escalones que le faltaban y se interpuso entre ellas, reclamando con los ojos una explicación. Ambas la ignoraron.

—Margot, cuidado con lo que dices. Soy tu madre —advirtió Delphine.

—La madre que yo conozco jamás habría caído tan bajo.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió Violette con voz chillona.

Margot se dignó mirarla al fin.

—Se acuesta con ese alemán, el comandante Vogel —explicó escupiendo las palabras—. El que ha ocupado Villa Lorraine. Los he visto juntos.

Violette sintió que una oleada de náuseas le ponía el estómago del revés. ¿Su madre con el comandante Vogel? ¡Con el padre de Uwe, nada menos! Parecía imposible, un giro propio de un folletín radiofónico de los que tanto le gustaba escuchar antes de la guerra.

—¿Es cierto, madre? —preguntó, aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

Las piezas del puzle encajaron en su mente con estremecedora exactitud: la relativa prosperidad de los últimos meses, la despensa siempre llena, la estufa siempre caliente. Y al mismo tiempo, su madre siempre agotada y con la cabeza baja, siempre avergonzada. «Y sus brazos llenos de cardenales —le recordó una vocecilla en su cerebro—. No te olvides de los cardenales».

Delphine se mordió el labio, pero no bajó la mirada. No lo negó, y en su silencio Violette encontró la confirmación que necesitaba.

—No lo entiendo —reclamó—. ¿Por qué?

—Porque es débil. Porque es una traidora —ladró Margot.

Violette jamás la había oído hablar así.

—No me insultes. Jamás traicionaría a mi país. —Delphine parecía agotada y mucho más vieja—. Tengo mis motivos, y lo que yo haga con mi vida no es asunto vuestro.

—Lo es desde el momento en que has decidido pasarte al bando enemigo. —Margot la miró con desprecio—. Te has vendido a cambio de… ¿de qué? ¿De vestidos? —La señaló con un dedo, y Violette se dio cuenta de que llevaba un vestido limpio y nuevo—. ¿De comida? ¿De dinero? No sé por qué me sorprendo, todos en el pueblo saben desde los tiempos de Reynaud que Delphine Aubier no sabe mantener las piernas cerradas.

Delphine cruzó la cocina y le dio una bofetada. Ambas se miraron furiosas y desafiantes, el odio flotando entre las dos como una niebla envenenada.

—Esa no es forma de hablar a una madre —dijo Delphine al fin.

—Tienes razón. —Margot se tocó la mejilla con dos dedos—. Pero tú ya no eres mi madre.

Le dio la espalda y se encaró con Violette, que había contemplado la escena boquiabierta.

—Me marcho de aquí. ¿Te vienes?

—Yo… no… —Violette no se sentía capaz de enfrentarse a la fría cólera de su hermana—. ¿Cómo que te vas? ¿Adónde?

—A Le Phare. Apolline me dará alojamiento, estoy segura. Tú también puedes venir. Eres mi hermana, no te negará una cama. Y puedes ayudar.

—¿Ayudar? ¿A qué, Margot? —La miró escéptica. Aquella relación tan estrecha que su gemela había entablado con la Bisset la confundía y la irritaba.

—Ayudar a… —Margot se interrumpió y se quedó mirándola con ojos entornados.

Antes nunca les había resultado difícil leerse por dentro, se entendían la una a la otra sin necesidad de palabras. Ahora, un

mismo pensamiento cruzó fugaz por la mente de ambas: «No estoy mirando a la cara de mi hermana. Estoy contemplando una máscara».

—¿Ayudar a qué? —insistió Violette.

—A nada. No importa.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. ¿En qué estás pensando? Y tú tampoco debes irte. Tenemos que permanecer juntas, como siempre hemos estado.

—No, yo ya no tengo cabida aquí.

Violette contempló impotente cómo su hermana salía de la cocina y reaparecía minutos después con una pequeña maleta. La puerta de la calle se cerró tras ella. Delphine había dado la espalda a ambas y la curva vencida de su cuello era como una promesa de desesperanza. El silencio hizo reaccionar a Violette. No podía dejar que se fuera, tenía que ir tras ella, convencerla de que debían aferrarse a lo que la guerra aún no había conseguido robarles: su mutua compañía. Tenían que recordar los buenos momentos: las risas, los secretos compartidos, las manos entrelazadas, sus sombras unidas en el suelo como si fuesen una sola.

Salió al jardín y el viento le abofeteó la cara. Hacía solo una hora que había amanecido y el cielo era un crisol de tonos anaranjados. Los faldones del vestido de Margot aleteaban camino de la verja y corrió tras ella, llamándola. Su hermana giró la cabeza en su dirección, pero no se detuvo, su voz ya no tenía el poder de retenerla.

Resonó un petardeo en la distancia: una motocicleta que bajaba por la colina de Villa Lorraine. Al acercarse, Violette distinguió como en un sueño la figura erguida de Uwe Vogel, doblando la curva en el

momento más inoportuno de su vida. Nerviosa y torpe, tropezó con una raíz y cayó al suelo de rodillas. La boca se le llenó de tierra.

«Que no nos vea. Que no la vea».

Uwe llegó a la carretera en el momento en que Margot alcanzaba la verja del jardín. Ignorante del desastre que estaba a punto de provocar, ella se detuvo y se sacó del bolsillo un pañuelo para atarse el pelo. Erguida, arrogante, indomable. Su larga melena rubia bailó en el aire. Desde el suelo, Violette contuvo el aliento.

«Que no la mire. ¡Que no nos mire!».

Percibió el momento exacto en el que Uwe las descubría a ambas, iguales pero tan distintas, una de pie y la otra arrodillada, una sucia de tierra y la otra deslumbrante de sol. Reconoció la extrañeza en su mirada, el chispazo de asombro al darse cuenta de que eran dos, y notó que sus ojos la recorrían con expresión ausente para acabar recayendo de nuevo en Margot, la deslumbrante Margot con su espalda firme y sus piernas blancas, su barbilla alta y sus ojos que no conocían el miedo. Atónito. Fascinado. Rendido, como todos los que la conocían.

Margot alcanzó la carretera y pasó de largo ante él, indiferente al hecho de que la estaba devorando con la mirada. Violette se puso en pie con esfuerzo. No se dio cuenta de que se había clavado las uñas en las palmas de las manos hasta que notó la sangre goteando entre sus dedos.

Mientras caminaba hacia su casa con la cabeza gacha pensó en los meses que faltaban hasta la fiesta de Villa Lorraine y se preguntó cuánto valor tendría para Uwe Vogel una promesa.

13

Abrigny, principios de junio de 1942

El mes de junio llegó con una sucesión de días lentos y calurosos. Los frutales se hincharon y las zarzas comenzaron a llenarse de bayas. Las gemelas Aubier, separadas por primera vez en su vida, comenzaban a recorrer caminos opuestos sin saber si alcanzarían la dicha o la derrota.

En Le Phare los ruidos abundaban por la noche, como si la gran casa hiciese honor a su nombre y se asentase sobre un mar embravecido. Presa del insomnio, Margot daba vueltas en la cama, incapaz de apartar de su mente la gran traición de su madre. ¿Cómo había podido? Siempre había admirado a Delphine, el modo en que había levantado la cabeza y salido adelante ante las habladurías. Imaginarla junto a ese alemán la asqueaba. Desde que se había marchado de casa, Margot se sentía distinta, más dura y a la vez más vulnerable, como si sus costillas se hubieran convertido en navajas y estuviesen pinchándole el corazón desde dentro.

Llevaba más de una semana en Le Phare cuando decidió ir a la panadería de los Briand. El local estaba vacío y silencioso a aquellas horas de la tarde. Saludó con la cabeza a Émilie, que fregaba el mostrador, y se dirigió al obrador donde sabía que encontraría a

Didier. Llevaban semanas sin verse. Ella lo había evitado y él, demasiado ocupado con su trabajo, tampoco la había buscado. Un año atrás no habrían podido pasar más de dos días separados, pero la guerra también había acabado con su complicidad, con sus ansias del uno por el otro.

La luz en el obrador era débil y Didier era una silueta inclinada sobre la artesa. Silbaba una tonadilla triste y sus dedos, ágiles y blancos, se movían como pájaros sobre la harina: estirando, amasando, dando forma. Bajo sus manos los panes florecían, latían, la masa cobraba vida. El aire olía a anís y a levadura. A Margot siempre le había encantado ese proceso, esa magia que brotaba de las puntas de sus dedos, pero ahora sintió un dolor agudo en el pecho, un vacío. Aquellos panes, el fruto de esas manos que habían mimado sus mejillas y acariciado su cuerpo, estaban destinados a las mesas de los alemanes y sus colaboradores.

Entre ellos, su propia madre.

Margot se detuvo en el umbral. Se había presentado allí en un impulso, llena de emociones que no sabía bien cómo definir, y ahora se sentía cohibida.

—Parece una buena hornada —dijo al fin.

Él se giró bruscamente. Por un momento, sus ojos brillaron de sorpresa. Después le dedicó una sonrisa más triste y cansada que de costumbre.

—Ya puede serlo. Tengo los brazos hechos polvo.

Se lavó las manos en el cubo de agua limpia y se acercó a ella. Su rostro adquirió una expresión herida, y solo entonces Margot se dio cuenta de que había retrocedido involuntariamente, reacia a acortar la distancia entre ellos.

—¿Qué te trae por aquí? Hace mucho que no te veo —dijo él con cautela.

—Me he marchado de casa. Estoy viviendo en Le Phare con Apolline Bisset. La ayudo con las tareas domésticas.

Didier no respondió. Se limitó a mirarla fijamente, con las cejas un poco arqueadas en una muda pregunta.

—Mi madre se acuesta con un alemán. Ese comandante, el que vive ahora en Villa Lorraine —confesó al fin con un hilo de voz.

Didier parpadeó una vez. Después asintió lentamente y le tendió un bollo recién horneado. Habían compartido pan muchas veces en ese mismo obrador y a Margot siempre le había sabido a él, a la dulzura de sus besos. Ahora le supo amargo.

—Tu madre es una superviviente —dijo Didier escogiendo con cuidado las palabras.

—¿Cómo puedes decir eso? —Margot apartó el pan, alterada—. ¿Qué insinúas? ¿Que no pudo elegir?

—No he dicho eso. Siempre se pueden tomar decisiones, y cada uno debe vivir con las suyas. ¿Qué crees que ha hecho tu madre? ¿Llevar la deshonra a su casa o mantener a su familia a salvo?

—No puedo creer que hables así. —Margot lo miró furiosa—. Resistir no es lanzarse a los brazos del enemigo para conseguir beneficios. Es luchar, es enfrentarse a ellos. Es elegir ser libres.

—«Elegir ser libres». Hablas igual que él. Esas fueron sus palabras.

—¿Qué palabras? No sé a quién te refieres. —Margot fingió no entender, pero el corazón le dio un vuelco.

—Aquel chico de la plaza. El fugitivo que nos encontramos al principio de la guerra. Han pasado dos años y sigue murmurando en

tu oído como un fantasma.

—¿Qué dices? No lo he vuelto a ver desde aquel día y ni siquiera me he acordado de él… —La mentira murió en un susurro.

No podía engañarlo, a él no. Didier, con su habitual agudeza, había dado en el clavo. Era cierto: Guillaume Luc, el chico de la plaza, con sus ojos como dos abismos y sus ganas de luchar se había apoderado de ella y la había envenenado.

—Es una locura —musitó avergonzada—. ¿Cómo se puede echar de menos a quien jamás ha formado parte de ti?

Didier no respondió, pero Margot notó que su cuerpo se tensaba. Se quedaron en silencio, con el aroma de los panes flotando entre ellos como un recordatorio de tiempos mejores.

—Has venido a decirme adiós, ¿verdad?

Una vez más, Margot se dio cuenta de que él tenía razón. Ese amor que había empezado como un jardín exuberante se había convertido en un páramo.

—Lo siento —murmuró.

Él asintió. Se lanzaron por última vez uno a los brazos del otro, ambos conscientes de que era una despedida.

—¿Qué nos ha pasado? —murmuró Margot contra su cuello.

—La guerra. La guerra ha pasado.

Con los ojos secos y el corazón roto, Margot salió del obrador, apartándose del olor a pan y del chico que había amado, en dirección a un futuro que se presentaba incierto. Casi había alcanzado la puerta de la calle cuando oyó los sollozos de Didier, lastimeros como los de un animal herido. Para evitar que la amargura se desbordase de sus propios ojos bajó la mirada, se mordió los labios y se alejó de la panadería sin mirar atrás.

—¿Me habéis entendido?

Jacob miró de hito en hito a las muchachas sentadas ante él. Con sus ojos fieros y sus secos ademanes de líder, parecía un general romano arengando a las tropas. Margot asintió muy seria, pero Annette le guiñó un ojo antes de asegurar con fingida solemnidad:

—Hemos entendido, ¡Oh capitán! ¡Mi capitán!

—Tómatelo en serio. —la regañó él—. Citar a Walt Whitman no te salvará si te detienen los alemanes. Debéis recordar vuestro papel: sois dos campesinas, dos chicas sencillas que lo único que desean es alimentar a sus familias. Si os paran, diréis que vais camino de Vernuel, donde Paul Bidot os ha prometido una gallina a cambio de la leche de vuestras vacas. —Señaló las seis botellas de cristal alineadas sobre la mesa. Todas estaban llenas de leche mezclada con agua—. ¿Entendido?

—Entendido —aseguró Margot—. ¿Existe de verdad ese tal Bidot?

—Claro que existe. Es un campesino de Vernuel, un buen patriota que confirmará vuestra coartada en caso de ser necesario.

—Pero lo más probable es que nadie os detenga ni os interrogue —intervino Apolline desde la cabecera de la mesa—. Tienen peces más gordos que pescar.

—¿Estáis seguros de que es una buena idea que la nueva participe? —terció Damien.

El mayor de los hijos de Yves seguía empeñado en creerla una inútil. Margot se puso tensa. ¿Acaso iban a dejarla atrás?

—Annette tiene experiencia de sobra por las dos —zanjó Jacob. Nadie se atrevió a discutir con él.

Lo cierto era que la misión no estaba exenta de peligros. Una unidad armada alemana se había instalado temporalmente en

Vernuel, el pueblo vecino. Durante días, la Red Dumas los había vigilado incansable hasta que descubrieron que estaban allí para supervisar el traslado de tres nuevos tanques militares, nada menos que los famosos Tiger, la gran máquina de matar del Ejército alemán. Después habían recibido un soplo —Margot sospechaba que del escurridizo Athos— informándolos de que los nazis tenían previsto trasladarlos al frente oriental. La idea de sabotearlos había sido, por supuesto, de Jacob. Al principio, todos habían acogido el plan con dudas.

—Están custodiados día y noche. No podrías acercarte a ellos ni a diez metros —había dicho Apolline.

—No a los tanques, pero sí a los trenes. —Los dientes de Jacob habían brillado en una sonrisa demoniaca—. Los tanques Tiger tienen llantas de acero que se desgastan fácilmente en largos trayectos. Los alemanes no se arriesgarán a trasladarlos por carretera. Usarán vagones, estoy seguro.

De ese modo, el plan había quedado trazado. La intuición de Jacob resultó certera, y pocos días después Henri llegó de Vernuel con la noticia de que había varios vagones de carga estacionados en el apeadero. Lo mejor de todo era que no les habían puesto vigilancia.

—Los muy imbéciles creen que es suficiente con tener controlados los tanques —se mofó Jacob—. Pero si logramos sabotear los vagones será un fuerte estacazo para su campaña. Lo único que tenéis que hacer es echarles esto en los cojinetes de las ruedas y no podrán moverlos ni un milímetro —añadió mostrado un frasco lleno de un líquido oscuro y oleaginoso—. Es ácido mezclado con arena de playa. Los vagones quedarán completamente inutilizados.

—¡El ingrediente estrella de los saboteadores! —rio Damien entrechocando con él su vaso de calvados.

Esa conversación había tenido lugar una semana atrás. Ahora, el frasco de ácido descansaba entre las botellas de leche como un cordero negro en mitad de un rebaño. Margot lo observó con respeto. Si llegaban a pillarlas con él…

—Si os detienen… —Jacob la miró suspicaz. Parecía haberle leído el pensamiento.

—Lo sé, lo sé, debemos guardar silencio. «Hablar demasiado es como empuñar un cuchillo» —citó ella.

Jacob asintió.

—Ten. —Le tendió una píldora diminuta y blanca—. Es cianuro potásico. Por si acaso.

—Por si acaso. —Margot repitió las palabras. Sonaban amenazantes, como cuervos volando en círculo sobre su cabeza. Hizo girar la pastilla entre dos dedos: era lisa y suave, tan pulida como un canto rodado.

—Todos en la red llevamos una —explicó Annette—. Por si las cosas llegan a ponerse… insoportables.

Margot asintió. Había oído historias de agentes capturados por el enemigo que preferían quitarse la vida antes de soportar las brutales torturas de los nazis. Algunos se suicidaban con cuchillas, otros se ahorcaban. El cianuro era más limpio y facilitaba una «desaparición» digna, preferible a soportar el deshonor de revelar información sobre la Resistencia.

—¿Tienes un lugar seguro donde esconderlo? —preguntó Jacob.

Margot le mostró el colgante con el medallón en forma de M que llevaba al cuello. La letra tenía una diminuta bisagra que se abría

para revelar un espacio destinado a convertirse en guardapelo. La pequeña píldora cabía perfectamente.

—¡Espléndido! —comentó Annette con ligereza—. Yo guardo la mía en la piedra de mi anillo. Pero peor es el caso de Michel… ¡La lleva en un diente de oro!

Margot se unió a su carcajada nerviosa. El medallón que contenía su destino oscilaba rítmico contra su pecho.

Al día siguiente las dos muchachas salieron en sus bicicletas a primera hora, vestidas como campesinas con amplias blusas de rayón y pañuelos anudados a la cabeza. En la cesta de la Ayron de Margot, oculto bajo las botellas de leche aguada, el frasco con ácido tintineaba como un cascabel malévolo.

El día era soleado y la cercanía del verano se notaba en todos los rincones: en la brisa que les desordenaba el pelo, en los matorrales floridos. Una bandada de patos pasó sobre sus cabezas, ignorantes de que volaban sobre un cielo que solo unas horas antes habían cruzado los aviones de la Luftwaffe.

Pasaron ante Saint-Rémy, un antiguo monasterio benedictino que se erigía sombrío, rodeado por un pequeño lago de aguas azul oscuro que absorbían en remolinos el reflejo de las nubes.

A pesar de que llevaba años abandonado, había Mercedes-Benz aparcados cerca del puente que zigzagueaba sobre el agua.

—He oído rumores de que ahí interrogan a los «prisioneros especiales» —susurró Annette—. A los que tienen información privilegiada o son demasiado importantes para las celdas que han improvisado en el ayuntamiento. Después los deportan o los fusilan.

Margot echó un vistazo al edificio. Parecía triste y desangelado como la mansión maldita de un cuento gótico.

—Ahí acabaríamos tú y yo si nos atrapasen —añadió Annette.

—Pues tratemos de evitar que nos pillen. ¡Al diablo con ellos, con sus Mercedes-Benz y con sus tanques!

—Se dice que les llevó años trazar el diseño de los Tiger. —Annette sorteó un bache—. Pero los prototipos no se concluyeron hasta hace dos meses, justo en el cumpleaños de Hitler. Ese maldito megalómano.

—Tengo entendido que son unos tanques colosales. Los aliados los temen.

—¡Bah! Son demasiado aparatosos, y no solo tienen problemas con las llantas, sino que para poder trasladarlos en tren deben cambiarles las orugas por unas más estrechas. No son prácticos.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me interesa la mecánica. Me pasaba tardes enteras en la librería en la que trabajaba Michel leyendo manuales —explicó Annette, y a Margot le pareció ver un brillo de añoranza en sus ojos claros.

—Yo también solía pasarme horas en la panadería de Didier. Hace magia con la harina —dijo sin saber muy bien por qué.

—¿Solías? ¿Y ya no lo haces?

—Ya no estamos juntos. Sus panes se los comen ahora los alemanes.

Annette le dirigió una mirada breve que no supo interpretar. Continuaron pedaleando, atentas al camino, y ninguna de las dos volvió a hablar durante largo rato.

Vieron los Tiger nada más llegar a Vernuel. Estaban aparcados a las afueras del pueblo, lustrosos bajo el sol como enormes cadáveres de dinosaurios. Margot frenó de repente, impresionada.

—¡Son enormes!

Annette detuvo la bicicleta a su lado. No miraba hacia los tanques, sino a la media docena de nazis que se paseaban arriba y abajo por el camino con sus fusiles de asalto al hombro.

—Hay mucha vigilancia. Busquemos los vagones —susurró.

Atajaron rápidamente hacia las vías. En Vernuel no había estación de tren como en Abrigny, solamente un apeadero árido y destartalado. Los vagones de carga estaban alineados bajo una especie de hangar improvisado con ladrillos. No se veía ni un alma. Sin perder un segundo, Annette cogió el frasquito de ácido y avanzó con decisión hacia ellos.

Margot miró a un lado y otro con nerviosismo. La sangre le palpitaba en los oídos y sentía las extremidades como de goma. Si los alemanes las descubrían…

—¡Eh, tú! —El grito de Annette la sacó de su estupor—. ¿Piensas ayudarme o qué?

Margot corrió hacia ella. Entre las dos vertieron el ácido en los cojinetes, asegurándose bien de que no quedase ningún engranaje limpio. Después, haciendo gala de sus conocimientos de mecánica, Annette extrajo todo el aceite de los rodamientos a través de un orificio que practicó con un diminuto bisturí que llevaba en el bolsillo.

—¡Listo! —exclamó triunfante alzando el frasco que había contenido el ácido y que ahora estaba lleno de aceite lubricante.

—¡Eres increíble! —Margot observó el líquido ambarino—. ¿Qué hacemos con eso? ¿Lo tiramos?

—¿Estás loca? Nos lo quedamos. Podemos venderlo o intercambiarlo. —Annette depositó el frasco en la cesta de la bicicleta, bajo las botellas de leche.

Emprendieron el viaje de regreso a Abrigny en un estado de ánimo mucho más ligero que a la ida, riendo a carcajadas ante la idea de los vagones estropeados. Se sentían fuertes, poderosas, con la satisfacción de una batalla ganada.

Era época de siega y los campos bullían de actividad, llenos de braceros que empuñaban largas guadañas. Los gorriones aprovechaban los rastrojos recién removidos para cazar lombrices y la hierba agitada por el viento parecía susurrar.

—Mira esos dos. Allí —indicó Annette por encima del hombro.

Margot siguió la dirección de su mirada. Había dos hombres en el borde del camino con las espaldas perezosamente apoyadas en una motocicleta aparcada. Uno de ellos llevaba uniforme nazi y el otro vestía con ropas demasiado elegantes para ser un bracero francés. Parecían alegres y relajados, satisfechos de su inactividad mientras los campesinos se dejaban la piel recogiendo el heno. El que vestía uniforme alzó una bota de vino y bebió un largo trago; un chorro se deslizó por su barbilla, tan rojo como la sangre de los inocentes que habría asesinado. Margot se dio cuenta de que era Kaspar, el novio de Lucie. Aquellos mofletes carnosos eran inconfundibles.

Los dos alzaron la frente para mirarlas. El que vestía ropas de paisano era más alto y muy rubio y negó cuando Kaspar le ofreció vino.

—Es el hijo del comandante Vogel —susurró Annette.

Margot sintió que se le agolpaba la sangre en la cabeza. El hijo del amante de su madre.

Justo en ese instante, como si su odio tuviese el poder de hacer temblar el suelo, la bicicleta de Annette se precipitó hacia un lado y la chica cayó de bruces en el camino. Margot frenó en seco.

—¿Estás bien?

—Sí, sí… No me he lastimado. —Se incorporó y se frotó la rodilla donde solo tenía un raspón. Examinó la bicicleta con ojo crítico—. Pero esta de aquí no puede decir lo mismo, tiene una rueda pinchada. Por eso he perdido el equilibrio.

Margot se inclinó y meneó la cabeza: la rueda estaba totalmente flácida.

—¿Y ahora qué hacemos?

Margot echó una mirada nerviosa a los dos alemanes. Ya había sido mala suerte tener ese percance justo delante de ellos, con el frasco lleno de aceite de motor en la cesta de la bicicleta.

—No lo sé. No tenemos herramientas para repararla —siseó Annette.

Kaspar susurró algo al oído al hijo del comandante y ambos empezaron a caminar hacia ellas. Las dos chicas intercambiaron una mirada nerviosa.

Visto de cerca, Kaspar se parecía a un sapo malvado y rollizo. El hijo del comandante, sin embargo, era otra cosa. Tenía el pelo casi blanco, como la arena que Margot había visto en las costas de Saint-Malo durante una excursión escolar a la Bretaña, su primera y única vez ante el mar. Sus ojos eran azules y brillantes. La cicatriz de un corte limpio y antiguo dividía en dos su ceja derecha.

—¿Algún problema, mademoiselles? —preguntó Kaspar con burlona cortesía.

—Me temo que sí. Hemos pinchado —explicó Annette con voz meliflua—. Sentimos mucho estar estorbando en mitad del camino —añadió dirigiéndoles una mirada lánguida, y Margot pensó que era una actriz excelente.

—No os preocupéis, no violáis ningún decreto por estar en la carretera —contestó risueño el hijo del comandante.

Su mirada recayó entonces en Margot y una fina línea apareció en medio de su frente.

—Tú no eres Violette, ¿verdad?

—¿Cómo? —Margot se sobresaltó. El nombre de su hermana en labios de aquel alemán sonaba horrible, como masticar fruta podrida.

Kaspar soltó una risotada

—Es su hermana gemela, Margot.

Movió sus pobladas cejas arriba y abajo y recitó una larga parrafada en un alemán tan veloz que Margot solo pudo reconocer las palabras «amiga» y «Lucie». Ella sabía algo de alemán porque mademoiselle Aignel, su profesora de la escuela, le había dado clases particulares antes de la guerra, pero aquellos dos hablaban muy deprisa. Supuso que le estaría explicando su enemistad con Lucie. ¿Y de qué conocía aquel nazi a Violette?

—Bueno, no la conozco mucho —dijo él, y Margot se dio cuenta de que había expresado su pensamiento en voz alta—. Solo nos vimos un día e intercambiamos un par de palabras.

—En un baile —puntualizó Kaspar en tono divertido.

—No sabía que había dos gemelas hasta que os vi por casualidad una madrugada cuando bajaba al pueblo con la motocicleta. Os parecéis mucho, pero en realidad… en realidad sois muy distintas. Quiero decir… —Se detuvo, ruborizado.

Margot le dedicó una mirada fría. Estaba acostumbrada a que la gente las comparase continuamente y por algún motivo ella siempre salía vencedora en aquel duelo que ninguna de las dos había pedido

ni deseado. No entendía por qué todo el mundo parecía preferirla a ella, con su lengua mordaz y su genio vivo. Era injusto, sobre todo porque Violette, con esa dulzura y placidez de las que Margot carecía, sí ansiaba la aprobación de los demás. Quizá ahí estaba el secreto: en que Margot nunca pedía ni necesitaba halagos.

Sus instintos de protección hacia su gemela se agudizaron como un cuchillo. «No hables de ella como si fuese menos», quiso gritarle.

—Me llamo Uwe Vogel —dijo él en ese momento.

Margot se quedó mirando la mano que le tendía, larga y fina, y recordó que eran manos como esas las que empuñaban los rifles que habían matado a cientos de compatriotas en la batalla de Francia, manos como esas las que se elevaban en el aire, raudas y elásticas, acompañando al saludo de *Heil Hitler!*

Manos como esas las que acariciaban de noche a su madre, a la traidora de su madre.

Negó con la cabeza y ocultó las suyas tras la espalda. Escuchó el gruñido exasperado de Annette y el bufido de desprecio de Kaspar, pero Uwe Vogel no pareció molesto por el desaire. Más bien, parecía intrigado.

—Bueno, bueno… —La voz musical de Annette surgió desde el suelo, donde seguía agachada inspeccionando la bicicleta—. Este es uno de los agujeros más grandes que he visto en mi vida. No tendréis un parche a mano, ¿verdad?

—Me temo que no. —Uwe apartó por fin la mirada de Margot—. ¿Hay algún taller mecánico aquí cerca?

—El viejo Lecreux tiene una tienda de bicicletas y vende material para arreglos —recordó Margot de repente—. Pero está algo alejado, en la parte alta de Vernuel.

—Pues venga, sube. —Uwe palmeó el sillín de su motocicleta.

—¿Cómo dices?

—Yo te acercaré al taller de ese tal Lecreux, pero tendrás que indicarme el camino. Llegaremos antes que si vas en esa antigualla —dijo señalando la bicicleta de Margot.

—No creo que…

—¡Qué buena idea! Eres muy amable. —Annette la interrumpió con voz chillona. El mensaje que transmitían sus ojos claros era inconfundible: «Deja de portarte como una estúpida y acepta».

Margot vaciló. Le repugnaba la idea de aceptar un favor suyo, pero el frasco de aceite seguía en su cesta, y cuanto más tiempo pasasen con los alemanes, más probabilidades tenían de ser descubiertas. Pensó en Apolline y en el modo en que los engañaba, sonriéndoles y agasajándolos a cambio de información, ocultando su odio en pasteles y palabras melosas.

—Está bien —aceptó—. Gracias —añadió vacilante tras un momento.

La motocicleta se puso en marcha con un fuerte gruñido. Uwe Vogel era un conductor habilidoso que evitaba los baches y los boquetes del camino de grava. Su aroma la envolvió como una manta y ella pensó que no era desagradable, era casi como oler un bosque: verde, profundo, lleno de vida. Los otros alemanes, Kaspar incluido, olían a pólvora, a prepotencia y a ese tosco jabón de afeitar que les dejaba las mejillas lampiñas como traseros de bebé, pero este… este olía como un ser humano. Confusa, cerró los ojos y alzó la barbilla para que la brisa le refrescase la cara. No debería gustarle ese olor. No estaba bien. Era el aroma del enemigo.

Llegaron a su destino en menos de diez minutos, y Margot respiró aliviada al comprobar que la tienda estaba vacía. Lecreux, sin dejar de mirarlos con desconfianza, les vendió el remiendo y también una palanca y un pequeño bombín para volver a inflar la rueda.

—¿Ves? No ha sido tan terrible —dijo Uwe mientras caminaban de regreso a la motocicleta.

«Sí lo ha sido», pensó Margot. Había sido terrible ir con el pecho pegado a su espalda. Y había sido aún más terrible no sentir asco.

—¿Es cierto eso que dijo Kaspar? ¿Fuiste a un baile con mi hermana? —preguntó abruptamente.

—No fui con ella. Solo me la presentaron allí y no la he vuelto a ver desde entonces. ¿Te preocupa?

—Nosotras no… Nosotras preferimos mantenernos al margen de los alemanes. No nos relacionamos con ellos. Disculpa si te ofendo.

—Bueno, pues tú acabas de ir en moto con un alemán por todo el pueblo. —Le guiñó un ojo, divertido—. Ese hombre de la tienda te miraba como si hubieras cometido una atrocidad.

—Lecreux es un buen hombre.

—Un buen francés, querrás decir.

—Un buen hombre que ama a su país.

—Eso lo honra —dijo Uwe suavemente.

—No creo que a tu Führer le complaciese oír esas palabras —bufó Margot sin poder contenerse.

—Hitler asegura que Alemania está luchando por su gente. —El tono de Uwe era serio—. Sus discursos apelan al orgullo del pueblo, a su furia desesperada, a su honor. Alemania era como un campo de maíz agostado tras la Gran Guerra y él se ha encargado de enardecerlos a todos.

Margot lo miró con escepticismo. ¿Acaso buscaba su simpatía con ese comentario? ¿Qué sabía él de desesperación y de furia?

—Qué interesante. Pues por vuestra culpa en Francia ya ni siquiera queda maíz. La habéis convertido en un páramo —gruñó mordaz.

—Está bien. —Él levantó las manos en son de paz—. Este es un tema complicado. No se debe hablar de la guerra, al menos hasta que llegue la paz.

—Hasta que llegue la victoria —Margot alzó la barbilla—. La victoria para los aliados.

Nada más pronunciar esas palabras se preguntó si no habría ido demasiado lejos. ¿Qué demonios hacía escupiendo su furia ante el hijo del comandante? ¿Qué pasaría si él repetía esas palabras a su padre? Eso tenía que ser considerado traición, como mínimo. Lo miró. Los labios de Uwe se habían transformado en una línea y su rostro estaba contraído en una mueca que ella no supo interpretar. Quizá ira o perplejidad. ¿Quizá culpa?

—Lo que tú digas. Será mejor que nos pongamos en marcha. Tu amiga debe de estar impaciente.

Hicieron el trayecto de regreso en silencio. Cuando llegaron al campo se encontraron con Kaspar tonteando descaradamente con las campesinas mientras Annette, sentada en el suelo, fingía aburrimiento mirando al cielo. El parche de Lecreux era excelente y la muchacha consiguió arreglar la rueda en menos tiempo del esperado. Poco después, ambas pedaleaban ligeras camino a Le Phare.

—Pensé que me iba a dar un infarto cuando te negaste a estrecharle la mano. No puedo negar que tienes coraje, pero estás

un poco loca —comentó Annette.

Margot no respondió. Había un detalle que no dejaba de rondarle la mente como una mosca zumbona.

—Me he fijado cuando reparabas la rueda… El agujero era limpio y profundo, demasiado limpio ¿Qué puede haberlo provocado?

Annette se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Quién sabe? Cualquier cosa. Un trozo de cristal en el camino, un clavo oxidado, una aguja…

Una aguja. Por un momento, Margot recordó el bisturí largo y fino que Annette había usado para sabotear los depósitos de aceite. Una punzada de incomodidad, tan breve y aguda como un picotazo, se coló entre sus pensamientos. Después se esfumó, tan rápida como había llegado.

—Bueno —dijo mientras se detenían ante la verja de Le Phare—. Misión cumplida. Lo hemos hecho bien, ¿verdad?

Annette esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos. Se sacó un Gauloise del bolsillo y cuando habló su voz surgió distorsionada entre el humo, como si hablase a través de un espejo.

—Desde luego. Lo hemos hecho muy bien.

El sabotaje de los Tiger fue un éxito. La avería provocada fue tan grande que los alemanes no lograron repararla. Entretanto, varios escuadrones fueron emboscados por miembros del maquis con el resultado de numerosos soldados alemanes muertos. Los miembros de la Red Dumas lo celebraron brindando con una de las botellas de chardonnay de la bodega de Apolline. Margot jamás había visto a Jacob tan feliz.

Había pasado más de una semana y ella estaba deseando volver a sentir la descarga de adrenalina en las venas. Apenas participaba ya en las sesiones de costura del *strickerei*, demasiado ocupada con sus tareas de *courier* para la red. Llevaba y traía mensajes y pasaba recados a los granjeros favorables a la causa, aquellos que prestaban sus graneros o establos para ocultar las descargas del SOE y ayudaban a distribuirlas entre los maquis. Se sentía bien, satisfecha consigo misma, a pesar de que la ruptura con su familia todavía le impedía conciliar bien el sueño por las noches.

Una tarde regresaba de la granja de Bidot con un queso para Apolline el cual, según sospechaba, contenía algo más en su vientre que leche cuajada y madurada; probablemente munición o un mensaje. Faltaba apenas media hora para el toque de queda y estaba oscureciendo. El crepúsculo arrancaba brillos metálicos a las ventanas de las casas y escalaba por los muros cubiertos de hiedra, tiñéndolos de rojo. Margot pedaleaba deprisa. Le dolían los pies y estaba deseando llegar a Le Phare.

De pronto, la luz de un mechero comenzó a moverse ante su rostro, veloz como una luciérnaga.

—Ya *pasarrr* toque de queda, no es hora de a*ndarrr* en calles —gruñó una voz ronca—. *Tenerrr* pinta de ser espía. Tú *venirrr* conmigo.

Margot se detuvo en seco, aterrada. Pensó en el queso que llevaba en el cesto y en lo que ocultaba en su interior. Tuvo la tentación de salir pedaleando a toda velocidad, pero el hombre le cortaba el paso, oscilando sobre ella como una torre. En ese momento emitió otro sonido, uno muy extraño y fuera de lugar en esas circunstancias. Risas. Una carcajada amable. Se acercó un poco

más, y solo entonces Margot pudo verle la cara. Su corazón se detuvo, se encogió sobre sí mismo y reanudó su latido a un ritmo mucho más veloz que antes. Notó calor en el pecho, como si alguien le hubiera acercado una antorcha encendida.

Era él.

Guillaume Luc había regresado.

—Te he asustado. Lo siento, ¡lo siento! —Él seguía riéndose, mostrando una hilera de dientes blancos—. Solo quería gastarte una broma.

Ella le dio un manotazo en un brazo. No sabía si reír o llorar y acabó aunando risa y llanto, una carcajada breve que se mezcló con las lágrimas que habían empezado a correr por sus mejillas.

—Bonita forma de aparecer después de tanto tiempo —gimió.

Se observaron con cautela. Habían pasado dos años y los dos habían cambiado y madurado, pero la conexión seguía ahí, como un hilo invisible vibrando en el aire. Casi podían escuchar el susurro satisfecho de sus respectivas pieles al erizarse al unísono.

—Sabía que no me equivocaba dándote aquel ovillo —dijo él con una voz que era como una caricia.

Margot quiso decirle que no había dejado de pensar en él, que su rostro y sus ojos se le habían aparecido en sueños cientos de veces. Y quiso preguntarle si a él le había sucedido lo mismo. En lugar de eso, se tragó sus emociones y compuso una expresión de indiferencia.

—¿Cuándo has regresado?

—La semana pasada. Te he estado observando cada vez que salías de Le Phare, tratando de convencerme a mí mismo de que era mala idea abordarte… hasta que no he podido aguantar más.

Alargó una mano y le acarició la mejilla, descendiendo con suavidad hasta la curva del cuello. Fue un contacto extraño y a la vez familiar, como si la yema de sus dedos estuviese diseñada para escribir sobre su piel.

—¿Dónde has estado viviendo?

En lugar de responder, él le tendió una mano. Estaba fría y áspera al tacto. La condujo hacia la entrada lateral del jardín de Le Phare, lleno de árboles que se jactaban de su follaje estival. Dejaron la bicicleta apoyada contra un tronco y caminaron hacia el fondo del terreno, plagado de malas hierbas que habían resistido a las tijeras de Yves. Guillaume le mostró una trampilla semioculta entre manojos de helechos y ortigas. Era un agujero profundo, con las paredes apuntaladas con vigas de madera que también hacían las veces de peldaños para facilitar el descenso.

—Bienvenida a mi hogar. La red decidió que era más seguro que no me dejase ver demasiado, al menos hasta que me faciliten papeles falsos. Puede que mi nombre haya llegado a sus registros.

Margot asintió sin hacer preguntas. También Jacob tenía una guarida similar en Vernuel, según le habían contado. Ella seguía convencida de que Guillaume era el famoso Athos, el agente que aportaba información privilegiada a la Red Dumas.

—No es ningún palacio, pero he dormido en sitios peores —comentó él—. Apolline se encarga de que no me falte de nada.

Margot echó un vistazo a su alrededor. En un rincón había un colchón viejo que amenazaba con escupir su relleno de lana y un par de mantas militares. En el centro un hornillo, una tetera destartalada y una lata de galletas que recordaba haber visto en la cocina de Apolline. Un olor espeso a savia y a tierra viva impregnaba el

ambiente, y se sorprendió a sí misma recordando el aroma a bosque de Uwe Vogel. Espantó la idea de un plumazo.

Guillaume preparó té en el hornillo. Se sentaron el uno frente al otro sobre el suelo entretejido de raíces y bebieron el líquido caliente mientras se devoraban con los ojos.

—Cuéntame qué has estado haciendo —pidió Margot—. Sí, sí, sé que no debemos hablar de ello y que las palabras son cuchillos y todo eso, pero durante todo este tiempo no he dejado de preguntarme si estarías a salvo.

—Estoy vivo, que ya es algo —respondió él con una sonrisa triste.

Durante la media hora siguiente le contó que había trabajado para la Resistencia en diferentes misiones: volando puentes, robando planes militares, participando en escaramuzas y ayudando a abrir vías de escape a través de los Pirineos para los pilotos de la RAF caídos en suelo francés.

—Están arrasando Francia —dijo con rabia—. Y el Gobierno de Vichy se lo ha permitido plegándose a sus requerimientos. Hacen listas de todo: extranjeros, comunistas, judíos. Les encanta acaparar información, y eso los hace aún más peligrosos.

—Lo sé. —Margot le puso una mano en el brazo—. Pero nosotros estamos luchando contra ellos. Fíjate en Michel, cuando lo conocí apenas podía tenerse en pie y ahora está hecho todo un piloto, según me ha contado Annette.

—Quién lo habría imaginado cuando nos conociste, ¿verdad? —Guillaume sonrió con tristeza—. Parecíamos recién salidos de *Les Misérables.*

—Todos hemos recorrido un largo camino desde ese día. —Margot titubeó—. Annette también me contó que detuvieron a Blanche. Lo

siento mucho.

Ante la mención de la chica, el rostro de Guillaume se agrietó como si estuviese hecho de arcilla. En su mirada había tal desesperación que Margot sintió deseos de abrazarlo, pero también algo más; un sentimiento mucho más mezquino: celos de aquella muchacha de rasgos de pájaro que había sido devorada por el monstruo. Sintió envidia por el lugar que Blanche aún ocupaba en el corazón de Guillaume, un lugar que ya era suyo para siempre, un lugar al que ella no era capaz de aspirar.

—Sé que era… Sé que estabais muy unidos —farfulló sintiéndose muy torpe.

—No soy el único que ha perdido a alguien… —Guillaume habló con dureza—. Así son estos tiempos. Y debemos seguir luchando.

Ella asintió.

—Lo sé.

—Mañana tengo que hacer una entrega en París —continuó él cambiando abruptamente de tema—. Tengo armas y documentación que debo entregar a uno de mis contactos, un hombre de confianza.

—¿Y después?

—Y después… ¿quién sabe? Quizá regrese al norte. Hay compañeros luchando en la frontera con Bélgica.

Su tono era acerado, y Margot sintió frío. Tuvo miedo de volver a perderlo.

—Entonces iré contigo a París —aseguró.

—Ni lo sueñes. —Guillaume la miró como si se hubiese vuelto loca.

Margot comprendió que deseaba protegerla. «No pude salvar a Blanche, déjame salvarte a ti», decían sus ojos. Pero ella no pensaba

ceder.

—Iré contigo —repitió.

Él iba a seguir protestando, pero ella no se lo permitió. Posó el dedo índice sobre sus labios, acariciando lentamente la piel fina y húmeda. El aire vibró entre los dos. Guillaume acortó la breve distancia que los separaba y se abalanzó sobre su boca. Lo hizo del modo que Margot siempre había imaginado que lo haría: arrollador, sin pedir permiso. El beso fue como una especie de alivio para los dos, un grito reprimido durante demasiado tiempo. Por un momento desapareció todo: la guerra, el húmedo agujero en el que se encontraban, las lombrices que se deslizaban a sus pies. Solo quedaron los dos, allí y entonces, intentando llenar un vacío insondable. Conociéndose. Descifrándose.

Margot acabó apartándose sin aliento, pálida y jadeante.

—Iré contigo —dijo por tercera vez.

Guillaume la contempló durante lo que le parecieron siglos. Sus ojos eran hondos, apesadumbrados, dos estanques que presagiaban un futuro lleno de lágrimas.

—Está bien —dijo al fin.

14

Vera

Madrid, octubre de 2011

Dejé a un lado las notas de Álex y respiré profundamente. Las palabras que acababa de leer revoloteaban en mi mente como colibríes de picos afilados. Me parecía estar viéndolas a todas. A Delphine, vendiendo su dignidad a cambio de medicinas para su hija. A Violette, asustada e ingenua, enamorándose de un alemán al que apenas conocía. A Margot, uniéndose a la Resistencia y poniendo su vida en peligro. Casi podía oler el pan de Didier, impregnado de anís y lágrimas, y me parecía sentir en los huesos la humedad de aquel agujero donde mi abuela se reencontró con Guillaume Luc. Mis antepasadas, todas ellas heridas y confusas, cada una luchando por un objetivo diferente.

La transcripción de Álex no terminaba con el reencuentro entre Margot y Guillaume en el agujero. Había más, pero decidí tomarme un descanso para asimilar lo que acababa de descubrir. Yo siempre había creído que la relación entre mis abuelos había sido lineal, apacible, y ahora descubría que el primer gran amor de Margot no había sido Uwe, sino aquel guerrillero de firmes convicciones que le había entregado un ovillo dorado que ella había conservado durante

años y ahora descansaba en mi bolsillo. ¿Cuál había sido el destino de Guillaume Luc? ¿Y cómo había acabado Margot casada con el hijo del comandante? Con la tormenta rugiendo a través de la ventana y la libreta de Álex en mi regazo, tuve más claro que nunca que iba a descubrir todo lo que pudiera sobre ellos.

Otro trueno retumbó a lo lejos. Los setos del jardín latían bajo la lluvia con un ritmo apresurado, inconstante. Aparté las cortinas y atisbé a través de los cristales empañados: la tierra rezumaba agua, los troncos relucían y el cielo estaba tan negro como un cardenal. Era bonito y pavoroso a la vez.

De pronto, una silueta pálida que se movía entre las flores me hizo dar un respingo. La abuela atravesaba el jardín bajo la lluvia, su pelo blanco empapado y pegado al cráneo y sus zapatillas hundiéndose en el barro. ¿Cómo se le ocurría? Tenía que detenerla o pillaría una pulmonía. Salí corriendo tras ella, parándome solo para coger una toalla y un paraguas del armario del pasillo.

—¡Abuela! —grité haciendo bocina con las manos junto a mi boca.

No podía verla, en el tiempo que había tardado en atravesar la puerta se las había arreglado para desaparecer entre las sombras del jardín. Corrí a ciegas, llamándola. Tres relámpagos estallaron en rápida sucesión y bajo su luz atisbé su silueta delgada a través de la lona del invernadero.

No se dio la vuelta cuando me oyó entrar. Tenía puestos los guantes de podar y trasplantaba unos brotes de una maceta a otra con sumo cuidado. Con la espalda encorvada, las manos largas y los omóplatos sobresaliendo como dos pequeñas alas, costaba imaginarla como la muchacha valiente y furiosa que no se arredraba ante los nazis.

—¿Te acuerdas de lo mucho que te gustaba de pequeña ayudarme a plantar flores? —preguntó. No me había mirado, pero, de algún modo, había intuido mi presencia.

—Me acuerdo —confirmé emocionada.

Y era cierto. En aquel invernadero, con su microclima, su mezcla de aromas y sus sonidos amortiguados me sentía protegida y tranquila como en un vientre materno. Ambas pasamos muchas tardes removiendo la tierra y contemplando el milagro de las semillas transformándose en plantas. Fueron tiempos felices que no supe valorar.

—Siento mucho haberos decepcionado —musité mientras le frotaba los hombros con la toalla. Abandonar la pintura. Saltar a los brazos de Eric. Mi vida era un cúmulo de errores.

Se giró por fin para mirarme. Tenía una mancha de tierra en la mejilla y vapor condensado en las pestañas, pero sus ojos brillaban. Estaba en uno de sus momentos coherentes y, si pasábamos por alto el temblor de sus manos, casi parecía la Margot de antes del alzhéimer.

—¿Decepcionarnos? ¡Qué tontería! Pero me alegro de que te hayas librado de ese chico… ¿Cómo se llamaba? El que gastaba frascos enteros de gomina.

—Eric.

Me hizo gracia su alusión a ese rasgo tan característico de su persona y me sorprendió que estuviese enterada de la ruptura. Supuse que Paloma se lo habría mencionado.

—Ese, sí. No era el adecuado para ti. No era tu amor verdadero.

—¿Y cómo reconoce una a su amor verdadero?

—Es el que hace que todos los demás empequeñezcan a su lado —respondió muy segura—. El que los borra del mapa. Se reconoce aquí —añadió levantando un brazo huesudo y pálido—. En la piel y en los huesos.

Pensé en Guillaume Luc, el guerrillero, y en Uwe Vogel, el hijo del comandante. ¿Cuál de los dos habría sido el verdadero amor de mi abuela?

—También es aquel cuya pérdida te destruye —continuó—. El que se enraíza tan dentro de ti que si te lo arrancan te parten en dos. —Su voz tembló y sus ojos adoptaron una expresión confusa.

¿Había vuelto el alzhéimer a ganar la batalla? Sus siguientes palabras me confirmaron que sí.

—Deberíamos bajar la voz —me amonestó atisbando a través del plástico empañado—. Podrían oírnos.

—¿Quiénes?

—Debemos mantener las piernas quietas, los ojos cerrados y la lengua dentro de la boca —dijo ignorando mi pregunta—. Quizá así pasen de largo y vayan a por alguien más. Debemos sobrevivir, no es momento de comportarse como heroínas. ¿Comprendes?

Asentí para que se tranquilizase. Sus palabras evocaban redadas, interrogatorios, gritos, violencia… «Pero tú fuiste valiente —pensé—. Tú no mantuviste la cabeza gacha. Tú fuiste una heroína».

Nos quedamos calladas. Observé su perfil aguileño, sus sienes surcadas de venas y arrugas. Muy despacio, saqué el cuaderno de dibujos de Claire Reynaud del bolsillo de la chaqueta y se lo mostré. Buscaba algo, cualquier reacción por su parte.

Ella lo cogió de inmediato. Lo abrió con reverencia y recorrió un dibujo al azar con las puntas de los dedos. Era evidente que sus

manos habían hecho ese mismo movimiento muchas veces, que esa caricia era familiar para ella.

—Reconoces esto, ¿verdad? —pregunté.

—Es el cuaderno de Claire.

—Tu hermana pequeña.

—Mi hermana pequeña —confirmó—. El mundo fue muy cruel con ella y aun así fue capaz de extraer de él todos sus colores.

¿Hay mayor valentía que esa?

Me pareció que tenía razón. Era una definición muy precisa de los dibujos de Claire: valientes. También descarnados y crudos, pero sobre todo valientes y luminosos.

—¿Por qué nunca me hablaste de ella? —me atreví a preguntar.

No respondió. Pensé que ahora que había conseguido traer a Claire a colación, quizá podría preguntarle por Violette e incluso por Guillaume. Estaba a punto de hacerlo, pero sus manos comenzaron a temblar como hojas agitadas por el viento. El cuaderno cayó al suelo.

—¿Sabes si me ha perdonado? —preguntó con ansiedad—. ¿Crees que lo ha hecho?

No estaba segura de a quién se refería. ¿A su madre, a alguna de sus hermanas? El temblor de sus manos aumentó y después se trasladó a sus hombros y a su barbilla. Me maldije mentalmente: no tendría que haberle enseñarle el cuaderno de Claire en su estado. ¿En qué estaba pensando?

—Por supuesto que te ha perdonado —aseguré con vehemencia—. No debes arrepentirte de nada, abuela. Hiciste lo que pudiste y fuiste muy valiente.

Parpadeó confusa. Sus ojos seguían empañados y ella, la Margot que yo conocía, estaba cautiva en el fondo, en un lugar al que yo no tenía acceso. ¿A quién veía mi abuela cuando me miraba? ¿A Claire? ¿A Violette?

—No, yo nunca fui valiente —negó apesadumbrada—. Siempre tenía mucho miedo, a todas horas. Era como un ratoncillo asustado. Y ahora me arrepiento…

—¿De qué te arrepientes? —pregunté.

La conversación se estaba volviendo disparatada por momentos. Tenía que ser su enfermedad la que hablaba porque la Margot de las notas de Álex era lo contrario a un «ratoncillo asustado».

—De todo lo que hice. —Su respuesta llegó en un susurro. Una lágrima rodó por su mejilla acartonada y yo no supe qué decir.

El silencio se extendió de nuevo entre las dos. La abuela se acomodó el pelo y su mano descansó sobre el medallón en forma de M, el mismo que había contenido la pastilla de cianuro, según las notas de Álex. Le cogí una mano. La piel era rugosa y fina como un pergamino y los dedos estaban deformados como ramitas de árbol.

Estaba fría, demasiado fría.

—No te pasará nada, abuela, te lo prometo —dije con ternura.

Ella asintió sin demasiado convencimiento, pero el contacto logró que fuera relajándose.

Después de un rato conseguí convencerla de que era hora de volver a casa y las dos atravesamos el jardín bajo el paraguas, con nuestras respiraciones flotando como humo entre la lluvia. Paloma le trajo su medicina y me aseguré de que después se tomase un cuenco de sopa. No abandoné su cuarto hasta que la vi profundamente dormida.

Mientras bajaba la escalera me pregunté qué se sentiría al llegar a ser una anciana como ella y echar la vista atrás para contemplar el pasado en toda su crudeza: los odios y los amores, los errores y los aciertos. Las cosas que se hicieron y las que se dejaron de hacer. ¿Acabaría algún día igual que ella, caminando hacia la muerte flanqueada por mis fantasmas?

Estaba oscureciendo. Me acerqué a la ventana del salón para bajar las persianas y un parpadeo amarillento me recordó que nos habíamos dejado encendidas las bombillas del invernadero. Ahogando una maldición salí de nuevo para apagarlas. Cuando regresaba hacia la casa me di de bruces en la oscuridad con algo que me cortaba el paso. Un algo que caminaba y se movía. Un algo firme y sólido que olía muy bien.

Grité por impulso, dos alaridos cortos y agudos que murieron en mi garganta al darme cuenta de que era Álex quien estaba parado ante mí con aire azorado.

—Tranquila, Vera, soy yo.

Todavía con el corazón a mil por hora, me sujeté a él sin poder contenerme. Lejos de alejarse, me rodeó con los brazos y me acercó a su pecho. No hubo nada sexual en aquel abrazo, era calmante y balsámico, un refugio. Mi refugio. Sentí que mis últimas defensas se quebraban como cartílagos entre los dientes de un tiburón. Comencé a llorar sin poder contenerme mientras él me acariciaba el pelo con ternura. Pasaron minutos, quizá horas; no habría podido asegurarlo. Como siempre, el tiempo jugaba con nosotros, nos enredaba.

—Yo… —Me aparté y busqué un pañuelo para sonarme—. Lo siento.

—No lo sientas, ha sido culpa mía por asustarte de ese modo. Y en realidad soy yo el que debe pedirte perdón. Por eso venía a verte, para disculparme.

—Ah, ¿sí? —Lo miré perpleja.

—Antes, en mi casa… No debí haberte hablado así. No tengo derecho a juzgarte, y es lógico que quieras averiguar qué le sucedió a tu familia. Reaccioné fatal.

—No importa —le aseguré.

Su disculpa fue como una caricia: suave, precisa y necesaria.

—Supongo que tu aparición repentina después de todo este tiempo me pilló desprevenido. Lo siento, Vera.

Asentí. Sentía su presencia a mi lado, tan sólida y estable como una roca. Una reminiscencia del pasado.

—He leído parte de tus notas y no tengo palabras. Gracias por haberla escuchado y por haber recogido sus recuerdos —susurré.

Él se encogió de hombros.

—Me alegro de que Margot decidiese confiar en mí cuando aún era capaz de hilar sus memorias. Fue una gran experiencia escucharla, como trabajar un trozo de madera muy especial y único.

—Como construir un puente entre la realidad y sus recuerdos —dije sonriendo ante la imagen.

—Exacto, y si hay alguien adecuado para cruzarlo, esa eres tú, Vera.

No respondí, pero mi sonrisa lo dijo todo.

Varias gotas de lluvia se escurrieron de las ramas de un árbol y me cayeron encima. Se deslizaron por mis mejillas, mezclándose con el rastro de lágrimas. Álex las siguió con la mirada.

—Parece que tenemos la extraña costumbre de quedarnos parados a la intemperie —dijo con nerviosismo—. ¿Te gustaría…? Eh… ¿Tienes hambre? Tengo unos macarrones en el horno, y me temo que me he pasado con las cantidades.

Asentí un poco sorprendida. Este Álex amable y comprensivo era muy distinto al chico hosco y receloso que me había encontrado solo unas horas antes. Pero él siempre había sido de los que tratan de hacer las cosas bien, y si sentía que se había equivocado conmigo haría todo lo posible por enmendarlo. Esa invitación era una oferta de paz. Otro puente que tendía entre nosotros. Y si este era de madera, de piedra o de humo, era algo que solo nosotros podíamos descubrir.

En la puerta de su casa nos sacudimos el agua como dos perrillos empapados mientras Coco nos miraba con condescendencia, bien repantigado en el sofá, como riéndose de que nuestros papeles se hubieran invertido. Álex fue directo a abrir el horno y el olor me hizo la boca agua. A juzgar por la reacción del perro, que pasó como una exhalación entre mis piernas y se sentó en primera fila, a él le sucedió exactamente lo mismo.

Comencé a poner la mesa y me sorprendí al darme cuenta de que después de tanto tiempo aún recordaba dónde estaba todo: los vasos, los cubiertos, la pila de manteles floreados.

—Huele de maravilla —alabé.

—He intentado seguir la receta de mi madre, aunque creo que aún no estoy a su nivel —dijo con una mueca tímida.

Sirvió agua en los vasos y comenzamos a comer, solo interrumpidos por el ruidoso salivar de Coco, que aún no había perdido la esperanza de ser partícipe del banquete. Puede que la

receta no estuviese aún al nivel de la de Amelia, pero su sabor me trajo recuerdos del pasado y de las muchas veces que había comido con ellos en esa casa. Sabía a hogar, a juventud, a inocencia.

La primera mitad de la cena transcurrió en un silencio un poco incómodo que fuimos quebrando lentamente. Las palabras siempre habían sido nuestra bandera y parecía que nos habíamos puesto de acuerdo para volver a izarla con timidez, tocando temas banales e inofensivos. Álex me habló de sus proyectos de ebanistería y de sus muebles hechos por encargo que vendía a clientes que buscaban una mesa o una silla únicas. Yo le hablé de mi vida anodina de los últimos años, tan gris y aburrida que podía resumirse en unas pocas frases. Álex no había mencionado a ninguna persona especial en su vida y yo le hablé de forma escueta de mi divorcio. Cuando me preguntó a qué me dedicaba, mencioné las clases de Historia del Arte que impartía durante los cursos de verano de una universidad privada, un empleo estacional que me había ayudado a soportar el tedio de mis últimos años con Eric.

—¿Historia del Arte? Suena muy doctrinal. Recuerdo que solía aburrirte lo teórico y preferías centrarte en la ejecución —comentó llevándose el tenedor a la boca.

—Eso era antes. Ya no pinto.

—¿Ya no pintas? —Me miró como si me hubiesen crecido dos cabezas.

—Hace seis años que no cojo un pincel.

Frunció el ceño y me estudió con ojos entornados, sin duda haciendo cálculos mentales y llegando a la conclusión de que las fechas coincidían con la época de nuestra ruptura. Terminamos de cenar en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, y

después nos trasladamos al sofá con dos tazas de café. Coco apoyó la cabeza en mi rodilla y le acaricié el pelaje suave.

—No consigo quitarme de la cabeza la historia de Margot y su familia —comenté—. Todo lo que hizo: unirse a la Resistencia, falsificar permisos, sabotear tanques… Jamás lo habría creído posible.

—Fue realmente valiente. Y sí, a mí también me cuesta reconocer a tu abuela, con su carácter dulce y tranquilo, en esa muchacha tan temeraria. Pero vivió en una época fuera de lo común, y mucha gente tuvo que hacer lo impensable para sobrevivir.

—Debió de ser un infierno. No me extraña que la abuela sufra ataques de pánico al recordar esos tiempos.

Álex asintió. Removió su café, pensativo.

—Después de mis primeras conversaciones con ella, sentí curiosidad y saqué de la biblioteca varios libros sobre la Segunda Guerra Mundial. La situación en Francia era terrible, sobre todo por el colaboracionismo del Gobierno y la policía con el Reich. El episodio más vergonzoso de la época fue la llamada operación Viento Primaveral. ¿Te suena?

Negué con un gesto.

—La redada del Velódromo de Invierno. Durante la noche del 16 al 17 de julio de 1942 los nazis se valieron de la policía francesa para detener a cerca de catorce mil judíos. Los hombres solteros fueron enviados a Drancy, al norte de París, a un campo de tránsito que era una escala previa a la deportación a los campos de concentración alemanes. A las familias con niños las llevaron en autobuses al Velódromo de Invierno, un gran estadio cercano a la Torre Eiffel. Durante cinco días los mantuvieron hacinados, sin agua ni comida

bajo el sol abrasador de verano. Muchos se suicidaron. Los demás fueron trasladados a diversos campos como Pithiviers o Beaune-la-Rolande, y de ahí a Auschwitz. Muy pocos regresaron.

—Es terrible —dije conmovida—. Cuando uno se entera de cosas así se hace más fácil comprender a los que arriesgaron su vida uniéndose a la Resistencia. Jacob, Apolline, Guillaume… ¿Qué habrá sido de ellos? No dejo de pensar en la relación entre la abuela y Guillaume. ¿Qué fue de él?

Álex meneó la cabeza.

—Las últimas veces que fui a verla, Margot estaba ya muy confusa y su narración se había vuelto incoherente… No sé nada del destino de Guillaume.

—Puede que muriese en la guerra. O quizá el amor entre los dos se enfrió con el tiempo.

—Tiene que ser lo primero —dije convencida—. De lo contrario, ella no habría conservado el ovillo tantos años. Además, un amor como el que compartieron, que arrasó con todo, que puso sus vidas del revés… me cuesta creer que se terminase sin más.

—A veces, sucede. —Álex me interrumpió. Había dejado la taza de café sobre la mesa y tenía una expresión abstraída y un poco triste —. Hay amores que tienen fecha de caducidad por mucho que uno se empeñe en pensar que son eternos. Y hay que sobrevivir a ellos.

Me encogí un poco sobre mí misma. ¿Seguíamos hablando de ellos? ¿De Guillaume y Margot? ¿O ese amor al que se refería era el nuestro, el que no supimos ni pudimos conservar? Durante seis años había guardado nuestra historia en un lugar muy pequeño de mi mente, en una especie de armario polvoriento a cuya puerta añadía un candado más por cada año que pasaba. Pero hay recuerdos que

no pueden controlarse, que son como caballos salvajes, capaces de derribar todas las barreras.

—Lo siento —solté de sopetón—. Sé que te hice mucho daño.

—¿Qué…?

—Cuando me marché. Te dejé solo cuando más me necesitabas, con tu madre enferma. No debí haberlo hecho. Yo…

—No. —Levantó una mano para interrumpirme y su palma se alzó entre los dos como un muro—. No debes pedir perdón por haber seguido tus impulsos en aquel momento. Lo hecho, hecho está.

Asentí, con la vista fija en los posos de café que se asentaban en el fondo de la taza como lágrimas negras. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que me dijera que nuestra ruptura había sido un error y aún podíamos encontrar el modo de reconciliarnos? ¿Que se lanzase sobre mí allí mismo, en el sofá? Y además, ¿quería yo eso? Mejor dicho, ¿necesitaba yo eso ahora mismo en mi vida, a pocos meses de un divorcio y con todos esos misterios familiares flotando en el aire? Aun así, su reacción tan cerebral me escoció.

—Pero me alegro de que hayas vuelto —continuó—. Y recuerda que no estás sola en esa investigación tuya, puedes contar conmigo para lo que necesites.

Colocó su mano sobre la mía. Su dedo pulgar acarició levemente el interior de la muñeca, un movimiento muy breve pero que me provocó quemazón en la piel.

—Gracias —dije en un susurro.

De pronto me sentí cohibida, vulnerable y expuesta, como si Álex tuviera el poder de meter la mano en mi pecho como quien hurga en un bolsillo y arrancarme el corazón.

Parpadeé como para alejar un fantasma y retiré la mano.

—Tengo que irme. Paloma se estará preguntando dónde me he metido.

—Está bien. —Álex se puso en pie—. Te acompaño a la salida.

Coco saltó de mala gana del sofá y nos escoltó hasta la puerta.

—Gracias de nuevo —dije.

Sin detenerme a pensar en lo que hacía, me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla. Sentí su piel caliente contra mis labios, el nacimiento áspero de la barba. Álex se quedó muy quieto, rígido como si le hubiese alcanzado un rayo. Cuando llegué a la verja que separaba nuestros jardines miré hacia atrás: él todavía estaba allí, con la mano en el lugar exacto de su cara que mi boca había rozado antes.

Me fui a la cama temprano, con la intención de seguir leyendo las anotaciones de Álex. Sin embargo, la pasta en mi estómago y los nervios por haberme reencontrado con él se aliaron para sumirme en un agitado duermevela. Soñé con ellos, con Margot y Guillaume, y desperté bañada en un sudor frío, con la mitad de la noche apostada aún ante mí como una sucesión de horas vacías. Guillaume Luc… Me sentía intrigada por él, fascinada por su historia de amor con mi abuela, por aquel hilo dorado que ahora enredaba mis ideas. ¿Cómo sería amar tanto a alguien en tiempos de guerra, saber que podrías perderlo en cualquier momento?

Desvelada, me levanté y cogí de nuevo el cuaderno de Claire. Lo supe entonces, como una intuición. Miré la foto de los enamorados que se abrazaban en un jardín. Eran ellos, Margot y Guillaume, estaba segura. Claire había plasmado su amor sobre el papel, lo había inmortalizado para siempre.

Había algo más que se me escapaba, una idea que flotaba en el fondo de mi mente y que no conseguía fijar. Saqué la fotografía de mis abuelos, la que el fotógrafo de *Époque* les había sacado en la exposición de Claire. De nuevo me embargó esa sensación extraña, la certeza de que algo estaba mal. Uwe en el centro, erguido y orgulloso y Margot en segundo plano, su postura furtiva como si no perteneciese a ese lugar, sus ojos agudos, su pelo suelto, sus ropas elegantes, su colgante sobre la blusa brillando como un diamante bajo el flash de la cámara.

Su colgante. ¡Su colgante! Con una sensación de vértigo en el estómago, cogí una lupa del cajón y enfoqué la imagen.

Y allí estaba.

Un colgante plateado, un guardapelo en forma de V.

De V, no de M.

La mujer de la exposición, la misma que se había cruzado conmigo en el metro aquella noche, la que me había mirado con ojos de estar viendo un fantasma; esa mujer no era mi abuela, era su hermana.

Era Violette.

Salté de la cama como si estuviera en llamas y salí corriendo escalera abajo. Atravesé el jardín como un tornado, aplastando la tierra con mis pies descalzos. Cuando llamé al timbre de Álex, mi mente era un torbellino. Él abrió al cuarto timbrazo, con el pelo revuelto y los ojos nublados.

—¡Vera! ¿Qué…?

—La he encontrado. ¡He encontrado a Violette!

Me miró como si hubiera perdido la cabeza, pero no opuso resistencia cuando lo empujé al salón agitando la fotografía ante su

cara como una maniaca. Se lo conté todo atropelladamente y ambos nos inclinamos de nuevo sobre la lupa para comprobar la imagen.

—¡Es una locura! El parecido entre ellas es increíble…

—Lo sé. Si no fuera por el medallón, no me habría dado cuenta.

Lo cierto era que a pesar de la edad seguían siendo casi como dos gotas de agua. Era necesario fijarse mucho para advertir pequeñas diferencias: una mandíbula más suave, una postura más erguida, una frente un par de centímetros más ancha…

—Pero no lo entiendo. ¿Qué hacía ella en la exposición con tu abuelo?

Volví a mirar la imagen antes de responder. Una nueva idea había empezado a tomar forma en mi mente.

—Creo que él no sabía que ella estaba allí. Fíjate en sus posturas, ese detalle me llamó la atención desde el principio. Él está en el centro, posando, consciente de que es el objetivo del fotógrafo. Ella se asegura de salir en el encuadre, pero está más apartada, en un plano secundario. Lo mira a él, no a la cámara. Casi como…

—Casi como si se hubiera colado ahí. Pero ¿por qué motivo?

—Pues… —Pensé rápidamente—. Este recorte le llegó a mi abuelo en un sobre con matasellos francés y fue el detonante de su precipitado viaje. Quizá se lo envió ella, como una especie de mensaje: «Estuve ahí».

—¿Por qué iba a hacer eso?

—No lo sé. Sea lo que fuere, funcionó. El abuelo lleva desaparecido desde entonces, sin dar señales de vida.

—Suena demasiado peliculero…

—¿Sabes? Violette y yo nos encontramos esa noche. Yo estaba…, bueno, iba a coger el metro y la vi a través de las vías. Pensé que

era mi abuela. Ella me miró de una forma extraña, como si yo le recordase a alguien. Creo que le recordé a Claire.

Álex seguía agitando la cabeza, turbado.

—Tengo que descifrar todo esto —dije dando una palmada—. Tengo que averiguar qué les pasó en la guerra, por qué Margot ocultó la existencia de sus hermanas y por qué Violette ha regresado tras todo este tiempo.

—Estás decidida, ¿verdad? —Álex no esperó a que asintiese. Me sostuvo la mirada con una especie de calma tensa, como librando una batalla en su interior—. Te ayudaré.

—¿Cómo?

—Ya te dije que tengo que ir a París la semana que viene a ver a un cliente. Estoy seguro de que todavía encontrarás billetes. Desde allí, puedes alquilar un coche hasta Abrigny y rastrear su historia. Quizá incluso los encuentres a ellos.

Abrí la boca. El corazón se me había subido a la garganta.

—¿Viajar hasta Francia? ¿Contigo?

Su sonrisa hendió el aire como una flecha, como una promesa. En un instante, todo cambió.

—Sí. Conmigo.

15

Abrigny, finales de junio de 1942

Así decidieron ir a París. Los dos. Juntos.

Aún no había amanecido cuando Margot salió de Le Phare. Llevaba un vestido gris y anodino, el pelo trenzado y unos zapatos que apenas hacían ruido sobre el pavimento. Cuando se miró en el espejo le pareció que había conseguido su objetivo: parecer una joven inocente, sin nada que ocultar. Se colgó del brazo una cesta de mimbre llena de ropitas de bebé y cerró la puerta a su espalda.

Guillaume la esperaba al borde del camino, sus rizos indómitos ocultos bajo una boina de campesino. La red le había facilitado documentos falsos que lo identificaban como Robert Dubois, un viticultor de la región. El plan era que ambos se hiciesen pasar por una pareja de novios que viajaban a París para visitar a la hermana de él, que acababa de tener un bebé. En un fondo falso en la cesta de mimbre, bajo las capotas, los jerséis y los diminutos calcetines, descansaban los documentos que debían entregar, junto con varias pistolas Walther P38.

Atravesaron en silencio el pueblo dormido. La estación estaba casi desierta, a excepción de algunos compatriotas dispuestos a tomar el tren a París y varias parejas de soldados que se pavoneaban con sus

fusiles al hombro. Guillaume le ofreció la mano y Margot la aferró con fuerza, la del chico estaba seca y firme mientras que la suya estaba empapada de sudor.

Compraron dos billetes de primera clase en la taquilla. Habían barajado la idea de viajar en tercera, apiñados entre los labriegos que no podían permitirse nada mejor, pero finalmente habían descartado esa opción porque los alemanes solían registrar con más frecuencia los vagones humildes, a la caza de fugitivos o indocumentados. El compartimento era espacioso, con dos hileras de asientos de cuero recién lustrado. Guillaume fingió perderse entre las páginas de un periódico y Margot colocó la cesta de mimbre sobre sus rodillas. Poco antes de que el reloj de la estación marcase las ocho, un grupo de soldados atravesó a buen paso el andén, escoltando a un hombre al que parecían tratar con mucho respeto.

Margot se sobresaltó al darse cuenta de que era Uwe Vogel, hecho un pincel con camisa de lino, pantalón rayado y sombrero fedora ladeado. Cuando vio que subían al tren se aferró a la cesta y dejó que las trenzas le cayesen sobre la cara. Rezó para que no la viese, para que pasase de largo. No volvió a respirar con normalidad hasta que el hijo del comandante desapareció al fondo del pasillo, camino de otro compartimento.

Al principio el viaje transcurrió sin incidencias. El tren iba dejando atrás pequeños pueblos, granjas aisladas, postes de telégrafo alineados como pentagramas. Los apeaderos se sucedían uno tras otro, y en cada uno de ellos había alemanes con la cabeza alta y franceses con la cabeza gacha, como la burlona repetición de una misma obra teatral. Todo parecía tranquilo. Parecía casi normal.

Margot estaba empezando a relajarse cuando sucedió. El tren acababa de detenerse en la pequeña estación de Batroc y entre el habitual barullo de subidas y bajadas aparecieron ellos pisoteando sobre el andén como bisontes en una pradera: una cuadrilla de gendarmes, policías franceses acompañados de tres o cuatro soldados alemanes. Margot sintió repugnancia ante la visión de las insignias que brillaban en sus uniformes. Aquellos hombres eran compatriotas suyos, pero en vez de luchar por su país obedecían las órdenes de los nazis e incluso podían llegar a ser más crueles que ellos. Eran traidores de la peor calaña.

Se hicieron hueco a codazos entre los viajeros y empezaron a abordar a personas al azar, pidiéndoles la documentación. Llevaban perros con ellos, pastores alemanes de pelaje espeso que gruñían y husmeaban el aire. El viento arrastró su olor a través de la ventanilla y Margot contuvo una arcada. Odiaba a los pastores alemanes, con sus fauces siempre húmedas y sus roncos ladridos de lobo. A los alemanes y sus compinches les encantaba pasearse por ahí con ellos para evidenciar su poder, para dejar claro que no solo podían destruirte con sus balas, sino también con las dentelladas de sus perros. Notó que Guillaume se tensaba a su lado y recordó la advertencia de Jacob: «Debemos mantenernos a salvo del olfato de esos perros, tanto los de cuatro patas como los de dos».

—Es un registro. Para eso llevan a los perros. No van a limitarse a pedir papeles —susurró Guillaume.

Margot se dio cuenta de que era cierto. Los perros se mezclaron entre los viajeros, hociqueando y llenándolo todo de babas. Los gendarmes empezaron a abrir maletas y bolsos sin el menor cuidado, sin preocuparles que su contenido se desperdigase por el

andén. Alguien chilló. Margot vio miradas nerviosas, cabezas gachas, nucas brillantes de sudor, camisas y enaguas volando por ahí como fantasmas deshilachados. Una muchacha de rizos castaños que tendría su edad trató de escabullirse hacia un lateral de la estación. Su miedo era palpable, casi sólido. «¡No! —quiso gritarle Margot—. ¡Disimula! ¡Engáñalos!». Los perros husmearon su miedo e incrementaron sus gruñidos. Un gendarme rollizo de mejillas brillantes y ojos como botones centró una mirada astuta en la cesta que llevaba la muchacha, redonda y de mimbre, casi idéntica a la suya.

Margot se inclinó sobre la ventanilla. Vio cómo le arrebataban la cesta a la chica y casi pudo sentir en su piel cómo se erizaba la de ella. Decenas de manzanas rojas cayeron rodando como bolas navideñas, dos botellas de sidra tintinearon en el suelo y, por un instante, pensó que todo quedaría ahí y que el peligro había pasado. Pero entonces el grito triunfante del gendarme resonó en el aire y su manaza emergió del fondo de la cesta con un fajo de revistas. Margot reconoció las letras serigrafiadas de *Résistance,* el panfleto antinazi que un grupo de jóvenes parisinos había empezado a difundir a finales de 1940 y que, por supuesto, la Kommandatur había prohibido. Nuevos gritos vibraron en el aire, mucho más agudos: los alaridos de dolor de la joven cuando la abofetearon. Como en un sueño, Margot oyó el susurro de Guillaume en su oído:

—¡No mires!

Pero fue incapaz de apartar los ojos mientras se llevaban a rastras a esa joven que bien podría ser ella misma. En el último momento ella volvió la cabeza y sus miradas se cruzaron, en la de la chica había un odio feroz contra el mundo, contra los nazis y también

contra sus compatriotas que bajaban los ojos y fingían no verla: débiles, sumisos y cobardes.

La arrastraron hasta la caseta de vigilancia y cerraron la puerta. Dos disparos sonaron en rápida sucesión, dos estallidos secos y duros. Margot soltó de golpe todo el aire que había estado conteniendo y abrió la boca hasta desencajarla, pero ningún sonido salió de ella.

—Quieta. ¡Quieta!

No se dio cuenta de que se había puesto en pie hasta que notó la mano firme de Guillaume en su brazo. Sus ojos eran como dos glaciares milenarios, reflejaban un odio tan antiguo que ya ni siquiera bullía. Volvió a sentarse. Los viajeros que habían superado con éxito los registros comenzaron a subir al tren y los gendarmes los siguieron, sin duda con intención de hacer una inspección en el interior.

—Estás a tiempo de cambiar de vagón antes de que lleguen —apremió Guillaume intentando tomar la cesta de su regazo—. Finge que no me conoces.

Margot negó con la cabeza. Ni pensarlo. No iba a dejarlo solo ni aunque la devorasen a dentelladas todos los pastores alemanes del mundo. ¿Qué pasaría cuando encontrasen los papeles en la cesta? Lo interrogarían, lo torturarían y acabarían averiguando que él era Athos. La Red Dumas caería. Pensó rápidamente, buscando una solución, cualquier idea, algo. De pronto se acordó de Delphine, esa madre con la que hacía semanas que no cruzaba una palabra. Un día, años atrás, Margot le había preguntado cómo había sido capaz de salir adelante tras la muerte de Édouard y la marcha de Pierre, cómo se las había arreglado para hacer frente a las burlas y al

rechazo. «Tienes que fingir hasta que lo consigas —había respondido su madre—. Barbilla alta, mirada firme. Me convencí a mí misma de que podía hacerlo. Yo era la persona más valiente del pueblo».

Margot se mordió los labios. Siempre le habían dicho que se parecía a Delphine en que ambas eran fuertes y valientes, aunque ella no había heredado la ternura de su madre, esa parte de la herencia había correspondido a Violette. Y, a pesar de su ira hacia ambas, fue su recuerdo el que la ayudó en ese momento a dar con la solución. Agarró la cesta y salió del compartimento, ignorando las protestas de Guillaume a su espalda. Avanzó por el pasillo atisbando a través de todas las puertas hasta que encontró a la persona que buscaba. Inspiró hondo, pintó una sonrisa en su rostro y entró.

El hijo del comandante no estaba solo, sino acompañado por tres soldados muy jóvenes que giraron la cabeza para mirarla como muñecos impulsados por un resorte. Le pareció que Uwe Vogel fruncía ligeramente el ceño, así que trató de poner cara de cordero desvalido, abrió mucho los ojos intentando que desbordasen candor. Repitió para sus adentros la letanía de su madre: «Eres la persona más valiente de este tren».

—Lamento invadir su espacio, caballeros —dijo con una voz que esperaba que sonase frágil y necesitada—. Verán, mi vecino de compartimento se ha puesto a roncar y yo… yo jamás he soportado los ronquidos. —Batió las pestañas, hizo un mohín, dejó que su rodilla asomase bajo la falda—. Espero que no les importe, pero me marcharé si les incomodo.

—Claro que no incomodas, Margot —aseguró Uwe.

Hizo un gesto casi imperceptible a los soldados y estos abandonaron el compartimento en silencio. Margot se sentó con las manos unidas en el regazo y la cesta a sus pies. Le sudaba la nuca.

—Parece que estamos destinados a encontrarnos en los lugares más insospechados —comentó él.

Ella lo miró con fingido asombro, como si solo en ese momento recordase el episodio de la rueda pinchada.

—Así es. Y por lo visto siempre acabo recibiendo tu ayuda —gorjeó en ese tono de damisela en apuros que no le pegaba nada.

—A pesar de que… ¿cómo dijiste? ¿A pesar de que «prefieres mantenerte al margen de los alemanes»? ¿No fueron esas tus palabras? —Él parecía confuso y divertido a la vez.

Margot bajó la mirada.

—Discúlpame, sé que el otro día no fui muy amable.

—A mí me pareció que fuiste sincera.

—La rueda pinchada me puso de mal humor. En realidad, no muerdo.

—¿Seguro? —Su ceja partida se alzó unos centímetros.

Ella le mostró una sonrisa exagerada y se dio unos golpecitos en los dientes con el dedo índice.

—¿Lo ves? Tan inofensivos como los de un cachorro.

—Es un alivio saberlo.

Los ojos inquisitivos de Uwe la repasaban con la curiosidad de un naturalista que acaba de descubrir una planta muy rara. Margot buscó desesperadamente algo que decir. A ella no se le daban bien las conversaciones casuales, lo suyo era actuar, embarcarse en misiones arriesgadas. El rostro arrugado y sabio de Apolline se

apareció en su mente: «Miente. Inventa. Enrédalo». Empezó a hablar atropelladamente.

—Es que últimamente no dejan de suceder cosas malas. La guerra lo ha cambiado todo y es difícil no estar enfadada continuamente. Apenas quedan buenos momentos que coleccionar.

Uwe asintió. Parecía pensativo.

—«La guerra es una masacre entre gentes que no se conocen, para provecho de gentes que sí se conocen pero que no se masacran» —citó.

—Paul Valéry —dijo Margot, impresionada a su pesar—. Nunca habría imaginado que conocieses al gran poeta francés.

—Me gusta leer. —Él se encogió de hombros—. ¿A qué te refieres con eso de «coleccionar momentos»?

—¿Cómo?

—Acabas de decir que apenas hay buenos momentos que coleccionar. Es una forma curiosa de expresarlo.

—¡Oh! —Margot se puso colorada—. Es una tontería. Un juego. De pequeñas, mi hermana y yo coleccionábamos momentos como si fuesen piedras o monedas. Momentos importantes para nosotras, de esos que uno guarda en un rincón de la memoria para sacarlos a la luz más adelante…

Se detuvo al darse cuenta de que su intención de enredar al alemán en una red de embustes al estilo de Apolline acababa de esfumarse. No solo le estaba diciendo la verdad, sino que acababa de compartir con él algo que hasta entonces solo les había pertenecido a ella y a Violette. Irritada consigo misma, alzó los ojos para mirarlo. Él la estudiaba a su vez, serio. Casi como si la comprendiera.

Un crujido en la puerta y el ruido de pasos que se acercaban interrumpieron aquel extraño momento. Uno de los gendarmes que registraban el tren asomó la cabeza. Era obvio que había reconocido a Uwe Vogel, puesto que hizo entrechocar sus tobillos y su brazo derecho cruzó el aire como una regordeta cola de ratón.

—*Heil Hitler!* —bramó.

Margot apenas pudo reprimir una mueca de asco. Franceses vendidos al enemigo, lanzando su grito de victoria. Era el colmo.

Uwe Vogel no se molestó en devolverle el saludo, pero le dirigió una mirada irritada.

—Estoy ocupado, Foissard.

El otro enrojeció.

—Señor, tenemos órdenes de registrar todos los equipajes.

Señaló con la cabeza la cesta de Margot, y ella sintió que las piernas se le convertían en gelatina. Se esforzó por no jadear.

—¿En serio? —La mirada de Uwe se convirtió en una arista de hielo—. La señorita es amiga mía. Estoy seguro de que mi padre no se sentirá muy satisfecho cuando se entere de que pierden el tiempo molestando a los viajeros de primera clase.

Foissard no respondió. Apretó los puños sobre sus caderas redondas, casi femeninas. Olía a sudor viejo y a licor. Margot pudo ver que se tragaba su rabia. Decidió intervenir.

—¡Oh, no importa! —dijo dedicándole su mejor sonrisa. Entreabrió la cesta solo lo suficiente para mostrar las blusitas y los pañales—. Son ropas para el bebé de mi amiga que acaba de nacer. ¡Un niño de casi cuatro kilos! ¿Se lo imaginan? Pobrecita. Espero que no le vayan pequeñas…

Foissard la miró con recelo. Margot comprendió que estaba pensando en la muchacha que había ocultado los panfletos en el fondo de una cesta casi idéntica a la suya. En su mente se debatían el deseo de registrarla a fondo y su respeto por el hijo del comandante. Ganó el segundo.

—Bien —dijo entre dientes—. De modo que a París, ¿eh? ¿Y qué hace allí su amiga, si puede saberse? ¿Ha huido a la ciudad?

A su pesar, Margot sintió que le hervía la sangre.

—Lo común en estos tiempos es justamente lo contrario, monsieur. Los que pueden huyen al campo para escapar de los bombardeos. Mi amiga estudia en la Sorbona. —Cerró la cesta—. ¿Desea saber algo más?

—Creo que Foissard ya ha hecho todo lo que tenía que hacer en este compartimento, ¿no es así? —terció Uwe. Su tono se había vuelto tenso y su espalda estaba erguida en toda su longitud.

A su lado, Foissard pareció achicarse.

—Sí, señor.

—¿Qué lleva ahí, si puede saberse?

Margot siguió la dirección del dedo de Uwe. Solo entonces se dio cuenta de que el gendarme tenía una botella debajo del brazo.

—Es sidra, señor. Confiscada a un elemento perturbador.

La muchacha de los panfletos. Margot se estremeció.

—¿Y qué pretendía hacer con ella, Foissard? ¿Bebérsela?

—No, señor. Jamás bebo en horas de servicio. —Le tendió la botella con un movimiento nervioso, el odio y la vergüenza brillando en sus ojos—. Espero que le haga saber a *herr kommandant* que cumplimos sus órdenes con eficiencia —añadió antes de girar sobre sus talones y marcharse.

Margot sintió que una piedra muy pesada abandonaba su estómago.

—Gracias —dijo en un susurro.

—Así que a París a visitar a tu amiga… —Uwe la miró con ojos entornados, y un horrible pensamiento cruzó por la mente de Margot: «Ha adivinado que miento»—. ¿Y dices que estudia en la Sorbona?

—Sí, Literatura. A mí también me habría gustado, pero he tenido que posponerlo debido a la guerra —respondió atropelladamente. La última parte era verdad.

Uwe pareció relajarse un poco.

—En Francia tenéis grandes autores. Valéry, Flaubert, Maupassant… ¿Y cómo se llamaba aquel tan prolífico que escribía folletines de aventuras? Dimas o Denis o algo por el estilo…

—Alexandre Dumas —respondió Margot con la lengua acartonada. Mencionar el nombre de la red ante él, aunque fuera en ese contexto, le provocaba escalofríos.

—¡Eso es, Dumas! *El conde de Montecristo*, *Los tres mosqueteros*… Traiciones, duelos y aventuras. Alguien se dejó una colección en la casa donde vivo y me está sirviendo para practicar mi francés.

Margot ahogó un ataque de tos. «Alguien se dejó una colección…». Recordaba perfectamente los pequeños tomos color sepia de la editorial Calmann-Lévy que ella misma había hojeado mucho antes de saber leer. Esos libros que ahora leía el hijo del comandante habían pertenecido a Édouard Aubier. Habían sido de su padre.

—Alemania también tiene grandes autores —dijo deseosa de cambiar de tema—. Goethe, Hölderlin… Tu país es tierra de poetas y grandes filósofos.

—No para mi padre. Él siempre dice: *«Deutchland, das Land der Krieger und Eroberer»*. —Uwe hizo una mueca.

—Alemania, hogar de guerreros y conquistadores —tradujo Margot —. ¿No aprueba tu padre la poesía?

—La considera una banalidad. Quería que yo siguiese la carrera militar, pero tuvo que conformarse con que estudiase Arquitectura. En realidad, era mi hermano el que deseaba entrar en el ejército.

—¿Y no lo hizo?

—Dietrich y mi madre murieron en 1940 en uno de los primeros bombardeos sobre Berlín.

Buscó en su bolsillo y le tendió una pequeña fotografía. Una mujer de rostro redondo sonreía flanqueada por dos niños pequeños que parecían querubines de un retablo renacentista. Margot se dio cuenta de que Uwe había heredado los ojos de su madre: redondos y curiosos.

—Lo siento.

—Gracias. —Tragó saliva con esfuerzo, y en ese momento ya no pareció un criminal ni un nazi, sino un niño huérfano y asustado—. Para mi padre, la muerte de Dietrich fue devastadora. No podía soportar que el lugar que él ocupaba en el mundo ahora estuviese vacío. Solo quedaba yo, así que quiso… quiso que…

—Quiso que tú ocupases ese lugar —completó Margot.

Se miraron. Hubo un chispazo de comprensión entre los dos, tan desconcertante como peligroso.

—Una carga muy pesada para cualquier espalda —susurró Margot. Por un momento se preguntó si Violette se habría sentido así alguna vez, con todo el mundo comparándolas y resaltando las cualidades de Margot.

Uwe parecía perdido en sus propios pensamientos.

—Yo soñaba con convertirme en un gran arquitecto. Me imaginaba a mí mismo diseñando un edificio que quitase el aliento, algo suntuoso e imponente como el Taj Mahal o colosal y solemne como la Acrópolis de Atenas. Algo que perdurase en el tiempo. Qué iluso, ¿verdad? Y qué poco tienen que ver esos sueños con lo que hago ahora.

—¿Y qué haces ahora?

—Mi padre me consiguió un puesto como arquitecto en la Organización Todt. Es un organismo de las fuerzas armadas dedicado a la construcción e ingeniería. Ya sabes, puentes, carreteras, infraestructuras militares… Aquí, en la región del Loira, vamos a mejorar la red de ferrocarriles y a construir más carreteras. Precisamente voy a París para reunirme con Xaver Dorsch, el arquitecto jefe de la Organización. Todo un pez gordo.

—Parece una tarea hercúlea. —Margot silbó entre dientes.

—Tenemos mucha mano de obra. No harán nada similar al Taj Mahal, pero servirá. Han traído a decenas de trabajadores en tren hace unas semanas, húngaros y polacos en su mayoría. Prisioneros de guerra. Están alojados en un campo temporal a las afueras, en Épivers.

—¿En Épivers? ¡Si solo hay un montón de escombros! —Margot no pudo evitar el tono de reproche.

Conocía la zona, una agrupación de granjas abandonadas en la parte baja del valle, simples chamizos con paredes llenas de agujeros a través de los cuales el viento aullaba en invierno como una viuda desconsolada.

—No por mucho tiempo. Ellos mismos están reparando los barracones para hacerlos más habitables. —Uwe apartó la mirada, incómodo.

«Prisioneros construyendo su propia cárcel», pensó Margot.

—Pero no hablemos más de eso. —Uwe abrió su pequeña maleta y sacó un par de tazas de hojalata, similares a las que llevaban los soldados en sus petates. Descorchó la botella de sidra y las llenó hasta la mitad—. Mejor brindemos por este encuentro. Y por los buenos escritores. —Entrechocó su taza con la de Margot—. Por Hölderlin… y por Dumas.

—Por Hölderlin y por Dumas —concedió Margot.

«Por Dumas —repitió para sus adentros—. Por la Red Dumas. Por nuestra victoria».

Ninguno de los dos despegó los ojos del otro mientras sorbían la sidra de la muchacha muerta.

El tren llegó a la estación de Montparnasse con puntualidad germánica y Margot se sintió feliz de ver sus andenes. Estaba deseando huir de la compañía de Uwe Vogel, de su olor a hierba, de sus ojos cristalinos y de sus proyectos de arquitectura. Se sentía desconcertada. Antes, por un momento, mientras él le narraba la muerte de la mitad de su familia y las expectativas de su padre, un chispazo de algo similar a la comprensión había brillado entre

ambos, como si los pesos de sus respectivas mochilas se equilibrasen. Fue apenas un instante, pero para Margot fue como si se hubiese traicionado a sí misma. La comprensión era un sentimiento que no podía permitirse tener en presencia de un alemán. Necesitaba que su odio hacia ellos se mantuviese intacto, reluciente como una armadura.

—Hasta la vista, Margot. Gracias por la conversación y por tu compañía. —Uwe le tendió una mano para ayudarla a bajar del vagón.

—Ha sido un placer. Gracias por dejarme viajar contigo y por tu ayuda con ese gendarme.

—A cambio, espero que la próxima vez que nos veamos decidas compartir conmigo alguno de los momentos de tu colección.

—¡Tendré que pensármelo! —repuso con coquetería, alzando la voz para hacerse oír por encima del silbido de los trenes.

Agitó una mano para despedirse y mantuvo la sonrisa pintada en el rostro hasta que lo vio perderse en la distancia. Después sacudió la cabeza como para despertar de un sueño y miró a su alrededor. Guillaume la esperaba apoyado contra una pared, fumando un cigarrillo y fingiendo aburrimiento, aunque la rigidez de su espalda delataba sus nervios. Se precipitó a su encuentro y él la rodeó con sus brazos.

—¿Los documentos…?

—Siguen en la cesta, a salvo —Le tembló la voz por la tensión acumulada.

Le entregó la cesta y observó mientras él se acercaba con aparente indiferencia a uno de los taxistas que esperaban con sus Renault frente a los andenes, el único vehículo de la hilera que tenía

los faros encendidos. Guillaume entabló con el hombre una conversación cortés sobre el tráfico y el tiempo, y la cesta terminó disimuladamente en el asiento del copiloto mientras ambos se despedían con palmadas en el hombro como dos compadres que se encuentran por casualidad. Minutos después, el taxi se perdió entre bocanadas de humo negro por las ruidosas calles de París.

—¿Era ese tu contacto? —Margot se acercó a él.

—Sí. Baja la voz.

La tomó del brazo y la obligó a alejarse de allí, sin dejar de mirar por encima del hombro. No expulsaron el aliento contenido hasta que estuvieron sentados de nuevo en el tren que los llevaría de regreso a Abrigny.

Durante el viaje, Margot le relató lo sucedido en el compartimento de Uwe Vogel. Guillaume no hizo ningún comentario, pero las comisuras de su boca se desplomaron y su mirada se oscureció. Su mano morena sujetaba con fuerza la de Margot, aferrándola como un ancla, y no la soltó hasta que los contornos del puente ferroviario de Clermont se perfilaron en el horizonte.

Tras bajarse del tren fueron directamente a Le Phare. Sin embargo, en lugar de entrar en la casa se dirigieron a la parte trasera del jardín, donde la guarida de Guillaume los esperaba bajo tierra como una enorme boca hambrienta. Era evidente que Apolline había estado allí pues les había dejado provisiones en la mesa, pero ellos las ignoraron a pesar de que hacía horas que no habían probado bocado. Su hambre era de otro tipo. Se fundieron en un abrazo y muy pronto el alivio y la ternura dieron paso a algo más, algo mucho más intenso. Cuando sus bocas se encontraron fue como si las raíces se enredasen en sus pies, como si el techo se

desmoronase sobre sus cabezas, como si los árboles de la superficie bramasen lo que ellos eran incapaces de expresar con palabras: un deseo tan intenso que dolía.

El aire a su alrededor crepitó con una electricidad capaz de iluminar el mundo entero y ellos no vacilaron. Se dejaron caer en el colchón desaliñado y buscaron con avidez el peso del otro. Cuando Margot separó las piernas para recibirlo sintió que no era solo un cuerpo lo que acogía en su interior, era una sentencia. Era el final de su camino, aquel que había recorrido siguiendo el ovillo de hilo dorado. En el pasado, sus encuentros con Didier habían sido tiernos y llenos de delicadeza, pero ahora, con cada beso de Guillaume, con cada caricia, con cada embestida, le parecía estar asistiendo al nacimiento de una nueva Margot; una más oscura, una cuya sangre quería mezclarse con la de Guillaume, cuyos ojos deseaban atarse para siempre a los suyos y cuya piel anhelaba entreverarse con la suya hasta convertirse en parte de su tejido.

Ella, que nunca había creído posible que un corazón pudiese regalarse así como así, supo que el suyo estaba ahora y para siempre entre las manos de Guillaume, descarnado y expuesto, tan frágil como una criatura recién nacida.

Esa noche Margot no subió a dormir a Le Phare. Horas más tarde, mientras la luna lanzaba puñaladas plateadas a través de la entrada del agujero, los dos seguían abrazados sobre el colchón, bajo la manta de lana que olía a pólvora y a caballo. Todavía no eran conscientes, pero ambos recordarían durante mucho tiempo aquel abrazo sudoroso y lleno de promesas. No lo sabían, pero aquel momento sería su ancla y su refugio en los tiempos que estaban por venir.

Lo último que Margot vio antes de quedarse dormida fue una diminuta lombriz rosada que se paseaba entre los rizos de Guillaume, lenta y sigilosa, como si uno de sus pensamientos hubiese emprendido la huida hacia un lugar más seguro.

Dos días después, Margot y Guillaume estaban sentados ante la mesa de la cocina de Le Phare, escuchando las exclamaciones asombradas de los miembros de la red tras relatarles lo sucedido en el tren.

—De no ser por Margot, los documentos estarían ahora mismo en manos de los alemanes y nosotros muertos o en una celda —aseguró Guillaume—. Nos ha salvado a todos al meterse en la guarida de esa rata inmunda.

Apolline asintió satisfecha, como una maestra orgullosa de su mejor alumna. Jacob, en cambio, la miraba pensativo acariciándose la barbilla con dedos manchados de pólvora.

—¿Qué fue lo que te impulsó a entrar en su compartimento? ¿Acaso lo conoces?

—Annette y yo lo conocimos el día que saboteamos los tanques. —La aludida expulsó una bocanada de humo desde su lugar en la mesa y no dijo nada—. Pinchamos una rueda y él nos ayudó a conseguir un parche.

—Aun así, fue una decisión muy arriesgada. —El tono de Jacob era duro—. Es el hijo del comandante Otto Vogel. Si hubiera decidido registrar la cesta…

—¡Pero no lo hizo! —Guillaume dio un puñetazo en la mesa—. ¡Vamos, Jacob! ¡Toda decisión entraña riesgos, y tú lo sabes mejor

que nadie!

—La chica ha salvado a la red. —Yves intervino con voz calmada —. No seas tan duro con ella, Jacob. Fue una buena decisión.

Jacob no respondió. Guillaume y él se medían con la mirada, enfrascados en un combate mudo cuyas reglas solo ellos parecían conocer.

—Quizá sí —dijo finalmente el polaco—. El comandante Otto Vogel es un objetivo estratégico importante. Se dice que recibe sus órdenes directamente de Himmler. Conocer sus movimientos podría resultarnos muy útil.

—¿En qué estás pensando? —Guillaume alzó la voz.

Jacob lo ignoró y se volvió hacia Margot.

—Se ha fijado en ti, ¿verdad? ¿Le gustas?

—¡Claro que le gusta! —bramó Guillaume, furioso—. ¡Se la comía con los ojos cuando bajaron del tren! No irás a insinuar que…

Jacob alzó una mano para hacerlo callar.

—La situación en Francia está empeorando. No dejan de producirse detenciones, y nos han llegado rumores de que los alemanes pretenden llevar a cabo algo gordo, algún tipo de operación especial en París. Otto Vogel tiene que estar al corriente de todo, y sé de buena tinta que guarda una especie de diario o cuaderno donde recoge sus planes estratégicos. Si pudiéramos hacernos con él… —Jacob se acercó a Margot. Los ojos le brillaban como dos ascuas.

—¿No pretenderás que se lo pida a su hijo? —exclamó ella, alarmada.

—Claro que no. Lo que quiero es que lo robes.

—¿Disculpa?

—Jacob… ¿Qué estás diciendo? —Apolline se puso en pie arrastrando la silla.

El aire en la habitación pareció volverse más espeso. Margot miró a su alrededor: Yves meneaba la cabeza, sus largos brazos cruzados sobre la mesa como ramas caídas; Apolline estaba pálida y hasta la alegre Annette se parecía más que nunca a una muñeca de porcelana, lejana e inmóvil, y Guillaume seguía con los ojos fijos en Jacob, tan quietos como dos estanques. Se hablaban sin palabras, una extraña corriente vibraba entre ellos. A Margot se le puso el vello de punta al reconocer la emoción que vertían los ojos de Guillaume: era odio, odio puro y descarnado. ¿Qué estaba pasando allí?

—Escuchad. —Jacob se irguió en toda su altura—. Sabéis que la noche del 16 de julio celebrarán una fiesta en Villa Lorraine. Vogel ha invitado a los oficiales de mayor rango y a muchos de sus amigos colaboracionistas, entre ellos nuestra querida Apolline. —Hizo una reverencia burlona en su dirección—. Si Margot asiste y consigue acercarse al hijo quizá tenga la oportunidad de husmear en el despacho del comandante.

—¡Es una locura! —Apolline negó con la cabeza—. Es demasiado peligroso. Si alguien ha de hacerlo, dejad que sea yo. Como tú acabas de decir, me han invitado a la fiesta y creen que estoy de su lado. Nadie sospecharía.

—Ni hablar. —La respuesta de Jacob fue tajante—. Tú perteneces al grupo de «amigos» del comandante. ¿Cómo lo harías? ¿Dejándolo con la palabra en la boca y escabulléndote al piso de arriba? Demasiado arriesgado. Sin embargo, nadie sospecharía de una muchacha anodina que no forma parte del círculo íntimo de Vogel. Y

además… —Se detuvo, y en el aire quedaron flotando las palabras que no había pronunciado pero que todos intuyeron: «Y además Margot es más prescindible que tú».

—¿Y si utilizamos a la madre de la chica? —propuso Yves—. Mantiene relaciones con Otto Vogel, ¿verdad? Le sería muy sencillo entrar en cualquier estancia de la casa sin levantar sospechas. Podríamos intentar captarla para nuestra causa.

—¿Qué te hace pensar que no nos traicionaría? —Jacob meneó la cabeza. El desprecio que sentía por Delphine rezumaba de sus palabras, se vertía sobre Margot como un caldero de agua hirviendo —. Es su amante y, por lo que sabemos, está más que satisfecha con ese papel.

—¿Tú qué opinas, Margot? ¿Crees que podríamos confiar en ella? —insistió Yves.

Margot intercambió una mirada con Annette a través de la mesa. Recordó el día en que ambas la habían visto a la puerta de Le Chat Noir del brazo de Vogel, sus labios pintarrajeados, sus ojos bajos, su carne amasada como arcilla por las manos del comandante.

—No sé —dijo con un hilo de voz.

—La duda es motivo suficiente para descartarla —zanjó Jacob—. No podemos arriesgarnos. ¿Sabe Uwe Vogel que eres su hija?

—Creo que no, pero supongo que se acabará enterando.

—Entonces ¿ya está? ¿Así de fácil? —La voz de Guillaume era como una sierra oxidada—. ¿Dejamos que se meta ella sola en las fauces del león? ¿Y si la pillan? ¿Y si Vogel guarda ese cuaderno en otro sitio? ¿Y si…?

Jacob se acercó a él y le puso la mano en el hombro con un gesto que tenía algo de paternal a pesar de que ambos eran casi de la

misma edad. De nuevo se produjo entre ellos un extraño intercambio mudo, un baile de miradas. Un mensaje que solo ellos comprendían vibró en el aire; una pregunta fue hecha y fue contestada. Finalmente, Guillaume asintió y volvió a sentarse, con la cabeza entre las manos. Ni una sola vez miró a Margot.

—Bien. —Jacob se giró hacia los demás—. Sé que el plan es audaz y peligroso, pero si sale bien habrá merecido la pena. Salvaremos cientos, quizá miles de vidas.

—Margot todavía no ha dicho nada, y es ella quien tiene la última palabra —intervino Apolline. Las bolsas bajo sus ojos estaban flácidas, más oscuras que nunca—. Comprendes que es muy peligroso, ¿verdad, Margot? No tienes por qué hacerlo si estás asustada.

Margot le dedicó una sonrisa desprovista de humor. Por supuesto que estaba asustada y todos los sabían, como también sabían que no se negaría.

—¿Qué tengo que hacer exactamente? —preguntó tratando de que la voz no le temblase.

Jacob la miró con calidez por primera vez desde que se conocían.

—Viviste en esa casa los primeros años de tu vida, ¿verdad? ¿Recuerdas la distribución? —Esperó al asentimiento de Margot y continuó—. El despacho de Vogel está en la segunda planta, en la que anteriormente era la habitación de tu abuela. Hay una caja fuerte a la que no tendremos acceso, pero, según Hedda Ziegler, él guarda su cuaderno en un cajón del escritorio. No suele echar la llave. ¿Me sigues?

—Te sigo. —Margot estaba asombrada de lo bien que conocía Jacob todos los detalles sobre Villa Lorraine.

—De acuerdo. Toma esto. Solemos tener un par de estas a mano para misiones importantes.

Jacob le puso en la palma un libro muy gastado. Pesaba demasiado para ser un ejemplar tan pequeño, y cuando lo abrió, Margot se dio cuenta de que habían vaciado su interior para dejar hueco para una cámara de fotos, una Kodak 35 Rangefinder.

—Fotografía todo aquello que te parezca importante. Tengo un contacto en Vernuel, monsieur Auclair, que podrá revelar el carrete en un tiempo récord. Hace años trabajaba para *Le Figaro* en París y aún tiene un cuarto oscuro clandestino en su sótano.

Margot volvió a cerrar el falso libro, todavía admirada ante la amplitud de recursos con los que contaba Jacob. En la portada, junto al esbozo de un lóbrego castillo en medio del mar, podía leerse el título: *El conde de Montecristo*, por Alexandre Dumas.

—Un guiño a nuestra causa —comentó Jacob con voz suave—. Sobre todo, no dejes que caiga en malas manos.

—Tendré cuidado.

—Cuando obtengas lo que buscas, sigue comportándote como una invitada más hasta que termine la fiesta. Alterna con Uwe Vogel, baila, ríete, actúa con naturalidad. Si te cruzas con Apolline no hables con ella de nada que no sean banalidades, ya sabes que las paredes tienen oídos. Al día siguiente, acude con la cámara al *bar-tabac* de Bouchard y uno de nosotros te abordará. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—Guillaume tenía razón. Eres valiente, Margot.

Le colocó un rizo tras la oreja, en un gesto más mecánico que amistoso. Los dedos de Jacob estaban ásperos como la lija y fríos como un cubito de hielo. Buscó la mirada de Guillaume, pero el

joven permanecía inmóvil con la cabeza gacha, como tratando de descifrar las vetas de la mesa de madera.

El dedo de Jacob se detuvo al llegar a la curva de su mandíbula.

—Contamos contigo, Margot. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?

«Convertirse en un topo. Mentir. Sacrificarse. Enfrentarse de nuevo a la mirada de agua de Uwe Vogel, a su olor a savia y a madera nueva. Dejar atrás a Guillaume».

Margot inspiró hondo.

—Hasta el final.

1 de julio de 1942
Dos semanas antes de la fiesta

Margot detuvo la bicicleta al pie de la colina, con el peso de lo que estaba a punto de hacer revistiéndola como una armadura. Faltaban dos semanas para la fiesta y la red había insistido en que debía hacer las paces con su madre. «Conviene que estén de tu lado. Pule tus diferencias con ellas, o al menos fíngelo», había declarado Jacob.

«Al menos fíngelo».

Margot temía ese encuentro. ¿Sospecharían su madre y su hermana que su regreso no era del todo sincero? ¿Serían capaces de leer la verdad en sus ojos?

Emprendió el ascenso con la vista fija en las marcas que las ruedas dejaban en el suelo, similares a estrechas cicatrices. Villa Lorraine se elevaba a su derecha, con sus amplios ventanales brillando bajo el sol como enormes ojos abiertos. Advirtió que el

jardín estaba más cuidado que nunca, con los setos perfectamente podados y los parterres transformados en un estallido de colores. Había una persona sentada en uno de los bancos de mármol y no tuvo que mirarlo dos veces para reconocer a Uwe Vogel, muy concentrado en la lectura de un libro. Lo observó a través de la verja, escudada en la seguridad de que él no podía verla a ella. Se preguntó qué estaría leyendo. ¿Quizá una recopilación de los poemas oscuros e intensos de Hölderlin? ¿O estaría tratando de mejorar su ya excelente francés a través de las aventuras de Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan? La idea de que ya sabía muchas cosas sobre él la golpeó de pronto: sabía que era un ávido lector, que tenía los ojos de su madre y una relación complicada con su padre. Sabía también que le habría gustado construir un gran palacio como el Taj Mahal y que aborrecía la idea de la guerra, pero sin embargo trabajaba para un organismo militar. Sabía que las manos que ahora pasaban las páginas del libro tenían dedos largos y finos y que sus brazos estaban cubiertos por una pelusilla rubia, como plumón. Sabía que sus ojos eran tan claros que parecía imposible que guardasen secretos y que, sin embargo, había algo en él que le hacía pensar en una muñeca rusa, con cientos de miniaturas de sí mismo ocultas en su interior.

Un poco como ella misma.

«Te conozco», pensó.

Turbada, se subió de nuevo a la bicicleta y se alejó pedaleando lo más rápido que pudo.

La casita de las Aubier le pareció más pequeña que nunca cuando atisbó a través de la ventana de la cocina. Claire, sentada en su taburete de siempre, intentaba captar con acuarelas las filigranas de

sol que se filtraban a través de las cortinas. Margot sonrió. La visión de su hermana pequeña, mucho más sonrosada y regordeta que la última vez que la había visto, le alivió parte del peso que llevaba sobre los hombros. Era como una pepita de oro en el cauce de un río, dorada y única, digna de ser atesorada. Su mirada buscó a Violette, que estaba de espaldas a ella removiendo algo frente a los fogones. Sintió una puñalada de nostalgia al ver su melena rubia tan similar a la suya, la familiar curva de su espalda, los brazos largos y blancos con una hilera de pecas en la cara posterior del antebrazo, idéntica a la que recorría el suyo.

Tenía un bol de peras amarillas a su lado y parecía estar haciendo mermelada. Estaba claro que no había desistido en su afán por convertirse en la mejor ama de casa de todo Abrigny y no parecía estar lejos de conseguirlo, a juzgar por la impecable limpieza de los fogones que relucían como enormes ojos negros, lo mismo que las cacerolas, sartenes y ollas de latón que colgaban en ganchos de la pared.

Cuando Margot se decidió a entrar por fin, los ojos de sus hermanas se clavaron en ella como dardos asombrados. Las tres se quedaron paralizadas por un instante y después Claire se arrojó en su dirección como un zepelín rubio. Casi nunca daba abrazos, pero apoyó la cabeza en su hombro y emitió suaves gorjeos de alegría, como un pájaro feliz. Margot sonrió y le acarició la nuca, allí donde su melena se convertía en una pelusilla dorada, pero sus ojos estaban fijos en su hermana gemela, en la persona que, a pesar de su distanciamiento, había añorado de un modo visceral y doloroso.

—Has vuelto —constató Violette en un susurro.

—Sí. He vuelto.

Margot sintió pánico por un momento al no encontrar en el rostro de su hermana nada más que una estepa yerma. Pero entonces las comisuras de la boca de Violette se plegaron hacia arriba en una sonrisa y ella también se lanzó a sus brazos. Las tres se abrazaron y giraron en círculos por toda la cocina tal como solían hacer de niñas, sus risas elevándose en el aire como semillas de diente de león, chillando y jadeando, como antes, como cuando todo era más sencillo.

El momento de conexión duró muy poco. Claire regresó a sus pinturas y fue como si una ráfaga de aire frío se hubiese colado de pronto entre las gemelas. Violette tomó un cucharón y se puso a remover la mermelada que bullía en la olla. Como obedeciendo a una orden muda, Margot se puso a pelar fruta. El olor dulzón de las peras demasiado maduras inundó sus fosas nasales. Trató de recordar la última vez que habían estado así, cocinando codo con codo. No pudo.

—¿Mamá todavía no ha vuelto? —preguntó en tono neutro.

Violette se encogió de hombros y miró de reojo a través de la ventana, hacia el camino que subía a Villa Lorraine.

—Estará a punto de llegar. ¿Vas a quedarte?

—Por nada del mundo me perdería un tazón de esta compota.

—No. —Violette dejó el cucharón y la miró de hito en hito—. Me refiero a si vas a quedarte… aquí. Te hemos echado de menos —añadió bajando la voz.

Margot sintió una punzada de culpa ante la vulnerabilidad de su hermana.

—Quizá me quede unas semanas más en casa de la Bisset. Me ha contratado para ayudarla en la cocina, y resulta más sencillo que

andar yendo y viniendo…

Violette asintió brevemente, decepcionada.

—Pero vendré a menudo —se apresuró a añadir Margot—. Siento haber tardado tanto. Y siento mucho haberme enfadado…

Tosió. Tenía una bola en la garganta y no estaba muy segura de qué era más difícil de tragar: la decepción de su hermana o sus propias mentiras.

Se quedaron un largo rato en silencio, ambas con la mirada fija en la mermelada humeante. Después, muy poco a poco, como quien suelta canicas en el suelo para comprobar su rebote, Violette empezó a hablar. Charló sobre temas banales y cotidianos: las cosechas que habían madurado antes de tiempo, el nacimiento de cuatro bebés en el pueblo y tres nuevos anuncios de boda, incluido el de Marie Bernard y Louis Taupeau, que habían tenido que comprometerse a toda prisa después de haber sido sorprendidos en un granero tal como Dios los había traído al mundo. Margot escuchaba en silencio, intercalando asentimientos y «ajás» en los lugares adecuados. Su querida hermana, tan frívola, tan cándida, tan inconsciente en sus ingenuos intentos por fingir que la guerra no existía. Huía como de la peste de los temas espinosos, y en ningún momento mencionó la relación de Delphine con Otto Vogel, ni que Lucie seguía viéndose con Kaspar, ni a los vecinos que desaparecían o desertaban ni las esvásticas que coronaban el pueblo. A pesar de todo, esa charla insustancial fue para Margot lo más parecido a un hogar que había sentido en mucho tiempo, un eco de un pasado mejor en el que ella también podía permitirse ser inocente.

—Y la noche del 16 de julio se celebrará una fiesta en Villa Lorraine —comentó Violette con timidez, tan avergonzada como si

ella fuese la organizadora—. Irá mucha gente y…

—Algo he oído sobre eso —murmuró Margot, súbitamente alerta.

—Casi todos serán alemanes, claro, pero asistirán muchos franceses. El alcalde Touvier está invitado y creo que también tu patrona, Apolline Bisset… Dicen que se lleva muy bien con el comandante Vogel. —Violette hablaba atropelladamente, como temiendo despertar de nuevo su ira—. Traerán una orquesta desde París, y creo que van a servir esos *croissants* pequeñitos que tanto te gustan. Y paté de *canard…* Jamás he probado el paté de *canard…*

—Suena bien. Quizá yo también asista —interrumpió Margot, deseosa de detener su suplicante perorata.

Los ojos de Violette se abrieron de par en par, mostrando tanta alegría que Margot bajó los suyos.

—¿De verdad?

—De verdad. Bueno, siempre que consiga hacerme con una invitación…

—¡Oh! No habrá problema por eso. El comandante le dijo a mamá que podían asistir sus hijas. Incluso le ha regalado un vestido… —Se detuvo ruborizada, reacia a adentrarse por los espinosos caminos de la relación entre su madre y el nazi.

—Qué amable de su parte. —Margot trató de ocultar la ironía de su tono sin conseguirlo del todo—. La verdad es que hace siglos que no vamos juntas a una fiesta.

—¡Hace siglos que no vamos juntas a ningún sitio! —Los ojos de Violette se iluminaron como farolillos—. Y además quiero que estés a mi lado porque hay alguien… —Titubeó con las mejillas rojas, los ojos bajos, el aire avergonzado de quien está a punto de revelar un

secreto—. Hay alguien que me gusta y que estará en la fiesta. Necesitaré de tu apoyo para no morir por sobredosis de vergüenza.

—Ah, ¿sí? —Margot sintió que la lengua se le volvía de cartón. Sus pensamientos se agitaron como pájaros: «Por favor, que sea cualquier otro. El chico de los recados, el lechero, el hijo del alcalde…».

—Y, Margot, no quiero que te enfades pero… es alemán.

«No, por favor. Él no». Margot sintió que algo en su interior se rompía, como si sus huesos se quebraran en trozos minúsculos mientras se enfrentaba a algo en lo que hasta entonces había evitado pensar.

—Lo sé. Sé que los odias a todos. —Violette interpretó mal su crispación—. Pero él no es como los demás. No es un soldado, no está de acuerdo con la guerra y además…

Un ruido de pasos resonó desde el jardín. A través de la ventana abierta Margot divisó a Delphine, que se acercaba por el camino de Villa Lorraine. Deseó que su madre caminase más deprisa, que a sus pies les creciesen alas, que le diese tiempo de llegar a la casita antes de que su hermana pronunciase las palabras que terminarían por romperlas a ambas.

—Todavía no te he dicho su nombre. Creo que te llevarás una sorpresa cuando sepas quién es…

«No, Violette. Por favor, no lo digas».

Violette abrió la boca. La mano de Delphine estaba ya en el picaporte. Margot sintió las paredes desplomándose sobre ella. ¿Por qué de pronto parecía que no había aire en esa habitación? Las palabras de Apolline resonaron en su mente: «Llegará un momento en el que tendrás que elegir».

—Es Uwe. Uwe Vogel. El hijo del comandante.

Delphine entró, sus ojos y su boca formando círculos perfectos ante la sorpresa de ver allí a la hija pródiga. Margot se precipitó a sus brazos evitando responder a su hermana, evitando enfrentarse a ella, evitando mirarla con los ojos de alguien que estaba a punto de romperle el corazón.

12 de julio de 1942
Cuatro días antes de la fiesta

Delphine repasó por enésima vez la lista de suministros. Las velas y las flores estaban encargadas desde hacía semanas y las botellas de vino, recién traídas de la región de Borgoña, se apilaban en la bodega. Otto quería que la fiesta fuese perfecta, un acicate que levantase el ánimo a sus oficiales y les hiciese olvidar la gran derrota del último invierno en las desoladas estepas rusas, cuando estaban solo a unos pocos kilómetros del Kremlin.

Solo un año atrás se habría reído a carcajadas si alguien hubiese insinuado que estaría ayudando a un comandante de la Wehrmacht a organizar una fiesta. Sin embargo, ahí estaba. Se había pasado semanas corriendo por el pueblo como un pollo sin cabeza comprando bloques de hielo, harina y azúcar para hornear los dulces, bombonas de gas para los fogones. Se había enfrentado una vez más a los cuchicheos y a las miradas de odio (y a algunas de envidia) porque su relación con Otto Vogel hacía tiempo que había dejado de ser un secreto en Abrigny. «La amante del nazi —decía la gente entre susurros—. La mujer del comandante». Lo primero era

cierto, lo segundo no. Ella sabía de sobra que no era su mujer, que la única que alguna vez había merecido ese título acabó con el cuerpo destrozado entre los escombros de un edificio de Berlín.

De vez en cuando, en esa cárcel extraña y laberíntica en que se había convertido Villa Lorraine, Delphine se cruzaba con el hijo, Uwe, un muchacho más alto de lo que le había parecido en el retrato, espigado como un brote primaveral. Había observado que apenas existía contacto entre padre e hijo, casi no se hablaban y ni siquiera se rozaban cuando se cruzaban por los pasillos. Otto le había explicado que era arquitecto y que estaba haciendo grandes trabajos para el Reich. A Delphine le parecía más bien un trovador medieval, con sus ojos soñadores y sus manos de dedos largos que parecían hechos para tañer las cuerdas de un arpa.

El comandante era un enigma para ella. Era un hombre rudo y silencioso, embebido de ideas de gloria, tan fanático como el propio Hitler. Delphine no se engañaba a sí misma: no había ni rastro de cariño en sus abrazos, ni pizca de ternura en el modo en que se abalanzaba sobre ella por las noches, ni complicidad en sus largas peroratas ensalzando las maravillas de la *Vaterland*: el Rin, el Danubio, el mar de Wadden, lugares pintorescos que, para ella, quedarían ya para siempre etiquetados como territorio enemigo. También era un hombre frágil, en cierto sentido. A veces terminaba su jornada de trabajo con el rostro demudado y las manos temblorosas, y solo se calmaba después de tomarse varias copas de Jägermeister. Delphine pensaba a menudo que el alcohol y el cuerpo de ella eran los únicos remedios capaces de hacerle olvidar las cosas que había hecho, la sangre que se había vertido en su nombre. Algunas noches el comandante se dormía abrazado a ella, prendido

a su pecho como si ahí encontrase un lugar seguro, pero otras veces Delphine lo sorprendía mirándola con odio, y comprendía que la estaba comparando con aquella mujer de cara redonda y expresión dulce que los observaba desde el cuadro del salón. Esas noches eran las más duras, y Delphine amanecía al día siguiente con nuevos cardenales, con arañazos relucientes cruzando su espalda como el mapa de una conquista.

Sobrevivir, esa era la clave. Sobrevivir y mirar hacia el futuro.

Se consolaba pensando que, al menos, se había reconciliado con Margot. Delphine sonrió al recordar la enorme alegría que había sentido días atrás, cuando regresó a casa y encontró juntas a sus tres hijas, casi como antes de la guerra. Desde entonces, Margot se había dejado caer en la casita de las Aubier al menos un rato cada tarde, a pesar de que seguía viviendo en Le Phare. Pero había algo nuevo en ella, algo distinto. Algo oscuro que se suponía que nadie debía ver pero que Delphine intuía con sus perspicaces ojos de madre. No podía pasar por alto la espalda tensa de su hija, sus puños apretados, el modo en que sus ojos rehuían los rostros de los demás y sus manos se hundían en sus bolsillos como para evitar el más mínimo roce con su familia. A veces la sorprendía estudiándolas con avidez, con la mirada clínica del carnicero que contempla una ternera antes de hincarle el machete. Casi daba miedo.

Trató de apartar de sí los pensamientos oscuros y echó otro vistazo a la lista de tareas. Se recordó mentalmente que debía comprobar que las guirnaldas con la bandera del Reich estuviesen bien atadas a los aleros antes de la fiesta, una hilera de retales rojos con las oscuras esvásticas como arañas ondulantes, creando un efecto imponente y perturbador a la vez. Plegó la lista y su mirada

recayó en el paquete envuelto en papel azul que había sobre la mesa de té. El día anterior, Otto le había entregado el vestido que debería llevar en la fiesta y que él mismo había escogido: un modelo gris perla sin mangas, con capa floreada de encaje, sobrio pero no demasiado ostentoso y, por supuesto, de segunda mano. El tipo de vestido que una esposa jamás llevaría pero que quizá un ama de llaves se pondría. El tipo de vestido que le recordaba su lugar. Delphine acarició la tela tornasolada, preguntándose qué habría sido de su dueña, dónde estaría ahora la mujer cuyo corazón había palpitado bajo ese tejido. El vestido, por supuesto, provenía del botín de *Fundsachen* del sótano.

Así era como Otto llamaba a todas aquellas cosas: *Fundsachen,* objetos perdidos en alemán, como si realmente sus dueños los hubiesen extraviado. En realidad, eran el producto del saqueo en redadas en toda la comarca del Loira, y sus propietarios yacían en fosas comunes o languidecían en campos de concentración. Todos los viernes llegaban docenas de cajas en un furgón que al principio se habían apilado sin orden ni concierto en el sótano de Villa Lorraine, hasta que a Otto se le ocurrió la brillante idea de que Delphine y Sabine Labonne, que seguía ocupándose de las tareas de limpieza, serían las encargadas de clasificarlos.

Delphine odiaba esa tarea con todas sus fuerzas. Había tratado de escaquearse, pero Otto se había mostrado inflexible, afirmando que todos debían ayudar al Reich y trabajar para la *Vaterland*. Como si ella no trabajase lo suficiente para la *Vaterland* noche tras noche, entregando su cuerpo a uno de sus más destacados miembros.

Dos horas al día, Sabine y ella se inclinaban sobre aquellas cajas de cartón de contenido variopinto: gafas, libros, zapatos, ropa

interior, abrigos de visón o humildes delantales de campesina. Su tarea consistía en separarlos por categorías, comprobando que todas las estrellas judías habían sido descosidas de la ropa y que no quedasen joyas o monedas ocultas en dobles forros o dobladillos. Una vez clasificados, los objetos eran trasladados a otro lugar y Delphine no tenía ni idea de cuál era su destino, quizá se enviaban a la Oficina de Asuntos Judíos en París. De vez en cuando, Delphine veía que algunos oficiales, como Maxim von Kleist o Kaspar Fischer, metían mano a los cajones de las joyas o los relojes, como mercenarios cobrándose un peaje de sangre.

Ella no podía dejar de preguntarse a qué niña pertenecería ese vestidito, qué jovencita ilusionada luciría ese traje de novia o qué sabio profesor llevaría esa chaqueta con manchas de tiza en las mangas cuando fue detenido. Algunas prendas llegaban hechas trizas, y solo debían quitarles los botones y las cremalleras. Esas eran las peores. Delphine era incapaz de acostumbrarse a las manchas de sangre seca, al olor acre del miedo y el sudor que todavía impregnaba los cuellos de las camisas. Las prendas eran como un mapa de infames torturas. Algunas tenían una única mancha en el pecho, roja y brillante como un capullo de rosa: el fruto de un disparo. En otras la sangre había salpicado aquí y allá, narrando la crónica de una larga agonía. Algunas camisas de hombre estaban rasgadas a la altura del vientre.

—Los rajan ahí mismo —le había confiado Sabine en un susurro horrorizado—. Los destripan como a cerdos. Mi Denis me lo ha contado.

—¿A quiénes?

—A los prisioneros políticos. A los judíos. A los miembros de la Resistencia. A todos los que caen en sus manos.

De cuando en cuando, Otto se pasaba por el sótano para verlas trabajar en silencio, sus manos volando veloces a través de aquel botín de la vergüenza. A veces las obsequiaba con algún vestido, para ellas o para sus hijas. Ellas los aceptaban en silencio, evitando mirar la huella de tejido desgastado en la pechera, el lugar donde había estado cosida una estrella amarilla.

Dos breves timbrazos en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Fue a abrir suponiendo que se trataba del muchacho de la tienda de comestibles y se sorprendió al encontrarse con la mirada plácida de Apolline Bisset. Conocía a la mujer de vista, aunque apenas había intercambiado un par de palabras con ella. El comandante hablaba de ella con admiración, considerándola una mujer culta y de mundo. Sabía que era progermánica y que no ocultaba sus ideas. Por si fuera poco, era la mujer que había dado refugio a Margot tras su gran discusión. Al parecer, su hija era capaz de perdonar a una extraña que se relacionase con los alemanes, pero no a su madre. Las dos mujeres se observaron con cautela, separadas por el umbral de la puerta.

—Lamento molestarla a estas horas. —Apolline la obsequió con una sonrisa dulce—. Venía a dejarle esto. —Le tendió un montón de discos de gramófono—. Para la fiesta, ¿sabe? Son óperas de Wagner: *Parsifal, Lohengrin*…, un poco de todo. Al comandante le gustan mucho y quizá quiera intercalar un poco de música clásica entre las canciones populares.

Delphine aceptó los discos. Era cierto que al comandante le complacía la música oscura e intensa del compositor alemán.

—Gracias. Es todo un detalle.

—¿Le importa que pase un momento?

Delphine se hizo a un lado. La Bisset olía a perfume de violetas y las profundas arrugas de su rostro se parecían a los surcos de un arado. Le indicó que esperase en el salón y fue a la cocina para preparar café. Sacó también una bandeja con dulces alemanes.

—¿A usted también le gusta la música alemana? —preguntó Delphine sirviendo el líquido humeante en las tazas.

—Me gusta la buena música, alemana o no. Algunas sinfonías de Wagner son tan magníficas que llegan a esos lugares que las palabras no alcanzan.

Se acercó al gramófono de Otto y colocó uno de los discos en el plato giratorio. Las notas llenaron la estancia, narrando los amores de Tristán e Isolda. Era una música tan bella que parecía casi obscena en los tiempos que corrían.

—¿Y a usted, Delphine, le gusta la ópera?

—Soy una mujer sencilla. Nunca he tenido demasiado tiempo libre para disfrutar de la música.

—¿Y no se ha preocupado Otto de introducirla en este tipo de placeres mundanos?

Delphine no respondió. El tono suave y ligeramente burlón de Apolline le provocó un escozor de vergüenza. No sabía qué pensar de aquella mujer bajita y elegante, con el tono de piel níveo y ojos tan agudos como los de un águila. Había algo en ella, una energía convincente, una especie de fuerza interna. Casi podía entender por qué Margot parecía admirarla tanto.

—Mis disculpas. Ha sido un comentario impertinente —reconoció Apolline con voz suave—. Con la edad, una se vuelve muy indiscreta.

Por cierto, esos *waffeln* tienen un aspecto estupendo. ¿Los ha hecho usted misma?

—Sí. —Delphine le sirvió unos cuantos en un plato—. A Otto… al comandante le gustan mucho.

Apolline sonrió. Sus dientes, pequeños y afilados, contrastaban en blancura con la capa de azúcar glas que cubría los dulces.

—Es usted una buena mujer, Delphine. Y una buena madre.

—No sé si Margot estaría de acuerdo con esa afirmación. —dudó ella con tono amargo.

—Margot se dará cuenta con el tiempo.

—¿Usted cree?

—No lo creo, lo sé. Los jóvenes piensan que todo es o negro o tan blanco como este azúcar. Los que ya somos viejos sabemos que es casi imposible llegar a nuestra edad con la conciencia inmaculada como las enaguas de una doncella. Margot lo entenderá algún día.

Delphine sirvió más café, sintiendo una reconfortante sensación de paz. De un modo que no era capaz de precisar, las palabras de Apolline tenían el efecto de liberar parte de la carga que llevaba sobre los hombros. De pronto sintió deseos de hablar, de confiarse a aquella desconocida. Otto había comentado una vez que la Bisset era como un sacerdote, un receptáculo para las confesiones de todo tipo. Era cierto.

—A veces me siento como si un huracán hubiese puesto del revés nuestras vidas, dejando a su paso un montón de escombros y basura. Me pregunto si seremos capaces de recoger los pedazos de lo que éramos cuando todo esto acabe —murmuró.

—Nunca subestime la fuerza de una familia unida —dijo Apolline —. No hay nada más fuerte en el mundo que el borboteo de la

sangre compartida. Más fuerte incluso que los disparos y los cañonazos.

—¿Tiene usted hijos?

—Tuve uno. Discutimos y se marchó de casa. Murió en los bombardeos sobre París. —Bajó la mirada—. No nos dio tiempo a reconciliarnos.

—¿Y aun así me dice que tenga fe en la sangre compartida? —La miró asombrada.

—Aun así. Somos madres, Delphine. Una madre lo es hasta el final.

Delphine no respondió. Sirvió más café, y las volutas de humo se elevaron de las tazas y juguetearon con las líneas de sus rostros. Dos mujeres solas, tratando de mantener el delicado equilibrio entre sus vidas y las de sus hijos, sin importar que ellos se hubieran desprendido de ellas como quien despoja una nuez de su cáscara. Dos madres a quienes la guerra y la vida habían dejado exhaustas, rotas. En ese momento, sus rostros abatidos aparentaban al menos cien años.

El silencio que se había instalado entre ellas se rompió con el sonido de unos pasos tan leves que parecían de pájaro. Delphine no tuvo que girarse para saber que era Claire. Había empezado a llevarla con ella algunos días a Villa Lorraine, cuando Otto estaba ausente. La niña se pasaba el tiempo pintando en la cocina, donde Sabine Labonne la vigilaba con ojo benévolo.

Delphine la miró. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas muy tirantes —obra sin duda de las hijas de Sabine, que disfrutaban peinándola como si fuese una muñeca—, la blusa por fuera de la falda y un calcetín de distinto color en cada pie. Sujetaba su querido

cuaderno en una mano y llevaba un lápiz en precario equilibrio tras una oreja, como un carpintero. Tarareaba una canción con voz monocorde y sonreía a la vez, una sonrisa que al no ir dirigida a nada ni a nadie en particular parecía un poco turbia.

—Es Claire, mi hija pequeña.

Delphine miró atentamente a Apolline, estudiando su reacción. Algunas personas se mostraban azoradas cuando conocían a Claire, otras sentían pena o rechazo. Apolline, sin embargo, reaccionó de un modo que Delphine jamás había visto antes. Se quedó petrificada, con la taza a medio camino entre la mesa y su boca, sus labios abiertos en forma de O, como si en lugar de una persona hubiese entrado un unicornio en la habitación. Dejó la taza en la mesa con tanta fuerza que vertió la mitad de su contenido sobre el mantel.

—Está… Ella es un poco especial… —aclaró Delphine mientras se apresuraba a limpiar el desaguisado.

Apolline ni siquiera la escuchaba. Se acercó a la niña y se agachó con torpeza a su lado, sin dejar de mirarla a la cara.

—Claire. Es un nombre precioso. ¿Y qué tienes ahí, Claire? ¿Un cuaderno de dibujo? ¿Me dejas verlo?

—No habla y además es muy tímida con los extraños —explicó Delphine—. No creo que… —Se interrumpió.

Claire no solo no parecía molesta ante aquella desconocida que invadía su espacio, sino que incluso dejó que le tomase de las manos el cuaderno. Las cabezas de ambas se inclinaron sobre los dibujos, muy juntas.

—Son maravillosos. Tienes mucho talento, Claire.

—Le encanta dibujar —comentó Delphine con un hilo de voz.

—Y tienes manos de pintora, también. —Apolline le tomó suavemente la mano derecha—. Con estos dedos tan largos y finos, ideales para sujetar los pinceles. Casi nadie tiene unas manos así.

Delphine las observaba, anonadada. Los dedos de Apolline, cortos y regordetes, eran la antítesis de los de Claire, pero las manos unidas de ambas parecían encajar de un modo extraño.

—Estoy asombrada. Normalmente no deja que ningún extraño la toque.

—Pues por algún motivo no me considera una extraña. —Apolline sonrió—. ¿Sabes, Claire? Tengo en mi casa una caja con cientos de pinturas y lápices de colores, estoy segura de que te gustaría mucho que te los prestase.

—¿También pinta usted? —preguntó Delphine.

—¿Yo? Sería incapaz de hacer un garabato ni aunque mi vida dependiese de ello. No, no son míos. Pero Claire puede venir cuando quiera a Le Phare y pintar hasta hartarse. Lo cierto es que me encantaría que lo hiciese. Si a ti te parece bien, claro —añadió tuteándola.

Delphine asintió, todavía atónita. Apolline se levantó para marcharse y los ojos de Claire la siguieron hasta que alcanzó la puerta.

—Un placer conoceros a las dos, Delphine. Nos veremos en la fiesta.

Se quedó observando por la ventana cómo la mujer emprendía el descenso de la colina, como una bola de algodón rodando despacio bajo el sol.

16

Abrigny, 16 de julio de 1942

La noche de la fiesta en Villa Lorraine comenzó como cualquier otra noche de verano, con enjambres de mosquitos zumbando bajo los faroles y una cresta de luna asomando tímidamente sobre el pueblo. Para la mayoría de los habitantes de Abrigny fue una noche común y corriente, una más en el lento devenir de la guerra. Para las gemelas Aubier fue una herida cuya cicatriz tardaría años en dejar de supurar.

Margot subió la colina tambaleándose sobre los zapatos de tacón que le había prestado Apolline. Ella también le había proporcionado el vestido: un diseño de seda negra reluciente que se ajustaba a su figura. Era sencillo y a la vez espectacular, el tipo de vestido que llevaría una de esas actrices de Hollywood que tanto admiraba Violette. En el pequeño bolso de pedrería que colgaba de su hombro se escondía la edición falsa de *El conde de Montecristo* con la cámara en su interior.

Un soldado custodiaba la verja del jardín. Margot le dedicó una sonrisa a la que él no correspondió y le dijo su nombre.

—Soy la hija de Delphine Aubier —añadió—. Es… ella es cercana al comandante Vogel.

El alemán consultó la lista de invitados y después le hizo una seña para que le entregase su bolso. Inspeccionó el lápiz de labios, el ovillo de hilo dorado y el par de medias de repuesto. Su mirada se detuvo en el libro falso.

—Me gusta leer —explicó Margot con voz temblorosa—. A veces, entre baile y baile…

El hombre se dignó hablar por fin.

—Allá cada cual con sus rarezas, mademoiselle. Pero tengo que quedarme con esto. —Se adueñó del encendedor plateado y del paquete de Gauloises que le había cogido prestados a Annette.

—¡Oh, sí! Por supuesto.

Respiró aliviada, apretando el bolso contra su pecho. Podían quedarse con todos los encendedores que quisieran. Si los aliados ganaban la guerra, ellos serían los siguientes en arder.

Atravesó el jardín hacia el vestíbulo, que relucía como un diamante. Del techo colgaban dos enormes arañas y su luz se reflejaba en los suelos de madera y en las copas de champán alineadas sobre las mesas. El salón estaba lleno de invitados: hombres uniformados y mujeres con vestidos de gala, y el zumbido de las conversaciones recordaba a un enjambre de abejas somnolientas. Habían colocado un palco y la orquesta tocaba música popular alemana.

Margot examinó la multitud en busca de caras conocidas. No vio a su madre ni a Violette por ninguna parte, pero sí a Apolline, muy elegante con un vestido color verde y una estola de piel de zorro con patas y cabeza incluidas. Estaba inmersa en una conversación con varios alemanes y parecía encajar como pez en el agua. Hedda Ziegler, la secretaria de Vogel, la saludó con alegría y ambas mujeres

se besaron las mejillas empolvadas. Kaspar, el novio de Lucie, también andaba por allí con sus mofletes de ardilla muy ocupados triturando entremeses fríos. Al parecer, no había considerado necesario llevar a Lucie con él.

—*Prosit!*

Una voz ronca se alzó desde el fondo de la sala, y los invitados se giraron hacia ella como marineros atraídos por el canto de una sirena.

—*Prosit!* —bramaron al unísono.

Margot oteó entre el mar de cabezas para ver quién era el artífice del brindis y descubrió al comandante Otto Vogel. Su cráneo casi rasurado brillaba de sudor y su postura era firme y airada. Exudaba poder y determinación, y Margot no pudo evitar hacer una mueca. Ese hombre que parecía un guerrero recién salido de una saga nórdica era en realidad un monstruo.

—¡Margot!

La voz la sobresaltó y giró sobre sus tacones para encontrarse con la sonrisa sorprendida de Uwe Vogel. Ella le sonrió también, consciente del modo en que sus ojos recorrían su cuerpo de arriba abajo, desde su pelo recogido que le dejaba el cuello al descubierto hasta su estrecha cintura acentuada por el vestido y sus largas piernas que brillaban como alabastro. Se abrió paso entre un grupo de invitados para aproximarse a él.

—Me alegro de verte otra vez —dijo Margot poniéndose de puntillas para acercarse a su oído.

—¡No esperaba encontrarte aquí! —Su sonrisa era tan amplia y sincera que casi resultaba dolorosa—. ¿Cómo has conseguido

colarte? Te habría invitado yo mismo, pero no creía que te interesase venir a una fiesta como esta.

—Pues ya ves. —Margot abarcó el salón con un gesto de las manos—. No todos los días tiene una la oportunidad de contemplar todo este despliegue. Además, me encanta el paté de *canard* —añadió agarrando un canapé y metiéndoselo en la boca.

—Eres una caja de sorpresas. —Él alargó la mano para coger dos copas de champán y le tendió una. El líquido ambarino le hizo cosquillas en el paladar—. Mira, creo que madame Bisset va a tocar el piano.

Siguió con la vista el dedo de Uwe. La orquesta estaba haciendo un descanso y Apolline había aprovechado para acercarse al enorme piano de cola, una reliquia de tiempos de la matriarca Aubier. Bien metida en su papel, interpretó todo un repertorio de piezas de Schubert para deleite de los invitados, que interrumpieron sus conversaciones para atenderla. Incluso el comandante seguía el compás con el pie con expresión satisfecha.

Una hilera de camareras con cofias y delantales blancos entraron por un lateral del salón llevando los platos fuertes: costillas, salchichas de Baviera y codillos asados tan rollizos como las piernas de un bebé. Tras ellas iba Delphine supervisándolo todo, asegurándose de que hubiese servilletas en las mesas y de que todas las poncheras estuviesen llenas. Atareada y nerviosa, como una grulla en un campo recién segado. De vez en cuando, sus ojos viajaban hacia la alta figura del comandante, como buscando aprobación. Margot sintió una oleada de náuseas y cogió una segunda copa por ver si encontraba alivio en las burbujas del champán. No reconocía a su madre en aquella mujer sumisa y

cabizbaja. Buscó la mirada de Uwe; también él observaba a Delphine y una fina línea había aparecido en su frente. ¿Estaría recordando a su madre muerta y odiaría a la francesa que había ocupado su lugar en el lecho del comandante?

Apolline desgranó las últimas notas de la *Wanderer* de Schubert y aceptó sonriente los aplausos. Pronto estuvo enfrascada en animada conversación entre un grupo de alemanes, y Margot envidió su presencia de ánimo. Sin duda iba en pos de más manos que estrechar, más secretos que desvelar, más información que reunir. Y ahí estaba ella, con la cámara en el bolso y sin haber avanzado nada en su misión.

La orquesta tomó de nuevo su lugar y comenzó a sonar una melodía lenta y melancólica. Algunas parejas se pusieron a bailar en el centro del salón, los uniformes de ellos contrastando con los vestidos llenos de lentejuelas de sus acompañantes. Sin mediar palabra, Uwe le ofreció la mano y los dos se abrieron paso entre los bailarines hasta encontrar un hueco. Comenzaron a balancearse suavemente, al son de una canción que a Margot le resultaba levemente conocida.

—*La nuit s'est faite…* —tarareó Uwe en su oído como si le hubiese leído el pensamiento—. Un buen cambio respecto a todas esas canciones sobre el honor y la guerra.

Una mujer francesa, la misma que Margot había visto salir de Le Chat Noir del brazo de Maxim von Kleist, se aclaró la garganta y comenzó a cantar acompañando a la música. Las palabras flotaron en el aire como insectos perezosos.

Uwe sonrió con tristeza y colocó una mano en su nuca, acercándola más a él. Margot no respondió. Sentía sus manos como

brasas calientes sobre su piel recorriendo la curva de su hombro hasta llegar a la espalda. ¿Habría tocado así a Violette en aquel baile en Les Pommiers, como un compositor siguiendo las líneas de un pentagrama recién inventado? Algo le decía que no, que esa mirada azul que rezumaba preguntas estaba destinada solo a ella. Que ella, con su actitud irreverente y sus ojos fieros, había sido la elegida.

«Es solo una máscara —se repitió a sí misma mientras las manos de Uwe seguían acariciando su espalda—. Una mentira».

Pero cuando él apoyó su frente contra la suya y la envolvió su olor a bosque y a cañaveral agitado, supo que sería la mentira más difícil de su vida.

De pie frente al espejo de su cuarto, Violette se pintó los labios con cuidado, dos líneas rojas y tensas que contrastaban con la palidez de su rostro. Sentía el estómago vertiginoso y vacío, como un pozo sin fondo. Al fin había llegado el momento de encontrarse de nuevo con él, de bailar otra vez entre sus brazos. Quizá de besarlo por fin.

«Todo irá bien», trató de convencerse a sí misma. No importaba que él no hubiese hecho ningún intento por verla ni contactar con ella, seguro que estaba demasiado ocupado con los importantes asuntos del Reich. Tampoco importaba que no se hubiera parado a saludarla un día que se cruzaron en el camino de la colina, seguro que tenía mucha prisa. Y ni siquiera importaba que hubiese descubierto a Margot aquella noche en el jardín, bañada por la luz albina. No importaba que sus ojos se hubiesen humedecido de anhelo ni que el aire hubiese crepitado a su alrededor. No, no

importaba en absoluto, porque Violette al fin había contado su secreto a su gemela, y Margot jamás haría nada que la hiriese.

Atravesó el jardín de Villa Lorraine a paso ligero. El recibidor estaba precioso y la abundancia de rostros maquillados le recordó a Lucie, que iba a perderse la fiesta por culpa de un inoportuno virus estomacal. Pensó que era una lástima que su amiga no estuviese allí para contagiarla de un poco de su seguridad en sí misma. Decidió quedarse en un rincón del salón y esperar a Uwe mientras contemplaba el panorama. Siempre se le había dado bien mirar sin ser vista.

Para calmar los nervios, se entretuvo contando los rubíes falsos del collar de una de las jóvenes que bailaban en la pista improvisada en medio del salón. Eran ocho, de un rojo irisado, y brillaban tanto como los dientes en la sonrisa de su dueña. Parecía que todo el mundo se había puesto sus mejores galas para el baile. Violette vio pañuelos Hermès, muselinas bordadas a mano, guantes de un encaje tan antiguo que parecía que iba a disolverse en contacto con el aire. Muchas mujeres habían desempolvado las últimas prendas que la escasez había respetado. Otras, como ella misma, llevaban vestidos que habían pertenecido a otras personas. Las alemanas vestían con menos estilo que las francesas, con feos zapatos planos y gruesas trenzas de estilo Gretchen.

De repente lo vio a él, oscilando con movimientos elásticos entre el mar de bailarines, como un cisne entre ocas. Su pelo claro y la cuadratura de sus hombros eran inconfundibles. Se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que estaba bailando con una mujer, una joven a la que no podía ver el rostro por encontrarse de espaldas, pero que iba enfundada en un maravilloso vestido negro y llevaba el

pelo, rubio y brillante, recogido en la nuca. Era preciosa y sofisticada, mucho más de lo que ella sería nunca, y Violette la odió con todas sus fuerzas.

Ambos giraron, y entonces pudo ver la cara de la muchacha. La bilis inundó su garganta. Se sujetó a la pared como un gato sin uñas, temerosa de desplomarse a la vista de todos.

Margot. Con él. Mirándolo a los ojos y sonriendo con labios tan rojos como una herida. Bailando entre sus brazos como si ese fuera el lugar al que pertenecía, los mismos brazos largos y cubiertos de vello dorado con los que ella había soñado y fantaseado durante semanas. Los brazos deberían estar rodeándola a ella, a Violette, conteniéndola como un dique. Uwe miraba a su hermana del mismo modo que la había mirado aquella noche en el jardín: como si Margot fuera un destello que lo cegase, incapacitándolo para ver a nadie más a su alrededor. Esos ojos deberían haber mirado a Violette, solo a Violette, deberían haberse derramado sobre ella como una tormenta sobre un campo reseco.

Las náuseas la asaltaron casi sin avisar y tuvo el tiempo justo de salir corriendo escalera arriba para dejar en el retrete un torrente de bilis, de rabia y de deseo.

Margot percibió por el rabillo del ojo un movimiento rápido al otro lado del salón. Hizo girar a Uwe para tener una mejor perspectiva y le pareció ver una melena dorada muy similar a la suya que se perdía entre las sombras del pasillo. Violette. Los pies se le volvieron de plomo, se negaron a seguir bailando. Se sentía mareada y una constelación de diminutas estrellas titilaban ante sus ojos.

—¿Te encuentras bien? —Uwe la miró preocupado, y ella se zafó de su brazo como si el contacto le quemase.

—Yo… solo… Tengo calor.

—¿Puedo traerte algo? Un vaso de agua, un canapé…

Ella negó con la cabeza. Se dio cuenta de que ambos estaban parados en el charco de luz proyectado por la lámpara de araña. Sus pieles, doradas y rojizas, parecían arder. Era hora de terminar con todo aquello, de hacer lo que había ido a hacer.

—Me gustaría ir un momento… ya sabes, arriba. —Se pasó las manos por las mejillas, coloradas por el baile—. Al baño.

—Por supuesto. Al fondo del corredor, la segunda puerta a la izquierda —explicó Uwe, solícito, ignorante de que ella y su hermana habían recorrido esos pasillos cientos de veces sobre sus regordetas piernas infantiles.

—Gracias. Estaré de vuelta en un minuto.

Subió la escalera agarrándose al pasamanos, con la esperanza de que el temblor de sus piernas pasase desapercibido. Pasó sin detenerse ante la puerta cerrada del aseo y continuó hacia la antigua habitación de su abuela, en la que, según Jacob, estaba el despacho del comandante. Recordó el día que se había colado en la casa de Lucie Sabard para conseguir el permiso de la radio de Apolline; esta misión era similar, pero mucho más peligrosa. Ahora estaba en la boca del lobo.

Hizo girar el pestillo. Margot recordaba vagamente que años atrás esa estancia había albergado la enorme cama con dosel de su abuela, siempre vacía desde su marcha a París. Ahora, tres de las paredes estaban recubiertas de estantes y ante la cuarta había un armario metálico apoyado sobre una peana. Le dedicó un breve

vistazo antes de centrarse en el escritorio. Roble macizo, tres hileras de cajones. Rezó para que lo que buscaba estuviese ahí.

Comenzó a abrir cajones intentando que la madera no crujiese. Sus dedos volaron a través de su contenido: notas garabateadas en alemán, informes, mapas de las vías ferroviarias. No parecía haber nada importante y desde luego no había ningún diario ni cuaderno. ¿Se habría equivocado Jacob? Siguió rebuscando, reacia a irse con las manos vacías. Agitó en el aire una edición muy gastada del *Mein Kampf*, y un plano arquitectónico se deslizó entre sus páginas y aterrizó en su regazo. Margot reconoció la zona: era el *Vélodrome d'Hiver*, el enorme y polvoriento estadio de la calle Nélaton de París en el que se celebraban carreras y competiciones deportivas. Las gemelas lo habían visitado durante una excursión escolar a la capital, mucho antes de la guerra. ¿Por qué lo tenía Vogel? ¿Qué importancia podía tener un estadio deportivo para los jerarcas del Reich? Fotografió con cuidado el plano, tratando de captar cada detalle. Cuando ya estaba a punto de cerrar el cajón vio algo más que le había pasado desapercibido: un sobre con el sello *Vertraulich* (confidencial) estampado con tinta azul. En su interior había un delgado fajo de hojas de papel: un listado de nombres, muchos de ellos con la palabra *Ausgefuhrt* (ejecutado) al lado. Margot pasó las hojas con rapidez, leyendo nombres aquí y allá hasta llegar a un folio suelto que parecía más nuevo que los demás. Sus ojos se detuvieron en una frase que la golpeó como un puño.

> Región Sud-Loire.
>
> Informe sobre las acciones llevadas a cabo para la represión de las infracciones y actividades subversivas cometidas contra el Reich en los Territorios Ocupados.

Se busca a los siguientes agentes enemigos:

PAWLAK, Jacob. Nacido en Lodz, Polonia, en 1917. Miembro de la organización terrorista Red Dumas, conocida por sus actos revolucionarios contra el Reich.

LUC, Guillaume. Nacido en París en 1920. Miembro de la organización terrorista Red Dumas, conocida por sus actos revolucionarios contra el Reich.

Jacob y Guillaume. Ver sus nombres mecanografiados en esas letras que rezumaban tinta oscura le provocó un escalofrío. Siguió leyendo:

Por acciones subversivas contra el Reich y posesión de información privilegiada, es de extrema prioridad la identificación de los agentes enemigos que operan bajo los siguientes alias:

Nome de Code: Athos.

Nome de Code: Milady.

Esta orden debe transmitirse a todas las

Kommandaturs de la región, junto con el ofrecimiento de una recompensa a quien aporte información sobre sus nombres reales o datos que puedan conducir a su identificación.

Margot sintió que una cascada de sudor frío le bajaba por la espalda. Buscaban a Jacob y a Guillaume, y también a Athos, ignorantes todavía de que los dos últimos eran la misma persona —estaba convencida de ello—. Y esa agente conocida como Milady, ¿quién era? Nadie le había mencionado jamás ese alias que también pertenecía a la novela de Dumas, nada menos que Milady de Winter, hermosa y seductora, la enemiga de D'Artagnan capaz de conducir a los hombres a la ruina. ¿De quién se trataba? La respuesta le llegó en un instante: Apolline, por supuesto. Solo ella ocupaba un lugar tan importante dentro de la red, solo ella era capaz de envolver a los

alemanes en una cadena de embustes para apoderarse de todos sus secretos. Margot estuvo a punto de soltar una risa histérica al imaginar qué pensaría el comandante Vogel si supiese que la agente por cuya cabeza ofrecía tanto dinero se encontraba en esos momentos en su propio salón, comiendo canapés y tocando el piano.

Repasó de nuevo los folios buscando más nombres con el corazón en un puño, las yemas de sus dedos dejando rastros de sudor en el papel. No encontró a Annette, ni tampoco a Yves ni a ninguno de sus hijos, y su propio nombre, Margot Aubier, tampoco figuraba, lo cual no era de extrañar porque era apenas una recién llegada. Cuando estaba a punto de devolver el sobre a su sitio una anotación escrita a mano en uno de los márgenes la hizo detenerse.

> MATHIEU, Blanche. Nacida en París en 1922.
> Sospechosa de actos subversivos contra el Reich. Actualmente detenida en Saint-Rémy, Vernuel. Blanche Mathieu es una prisionera NN.

Blanche. La chica de rostro de pájaro. El gran amor de Guillaume. Blanche estaba viva. Viva y a pocos kilómetros de allí, retenida en el antiguo monasterio que ahora era una cárcel. A Margot le pareció que de repente alguien había extraído todo el aire de la habitación. «Clasificada como prisionera NN». Margot había oído hablar de ese término: *Nacht und Nebel*, la Noche y la Niebla, una designación que los alemanes reservaban a aquellos prisioneros que eran borrados literalmente de la faz de la tierra, sin tumba ni señal que marcase sus huesos, destinados al olvido, enviados a lugares cuyos nombres sonaban a frío y a sangre: Ravensbrück, Auschwitz… Perdidos para siempre en la niebla más espesa, en la noche más oscura.

Blanche. Viva. Aquella con la que Margot jamás podría competir. Había bastado con mencionar su nombre para que los ojos de Guillaume se velasen con una pátina de dolor y rabia. Se los imaginaba luchando juntos en los bosques antes de la captura de ella, sus voces en el viento, en los ojos un brillo idéntico de coraje. Se los imaginaba amándose contra el musgo húmedo, bajo una combustión de estrellas. Metió los papeles de nuevo en el sobre, tragándose una flema que sabía a vergüenza y a despecho, y se apresuró a salir del despacho de Vogel.

De nuevo en el pasillo, Margot cometió su primer error. Al igual que le había sucedido en casa de Lucie, su curiosidad y los últimos hilos de añoranza que la ataban a su pasado se apoderaron de ella y la obligaron a dirigirse a la que había sido la habitación de las gemelas durante los escasos cinco años que habían vivido con su madre en Villa Lorraine. Se paró en el umbral, ignorando la voz en su cabeza que le gritaba que estaba cometiendo una locura. Solo echaría un vistazo muy breve y después se iría, decidió.

Se adentró un par de pasos. La habitación era la misma, pero a la vez había cambiado por completo. Las dos camitas infantiles habían desaparecido y ahora había un único lecho cubierto por una colcha azul. Una enorme fotografía aérea del Taj Mahal cubría una pared y había libros por todas partes. Con un sobresalto, comprendió que esa era ahora la habitación de Uwe Vogel, aunque no fueron tanto los objetos que la rodeaban los que le dieron esa pista, sino el olor que lo impregnaba todo y que reconoció como suyo: a tierra caliente, a mantillo. Ese maldito olor a bosque.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando oyó pasos y voces que provenían del pasillo. Se quedó quieta como un corzo a punto de ser

atropellado. Uwe Vogel entró acompañado de Kaspar, ambos con las chaquetas colgadas del hombro y con una botella de whisky que seguramente acababan de birlar de la fiesta. Por lo visto, Uwe se había cansado de esperarla. Parecían contentos, dos amigos despreocupados huyendo de la aburrida fiesta para tomarse unos tragos en paz, como sin duda habían hecho muchas veces antes en Berlín, en tiempos de paz. Una escena que a Margot le habría resultado cómica si no fuera porque ahora estaban en guerra y ella pertenecía al bando enemigo.

Los dos se pararon en seco al verla. Kaspar se inclinó hacia ella, todo su cuerpo rezumando agresividad. Apestaba a alcohol.

—¿Qué haces tú aquí?

—Yo… no…

Margot buscó en vano una excusa. Se había quedado sin palabras y se fustigó mentalmente por ello. No era una buena idea quedarse sin palabras cuando se tenía delante a dos alemanes furiosos y una cámara oculta dentro del bolso. La mano de Kaspar se cerró sobre su antebrazo como un cepo. Ella gimió.

—¡Vamos, habla! —rugió Kaspar. La bruma del alcohol había desaparecido de su mirada y ahora parecía más soldado que nunca, un depredador listo para la caza—. Ve a buscar a tu padre, ¡deprisa! —ordenó dirigiéndose a Uwe.

—¿A mi padre? —Él parecía aturdido, como despertando de un sueño.

—¡Pues claro! ¿En qué estás pensando? Esta chica ha estado deambulando a sus anchas por toda la casa y se ha metido en tu cuarto. Hay que interrogarla, podría ser una espía del enemigo.

—¡No! —El grito de Margot sonó angustioso. Sus ojos se elevaron suplicantes hacia Uwe—. No soy ninguna espía, yo solo… solo quería ver mi cuarto después de tantos años.

—¿Cómo dices?

—Mi habitación. Yo… —Margot tragó saliva. La mano de Kaspar le hacía cada vez más daño, le cortaba el flujo sanguíneo y de palabras.

—Kaspar, márchate. Yo me encargo de esto —ordenó Uwe con firmeza.

—Ni hablar. Estamos en guerra y esta chica es francesa.

—También tu novia es francesa. —Uwe lo miró elevando ligeramente una ceja—. Vamos, Kaspar. ¿Lo dices en serio? ¿Una espía? ¿Ella? Mírala bien.

—Te sorprenderías del tipo de gente que usan esos perros del maquis. ¿Por qué la proteges? —Lo miró con ojos entornados—. Si tu padre llega a enterarse de esto…

Uwe avanzó un paso hacia él.

—Yo responderé ante mi padre. Retírate ahora, Fischer.

A Margot no se le escapó la dureza de su voz, ni que se había dirigido a él por su apellido. A Kaspar tampoco. Su mirada se oscureció, se tiñó de odio, sus carrillos oscilaron como campanas destartaladas.

—Vigila cómo y con quién haces tu cama, Vogel. Serás tú el que tenga que dormir en ella —advirtió antes de salir con la botella tambaleándose en su mano.

Uwe no respondió. Cerró la puerta a sus espaldas y se quedó mirando a Margot con las manos en los bolsillos, dejando entre ellos

una distancia prudencial. No había calidez en sus ojos. Ella se dio cuenta de que llevaba una diminuta esvástica en la corbata.

—Explícame qué hacías aquí. Y no me digas que te equivocaste de puerta mientras buscabas el cuarto de baño, porque no soy estúpido.

—No soy una espía, lo juro. Lo que acabo de decir es cierto. Quería ver mi habitación. Esta habitación. De niña, yo dormía aquí.

Vio en su mirada que no la creía. Se levantó y se acercó a la cabecera de la cama.

—Mira estas marcas. Aquí, en la pared. Mi hermana y yo las hacíamos en el yeso para comparar nuestra estatura.

Uwe se inclinó para mirar. Ocultas tras el cabecero de nogal todavía podían verse las antiguas hendiduras. Una M y una V con marcas sucesivas conforme las gemelas iban creciendo; la V siempre un poco más abajo, siempre a la zaga. Él las repasó con el dedo y después se enderezó de nuevo, una pregunta bailando en su mirada.

—Cometí un error —barbotó Margot—. Esta casa ya no nos pertenece y no debería haber entrado en tu cuarto. Lo siento mucho.

—Esta casa… Entonces tú… y tu madre… —Su rostro fue transformándose a medida que ataba los cabos sueltos.

Margot percibió el instante exacto en que él comprendía la verdad.

—Sí, mi madre es Delphine. Ella es…

—La amante de mi padre. —Uwe pronunció las palabras como clavos que se le hundiesen en la lengua.

—Lo siento —repitió Margot.

—Por eso te negaste a saludarme el día que nos conocimos —tanteó él—. Me odiabas. Me odiabas por lo que él hace.

—Por lo que ellos hacen —corrigió Margot, aferrándose a esa media verdad. Que siguiera creyendo eso. Que se convenciese de que su odio se debía a la relación entre Delphine y el comandante. Que la idea de que era una espía se alejase de su mente.

—No tenía ni idea de que Violette y tú erais sus hijas. Hace tiempo que conozco la relación entre Delphine y mi padre, pero creí que ella solo tenía una hija. A veces la trae con ella, una niña que casi siempre está dibujando.

—Se llama Claire —puntualizó Margot.

—Lo sé. También sé que mi padre le consigue la medicación que necesita. —Uwe meneó la cabeza—. Pobre Delphine.

¿Pobre Delphine? Margot lo miró escéptica. La compasión de Uwe parecía honesta, se la ofrecía como quien comparte un pan. ¿Cómo era posible que el hijo del monstruo sintiese más empatía por su madre que ella misma?

—Lo sé. Es una situación muy incómoda —dijo él malinterpretando su gesto de crispación.

—Lo es. Puedo irme, si quieres —ofreció Margot con una sonrisa trémula.

—No. Quédate, por favor. Ni tú ni yo tenemos la culpa de esta guerra ni de todas las infamias que se hacen en su nombre. —Su mano se posó sobre la de ella, larga, de dedos como lirios invernales.

Margot sintió en el pecho un dolor como de puntas de cuchillos. Guillaume estaría en ese momento en su agujero, quizá dormido, con su respiración acompasada al latido de la tierra. Estaría soñando con la misión, imaginando un resultado de explosiones, de triunfo, de alemanes desmembrados desperdigándose en el aire como

burbujas de champán. Los dos chicos eran muy distintos, uno dorado como un cáliz y el otro con millones de matices de sombras. Sin embargo, era en sus ojos donde residía la verdadera diferencia. Los de Guillaume eran fieros, implacables, ávidos de atacar. Eran iguales a los de ella. En los de Uwe se veían otro tipo de augurios: cierta dulzura, un horizonte sin balas. Un mundo lleno de promesas estaba allí, retenido como un fósil exquisito bajo el vidrio de sus pupilas. Margot se sorprendió a sí misma pensando que se sentía cómoda bajo esa mirada.

—Está bien. Además, me debes un momento. Uno digno de figurar en una colección —pidió, decidida a entrar en su juego.

Él frunció el ceño, con una sonrisa arrugando sus comisuras.

—Haces trampas. Te toca a ti compartir conmigo un momento importante.

—Acabo de hacerlo. —Ella señaló las muescas en la pared.

—Está bien. Pero te advierto que el mío no es un recuerdo alegre.

—Me basta con que sea importante.

Uwe entrelazó los dedos bajo la barbilla.

—Mi hermano Dietrich y yo éramos muy diferentes. Él se parecía a mi padre: enérgico, ambicioso, siempre dispuesto a salirse con la suya. Yo era un niño tímido y enfermizo, y me costaba hacer amigos. No me importaba demasiado porque mi único amigo era el mejor de todos: mi primo Adler, el hijo de mi tía Greta. Ella era la hermana mayor de mi madre, se había quedado viuda cuando él era un bebé y regentaba una pequeña pastelería. Adler y yo solíamos estar allí, leyendo y dejando pasar las horas entre manzanas con caramelo derretido y rollitos de canela que olían a Navidad. Yo admiraba muchísimo a mi primo y estaba seguro de que triunfaría en la vida.

Margot se imaginó la escena: dos niños rubios como querubines, con las rodillas llenas de arañazos y los mofletes pegajosos de caramelo, imaginando un mundo indulgente, tal como Violette y ella habían hecho.

—En 1935 Dietrich y yo nos inscribimos en las *Hitlerjugend,* las Juventudes Hitlerianas, por orden de nuestro padre. Yo tenía trece años. Al principio, me sentí encandilado: los discursos rotundos, la sensación de pertenecer a algo grande, la idea de una Alemania más fuerte y unida. Ya sabes: *Ein Volk, Ein Reich, Ein Führer.*

—Un pueblo, un imperio, un líder —tradujo Margot.

—Eso es, aunque mi padre prefiere otra versión: *Ein Volk, Die Welt, Ein Führer.* Un pueblo, el mundo, un líder. Supongo que un imperio entero no es extensión suficiente para él. En fin, como te decía, Dietrich y yo estábamos deslumbrados y por primera vez en mi vida yo sentí que mi padre estaba orgulloso de mí. Intenté que Adler se uniese a las HJ, pero se negó rotundamente. Decía que Hitler era un payaso y su programa político una sarta de sandeces. Nos distanciamos y empezó a evitarme. A los pocos meses, mi padre comenzó a ascender dentro del ejército y nos mudamos a una zona mejor de Berlín. Echaba de menos a Adler, pero estaba demasiado ocupado con mis nuevas amistades, sentando las bases de lo que yo creía que era la nueva Alemania: inmaculada y orgullosa. Pasaron tres años en los que apenas oí hablar de mi tía y de mi primo, y la pastelería donde había pasado los mejores momentos de mi infancia se convirtió en un recuerdo para mí. Hasta que llegó un día que lo cambió todo.

—¿Qué sucedió?

—Fue en noviembre de 1938. Era una tarde fría y las aceras estaban cuajadas de hojas otoñales. Yo había salido a dar un paseo y me encontré con un compañero de estudios que me contó muy alterado que algo extraño estaba sucediendo por toda la ciudad. Disturbios, grupos armados, edificios ardiendo. «La gente está muy excitada tras el asesinato de Von Rath», me dijo. En ese momento me asaltó un extraño presentimiento que me impulsó a echar a caminar por las calles en lugar de seguir la opción más sensata y volver a casa. Berlín parecía una ciudad distinta ese día, mucho más triste y apagada. Los autobuses habían dejado de circular de repente, las calles se habían vaciado y los pocos peatones que se cruzaron conmigo estaban pálidos y parecían tener mucha prisa por refugiarse en sus casas. Había grupos de hombres por todas partes, bebiendo licor y vociferando proclamas. Pero eso no era lo peor.

Se detuvo para tomar aliento. Margot se inclinó hacia él, completamente absorta en su relato.

—Cuando llegué a la calle principal de Berlín, vi los primeros incendios. Habían prendido fuego a la sinagoga y la calle estaba llena de lo que en un principio me parecieron plumas de cisne, blancas y ligeras. Después me di cuenta de que eran páginas de libro, un montón de folios arrancados de cuajo de las decenas de torás que habían poblado los sótanos de la sinagoga. Un hombre muy flaco y encorvado trataba de recogerlas, corriendo de aquí para allá como una gallina reuniendo a sus polluelos, mientras los alborotadores le escupían y le gritaban: «¡*Kike*, judío apestoso!». Recuerdo que me quedé parado en la acera, sin saber qué hacer. Había grupos de las SS y las Juventudes Hitlerianas allí, mis propios compañeros.

—¿Y qué hiciste? ¿Acudiste en ayuda del rabino?

—Por supuesto que no. —Uwe toqueteó la esvástica de su corbata con el dedo índice, como quien manosea una verruga molesta—. Seguí caminando. Sin darme cuenta, tomé la ruta que conducía a la pastelería de tía Greta, que no había visitado en más de tres años. Por el camino me encontré con un montón de tiendas saqueadas, aquellas que tenían la palabra *jude* garabateada en el escaparate: pescaderías, mercerías, tiendas de comestibles… Las calzadas eran un maremágnum de género pisoteado y desperdigado, enaguas mezcladas con frutas aplastadas, trajes y vestidos entre ristras de cebollas. Empecé a encontrarme mal, a marearme. Y de pronto, tras esos años, me entraron deseos de ver a Adler.

—¿Y volviste a verlo?

Uwe guardó silencio durante un largo rato antes de responder.

—Volví a verlo. Cuando llegué a la pastelería no podía dar crédito a lo que tenía ante mis ojos. El escaparate estaba destrozado, hecho añicos, y el suelo era un infierno de migas. Durante toda mi vida el aroma de la pastelería había sido uno de mis favoritos, pero ahora había en el aire una mezcolanza tal de efluvios (levadura, chocolate pisoteado, azúcar quemado), que me revolvió el estómago.

Margot tragó saliva. Le parecía estar paladeando aquel horror.

—Tía Greta estaba allí parada como una estatua. Su rostro estaba demacrado y le colgaban bolsas bajo los ojos. A pesar de que yo estaba justo frente a ella, era como si no me viera. Miraba hacia la calle, hacia el grupo de alborotadores que parecían divertirse mucho con algo. Cuando seguí su mirada vi qué era lo que los entretenía. Era mi primo.

—¿Tu primo?

—Lo tenían sujeto entre varios y lo estaban pisoteando y zarandeando como si fuese un muñeco de trapo. En un momento dado cayó al suelo y le empezaron a sangrar las manos y las rodillas. Entonces me di cuenta de todo el cristal que había en el suelo, millares de añicos de cristal por todas partes. —Se detuvo, perdido en sus recuerdos—. Más tarde, los periódicos llamarían a esa noche la *Kristalnacht,* la Noche de los Cristales Rotos.

—¿Por qué atacaron a tu primo? —preguntó Margot—. ¿Por oponerse al Reich?

—Peor. Mucho peor. Cuando por fin pude reaccionar, corrí hasta mi tía y logré sacarla de un brazo hasta la acera. Entre lágrimas e hipidos me contó lo que estaba pasando. El Partido, con su afición de hacer listas de todo y de todos, había descubierto algo que ella había tratado de ocultar durante años. Su difunto esposo, el padre de Adler, provenía de una familia judía. Y a pesar de que nunca había sido religioso eso convertía a Adler en un *mischling,* un medio judío. Un ser de categoría inferior. Mi mejor amigo. Mi propio primo.

Hizo una pausa, la esvástica brillando en su corbata como una araña muerta.

—En ese momento comprendí muchas cosas. El súbito distanciamiento entre nuestras familias. El hecho de que mi madre hubiese dejado de mencionar a su hermana, como si jamás hubiera existido. «Uno de ellos —repetía tía Greta con voz lastimera—. Si ni siquiera ha pisado una sinagoga en su vida». Pero así eran las cosas, la pureza racial es un concepto importantísimo, la propia base de la nueva Alemania.

Margot imaginó lo que tuvo que suponer para él ese momento, el darse cuenta de que todas aquellas ideas de gloria, los cimientos de

una Alemania orgullosa, tenían también el potencial de marcar como indeseable a un ser querido.

—En aquel momento apareció derrapando un furgón del ejército —continuó Uwe—. Varios militares saltaron al suelo y durante un instante tuve la loca idea de que ellos lo solucionarían todo.

—Pero no lo hicieron. —No era una pregunta.

—Por supuesto que no. El propio Goebbels había dado órdenes de que se organizasen disturbios y se destruyesen las propiedades de los judíos. Se limitaron a mirar y a reírse, como si fuera el espectáculo más divertido del mundo. Entonces vi a mi padre entre ellos. Todavía no era comandante, pero su carrera ya era meteórica. Se fumaba un cigarrillo tranquilamente mientras contemplaba cómo masacraban al sobrino de su esposa, al niño que tantas veces había sentado en su regazo cuando era poco más que un bebé.

—¿Y no hizo nada para impedirlo?

Él se señaló la pálida cicatriz que le cruzaba la ceja derecha.

Bajo ella, sus ojos brillaban con furia.

—¿Ves esto?

—Sí.

—Mi padre me la hizo. Cuando por fin me di cuenta de que nadie iba a hacer nada por mi primo, yo mismo me arrojé hacia la multitud para intentar ayudarlo. Mi padre me impidió llegar hasta él, y cuando me resistí me dio un puñetazo. Me dijo que no parecía hijo suyo, que lo estaba avergonzando delante de sus hombres. Que Dietrich jamás habría hecho una cosa así. Me dijo que mi primo ya no era de la familia y me obligó a mirar mientras seguían dándole patadas, mientras lo tiraban al suelo y le escupían encima. Y desde el suelo,

Adler me miraba a mí. Me miraba como si yo fuese culpable. Nunca volví a verlo. No sé que habrá sido de él.

Su voz y sus ojos se fueron apagando, y su amargura se derramó por la habitación como un veneno helado. Margot casi podía escuchar el sonido de los golpes sobre la carne de Adler, casi podía ver los cardenales, oler el hedor amargo. Y podía saborear la angustia de Uwe, su culpa, los ríos de amor hacia su padre secándose hasta convertirse en cauces yermos, la confianza desvaneciéndose a medida que la sangre se escurría por su párpado.

Y aun así, trabajaba para la Organización Todt. Aun así, llevaba una esvástica en la corbata.

—Bien —dijo él aligerando el tono de voz—. Te he contado un momento importante. Es tu turno. Cuéntame un momento que te haya removido por dentro.

«Ver el dolor de mi hermana ahí abajo mientras bailaba contigo», pensó Margot.

—Ninguno que pueda rivalizar con lo que acabas de contarme. Mi vida es muy aburrida —dijo en cambio.

—Siempre te las arreglas para escaquearte. —Él la regañó agitando un dedo.

—La próxima vez —prometió ella—. Cuéntame algo más sobre ti.

—Siempre duermo con una luz encendida. Le temo a la negrura de la noche.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—La mayoría de las cosas malas suceden de noche.

—También la mayoría de las cosas interesantes —respondió Margot con un guiño.

Uwe soltó una carcajada.

—Me gustas, Margot Aubier —dijo—. Tienes algo que hace que me resulte fácil hablar contigo.

Margot se puso colorada sin tener que fingirlo. Buscó una respuesta, pero esa vez las palabras la rehuyeron.

—Tenemos que volver —dijo Uwe poniéndose en pie—. Mi padre va a dar un discurso. Apenas me dirige la palabra, pero se dará cuenta si falto.

Bajaron al jardín iluminado con farolillos. Los invitados estaban congregados allí, muy atentos a Otto Vogel, que, subido a una tarima de madera, parecía un gigante desdibujado contra los setos. Sostenía una copa en la mano y sus ojos estaban enrojecidos como si hubiera bebido demasiado, pero su voz sonaba firme y segura y se elevaba sobre todos ellos:

—Mis queridos amigos, gracias por estar aquí. Gracias por vuestra implicación en la gran gesta que nuestro país ha acometido. Es nuestra voluntad férrea la que nos hace seguir adelante, nuestra voluntad la que nos separa de nuestras familias, nuestra voluntad la que nos hace luchar por una Alemania mejor y más fuerte. Voy a repetiros las palabras de nuestro amado Führer: «Cada día, cada hora, pensar solo en Alemania, en el pueblo, en el Reich, en la nación alemana y en el pueblo alemán… *Sieg Heil!*».

—*Sieg Heil!* —bramó la multitud a su alrededor.

Margot se estremeció. La voz de Vogel parecía tener el poder de obnubilarlos a todos, era un estallido de odio, de poder, de fanatismo. «Así que así es como se hace —pensó—. Así los ganan para su causa».

A su lado, Uwe había sucumbido también a esa fascinación enfermiza. Contemplaba a su padre con una mezcla de emociones:

odio, rencor, amor, miedo. De pronto, su mano voló hacia el cuello de Margot, se posó sobre su nuca como una paloma. Ella comprendió que lo que iba a suceder era inevitable. Y justo en ese momento lo vio, perfilándose en la ventana del aseo de la planta de arriba, el rostro desencajado, incrédulo de Violette. Sus ojos suplicantes.

Uwe se inclinó hacia ella. Sus alientos se mezclaron.

—¡La voluntad! —aullaba Otto Vogel a pleno pulmón—. ¡La voluntad de triunfar, de llevar la gloria ante nuestro líder! Juremos dedicar todo nuestro poderío, toda nuestra furia a destruir a los enemigos del Reich, a aplastarlos bajo nuestro puño de hierro… ¡No habrá perdón para los traidores!

—Perdóname —murmuró Margot sin despegar los ojos de su hermana, allí en la ventana, encerrada en la torre como Rapunzel—. Perdóname.

Uwe se inclinó sobre ella y la besó, invadió su boca, se apoderó de la disculpa que Violette jamás llegaría a escuchar.

Se sentía peor que nunca, allí sola, con la cabeza inclinada sobre el inodoro. Violette esperó hasta que desaparecieron las náuseas, se echó agua en la cara y contempló su rostro abotargado en el espejo: los ojos muertos, la boca caída, las espinillas más hinchadas que nunca, grandes como gorriones cebados en plena primavera.

Había soñado con ese día durante semanas, con mirarlo y que él le devolviese la mirada, con bailar entre sus brazos, con volver a experimentar la misma emoción que en Les Pommiers. Pero ninguno

de sus deseos estaba destinado a cumplirse. Ella se le había adelantado y él, por supuesto, la había elegido.

¿Cómo había podido ser tan ilusa? ¿Cómo se había atrevido a soñar que alguien como él pudiera llegar a sentir algo por una muchacha torpe como ella? ¿Y cómo había sido Margot capaz de girar con alegría entre sus brazos cuando sabía que ese era el lugar que ella ansiaba ocupar?

Con sus sueños destripados a sus pies, Violette se asomó a la ventana del aseo para respirar aire fresco. Como si un pájaro agorero se empeñase en perseguirla sin descanso, volvió a verlos a los dos en el jardín, muy juntos, escuchando el discurso que el comandante pronunciaba sobre una tarima.

Como a cámara lenta, Violette se fijó en que la mano de él se movía hacia su cuello, hacia los rizos sedosos de su nuca. Vio que se inclinaba hacia ella, como una torre herida por un rayo acogida por la tierra, vio que los labios de Margot se entreabrían para recibirlo. En ese momento, su hermana giró la cabeza en su dirección y sus miradas se cruzaron. Por un instante, algo vibró en sus pupilas, una sombra de culpa, un halo de miedo. Pero no tardó en recomponerse, en volverse de nuevo hacia él. Violette abrió la boca para gritar, para reprocharle su atrevimiento, su gran traición. En ese instante, Uwe la besó.

Incredulidad. Ira. La súbita comprensión de que Margot seguiría adelantándose siempre, seguiría consiguiéndolo todo. No era suficiente con que la superase en belleza, en simpatía, en coraje, también tenía que quedarse con él; con el hombre que acechaba sus sueños.

Una rabia viscosa y negra como una breva madura le llenó las entrañas. Violette descargó un puño contra el vidrio de la ventana y esta se rompió con un crujido. Ni siquiera vio la sangre que rezumaba de sus nudillos, tenía la mirada fija en las estrías que recorrían el cristal roto a la velocidad del rayo, casi con la misma rapidez que el odio que inundaba sus venas.

17

Abrigny, 17 de julio de 1942

Margot estaba profundamente dormida. En su sueño, se encontraba frente a la panadería de Didier y lo veía trabajar en la artesa, con brazos hábiles y blancos de harina. Sonriente, Didier la saludó con la mano, y en ese instante el suelo comenzó a temblar y el escaparate se hizo añicos ante sus ojos, dejando a sus pies una riada de diminutos cristales relucientes. Cientos, miles de cristales rotos… De pronto, Didier ya no era Didier, sino un muchacho enflaquecido que la miraba con ojos suplicantes. Era el primo Adler.

Margot despertó y se incorporó en la cama. Estaba empapada en sudor. Didier y los cristales formaban parte de su sueño, pero el ruido no. La vibración era real.

Lo primero que pensó fue que los tanques Tiger habían entrado en Abrigny, y sintió el arañazo del miedo en la garganta. Por puro instinto, su siguiente pensamiento fue para su gemela, pero el espacio contiguo en la cama estaba vacío y helado, y tardó unos minutos en recordar que Violette no había dormido a su lado, que hacía ya muchos meses que las dos no combatían el miedo arrebujadas bajo las mantas, tan juntas como cuando compartían vientre materno.

Se levantó, y solo en ese momento se dio cuenta de que todavía llevaba puesto el ceñido vestido negro de la noche anterior, ahora arrugado y hecho un guiñapo. No recordaba haber regresado a su casa y mucho menos haberse metido en la cama. Apartó las cortinas de la ventana y vio que el camino de Villa Lorraine estaba lleno de vehículos que descendían en caravana, como una reluciente hilera de hormigas. Exhaló el aire contenido, sintiéndose un poco estúpida. Ese era el ruido que la había despertado: el rugido de los motores de los coches de los invitados que abandonaban la fiesta bajo las primeras luces del amanecer.

Se sirvió agua de la jarra de la mesilla. Tenía en el paladar un regusto extraño: a alcohol, a los besos de Uwe, a remordimientos.

Los recuerdos de la fiesta comenzaron a golpear su mente como puños: el baile, el champán, su incursión en el despacho de Otto Vogel. El plano del Velódromo. El fajo de papeles con información sobre la Red Dumas. El nombre de Blanche. Viva. El jardín iluminado bajo los farolillos. Los brazos de Uwe en torno a su cintura, su boca acercándose a la suya. La mirada de profunda decepción de Violette desde la ventana.

Sus ojos viajaron frenéticos hasta el bolsito de pedrería abandonado sobre una silla. Lo abrió y respiró aliviada al comprobar que el falso libro con la cámara en su interior seguía allí. Se quitó el vestido de fiesta y se puso una falda y una blusa holgada. Después salió al pasillo. El silencio se abatía sobre la casa y su voz llamando a su hermana no obtuvo respuesta. De todos modos, ¿qué iba a decirle? ¿Que lo sentía mucho? No podía contarle que todo formaba parte de un plan, de una misión. No podía arriesgarse a hablarle de la Resistencia, no a Violette, tan inconstante, tan incapaz de guardar

un secreto. Abrió la puerta de la habitación de Delphine y la encontró vacía y con la cama hecha. Claire tampoco estaba allí y su ausencia le provocó pánico por un momento, hasta que recordó que una de las antiguas clientas de Delphine les había hecho el favor de alojarla en su casa por esa noche.

Salió al jardín con el falso libro bien escondido en el amplio bolsillo de su falda. El sol se abatió sobre ella, cegándola con rayos que eran como dedos acusadores. Los coches de los invitados ya se habían dispersado y el camino de tierra estaba lleno de marcas de neumáticos. Varias mujeres subían por la cuesta cargadas con cubos y útiles de limpieza, y reconoció el rubio cabello y el rostro redondo de Sabine Labonne, acompañada de sus hijas. Agitó el brazo para saludarlas.

—Buenos días, Margot. Qué mala cara tienes —espetó Sabine sin miramientos—. Demasiada fiesta ayer, por lo que veo.

—¿No habrá visto a mi hermana por casualidad?

—Violette se ha quedado en el *château,* ayudando a vuestra madre a recoger los restos de la fiesta. —Chasqueó la lengua—. Nosotras también vamos hacia allí, ayer los invitados lo dejaron todo hecho un asco.

—Oh. —Margot sintió una punzada de dolor al imaginarse a Violette y a su madre allí arriba, probablemente sorteando charcos de vómito de alemanes borrachos y despegando canapés resecos de la tapicería del sofá—. Gracias por decírmelo.

Sabine la miró con ojos entornados, apoyada en el palo de una fregona.

—Me han contado que te vieron muy entretenida ayer en la fiesta. Con el hijo del comandante, nada menos. —Sus hijas soltaron risitas

tontas, pero ella estaba muy seria—. Tu madre es una buena mujer, Margot. No tiene reparos en sacrificarse por vosotras. No eches a perder su esfuerzo, ¿de acuerdo? No olvides que si te acercas demasiado al fuego puedes salir escaldada.

Se alejaron camino arriba, dejándola sumida en la confusión. ¿Qué había querido decir? ¿La estaba advirtiendo de que no intimase con los alemanes, los mismos que pagaban al traidor de su esposo? ¿O sus palabras iban más allá y tenían otro sentido que aún se le escapaba?

Confusa, se quedó mirándolas hasta que sus rubias cabezas desaparecieron en la lejanía y después comenzó a caminar en la dirección opuesta, hacia el pueblo. Al llegar a la plaza se mezcló con las amas de casa que caminaban presurosas con el pobre resultado de sus cartillas de racionamiento: fruta demasiado madura, pan seco y salchichas que eran más agua que carne. El contraste entre sus mezquinas provisiones y las *delicatessen* que se habían servido en la fiesta era casi obsceno. Cuando dobló la esquina frente al Paradise, comenzó a sentir una sensación extraña, como si alguien la estuviese vigilando. Miró por encima de su hombro e incluso fingió contemplar el escaparate de la mercería para espiar el reflejo de los cristales, pero no descubrió nada sospechoso entre la multitud.

El local de Bouchard estaba tan lúgubre y cochambroso como siempre, con su olor a grasa y vino barato, pero se notaba la ausencia de los habituales parroquianos que se tomaban un pastís en la barra desvencijada mientras leían el periódico. Ahora, en el expositor de la prensa solo había folletos de propaganda nazi y un par de novelas baratas que alguien, quizá la mujer de Bouchard, se había dejado olvidadas allí. Margot fingió hojear uno de los tomos:

una edición en francés de los cuentos de Grimm. La sonrosada Ricitos de Oro que huía de los osos en la portada le recordó en cierto modo a Claire.

La campanilla tintineó sobre la puerta avisando de la llegada de un nuevo cliente. Margot tensó los hombros, sin atreverse a mirar, segura de que quienquiera que la hubiese seguido acababa de hacer acto de presencia.

—Esos cuentos parecen demasiado infantiles. Dumas me gusta más —susurró una voz en su oído.

Margot dio un respingo. Le resultaba familiar, pero no era capaz de identificarla. Giró levemente la cabeza y descubrió los rizos castaños de Gaëlle, una de las muchachas que formaban parte del *strickerei* de Apolline. La chica le guiñó un ojo y le hizo un ligero gesto para indicarle que debía seguirla.

Margot le dio unos veinte pasos de ventaja antes de ir tras ella, tal como Jacob les había enseñado que debían hacer. Gaëlle atajó por la plaza y comenzó a subir la empinada cuesta que conducía a la iglesia, vacía y desangelada a aquellas horas. Miró discretamente a su alrededor para asegurarse de que nadie las había seguido y fue directamente a la puerta de la sacristía. Cécile Ferrec asomó la cabeza con aire furtivo.

—Pasad. ¡Deprisa!

—Es seguro. Los Ferrec están de nuestro lado —aseguró Gaëlle ante la cara de sorpresa de Margot.

—Esta guerra es una abominación. —La hermana del párroco se retorció las manos—. Y cuando el mundo se vuelve loco, a uno no le queda más remedio que ponerse del lado de la cordura. Por aquí, Margot. Te están esperando.

Siguió a la mujer hasta la pequeña sacristía, atestada de cálices mellados, sotanas viejas y figuras de yeso que se habían roto y atisbaban con sus ojos de esmalte desde las peanas. Derrumbados en dos taburetes estaban Jacob y Guillaume, ambos con aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche. Apolline, sentada en una desvencijada butaca, todavía llevaba el peinado de la fiesta y parecía tan abatida como ellos.

Margot buscó de inmediato los ojos de Guillaume, tan oscuros e insondables como siempre. ¿Lo sabría él, con solo mirarla? ¿Sabría que sus manos habían tomado las de Uwe, que había apoyado la cabeza en su hombro, que sus bocas se habían buscado y encontrado? Pero los pensamientos del chico parecían estar muy lejos de ella y sus ojos la miraron con una expresión tan vacía como la de los ángeles de yeso.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Jacob con voz de leopardo agotado.

Ella le entregó la cámara.

—Había un plano del *Vél d'Hiv*. He hecho fotografías.

Jacob intercambió con Apolline una mirada que desbordaba desaliento.

—¿Algo más?

—Sí. Vogel tenía un montón de folios con nombres de gente. Detenidos, fusilados y algunos en búsqueda y captura. Estáis vosotros dos. Saben vuestros nombres, y saben que pertenecéis a la Red Dumas. También mencionan al agente Athos. Han ofrecido una recompensa por su cabeza —Buscó los ojos de Guillaume, que le devolvió una mirada pétrea—. Y a alguien conocido como Milady. Convendría que esa persona se anduviese con cuidado.

Miró directamente a Apolline, pero la mujer mantenía la cabeza baja, el remolino de su peinado coronando su cráneo como un desgobernado nido de pájaros. Margot sintió que la irritación crecía en su pecho. ¿Por qué no confiaban en ella de una vez por todas? ¿Por qué no le confesaban que Apolline era Milady y Guillaume era Athos? ¿Acaso no les había demostrado que era de fiar?

—¿Eso es todo? ¿Viste u oíste algo más? —preguntó Jacob sin inmutarse.

Margot se mordió el labio. El nombre de Blanche Mathieu apareció ante sus ojos, reluciente, como recién pintado con sangre. ¿Dónde estaría Blanche ahora? ¿Habrían conseguido sacarle información importante? ¿Cuánto tiempo le quedaría en el mundo de los vivos hasta que la metiesen en un tren de ganado y la enviasen hacia la Noche y la Niebla? Dudó, su hallazgo bailándole en la boca como un insecto pugnando por liberarse. ¿Qué haría Guillaume si se enterase de que estaba viva y tan cerca? Lanzarse a su rescate, Margot no tenía duda de ello. Había visto cómo la miraba aquella noche frente al Paradise, con sus ojos marinos teñidos de ternura. Decírselo sería lanzarlo a la muerte, directamente a la boca del lobo.

O, en el caso de que ambos lograsen salir con vida, decírselo sería arrancarlo para siempre de su lado. Quizá Guillaume le había dado a ella el hilo dorado, pero era Blanche quien empuñaba la aguja que lo enhebraba.

—¿Margot? —Jacob la miraba, intrigado por su silencio—. ¿Viste algo más?

—No. Nada.

Fueron solo dos palabras, en cuanto las pronunció supo que envolvían una traición terrible, un secreto que a partir de entonces

dormiría enroscado en su corazón como el esqueleto de una serpiente agotada.

—De acuerdo. —Jacob jugueteó con el carrete de la cámara, dejando que se deslizase entre sus dedos.

—Deberías hacer que lo revelen lo antes posible —dijo Margot intentando que la voz no le temblase.

Jacob no respondió. Ella tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué pasa?

Jacob habló entre dientes.

—Esta noche hubo una *lapanka* en París.

—¿Una qué?

—Así la llamamos en Polonia. Una cacería, una…

—Una redada —aportó Guillaume—. Han apresado a miles de judíos en París. A algunos los han llevado al campo de Drancy, pero la mayoría están en el Velódromo de Invierno. El mapa que viste debe de ser parte de los preparativos.

—¡Dios mío!

—Incluso se han llevado a los niños —añadió Apolline con ojos llorosos.

Margot se sintió desfallecer. De modo que esa era la «gran acción» que Jacob había sospechado. Miles de personas arrancadas de sus camas por la noche, al mismo tiempo que Vogel y sus hombres se atiborraban de caviar y champán. La imagen del primo Adler, apaleado y roto, se coló en su mente como un invitado indeseado.

—¿Qué van a hacer con ellos? —farfulló.

—Enviarlos a campos de concentración. Eso es lo que hacen siempre con ellos. A Drancy o a Beaune-la-Rolande. Tal vez incluso a

Auschwitz. —La voz de Apolline se trabó al pronunciar ese nombre horrible que tenía un regusto a nieve y a muerte.

—¿Y no hay nada que pueda hacerse? —Margot se abrazó a sí misma—. Sin duda el Gobierno…

—¡El Gobierno de Vichy está vendido al Reich! —ladró Jacob—. Según mi informante, fueron policías franceses los encargados de la mayoría de las detenciones. No moverán un dedo, te lo aseguro.

Margot bajó la cabeza. Así que todo había sido en vano, la noche anterior había sido tan inútil como un puñado de arena lanzado al viento. Los ojos muertos de Violette. El sabor de Uwe en su boca. El nombre de Blanche sobre su conciencia.

—Quizá aún podemos hacer algo —dijo Jacob como si le hubiese leído el pensamiento—. No por los pobres desgraciados de París, desde luego, pero todavía quedan judíos en Francia que correrán un destino espantoso si no los ayudamos.

Sus palabras tuvieron el efecto de cambiar de repente la atmósfera de la estancia. El aire pareció vibrar con una promesa nueva. Apolline agudizó los ojos como un águila que hubiese oteado un ratón y Guillaume levantó la cabeza y tensó los hombros.

—Me refiero a los prisioneros del campo de Épivers —explicó Jacob—. Los tenemos ahí mismo, a un tiro de piedra. Algunos son franceses, otros polacos, húngaros o checos. Hay unas ochenta personas, entre hombres, mujeres y niños, y está claro cuál será su destino una vez que terminen con las obras.

Margot recordó las palabras de Uwe: «Tenemos mucha mano de obra. No harán nada similar al Taj-Mahal, pero servirá».

—¿Qué propones? —preguntó.

—Supongo que durante tu incursión en el despacho de Vogel te habrás fijado en su armario metálico, que utiliza como caja fuerte. Es una Hartmann Tresore de acero que se abre con una pequeña llave.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Solo existen tres copias de la llave. —Jacob evitó responder a su pregunta—. Dos de ellas las guarda Otto Vogel, una en el bolsillo de su uniforme y la otra en su mesilla de noche. La tercera copia la lleva su hijo, colgada al cuello de una cadena.

Margot parpadeó. Se había fijado en la esvástica, pero no había visto ninguna cadena. Quizá la llevaba debajo de la camisa.

—Te cuento todo esto porque en el interior de la caja Vogel guarda un sello con la firma del comisionado del Reich en Francia. Con ese sello podríamos crear carnets de identidad falsos para la gente de Épivers. Después solo tendríamos que organizar un rescate y sacarlos a todos a través de las vías ferroviarias.

—Lo dices como si fuera fácil. —Guillaume lo miró con escepticismo.

—Podemos hacerlo. Si Margot consigue robarlo…

—Lo conseguiré. —Los últimos recelos se hicieron trizas en el filo de la determinación de Margot.

—Será mucho más difícil que la última vez. Tendrás que hacerte con una de las tres llaves, esperar el momento propicio. Las que están en poder del comandante son prácticamente inaccesibles, pero la del hijo… —Jacob hizo una pausa significativa—. ¿Sabes? En mi aldea natal empleaban un método peculiar para cazar osos. Si conseguían atrapar a una cría la azuzaban y la aguijoneaban para hacerla gruñir y quejarse. Así atraían a la madre y entonces le

disparaban. Uwe Vogel ha mostrado ya interés por ti. Él será nuestro osezno.

Nuestro osezno. Margot comprendió. Su mente regresó a la fiesta, a las manos de Uwe en su espalda, a las burbujas del champán tintineando en su boca como monedas. Ya no bastaría con un beso, si volvía a Villa Lorraine lo haría con todas las consecuencias. Volvió a buscar la mirada de Guillaume, deseosa de encontrar algo allí, algún mensaje secreto que solo ellos entendiesen. No halló nada.

—Margot, escucha. —Apolline le agarró la mano por encima de la mesa. Las de la mujer eran rosadas, salpicadas de pecas, y le pareció que temblaban un poco—. Si aceptas esta misión estarás expuesta… en más de un sentido. Pero eres la única que puedes hacerlo. ¿Comprendes?

—Lo haré.

—No esperábamos menos de ti. —Jacob se puso en pie.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir con esto?

Guillaume había alzado la cabeza y miraba fijamente al polaco, la desesperación y el odio desbordándose de sus ojos como un alud. Y también algo más. Una súplica. Margot volvió a tener la horrible sensación de que entre ellos ocurría algo extraño que ella no comprendía, un resentimiento tan enquistado como el caparazón de una tortuga muy anciana.

—Contrólate, Luc. —Jacob habló con dureza, sus rasgos tan afilados como una cuchilla—. Lo hemos hablado cientos de veces. No puedes derrumbarte ahora.

Guillaume le sostuvo la mirada. Algo pareció romperse en su interior, como una capa de hielo bajo unas recias botas. Un veredicto no pronunciado flotó entre ambos. Después apartó los ojos y se

puso en pie bruscamente; la puerta de la sacristía retumbó como un trueno a su espalda cuando salió sin añadir una palabra más.

Jacob pestañeó lentamente como para espantar a una mosca molesta.

—Bien —dijo como si la escena no hubiese tenido lugar—. Margot, concretaremos los detalles de la misión en los próximos días. Tengo que dejaros, he de cambiar un par de palabras con los Ferrec.

Salió a través de la puerta que comunicaba la sacristía con la casa del párroco. Margot y Apolline se miraron.

—¿Qué acaba de suceder aquí? —preguntó la muchacha.

—Nada que deba preocuparte. Has de concentrarte en lo que tienes entre manos. Puede llevarte días conseguir esa llave y deberás llevar una máscara todo el tiempo. Será casi como renunciar a ti misma. ¿Te ves capaz?

—Ya he dicho que sí.

Apolline la observó con la cabeza ladeada, como un loro sabio.

—Hay algo más que te preocupa, lo veo. ¿Ha sucedido algo más en la fiesta? ¿Algo que quieras contarme?

Margot negó con la cabeza.

—¿Estás segura? A veces es bueno hablar.

Margot apretó los labios. Miró a la mujer con ojos entrecerrados.

—¿Es que nunca te lo han dicho? Hablar demasiado es como empuñar un cuchillo. Nunca sabes dónde pueden llegar a clavarse tus palabras —zanjó antes de salir corriendo detrás de Guillaume.

Violette arrastraba los pies por el camino lleno de polvo. Pasaba de media mañana, y el cielo era como una sábana hinchada y tersa. El

sol brillaba tanto que le provocaba dolor de cabeza. Habría dado lo que fuese por poder esconderse, por huir de aquella espantosa claridad.

Se retiró el flequillo de la frente. No se había molestado en cambiarse el feo vestido de paño que había usado mientras limpiaba los restos de la fiesta y estaba hecha un desastre, con las axilas húmedas de sudor, la falda arrugada y las manos apestando a detergente. Era la peor versión de sí misma: más desaliñada que nunca, más torpe que nunca.

Y más triste que nunca.

Echó un vistazo a la lista que le había entregado su madre con un montón de comestibles que debía comprar en Abrigny. Delphine seguía atareada en Villa Lorraine, abrillantando lámparas y fregando suelos, con unas ojeras profundas y un temblor de manos que revelaban que el baile y el alcohol habían dado bríos al comandante para el resto de su noche a solas. ¿Y Margot? ¿Dónde estaba Margot? Ayudando a su familia no, desde luego. ¿Habría pasado la noche con Uwe? La mera idea hacía que el estómago de Violette se retorciese de ira. Ella apenas había dormido, se había pasado la noche en un catre en las habitaciones de servicio de Villa Lorraine, dando vueltas sin parar al son de los ronquidos de las camareras, marinándose en una sopa de odio, autocompasión y rencor.

Margot ya no era su hermana, decidió Violette. Era una extraña a la que nunca más volvería a confiar ningún secreto. Una hipócrita que proclamaba odiar a los alemanes pero que no había dudado en besar a uno de ellos, y no uno cualquiera, sino a él. Una traidora que se había interpuesto en su camino y a la que no podría perdonar jamás.

Estaba tan embebida en su resentimiento que no vio a la persona que caminaba hacia ella con un saco al hombro hasta que el choque fue inevitable. Cuando reaccionó, ya había caído al suelo entre un estrépito de panes y el aire ante sus ojos estaba lleno de diminutas nubes de harina que se evadían como fantasmas.

—¡Caramba, Violette! —Didier Briand le tendió una mano para ayudarla a levantarse—. ¿Te has hecho daño?

—Estoy bien. Lo siento. Estaba pensando en mis cosas y no te vi venir.

—Ya lo veo, tienes la cara de alguien que acaba de despertar de repente.

«Exacto. Y de una pesadilla».

Por fortuna, el saco no se había roto. Violette lo ayudó a recoger los panes y los sacudió para quitarles el polvo del suelo.

—No te molestes —dijo Didier torciendo el gesto—. Son para el rancho de los alemanes. No les vendrá mal un poco de pan con boñiga seca de vaca incorporada.

Hablaba con una inquina y un rencor poco habituales en él, y Violette se preguntó si se habría enterado ya de lo de Margot y Uwe Vogel. ¿Tan rápido volaban las noticias en el pueblo? No tenía ni idea de cuáles eran los sentimientos de Didier tras la ruptura con su hermana y no se atrevía a preguntarle, pero advirtió que tenía el rostro enflaquecido y unas ojeras como amapolas mustias muy similares a las suyas propias. «De modo que eso es lo que nos sucede cuando ella nos traiciona —pensó con amargura—. En eso nos convierte».

—Parece que hayas visto un fantasma —observó él mirándola con atención—. Y estás muy acalorada. ¿Por qué no entras un momento

en la panadería y te tomas un vaso de agua fresca?

—Gracias. —Violette lo siguió agradecida al interior del local—. Tú tampoco tienes muy buena cara, Didier. ¿Estás preocupado por algo?

—Han llegado malas noticias de París. Anoche hubo una gran redada y hay miles de judíos detenidos. Los tienen a todos en el Velódromo de Invierno.

—¡Miles! —Violette se quedó boquiabierta, con el vaso de agua a medio camino hacia la boca—. ¿Estás seguro? Tiene que tratarse de un error.

—Ningún error. Mis fuentes son totalmente fiables.

Violette lo miró de reojo. ¿Qué tipo de «fuentes fiables» podría tener un simple lugareño de un pueblo remoto y somnoliento del valle del Loira?

Se quedaron los dos en silencio en la plácida quietud de la panadería contemplando la calle a través del vidrio del escaparate. De pronto, los perros que dormitaban en la calle huyeron con el rabo entre las patas y las palomas que se habían guarecido del sol bajo los soportales alzaron el vuelo. Se oyeron fuertes pasos y voces en alemán. Violette y Didier intercambiaron una mirada; soldados, por supuesto, desplegados en uno de esos pomposos desfiles a los que eran tan aficionados, las nucas brillantes de sudor bajo las gorras, los ojos tan secos como la tierra que pisaban. Violette creyó ver un destello dorado en el portal de enfrente, bajo las macetas que rezumaban geranios mustios. Un movimiento furtivo. Por el modo en que Didier frunció el ceño, supo que él también lo había visto. Estuvo a punto de atragantarse con el agua cuando reconoció a Margot.

No estaba sola. Iba acompañada de un hombre joven a quien Violette no podía ver la cara porque estaba de espaldas y cuyos rizos oscuros bajo la gorra agitaron en ella un lejano recuerdo que no supo identificar. Violette estrechó los ojos. De modo que su hermana había dejado al hijo del comandante para ir a encontrarse con otro, quienquiera que fuese. Estaba claro que no era un desconocido para ella. Había algo en la forma en que se inclinaba hacia él, algo en el modo en que sus ojos volaban por su rostro como pájaros enérgicos. Lo miraba casi como Uwe la había mirado a ella, a Margot, la noche anterior. ¿Qué demonios estaba haciendo su hermana? Violette golpeó el escaparate de la panadería con la mano, tratando de llamar su atención.

—¡Margot!

—¡Calla! —Didier le sujetó el brazo con fuerza—. ¡Calla, Violette!

—Pero ¿es que no los ves? ¡Es Margot! ¿Y quién es ese que está con ella?

Un parpadeo. Apenas el latido de un músculo en su barbilla.

—No tengo ni idea de quién es —dijo Didier con voz dura—. Pero ya no es asunto mío. Ni tuyo tampoco.

Violette escrutó sus ojos con atención, sin comprender. Los dedos de Didier seguían clavados en su carne, le hacían daño, y solo la soltó cuando el retumbar de pasos de los soldados desapareció tras la esquina. Cuando Violette se volvió a mirar, Margot y su acompañante se alejaban ya calle arriba, los rizos de él brillando bajo el sol como si estuviesen untados de aceite.

¿Era idea suya o había tratado Didier de evitar que viera la cara de ese hombre?

Guillaume se había movido muy rápido. Margot alcanzó a ver su coronilla rizada a la altura de la rue Nouvelle, bastante concurrida a aquellas horas. Algunas mujeres que regresaban del mercado lo miraron con suspicacia, sin duda intrigadas al ver a un hombre desconocido por las calles del pueblo, ya que la mayoría de los jóvenes franceses estaban haciendo trabajos forzados para el Reich o presos en campos de detención. Margot sintió una oleada de pánico. ¿Cómo se le ocurría exponerse de ese modo? Corrió a su encuentro y lo alcanzó justo frente a la panadería de los Briand. En ese instante la tierra retumbó bajo el peso de decenas de botas. Un grupo de alemanes uniformados acababa de doblar la esquina en formación, como gansos airados demasiado pesados para alzar el vuelo. Aterrada, Margot empujó a Guillaume al interior de un portal. No se atrevió a levantar la mirada del suelo hasta que los alemanes hubieron pasado y la calle estuvo vacía, lista para ser conquistada de nuevo por las palomas y los gatos.

—Cálate la gorra, deprisa. Tenemos que volver a Le Phare.

Guillaume la miró con el ceño fruncido, pero obedeció. Cogidos del brazo, echaron a andar a paso ligero en dirección opuesta a la de los soldados y no se detuvieron hasta llegar a la seguridad del jardín de la casa de Apolline. Se detuvieron bajo un árbol, ambos sin aliento.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre andar por ahí a plena luz del día, a la vista de todos? ¿No me escuchabas cuando os dije que vi el nombre de Athos entre sus papeles?

Él la miró con amargura, con los labios apretados en una fina línea.

—¿Por qué estás tan segura de que soy Athos?

—¿Quién iba a serlo? Sé que Athos es alguien valiente. Alguien dispuesto a hacer los mayores sacrificios.

—Suena como alguien mejor que yo.

—Suena exactamente como tú. Dime, ¿eres Athos o no? Y esa Milady, ¿es Apolline?

Guillaume tardó en responder. Se acercó un poco más a ella y la luz que se colaba por entre el follaje cayó sobre ambos como si tratase de apuñalarlos.

—No voy a decírtelo.

—No confías en mí.

—No es eso. Cuanto menos sepamos, menos posibilidades tienen de arrancarnos información si alguna vez caemos en sus manos, ¿comprendes?

—Yo jamás les contaría nada.

—No tienes ni idea de lo que son capaces de hacer.

Margot suspiró, dándose por vencida. Miró a Guillaume, tratando de evaluar su estado de ánimo. En su expresión había algo distinto, algo que la desconcertaba. Estaba mirándola con una mezcla de amor y de aversión que resultaban chocantes. Le recordó a las gárgolas de la iglesia, con su extraños rostros enigmáticos.

—Lo que pasó hace un rato en la sacristía entre Jacob y tú… ¿Qué os traéis entre manos? ¿Por qué te ha dicho que no debes derrumbarte ahora?

Guillaume se encogió de hombros, como restándole importancia.

—Jacob se preocupa por mí. Es como un hermano mayor. Sin embargo, la parte más difícil de esta misión te ha tocado a ti, ¿verdad? —La miró intensamente, como tratando de leer sus pensamientos.

—Supongo.

—Ayer en la fiesta… ¿Estuviste con él? ¿Lo besaste?

—Era una farsa, ya lo sabes. —La voz de Margot surgió como un delgado hilo—. Una trampa.

«La trampa para el osezno».

—¿Te gustó besarlo?

—¿Cómo se te ocurre preguntarme eso? —Margot alzó la barbilla, poco dispuesta a dejarse amilanar.

—Lo siento. —Él pareció desinflarse—. Tienes razón. Es que no lo soporto. A veces me da la impresión de que estamos luchando en vano, de que conseguirán aplastarnos uno por uno hasta que seamos polvo bajo sus pies.

—No digas eso. —Margot le tomó la mano—. Somos un ejército de ratoncillos, pequeños pero invencibles. Nuestros mordiscos no matarán al fiero león, pero lo harán más débil.

Guillaume le perfiló con un dedo la línea de la mandíbula.

—Júrame que…

Se interrumpió, y Margot volvió a tener la sensación de que había algo intangible que se le escapaba, que Guillaume libraba una lucha interna, como un hombre moviéndose entre distintas verdades. Un hombre que había perdido demasiado. Recordó el nombre de Blanche en las listas y tragó una bola de saliva amarga, hecha de vergüenza. Le cogió las manos y le besó los nudillos ásperos como cuero curtido.

—Te lo juro —dijo en voz baja—. Sea lo que sea, te lo prometo.

Ninguno de los dos supo quién había hecho el primer movimiento, pero de repente estaban uno encima del otro, boca contra boca, clavícula contra clavícula, atrapados en una red de dolor y de fuego,

de deseo, de secretos, besándose como si se adentrasen en lo más profundo de sí mismos. «Este es el juramento —pensó Margot—. Siempre nos buscaremos, pase lo que pase. Jamás podremos huir de este amor que nos clava los dientes».

La luz del sol se hizo líquida sobre ellos, el tiempo se detuvo.

En ese momento Margot vio una sombra entre los árboles del jardín. Miró hacia atrás, sobresaltada, y se encontró con la mirada transparente de Claire. Por un instante pensó que era una aparición, que su hermana no podía estar en aquel lugar, en aquel momento. Entonces recordó que su madre la llevaba muchas veces a casa de Apolline, que la mujer y ella se deleitaban en su mutua compañía.

Claire estaba clavada en el suelo, como una figura recortada al sol, mirándolos a los dos con una expresión que Margot no olvidaría jamás.

Margot hizo girar la llave en la cerradura y empujó a Claire hacia el interior de su casa. Tras dejar a Guillaume en su guarida, habían recorrido en tiempo récord la distancia que separaba Le Phare de la casita de las Aubier y el sol había convertido sus rostros en dos fresones maduros.

Sirvió dos vasos de agua y observó a Claire tragarse el suyo como un pavo sediento. No podía sacarse de la cabeza la mirada que su hermana había dedicado a Guillaume, fija e intensa, casi ominosa, como si quisiese leerlo por dentro. O como si tratase de aprenderse sus rasgos de memoria.

¿Cuánto habría visto y oído Claire? ¿Cuánto habría comprendido? ¿Estaba en peligro el escondite de Guillaume? No, Claire no podría

decir nada a nadie. Por un momento, Margot casi se sintió agradecida por el silencio de su hermana.

—Debes olvidar lo que has visto —le dijo de todos modos.

Claire le devolvió una mirada seria, sus ojos como enormes charcos de agua muerta. Sus manos aferraron su cuaderno de dibujo.

Margot se puso a trocear unas verduras para hacer una *omelette*. Los calabacines los había traído del huerto el día anterior y todavía tenían sus flores, amarillas y en forma de campánula. Troceó una cebolla y esperó a que llegasen las lágrimas, pero sus ojos estaban secos, erizados de amargura.

Escuchó el sonido de la llave en la cerradura y se giró para encontrarse con Violette, que llegaba cargada con una cesta de comestibles y el rostro tan sudoroso como el suyo. Las dos se quedaron muy quietas, una en los fogones y la otra en el umbral, mirándose mientras el peso de lo que había sucedido en la fiesta caía entre ambas como una fusta, como un latigazo, como un rayo capaz de destrozar lo irrompible.

Aunque Margot conocía bien los ojos de musgo de su hermana, en ese momento vio algo inesperado en ellos: desdén. Sintió que algo oscuro y fétido estallaba en su pecho, como madera demasiado verde.

Y allí, mirándose, las dos lo supieron. Margot supo que su deslealtad era imperdonable, que no se había interpuesto ante un capricho pasajero, sino ante un amor torrencial, un amor de los que se hunden en la carne con dentelladas furiosas. Ella sabía bastante de amores así. Y Violette supo, mirando a su hermana, que Margot no se haría a un lado, que no se apartaría.

—¿Cómo has podido? —preguntó Violette con una voz como un chasquido de grillo.

«Es una misión. Una farsa. Una trampa. Tengo que hacerlo», pensó Margot.

—Sucedió sin más —dijo en cambio, con un encogimiento de hombros que era peor que un insulto.

—¿Me crees idiota? Esta mañana salí a comprar y vi… —Violette se detuvo a media frase, con una arruga partiendo en dos su frente, como si luchase por tomar una decisión.

—¿Qué?

—Nada. Me has hecho daño, Margot. Confié en ti y me fallaste.

Margot apartó los ojos. La súplica de su hermana se le clavaba en los oídos como un dardo.

—Prométeme que no volverás a ver a Uwe. Prométemelo y lo olvidaré todo.

A Margot le pareció que alguien le había hecho un nudo en la boca del estómago. Lo que estaba a punto de decir le pesaba en el vientre, le quemaba como una piedra al rojo vivo.

—No voy a prometerte eso.

Por un momento, Violette se quedó inmóvil, tan tensa como un pájaro justo antes de alzar el vuelo. Después abrió la boca y su respuesta surgió en un susurro que cortaba más que una sierra.

—Entonces no quiero volver a saber nada más de ti. Ya no eres mi hermana.

Violette salió de la cocina dando un portazo. La estancia quedó vacía de ella y rebosante de su ira. Margot apretó los dientes para no llorar. Cuando se inclinó sobre el fregadero y se vio reflejada en el agua jabonosa, le pareció que no eran sus propios ojos los que le

devolvían la mirada, sino los ojos marchitos e infinitamente airados de su hermana.

18

Abrigny, 20 de julio de 1942

La fachada de Villa Lorraine relucía como un rostro recién afeitado. El jardín estaba en calma, las flores quietas, como si supieran lo que se disponía a hacer y la desaprobasen en silencio. Margot avanzó contando sus pasos uno a uno. El miedo y las dudas vibraban en su mente: ¿qué hacer?, ¿qué cosas decir?, ¿cómo sobrevivir?

Recordó la noche en la que Annette y Jacob se descolgaron en paracaídas sobre Abrigny. Durante un momento sus cuerpos habían oscilado en el vacío, entre el cielo estrellado y la hierba oscura. Como si no perteneciesen a ningún lugar. Ahora, en el jardín de la casa de sus antepasados mientras iba al encuentro de Uwe Vogel, Margot se sentía justamente así: en un estado intermedio entre una identidad y otra, entre un hombre y otro, entre una traición y otra, entre una mentira y otra. A punto de saltar, a punto de tirarse al vacío, aunque ella no llevaba paracaídas. Se frotó los ojos. ¿Llovía o eran lágrimas esa humedad que sentía en sus mejillas? Se detuvo ante la puerta principal y llamó con los nudillos. ¿Y si era el propio comandante el que le abría la puerta? ¿Qué le diría? Peor aún, ¿y si era Delphine la que salía al umbral? ¿Serían capaces de mirarse a la cara la una a la otra?

La puerta se abrió con un crujido y apareció Uwe, más alto y más rubio que nunca, con sus ojos claros y líquidos fijos en ella con curiosidad.

—Margot. No estaba seguro de si volvería a verte.

«No debería estar aquí —pensó ella—. Debería dar media vuelta y renunciar a esa misión». Había una vulnerabilidad palpable en Uwe Vogel, un halo de animal herido que despertaba su simpatía. Y sin embargo, aquel era el mismo joven que había ido a Francia bajo el estandarte de la Organización Todt, el mismo que seguía ostentando la esvástica. Su dicotomía era estremecedora. Margot pensó en los presos de Épivers, en su destino, y tomó una decisión.

—No deberíamos fingir que entre nosotros no hay algo…especial —dijo mirándolo de frente.

—¿Cómo de especial, Margot? —Su ceja rota se alzó con curiosidad genuina, su olor a bosque se hizo más potente, como si hubieran estallado de repente cientos de brotes tiernos.

—¿Qué te parece si intentamos averiguarlo? Mientras tanto, creo que te debo un momento de mi colección.

—Chica de palabra. Me parece perfecto.

Lo siguió hasta su habitación, la de él, la que antes había sido de ellas. A la luz del día, pudo fijarse en detalles que la otra noche le habían pasado desapercibidos: la cama perfectamente hecha al modo militar, los portafolios con el águila del Reich sobre el escritorio y, lo más extraño de todo, una pila de cajas de palillos mondadientes sobre la mesa.

—Son para hacer el Taj Mahal —explicó él siguiendo su mirada.

—¿Disculpa?

—Un palacio en miniatura, hecho de palillos. El encanto de Oriente reducido a un metro de ancho por un metro de alto. Pienso dedicarle mis ratos libres.

Margot silbó entre dientes.

—Parece un proyecto laborioso. Claro que para un fanático de los grandes mausoleos como tú…

—Bueno, cada uno deja tras de sí el rastro que puede.

—Ni que fueras un caracol…

Él rio.

—Todos queremos dejar una rastro. A los seres humanos nos aterroriza ser olvidados. Supongo que por eso me fascinan tanto los grandes palacios y edificios de la historia. Son maravillas perpetuas, siguen ahí para siempre, a pesar de que los que los idearon llevan ya siglos muertos.

Margot se mordió el labio. Se preguntó qué opinarían los presos de Épivers de la gloria y la perdurabilidad de las obras que se veían obligados a construir.

—Bien. —Uwe se sentó sobre la cama y le hizo una seña para que se colocase a su lado—. Me debes ese momento.

Margot inspiró hondo. Lo cierto era que no se había preparado ninguna historia y debía improvisar sobre la marcha.

—Antes de la guerra, solía pasarme tardes enteras en la panadería de mi… de un amigo. Eran tardes tranquilas, momentos cotidianos que no tenían nada de especial pero que ahora recuerdo con añoranza. Mi amigo era un mago de la artesa. Es… era capaz de hacer pan con cualquier tipo de harina, de trigo, de maíz, de espelta…, cualquier tipo. Cuando estalló la guerra y empezó a haber

escasez de alimentos, mi familia pasó una racha mala. Eso fue antes de… bueno, antes de que mi madre y tu padre…

—Entiendo. —Uwe la miraba muy serio—. Sigue.

—Durante esos meses él empezó a hacer panes extravagantes, cualquier cosa le servía con tal de engordar las raciones de harina. Raíces, habas molidas, bellotas, castañas… Incluso flores. —Margot sonrió, perdida en sus pensamientos—. Es uno de los pocos momentos dulces que tengo de aquellos meses; mi amigo y yo comiéndonos aquellos panes especiales, jugando a adivinar qué extraños ingredientes llevaba cada uno: pan de helechos que sabía a bosque oscuro; pan de geranios, que era como morder la primavera; pan con brotes de cebollino, un poco picante…

—Tu amigo parece una persona de recursos —interrumpió Uwe.

—Lo es. Lo era. También era muy bueno contando historias, mucho mejor que yo. Me contó una que se me ha quedado grabada, acerca del pan y los gladiadores.

—¿Pan y gladiadores? Me gustaría oír esa historia.

—Según él, sucedió en tiempos de Espartaco. Los gladiadores de Capua estaban a punto de levantarse en armas y el pan fue el medio utilizado para avisarlos de que había llegado el momento.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo es posible?

—Al parecer, entre su dieta se incluían grandes cantidades de pan de cebada. Por eso se los solía llamar *hordearii,* es decir, «comedores de cebada». Un día les sirvieron panes tan rojizos que parecían manchados de sangre. En lugar de cebada, habían usado arcilla para amasarlos. Ese día se quedaron sin comer, pero no les importó. Porque solo ellos sabían lo que eran realmente esos panes.

—¿Y qué eran?

—Eran armas. Los usaron para lanzárselas a los centuriones que los custodiaban. Fue el inicio de su revuelta.

Un silencio muy largo siguió al relato de Margot. Uwe se había quedado muy serio, se mesaba la barbilla con dos dedos, pensativo.

—Y ese panadero amigo tuyo…, ¿lo sigues viendo? —preguntó con voz suave.

Margot negó con la cabeza.

—Hace mucho que no lo veo —aseguró con voz débil.

Empezaba a arrepentirse de haber abierto la boca, de haber compartido con él aquellos momentos que eran solo suyos y de Didier. ¿Y por qué él la miraba de ese modo? Era como si no la mirase a ella, sino a través de ella.

Uwe jugueteaba pensativo con las borlas de la colcha. Margot miró directamente a su cuello y ahí estaba, tal como Jacob le había asegurado, el guiño plateado de una cadena.

—¿Es de algún santo? —preguntó con inocencia—. Cécile Ferrec me regaló una medalla de san Pedro cuando tenía seis o siete años. Lamento decir que la perdí bañándome en el río.

—¿Qué…? Ah, no. Es solo una llave.

La tomó con dos dedos para mostrársela. Era más grande de lo que Margot había imaginado, con diminutos dientes serrados.

—¿La llave de tu corazón? —bromeó ella provocándole una sonrisa.

—Mucho peor. La de la caja fuerte de mi padre. —Uwe la dejó caer de nuevo dentro de la camisa—. A mi corazón no le gusta que lo cierren con llave —añadió bajando la voz—. No tienes ni idea del efecto que causas en los demás, Margot Aubier.

Margot tragó saliva. Su nariz se colmó del olor que emanaba de él, a hierba y a robles, a hojas verdes y a un ansia indomable. Se inclinó hacia él, en sus ojos una invitación ineludible. Al instante, sus manos estaban por todas partes, sobre su cabello, entre sus piernas, recorriendo gozosas las líneas de sus caderas. Y ella se encontró a sí misma estrechándose contra él, despojándose de su piel, viéndose a sí misma tal como él la veía: como un tesoro inalcanzable.

Cuando ella empezó a sacarle los pantalones, él hizo una pausa.

—Margot, ¿es este un momento digno de figurar en tu colección?

Sus palabras le llegaron como desde muy lejos. Margot se aferró todavía más fuerte a él, utilizando la lengua y los dientes para trazar dibujos en la curva de su hombro.

—Lo es —dijo con el sabor de su piel en la garganta—. Lo es.

19

París, octubre de 2011

Sobrevolamos la orografía caprichosa del valle del Loira, con la ribera del Sena brillando como un fino collar a nuestros pies. De adolescente tenía una imagen romántica y frívola de París, una ciudad que solo conocía a través de las películas y las novelas románticas y que para mí representaba paseos por los Campos Elíseos, *macarons* de colores y declaraciones de amor con la torre Eiffel como fondo, al más puro estilo hollywoodense. La abuela siempre fruncía el ceño y resoplaba ante esa imagen edulcorada, quizá porque para ella París nunca fue una fiesta, sino una ciudad triste plagada de esvásticas y sangre.

Durante el viaje, había leído el resto de las notas de Álex, ese muestrario de amores y desgracias, de traiciones y secretos. Era como un eco de tinta, una estela que se esfumaba. El relato finalizaba con el encuentro de mis abuelos en Villa Lorraine, ella tratando de hacerse con la llave de la caja fuerte, él encantado de tenerla entre sus brazos. ¿Era así como había empezado todo, la historia de amor que los había conducido al matrimonio?

No. Tenía que haber más.

Mentiría si dijese que no estaba asustada, aterrorizada es una palabra que se acerca más a la verdad. Intuía que ese viaje me cambiaría. Necesitaba saber qué había ocurrido en Abrigny setenta años atrás, arrancar los secretos de las fauces del olvido, uno a uno, como quien arranca los dientes a una mandíbula reseca. Estaba dispuesta a encontrar a mi abuelo y a Violette, averiguar qué había sido de Claire y de Guillaume Luc.

Aferré el bolso de mano en el que llevaba el resguardo de la reserva del hotel. Parecía que el destino se empeñaba en hacerme guiños, ya que Le Phare, la mansión que según las notas de Álex había pertenecido a la mujer que introdujo a Margot en la Resistencia, era ahora un hotel. No solo pasaría unos días en el pueblo de mi abuela, sino que lo haría en la casa en la que ella había iniciado su lucha.

En el asiento contiguo, Álex soltó un pequeño ronquido y cambió de postura. Dormido parecía muy joven, casi un niño a pesar de la sombra de barba que le oscurecía la mandíbula, justo en el lugar en el que un músculo latía siguiendo el ritmo de su corazón. Una cálida sensación inundó mis venas, atenuada por un aguijonazo de pánico. ¿Había hecho bien en emprender este viaje a su lado? Años atrás lo había sacado de mi vida como quien se arranca la costra de una cicatriz: de cuajo y sin anestesia. Y ahora nos habíamos reencontrado sin reparos, casi sin preguntas. Como dos calcetines largo tiempo separados que vuelven a unirse en el cesto de la ropa sucia.

Aterrizamos con puntualidad, y el aeropuerto Charles de Gaulle nos engulló con su bullicio de megáfonos y pasillos brillantes. Recogimos las maletas en la cinta y avanzamos hasta la parada de

taxis, en busca de un vehículo que condujese a Álex al *atelier* de su cliente. A mí me esperaban dos horas de camino hasta Abrigny y había optado por contratar un coche de alquiler. Nos quedamos parados uno frente a otro, él aferrado a su bolsa de cuadros y yo apoyándome en mi flamante Samsonite de ruedas.

—Bueno… —Álex se rascó la coronilla, como siempre hacía cuando estaba nervioso o no sabía bien qué decir.

Contemplé su pelo oscuro, casi azul bajo la luz artificial, el músculo palpitante de su mandíbula, sus ojos de tierra fértil. Me arrojé al vacío sin pensar, le lancé la pregunta que había estado bullendo en mi subconsciente durante todo el viaje.

—¿Vendrás a Abrigny cuando termines con tu cliente?

Él me miró con el ceño un poco fruncido, pero la tierra de sus ojos se oscureció, como si alguien la hubiese regado de repente.

—Allí estaré —respondió. Dos palabras que tuvieron la virtud de conseguir que un jardín brotase en mi estómago.

Su taxi llegó en ese momento, y solo tuve tiempo de darle un rápido abrazo y quedarme mirando cómo desaparecía en la distancia, dedicándome una última sonrisa que era cómo un ancla.

El coche de alquiler era un Fiat color melocotón que me sacó del embotellamiento de París en hora punta con sorprendente rapidez. Conduje con la ventanilla abierta y el ánimo ligero, alejándome del asfalto, camino del lugar en el que las raíces de mi familia se entretejían hasta formar una historia.

Conforme me acercaba a Abrigny, el paisaje cambió y se llenó de prados y bosques que pasaban ante mis ojos como retazos de terciopelo verde. Jamás me había parado a pensar cómo sería el

pueblo natal de la abuela, y me sorprendió comprobar que era un lugar idílico, un trozo de mundo que parecía sacado de una postal.

Le Phare apareció ante mi vista como un vigía encaramado en una ladera boscosa. El hotel conservaba el nombre de la antigua mansión y tenía una fachada elegante, forrada de hiedra indómita que la hacía parecerse a un gigante barbudo. El jardín era enorme y en él crecían algunos frutales, pero sobre todo estaba lleno de flores. Hortensias, rosas, camelias y delicados racimos que colgaban sobre la balaustrada y parecían sangrar bajo el sol.

Estaba a punto de atravesar la verja que delimitaba el aparcamiento de los huéspedes cuando divisé una figura renqueante que caminaba por la calzada: un anciano de espeso cabello blanco con un bastón en una mano. Me miró curioso al pasar, sin duda intrigado ante un rostro desconocido, y levantó el bastón dedicándome un saludo al que correspondí agitando la mano.

Tirando de mi maleta, subí la escalera hasta la puerta principal y me adentré en la casa en la que Margot había tejido mensajes de libertad en jerséis de lana. El recibidor era inmenso, y al fondo había un mostrador de madera bruñida tras el que sonreía una mujer elegante y rubia.

—*Bonjour!* —saludó con energía—. Bienvenida a Le Phare.

Me adelanté y la observé de cerca. Llevaba gafas sin montura, los rizos marcados con tenacilla y una plaquita prendida en la camisa que me informó de que su nombre era Elaine.

—Su habitación está en la segunda planta —me dijo tras comprobar mi reserva—. Las vistas son preciosas, ya lo verá. ¿Ha venido a hacer turismo por la región? ¿Alguna ruta enológica? Mucha gente viene a visitar los viñedos, ahora en otoño están magníficos.

—En realidad, vengo por un asunto familiar —expliqué un poco abrumada por su dinamismo—. Mi abuela nació aquí, en Abrigny. Se marchó poco después de la guerra.

—¡Por eso habla tan bien francés! —Me dedicó una sonrisa—. Así que un viaje en busca de las raíces…

Asentí. Eso era: un viaje al pasado para lograr encarar el presente.

—Mi abuelo es alemán —expliqué—. Estuvo destinado aquí durante la guerra. De hecho… ¿no estará alojado aquí, por casualidad? Su nombre es Uwe Vogel.

—¿Su abuelo salió de viaje y no le dijo dónde pensaba alojarse? —Me miró con suspicacia, tornada la sonrisa en una tensa mueca de carmín.

—Verá, nuestra situación familiar es un poco caótica ahora mismo. Mi abuela tiene alzhéimer y se le olvidan las cosas, la pobre es incapaz de recordar el nombre del hotel —mentí—. Lo cierto es que mi abuelo pensaba reunirse con su cuñada, mi tía abuela. Su nombre es Violette Aubier. Sé que todo lo que le cuento es muy confuso y parece una locura, pero…

—Supongo que sabrá que estamos obligados a proteger la confidencialidad de nuestros clientes. Sin embargo, le diré que no tenemos a nadie alojado con esos nombres. De hecho, ahora mismo los únicos huéspedes aparte de usted son un matrimonio belga de unos cincuenta años. Estamos en temporada baja.

—¿Hay más hoteles por aquí cerca? ¿Quizá algún particular que alquile habitaciones?

—Nuestro hotel es el único del pueblo. Están construyendo un complejo más allá de las antiguas vías, junto a los viñedos, pero todavía no admite huéspedes.

Suspiré. Elaine me miró tras las gafas, un poco ablandada por mi evidente desilusión.

—Antes dijo que su abuelo estuvo aquí destinado durante la guerra. ¿La Wehrmacht, quizá? —preguntó con delicadeza.

—Su padre era comandante, pero él no pertenecía al ejército —respondí con vaguedad.

—Hubo muchos aquí durante la guerra. Nazis, quiero decir. Tenían instalado un cuartel militar para tener contraladas las líneas ferroviarias. Todavía quedan restos de sus barracones. Y sí, se formaron varias parejas entre alemanes y jóvenes francesas. Supongo que es inevitable que pasen esas cosas… ¿Cómo ha dicho que se apellida su abuela?

—Aubier. Tenía una hermana gemela y otra más joven que ella.

—Aubier, Aubier… Creo que he visto u oído ese apellido en algún sitio.

—Su familia poseía un *château* aquí en el pueblo. Villa Lorraine.

—¡Pues claro! —Elaine dio una palmada sobre la mesa—. Por eso me suena. En otros tiempos fue una de las familias más notables de la zona, poseían cientos de hectáreas de viñedos. He visto fotos de Villa Lorraine en periódicos antiguos, era una casa preciosa.

—¿Era? ¿Ya no lo es?

—¡Oh! ¿No lo sabía? —Las comisuras de su boca se inclinaron hacia abajo—. Venga conmigo.

La seguí hasta los amplios ventanales que bordeaban la estancia. Señaló hacia el norte, hacia una colina punteada de viñedos y rematada por unas ruinas de aspecto adusto.

—Ahí estaba Villa Lorraine —explicó—. Esas piedras son todo lo que queda de ella. La bombardearon en la guerra.

—Oh. —Su revelación hizo que algo se ahuecase en mi interior, una ausencia como de pájaro abandonando el nido. En las notas de Álex no se mencionaba nada al respecto—. Los aliados, supongo.

—No, los aliados no. Fueron los propios alemanes.

—¿De verdad? —La miré asombrada—. Pero ¿por qué?

Ella meneó la cabeza.

—Algo sucedió en este pueblo en mitad de la guerra. Algo horrible. Son pocos los que aún lo recuerdan y a nadie le gusta hablar de ello. No tengo claros los detalles, pero al parecer alguien hizo algo que enfureció mucho a los alemanes. Como represalia, bombardearon Abrigny. Hubo cientos de muertos. Fue uno de los episodios más trágicos de la guerra en Francia, comparable a la masacre de Oradour-sur-Glane.

—¿Alguien hizo algo? Pero ¿quién? ¿Y qué?

—No lo sé. He oído rumores aquí y allá, pero nadie parece saberlo con exactitud. Creo que atacaron a un alto cargo o algo así. Por estos bosques había varios grupos de *maquisards*, personas que vivían en la clandestinidad y luchaban contra ellos. Siento no poder contarte nada más —añadió tuteándome.

—No te preocupes. —Agarré de nuevo mi maleta—. Quizá puedas ayudarme con algo más. Mi abuela tenía una amiga en su juventud, una muchacha llamada Lucie Sabard. Debe de rondar ya los noventa años y ni siquiera sé si sigue viva, pero quizá…

—¡Ah! ¡La vieja Lucie! —Elaine me interrumpió con una sonrisa—. Desde luego que sigue por aquí y sus tartas de manzana son las mejores de la región. Te daré sus señas —añadió garabateando en un papel.

—Te lo agradezco.

—Bien. —Elaine sacó de un cajón una pequeña llave—. Ahora sígueme y te mostraré tu habitación. Si necesitas algo puedes llamar a recepción a cualquier hora. En el pueblo hay varios restaurantes, o si lo prefieres puedes pedir que te suban algo llamando al servicio de habitaciones.

Caminamos hasta un ascensor moderno que parecía fuera de lugar en aquella casa sacada de una novela de Jane Austen. Mi habitación estaba en el segundo piso, al final de un pasillo alfombrado de púrpura. Tras agradecer a Elaine su amabilidad, me adentré en una estancia sobria y elegante, con gruesas vigas de madera tachonando las paredes y una cama muy grande cubierta por una colcha floreada. El gusto francés estaba en todas partes: madera y cuero, primorosa porcelana azul sobre la cómoda, lino y brocado en los cojines. Di una vuelta sobre mí misma, maravillada ante tanto detalle. Quizá mi abuela se había despertado en esa misma habitación, se había asomado a esa misma ventana para contemplar las colinas. Quizá sus pies de veinte años habían estado parados en el lugar exacto donde ahora se posaban los míos.

Pensar en ella me hizo recordar a mi abuelo. Marqué de nuevo su número con pocas esperanzas y ya ni siquiera me sorprendí al escuchar la retahíla de pitidos sin dueño. Llevaba días insistiendo y siempre era igual. Era como llamar a un fantasma.

Cuando estaba a punto de guardar el teléfono, comenzó a vibrar dándome un gran susto. Respondí sin mirar la pantalla.

—¿Vera? ¿Dónde estás?

Me quedé muda por un momento, atónita al reconocer la voz de Eric.

—¿Qué quieres?

—Por fin coges el teléfono. Llevo horas llamándote…

—Estaba en un avión —repuse.

Podía imaginármelo a la perfección, tamborileando sobre la mesa, con su expresión de impaciencia y sus ojos petulantes.

—Estupendo, estupendo… —dijo distraído—. Escucha, siento no haberme puesto antes en contacto contigo. Supongo que estaba avergonzado de mí mismo.

Levanté una ceja ante el súbito arrebato de docilidad, pero no dije nada. Creo que él tampoco esperaba una respuesta.

—Verás, te llamo porque ha surgido algo un poco raro. Una periodista ha venido a verme preguntando por tu abuelo. Parecía creer que ha desaparecido.

Maldita Teresa León.

—Calumnias. Mi abuelo está perfectamente —dije rechinando los dientes.

—Por supuesto, por supuesto. Eso le dije yo —respondió en un tono que implicaba que le importaba un comino la suerte de mi abuelo—. También le dije que tú y yo ya no estábamos juntos y que no era el más indicado para rendir cuentas sobre tu familia. Pero no te llamo por eso. Resulta que esa mujer me habló de las exposiciones itinerantes de una pintora, una tal Claire Reynaud.

Ahogué una maldición. Al parecer, Teresa León no había escatimado en detalles. Podía imaginármela ante él, con sus ojos gatunos y sus labios húmedos, regalándole datos que no le incumbían en absoluto.

—Así que mecenas artísticos…, ¡quién lo iba a decir! —exclamó Eric en tono socarrón—. Y vaya cómo se las han arreglado para mantenerlo en secreto años y años…

—¿A qué viene todo esto, Eric?

—Verás, cuando esa periodista mencionó el nombre de Claire Reynaud supe que no era la primera vez que lo oía. Me costó recordar dónde, pero al fin se me encendió la bombilla. Uno de los clientes más importantes del banco es también un apasionado del arte, uno de esos coleccionistas que apuestan por pintores poco conocidos, los típicos que pintan solo una decena de obras antes de que se les termine la inspiración. Supongo que hay gente que no sabe qué hacer con su dinero. No lo conozco personalmente, pero me trato con su secretario. En fin… El caso es que ese cliente me contó una vez que había visitado en Lausana la exposición de una pintora de la que nadie sabía nada y quedó enamorado de sus obras. Intentó comprar alguna, pero le fue imposible contactar con ella o con sus herederos. ¿Adivinas de qué pintora hablo?

«Y ahí es donde entras tú —pensé—. Como una piraña dispuesta a colarse por la rendija».

—Ya imaginarás mi sorpresa cuando me enteré de que eran Uwe y Margot Vogel los que estaban detrás de esas exposiciones. ¡Qué pequeño es el mundo!

—Ya. Y tú te has ofrecido a mediar en esa supuesta venta, ¿no es así? —pregunté con voz ácida—. A cambio de una jugosa comisión, claro.

—Vamos, Vera. Piénsalo: es una gran oportunidad. Mi cliente está podrido de dinero. Ayúdame a convencer a tu abuelo y podrás llevarte un buen pellizco.

—Olvídate, Eric.

—Piénsatelo, Vera. Hay mucho dinero en juego.

Solté un hipido, mezcla entre risa y sollozo. ¿Cómo había soportado pasar tantos años con ese energúmeno?

—¿Podemos vernos mañana? —insistió—. Hablaremos tranquilamente del tema.

—¿Es que no me has oído? Acabo de decirte que he salido de viaje. Estoy en París.

Eso pareció despertar su interés.

—¿En París? ¿Y eso?

—No es de tu incumbencia.

—No quería molestarte. —La voz de Eric adquirió el cariz cálido del negociador acostumbrado a no quedarse jamás sin respuesta—. Solo me preocupo por ti. Sabes que te orientas fatal en las ciudades grandes.

—Un poco tarde para preocuparte por mí, ¿no crees? Además, no estoy sola. He venido con alguien.

—¿Alguien? —Su tono subió dos octavas—. ¿Quién?

—Con Álex Martín, el vecino de mis abuelos —respondí de forma mecánica, antes de recordar que ya no tenía por qué darle explicaciones.

—¿El carpintero?

—Ebanista.

Lo oí refunfuñar en voz baja. A pesar de que no se conocían, Eric detestaba a Álex con todas sus fuerzas, con la inquina del que odia a un ser mitológico contra el que no puede luchar. Quizá porque adivinaba que, en cierto modo, el rastro de Álex siempre había estado en mi piel, incluso cuando eran sus manos las que la recorrían.

—No habrás vuelto a retomar la relación con él…

—¿Y a ti qué te importa?

Suspiró.

—Está bien. Piensa en lo que hemos hablado, Vera. Volveré a llamarte en unos días. Y, por favor, no te precipites a la hora de tomar ninguna decisión.

Colgué el teléfono sin decir palabra. Su llamada había conseguido reavivar viejos fantasmas. Abrí la maleta y saqué el hilo dorado, con sus hebras enmarañadas como algas secas. Se había convertido en una especie de amuleto para mí. Ese ovillo de mi abuela me marcaba el rumbo, al igual que en el mito del Minotauro, era una brújula para salir del laberinto. ¿Qué tipo de monstruos habitarían en sus profundidades?

Necesitaba saber más.

Tras pedir un refrigerio al servicio de habitaciones, salí del hotel y comencé a deambular por el pueblo, recreando la vista en el esmerado empedrado, en los balcones llenos de macetas y en las fachadas con sus contraventanas azules. A pesar de que era la primera vez que pisaba las calles de Abrigny, las reconocí como si fuesen viejas amigas: las casas chatas, la gran fuente de tres caños, los mil y un rincones que Claire Reynaud había plasmado en sus dibujos. Me detuve en la gran plaza en el centro del pueblo. Bajo aquellos soportales, mi abuela había recibido de manos de Guillaume Luc un ovillo de hilo dorado que cambiaría su destino. Por un instante, sentí que no eran mis pies los que pisaban esas piedras pulidas por el tiempo y la lluvia, sino los de Margot, ágiles y raudos, animados por la juventud y las ganas de luchar.

Siguiendo las indicaciones de Elaine, llegué a la casa de Lucie Sabard, una vivienda robusta de paredes rojizas. Estaba rodeada de

establos y graneros y tenía un jardín pequeño rebosante de manzanos. Me acerqué a la verja y un perro comenzó a ladrar roncamente desde su caseta. Era un pastor alemán, y no pude evitar preguntarme si Lucie Sabard habría adquirido de su novio alemán el gusto por esa raza en concreto.

Cuando me disponía a pulsar el timbre, una anciana salió de la casa. Tendría más de ochenta años, el pelo blanco y esponjoso y una cara alargada de pómulos altos en la que aún sobrevivían vestigios de su antigua belleza. Hizo callar al perro dándole unas palmadas en el lomo y echó a andar en mi dirección con una sonrisa amable que fue debilitándose a medida que se acercaba y podía verme mejor.

—*Puis-je vous aider, mademoiselle?* —preguntó—. ¿Le puedo ayudar en algo?

El corazón me dio un vuelco al oír su voz. Su acento era muy similar al de mi abuela, cantarín y susurrante, con esa cadencia de seda propia de la región. Esa mujer era Lucie, estaba segura, y la cara que había puesto al verme solo podía significar que mi rostro le resultaba familiar. Mis rasgos habían despertado a los fantasmas de su pasado.

—Disculpe. —Sonreí—. Estoy buscando a Lucie Sabard.

—Soy yo misma. Lucie Fougasse. Sabard es mi apellido de soltera.

Asentí, sopesando esa información. Fougasse era un apellido francés. Eso significaba que no se había casado con Kaspar, el alemán que había sido su amante durante la guerra. Me pregunté qué habría sido de él.

—Me llamo Vera Vogel. —La mención de mi apellido provocó el latido de un músculo en su barbilla—. Creo que en su juventud

conoció usted a mi abuela.

—¿Eres la nieta de Violette? —preguntó. Sus ojos azules y duros se suavizaron, como si el nombre de mi tía abuela despertase en ella viejos afectos.

—No. Soy la nieta de Margot —aclaré—. Tengo entendido que usted mantuvo amistad con las hermanas Aubier hace muchos años y quisiera saber…

—Lo siento, estoy muy ocupada. No puedo atenderte. —La mención del nombre de mi abuela tuvo el efecto de tensarla como a un junco, de endurecer de golpe su rostro y su postura, de transformarla en una estatua de sal.

—Por favor. No le robaré mucho tiempo. He venido directamente desde Madrid y…

—Hace años que no sé nada de tu abuela. Dejamos de ser amigas hace mucho tiempo.

—Lo sé. Pero usted le tenía mucho cariño a Violette, ¿verdad? En realidad, estoy buscándola a ella. Es una historia muy larga, pero…

—Perdí el contacto con Violette en la guerra. No creo que pueda ayudarte.

Empezó a retroceder como un cangrejo. El perro, quizá adivinando su tensión, reanudó sus sordos gruñidos.

—Mire, tengo una carta que Violette le escribió a usted. —Saqué el sobre del bolso y advertí que los ojos se le nublaban de curiosidad al reconocer la caligrafía de su vieja amiga—. No llegó a enviarla nunca. La encontré entre las cosas de mi abuela.

—¿Por qué tenía Margot una carta de su hermana dirigida a mí?

—No lo sé.

Lucie apretó los labios. Casi podía oír girar los engranajes de su cerebro mientras se debatía consigo misma. Al final tomó una decisión.

—Pasa. Pero solo podré dedicarte un rato muy corto, después tengo que salir a ordeñar.

La seguí hasta la casa. Me condujo a un salón de aire rústico con una enorme chimenea de troncos y un sofá forrado de cojines. Me invitó a sentarme con un gesto y me preguntó si quería café. Acepté, aferrándome a aquel leve gesto de hospitalidad que, quizá, precedería a las revelaciones que tanto necesitaba.

Me dejó a solas y me puse a observar los retratos enmarcados de la pared: una Lucie mucho más joven del brazo de un hombre rechoncho de cabello ensortijado. Su marido francés, sin duda. Los flanqueaban dos chiquillos que habían heredado la complexión robusta del padre y los pómulos altos de la madre.

Regresó con una bandeja con dos tazas, una cafetera y un plato de tarta de manzana.

—Elaine, la recepcionista del hotel Le Phare, me ha dicho que su tarta es la mejor de la región —alabé para romper el hielo, y ella sonrió.

—Las manzanas son de nuestro huerto. Marcel, mi marido, tiene buena mano para la horticultura.

Pasaron unos minutos durante los que bebimos café en silencio. Elaine tenía razón, la tarta era exquisita. Lucie tenía la mirada fija en el fondo de su taza y una arruga profunda como un cráter le hendía el entrecejo. Parecía estar debatiéndose consigo misma.

—¿Cómo está… cómo está Margot? —preguntó al fin.

—Ha estado mejor. Tiene alzhéimer.

Meneó la cabeza, pensativa.

—Es curioso. De las tres, ella era sin duda la más inteligente, la más perspicaz. Su mente era aguda como un trozo de cristal. Tan aguda que a veces llegaba a cortarse a sí misma.

Asentí. Ahora era la enfermedad la que cercenaba su mente, convirtiéndola en picadillo.

—Antes mencionaste tu apellido. Vogel. Eso significa… ¿Margot se fue con aquel alemán, con el hijo del comandante? ¿Es tu abuelo?

—Uwe y Margot llevan casados más de seis décadas. Tuvieron una hija, mi madre, que falleció hace años ya —aclaré—. Sin embargo, cuando le dije mi nombre antes, usted dio por hecho que mi abuela era Violette en lugar de Margot. ¿Por qué?

Lucie pareció de pronto aturdida. Se encogió de hombros con gesto preocupado.

—Violette estaba muy enamorada de Uwe Vogel, besaba el suelo por donde él pisaba. Era como un dios para ella. Siempre pensé que, después de todo lo que pasó, si alguna de las gemelas terminaba con él, sería Violette.

—Después de todo lo que pasó… ¿Qué pasó?

—¿Qué es lo que sabes?

Le expliqué a grandes rasgos mis descubrimientos, la fotografía de la exposición en la que aparecían mi abuelo y Violette, el cuaderno de Claire, la extraña huida del abuelo, el ovillo de hilo dorado, todo lo que Álex había recogido en sus anotaciones. Ella me observaba en silencio, su rostro como un óvalo blanco y apergaminado.

—Y me da la sensación de que la historia de mi familia está cimentada sobre un montón de mentiras y secretos —concluí—. Por eso necesito respuestas.

Lucie sonrió un poco, apenas una mueca enmarcada por dos paréntesis de carne.

—No hay mejor abono para los secretos que una guerra. Una aprende a ver, oír y callar. Violette solía decir que todas nosotras éramos como despensas andantes, llenas de frascos puestos en fila, cada uno de ellos guardando un secreto distinto.

—Eso suena a algo que también mi abuela diría —comenté.

—Así que… ¿Dices que ni siquiera sabías de la existencia de Violette, pero de pronto ella apareció en la fotografía de una exposición a la que asistió tu abuelo? —Lucie parecía aturdida. No era para menos.

—Eso es. Me di cuenta por el medallón.

Saqué el recorte y se lo tendí. Sus ojos lo recorrieron como insectos ávidos, sin perderse detalle. De nuevo pareció confusa, con todo el aspecto de una mujer tratando de aferrarse a un pensamiento que no deja de escapársele. Abrió la boca como para decir algo y volvió a cerrarla. Finalmente, me devolvió la fotografía con una sonrisa tensa.

—Vogel apenas ha cambiado. Sigue teniendo ese aire de vikingo recién salido de una gesta. En cuanto a Violette…, bueno, parece que ha ganado estilo con el paso de los años. —Frunció los labios en una mueca irónica—. Siempre decíamos que se vestía con las luces apagadas.

Me encogí de hombros. En mi cabeza había temas más importantes que el *chic à la française* o la ausencia de él.

—¿No le dice nada la frase que está escrita en el reverso?

—«Entre las piedras y el polvo de lo que fue». Ni idea.

Bajé los hombros, desilusionada.

—Tenía la esperanza de encontrar a mi abuelo aquí, en Abrigny. Quizá también a Violette.

—¿Sospechas que viajó para reunirse con ella?

Asentí. Esa idea había estado rondando mi cabeza desde el principio.

—Creo que ella tiene o sabe algo que motivó su marcha. Algo había en ese sobre, además de la fotografía, que lo hizo huir sin dar explicaciones a nadie. ¿Por qué evita mis llamadas? ¿Qué fue lo que vio que lo impulsó a desaparecer de la faz de la tierra?

—La verdad es que es muy raro. —Lucie arrugó la frente—. ¿Crees que puede estar en peligro o escondiéndose de algo? ¿Después de tantos años?

Me encogí de hombros. A esas alturas, todo lo que sabía y dejaba de saber formaba un complejo amasijo en mi mente, como un arbusto muy enredado.

—Entonces ¿usted no puede decirme nada más? Hay muchas cosas que todavía no sé. ¿Qué fue de la hermana menor, Claire? ¿Qué sucedió con Guillaume Luc?

Lucie tardó un poco en responder, y cuando lo hizo su voz sonó pastosa y melancólica.

—Yo me marché de Abrigny antes de que terminase la guerra. A Brecqhou, en las costas normandas, a vivir con mis tíos. Me quedé allí hasta que los aliados recuperaron París. Mis tíos tenían una granja de vacas Guernsey. —Sonrió con acidez—. Ya ves, yo que quería emular a Marlene Dietrich y acabé desenvolviéndome como pez en el agua entre boñigas y montones de heno.

Hizo una pausa, perdida en sus pensamientos. Guardé silencio, no quería estorbar el viaje mental al pasado que había emprendido.

—Cuando regresé a Abrigny la guerra había terminado y los alemanes se habían marchado. Y también las hermanas Aubier, aunque nadie en el pueblo parecía saber adónde. Tampoco es que yo anduviese por ahí preguntando, ¿entiendes?

—Pues no —admití—. ¿Por qué no preguntó? Si Violette era su amiga…

—Tú no sabes lo que era vivir en aquellos tiempos. —Suspiró, cansada de pronto—. Hacía menos de un año que la guerra había terminado y las heridas todavía sangraban. Había mucho rencor entre la gente. A los que…, bueno, a los que nos habíamos mostrado dispuestos a confraternizar con los alemanes se nos miraba con desprecio y suspicacia. De modo que me limité a pasar lo más desapercibida posible.

—¿Y no volvió a verlas?

—No volví a verlas.

—¿Y a Claire?

—Cuando regresé de Normandía, Claire ya no estaba. Desapareció del pueblo mucho antes de la muerte de Delphine. Nadie parecía saber qué había sido de ella. Hubo rumores, por supuesto. Muchos decían que Delphine la había internado en una institución.

—¿Y usted creyó esos rumores?

—¿Quién sabe? —Lucie se encogió de hombros—. Quizá fueran ciertos.

Bajé la mirada. Sobre mi plato, los restos de tarta de manzana flotaban sobre el caramelo como insectos al sol. Tenía la sensación de que el relato de Lucie estaba incompleto, tan agujereado como un emmental. ¿Estaba Lucie evitando a propósito adentrarse por caminos espinosos? Le tendí la carta que Violette le había escrito

tantos años atrás. Me pareció que sus ojos se humedecían un poco según avanzaba en la lectura, viejos afectos quizá sazonados con una pizca de rencor.

—Sí —dijo al terminar—. Así era Violette. Cándida y soñadora, demasiado ingenua para su propio bien. En realidad, las dos éramos unas bobas, dos niñas frívolas soñando con los artistas de los carteles de cine. Pero ella amaba a Uwe de verdad. Era un amor de los que se te pegan a las tripas. Sufrió mucho cuando Margot se interpuso de ese modo, sin miramientos.

—¿Sin miramientos? —alcé la voz—. Trabajaba para la Resistencia. Luchaba por su país.

—Bueno, Vogel y ella terminaron casándose, según me has contado. —El tono de Lucie se volvió cáustico—. Al parecer, llevó su lucha por Francia mucho más allá. Como solía decir nuestro párroco, el padre Ferrec, hay una línea muy fina entre el decoro y el pecado.

Una bola de irritación se atragantó en mi garganta. Lo cierto era que después de haberme empapado gracias a las notas de Álex de la pasión arrolladora que la había atado a Guillaume Luc, también a mí me parecía un enigma su matrimonio con mi abuelo. Pero me molestaba que Lucie hablase de ella de ese modo.

—Otros, por el contrario, no solo no lucharon sino que aceptaron de buena gana al invasor —dije combativa, pensando en Kaspar—. De muy buena gana.

—¡Ah! Veo que me juzgas. Qué fácil es sentenciar a los demás. Qué fácil condenar cuando no se ha conocido el toque de queda, el racionamiento, el miedo y la pobreza. En este pueblo éramos como peces atrapados en un estanque de aguas turbias. ¿Y quién culparía al pez que sucumbe a la tentación de un cebo jugoso? Aquí, lejos de

las trincheras, los alemanes no parecían tan monstruosos como habría sido de esperar. Kaspar no, al menos. No era un hombre atractivo, pero tenía algo. Quizá era un fanático, una bestia, pero conmigo era galante, cortés y educado. Cuando me miraba, me sentía como la chica más bonita del mundo. Nuestra relación terminó cuando me marché a Normandía, y quizá fue mejor así. No sé que habrá sido de él. Supongo que si sobrevivió a la guerra acabaría casándose con alguna joven alemana de mejillas como lirios llamada Helga o Renate.

Lucie alzó la barbilla. De pronto, se parecía de nuevo a la joven hermosa y algo frívola que había sido tantos años atrás.

—La guerra puso nuestro mundo patas arriba —continuó—. Pasamos de ser adolescentes normales, con nuestros sueños y anhelos, a vivir en un mundo en el que ni siquiera tenías garantizado tu siguiente latido. Tu abuela, y otros como ella, quisieron convertirse en héroes, pero la mayoría de nosotros solo queríamos sobrevivir.

—Siento haberla juzgado —dije en voz baja. En algo tenía razón aquella mujer de huesos frágiles y pómulos orgullosos que había vivido cosas inimaginables. Uno siempre quiere sobrevivir.

Lucie se removió en su asiento. Al parecer, el momento de recordar el pasado había terminado.

—Bien. Como te decía antes, tengo que salir a ordeñar y…

—Una última cosa. —Rebusqué en mi bolso de nuevo, reacia a detener el chorro de sus recuerdos—. He traído conmigo el cuaderno de dibujo de Claire. Quizá lo recuerde.

Ella lo hojeó con cuidado.

—Claro que lo recuerdo. Iba con él a todas partes. Y tenía mucho talento, muchísimo. Era capaz de captar cada expresión, cada detalle, cada… —Se detuvo.

Había llegado al final del cuaderno, al dibujo de los dos enamorados abrazados en el jardín. Sus dedos recorrieron las vetas de papel de la página siguiente, allí donde la última ilustración de Claire había sido arrancada.

—Falta una hoja —constaté lo evidente.

Su reacción fue inmediata. Hundió los hombros y su frente aristocrática se perló de gotitas de sudor.

—Usted sabe quién lo hizo. Sabe quién la arrancó. —No era una pregunta.

Lucie me dirigió una mirada oscura.

—Hay cosas que es mejor dejar dormir.

—Por favor. —La miré suplicante.

Luchó consigo misma durante lo que me parecieron horas. Al fin se levantó con un suspiro y abandonó el salón. Cuando regresó, tenía un trozo de papel en la mano. La ilustración que faltaba. El corazón se me disparó.

—Aquí la tienes.

Me incliné sobre el dibujo casi con reverencia. Era una variación de la escena anterior, la de los amantes abrazados. Si ponías una al lado de la otra, eran casi como dos fotografías tomadas con segundos de diferencia. Si en la primera Claire había captado su abrazo, en la que Lucie acababa de mostrarme los dos amantes aparecían mirándose a los ojos, tan perdidos en su mutua contemplación que parecían olvidados del mundo. Los rasgos de sus caras eran perfectamente visibles, hasta el último detalle. Sus

expresiones faciales destilaban tanto amor que dolía mirarlos. Claire debía de haber hecho los dibujos después de sorprenderlos en el jardín de Le Phare. Supuse que había memorizado la escena para plasmarla más tarde en su cuaderno.

—Margot y Guillaume —susurré.

—En mi mente, siempre relaciono el día que lo conocimos a él con el inicio de la guerra —dijo Lucie—. Acabábamos de ver en el cine una película de Shirley Temple. Creo que esos fueron los últimos momentos de inocencia de nuestras vidas.

—¿Por qué tiene usted este dibujo? ¿Lo arrancó del cuaderno de Claire? —pregunté.

Lucie se recostó contra el sofá con gesto cansado, resignada sin duda a posponer la sesión de ordeño de las vacas.

—Yo no. Fue Violette quien lo arrancó.

Sus palabras comenzaron a fluir sobre nosotras, desgranando recuerdos, como una cohorte de fantasmas reunidos después de mucho tiempo.

20

Abrigny, finales de julio de 1942

Violette subía por el camino vestida con sus mejores ropas de domingo. Sus piernas enfundadas en medias de seda brillaban como diamantes, sus mejillas estaban bruñidas y suaves a base de jabón y su larga melena rubia enmarcaba su rostro como una aureola. Se había esforzado mucho en arreglarse para que él la viese, para que la notase. Miró a su alrededor y su corazón se desbocó. Sí, ahí estaba, con su traje impecable y su rostro lampiño, tentador como un David de mármol. Él también empezó a caminar hacia ella, a su encuentro. ¡La había visto! Violette intentó moverse, pero sus pies estaban pegados al suelo. Entonces apareció ella, Margot, enfundada en el elegante vestido negro de la fiesta, el rostro empolvado y los labios fruncidos en una sonrisa roja y cruel. Violette se retorció y trató de avanzar, pero Margot le ganaba cada vez más terreno. Ya casi había llegado hasta Uwe y él la miraba embelesado, rendido…, igual que aquella noche en el jardín. Violette soltó un grito agudo y despertó de su pesadilla. Los primeros rayos se filtraban a través de las cortinas y las sábanas se pegaban a su cuerpo sudoroso como la crisálida de una oruga. Los cristales de la ventana de su cuarto estaban sucios, surcados por gruesos

lagrimones de polvo seco. Cerró de nuevo los ojos, hastiada. Incluso en sueños, su hermana siempre se salía con la suya.

Todo aquello que le recordara a Margot (sus libros, las ropas que colgaban de su armario, hasta su propio reflejo en el espejo) la hacía hervir en una ira biliosa y oscura que le brotaba de las entrañas y le dejaba en el paladar un regusto a sangre y a despecho.

Pensaba a menudo en el hombre de pelo oscuro que había visto con su hermana a través del escaparate de los Briand. ¿Quién era? No le había hablado a nadie de él, pero su recuerdo la turbaba. Algo en su postura, en la línea firme de su espalda, le resultaba familiar. ¿Dónde lo había visto antes? ¿Y a qué estaba jugando Margot?

Sonaron tres firmes golpes en la puerta principal, y Violette se levantó a regañadientes. Sabía que se trataba de Lucie, que la visitaba como cada día. Los lazos entre ambas se habían estrechado en las últimas semanas, quizá porque las dos tenían algo en común: habían puesto sus corazones en manos de un alemán. Lucie la acompañaba en su pena, le ofrecía palabras de consuelo, dedicaba insultos a Margot y le repetía una y otra vez que no perdiera la esperanza.

—¡Buenos días! ¿Has desayunado? Acabo de pasar por la panadería y te he traído los bollos que tanto te gustan. —Su amiga entró en la casa como un vendaval de energía, su perfume a orquídeas flotando tras ella como un manto.

—No tengo hambre.

—Vamos, Vi. ¡La vida sigue! No puedes dejarte vencer.

«Ya me han vencido», pensó Violette.

—Hoy hace un día precioso.

Lucie abrió los postigos para permitir que entrara la luz del sol. Los rayos dorados fueron a estrellarse contra las espinillas de la frente de Violette, como dedos burlones y afilados.

—Un día sofocante, querrás decir. Le he prometido a mi madre que subiría a Villa Lorraine para ayudarlas a Sabine y a ella con la colada. Pero antes he de ir a Le Phare, a buscar a Claire. Anoche se quedó a dormir allí.

—Te acompaño. —Lucie se mostró feliz ante la idea de salir de la casa—. Tu hermana pasa mucho tiempo con la Bisset, ¿verdad?

Violette se encogió de hombros. Era cierto que en las últimas semanas Delphine había llevado a Claire a Le Phare en varias ocasiones, dejando que se quedase allí tardes enteras e incluso alguna noche. Apolline Bisset parecía haber tomado mucho afecto a la niña, y siempre la recibía con un plato de pasteles, un lienzo en blanco y una caja de pinturas nuevas. Claire parecía sentirse como pez en el agua con aquella mujer oronda de ojos de águila. Incluso dejaba que la peinase, que le hiciese gruesas trenzas en el pelo color mantequilla, algo que hasta entonces solo había permitido a su familia. La gran conexión entre las dos sorprendía a todo el mundo. Era algo inaudito.

—Supongo —respondió—. Quizá la Bisset está muy aburrida con sus tés y sus reuniones, y cuidar de Claire le sirve de entretenimiento. Ya sabes cómo son estas viejas ricachonas. Sea como sea, no me viene mal tener algunos ratos de descanso.

Echaron a andar cogidas del brazo por la carretera polvorienta. El aire estaba impregnado del aroma de la madreselva y los campos se esponjaban de amarillo, listos para la siega. Hacía un calor sofocante, y cuando llegaron a Le Phare, las mejillas de ambas

estaban arreboladas y las espinillas de Violette se habían rebelado en un llanto rojizo y supurante.

El jardín de la Bisset parecía más salvaje que nunca, con un apogeo de dondiegos y rosas desparramándose por todas partes. Encontraron a Claire entre los parterres, acuclillada bajo un árbol. Tenía su cuaderno de dibujo en la mano, y cuando Violette la llamó desde la verja se precipitó en su dirección agitando algo que, en un principio, Violette confundió con la estola de piel de zorro de Apolline. Solo cuando estuvo más cerca se dio cuenta de que era un gato muerto, un cachorro de pelaje pardo y ojos cristalinos congelados en una mueca de sorpresa.

—¡Qué asco! Tira eso, por el amor de Dios —exigió Lucie frunciendo los labios en un mohín de gran dama.

Claire emitió agudos sonidos de protesta y apretó el pequeño cuerpo contra su pecho. Violette reparó en que el gatito tenía el cuello roto, quizá obra de un perro o alguno de los criados de la casa. Con un suspiro, se acercó a su hermana hablándole con su voz más suave, la que reservaba solo para ella.

—Pobre gatito, pobrecito. ¿Quieres que lo enterremos?

Le puso un brazo sobre los hombros y la condujo hacia la parte más profunda del jardín, allí donde las zarzas formaban un mar de espinas y los helechos y las ortigas crecían altos y salvajes. Violette se fijó en que la tierra estaba allí húmeda y removida, como si alguien hubiese estado cavando recientemente.

—¿Has intentado hacer una tumba tú sola? —musitó más para sí misma que para su hermana.

Cavó con las manos un pequeño agujero, lo suficientemente ancho para el pequeño cadáver que ya comenzaba a mostrar signos

de *rigor mortis*. Cuando se incorporó sacudiéndose las manos, Claire parecía haber olvidado ya al gato y miraba fijamente la zona de tierra removida al fondo del jardín, entre los helechos. Lucie, que había ido tras ellas con cara de circunstancias, siguió la dirección de su mirada.

—¿Es ahí donde encontraste esta porquería? No deberías coger cosas del suelo, Claire.

Por toda respuesta, Claire emitió un gemido gutural. Entregó a Violette su cuaderno de dibujo, con el gastado lápiz de carboncillo encajado en su interior. Era casi como si intentase decirle algo. Aunque los actos de Claire casi siempre carecían de motivación, Violette abrió el cuaderno. Las dos últimas páginas estaban ocupadas por dos dibujos diferentes de la misma pareja situada en el jardín en el que ahora estaban: una mujer de larga melena rubia y un hombre de rizos oscuros. En la primera, ambos tenían los rostros ocultos, difuminados en la penumbra del abrazo que compartían. El segundo dibujo, sin embargo, era otro cantar. Violette lo observó todo con creciente asombro: los rostros perfectamente captados, el amor que destilaban sus expresiones, los cuerpos inclinados el uno hacia el otro.

Jadeó y un hipo agudo escapó de su garganta. El misterio del acompañante de Margot había quedado resuelto. No lo había reconocido desde el escaparate de la panadería, pero lo hacía ahora sin duda alguna a través de los trazos precisos de Claire.

Lucie se inclinó por encima de su hombro. Su voz asombrada puso en palabras el sorprendente descubrimiento de Violette.

—¡Cristo! Es aquel chico de la plaza. El fugitivo de París.

Pocas horas antes de que su hermana y Lucie descubrieran el secreto que podía destrozar su vida, Margot despertó con una difusa sensación de paz. Abrió los ojos, y la blancura de las paredes, el tacto de las sábanas de seda y una respiración acompasada a su lado le recordaron dónde estaba y con quién. Uwe dormía a su lado, con una rodilla colocada entre sus muslos y un brazo sobre su cintura. Observó su rostro simétrico, deteniendo la mirada en sus pómulos altos y en sus pestañas larguísimas, casi blancas. Recorrió con los dedos su pecho fibroso, una leve caricia que no logró despertarlo pero que pintó una media sonrisa en su boca. Margot pensó que pocas veces lo había visto sonreír de ese modo estando despierto. Sus dedos ascendieron por su cuello y se detuvieron en su nuca, donde su pelo se ondulaba en un par de rizos rebeldes. Dormido y desnudo a su lado, Uwe Vogel parecía más un arcángel que el hijo de un criminal.

Llevaba casi dos semanas con él en Villa Lorraine. A veces se cruzaba con Delphine por los pasillos, las dos yendo o viniendo de encontrarse con sus respectivos amantes, y ambas bajaban la cabeza y miraban al suelo como si hubiera algo muy interesante en los dibujos de la alfombra. Otras veces era el propio Otto Vogel el que estaba a punto de chocar con ella en algún pasillo, y entonces Margot bajaba la cabeza y adoptaba una postura desgarbada, esperando que el comandante la confundiera con Violette, cuya presencia en Villa Lorraine podía explicarse porque acudía a menudo a ayudar a su madre a clasificar los «objetos perdidos» del sótano. Se diría que su truco funcionaba; el comandante siempre parecía perdido en su propio mundo y apenas reparaba en ella, y cuando lo hacía se dirigía a ella por el nombre de su hermana.

Margot pasaba la mayor parte del tiempo con Uwe, con la mirada siempre fija en la llave plateada. El problema era que él no se la quitaba nunca. Ni para dormir, ni para ducharse, ni siquiera cuando se abalanzaba sobre ella en un frenesí de cuerpos sudorosos y sábanas arrugadas y la llave quedaba ahí, aprisionada entre sus dos cuerpos, empapada de sus sudores mezclados, al alcance de la mano de Margot y a la vez inaccesible.

Y mientras esperaba el momento, los dos vivían en una especie de mundo propio construido a base de prisas, protegidos por un escudo tan frágil como el cristal. Era una tregua en mitad de la batalla. Margot se sentía a menudo como la Sherezade de *Las mil y una noches*, llevada a palacio a costa de su propia vida para engatusar con sus historias al sultán. Los dos pertenecían a mundos distintos, a reinos separados entre sí por una frontera de sangre y cañonazos. Pero a veces le resultaba difícil recordarlo, perdida en los pequeños gestos cotidianos, en las largas conversaciones, en los momentos compartidos, en las aristas del Taj Mahal de mondadientes que él había comenzado a construir con la precisión de un cirujano. Y entonces recordaba las palabras de Apolline: «¿Cómo puedes estar seguro de que realmente conoces a alguien? ¿Es justo condenarlos a todos solo porque están en el lado opuesto de la batalla?».

Con Guillaume, Margot había aprendido que hay amores que te devoran, que te arrastran en un vendaval de ansias y anhelos, amores que te despiertan por las noches con aullidos de lobo hambriento. Con Uwe, todo se reducía a un crisol de delicadezas, a una dulzura apacible. Le daba la sensación de que el tiempo transcurría más lentamente a su lado. Uwe jamás le pedía nada, se le ofrecía con generosidad, como un regalo que Margot no habría

dudado en aceptar si su corazón no estuviese ya en manos de otro, de Guillaume Luc, del chico que tenía pólvora en los ojos y llevaba el aliento del monte pegado en la piel.

Margot se incorporó en la cama y el brusco movimiento despertó a Uwe. Su voz surgió líquida y somnolienta, como miel sobre una tostada.

—Este sí que es un momento digno de figurar en mi colección. Tú, con tu mano en mi espalda y tu melena extendida sobre mi almohada. Lo pondré en un lugar privilegiado de mi memoria y lo sacaré a relucir cuando tenga ochenta años y las articulaciones llenas de nudos.

Ella empezó a sonreír, pero las comisuras de su boca se quedaron paralizadas a media acción, como las cuerdas rotas de una marioneta. Sus ojos no miraban el rostro de Uwe, sino su pecho. Su pecho dorado, firme, vacío. Vacío. Le brotó por la nuca un sudor burbujeante. Faltaba el colgante con la llave. Estaba segura de que lo tenía la noche anterior, así que debía de habérselo quitado al desnudarse.

—¿Margot? ¿Has visto un fantasma? —Le sujetó la barbilla, buscando sus ojos.

—¿Eh? No… No es nada. —Ella puso una mano sobre su clavícula palpando aquel vacío—. No pensemos en cuando seamos ancianos reumáticos. Concentrémonos en vivir el presente.

Él chascó la lengua.

—Me temo que nuestro presente está a punto de convertirse en pasado. Me voy a Alemania por un tiempo. Debo presentar a la cúpula de la organización los resultados del trabajo de estos meses y asistir a algunos encuentros con Albert Speer.

Margot se echó hacia atrás, todos sus sentidos alerta.

—¿Cuándo?

—En tres días. Tengo que ir antes a Épivers para ultimar ciertos detalles con Neumann, el ingeniero. Pasaré un par de noches en el barracón de los oficiales, tramitando papeleo y bebiendo Jägermeister con ellos por las noches. Mi padre estará orgulloso —añadió con una mueca irónica.

—¡En tres días! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Él se encogió de hombros.

—No quería que nuestra última noche juntos tuviera el sabor de las despedidas.

«Nuestra última noche». Sonaba a sentencia. Margot comprendió que ya no habría más despertares en Villa Lorraine, no más sábanas de seda, no más oportunidades de conseguir la llave.

—¿Cuándo volverás?

—Estaré allí al menos por un mes. Quizá dos.

—Cuando vuelvas, estaré esperándote —mintió.

Él sonrió para sí mismo, como si recordase una pequeña broma privada, pero no respondió. Sacó un pequeño envoltorio de papel azul del cajón de la mesilla y se lo puso en la mano. Era fino y ligero, una caja alargada que Margot imaginó que contendría una pulsera, quizá un reloj. No pudo evitar pensar cuánto le darían por ella en el mercado negro, cuántas armas podría conseguir para la red.

Apartó el pensamiento, sintiéndose miserable.

—Gracias, pero no era necesario…

—Es solo un pequeño recuerdo. Creo que te gustará. Ábrelo después, cuando estés a solas. Y ahora…

La tomó entre sus brazos y la besó despacio, deteniéndose en la humedad de su boca, recreándose en su cuello.

—Creo que te amo, Margot Aubier —susurró contra sus labios.

Ella se puso rígida ante la confesión, pero Uwe no le pidió ninguna respuesta. Se inclinó sobre ella, rubio, pálido y brillante, dorado como una moneda, y de nuevo sus cuerpos se acoplaron, celebrándose mutuamente, reducidos a un polvo que era mezcla de oro y cenizas. Margot cerró los ojos y permitió que las lágrimas fluyeran libremente, dejándose llevar por algo que no sabía si era amor, rabia, odio, despecho o deseo, pero que, fuera lo que fuese, era real.

Después, él recorrió con la punta de los dedos los rastros de sal de sus mejillas y se los llevó a la boca, como si quisiera saborear lo más íntimo de ella.

—Hazme un último favor. Que este momento tan perfecto sea el de nuestra despedida. Vete mientras estoy en la ducha.

Ella asintió. La voz le salió trémula, como empapada en lágrimas.

—*Auf Wiedersehen,* Uwe.

—*Adieu,* Margot.

Esperó hasta oír el gruñido de las cañerías desperezándose y el rumor del agua de la ducha, y solo entonces se deslizó fuera de la cama. La ropa de Uwe estaba tirada de cualquier manera en el suelo y rebuscó frenéticamente entre ella. Nada. Trató de concentrarse. Estaba segura de que él llevaba la cadena al cuello la noche anterior, cuando se acostó. ¿Dónde podía haberla puesto? Frenética, rebuscó por toda la habitación, abriendo los cajones del escritorio, mirando debajo de la cama y entre las almohadas.

Nada.

No podía ser.

¿Qué había dicho Jacob? Tres copias de la llave. Una en el cuello de Uwe. Las otras dos en poder de Otto Vogel, una en el bolsillo de su uniforme y la otra en la mesilla junto a la cama.

Le costó un instante decidirse. Se vistió a toda prisa y salió al pasillo, agradeciendo mentalmente la presencia de las gruesas alfombras que amortiguaban sus pasos nerviosos. Corrió hasta la puerta del fondo, la de la habitación principal que en otros tiempos había sido de sus padres y que ahora ocupaba el comandante. Era una puerta alta, antigua, y se elevaba ante ella como un enorme signo de exclamación. «No puedo hacer esto», dijo una voz cobarde desde el fondo de su mente, e inmediatamente otra voz que se parecía demasiado a la de Guillaume: «Sí, sí puedes. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?».

«Hasta el final».

Su mano voló hacia el pomo. La puerta chirrió un poco al abrirse y ella se quedó muy quieta en el umbral, sin atreverse a respirar. En la penumbra se veía la enorme cama con dosel en la que Delphine había amado a Édouard Aubier y a Pierre Reynaud y en la que ahora se dejaba arrasar por las ansias de conquista del comandante. La oscuridad olía a sudor, a sexo y a lágrimas. Sobre la cama se perfilaban los dos cuerpos desnudos y enredados, el de su madre y el del comandante. Él dormía boca abajo, una mano aferrando las costillas de Delphine, su cráneo ralo sobre la almohada como un enorme huevo de pato, la espalda ancha como el mundo, las piernas vigorosas. Delphine parecía muy pequeña a su lado, con su cara de soñar tristezas, su piel grisácea, sus pechos blandos y pesados. A Margot le asaltó un recuerdo de repente: Violette y ella, con dos

años recién cumplidos, las manos regordetas unidas sobre el vientre de su madre. Ese vientre que ahora era un mar de arañazos, un mapa de pequeñas violencias. Turbada, Margot les dio la espalda y miró a su alrededor. El uniforme de Vogel colgaba de un galán de noche, como la capa gris de un fantasma. Rebuscó en sus bolsillos y ahí estaba: fría, metálica, pesada entre sus dedos. Al fin.

Un crujido de muelles en la cama le lanzó el corazón a la garganta. Vogel había cambiado de postura y tenía el rostro girado hacia ella, un hilo de saliva resbalando por la almohada como el rastro fluorescente de una babosa. Dormía aún, pero algo en su respiración acompasada advirtió a Margot de que estaba a punto de despertarse. Salió del cuarto a toda prisa, cerró la puerta tras de sí y echó a correr con la llave clavándole sus aristas en la palma de la mano.

El despacho del comandante tenía el mismo aspecto que el día de la fiesta, con su olor a masculinidad, a colonia dura y a Jägermeister. Esta vez ni siquiera dedicó un vistazo al escritorio, centró toda su atención en el armario metálico que brillaba como una mandíbula de plata. Las manos le temblaban como pollitos recién nacidos, pero se las arregló para acercar la llave a la cerradura. Sus oídos retumbaban, su aliento empañaba el acero bruñido. «Que funcione», rogó para sus adentros. Como respondiendo a su plegaria, la puerta se abrió con un quejido casi inaudible.

Estaba casi vacía, a excepción de documentación para hacer *cartes d'identité*, algunas cartillas y un sello de impresión de tinta con la firma del comisionado del Reich en Francia. Ningún gendarme impediría el paso a nadie que portase un documento con esa enseña. Podía salvar cientos de vidas.

Margot cogió el sello y cerró de nuevo la puerta. Cuando salió del despacho llevaba el corazón en la boca, los pies más ligeros que nunca, su botín dentro del liguero y la llave colgando de la punta de los dedos. La embargaba una fiera sensación de triunfo.

Al llegar al pasillo se sintió mareada. Le pareció que la casa había cobrado vida, que crujía y se desperezaba, que sus muros susurraban acusándola de lo que acababa de hacer. Oyó voces en el piso de arriba: las paredes supuraban gemidos de lujuria y de victoria; estaba claro que el comandante había despertado y reclamaba sus derechos sobre el cuerpo de su madre. Margot sintió que la llave le pesaba una tonelada. No podía devolverla a la habitación, y mientras pensaba qué hacer con ella le pareció ver en el marco dorado de un cuadro un reflejo de sí misma. Cuando alzó la mirada se encontró con Violette, parapetada tras un enorme cesto lleno de ropa. Sola, abatida, como una Cenicienta ante su hermanastra. Se le cayó el alma a los pies.

—¿Qué haces aquí?

—Ayudar a Sabine. No necesito preguntarte qué haces tú aquí —respondió Violette con desdén.

Sus ojos viajaron a la llave que llevaba en la mano, y Margot apretó el puño en torno a ella.

—No. No necesitas preguntármelo. —Margot respondió con una altivez que, más que herir a su hermana, buscaba mitigar su propia culpa. Quizá, cuanto más la despreciase Violette, menos le dolería lo que le estaba haciendo.

Echó a andar hacia la puerta principal. Por el camino, fingió apoyarse en la peana de un jarrón de Sevres para atarse un zapato y dejó caer la llave en su interior. Apuró el paso, dejando atrás la

prueba del delito, alejándose de los pedazos rotos de su hermana y del joven enamorado que en ese momento salía de la ducha, lustroso como un pez dorado.

Cuando le faltaban apenas veinte pasos para llegar a su casa recordó el regalo de Uwe. Arrancó con las manos el papel, que olía levemente a lavanda, y abrió la cajita alargada y plana. No era una pulsera, ni un reloj, ni un collar ni un pañuelo de seda.

Una nota escrita con la letra de Uwe dio dos giros en el aire y cayó a sus pies. La recogió y la leyó con ojos desorbitados:

> Úsala bien.
>
> Espero que alguno de los momentos que compartimos fuera real. Algún día me gustaría conocer la respuesta.

Margot se detuvo en seco, los pies clavados en el camino, su pecho como un incendio, sus rodillas convertidas en gelatina, sus oídos retumbando con un rugido ensordecedor. Sosteniendo en la mano el regalo de Uwe, aquello que lo cambiaba todo.

La llave del armario metálico, su llave.

La llave que durante todo ese tiempo él había llevado al cuello.

Violette se asomó a la puerta principal y observó cómo Margot se alejaba de Villa Lorraine por el empinado sendero de la colina. Más que caminar, volaba sobre sus pies, presurosa, sus zapatos levantando a su paso burbujas de polvo dorado.

Frunció el ceño. Algo en la actitud de su hermana la desconcertaba. Un pensamiento cruzó su mente, raudo e inesperado: «Está huyendo».

¿Acaso iba a reunirse con el muchacho de la plaza? «Sé tu secreto —quiso gritarle—. Sé lo que estás haciendo». Pero ¿lo sabía en realidad? Algo se traían entre manos su hermana y el joven parisino. Pero ¿qué?

El sonido de un motor la sobresaltó y cuando miró hacia atrás descubrió el Mercedes-Benz de Otto Vogel, que salía de las viejas cuadras que se empleaban como garaje. Violette tensó la espalda, sintiendo en el estómago el revoltijo de nervios y miedo que siempre experimentaba cuando se cruzaba con el comandante. Se preguntó si debía saludarlo al pasar o si podría fingir que no lo había visto y evitar enfrentarse a aquellos ojos fríos. Ya se había decidido por lo segundo cuando el coche se detuvo a su lado con un chirriar de neumáticos. Violette tembló, las manos quietas, los ojos fijos en el águila dorada del capó. Pero no fue el comandante el que se asomó por la ventanilla de copiloto, no fueron sus ojos de trucha los que se clavaron en los suyos, sino las pupilas de espuma de Uwe Vogel. A su lado, Kaspar manejaba el volante con gesto aburrido y un cigarrillo apagado entre los labios. Violette sabía que el novio de Lucie hacía a menudo funciones de chofer para los Vogel, pero no lo había oído llegar esa mañana.

—Hola, Violette —saludó Uwe.

Ella se quedó sin voz, petrificada. No habían vuelto a intercambiar una palabra desde la noche del baile en Les Pommiers, meses atrás, y Violette volvió a sentir la misma emoción, el estómago girando como si quisiese dejar sus entrañas al descubierto. Estaba tan guapo con su traje de paño oscuro, su camisa azul. Parecía tan vulnerable, tan abatido… Inclinó la cabeza levemente, forzando una sonrisa.

—Hola, Uwe.

Él salió del coche y se quedó parado frente a ella. Pareció rebuscar en su mente hasta hallar las palabras apropiadas.

—Solo quería decirte que me marcho a Alemania por un par de meses. Y no quería irme sin pedirte disculpas. Me comporté muy mal contigo. Debí ofrecerte al menos una explicación y no dejarte plantada en la fiesta. Lamento que no haya funcionado.

—No importa —respondió Violette con la cabeza gacha y la voz pequeña. Pero claro que importaba. Porque podría haber funcionado, si Margot no se hubiese interpuesto con sus ojos arrogantes, con su melena de oro, con su actitud de no necesitar nada. Sí importaba, porque incluso en aquel momento, incluso reconociendo que él había sido desconsiderado y egoísta, Violette no podía evitar que las piernas le temblasen al mirarlo, que la boca se le secase al ver los filos dorados de sus pestañas. Violette aprendió algo horrible en ese momento: que para ella era mucho peor su ausencia que la humillación de verlo con su hermana.

—Espero que no culpes a Margot. Estoy seguro de que ella no quería hacerte daño. Sé que eres la persona más importante del mundo para ella —añadió Uwe.

Violette afiló la mirada al oír esa defensa de su otra mitad, de su peor enemiga.

—Solo dime una cosa. Aquel día, en el baile en Les Pommiers… ¿de verdad no sentiste nada? —La voz le salió firme, pero en sus ojos se había colado una súplica.

Uwe bajó la mirada. En realidad, Violette no había esperado una respuesta, pero sintió que su corazón se le descolgaba un poco más por entre las costillas. Uwe le rozó una mano, y ella recordó aquella noche, la de su único y glorioso baile. Cuando apartó la mano, volvió

a recordar quién era: la hermana torpe, la segunda en todo, la sombra de Margot. Nadie.

—Lo siento —repitió él.

—No importa. Te deseo un buen viaje a Berlín.

—Gracias. —Él retrocedió dos pasos, azorado, como tratando de dispersar el aire denso como mantequilla que los envolvía a ambos —. Espera un momento —añadió como si de pronto se le hubiese ocurrido una idea.

Dio media vuelta y regresó a la casa a grandes zancadas. Desde el asiento de conductor, Kaspar masculló algo ininteligible y después salió también del coche.

—¿Cómo te va, Violette? ¿Mal de amores? Esto es mejor que un folletín. Si no estuviésemos en mitad de una guerra, cogería asiento en primera fila.

Violette lo fulminó con la mirada.

—Lo malo es que estamos en guerra y, por si no lo sabes, esta región es pasto de delincuentes —continuó él—. Terroristas y traidores.

—No sé de qué me hablas.

—Ah, ¿no? ¿Estás segura?

—Por supuesto. —Violette frunció el ceño. ¿Acaso ese idiota estaba bebido?

Él se inclinó hacia ella, sus ojos recorrieron su rostro como insectos burlones. Olía a tabaco y a sudor, pero ni rastro de alcohol en su aliento. Tomó entre dos dedos uno de sus mechones pajizos, frotándolo como para sacarle brillo.

—¿Sabes? Tienes el pelo muy seco. Tu hermana, sin embargo, tiene un pelo precioso —susurró en su oído.

Violette se quedó muy quieta, sus mejillas convertidas en dos ascuas. Todo se le vino encima en un instante: la indiferencia de Uwe, el velado insulto de Kaspar, la deslealtad de su hermana. Los ojos se le perlaron de lágrimas que escocían como pimienta. Se llevó la mano a la cabeza, a ese peinado de bucles y rizos que tanto se había esforzado en elaborar esa mañana y que, sin embargo, no merecía más que desprecios.

En ese momento Uwe regresó corriendo con un gramófono bajo el brazo.

—Lo he cogido del salón. Me he enterado de que en vuestra casa no hay ninguno. Así podrás escuchar a Zarah Leander.

Violette lo aceptó sin responder, con la mano aún en la coronilla. Su cerebro era una peonza desorbitada, giraba fuera de control. Mientras Uwe rodeaba el coche para volver a su asiento hurgó en su bolsillo y sacó el dibujo de Guillaume y Margot que había hecho Claire. Lo había arrancado del cuaderno en un impulso y se lo había guardado en la cartera. En su momento no supo muy bien por qué lo hacía, quizá para tener una prueba más de la perversidad de su hermana, un sombrío recordatorio. Ahora, antes de poder detenerse, cogió el dibujo con dos dedos y lo prendió con cuidado en la ranura del portaequipajes, segundos antes de que el motor se pusiese en marcha. Era lo justo, pensó guardándose en el bolsillo las manos temblorosas. Era justo que él lo viese, que entendiese que Margot era un lobo con piel de cordero, que en sus palabras había mentiras, que su dulzura era veneno.

Se quedó allí de pie, con la falda agitada por el viento, contemplando cómo el coche se alejaba camino abajo con el destino de su hermana agitándose como el ala rota de una paloma. Cuando

el vehículo ya no era más que una mancha oscura se dio la vuelta y echó a correr sin rumbo, pisoteando plantas y flores, despedazando hormigas, con una única palabra retumbando en su mente:

«Traidora».

«Traidora. Traidora».

21

Abrigny, 1 de agosto de 1942

Margot se deslizó en la oscuridad. Los árboles se cernían sobre ella, y notaba la hierba húmeda y blanda contra sus piernas. Aguzó el oído, atenta a cualquier señal que la avisase de la presencia de los demás: una tos apagada, el crujido de las botas contra los guijarros. No oyó nada salvo el largo chillido de un búho que vibró entre el follaje. En la oscuridad, el bosque parecía más vivo y peligroso que nunca, dispuesto a devorarla. Y aun así, era mucho más seguro atravesarlo que caminar por las calles del pueblo, llenas de alemanes dispuestos a detener a quien se saltase el toque de queda. Por una vez, los lobos del cuento estaban en mitad de la civilización en lugar de entre la espesura.

Había entregado el sello a Jacob durante una breve reunión con él y Apolline. Había estado a punto de hablarles de la llave, de que Uwe sabía quién era ella y qué estaba haciendo. Había estado a punto de confesarles que él estaba de su lado. En el último momento algo, una especie de sexto sentido, la había impulsado a callar. ¿Cuánto sabría el hijo del comandante? ¿Y cómo se tomarían Jacob y Apolline ese giro de los acontecimientos? Su gesto no les

bastaría, continuarían dudando de su lealtad. Ellos no lo conocían como ella, no habían visto la vulnerabilidad en el fondo de sus ojos

¿Qué estarían dispuestos a hacerle a Uwe para garantizar su silencio? Mejor no averiguarlo.

Otro secreto más. Un nuevo montón de palabras que jamás deberían ser pronunciadas.

Ahora había cosas más importantes de las que ocuparse. La operación de rescate de los prisioneros de Épivers se había puesto en marcha. Esta vez, no lucharían con pólvora y balas, sino de un modo mucho más sutil. Pocas cosas hay más poderosas en el mundo que un buen fajo de billetes agitándose ante la persona adecuada y en el momento adecuado, y gracias a la habilidad de Apolline para conseguir que la gente hablase habían detectado tanto lo uno como lo otro. Schmitt, uno de los guardias nocturnos de Épivers, era un individuo sensible y enfermizo, uno de esos hombres que entran en el ejército llamados por un sentido del deber pero que jamás dejan de marearse ante la visión de la sangre. En toda fortaleza hay una grieta, y ellos habían encontrado la de Épivers. Apolline había averiguado que Schmitt tenía en Renania una madre muy anciana y una novia que lo esperaba con su primer hijo abombándole el vientre. Traicionar a su patria era una deshonra, pero el miedo y la añoranza son para muchos la peor maldición.

Todo lo que Schmitt tenía que hacer era mantener apagados durante diez minutos los potentes focos que por la noche herían los terrenos de Épivers como cuchillos, derramándose sobre las barracas y las vallas de afilado alambre. Un agujero practicado en el cercado con una herramienta afilada sería el siguiente paso. Cuando los

alemanes se diesen cuenta de lo sucedido, el hombre ya estaría muy lejos, con el pago por su ayuda en el bolsillo.

Por supuesto, esa era la primera parte del plan. Conseguir guiar a los prisioneros hasta las vías sin ser descubiertos era muy complicado, y esa era la tarea que les correspondía a Margot y los demás. El paso final, si tenían éxito, consistía en trasladarlos a un lugar seguro desde el que varios guías de confianza los ayudarían a salir de Francia a través de los Pirineos.

Margot llegó al lugar indicado, una curva muy pronunciada que envolvía las vías del tren. Según los mapas, era un punto ciego, un lugar invisible para los soldados que montaban guardia al otro extremo del puente ferroviario. Ni Jacob ni los demás estaban allí. Se acercó las manos en forma de cuenco a la boca y emitió un leve silbido. No hubo respuesta. Margot se estremeció. No había visto a Guillaume desde que se había marchado de Villa Lorraine, y la perspectiva de reencontrarse con él la llenaba de angustia y deseo a la vez.

De pronto, unos matorrales comenzaron a agitarse como las faldas de una bailarina del Moulin Rouge y entre ellos emergió la cabeza de Jacob, con los ojos relucientes de un brillo febril. Margot casi se cayó al suelo al verlo. Llegaba sudoroso, ennegrecido, parecía un demonio recién expulsado del infierno.

—¿Qué ha pasado? ¿Y los demás?

Él se secó la frente con la manga dejando un rastro oscuro y húmedo, de tierra o quizá de sangre.

—Casi lo habíamos logrado. —Su voz sonaba como una sierra agotada sobre la madera—. Guillaume consiguió practicar un agujero en la valla, tal como habíamos previsto. Los sacamos uno a uno en

la oscuridad. —La sujetó por los hombros y la zarandeó—. Y entonces… entonces todo estalló.

—¿Qué dices?

—Una granada. Alguien lanzó una maldita granada hacia el campo, hacia los barracones de los guardias. Por supuesto, eso los puso sobre aviso. Salieron de inmediato con sus linternas, sus perros y sus armas. Tuvimos que dividirnos y dispersarnos por el bosque.

Margot hubo de aferrarse a la rama de un árbol para no desplomarse contra el suelo.

—Pero… ¿quién? ¿Quién ha hecho eso?

—No lo sé. —Jacob agitó la cabeza como un pájaro aturdido. Las venas de su cuello sobresalían como las cuerdas de una guitarra—. Es casi como si alguien quisiera alertarlos de nuestra presencia, pero… ¿quién? ¿Schmitt? No tiene sentido…

—No tiene sentido —repitió Margot.

Un sentimiento de náusea se extendió por su pecho, una rabia que lo arrasaba todo. Porque ella sabía, ¡vaya si lo sabía!, quién les había hecho eso. El hijo del comandante, el que había sabido quién era ella desde el principio, el que le había dado la llave como un regalo envenenado para conducirlos a todos a la boca del lobo. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Se había permitido olvidar que el encanto de Uwe Vogel, su vulnerabilidad de vidrios rotos, su curiosidad de niño no eran más que trampas, que su corazón pertenecía en realidad a su padre y a la *Vaterland*. Uwe no había hecho más que recurrir al truco más antiguo de la historia de la guerra: debilitar al enemigo, vencer sus defensas. Esperar a que estuviera totalmente descuidado para dar el golpe final. Una granada.

Margot se llevó una mano a la boca y se mordió los nudillos hasta hacerse sangre. Ella tenía la culpa de todo. Su arrogancia, su reticencia a contar a la red que Uwe sabía, había puesto cientos de vidas en peligro.

Se oyó un nuevo ruido al otro lado del bosque, una especie de fragor que parecía provenir de las entrañas de la tierra. Pasos. Surgieron de entre los árboles unas luces tenues como luciérnagas. Con un ramalazo de alivio, descubrieron que era el primer grupo de prisioneros, precedidos por Yves y Apolline, que había sustituido sus vestidos por unos gruesos pantalones de sarga que le daban aspecto de amazona. Margot se quedó mirando la hilera de prisioneros, unas treinta personas entre hombres, mujeres y niños, un grupo fantasmal, tan silenciosos como almas intentando salir del purgatorio. Sucios, desaliñados, vestidos con harapos, despedían un olor amargo a sudor y a miedo.

—¿Todavía no han llegado los trenes? —Yves se parecía más que nunca a un árbol invernal, sus brazos colgando a los lados como ramas muertas.

—Faltan cinco minutos. ¿Y los demás?

—Damien y Henri se han quedado unos cien pasos por detrás con una veintena de prisioneros, tratarán de llegar a las vías. Guillaume y Annette se dirigían con los restantes hacia el río, aprovechando el abrigo de los árboles. —Se frotó la frente con una mano sucia—. Aquello es un condenado infierno. La explosión ha herido al menos a cinco soldados y están todos soliviantados. Han puesto en marcha una cacería.

Un silbido les advirtió de que el tren se acercaba ya y debían poner en marcha la segunda parte del plan. Al menos tratarían de

salvar a un tercio de los prisioneros. Sobornar al maquinista había sido más fácil que hacerlo con el guardia de Épivers; el hombre no tenía más que detener el tren en aquella curva oscura durante ocho minutos, ni siquiera necesitaba apearse.

Dentro de los vagones de carga había enormes cajas de madera que, en teoría, contenían uniformes alemanes, botas y diverso material de intendencia. La realidad era que las cajas estaban vacías. En silencio y moviéndose lo más rápido que podían, Margot y los demás ayudaron a los prisioneros a ocultarse en su interior.

—Tienen agujeros de ventilación que les permitirán aguantar —explicó Apolline—. Con suerte, este escondite los librará de ser descubiertos si se produce algún control. Uno de nuestros contactos ya está sobre aviso. Intentarán sacarlos de Francia a través de la ruta O'Leary.

Cerraron las puertas correderas y el tren volvió a ponerse en marcha con un silbido humeante.

—Si los demás consiguen ponerse a salvo, tendremos que buscar algún lugar donde esconderlos —murmuró Jacob atisbando entre los árboles.

Nadie respondió. Todos aguardaban, en un silencio solo roto por los latidos de sus corazones.

En ese momento oyeron el retumbar amortiguado de las armas del enemigo. Se miraron unos a otros, desolados. Margot buscó los ojos de Apolline: parecían campos arrasados, arados de surcos oscuros. Entre las dos vibró algo, un destello de reconocimiento.

—Tenemos que salir de aquí —ordenó Jacob.

Yves hizo un gesto con sus largos brazos hacia la línea de árboles que marcaba la linde del bosque como una mandíbula hostil. Se

deslizaron en la oscuridad, con las linternas apagadas como animales de la penumbra. A su izquierda, un grito resonó entre la espesura. Margot habría gritado también si la mano de Jacob no se hubiera posado sobre su hombro como un cepo, a modo de advertencia. Yves susurró en su oído.

—¡No podemos parar ahora!

Siguieron avanzando penosamente. Jacob encendió por un instante su linterna, iluminando el terreno a su alrededor. Se detuvieron en seco, a punto de caer unos sobre otros como las piezas de un dominó. Lo que tenían a sus pies era una matanza. Docenas de cadáveres yacían sobre el mantillo: prisioneros de Épivers que habían encontrado la muerte en su huida. El hedor de la sangre era insoportable, una fetidez de hierro tan densa que casi podía masticarse.

—¡Yves, quieto…!

Alguien la empujó, y Margot estuvo a punto de caer otra vez al suelo. Jacob forcejeaba con Yves, tratando de impedir que avanzase, que viese lo que no debía, pero era demasiado tarde. Entonces Margot lo vio también y la boca se le llenó de bilis: Damien y Henri estaban allí, entre los muertos, sin rastro de vida en sus rostros de veinte años, los ojos apuntando a la luna, sus brazos crispados como si la muerte los hubiera sorprendido en una última súplica. Yves gritó, un bramido largo que los envolvió a todos. Se lanzó sobre sus hijos muertos, aferrándose a sus torsos, recordando quizá los años de la infancia en los que eran ellos los que se aferraban a él, acunando sus cabezas en su regazo sin dejar de gritar. Apolline corrió hacia él y lo obligó a levantarse; ella también lloraba, con el rostro deformado por la impotencia.

Jacob se revolvía el cabello con desesperación.

—Hay que salir de aquí. A estas alturas ya nos habrán oído.

—¡No podemos dejarlos aquí!

Margot captó con el rabillo del ojo un leve movimiento entre los cadáveres. ¿Sería posible? Al fijarse mejor, descubrió a una muchacha, una niña de la edad de Claire o quizá más joven aún. Su rostro era puro hueso y su pecho subía y bajaba con esfuerzo, un fino estertor se escapaba de sus labios febriles.

—¡Está viva!

Tenía una horrible herida de bala en el estómago. Margot se quitó el gorro de punto que se había puesto a pesar del calor. Era la prenda que Apolline le había entregado meses atrás para que aprendiese los signos del morse y su tono grisáceo resultaba conveniente para ocultar su melena. Trató de contener la hemorragia presionando sobre la herida y la lana se empapó casi inmediatamente. La niña se moría, la vida se le escapaba en jadeos secos. Margot notó que Jacob le tiraba del brazo.

—¡Vámonos! No puedes hacer nada por ella. ¡Se están acercando!

—¡Morirá, si la dejo!

—¡Ya está muerta! ¡Vamos!

Oyó sobre su cabeza el rugido de los furgones de los alemanes, un fragor ronco. Con una última mirada a la niña, Margot echó a correr tras sus compañeros. Volaron a través de la espesura, cayendo y levantándose, apoyándose unos en otros hasta que el bosque los escupió en las lindes del jardín de Le Phare. Se precipitaron hacia la entrada y se dejaron caer al suelo, débiles y rotos, mirándose unos a otros como si no se hubieran visto antes.

Annette apareció en la puerta de la cocina, el rostro demudado y una linterna temblorosa en la mano. Margot se precipitó hacia ella.

—¿Y Guillaume? ¿Y los demás prisioneros?

—Conseguimos sacarlos del bosque. Por ahora están ocultos en unos graneros abandonados a las afueras de Vernuel. Guillaume se ha quedado con ellos. Pero vosotros… ¿Qué ha pasado?

Le relató a trompicones los detalles de lo sucedido, el horror de lo que acababa de ver todavía grabado a fuego en su cerebro. Annette ocultó la cabeza entre las manos. Apolline y Jacob acompañaron a Yves al piso de arriba y le administraron un calmante, el pobre hombre estaba trastornado y no dejaba de golpear el aire con las manos y balbucear incoherencias. Se quedaron con él hasta que se rindió a la inconsciencia.

Más tarde, se reunieron todos en torno a la mesa de la cocina, como un círculo artúrico de seres antediluvianos. Algo se había quebrado, como hielo tras los primeros rayos de la primavera. Al filo de aquella medianoche de muerte, los miembros de la Red Dumas se contemplaron unos a otros como si se viesen por primera vez. Como si, de pronto, les hubiese embargado una cruda certeza: no todos los que estaban allí sobrevivirían hasta el final.

Seis horas después

La cocina de Villa Lorraine estaba envuelta en la luz sanguínea del amanecer. Con ojos aún somnolientos, Delphine entreabrió la puerta del horno para comprobar el pastel. Era un *prasselkuchen*, uno de los favoritos de Otto, y la crujiente capa de almendras, masa y

mermelada gruñía y se erizaba desprendiendo un aroma glorioso. Sobre los fogones la cafetera silbaba también, llena de café de la mejor calidad. Delphine consultó el reloj de pared. Otto estaría a punto de levantarse, y convenía que estuviese todo listo y en su punto. Era extraño que ya casi se hubiera acostumbrado a ese tipo de vida, a levantarse al alba con cuidado de no despertarlo a él, desembarazarse del pesado brazo que caía sobre su pecho e ir a la cocina para prepararle el desayuno. Media hora después, él bajaría en mangas de camisa, con los ojos aún cargados de sueño, y se sentaría a desayunar con el *Das Reich* abierto y apoyado sobre el azucarero.

Casi como en un matrimonio. Casi.

Pero esa mañana todo fue diferente. Cuando Otto bajó al comedor no lo hizo despacio y amodorrado, sino con la furia de un rinoceronte herido. Sus ojos no rezumaban sueño, sino una cólera rojiza, y apretaba las manos en dos puños de bronce. Una vena palpitaba en su sien, azul e hinchada, como un gatillo listo para ser presionado. Delphine retrocedió hacia la pared del fondo.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado?

—Esos perros… esos puercos del maquis.

La voz le salía entre un goteo rabioso de saliva. Se sirvió una taza de café y se la bebió de un trago a pesar de que estaba hirviendo. Delphine lo observó con cautela. Conocía de sobra el odio de Otto hacia los *maquisards*, los grupos de hombres y mujeres que luchaban en la clandestinidad y suponían un tremendo dolor de cabeza para los alemanes, con sus continuos sabotajes y escaramuzas. Le había escuchado despotricar con saña contra una red que operaba por todo el valle del Loira y sabía que sus

superiores lo estaban presionando para que detuviese a sus cabecillas. ¿Qué habrían hecho esta vez? A juzgar por su ira, tenía que ser algo atroz.

—Han atacado Épivers —respondió él a su pregunta no formulada —. El campo de mi hijo. Han lanzado una granada y han liberado a los *untermenchen.* Esta noche mientras yo dormía, han echado a perder trabajo de meses, de años.

Delphine se quedó de piedra, paralizada. *Untermenchen,* «personas inferiores». Para Vogel, poco más que alimañas. Ella conocía Épivers, había visto aquel asentamiento construido con polvo y alambre de espino. Había visto las miserables barracas, los rostros hundidos tras las verjas. Se alegraba de que los hubiesen liberado, pero al mismo tiempo tenía miedo. ¿Cómo no tenerlo, con Vogel respirando sobre ella su aliento de furia y fanatismo?

De pronto, él se lanzo sobre ella, sin previo aviso, del mismo modo que la abordaba entre las sábanas. Le agarró el cabello y tiró con fuerza, provocándole un chillido de dolor.

—No estarás tratando de causarme problemas, ¿verdad, Delphine?

—Cla… claro que no. ¿Por qué me preguntas una cosa así? —Su voz salió ronca, recortada por el miedo, su corazón se atolondraba contra sus costillas.

—Porque hace unos días, casualmente justo antes de este acto terrorista, una de mis llaves desapareció misteriosamente del bolsillo de mi uniforme. Tú no sabrás nada de esto… ¿o sí?

—Yo… no sé de que me hablas. ¿Qué llave?

—La llave de mi armario privado, que contiene sellos oficiales y materiales que les vendrían muy bien a esos cerdos. Tú estás aquí todo el día, Delphine. Tienes acceso a mi habitación. A mi ropa. —

Dio un tirón más fuerte, haciendo que su espalda se curvase hacia atrás.

Delphine gimió.

—No tengo nada que ver con eso. Jamás haría una cosa así.

—¿No tendrás algún amiguito entre esos perros de la Resistencia? ¿Estás jugando a dos bandas, Delphine?

—No, no… ¡Lo juro!

—Porque si me estás engañando, lo averiguaré. Y si lo averiguo, cosas muy malas podrían sucederte a ti y a tu familia. Sobre todo a esa hija tuya por la cual tanto te has sacrificado. A esa niña tan especial. ¿Sabes qué les sucede a las niñas como ella?

Delphine negó con la cabeza. No lo sabía, no quería saberlo.

—A las niñas como ella las metemos en una lista especial, para personas especiales. Y después… —Su dedo índice voló hasta su sien en un gesto inequívoco—. *Lebensunwertes Leben.*

—No… Claire no… —Delphine sintió que las piernas le fallaban, que el vientre se le deshacía en espasmos de miedo—. Yo no he hecho nada, Otto, tienes que creerme…

Él colocó una de sus enormes manos en su mejilla, pellizcando la carne, dejando un verdugón a su paso.

—Está bien. Te creo. Espero de ti que mantengas los ojos abiertos y que me cuentes si ves algo raro.

—Por supuesto.

—Y, recuerda, si algún día decides traicionarme, el mismísimo infierno te parecerá un lugar placentero en comparación con lo que yo podría hacerte.

Llevando a Claire de la mano, Violette entró en Villa Lorraine por la puerta del servicio. Tenía por delante un día muy ocupado y confiaba en que las hijas de Sabine Labonne pudieran echar un ojo a su hermana. Ante la puerta de la cocina oyó voces airadas, mejor dicho, una voz: la del comandante Vogel. Parecía muy enfadado, y Violette sintió lástima por quienquiera que fuese el destinatario de su ira. Aquel hombre era terrible. La persona que estaba con él le respondió y Violette se detuvo en seco. Su madre. Hizo un gesto a Claire para que la esperara y se asomó a la puerta: el comandante sujetaba a su madre por el pelo con una mano mientras con la otra le pellizcaba la mejilla. Su expresión era brutal, casi inhumana, era la cara de un monstruo iracundo.

Violette se apretó contra la pared del pasillo y contuvo el aliento. Por fin, él soltó a su madre, que cayó al suelo, y salió a grandes zancadas pasando por su lado sin dignarse a dirigirle una mirada. «Aquí mando yo —decía su postura—. Solo yo, y tanto los vivos como los muertos han de obedecerme».

Violette corrió hacia su madre y le tendió una mano para ayudarla a levantarse. La marca de su mejilla tenía forma de pétalo y estaba inflamada, de un rojo carmesí.

—¿Qué te ha hecho? ¿Por qué? —preguntó Violette.

Sus hombros se hundieron, su rostro se desinfló. Acababa de ver a su madre romperse en pedazos y eso le había recordado que también había trozos de ella dispersos por todas partes.

—Porque cualquier cosa que haga queda impune —respondió Delphine—. Solo por eso.

Violette la abrazó. Su expresión era la de una niña que comprende que su madre no es una roca firme que puede protegerla de las

tormentas. La guerra no solo destrozaba a los muertos, también despedazaba a los vivos.

Sabine Labonne interrumpió el momento entrando como un vendaval.

—¿Os habéis enterado? —Se volvió hacia Delphine—. ¿Te lo ha dicho? ¿Lo de Épivers?

Delphine asintió.

—Acabo de enterarme.

—Varios prisioneros consiguieron fugarse, pero a otros los acribillaron en el bosque. —Sabine estaba muy pálida—. Mi Denis estuvo allí. Dice que había tanta sangre que la tierra se había vuelto roja.

Hedda Ziegler, la secretaria de Vogel, apareció en ese instante taconeando sobre sus ajustados botines de institutriz victoriana. Llevaba en las manos una tina metálica llena de algo viscoso y maloliente. Eran ropas. Ropas ensangrentadas.

—El comandante ha ordenado que quitéis botones y cremalleras. Comprobad los forros y los dobladillos —ordenó con voz autoritaria.

—¿Eso? ¡Pero si están hechas una porquería! —Sabine la miró con expresión desolada.

—Son órdenes del comandante.

Las tres se pusieron a trabajar en silencio, las manos tensas y nerviosas, como buitres picoteando carnaza. Las camisas olían a miedo, en los pantalones había cercos de orina y sudor, la ropa interior todavía conservaba el hálito de los cuerpos que se había tragado la tierra. Era una tarea infame, monstruosa.

—Este rescate ha tenido que ser obra de los *maquisards* —murmuró Sabine en tono amargo.

Sobre las cabezas de las tres mujeres pendía una única pregunta: ¿qué iba a suceder ahora y quién pagaría por tamaño atrevimiento?

Violette tomó una prenda con dos dedos, un lastimoso pingajo de punto que antes de ser rojo había sido gris. Un gorro. Se detuvo con él en la mano, chorreante de sangre, y clavó en él una mirada horrorizada. Lana merina de primera calidad. Conocía ese gorro. Lo había visto antes. Lo había visto en la cabeza de su hermana.

—¡Oh, Dios mío! Margot… ¡Margot!

—¿Qué dices?

—¡Es su gorro!

Sabine Labonne chascó la lengua.

—¡Tonterías! Tu hermana no estaba en esa refriega, ni mucho menos, si es eso lo que insinúas. La vi hace apenas una hora, cuando venía hacia aquí, tras la verja del jardín de Le Phare. Espero que esa Bisset al menos le pague bien, con todo el tiempo que se pasa en su casa…

—¿Estás segura de que era ella?

—Tan segura como de que después de este día no volveré a mirar un par de enaguas de la misma manera.

—Pues yo digo que este gorro es suyo… Me contó que se lo había tejido Apolline Bisset…

Delphine no las atendía. Había cogido el gorro de manos de su hija y se lo había acercado a la cara, como si quisiese desentrañar un misterio. Violette siguió su mirada. El tejido se abombaba y se estrechaba en símbolos extraños, como abrasiones hechas en la lana.

Delphine las reseguía con el dedo índice, casi con reverencia.

—¿Qué demonios es eso?

Su madre alzó hacia ella unos ojos que parecían haber rejuvenecido años.

—Son palabras.

Una hora después, Delphine atravesaba el pueblo con pies ligeros. Llevaba un pañuelo atado sobre el pelo y se cubría con una vieja gabardina de Édouard en cuyo bolsillo había deslizado el gorro ensangrentado hecho una bola. La mañana se había oscurecido de repente, y una niebla lechosa pulía los muros de las casas, dándoles el aspecto de insectos muertos. Estaba llegando a Le Phare cuando comenzó a llover, un chaparrón veraniego que convertía los pulidos parterres en enmarañadas cabelleras de aspecto brujeril. Le Phare se erguía sobre el jardín como un faro sobre un mar de secretos.

Apolline Bisset apareció en la puerta tras el primer timbrazo, precedida por los agudos ladridos de Voltaire. Sus ojeras eran como brevas maduras. Su cauta sonrisa de bienvenida dio paso a una mueca de extrañeza, y Delphine imaginó que su propio aspecto debía de ser horrible. Todavía tenía las marcas de los dedos de Otto en la mejilla.

—Delphine, ¿va todo bien?

Por toda respuesta ella se sacó el gorro ensangrentado del bolsillo. El olor a muerte flotó entre ellas como un pájaro herido. La única reacción visible de Apolline fue un parpadeo más rápido de lo normal. Su postura no cambió, su expresión tampoco.

—Me temo que no comprendo…

Delphine decidió no seguirle el juego. Desdobló la prenda y le mostró el interior. Entre las manchas de sangre oscura los códigos

tejidos eran como gritos, una cartografía basada en el coraje y el orgullo. Puntos. Líneas. Nudos abultados como capullos de flor.

—Él también me enviaba mensajes en código morse —comenzó Delphine—. No en prendas de punto, por supuesto, pero sí en hojas de papel perfumadas de lavanda. Pierre era muy amigo de los secretos. Me encontraba sus mensajes por todas partes: entre la ropa tendida, bajo la almohada, dentro del puchero… Era como un juego para él. —Alzó la vista, y en los ojos nublados de Apolline vio reflejado su propio llanto.

—Delphine…

—Era su hijo, ¿verdad? Pierre era su hijo. No entiendo cómo no me di cuenta antes… Lo supe en cuanto vi estos trazos en el gorro.

—Mucha gente conoce el morse.

—Mucha gente no espera durante años a un hijo muerto. Mucha gente no gastaría sus energías en una niña como Claire si no fuera…

—Mi nieta.

Apolline la miró. Sus ojos eran sabios y cenagosos como los de un animal muy antiguo. El gorro colgaba de la mano de Delphine, pendía entre ellas como una bandera ensangrentada. Por fin, Apolline se apartó del dintel.

—Pasa, por favor.

Fueron a la cocina, en la que una cafetera despedía efluvios humeantes. Apolline la ignoró y sacó de un armario una botella de calvados de la que sirvió dos vasos, como si intuyese que ambas necesitaban algo más fuerte. Delphine se tragó el suyo sin separar los ojos de la mujer. Cuanto más la miraba, más semejanzas advertía entre los dos, detalles que le habían pasado por alto: las pestañas

largas y rubias, la nariz un poco aguileña, las orejas pequeñas de lóbulos alargados.

Apolline se sentó frente a ella y comenzó a hablar.

—Su nombre no era Pierre Reynaud, lo bautizamos con uno mucho más rimbombante: Jean-Baptiste Bisset. Él lo odiaba. Debió de cambiárselo después de su marcha. Fue mi único hijo. Me habría gustado tener cinco o seis, una casa llena de chiquillos que lo llenasen todo de risas. Pero tuve un parto difícil, él fue un niño enfermizo y pronto comprendí que sobre las habitaciones de la gran casa que mi esposo había heredado no resonarían más piececitos que los suyos.

Se detuvo para tomar aliento, sus ojos perdidos en las vetas de madera de la mesa. Delphine se inclinó hacia ella con impaciencia.

—Vivíamos en Estrasburgo, en la frontera alemana con Alsacia, y mi esposo no era alemán, esa es una de las muchas mentiras que me inventé para sobrevivir. En realidad, era más francés que un queso *gruyère* y tan terco como una reata de mulas. El niño no se parecía en nada a su padre. Era un chiquillo rubio, soñador, intenso. Empezó a pintar incluso antes de tener edad de sostener un lápiz. Pintaba retratos, paisajes, bodegones… Su padre se desesperaba, él quería que entrase en los negocios, que aprovechase los contactos de la familia para hacerse banquero, como él. A mí me habían educado para ser una buena esposa, para posicionarme en todo al lado de mi marido, así que eso hice. No pude… no supe estar al lado de mi hijo.

—A veces no podemos estar a su lado, aunque queramos —murmuró Delphine.

Apolline pareció no haberla oído.

—Cuando Pierre tenía poco más de veinte años tuvieron una discusión muy fuerte, y él se marchó. Pensé que era una chiquillada y que acabaría regresando. Pero no lo hizo. Nunca lo hizo. Jamás regresó.

Delphine recordó los ojos de Pierre Reynaud, que tenían el afán de aventura tatuado en las pupilas.

—Una se acostumbra a todo —continuó Apolline—. A la guerra, a la escasez, a los bombardeos… Pero una madre jamás podrá acostumbrarse a la falta de un hijo. Lo esperé durante años mientras me iba volviendo loca poco a poco. Le hablaba a sus fotografías, peinaba los lirios del jardín como si se tratase de sus rizos, lo veía en cada muchacho rubio con el que me cruzaba por la calle. Su padre seguía en sus trece; prefería no tener hijo a tener, como él decía, a un inútil agarrado a un pincel. Cuando no lo soporté más, dejé a mi esposo y salí a buscarlo. Recorrí el norte de Francia, el sur de Alemania, era como buscar una aguja en un pajar. Cuando estalló la guerra me fui a Inglaterra durante unos meses y cuando regresé llevaba dos misiones sobre mis hombros: seguir buscando a mi hijo y luchar contra los alemanes. Pero en París me enteré de la verdad; alguien que lo conoció durante esos años me dijo que había muerto en los bombardeos al inicio de la guerra. Lo encontraron en su taller, todavía aferrado a un caballete. Para aliviar la desesperación, decidí dedicar mi vida a la Resistencia. Me instalé en Abrigny y adquirí Le Phare porque su situación junto a la red ferroviaria era conveniente para nuestros propósitos. Y entonces un día, de pronto, allí estaba ella, en Villa Lorraine, su viva imagen aferrada a un cuaderno de dibujo. Tu Claire. —Alargó la mano sobre la mesa y cogió la de Delphine—. Nuestra Claire. Fue como verlo a él de nuevo, como

recuperar un tesoro. Después de tantos años de búsqueda desesperada, había hallado algo suyo, algo que le pertenecía.

Delphine asintió. Para aquella mujer, la búsqueda de su hijo, más que un viaje, había sido una tarea de pura supervivencia.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó en un susurro.

Apolline se encogió de hombros, avergonzada.

—No lo sé. Miedo a que me juzgases por no haber sabido retenerlo, supongo.

—Yo tampoco pude retenerlo. Quizá su destino era ser libre.

—Quizá… —Apolline se frotó los ojos. El color se había diluido de su rostro—. Y hablando de destinos, siento haber conspirado con Margot para ocultarte su lucha. —Miró el gorro, sobre la mesa—. Ahora ya sabes que nos ha estado ayudando.

—Me preocupa lo que pueda sucederle. Si la detienen…

Apolline pareció retraerse. Entornó los ojos, como un viejo sapo somnoliento.

—Es un riesgo que ella ha decidido correr. Margot quiere luchar.

—Lo sé. Aun así…

—Te prometo que cuidaré de ella.

Delphine asintió con un suspiro. Su instinto maternal se rebelaba a gritos, habría querido envolver a Margot entre sus brazos como cuando era una niña y apartarla de aquella lucha. Pero a la vez su orgullo se inflamaba ante aquella hija que no miraba hacia un lado, que era más valiente que ella.

—Debo irme —dijo poniéndose en pie—. Él se estará preguntando dónde me he metido.

Apolline la acompañó hasta la puerta y la observó mientras se alejaba entre la lluvia, una figura solitaria difuminándose entre la

blancura.

Esa sería la última vez que las dos mujeres que más habían amado a Pierre Reynaud se verían las caras.

En ese momento se desató el infierno.

Violette miró por la ventana de la casita de las Aubier. Llovía a cántaros. Se puso una capa impermeable y salió a recoger la colada antes de que se empapase por completo. Un perro escuálido que no reconoció cruzó el jardín a la carrera, con los bigotes rojos de la sangre de alguna alimaña que acababa de cazar. Al otro lado de la colina, Villa Lorraine parecía sumida en un silencio ominoso. Hacía dos horas que habían terminado de clasificar las prendas de la matanza y los brazos todavía le apestaban a sangre, a pesar de que había gastado casi una pastilla entera de jabón en lavárselos. Era como si todos aquellos muertos le diesen la mano. Su madre había murmurado algo sobre ciertos asuntos que tenía que resolver en el pueblo y había salido a toda prisa bajo la lluvia. Ella, como siempre, había tenido que quedarse con Claire, que era casi lo mismo que estar sola, únicamente acompañada por sus negros pensamientos.

El rumor de lo sucedido en Épivers se había extendido ya por el pueblo. Silencioso y letal, el miedo se esparcía por las calles, hincaba sus colmillos en las carnes temblorosas de los lugareños. También Violette tenía miedo, el pavor se ramificaba en su frente como una corona de espinas. Sobre su cabeza revoloteaban las respuestas que tanto había ansiado, picoteándola como aves furiosas: todo había sido una mentira, una cortina de humo. Perdida en sus celos monstruosos, en su frivolidad de niña, no se había dado cuenta de

que ante sus ojos se jugaba una peligrosa partida de ajedrez. Ahora lo veía: la relación de su hermana con el hijo del comandante, ese enamoramiento inconcebible, jamás había sido real. El corazón de Margot había estado desde el principio en las manos callosas de aquel parisino, el chico de la plaza, el que tenía ojos de guerrero imbatible. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo pudo ser tan estúpida? Ni siquiera tras descubrir la identidad de él llegó a sospechar que había vuelto a Abrigny para unirse a la lucha organizada. Y Margot con él, desde luego. Su hermana estaba con la Resistencia. Solo pensarlo le producía un estremecimiento.

Y Uwe la había preferido a ella, a la que le mentía, a la que luchaba en el bando opuesto. A la que quería verlo muerto, su carne desgarrada por las balas del maquis, sus ojos azules cerrados para siempre. La quería a ella en lugar de a Violette, que habría estado dispuesta a todo por él, a renegar de sus raíces, a cambiar los campos de gencianas por la húmeda frialdad del Rin, a renunciar a sus palabras hechas de susurros por la tosquedad del idioma de él.

La verdad era ensordecedora. En la mente de Violette se coló la imagen del dibujo de Claire aleteando como el velo de una novia desde la retaguardia del coche de Vogel. En su vientre estalló un chisporroteo de miedo. Si lo hubiera sabido…

Pero la culpa había sido de él, claro. Del guerrillero. De ese chico que había atraído a Margot a una vida de mentiras y peligros, de luchas y secretos. Por su culpa, un mar de malentendidos se había extendido entre ambas. Por su culpa, todo Abrigny estaba ahora en peligro. Por su culpa, podían terminar muertas.

Violette alargó el brazo para recoger las últimas prendas de los tendales, pero su mano se detuvo a medio camino. Las sábanas

temblaban, se agitaban como los ropajes de un fantasma nervioso. Un sordo rugido que parecía venir de las entrañas de la tierra vibró en el aire. Los pájaros huyeron frenéticos, un gato brincó y desapareció en la espesura, los ladridos de los perros se elevaron como un eco aterrorizado.

Violette alzó la mirada y vio los cuerpos metálicos de cinco cazas alineados como una bandada de patos. Distinguió las cruces blancas bajo las alas; eran alemanes. Volaban tan bajo que pudo distinguir la silueta del piloto en la cabina, un hombre serio y rubio de largas patillas. Por un momento, le pareció que la miraba a ella. Después el avión corcoveó y, casi como si se dispusiese a entregar un regalo, soltó una bomba. Paralizada, Violette la observó en su caída, una enorme bola de plata que atrapaba la lluvia. Alcanzó el costado izquierdo de Villa Lorraine, y los muros se derrumbaron en un estallido de piedras y llamas. Violette gritó. El suelo se ladeó bajo sus pies. A su alrededor, todo era fuego, cristales, madera, piedras y flores que saltaban por los aires. Escuchó un traqueteo y se dio cuenta de que eran las ametralladoras de los cazas, que se alejaban hacia el norte, rumbo al pueblo. Con el mundo retumbando en sus oídos corrió hacia la casita del jardinero y se encontró a Claire, aterrorizada y blanca, sus manos agitándose frente a sus orejas como si tratase de alzar el vuelo. Las dos se acurrucaron abrazadas tras el sofá mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor y sus oídos se llenaban de sangre y de espanto.

El fragor continuó durante lo que a Violette le parecieron horas. Eran los sonidos del mismísimo infierno. Finalmente, el ruido de los motores de los aviones pareció alejarse. Violette contó hasta diez, luego hasta veinte, por último hasta cien, casi esperando a que

regresasen con nuevas descargas. Pero no lo hicieron, y el silencio se adueñó de nuevo del mundo como un manto cargado de presagios.

Violette se puso en pie y se sacudió las rodillas. Le dolían los oídos como si le hubiesen clavado miles de agujas.

—Tengo que salir a buscarlas —le dijo a Claire, que no la miraba —. Tengo que encontrar a mamá y a Margot.

Dejó a su aturdida hermana en la cocina y cerró la puerta con llave. Echó a correr colina abajo a través de un mundo que ya no era el mismo, un mundo nuevo que hedía a muerte, enroscado sobre sí mismo. Se cruzó con algunas personas que corrían como ella, desorientadas, llamando a gritos a sus seres queridos. El panorama era devastador. Varios árboles habían sido arrancados de cuajo y desparramaban su agonía sobre el camino, decenas de casas habían quedado reducidas a escombros y el aire estaba lleno de humo y de alaridos.

En la plaza, la sangre corría por las piedras del suelo tal como había corrido el vino bajo los farolillos de las fiestas en tiempos más felices. A eso se había reducido todo, a una plaza hecha trizas.

Violette caminaba sin rumbo, ya no sabía si pisaba piedras o carne. Sobre sus gritos cabalgaban dos nombres, el de su madre y el de su hermana. Su mente parecía incapaz de formular cualquier otro pensamiento. Pasó junto a tres coches que ardían lentamente, las llamas elevándose de la carrocería destrozada como colas de pavo real. Más cadáveres, más cuerpos en posturas imposibles. Uno de ellos estiró una mano y le aferró la pierna. Violette chilló y trató de zafarse, pero perdió el equilibrio y cayó de bruces. Frente a ella, el rostro moribundo de Cécile Ferrec, con los labios moviéndose en

burbujas de sangre y un estertor furioso hundiéndole el pecho. A las puertas de la muerte, la hermana del párroco adquiría una dulzura que jamás había mostrado en vida. Su mano buscó la de Violette y ella le devolvió el apretón, conmocionada.

—Maurice… ¿Dónde está?

Violette miró a su alrededor. La sotana del párroco se desplegaba bajo las ruedas de un camión, aleteando como un murciélago furioso. Por debajo, asomaban un par de piernas ensangrentadas. Retiró la vista.

—Su hermano está a punto de llegar, madame, no se preocupe. Todo va a ir bien…

La mujer levantó una mano temblorosa hasta su mejilla. Tosió. Su estómago se había convertido en un foso airado. La vida se le escapaba en ríos de sangre.

—Seguid luchando, Margot. —La mujer jadeaba. Violette se dio cuenta de que la había confundido con su hermana—. Seguid luchando hasta que no quede ni uno de ellos. ¡Prométemelo!

—Sí, sí. Se lo prometo.

Violette quería soltarse, huir de los ojos de la muerte, pero la mano de Cécile se había convertido en un cepo. Murmuraba algo, y ella se dio cuenta de que estaba rezando. Violette bajó la cabeza. Se quedó allí, sosteniendo la mano a la mujer que siempre había preferido las flores de su hermana hasta que la vida abandonó sus ojos y sus labios se aflojaron.

«Amén». Violette le cerró los párpados y se derrumbó sobre su pecho. Las lágrimas contenidas durante eones fluyeron de golpe, como un torrente. Violette lloraba por todo lo que no había llorado antes: por los dientes de Christophe en la estación, por los

cardenales en los brazos de Delphine, por el abismo entre ella y su hermana, por los ojos de Uwe Vogel que jamás la mirarían a ella. Sobre todo, lloraba por los muertos, por todos esos muertos.

Una mano cayó de pronto sobre su hombro. Miró hacia arriba y se encontró con los ojos turbios de Margot, llena de polvo y ceniza, con una herida en la frente, pero viva. Le tendía una mano, y Violette se aferró a ella como un náufrago, a esa mano recia que conocía mejor que la suya propia.

—Margot…

—Estoy aquí.

—¿Y mamá?

—Está bien. La he visto antes en la iglesia. Muchos corrimos a refugiarnos allí. ¿Y Claire?

—Claire está bien.

Violette se incorporó lentamente apoyándose en su hermana. Margot le tendió un pañuelo.

—Estás conmocionada. Es toda esta sangre. Tienes que salir de aquí.

Violette la miró suplicante, como cuando eran niñas y creía que su hermana tenía todas las respuestas.

—¿Por qué han hecho esto?

—¿Tú que crees?

Violette recordó las palabras de Delphine esa mañana.

—Porque pueden. Lo han hecho porque pueden.

Margot asintió. Parecía distraída, su mente perdida en algún lugar muy lejano.

—¿Crees que podrás volver a casa tu sola? Le diré a mamá que te he visto.

—¿Adónde irás tú?

—A Le Phare. Quiero comprobar que Apolline está bien.

«Mentira». Violette la miró con ojos entornados. Sabía a dónde iba: a buscarlo a él, al chico de la plaza. Ni en un momento como ese, rodeadas de muerte, podía dejar de correr hacia él.

—No —dijo con firmeza—. Vete a casa. Cuida de Claire. Lávate esa herida de la cabeza. Yo iré a la iglesia a buscar a mamá y después nos reuniremos contigo.

—Pero…

—Vete a casa, Margot. Hazme caso por una vez en tu vida. ¡Por Dios! Acaban de bombardearnos. Tenemos que estar juntas.

Sus miradas se encontraron y se midieron. Eran pocas las veces que Violette se imponía sobre su hermana, pero en esa ocasión fue ella la que alzó la barbilla, ella la que apretó los dientes, ella la que evitó bajar los ojos. Margot abrió la boca y volvió a cerrarla. Se rindió.

—Está bien.

Violette asintió. Dio un último apretón en el brazo a su hermana y echó a correr con la cabeza alta.

En lugar de dirigirse a la iglesia, Violette tomó la dirección opuesta. Sabía muy bien adónde se dirigía, y no era a buscar a su madre.

Llegó a Le Phare sin aliento. Ya fuera adrede o por casualidad, los bombardeos habían respetado la finca y todo estaba quieto y en silencio, la casa agazapada tras su mandíbula de hierro. Había dejado de llover. Violette trepó la verja con esfuerzo y se dejó caer al otro lado. Rodeó la casa hasta la parte trasera del jardín, hasta la selva de helechos y ortigas donde Claire y ella habían enterrado el

gatito. La tierra seguía removida, como una invitación oscura. «Justo ahí —pensó Violette con un estremecimiento—. La guarida del guerrillero». La idea horadó su mente como una certeza, sin admitir réplica. Por eso la tierra siempre parecía húmeda y batida, como si alguien hurgase en ella continuamente.

Violette apartó el follaje enmarañado y se encontró con una amplia abertura, un ojo abisal que oteaba las profundidades. Era como asomarse al útero de la tierra. Se preguntó si la oscuridad le habría dado miedo a su hermana, o quizá se sentía segura porque estaba con él, con el hombre que le derretía las entrañas. Se descolgó por la tosca escalera de tablones y tuvo la sensación de que era un poco como introducirse en sí misma.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió los contornos de algunos objetos: un taburete, un hornillo, una mesa destartalada. A él, sin embargo, no lo vio hasta que habló.

—¡Estás viva!

Estaba recostado sobre un colchón escuálido y sus ojos brillaban en la oscuridad como los de un animal salvaje. A Violette le pareció peligroso, casi feral. Se levantó tambaleándose y avanzó hacia ella con pasos elásticos de gacela, con pasos de enamorado. Violette retrocedió y su espalda chocó contra la pared. La oscuridad era tan densa que apenas podían percibirse el uno al otro, solo distinguían sus perfiles afilados, tensos. Él la rodeó con sus brazos y la bañó en su olor a masculinidad y a tierra.

—Margot… Estás ilesa. Estaba enfermo de preocupación. ¿Y los demás? ¿Tu familia…?

Violette no respondió. Su cuerpo se tensaba entre esas manos firmes, áridas como barro resquebrajado, las manos que habían

acariciado a su hermana. Había ido allí con la firme intención de pedirle —de exigirle— que se marchase por donde había venido, que abandonase Abrigny para siempre, que dejase de envenenar a su hermana con su amor de pólvora y escaramuzas. Estaba más que dispuesta a amenazarlo, a asegurarle que lo delataría si no se marchaba. En ese momento él enredó una de sus manos entre los mechones de su pelo, de ese pelo lacio e insulso que no era el de Margot y que jamás llegaría a serlo, que era mucho menos suave, menos apetecible. Pero él no pareció darse cuenta y sus dedos frotaban con reverencia las hebras pajizas, bajo sus dedos los mechones parecían florecer. En un instante, todo lo que Violette había pensado decir, los insultos y los reproches, el rencor y la rabia murieron como borrados por la fricción de sus yemas.

—Margot, estás viva —llamó él de nuevo. Sus manos volaron a su cara, acunaron sus mejillas—. Y menos mal que estás aquí. Hay algo que debo confesarte. Algo importante…

Se separó de ella, y Violette sintió el súbito vacío, la falta de él. Margot había conocido la pasión y el amor no con uno, sino con dos hombres, y ella se había quedado sin nada. Vacía. Como siempre.

En ese momento, Violette hizo lo indecible.

Se puso de puntillas, buscó su boca en la oscuridad y lo besó.

La respuesta de él fue inmediata. Sus manos la rodearon, su boca invadió la suya con violencia. Violette tenía las manos apretadas en sendos puños contra su pecho, sintiendo a través de sus nudillos el latido atolondrado de su corazón. Odiaba a ese hombre, y aun así por sus venas circulaban un sinfín de emociones que lo empujaban a él: curiosidad, despecho, desesperación, afán de venganza.

Tras un minuto que fue como un destello, él se separó despacio y tomó aliento.

—Margot, hay algo que debo contarte. Yo… —Carraspeó, como si de pronto le faltase el aire.

Alargó la mano hacia la mugrienta chaqueta que yacía en un rincón y sacó un paquete de cigarrillos. La llama de un mechero rompió el aire, iluminó el rostro de Violette, que hasta ese momento había estado envuelto en la penumbra. Él se quedó petrificado, su rostro contorsionado en una mueca.

—Tú… Tú no eres Margot. Tú eres…

El silencio se extendió entre ellos, como un corazón palpitante, un silencio lleno de preguntas cuyas respuestas solo podían conducir al abismo. La voz de Violette surgió cavernosa, como procedente de un lugar lejano.

—No me parezco tanto a ella, ¿verdad? Él tampoco se parece en nada a ti. El hijo del comandante. Y sin embargo, cuando ella lo mira, es como… como si el sol los besase a ambos. Él la hace brillar, la transforma en alguien mejor. Yo los he visto.

Violette tragó saliva. Vio que los labios del chico ante ella se estrechaban en una línea recta, vio su nuez subiendo y bajando como un tronco a la deriva. Vio el dolor asomar a sus ojos, cubriéndolos como un sudario. Supo sin asomo de duda qué tipo de pensamientos acechaban su mente, los mismos intrusos envenenados que la martirizaban a ella. El demonio de los celos, esa rabia ígnea, también lo acompañaba a él cada noche, sobre la almohada. Implacable.

Se lanzó sobre ella sin previo aviso y ella se aferró a su torso. Sintió sus dedos deslizándose entre sus muslos y su vientre se erizó.

Cayeron sobre el colchón, sus manos la sujetaron por las caderas y la tumbaron boca abajo. Violette escuchó el siseo de las prendas al abandonar la carne, sintió el aire frío de la cueva en su piel. Él entró en ella con una acometida firme, y el dolor de su primera vez fue para Violette como una puñalada de odio. No hubo palabras, ni susurros de amor ni ternura, solo una desesperación rabiosa que no estaba destinada a ella, sino a su hermana. A Violette le pareció que se desprendía de su propio cuerpo, la boca se le llenó de quejidos de pájaro en celo. Sintió que se fundía con la tierra, que se mezclaba con la humedad del subsuelo, con las lombrices que huían del frenesí de la carne. Juntos eran odio puro, eran un pozo rebosante de rabia.

Él se derramó en su interior con un gemido, gritando un nombre que no era el suyo. Cuando se apartó de su cuerpo, Violette sintió la furia como un puñal en la garganta. El rostro del chico estaba de nuevo envuelto en sombras, pero la vergüenza destilaba de sus ojos como un licor amargo. Violette se puso en pie con el corazón cabalgándole en el pecho. Él alargó la mano en su dirección, pero ella fue más rápida y corrió hacia la escalera, hacia el círculo de luz, hacia el mundo feo y mojado de la superficie. Se alejó de aquel jardín maldito lo más rápido que pudo, huyendo del crimen que acababan de cometer, mientras el cielo se abría sobre su cabeza y las nubes disparaban al aire riadas de pájaros furiosos.

22

Vera

Abrigny, octubre de 2011

Lucie Sabard concluyó su relato y un silencio con aroma a pasado se extendió entre nosotras. Bebió un sorbo de café frío para suavizarse la voz cansada, quebrada de los años y los secretos.

—¿Cómo pudo? —susurré, todavía sobrecogida—. ¿Cómo pudo Violette hacer eso a su hermana?

Lucie se encogió de hombros.

—Margot tampoco tuvo consideración con ella cuando se lanzó a los brazos de Uwe Vogel.

—Por motivos muy distintos —respondí airada. Me parecía inconcebible que se atreviese a compararlas.

—¿Son tan importantes los motivos? —Su voz rezumaba sarcasmo —. ¿Fueron las acciones de tu abuela tan heroicas como tú las pintas? Ella también era capaz de actos horribles, como omitir el hecho de que había una chica prisionera en Saint-Rémy, una chica cuya salvación no le convenía porque suponía una amenaza para su relación con Guillaume Luc.

Tragué saliva. Blanche. Era cierto, Margot había visto su nombre en el despacho de Vogel y lo había ocultado.

—¿Y tu abuelo? Si la granada que destrozó Épivers fue obra suya, entonces los bombardeos que lanzaron como represalia también fueron por su causa. Lleva sobre sus espaldas cientos de muertos, cientos de familias destrozadas, incluida la mía. —Lucie alzó la barbilla. Su cuello era una línea tensa—. Hace un rato te dije que me había mudado a Normandía antes del fin de la guerra. Me marché en agosto del cuarenta y dos, días después de los ataques. Mis padres murieron bajo las bombas, al igual que mi hermana y su familia. Mi hermana tenía un bebé que no llegó a cumplir dos años.

Se le inundaron los ojos de lágrimas bajo aquellos recuerdos. Bajé la cabeza. Podía sentir el peso de su resentimiento como si estuviese dirigido a mí. Había ido a Abrigny siguiendo el hilo dorado con la esperanza de encontrarme una historia digna de figurar en una revista, una crónica de superación y valentía. Pero por lo visto no había ningún héroe en aquel cuento, solo un montón de jóvenes que se aferraban a la vida con uñas y dientes, cada uno con sus miserias y sus secretos. El amor y el odio, la cobardía y el coraje, un puñado de horrores y honores entretejidos entre sí, inseparables, como las hebras laberínticas del ovillo que descansaba en mi bolsillo.

—¿Por qué tiene usted el dibujo de Claire? —pregunté—. El que Violette colocó en el coche de Vogel.

Ella se llevó una mano a la frente. Del bolsillo de su chaqueta de angora sacó un mechero y un paquete de cigarrillos. Encendió uno con gestos de actriz clásica, sujeto entre dos dedos, la mano que lo sostenía apoyada en el codo. Quizá las últimas reminiscencias que quedaban de su pasado de muchacha desenvuelta y segura de sí misma

—Cuando terminó la guerra y regresé de Brecqhou volví a mi antigua casa. Quería comprobar si quedaba algo que pudiera aprovecharse. Las bombas habían destrozado la fachada, la habían partido en dos como a un queso. Sin embargo, las habitaciones del ala este habían sobrevivido. Alguien ya se había ocupado de saquearlo todo, pero quedaban algunas fruslerías sin valor. Encontré el dibujo en uno de los cajones de una cómoda medio devorada por las termitas, era la cómoda de la habitación de Kaspar. Supongo que él lo guardó ahí en algún momento; al fin y al cabo, iba con Uwe en el coche cuando Violette prendió el dibujo en el portaequipajes. —Lucie agitó el cigarrillo, y la ceniza cayó sobre su plato, justo encima de los restos de la tarta de manzana—. También encontré una carta de Violette en el buzón. Una que sí decidió mandarme. En ella me contaba todo lo que acabo de narrarte, lo del dibujo y lo que hizo con Guillaume Luc en el agujero.

Asentí. Todavía me quedaban muchas cosas por averiguar, todavía pisaba sobre una fina capa de hielo. Pero no parecía que aquella anciana pudiera ayudarme más y ya había abusado bastante de su memoria. Lucie se puso en pie y me tendió el dibujo de Claire.

—Toma, quédate con él. Ahora te pertenece.

Me alejé dejándola allí, a solas con su pasado. Cuando me volví para mirarla al llegar a la puerta la vi aplastar el cigarrillo sobre el plato, con saña, casi como en un postrer intento de quemar para siempre los últimos jirones de su memoria.

Regresé a Le Phare con la mirada fija en las sombras que el tendido eléctrico dejaba en el suelo, gorriones incluidos. Subí directa a mi

habitación. Por la ventana entreabierta me llegaba el frío otoñal y el rumor de las cigarras. Me sentía inquieta. Saqué de mi bolso un bloc de notas y un lápiz partido y, casi sin darme cuenta de lo que hacía, me puse a dibujar. Dibujé el pueblo destrozado por los bombardeos, negro de sangre y de muerte, tal como yo imaginaba que ellas lo habían visto. Dibujé un agujero en la tierra, encrespado de ortigas, y unas manos de mujer que se asomaban en la negrura. ¿Las de Violette? ¿Las de Margot? Ni yo misma lo sabía. Parecía que la inspiración me había encontrado de nuevo en el momento más insospechado, cada trazo que salía de mis dedos lo hacía fruto de la rabia; contra la guerra que había abierto Abrigny en canal, contra las traiciones que habían brotado de la herida, contra las historias de amor sin finales felices: la de Margot, la de Violette, la mía propia.

No fui consciente de que estaba llorando hasta que dos pulgares se posaron como mariposas en mi rostro, arrastrando consigo la humedad de las lágrimas. Me di la vuelta, alarmada. Álex me miraba con ojos profundos y el entrecejo levemente fruncido.

—¿Te he asustado? Perdona. Te habías dejado la puerta abierta. La señora de recepción me ha dado el número de tu habitación.

No le respondí, en vez de eso me precipité al refugio amable de sus brazos como un pelícano que se zambulle en el mar. Él me sostuvo con firmeza.

—¿Ha pasado algo malo, Vera?

No contesté de inmediato. Tuve que esperar a que cesasen las lágrimas, a que su presencia las absorbiese como una esponja. Después le conté todo lo que había averiguado, a trompicones, sin ahorrarme ningún detalle escabroso.

—Sigo sin saber muchas cosas —dije tras terminar mi relato—. No sé dónde están Violette y mi abuelo, no sé cuál fue el destino de Claire ni de Guillaume. Y no tengo ni idea de cómo Margot acabó casada con Uwe, después de todo. ¿Cómo fue capaz? Si él la traicionó, si lanzó esa granada…

Álex meneó la cabeza. Una fina arruga había aparecido en su frente.

—No lo sé, pero de lo que sí estoy seguro es de que el amor entre tus abuelos es real, siempre fue real. Tú creciste con ellos, has tenido que verlo también.

—Es cierto.

No lo comprendía, pero así era. Los recordaba siempre el uno a la par del otro, mano a mano, en una de esas relaciones tranquilas hechas más de silencios y gestos compartidos que de palabras.

—El amor es un misterio —zanjó Álex como si eso lo explicase todo.

Y tenía razón. Verlo allí, a mi lado, después de tantos años separados, reavivaba en mí sensaciones antiguas.

—Y nosotros, ¿cuándo dejamos de querernos?

—No lo sé —respondió Álex, y di un respingo al darme cuenta de que había formulado mis pensamientos en voz alta—.Quizá nunca.

«Quizá nunca».

—Álex… —comencé, pero él meneó la cabeza para acallarme. Sus ojos terrenales planeaban como colibríes sobre mi rostro.

—Estaba enamorado de ti —susurró—. Cuando te marchaste a Londres…

—Fue un error. —Mi mano voló a su mejilla—. Te vi en tu casa con aquella chica, Elsa, y pensé…

—No hubo nada. —Él elevó las cejas, sorprendido—. Solo le seguía el juego. Su padre era un cardiólogo muy importante, y estaba tratando de obtener información sobre opciones de tratamientos para mi madre.

Sentí un escozor de vergüenza tras los párpados. Qué sencillas son las cosas a veces y cómo nos empeñamos en hacerlas difíciles. Una simple pregunta habría bastado.

—Cuando volví de Londres y te mandé aquel mensaje, no me respondiste…

—También fue un error.

Sus dedos se enredaron en mi cabello, su aliento se estrelló contra el mío. El beso se hizo de rogar, pero cuando llegó fue como si el iceberg que durante años se había elevado entre nosotros se derritiese de repente, fundido por el calor sofocante de nuestra carne. Nuestros cuerpos reanudaron la danza que habían comenzado años atrás, la que jamás debió haber terminado. Aquello era mucho más que deseo, era una necesidad, un impulso de cada célula de nuestros cuerpos.

Por un momento, me olvidé de todo: de mi búsqueda, del pasado enroscado como una serpiente, de mis dudas. Acababa de enterarme de las infamias de la carne de mi tía abuela Violette, pero ahora era mi propia carne la que se aferraba a otro cuerpo en busca de consuelo.

Nos besamos durante mucho tiempo, con ansia, agitados por un vendaval que disipaba las últimas dudas. Nos desnudamos despacio, envolviéndonos en un frenesí de sudores y pieles. No ocultamos nada, ni las heridas, ni las cicatrices ni las ansias de nuestros cuerpos. Las horas pasaron, y seguimos perdidos en aquel amor de

segundas oportunidades, que era como lluvia furiosa tras la mayor de las sequías. Apenas nos desprendimos el uno del otro durante unos minutos para pedir una cena rápida al servicio de habitaciones; era como si sintiéramos que el tiempo se nos escurría entre los dedos y tuviéramos la necesidad de apresarlo.

Y mientras caía la tarde y la luz bañaba la habitación de chorros ocres y oro se me ocurrió pensar que estábamos los dos ante un nuevo lienzo en blanco, inmaculado y cándido, listo para ser teñido de colores brillantes.

Más tarde, cuando desperté, ya estaba amaneciendo. La luz entraba a raudales a través de las cortinas y lo llenaba todo de manchitas brillantes. Álex dormía a mi lado, con sus piernas enredadas en las mías y una sonrisa de niño suavizándole los rasgos. Echando mano de toda mi fuerza de voluntad me deshice de su abrazo y me dirigí al cuarto de baño. Acababa de girar los grifos de la bañera cuando mi teléfono móvil comenzó a sonar. Reconocí el número de Eric y fue como recibir un jarrón de agua helada en aquel baño lleno de vapor. No tenía que haber contestado, pero lo hice.

—¿Qué quieres?

—Te lo dije. Te dije que no te confiases —me espetó en su tono más petulante.

—¿De qué hablas?

—Tu vecino. El carpintero ese. Menuda pieza está hecho.

Me encendí de ira.

—Aquí no hay más piezas que tú, Eric.

Le oí suspirar exasperado, como dispuesto a encarar a un niño caprichoso.

—Mira, Vera, sé que estás enfadada conmigo, y tienes motivos para estarlo, pero no dejes que los árboles te impidan ver el bosque. Ese hombre está jugando contigo. Te está engañando…

—¡Tú fuiste quien me engañó, Eric! —Alcé la voz—. Mira, voy a colgar…

—¡Está tratando de vender los cuadros de Claire Reynaud!

Me quedé paralizada, quieta, mi boca congelada en un círculo horrorizado. Las palabras de Eric seguían llegándome a través del aparato, machaconas, hirientes.

—El otro día, cuando me dijiste que te habías ido de viaje con él, no me quedé tranquilo. Se esfumó de tu vida hace años, y ahora aparece de repente y tan amigos… Eso solo pasa en las películas, Vera. Así que lo investigué.

—¿Que hiciste qué?

—A través de los sistemas informáticos del banco, pude acceder a sus cuentas y a sus últimos movimientos. ¿Y sabes lo que encontré?

Me agarré al borde de la bañera. No lo sabía, no quería saberlo. Quería volver a nuestra cama de reencuentros y caricias desmelenadas, quería huir de la voz dura de Eric, de sus revelaciones que eran como espadas.

—Encontré una serie de transferencias a su cuenta que me llamaron la atención. El remitente era ni más ni menos que el cliente del que te hablé, el coleccionista empeñado en hacerse con los cuadros de esa pintora. ¿Sabías eso, Vera? ¿Acaso te contó que lo conocía, que estaban en contacto?

«Cállate, Eric, cállate».

—Así que investigué más. Resulta que tiene a tu carpintero «en nómina», como una especie de mercenario, rebuscando como un sabueso para conseguir que esa venta se haga efectiva.

—¿No era eso lo que estabas haciendo tú a cambio de una comisión? —pregunté con voz débil. La cabeza me daba vueltas.

—Ya. Supongo que mi, o debería decir nuestro, cliente no es de los que se casan con nadie. Imagino que el hecho de que él haya sido vecino de tus abuelos durante años ha jugado a su favor. Despierta, Vera. Esto es una gran subasta, hay en juego mucho dinero y tanto él como yo estamos pujando a ver quién se hace con el premio gordo. Yo seré un canalla, pero él no es mejor que yo.

Me aparté el teléfono de la oreja, acertando a duras penas con la tecla de apagado. Apreté los dientes para morder el grito que pugnaba por salir de mi boca. «Él no es mejor que yo». Cuando alcé la mirada vi los ojos de Álex reflejados en los azulejos, unos ojos que me decían todo lo que necesitaba saber: que lo había oído todo y que todo era cierto, que no se trataba de una estúpida invención de Eric para seguir arruinándome la vida.

—¿Por qué? —pregunté al brillo esmerilado de los azulejos porque no quería encararme con él—. ¿Por qué?

—Vera, escúchame…

—Has estado todo el tiempo utilizándome. Lo de venir a Francia a buscarlos no era más que una excusa, solo querías vender esos cuadros. ¿Tan bien paga ese cliente?

—No es así…

—Dime, Álex, ¿intentaste que el abuelo accediese a la venta y no funcionó? ¿Pensaste entonces que si no podías convencerlo a él lo

intentarías conmigo? Toda esa preocupación por ellos y su bienestar no era más que un cuento.

—¡No! Deja que te lo explique, Vera. Todo tiene un motivo…

Alargó el brazo hacia mí tratando de cogerme la mano, y yo me aparté como si fuese a recibir una descarga eléctrica. Empecé a vestirme a toda prisa con las ropas del día anterior.

—Me has utilizado desde el principio. Este… —Se me quebró la voz—. Este reencuentro no ha sido más que una farsa, una mentira.

—¡No ha sido ninguna mentira, Vera! —Me miró impotente, pero mantuvo la distancia—. Deja que te lo aclare todo.

—No, Álex, no.

Me deshice en un llanto agudo, histérico. Tenía que salir de allí, alejarme de él antes de romperme del todo. Pasé por su lado a toda velocidad y vi que estaba pálido, con la frente cuajada de gotas de sudor. Salí de la habitación y bajé por la escalera hasta el recibidor, pasando ante una Elaine muy sorprendida que se me quedó mirando con sus ojos redondos. Sentía un dolor agudo en el pecho, como si mi corazón se desgarrase por segunda vez en el lugar exacto de la antigua cicatriz.

De pronto me sentí hastiada, harta de estar continuamente estrellándome contra la desilusión, como un tronco meneado por la marea. De golpe en golpe, de dolor en dolor.

Eché a andar por las calles empedradas, absorbiendo la brisa fresca de la mañana, perdiéndome por callejones estrechos donde solo me acompañaba el eco de mis pasos. Vagando sin rumbo, llegué a la pequeña iglesia del pueblo, con sus blancos muros y su alto campanario. Era un edificio relativamente nuevo, y supuse que la vieja iglesia habría quedado destruida por las bombas. Me adentré

en su interior húmedo, que olía a cera y a incienso. Me senté en un banco muy bruñido y cerré los ojos. Sin embargo, el desconsuelo no me había abandonado. Seguía ahí, sobre mi hombro como un cuervo taimado esperando su oportunidad, deseando que las lágrimas volviesen a mis ojos para picotearlas con saña.

Cuando me cansé de estar allí sentada volví a salir. Los terrenos de la iglesia eran amplios y el cementerio estaba en un lateral, bordeado por una tapia conquistada por el musgo. Probé a abrir la verja y, para mi sorpresa, no encontré resistencia. Caminé por entre las lápidas abarrotadas de flores hasta que encontré la que estaba buscando.

DELPHINE AUBIER, 1897-1945

Y encima:

ÉDOUARD AUBIER, 1893-1924

La lápida de mis bisabuelos era sencilla, carente de ornamentos, con un jarrón de flores frescas como único vigía. Me pregunté quién las habría dejado allí. Busqué por los alrededores, pensando que si Claire había muerto quizá su tumba estaría cerca de la de sus padres, pero su nombre no estaba en ninguna de aquellas lápidas. Fuera cual fuese su destino, no era esa tierra húmeda y oscura la que abrigaba su cuerpo.

Escuché pasos suaves a mi espalda y me volví un poco sobresaltada. Un hombre mayor caminaba hacia mí con una mochila al hombro, una escoba en una mano y un cubo lleno de flores

marchitas en la otra. Cuando me sonrió me di cuenta de que era el anciano con el que me había cruzado a mi llegada a Abrigny. Lo observé con más atención: no era muy alto, de espaldas firmes, frente ancha y cejas pobladas que le daban cierto aire belicoso.

—Buenos días, señorita Vogel —saludó, provocándome un respingo de sorpresa.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Esgrimió una sonrisa todavía blanca.

—Este es un pueblo muy pequeño y todo se sabe. Elaine es mi sobrina, ella me contó que había venido en busca de respuestas.

—Y al parecer nadie puede o quiere dármelas —contesté un poco picada.

El hombre se sentó en un banco de mármol que alguien había colocado entre dos sauces, un íntimo lugar de recogimiento. Hurgó en su mochila y sacó una barra de pan y una especie de salchichón envuelto en papel. Lo reconocí: era *andouille*, un tipo de embutido típico de la zona. A mi abuela también le gustaba mucho. Con parsimonia, se puso a hacer un bocadillo con el pan, la carne y unas rodajas de tomate que sacó de una fiambrera. Después lo partió en dos mitades y me tendió una. ¿Qué era aquello, un pícnic en medio del cementerio? Me quedé tan asombrada que lo cogí. Por otra parte, no había desayunado nada y aquel pan desprendía un olor delicioso.

—Gracias.

—*Bon appétit*.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté porque me parecía de mala educación aceptar su refrigerio sin saber siquiera su nombre.

—Llámame Brault —respondió tendiéndome una mano callosa—. Yo la conocí, ¿sabes? —añadió apuntando con la barbilla a la tumba de los Aubier—. A tu bisabuela. Era una buena mujer.

—¿También conoció a sus hijas? —pregunté dando un mordisco al bocadillo. Estaba delicioso.

—También. A las tres.

—¿Era amigo suyo?

—Lo era, sí. —Asintió despacio. Bajo el sol de la mañana, su cráneo coronado de greñas veteadas de blanco le hacía parecerse a un león anciano.

Me limpié el jugo de tomate que resbalaba por mi barbilla. Sobre nosotros solo se oía el canto de los pájaros y el murmullo de las hojas de los sauces.

—Llevo días tratando de adentrarme en su historia y no hago más que estrellarme contra un muro de incertezas —me quejé.

—Suele pasar cuando se hurga en los recuerdos. —Levantó un dedo en el aire, como un profesor sabiondo—. Hay búsquedas que son demasiado difíciles, como laberintos en los que es peligroso adentrarse a solas. Y tú pareces muy sola.

—Lo estoy —admití—. Pero no quiero darme por vencida. Esta historia me ha atrapado por completo, no puedo dejar de seguir ese condenado hilo dorado…

Me detuve. ¿Qué hacía hablándole del hilo de Guillaume a aquel campesino que seguramente ni siquiera sabía de su existencia? Pero él no parecía haber advertido mi titubeo y removía la tierra con un palito, trazando figuras sin sentido. Decidí probar otro enfoque.

—He visitado a una amiga de mi abuela, Lucie Sabard…

—¡Ah! La vieja Lucie. ¿Cómo se encuentra? Últimamente el reuma no le da tregua…

—Se encuentra bien, creo —dije confusa—. El caso es que me habló de un episodio que no conocía, los bombardeos de agosto del cuarenta y dos.

—Desde luego. —Se puso serio de repente—. Yo era más muchacho que hombre en aquel entonces y los recuerdo como si hubiesen sido ayer. A veces me parece oírlo otra vez, ese estruendo de pesadilla. Hay días que me parece ver las bombas caer del cielo de nuevo, redondas como monedas, haciendo temblar la luz a su alrededor. Aún noto el sabor a sangre en el paladar…

Me estremecí. Miré hacia arriba sin poder evitarlo. ¿Cómo sería ese rugido en un cielo tan nítido?

—Fue por algo que hizo el maquis, ¿verdad? —pregunté—. ¿Usted conoció a alguno de ellos?

—A un par de ellos. —Algo, una especie de luz, atravesó su rostro haciéndolo parecer más joven—. Eran hombres y mujeres valientes que se enfrentaban al enemigo. Saboteaban sus vagones, destruían sus tanques… He oído contar historias de gran valentía. Muchos dieron su vida por la causa. Eran… ¿cómo decirlo?, como los tres mosqueteros. «Uno para todos y todos para uno».

La boca se me abrió en una mueca de sorpresa. Esa referencia no podía ser casual.

—¡Usted los conoció! A la Red Dumas, el grupo en el que estaba mi abuela…

Asintió, los labios apretados en una sonrisa tan tensa que parecía una daga.

—A algunos de ellos.

—¿A Guillaume Luc? ¿Sabe qué le pasó?

—Sí. Lo sé.

Brault empezó a hablar, desgranando sus recuerdos como un collar de cuentas. Recuerdos que no habían envejecido, que se vertían sobre nosotros como un torrente.

Recuerdos que empezaban en otro mes de octubre, tan dorado como este, casi setenta años atrás.

23

Abrigny, octubre de 1942

Los bombardeos de agosto habían marcado un antes y un después. Octubre llegó feroz y frío. Los días menguaron, recortados por el filo de unas noches interminables. El otoño tiñó los campos de un naranja casi rojizo, como si la sangre de los caídos empapase la tierra clamando venganza. Las bombas de los alemanes se habían cobrado cientos de víctimas en el pueblo. Los supervivientes se lamieron las heridas, irguieron la espalda y trataron de seguir adelante, con el miedo en la garganta y las lágrimas siempre a punto de doblegarlos. Los vecinos de toda la vida se espiaban unos a otros con recelo, evitando mirar de frente a aquellos que habían perdido un ser querido. Los ojos húmedos, las barbillas temblorosas, las ojeras moradas, todo ello provocaba una misma pregunta: «¿Tú también?».

En el hogar de las Aubier se libraba un terrible y silencioso combate. Villa Lorraine había sido una de las primeras casas en caer bajo las bombas y su esqueleto se retorcía ahora sobre la colina como un animal agónico. El comandante Vogel se había trasladado a Saint-Rémy con parte de su guarnición y se rumoreaba que había habilitado para sí mismo todo el piso superior del antiguo

monasterio. Delphine pensaba que era muy probable que los gritos de los prisioneros del sótano lo ayudasen a conciliar el sueño por las noches.

Con su marcha al pueblo vecino, también había terminado su relación. No había vuelto a reclamarla, como si las ansias que lo habían llevado a trazar mapas de sangre en su cuerpo se hubieran calmado con la que había vertido con sus bombas. Madre e hijas pasaban ahora todo el tiempo juntas, pero ya no unidas. La desconfianza se había instalado entre ellas y el aire que compartían era cortante como el filo de un cuchillo.

Margot se sumía en la tristeza. El dolor le secaba la piel, le prensaba los ojos en bolsas arrugadas. La Red Dumas estaba aletargada, casi muerta; tras los bombardeos, el SOE había enviado un mensaje dando órdenes claras: los agentes de la zona debían mantener un perfil bajo hasta que las aguas se calmasen y el envenenado vapor de la desconfianza se hubiese disipado. No podían permitirse más represalias. El *strickerei* de Apolline había limitado su actividad al tejido ordinario y las reuniones estratégicas en el sótano en torno a una botella de calvados se habían eliminado. Ya no había misiones ni entregas. Apolline hibernaba en Le Phare como una enorme osa, Yves había perdido las fuerzas y casi la cordura, Jacob seguía oculto en Vernuel.

Y Guillaume ya no estaba. Se había marchado de Abrigny la misma tarde de los bombardeos, sin despedirse de nadie. Según Apolline, tenía asuntos pendientes en el norte, pero incluso ella parecía desconcertada por lo abrupto e inesperado de su fuga. Después de los bombardeos, cuando Margot pudo al fin escabullirse para ir a su encuentro, se encontró su guarida sumida en la

oscuridad más absoluta, licuada en una negrura que olía a líquenes y a lluvia. Su hatillo de ropa había desaparecido. Margot vagó entonces por el jardín empapado, llamándolo con voz desolada de pajarillo hasta que Apolline salió corriendo envuelta en su camisón de encaje crujiente y la condujo a la casa. Allí, Margot se deshizo en llanto y le contó el asunto de la llave de Uwe Vogel, enfrentándose a los ojos secos de la mujer, a su oscuro velo de decepción.

Desde entonces, Margot había vivido bajo el yugo de una culpa de afilados dientes. Se despertaba por las noches y le parecía que el paladar le sabía a la sangre de la niña judía a la que no pudo salvar. Se lavaba la cara ante el espejo y le parecía que eran los ojos torturados de Blanche Mathieu los que le devolvían la mirada. Se sentaba ante la mesa del desayuno y la cremosa avena de su tazón le recordaba a los mechones de oro de Uwe Vogel y le entraban deseos de apuñalarla. Tantos secretos, tantas mentiras, tantos errores…

Y si la culpa era para Margot como una nube oscura que adensaba el aire, la que sentía Violette se parecía más a una pila de madera verde a la que alguien hubiese prendido fuego. Se le metía en la garganta con sus efluvios amargos, le impedía respirar, la asfixiaba. Violette intentaba deshacerse de ella entregándose a una actividad frenética: horneaba pasteles, encurtía cebolletas, alineaba frascos y tarros llenos de remolachas, de cebollas, de puerros, de coles de Bruselas, de mentiras, de miedo. Pero ninguna de esas tareas bastaba para acallar la voz que le aullaba al oído: «¿Qué has hecho?».

Ninguna labor cotidiana podía hacerle olvidar que los pechos le crecían bajo la blusa, que las náuseas la embargaban cada mañana,

que el vientre se le esponjaba preparándose para la vida que había empezado a abrirse camino en su interior con uñas y dientes. Un hijo de aquel que tanto odiaba, un recuerdo de aquella cueva oscura, con su olor a moho y entrañas desbocadas.

Fue en un día amargo y frío cuando las gemelas hablaron por primera vez en muchas semanas. Violette volvía de recoger manzanas en el huerto y traía las mejillas coloradas y las greñas sueltas, húmedas de niebla. Margot estaba derrengada en una silla frente a la ventana, encorvada y oscura como un cuervo envuelto en harapos.

—¿Piensas seguir así mucho tiempo más? —Violette la miró con los brazos en jarras, parecía que los roles de ambas se habían invertido

—Así, ¿cómo?

—Así, como un alma en pena.

Margot no respondió. Sus ojos parecían piedras de río, erosionados por un continuo flujo de lágrimas. A Violette se le encogió el corazón al verla tan descompuesta y llena de pesar. Le entraron ganas de abrazarla, pero sabía que ella no lo consentiría. Quedaban muy lejos los tiempos en los que su mutua compañía les bastaba para ser felices; ahora eran como las estrellas que pendían cada noche de aquel cielo frío: parecían rozarse, pero su cercanía era solo una ilusión, las separaba una negrura profunda, infranqueable. Violette se arrodilló al lado de su hermana, con las mejillas húmedas y el pecho lleno de nostalgia.

—Lo sé todo —murmuró—. Sé que has luchado con la Resistencia, que lo del hijo del comandante no era más que una tapadera. Y sé lo de ese chico, el que se escondía en el hoyo en el jardín de Le Phare.

Margot giró hacia ella un par de ojos ausentes. No le preguntó cómo se había enterado de todo.

—Se ha ido. Guillaume se ha marchado.

—¿Por eso estás así?

—En parte sí. Pero he hecho cosas horribles, Vi. Me creía valiente, y esta empresa me ha venido grande. Te he herido a ti, he guardado secretos que… Por mi culpa ha muerto gente… —La voz se le quebró en un quejido de grillo enfermo.

Violette le acarició las mejillas con las manos mientras sobre su espalda se desplegaban sus propios remordimientos como las alas de una gárgola. Ella tenía la culpa de todo. Ella había hundido a su hermana en ese pozo de desolación.

—Haría lo que fuera para conseguir que volviese —pio Margot.

—¿No sabes de nadie que conozca su paradero?

Margot encogió los enflaquecidos hombros.

—Quizá Apolline. O puede que Annette, la chica rubia que estaba en su grupo de fugitivos la noche que lo conocimos en la plaza. Ella vive en Le Phare, fingiendo ser una de las criadas de Apolline. Pero ninguna de las dos me diría dónde está, aunque lo supiese. Y yo tampoco merezco que vuelva.

—¿Por qué dices eso?

Margot bajó la cabeza. Con palabras entrecortadas, reveló a su hermana lo que nunca antes se había atrevido a poner en palabras: el nombre de Blanche Mathieu estampado en los papeles del comandante en sus letras de sangre.

—¿Y está viva? ¿En Saint-Rémy?

—Si él lo supiera, estoy segura de que volvería. Volvería para salvarla, lo sé.

Margot se hizo un ovillo en la silla, reacia a seguir hablando, dispuesta a perderse en algún lugar dentro de sí misma donde no había gracia ni clemencia.

Violette le dio unas palmaditas en el brazo y se puso en pie. De repente, sabía lo que tenía que hacer. Mientras salía de la estancia con paso decidido recordó los ojos de sable de Guillaume Luc y le pareció que algo se le removía en el vientre.

Encontró a Annette en la carnicería dos días después, haciendo cola ante las ristras de salchichas y los jamones esmirriados como piernas de recluso. Violette no tenía ni idea de cómo abordarla, así que se puso tras ella, le dio unos golpecitos en el hombro y respondió a su mirada de cristal con una sonrisa dulce.

—Tú eres amiga de Guillaume Luc, ¿verdad? —le soltó a bocajarro.

Annette estuvo a punto de desmayarse de la impresión. Se las arregló a duras penas para mantener un rostro impenetrable.

—No sé de quién me hablas —masculló.

—Ya. Y puesto que sois tan amigos, ¿no sabrás por casualidad dónde se esconde?

Annette negó muy despacio con la cabeza. Su mirada reflejaba curiosidad y desconfianza a la vez.

—Qué pena. Pues si te enterases, ¿podrías darle un recado? —Violette bajó la voz—. Quizá le interesaría saber que Blanche Mathieu está viva. Y está muy cerca: la tienen prisionera en Saint-Rémy.

Annette no respondió. Violette depositó un par de monedas sobre el mostrador, cogió sus salchichas y abandonó el local a paso ligero.

Los ojos de Annette se quedaron enganchados a su espalda, picoteándola como alfileres transparentes.

Guillaume regresó tres días después de ese encuentro, en medio de una ventisca que arrastraba efluvios de setas carnosas. Volvía con los puños apretados y los ojos más oscuros que nunca. Nadie avisó a Margot de su regreso, pero ese día ella salió de su letargo, se peinó los mechones enmarañados de meses y se presentó en Le Phare atraída por un instinto que no supo explicar. El ovillo de hilo dorado palpitaba en su bolsillo como si tuviese vida propia.

Margot se coló entre los setos del jardín y fue directamente al sótano, donde los miembros supervivientes de la Red Dumas, a excepción de Yves, estaban reunidos en torno a una mesa llena de humeantes tazas de café. La escena le recordó a aquella primera noche, cuando Jacob y Annette se habían descolgado en paracaídas cargados de armas y billetes y todos habían celebrado su llegada con brindis y risas, como guerreros preparándose para la batalla. Ahora, sin embargo, se enfrentaba a un ejército de almas derrotadas: rostros mustios, labios resecos, ojos que se clavaron en ella con una mezcla de desdén y rabia. Se lo merecía; les había ocultado información importante. Les había fallado. Caminó hacia su asiento habitual sintiendo las miradas de todos sobre ella como piedras dispuestas a lapidarla. Jacob abrió la boca, quizá para decirle que ya no era bienvenida, pero Apolline le dirigió una mirada de advertencia y volvió a cerrarla.

Margot buscó el rostro de Guillaume, pero sus ojos eran los únicos que la rehuían. Él entrelazó sus manos nudosas sobre la mesa y

lanzó al aire una orden que provocó una descarga de electricidad en la estancia helada.

—Tenemos que rescatar a Blanche.

Con esa frase, la Red Dumas se lamió las heridas y volvió a ponerse en marcha. Con esa frase, Margot supo que todo había terminado entre ellos.

Se pusieron en marcha dos días después. Tuvieron claro desde el principio que intentarían el rescate los dos juntos: Guillaume, porque no podía ser de otro modo, y Margot, en un desesperado intento de redimirse. Era una misión casi suicida, un plan cocido en un caldero de rabia y venganza. Entrar en Saint-Rémy era muy difícil, el antiguo monasterio era una fortaleza inexpugnable. Además, los alemanes habían incrementado la vigilancia tras la fuga de Épivers; los registros eran mucho más frecuentes y a cualquiera que no pudiera aportar papeles fiables le disparaban al instante.

Jacob les había proporcionado una destartalada furgoneta que lucía los rótulos desvaídos de una verdulería. El interior estaba raído y la parte trasera estaba llena de sacos de patatas y cajas de cebollas y coles. Guillaume conducía muy serio, sin mirarla apenas, concentrado en el camino. Se había levantado un viento colérico que arqueaba los árboles y envolvía el mundo en un remolino de gravilla y hojas secas. Un moscardón se había colado en la furgoneta y zumbaba entre sus cabezas, como un diminuto mensajero extrañado por su silencio.

—Nunca llegué a saber qué pasó con los otros prisioneros de Épivers, el grupo que Annette y tú ocultasteis en un granero —dijo

Margot tímidamente.

—Conseguimos sacarlos. —Guillaume redujo la marcha para evitar atropellar a un gato y después volvió a acelerar—. Logramos trasladarlos en pequeños grupos y los cobijamos en casas y granjas de personas de confianza. Deberán esconderse durante un tiempo, hasta que puedan usar sus nuevas *cartes d'identité*.

—Espero que lo consigan.

—Yo también.

Guillaume giró un poco la cabeza para mirarla. Fue como quebrar con la punta del dedo una dura capa de hielo.

—Lo sabías —afirmó él—. Durante todo este tiempo sabías que Blanche estaba viva. ¿Por qué no lo dijiste?

Margot se llevó un puño a la boca y se mordió los nudillos. De todas las infamias que había cometido, esa era para Guillaume la peor, la que jamás podría perdonarle. ¿Cómo justificar el despreciable impulso que le había hecho guardar silencio?

—¿Margot?

Él esperaba su respuesta. Decidió que, al menos, le debía la verdad.

—Por celos. Porque no soportaba que ella te importase más —respondió con la cabeza gacha.

—¿Por celos? —Él dio un brusco volantazo y el polvo del camino los envolvió—. Pero ¿tú sabes quién es Blanche?

—Alguien muy importante para ti.

—¡Por Dios, Margot! —Golpeó el volante con la palma de la mano —. ¡Pues claro que es importante! ¡Es mi hermana!

—¿Qué?

No podía ser. Un sinfín de detalles sueltos comenzaron a encajar en su mente: los rizos oscuros, tan similares en ambos. Las facciones angulosas.

—Mi hermana por parte de madre —aclaró él en tono duro—. Aunque los dos nos criamos en un orfanato porque ella nos dejó en la calle cuando yo tenía tres años y Blanche uno. Solo nos tenemos el uno al otro.

Margot se ahogó en un ataque de tos repentino, en un mar de flemas que sabían a vergüenza. Recordó más cosas: el silencio que ambos habían guardado en la plaza cuando les preguntaron por sus familias. Las palabras de Annette tras su aterrizaje: «Solo se tienen el uno al otro». Su hermana.

—Soy un monstruo infame —dijo atragantándose—. Jamás podré reparar el daño que han causado mis actos.

—¿Un monstruo? —Él negó con la cabeza—. Estamos atrapados en el infierno, Margot, y tal vez eso nos convierta en monstruos a todos. Yo también he hecho cosas horribles por amor. Y además… Yo lancé la granada sobre Épivers.

—¿Qué has dicho? —Margot brincó tan alto en el asiento que su cabeza estuvo a punto de rebotar contra el salpicadero.

—Quería destruirlo. A él, con sus manos de marqués y sus sueños de grandeza. Quería que esos proyectos de los que tanto se enorgullece volasen por los aires.

Margot comprendió que hablaba del hijo del comandante. De Uwe, a quien ella había estado odiando en silencio durante dos meses, creyéndolo culpable. De Uwe, que, al fin y al cabo, no la había traicionado.

—¿Por qué? —preguntó.

—Acabo de decírtelo. Por amor. No soportaba que te besase, que te tocase. No importa que digas que todo fue una farsa, no soy ciego. Sé que tiene algo que te hace bajar la guardia. Se que… encajáis. Así que, ya lo ves, yo también soy un monstruo. Llevo sobre mi conciencia las muertes de toda esa gente. Ese día estaba rabioso, como poseído. No pensé en las consecuencias. Supongo que creí que podríamos salvarlos a todos, pese a la destrucción que había sembrado. Creí que podríamos conducirlos por el bosque hacia los trenes antes de que llegasen ellos.

Su voz murió en un susurro. No la había mirado ni una sola vez. Margot estaba horrorizada por él, por ella, por los dos. ¿Qué tipo de amor era aquel? Un amor enfermo. Un amor maldito. Un amor tan excesivo que se había desviado de su cauce, como un río traicionero, ahogando toda vida a su paso.

—Y eso no es todo. —Guillaume habló de nuevo con voz átona—. Hay algo más. Algo que no me perdonaré nunca… —Se detuvo. Parecía luchar consigo mismo.

—¿Qué? —Margot lo miró apremiante ¿Qué más podría haber? ¿Qué otras cosas horribles podía haber hecho?

—Nada. Te lo contaré en otro momento. Mira, ya estamos llegando a Saint-Rémy.

Era cierto. El monasterio se elevaba en la distancia protegido por su cinturón de agua. Margot se tragó su curiosidad: tenían que concentrarse. Ahora, más que nunca, debían luchar codo con codo. Si ambos eran monstruos se adentrarían juntos entre las llamas del infierno.

La furgoneta abandonó la calzada y avanzó por un camino terroso bordeado de matorrales. Más allá, un puente de piedra de la época

romana conectaba Saint-Rémy con los campos adyacentes, una vía de acceso estrecha e incómoda que dificultaba la misión. Siempre había soldados ahí, vigilando con sus armas al hombro. Guillaume entreabrió la ventanilla y un aroma de heliotropos se coló en el vehículo. De pronto, un hombre salió de entre los matorrales. Margot se tensó, pero Guillaume dio un frenazo y lo saludó con la mano.

—Tranquila. Es Cyril Allard.

Ella comprendió. Allard era el dueño de la furgoneta que ocupaban, su garantía para entrar en Saint-Rémy. Más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, era un hombre fornido de piernas arqueadas y brazos fuertes que detestaba a los alemanes y regentaba una pequeña verdulería en Vernuel. Al igual que otros tenderos de la zona, acudía cada semana a Saint-Rémy con víveres para la guarnición. Su presencia no levantaría sospechas.

—¿Todo bien? —preguntó Guillaume dándole unas palmadas en la espalda.

—Sin novedad. Hoy no hay demasiado movimiento en el puente.

Allard saltó a la furgoneta y ocupó el lugar del conductor. Margot y Guillaume pasaron a la parte trasera y se ocultaron cada uno en un saco vacío al que le habían sido practicados dos pequeños agujeros para permitirles respirar. Olían a tierra y a cebollas secas, a guiso invernal.

La furgoneta volvió a ponerse en marcha. Se detuvo a los pocos metros y Margot percibió el resplandor de una linterna atravesando la arpillera del saco. Tras unos minutos de agonía, el guardia del puente indicó al verdulero que podía seguir. Margot expulsó el aliento. Podía oler el sudor de Guillaume a su lado, el aroma de la adrenalina. Una vez dentro, tendrían que bajar al sótano, donde se

agrupaban las celdas de los prisioneros. Guillaume llevaba dentro de la camisa un par de pistolas Welrod, el nuevo modelo con silenciador. Dos pequeños mosqueteros contra toda una guarnición bien armada.

Margot se atrevió a atisbar por la apertura del saco. Se estaban acercando al atrio, flanqueado por dos torretas de las que colgaban banderas con esvásticas. Un nuevo frenazo y los vigorosos pasos de Allard resonaron sobre el pavimento. Su rostro redondo y sonriente se descolgó sobre ellos mientras sus grandes manos los ayudaban a desprenderse de los sacos.

—Lo hemos co…

Un resplandor. Un ruido seco, como un puño quebrando una capa de hielo. La sonrisa de Allard se congeló en una mueca extrañada. La luz huyó de sus ojos. En su frente se había dibujado una moneda de sangre, oscura y redonda, un agujero tan perfecto que parecía hecho con compás.

Margot gritó. Guillaume soltó una maldición y trató de alcanzar su propia arma. Unos brazos se lo impidieron, brazos que parecían surgir de todas partes, multiplicados como los tentáculos de un pulpo, brazos que también sujetaron a Margot y la alzaron en volandas, brazos brutales, brazos de alemán. Soldados.

Entre el tumulto de gritos y forcejeos, una figura alta y erguida apareció paseando, con expresión casi aburrida, las cejas levemente alzadas como si todo aquello le resultase un tanto irritante. Sus dientes brillaron en una sonrisa blanquísima, su voz resonó como una caricia de terciopelo.

—Bienvenidos —dijo el comandante Otto Vogel con burlona cortesía—. Es todo un placer recibir su visita.

En la celda reinaba una oscuridad espesa que olía a sangre vieja, a moho y a los excrementos de los ratones que correteaban nerviosos. No había muebles, solo una única silla de patas devoradas por las termitas. Quizá en otros tiempos aquel cubículo habría servido como bodega o para almacenar carne en salazón para los monjes. Ahora era la carne de los enemigos del Reich la que se maceraba en sudor y miedo, lista para convertirse en un lienzo para su crueldad.

Sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, Margot jugueteaba con la M de su colgante, resiguiendo con el dedo sus bordes y sus ángulos. Abrió el guardapelo y la píldora de cianuro le devolvió un guiño inmaculado. Margot lamió su superficie con la punta de la lengua: estaba amarga. ¿Era así como iba a terminar todo, con una breve tos al tragarse la pastilla, una quemazón en la garganta y una sensación de ahogo lenta y angustiosa? Y después, la nada.

Lo peor, sin duda, era la espera. Habían pasado casi tres horas desde que la habían metido ahí y nadie se había presentado aún a interrogarla. Supuso que se trataba de una estrategia, un intento de desestabilizarla, de avivar su incertidumbre. Se habían llevado a Guillaume a otra celda, la última imagen que tenía de él era la de sus piernas agitándose en el aire, pateando, luchando. ¿Qué le estarían haciendo? Cuchillas, gasolina, cerillas…

Alzó la mirada hacia la bombilla desnuda y oscilante. ¿Cómo se habían torcido tanto las cosas? Los estaban esperando, eso estaba claro. Sabían que iban a entrar ¿Quizá el propio Allard los había delatado? No, en ese caso no le habrían disparado. Los pensamientos se agolpaban en su mente, confusos, frenéticos. Se puso a contar los pasos de los ratones que corrían en la oscuridad y

le dio tiempo a pasar de los doscientos antes de que la puerta se abriese con un crujido de mazmorra medieval.

Otto Vogel entró con paso enérgico, seguido de Kaspar. El comandante tenía los ojos fríos, y olía a perfume y a tabaco caro. El novio de Lucie los tenía ardientes de satisfacción y odio, y olía a sudor y a la sangre de Allard. Ambos iban de uniforme con correajes de cuero cruzándoles el pecho y las armas bien visibles en las fundas sobaqueras. Se detuvieron frente a ella, como recolectores examinando el fruto antes de arrancarlo de cuajo del árbol. Después, Vogel se quitó los guantes con parsimonia. Margot se preguntó qué pensaría hacer —hacerle— con esas manos tan blancas y frías.

—Al fin nos conocemos, mademoiselle Aubier —dijo con su voz de hielo—. O mejor dicho, al fin la conozco puesto que usted, según tengo entendido, se ha estado paseando por Villa Lorraine durante semanas, escudada en el gran parecido que guarda con su hermana.

Margot lo miró con odio. Él unió los dedos bajo la barbilla en actitud pensativa. Tenía las uñas cortas, inmaculadas.

—No le negaré que este asunto me perturba profundamente. Soy un hombre ordenado, metódico. Y ahora no puedo dejar de preguntarme si la muchacha con quien me crucé un día en el pasillo con un cesto de ropa era usted o su hermana. ¿Y cuál de las dos era la que vi desde mi ventana paseando por el jardín? Es algo que no me deja dormir por las noches.

—Estoy segura de que hay otras muchas cosas que no le dejan dormir por las noches. Cosas que usted mismo hace, sin ir más lejos.

—Me ofende usted, señorita. Después de todo lo que he hecho por su madre… Después de haberles abierto las puertas de mi

casa…

—Es nuestra casa, no la suya. —Margot alzó la barbilla.

Kaspar se adelantó y le cruzó el rostro de una bofetada. En sus ojos, Margot vio que llevaba mucho tiempo deseando hacer eso. Escupió hacia el suelo, y un proyectil de saliva y sangre fue a estamparse contra la punta de sus botas.

—Vamos, Fischer, contrólese. —El comandante habló con placidez —. No se deje llevar por la ira, de momento. Mademoiselle Aubier, es usted una joven interesante. Ha conseguido engañarme a mí durante semanas, se ha permitido el lujo de engatusar a mi hijo, de aprovecharse de su… debilidad de carácter para lograr sus propósitos. —Sus ojos brillaron de ira al mencionar a Uwe—. Pero por otro lado usted misma es una víctima. Sus amigos del maquis se han aprovechado de su ignorancia, inyectándole esas absurdas ideas de heroísmo y aventura. No hay nada de eso en una guerra, y sé de lo que le hablo. ¿Me cree usted, Margot?

Ella asintió. Sí, le creía. Ese hombre exudaba guerra por cada uno de los poros de su piel.

—La guerra trae consigo llanto y padecimientos. Y lo descubrirás muy pronto si no colaboras. Ahora habla: quiero nombres.

Margot enderezó la espalda. Él había adoptado un aire más marcial, había pasado a tutearla. El juego acababa de comenzar.

—Quienesquiera que sean las personas que están buscando, no soy yo —respondió.

—¿Niegas que formas parte de la Red Dumas, que te apropiaste de un juego de llaves para robar un sello oficial de mi caja fuerte? ¿Niegas que tus amigos pretendían hacer carnets de identidad falsos para los prisioneros de Épivers?

—Lo niego.

—Veo que eliges luchar. —Vogel meneó la cabeza, casi con pesar —. Yo no seguiría por ese camino. Eres un pez muy pequeño, apenas una raspa en este océano. No aguantarás ni un par de acometidas.

—¿Ve? En eso le doy la razón. —Margot alzó un poco la voz, procurando que no le temblase—. Mi compañero y yo somos peces diminutos. ¿Por qué tanto esfuerzo por echarnos a las brasas precisamente a nosotros?

—Porque un pececillo puede conducir hasta las fauces del gran tiburón blanco si se lo persigue el tiempo suficiente. Dime los nombres reales de Athos y Milady.

—No sé de qué habla.

—Sabemos que operan en la zona y que están en contacto directo con el SOE. El señor Luc… —Acercó su rostro al suyo, y Margot pudo ver el brillo febril de sus ojos—. El señor Luc afirma que él mismo es el agente Athos. ¿Es cierto eso, Margot?

Ella sintió la dentellada del miedo, más aguda que antes. ¿Era eso cierto? ¿Se había derrumbado Guillaume y había confesado su identidad? ¿Cuánto más habría dicho? O quizá era mentira, quizá se trataba de una estratagema de Vogel, un órdago lanzado a ciegas para desestabilizarla. «Piensa —se dijo a sí misma—. Piensa, piensa».

—Si ha dicho eso, es mentira —declaró al fin, arreglándoselas para dar a su voz un toque de desprecio—. Ya le gustaría a él ser Athos.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Él es solo un muchacho.

—Entonces ¿quién es el agente Athos?

—El agente Athos está muerto. Su nombre era Damien Haillet. Cayó la noche de la fuga de Épivers. Yo lo vi con mis propios ojos.

Margot percibió el cambio en el ambiente que su mentira había provocado. A Kaspar se le pusieron las orejas rojas. Vogel, sin embargo, no parecía muy impresionado.

—Qué oportuno. ¿Estás segura de ello?

—Estoy segura. El agente Athos murió hace meses.

Vogel negó lentamente con la cabeza y esgrimió una sonrisa suave e irónica que, por un momento, a Margot casi le recordó a las de su hijo. Casi.

—¿Sabes por qué estás aquí, Margot? —preguntó con aire profesoral.

—Acaba de decírmelo. Persiguen a los peces pequeños ya que no se atreven a ir directamente tras el grande.

Durante un instante, pareció que Kaspar iba a lanzarse de nuevo contra ella, pero Vogel lo detuvo alzando una mano.

—Error. Estás aquí por tu hermana. Esa que se parece tanto a ti pero es un poco…

—Un poco más fea —aportó Kaspar entre dientes.

Vogel chascó la lengua.

—Vamos, Fischer. No sea descortés. Yo iba a decir: un poco más sensata. Más sensata que tú, Margot, lo cual no es que sea ningún mérito. El caso es que Guillaume Luc y tú sois hoy nuestros huéspedes gracias a ella.

A Margot le pareció que algo se le agitaba en el pecho, como un puñado de canicas lanzadas de golpe al suelo. Violette. No, no podía ser.

—No le creo.

Vogel rebuscó de nuevo en su bolsillo y sacó un trozo de papel que esgrimió ante sus ojos sujetándolo con dos dedos. Margot se vio a sí misma y a Guillaume, ambos magníficamente trazados bajo el lápiz de Claire. Tragó saliva; su hermana debía de haber hecho el dibujo tras haberlos descubierto en el jardín de Apolline.

—Es innegable que esa criatura tan extraña tiene talento para el dibujo —dijo Vogel como para sí mismo—. Se os reconoce perfectamente a los dos. Una escena muy romántica.

—¿Violette le ha dado ese dibujo? —No podía ser. No quería creerlo.

—«Dado» no es la palabra exacta, me temo. Lo dejó en el coche de mi hijo, supuestamente para que él lo viera. Al parecer, está muy celosa de vuestra relación. El oficial Fischer tuvo la buena fortuna de encontrarlo y cumplió con su deber de entregármelo.

—Siempre a sus órdenes, *herr kommandant*. —Kaspar se puso firme.

Ni Margot ni Vogel le dedicaron una sola mirada.

—En cuanto vi este dibujo… —Vogel dio unos golpecitos sobre él con la uña del dedo índice—. En cuanto lo vi, supe que habíamos encontrado a Guillaume Luc. Llevaba meses en búsqueda y captura, y teníamos su descripción, incluida esa absurda gorra que le da aspecto de italiano. Era él, estaba seguro; uno de los miembros de la Red Dumas al alcance de mi mano después de tantos meses. Si le daba caza estaba seguro de que podría sonsacarle las identidades de Athos y Milady. Sin embargo, cuando me disponía a ordenar su detención me llegaron las noticias de su huida. Un lugareño de confianza había visto a alguien con su descripción subiéndose al tren con destino a París. Otra vez se me escapaba de las manos. ¡Apenas

podía creerlo! En aquel momento pensé que la única solución estaba en torturarte a ti hasta que nos revelases su paradero, pero… ¿lo sabías acaso? ¿Confiaba él tanto en ti como para revelarte adónde iba?

Margot bajó la cabeza. Vogel había dado en el clavo. «Hablar demasiado es como empuñar un cuchillo…».

—Ya. Lo suponía. —Él había advertido su incomodidad—. El caso es que en lugar de detenerte decidí ponerte vigilancia. Tenía la intuición de que Luc volvería y de que, cuando lo hiciera, tú serías la primera en correr a sus brazos. Esos locos amores de juventud…

Así que eso era: ella había sido un cebo todo ese tiempo. Los había conducido hasta él. ¿Y los demás miembros de la red? Jacob, Apolline… Eso significaba que ninguno estaba ya a salvo.

—Esta noche marca el fin para la Red Dumas —dijo Vogel con aire satisfecho, como si le leyese el pensamiento—. Las vuestras han sido las primeras detenciones, pero no serán las últimas. No tenemos tiempo que perder, y eso nos lleva a nuestra primera pregunta. Quiero los nombres reales de Athos y Milady. ¿Es Guillaume Luc Athos?

—Athos está muerto. Su nombre era Damien Haillet.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Tu amigo Luc no parece estar de acuerdo. ¿Estás segura de que no va a empezar ahora mismo a revelar nombres? ¿Es él realmente Athos? Habla, Margot.

—No tengo nada que decir. Guillaume Luc no es Athos.

—Me decepcionas, Margot. —Vogel inclinó la cabeza, casi con tristeza—. Fischer, tráeme a Luc.

Kaspar abandonó la estancia con paso ligero, como si hubiera estado esperando esa orden en concreto. Regresó a los pocos minutos en compañía de otro soldado. Entre los dos arrastraban a Guillaume por las axilas. Margot se tapó la boca con las manos, intentando sin éxito reprimir un grito. Su cuerpo era un enorme cardenal, su rostro estaba lleno de heridas. Se dejó llevar por un llanto frenético, de odio y de miedo, y él pareció revivir un poco al oírla. Su voz sonaba pastosa y las palabras se le tropezaban como si le faltasen dientes.

—Margot… Lo siento, lo siento de verdad. Diles que soy Athos, díselo. Tú lo sabías desde el principio…

—¡Cállate!

—Margot, jamás olvides que te amo. A pesar de lo que hice, siempre has sido tú.

—Llévenselo. —Vogel no lo había mirado ni una sola vez. Tenía los ojos fijos en el rostro de Margot.

Dejó que se desahogase durante un rato, llenándose el dobladillo del vestido de lágrimas y desconsuelo. Le ofreció un pañuelo inmaculado que ella no aceptó.

—¿Ves lo que puede llegar a sucederte, Margot? ¿Crees que merece la pena? Hazte un favor y sálvate a ti misma. Eres muy joven y ya te has metido en suficientes problemas. ¿De qué te sirve mentirme?

Margot abrió la boca para decir de nuevo que Athos estaba muerto y que era Damien, pero volvió a cerrarla. La última pregunta del comandante rebotaba entre sus cejas: «¿De qué te sirve mentirme?». De nada, no servía de nada mentir ni decir la verdad porque su destino y el de Guillaume ya estaban decididos. Ambos

estaban condenados, rotundamente condenados. Vogel quería sus chivos expiatorios, quería su sangre. ¿Qué se suponía que iba a hacer con Guillaume Luc y Margot Aubier (la amante de su hijo, nada menos) después de interrogarlos? ¿Fusilarlos? ¿Enviarlos en un tren hacia la Noche y la Niebla? En un instante, Margot comprendió lo que Guillaume se proponía al revelarles que era Athos: no había sucumbido a sus torturas, solo trataba de salvar a los demás.

Alzó la cabeza hacia Vogel, sonriendo entre las lágrimas. Por fin le parecía tener la sartén por el mango.

—Está bien —concedió—. Le diré la verdad.

—Así me gusta.

—Guillaume Luc no les ha mentido. Él es el agente Athos, entrenado en Londres entre 1940 y 1941. Y yo soy Milady.

La carcajada de Vogel fue como una bofetada.

—¿Me tomas por tonto, pequeña? Tú no eres Milady. Tú solo eres una niña estúpida que no sabe dónde se ha metido.

—Le aseguro que soy Milady.

Él inclinó el rostro hacia ella y sus ojos la traspasaron.

—No, no lo eres. Hemos terminado, Margot. Es una lástima que no te parezcas un poco más a tu madre. Descansa lo que puedas. Volveremos a hablar dentro de un rato.

Comenzó a alejarse hacia la puerta, alto y erguido como un dedo acusador. La voz de Margot lo hizo frenar en seco.

—Y es una lástima que usted no se parezca un poco más a su hijo. No es ni la mitad de hombre que él. Solo es un cobarde que se escuda tras su rango y disfruta con el sufrimiento ajeno mientras son otros los que se manchan las manos de sangre.

El comandante se giró despacio. El color había huido de su rostro y sus pupilas parecían dos cráteres transparentes dispuestos a engullirla. Con parsimonia, se sacó una pequeña navaja del bolsillo y la acercó a la mejilla de Margot. Ella cerró los ojos. El dolor fue casi liberador, una explosión de fuego y hielo seguida por un río de sangre que se precipitó como un torrente hacia su boca. La probó: sabía dulce. Casi sabía bien.

—¿Lo ves? —le dijo Otto Vogel mientras limpiaba la navaja en el dobladillo de su vestido—. Sí que me mancho las manos de sangre.

¿Qué ideas se le pasan a uno por la mente durante las últimas horas de su vida? Margot jamás se había parado a reflexionar sobre ello, pero en ese momento, casi dos horas después de que Vogel la dejase a solas con su cara sangrante, se encontró a sí misma rememorando su infancia. Su madre amasando galletas, los brazos hundidos en harina hasta los codos. Claire aferrada a su cuaderno, el lápiz como una prolongación de sus dedos. Violette siempre su sombra, siempre a su lado. Sus manos enlazadas, sus pies caminando al mismo compás, las dos hablándose sin necesidad de palabras. Violette, su hermana gemela. Su peor enemiga.

Cerró los ojos y apoyó la mejilla contra la pared dura y porosa. Dentro de cinco minutos sus dedos volarían hasta la píldora de cianuro. Cinco minutos más y todo habría terminado.

En ese momento oyó algo en la pared de roca. No a través de la pared, sino en la propia pared, como si esta tuviese un corazón que hubiese cobrado vida de repente. Pero aquel corazón latía raro.

Desacompasado.

«Un mensaje», pensó con un escalofrío.

Alguien estaba tratando de decirle algo desde la celda contigua. ¿Habría sacado Guillaume fuerzas de su cuerpo maltrecho para ponerse en contacto? Aguzó el oído. Varios toques rápidos seguidos de otros más lentos. Margot se puso en pie. Reconocía las secuencias, las había tejido cientos de veces en los jerséis del *strickerei* de Apolline. Aquello eran palabras. Era morse.

Se tumbó en el suelo con la oreja pegada a la piedra húmeda, prestando atención. Cada toque de Guillaume cobraba vida en su mente, formaba una nueva palabra. Era como tejer a la inversa. Poco a poco, lo que él quería trasmitirle fue penetrando en su cerebro.

Margot cerró los ojos. El mundo osciló bajo sus pies, perdió sus contornos. Apolline le había dicho cientos de veces que las palabras podían ser cuchillos, pero en ese momento, en aquella celda, eran los golpes del puño de Guillaume los que la estaban hiriendo.

Tres golpes más y después silencio. Los últimos meses de su vida desfilaron ante los ojos de Margot como destellos: la emoción, el peligro, la aventura, el amor, la traición, el miedo, las mentiras. Lo que él acababa de contarle, aquella revelación brutal, la obligaba a verlo todo a través de un prisma más oscuro, mucho más retorcido. Todo lo que había creído, las cosas que había dado por sentadas yacían ahora a sus pies, dispuestas a clavarse si intentaba dar un paso.

Casi sin darse cuenta, fue dejándose caer, encerrándose en sí misma. Sus pensamientos se estrellaban unos contra otros como pájaros de cristal. En todos esos años, a Margot le había dado

tiempo de aprender que una guerra puede cambiar a las personas, sacar a la luz lo peor de ellas.

Pero acababa de aprender algo más: esta guerra, la suya, no solo destrozaba a los muertos, también despedazaba a los vivos.

Poco a poco se fue quedando adormilada, perdida en un sopor doliente, derrumbada en la silla de los interrogatorios. Cuando despertó, había alguien con ella, alguien que la miraba. Y no era Vogel.

24

Vera

Abrigny, octubre de 2011

El relato de Brault fue apagándose en una cadencia espesa como alquitrán. Yo sentía que me ahogaba. Las palabras de Álex resonaban en mi mente: «¿Y si las respuestas son más dañinas que las dudas?».

—Lo que Guillaume le contó a mi abuela a través de golpes de morse… —Tosí—. Fue lo de Violette, ¿verdad? Que su propia hermana se había colado en el hoyo y que habían…

—Me temo que no. —Brault apartó la mirada con la incomodidad propia de las personas de su generación al hablar de temas de cama.

—¿No? —Si me hubiera lanzado una piedra a la cabeza no me habría sentido más ofuscada—. ¿Cómo que no? ¿Qué otra cosa pudo haberle dicho para turbarla tanto?

—Algo que, dadas las circunstancias en las que se encontraban, era mucho más importante.

Alcé los brazos, exasperada.

—¿Qué puede haber más importante que la traición de su hermana?

—El papel de Margot en la Red Dumas —respondió Brault, muy serio—. El hecho de que, durante meses, nada había sido lo que parecía. El hecho de que, sin saberlo, ella acababa de contar a Vogel una media verdad. Margot era Milady. Lo había sido desde el principio.

—¿Qué está diciendo?

—Todo empezó en febrero de 1941. Abrigny fue desde el primer momento un objetivo estratégico importante; su situación junto a la red ferroviaria lo ponía en el punto de mira de ambos ejércitos, el alemán y el aliado.

—Lo sé —asentí. Lo había leído en las notas de Álex.

—En un primer momento, se creyó que la Kommandatur de Abrigny estaría bajo el mando de Werner Fendler, un hombre al que el SOE había investigado a conciencia. Era un alemán de ideas moderadas, que había tenido como mentor a Henning von Tresckow. Los espías franceses averiguaron que era muy crítico con las ideas de Hitler y se mostraba desfavorable a sus planes de expansión territorial. Era un objetivo sencillo para el SOE, un hombre fácil de convencer o sobornar. Siempre hay alguno así, en todos los ejércitos. Piensa en lo que eso habría supuesto para el desarrollo de la guerra: la red ferroviaria habría estado en manos de Francia.

—Pero ese hombre no llegó a instalarse en Abrigny.

—No. Otto Vogel se le adelantó. Estaba muy interesado en instalarse aquí, quizá para tener controlado el trabajo de su hijo en la Organización Todt. Ese cambio de planes fue un jarro de agua fría para el SOE. Otto Vogel era un hueso duro de roer. Respiraba fanatismo. Se lo investigó a fondo: su pasado en Berlín, sus

opiniones, su carrera en el ejército, su vida privada, sus relaciones… Y saltó una grieta, un punto débil.

—¿Qué era…?

—Su hijo. Uwe Vogel. Todos los informes recibidos por la gente del SOE coincidían en lo mismo: Uwe no era como su padre. Para Otto, el Partido y la *Vaterland* lo eran todo; para Uwe, no tanto. Había una grieta. Una lo suficientemente profunda para ahondar en ella todavía más. Una que quizá permitiría quebrar la roca entera.

—Querían atacar a Otto a través de su hijo.

—Exacto. Como decía Jacob Pawlak, azuzar al osezno para apoderarse del oso. El SOE dio plenos poderes a los agentes de campo para actuar. Se pensó que el cebo más adecuado sería una muchacha joven, alguien capaz de seducirlo. Al poco tiempo de su llegada a Abrigny, Uwe fue visto en un baile con Violette Aubier, y durante unos días se barajó la opción de utilizarla a ella. Pero esa idea fue descartada enseguida.

—¿Por qué?

—Violette no tenía el carácter apropiado. Era muy inocente, ingenua y a la vez un poco frívola. Era voluble. Se necesitaba a alguien de otro tipo.

—Alguien como Margot.

—Margot, sí. —Los ojos de Brault se estrecharon como rendijas—. Entró en el juego casi por casualidad, pero resultó ser la candidata ideal: tenía el carácter y la belleza necesarios y, sobre todo, encerraba en su interior un odio fiero hacia los alemanes. Era perfecta para la misión. Y sin embargo…

—¿Y sin embargo?

—Alguien que la conocía muy bien sacó a colación un rasgo de su carácter: Margot era obstinada, se guiaba por impulsos, luchaba por aquello que creía justo. Odiaba a los alemanes y aborrecía la idea de una Francia ocupada, pero… ¿era su odio lo bastante fuerte para entregar a Uwe Vogel?

—¿Qué dice? —Me sacudí las migas de pan de los vaqueros. Una decena de hormigas acudió de inmediato a darse el festín—. Pues claro que sí. Fue ella la que fotografió el plano del Velódromo de invierno durante la fiesta, fue ella la que se prestó a robar la llave de la caja fuerte. No lo dudó ni un instante: estaba dispuesta a engañar a Uwe Vogel.

Brault alzó un dedo en el aire como un profesor dispuesto a reconvenir una falta de ortografía.

—Ahí está el quid de la cuestión. Engañar, no entregar. Son conceptos distintos. Lo engañó, desde luego. Pero… ¿estaba Margot dispuesta a derramar la sangre del hijo del comandante?

—¿Su sangre?

—El plan maestro de la Red Dumas consistía en sacar a la luz la relación amorosa de una agente de la Resistencia con el hijo del comandante Otto Vogel. Se pretendía hacer creer al Ejército alemán que el vástago de uno de sus más reputados miembros se había convertido en un traidor que pasaba información al enemigo. ¿Cómo crees que acabaría la historia? Con Uwe Vogel ante el pelotón de fusilamiento. Con Otto Vogel depuesto y condenado al ostracismo. Con la Kommandatur de Abrigny de nuevo vacía y dispuesta a recibir a Werner Fendler, el objetivo original de la red.

Ahogué un gemido. Mi abuela había sido un juguete en manos de todos.

—En Alemania existe un dicho —continuó Brault—. *Blut und Boden,* «sangre y tierra», una de esas consignas casi poéticas de las que los nazis se valieron para abonar su locura… La sangre de Uwe Vogel derramándose por Alemania, empapando la tierra. Te lo pregunto de nuevo: ¿estaría Margot dispuesta a verter esa sangre?

Negué lentamente con la cabeza. A esas alturas sabía ya lo bastante de esa historia para entender que el vínculo entre Uwe y Margot había sido real desde el principio, a pesar de las mentiras, los secretos y los bandos opuestos de la contienda. No, Margot no habría estado dispuesta a eso. Quizá sí al principio, pero no después de conocerlo. Por mucho que se sintiese atraída hacia la fiera oscuridad de Guillaume Luc, no entregaría al hijo del comandante tras haber sido cegada por su luz.

—La utilizaron —dije en tono acusador—. La engañaron.

—Fue un engaño orquestado, sí. —Brault asintió—. Una maquinaria cuyos engranajes giraban tan acompasados como las agujas del *strickerei* de Apolline Bisset. El día que sabotearon los tanques Tiger, Annette Legrand pinchó a propósito la rueda de su bicicleta delante de Uwe Vogel y Kaspar Fischer, para propiciar que Margot y el hijo del comandante se conociesen. Todo salió a pedir de boca, incluso mejor de lo previsto, porque días después fue la propia Margot la que se metió por iniciativa propia en el compartimento de Uwe cuando coincidieron en el tren para evitar que registraran su cesta. Él no tardó demasiado en quedarse prendado de ella, le bastó con asomarse un par de veces a ese precipicio silvestre que eran sus ojos.

—¿Y Guillaume también estaba enterado de ese plan? ¿Lo sabía todo?

—Todos en la red lo sabían. Todos, menos Margot. Ella era la pieza más valiosa del tablero de ajedrez, la Milady de la Francia Libre y, al igual que la Milady original de Dumas, su destino estaba en manos de los mosqueteros.

—Es horrible —murmuré mirando al suelo.

Brault asintió, como dándome la razón.

—La redada del Velódromo de Invierno, en julio de 1942, lo aceleró todo. Cada vez se hacía más urgente recuperar las vías, abatir el obstáculo que suponía la presencia de Otto Vogel. Cuando la red encargó a Margot que robase en la caja fuerte se pretendía matar dos pájaros de un tiro: por un lado, rescatar a los prisioneros de Épivers de un destino terrible; por otro lado, eliminar definitivamente a Vogel. Por eso Jacob insistió tanto a Margot en que debía robar la llave de Uwe; era perfecta para inculparlo. Su llave, la que colgaba de su cuello, en manos de su amante. ¿Quién creería que no la había entregado voluntariamente?

—Pero lo hizo —dije confusa—. Se la entregó voluntariamente.

—Exacto. —Brault movió la cabeza, como si todavía le doliese pensar en ello—. Y eso lo echó todo a perder. Si Margot hubiese abierto su regalo de inmediato no se habría lanzado a robar la llave del comandante, poniéndolos a todos sobre aviso. Puntilloso como era, Otto Vogel redactó un informe de inmediato acerca de la desaparición de la llave y su posterior aparición en un jarrón, informe que remitió a sus superiores en Berlín. ¿Comprendes?

Asentí. El anciano suspiró y se encogió levemente de hombros.

—Nada mejor que un amor desesperado para que un buen plan se vaya al traste. Por amor, Uwe Vogel traicionó a su padre y entregó la llave a la joven que luchaba en el bando enemigo. Con ese acto, sin

saberlo, se salvó a sí mismo. Por amor, Guillaume Luc perdió la cabeza y lanzó una granada sobre Épivers, arruinándolo todo. Por amor y por despecho, Violette Aubier dejó el dibujo de Claire donde los alemanes pudiesen verlo. En todos los planes hay fisuras. Y las de este, más que leves rajas, eran profundos abismos en los que el odio y el amor brotaban salvajes, enroscados en sí mismos.

Nos quedamos en silencio. Las nubes se movían sobre nosotros y las sombras de los cipreses se alargaban cada vez más, enredándonos en ellas.

—¿Y eso fue lo que le contó Guillaume a Margot en la celda, mediante morse? —pregunté—. ¿Toda esta historia?

—Toda esta historia. Supongo que intuía que iba a morir y no quería marcharse con tantos secretos prendidos en la memoria. El suyo fue un amor como un laberinto, lleno de recovecos en los que ni ellos eran capaces de adentrarse. Pero era duro y resistente como una hoja de encina. —Brault cerró los ojos como si le doliera pronunciar esas palabras—. Era un amor real.

—Era real —repetí. Mi mente voló de nuevo a la oscura celda de Saint-Rémy—. Entonces, aquella noche los alemanes no habían capturado en realidad a dos peces pequeños, sino al mayor de todos. Sin saberlo, tenían en sus manos a Athos y a Milady.

Brault sonrió un poco. Volvió a adoptar ese tono profesoral tan exasperante.

—No exactamente. Al principio de mi relato dije que al proclamarse a sí misma como Milady y al admitir que Guillaume era Athos, Margot estaba dando a los nazis una «media» verdad. No la verdad completa, solo parte de ella.

—¿Qué quiere decir?

—Margot Aubier era Milady, sí. Pero Guillaume Luc no era Athos.

Alzó un poco la barbilla al decírmelo. De nuevo cruzó su rostro aquella luz extraña, a cuyo resplandor ya no parecía un simple campesino avejentado. Aquel hombre era más. Había sido más.

—¿Cómo sabe usted eso? ¿Cómo sabe que Guillaume no era Athos?

Su voz sonó firme, desprovista de repente de la ronquera de la vejez.

—Porque yo era Athos. Yo fui Athos.

Nos miramos a los ojos. Los suyos relucían. Era la mirada de un hombre que había luchado incansable, que había enterrado a amigos, que había soportado pérdidas inimaginables.

—¿Quién es usted? —Mi voz sonó como un ladrido—. Usted no se llama Brault.

—Tienes razón —admitió. Y cuando me dijo su nombre, fue como si un mosquetero en carne y hueso me hubiese rendido su arma—. Me llamo Didier. Didier Briand.

25

Abrigny, octubre de 1942

Mientras su hermana lloraba su desengaño en una celda oscura Violette estaba dándose un festín en la despensa de su casa, tratando de calmar con cerezas en almíbar y sardinas en conserva el hambre voraz que sentía a todas horas desde que la semilla de Guillaume Luc había germinado en sus entrañas. Sentada a su lado, Claire reproducía en su cuaderno con puntillosa exactitud las escamas plateadas de los peces que ilustraban las latas. Violette aún no lo sabía, pero desde ese día la dulzura del almíbar y el regusto salado del pescado en conserva quedarían asociados en su mente al sabor de la sangre.

Ningún sexto sentido la puso sobre aviso cuando escuchó la llamada en la puerta. Dio por sentado que se trataba del lechero o del chico del colmado con las provisiones para la cena. Se limpió en el vestido los dedos pegajosos, tragó un bocado de pan y se dispuso a salir a recibirlo, pero escuchó los pasos de su madre en el pasillo y decidió dejar que abriese ella. Posteriormente se preguntaría muchas veces si el hecho de que Delphine se hubiese adelantado había sido una suerte o una desgracia.

Una voz áspera y brutal que no pertenecía al lechero se coló por la puerta de entrada, rebotó en las paredes y se estampó contra sus oídos. Violette dejó caer el pan al suelo y no se molestó en recogerlo. El momento que tanto había temido desde que supo de los enredos de Margot con la Resistencia había llegado. Alemanes. Alemanes que invadían su casa, que daban órdenes con sus voces como cuchillos.

Atisbó a través del enrejado de la puerta de la despensa. Acababan de traspasar el umbral, con sus gabanes oscuros sobre los uniformes. Uno era redondo como un queso e igualmente blancuzco, el otro era flaco y alto como la aguja de un campanario.

A Violette no le sonaba la cara de ninguno de los dos.

—Tiene que acompañarnos, madame.

—¿Por qué? —La voz de Delphine sonó vacía, temblorosa.

—Sospecha de actividades contra el régimen.

El más bajo extendió una mano como para indicarle el camino. Delphine no se movió.

—Tiene que haber un error. Yo no he hecho nada. El comandante Vogel me conoce, pueden preguntarle. Él se lo dirá.

—Lo dudo, madame. Nuestras órdenes provienen del propio comandante.

El alemán flaco le puso sobre el brazo una mano larga y huesuda como la guadaña de la muerte. Violette se pegó todo lo que pudo a la pared de la despensa, sintiendo contra la blusa los latidos de su corazón. Claire seguía pintando a su lado, sin percatarse del peligro.

—No nos haga emplear la fuerza, madame. ¿Hay alguien más en la casa?

Violette sintió un espasmo en el vientre.

—¡No! Estoy sola. Por favor…, les digo que esto es un error.

—Hubert, compruébalo —ordenó el soldado más alto.

Violette observó cómo el hombre con aspecto de queso rodaba hacia el interior de la casa, sin duda dispuesto a registrarlo todo con sus manos como panes. Pasó ante la puerta de la despensa, y a Violette le llegó su olor a sudor rancio y a embutido. Con cada uno de sus pasos retumbaba el suelo. Contuvo el aliento y solo lo soltó cuando él pasó de largo, resollando mientras rebuscaba bajo las mesas y detrás del sofá.

—No hay nadie más —dijo al fin dirigiéndose hacia la puerta—. Vámonos ya, Franz.

—¿Adónde me llevan? —suplicó Delphine con la voz rota.

—Silencio. ¡Camine!

Violette espió de nuevo a través de la rejilla y vio las lágrimas que se deslizaban por el rostro de su madre, lleno de arrugas que tan solo media hora antes no estaban allí. En ese momento, Delphine miró en su dirección, hacia la despensa donde sabía que sus hijas estaban ocultas. No emitió ningún sonido, pero sus labios formaron claramente dos palabras.

—Claire. Apolline.

Violette comprendió. Tenía que llevar a su hermana a Le Phare, pedir ayuda a la Bisset. Asintió con vehemencia, un gesto absurdo puesto que su madre no podía verla. Cuando escuchó el crujido de la puerta al cerrarse dejó que las lágrimas resbalasen por sus mejillas y se estrellasen contra las latas de conservas formando charcos a sus pies, arroyos enteros de dolor y de culpa.

Se volvió hacia Claire, que había dejado de dibujar y la miraba en silencio. Tenía las comisuras de la boca pegajosas de almíbar y no

parecía asustada. Desde que Vogel había desaparecido de sus vidas y las medicinas escaseaban de nuevo, se preocupaban continuamente por el riesgo de nuevas convulsiones.

—Tenemos que irnos.

No podían arriesgarse a usar la puerta principal, pero la despensa tenía una minúscula ventana que daba al jardín. Violette esperó a que el rugido del motor del Mercedes se hubiese alejado colina abajo, esperó hasta que el silencio fue absoluto, y entonces rompió el cristal con una lata de judías. Se deslizó por el hueco, sin prestar atención a los cortes del vidrio en sus rodillas y después ayudó a salir a Claire. Estaba anocheciendo y una luna muy estrecha parecía arañar las copas de los árboles. Violette cogió a su hermana de la mano, y ambas corrieron a través del huerto y del jardín, saltaron la tapia y atravesaron el pueblo entre las fachadas oscuras que parecían exhalar sobre ellas su aliento húmedo. En ningún momento soltó Violette la mano de su hermana y en ningún momento dejó de mirar al suelo, temerosa de que una linterna amenazante surgiese de improviso en una esquina, acompañada de un «*Halt!*» y de unas manos como garras.

Cuando llegaron a Le Phare la sensación de alivio que había empezado a sentir se desvaneció de golpe. No las recibió el jardín exuberante y oscuro, sino una algazara de gritos, ladridos y luces plateadas. Los alemanes estaban también allí, habían llegado como perros siguiendo un rastro de sangre. Violette se tiró al suelo entre la rosaleda, arrastrando a Claire con ella. El olor a pétalos le inundó la nariz y las espinas le arañaron la piel. Claire sollozó y ella le tapó la boca sin miramientos. Atisbó entre los tallos y descubrió la silueta redondeada de Apolline en la puerta principal, rodeada de soldados.

No eran los mismos que habían detenido a Delphine, pero esgrimían idéntico aire marcial, la misma actitud de perros de presa. Apolline trataba de razonar con ellos; su boca moviéndose incansable, sus brazos gesticulando en el aire con la vehemencia de un orador en el Senado romano. Violette deseó con todas sus fuerzas que lo lograse, que los convenciese.

Estaba claro que no podían quedarse allí. Claire había comenzado a llorar de nuevo, más fuerte que antes. Si no se le ocurría algo, acabarían por descubrirlas.

«El agujero», recordó de pronto en una ráfaga de lucidez. La guarida de Guillaume.

Gateó hasta la parte trasera del jardín arrastrando a su hermana consigo, llenándose la boca de hierba y pétalos que se mezclaban con el sabor de su miedo. La entrada del hoyo estaba cubierta por una enmarañada cabellera de ortigas, y Violette recordó de nuevo los labios duros del guerrillero, sus manos en su cuerpo. Dudó. ¿Podría dejar a su hermana allí, en aquella oscuridad? Decidió que no había otra opción: Apolline no podía ayudarlas y era imposible seguir arrastrando a Claire por todo el pueblo sin ser vistas u oídas.

—Te quedarás aquí abajo, solo un ratito —susurró en su oído—. Es un juego muy divertido. ¿Recuerdas cuando te escondías en el armario de las sábanas y Margot y yo jugábamos a buscarte? —Una ligera sonrisa cruzó el rostro de Claire, un destello de reconocimiento —. Lo más importante es que no hagas ruido ni te muevas, para que el juego sea más divertido, ¿de acuerdo?

Claire parpadeó y sus ojos brillaron como monedas lanzadas a la oscuridad.

Violette disimuló la entrada con follaje lo mejor que pudo. Después volvió a arrastrarse por el jardín hasta llegar a la verja y corrió hacia la carretera que conducía al pueblo. El corazón se le desbocaba, notaba las orejas frías y la lengua caliente. «¿Hacia dónde voy?». Oyó el rugido de motores a su espalda y se lanzó a la cuneta, huyendo de los rayos de luna que se vertían sobre ella como un dedo acusador. «¿Me habrán visto?». Unos faros como puñales le hirieron los ojos y cayó al suelo, rodando hacia los matorrales. Oyó el chirriar de las ruedas, un frenazo brusco, pasos que se acercaban raudos. «No, por favor, no». Unos brazos fuertes tiraron de ella hacia arriba y unos ojos pardos la miraron con asombro. Violette exhaló tan deprisa que se le escapó un silbido entre los dientes. No era un alemán el que la había encontrado, era Didier Briand, y el motor que había oído era el de la furgoneta de reparto de pan.

—¿Violette? ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Ella empezó a llorar, las palabras desparramándose en una sarta de hipidos.

—Se han llevado a mi madre…, la han detenido. He ido a buscar a Apolline, pero Le Phare está lleno de alemanes. He tenido que dejar a Claire en el agujero…

—¿Cómo?

—Tengo que encontrar a Margot. ¿Dónde está? ¿Por qué siempre se marcha? Se habrá ido con él, con ese *maquisard*. Habrán huido juntos…

Didier la tomó por los hombros y la zarandeó. La perorata de Violette murió en un vaivén de sílabas entrecortadas, como monedas agitándose en el cepillo dominical.

—Escucha. Tienes que calmarte. Margot y Guillaume han sido detenidos también, los tienen a los dos en Saint-Rémy. Yo me dirigía ahora mismo a Le Phare para avisar a Apolline. Parece que esta noche los alemanes han salido de caza. Quizá alguien les ha dado un soplo.

«El dibujo de Claire. El dibujo en el coche de Vogel».

—Margot… ¿Margot está detenida?

El terror de Violette se ahogó en un ataque de tos. Pensó en Christophe, aquel día ya lejano en la estación, su rostro convertido en pulpa rojiza, sus dientes desperdigados sobre el cemento.

—He sido yo. Yo tengo la culpa. Yo les entregué el dibujo.

—¿De qué hablas?

—Claire los dibujó a los dos juntos, a ella y al chico de la plaza. Arranqué la hoja de su cuaderno y la dejé en el coche de Uwe. Solo intentaba alejarlo de ella, conseguir que me viese a mí de una vez por todas. ¡Yo tengo la culpa!

Los labios de Didier cayeron hacia abajo como un látigo. No hizo ningún comentario, pero su silencio fue castigo suficiente para Violette.

—Ojalá pudiera ver a Margot ahora —suplicó en el tono de una niña que pide que le bajen la luna.

Un parpadeo. Dos vetas de plata cruzaron la mirada oscura de Didier, que de pronto adquirió el aspecto de un hombre enfrentándose a la decisión más difícil de su vida.

—Sé que es imposible entrar en Saint-Rémy, pero ojalá pudiera —balbuceó Violette—. Ojalá pudiera…

—Puedes. —Él le señaló la furgoneta del pan con un brazo que no temblaba—. Podemos.

Mientras conducía camino del monasterio entre efluvios de anís y levadura Didier le fue relatando cómo un chico como él, un simple panadero, había entrado a formar parte de la Resistencia. Había sido casi por casualidad, tal como suelen suceder esas cosas. Con la llegada de las tropas de ocupación a Abrigny, su familia empezó a recibir una cantidad fija de harina diaria con la que hornear panes para los alemanes. Cada día, él apartaba un par de raciones del preciado polvo blanco y la mezclaba con todo lo que podía: bellotas, castañas, musgo molido, lo que fuera para conseguir masa suficiente para hacer panes para los más necesitados, los que apenas tenían nada que llevarse a la boca o los que se marchitaban por el dolor de haber perdido un ser querido. Un día, uno de esos panes casi mágicos fue a parar a manos de Yves, que advirtió que bajo su talante plácido subyacía un deseo de hacer más, mucho más. Poco a poco, lo fue introduciendo en la red. Didier no era como Guillaume, no era de los que se lanzan a la lucha sin pensárselo dos veces, con el corazón por bandera y un cuchillo entre los dientes. Él era cauto, mesurado, paciente. Sin embargo, tenía carisma e inspiraba confianza. Camuflado entre nubes de harina, parapetado tras la seguridad de su furgoneta de reparto, Didier entraba y salía, iba y venía, siempre con los oídos atentos y los ojos bien abiertos. Con el paso de los meses fue adquiriendo más responsabilidades hasta convertirse en uno de los líderes de la Resistencia en la región. Era un maestro del camuflaje, pero tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no desvelar su identidad ante Margot, sobre todo cuando se dio cuenta de que ella lo creía cobarde y débil. Ver que el amor florecía entre ella y Guillaume Luc fue para él un suplicio, una tortura, un sacrificio que rendir a la guerra.

Todo eso le contó a Violette en la furgoneta durante aquel trayecto hacia Saint-Rémy, con su voz mesurada y tranquila, como si relatara una anécdota cualquiera. Pero no le contó que había entregado a su hermana a la causa ni que ahora se disponía a entregarla a ella.

Eso fue algo que Violette aprendió después, cuando ya era tarde.

Llegaron a Saint-Rémy bajo un cielo negro, ningún otro color acompañaba a aquella noche despavorida. Las aguas del lago fluían casi con urgencia, se erizaban en remolinos, y a lo largo del puente marchaba una hilera de soldados con la barbilla alta y los hombros tensos. Ni siquiera tuvieron que detenerse; les cedieron el paso con expresión aburrida, sin duda acostumbrados a la presencia de la furgoneta blanca cada noche. Bajo la gran arcada del monasterio, erizada de gárgolas y santos, otro alemán les salió al paso, pálido y flácido como el espíritu de un monje de otro tiempo.

—Traes compañía hoy —observó entre las volutas de humo de su cigarro.

—Mi prima. Le estoy enseñando el oficio. —Didier habló en tono aburrido. Como por arte de magia, su mano se hundió en la guantera para volver a emerger con dos *éclairs* de nata envueltos en una servilleta—. Recién salidos del horno.

La mano del soldado se cerró sobre ellos como un cepo.

—Id directamente a la cocina. Podéis dejar allí los panes —gruñó.

Didier apagó el motor y abrió la parte trasera de la furgoneta. Con un saco lleno de *baguettes* cada uno, Violette y él se apresuraron a través del patio ruinoso. La cocina estaba frente a la capilla y era una estancia enorme, con paredes ennegrecidas por el humo de los festines pantagruélicos que los monjes se habían dado durante

siglos. Violette se asustó al comprobar que no estaban solos: Sabine Labonne, la antigua rival de su madre, se afanaba sobre una olla de estofado que palpitaba sobre los fogones mientras su esposo, el antiguo borrachín que había trepado a base de favores y secretos, mojaba galletas en una taza de café humeante. A Sabine se le descompuso el gesto al ver a Violette, y ella comprendió inmediatamente que sabía que su hermana estaba allí, sabía qué le estaban haciendo.

—¿Margot? —farfulló.

—Se la han llevado a los sótanos. Lo siento, Violette. Tu hermana siempre ha tenido afición por meterse donde no debía.

Didier se acercó a Denis Labonne y le puso una mano en el hombro.

—¿Han puesto vigilantes?

El hombre negó con la cabeza.

—Han estado interrogándola, pero se han tomado un descanso. Vogel y ese Fischer están reunidos con alguien de la Kommandatur. Esta noche han puesto en marcha una redada por todo el pueblo.

—Tienes que dejarnos pasar, Denis. Tenemos que verla.

—Ni lo sueñes, Briand.

—Es importante.

—He dicho que no. Sé que estás metido en algo y he hecho la vista gorda hasta ahora con muchas cosas, pero esto que me pides es imposible. Me fusilarían.

Didier señaló a Violette. Tenía un aspecto lamentable.

—¡Mírala! Es su hermana. Son gemelas, tú lo sabes bien. Solo quiere verla por última vez, despedirse de ella. ¿Qué harías si fuesen

tus hijas? Todos sabemos que es muy probable que Margot no salga viva de aquí.

—He dicho que no.

—Déjalos, Denis. —La voz de Sabine surgió entre los fogones, preñada de humo, imperativa.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca, mujer?

—He dicho que los dejes entrar.

Violette y Didier contemplaron asombrados a aquella mujer autoritaria y rotunda que empuñaba una espumadera como un cetro. Era la primera vez en su vida que se enfrentaba a su marido.

Y cuando Denis se levantó con un suspiro, tanteando las llaves en su bolsillo, supieron que ella había ganado.

Margot notó que alguien le cogía la mano y le tiraba de los dedos para arrancarla de aquel sopor ensangrentado. «Han vuelto —pensó —. Han vuelto para rematarme». Pero esta vez sería más rápida que ellos. El colgante en forma de M se balanceaba entre sus pechos, con la libertad en su interior. Margot concentró en él sus cinco sentidos.

—¿Margot?

La voz no era la de Vogel. Le dolía mucho la mejilla derecha, así que parpadeó con el ojo izquierdo, tratando de enfocar el rostro que tenía delante, y se encontró con su otra mitad, con la hermana en la que condensaba todo su amor y todo su odio. Violette se tapaba la boca con las manos, horrorizada ante la sangre. En otras circunstancias, Margot se habría sorprendido al verla allí, pero la bruma había conquistado su cerebro, impidiéndole pensar con

claridad. De un modo extraño, parecía natural que su gemela hubiera conseguido llegar hasta ella justo entonces, en los últimos instantes de su vida.

—Hola, Violette.

—Margot, ¿qué te han hecho?

—No es nada, solo quedará una pequeña cicatriz.

—¡Han estado a punto de dejarte sin un ojo!

—Eres una exagerada. Aunque si fuera cierto ya no podrías ir repitiendo por ahí como un loro que yo soy la más guapa de las dos. Sería una bendición, en cierto modo.

—¡Por Dios! Estás delirando.

Violette se arrodilló frente a ella y le limpió la sangre con la punta de su vestido, con gestos suaves y maternales, con esa dulzura que había heredado de Delphine, esa habilidad innata para atender a los desprotegidos. Margot pensó que, de las dos, era la única que algún día podría llegar a ser una buena madre.

—Ten, usa este pañuelo.

Margot no se había dado cuenta de que había alguien más en la celda hasta que oyó la voz y vio el trozo de lienzo blanco que se extendía ante ella, impregnado de un olor a levadura que conocía muy bien. A través de las vetas de sangre que cruzaban su rostro vio a Didier, observándola a su vez con el punto justo de consternación y lástima en su cara. El sopor en el que estaba sumida se esfumó de golpe. Didier, tan eficaz, tan comedido, siempre con las palabras correctas para cada situación. Una sonrisa cuando hacía falta, un pañuelo cuando era necesario. Siempre amable. Siempre en el lugar adecuado. Didier Briand, su primer amor, el primer muchacho que había tenido su cuerpo, el que no había dudado en convertirla en

una pieza de ajedrez y situarla en el centro del tablero, lista para ser aniquilada. El rey y su reina. Milady y…

—Athos —escupió Margot entre el sabor a cobre de la sangre.

—Sí. Lo siento. Tenía que hacerlo.

La advertencia de Apolline resonando en su mente como un eco: «Llegará un momento en que debas hacer sacrificios. Tendrás que elegir».

Margot apartó la mirada de él. El olor a harina que siempre lo envolvía se le metió en la boca y le costó tragarlo.

—Margot, escúchame. —Violette le dio unas palmaditas en la rodilla para llamar su atención—. Han detenido a mamá. Se la han llevado.

—¿Cómo? ¿Y Claire?

—La he escondido en el hoyo del jardín de Apolline Bisset. Le Phare estaba lleno de alemanes. Yo… La culpa es mía, por haberles entregado el dibujo de Claire. Yo no sabía que estabais metidos en algo tan grande… ¿Por qué no confiaste en mí, Margot?

Violette lloraba a mares, su rostro ojeroso surcado de lágrimas, mocos y vergüenza. Margot sintió una mezcla de sentimientos tan fuerte que casi le impedía respirar. Amor, odio, lástima, ternura… Le tendió el pañuelo manchado de sangre.

—Suénate esos mocos, anda —le dijo en el tono regañón que su hermana tan bien conocía.

Didier carraspeó, rompiendo el momento de cercanía fraternal.

—Han convertido el pueblo en una ratonera. Tal como han ido las cosas, no podemos estar seguros de cuánto saben. Confío en que Jacob siga escondido en Vernuel, y Annette está en una misión en

Orleans, eso la ha salvado. Pero no sé cuánto podrá aguantar Apolline. Y vuestra madre…

—¿Adónde la habrán llevado?

—Puesto que no la han traído aquí, supongo que la tendrán en su cuartel general del ayuntamiento. Utilizan esas dependencias para hacer interrogatorios.

—¿No hay nadie que pueda ayudarnos? —preguntó Margot—. Alguno de tus contactos, alguien…

—Hay una persona, pero no es un contacto mío, sino tuyo. —Didier tomó aliento, irguió la espalda y mostró el as que se había estado guardando en la manga hasta ese momento—. Uwe Vogel ha regresado a Abrigny.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Ninguno de los tres habría podido asegurar cuál de las dos hermanas había hecho la pregunta, de cuál provenía aquel tono ansioso y crispado.

—Hace una semana. Se aloja aquí mismo, en Saint-Rémy, en la habitación contigua a la de su padre.

Las gemelas tragaron saliva a la vez, unidas en una misma ansia que nacía de motivos muy diferentes.

—¿Por qué iba a ayudarnos? Ha visto el dibujo de Claire. Sabe que Guillaume y yo… —Margot evitó mirar a su hermana.

—Sabía que estabas con la Resistencia. —El tono de Didier era suave y convincente—. Aun así, te dio la llave. Traicionó a su Reich y a su padre por ti.

Margot alzó la barbilla.

—Guillaume me lo ha contado todo. Queríais usarlo para hundir a su padre. Queríais poner ante el pelotón de fusilamiento a un

hombre que, como tú dices, fue capaz de traicionar a su Reich y a su padre. Un hombre mejor que tú.

—Era necesario.

—¿Lo era?

Didier no respondió. Su mirada era insondable.

—Si queréis salvar a vuestra madre, Uwe Vogel es nuestra única opción —dijo después de unos minutos.

—¿Y cómo voy a convencerlo? ¿Le envío una invitación escrita para que me visite en este agujero infecto? —Margot le ofreció una mueca irónica y ensangrentada.

Nadie dijo nada. El silencio los envolvió a los tres, acunando sus miedos. Las gemelas se miraron, cada una buscando en los ojos de la otra el reflejo de lo que habían sido, de lo que jamás podrían volver a ser. Didier aguardó.

—Yo me quedaré. Me cambiaré por ti. Nadie se dará cuenta.

Las palabras surgieron de la boca de Violette como pájaros huyendo de una jaula, tan repentinas que incluso ella misma se sorprendió al decirlas. A su lado, Didier exhaló un suspiro con aires de culminación, y Violette comprendió que él siempre había sabido que se ofrecería, incluso antes que ella misma. ¿Había sido esa su intención al llevarla allí, un último movimiento de piezas sobre el tablero, un último sacrificio?

—Te has vuelto loca, Vi. —Margot emitió un agudo sonido entre la risa y el llanto.

—Nadie se dará cuenta. Vogel y Fischer no nos conocen tan bien como para diferenciarnos, menos aún con esta penumbra. Tú te cruzaste muchas veces con el comandante en Villa Lorraine y pensó que eras yo, ¿verdad?

—No dices más que tonterías.

—Didier acaba de decirlo, y tiene razón: Uwe Vogel solo te escucharía a ti. Y su ayuda es nuestra única opción.

—¿Acaso te has parado a pensar lo que pasaría contigo si llevamos a cabo esa locura? —Margot la miró furiosa—. Te torturarían. No sabes lo que son capaces de hacer.

«Dientes blancos brillando en el suelo de la estación».

—Lo sé. —Violette le tomó la mano—. Sí que lo sé.

Sus dedos se entrelazaron como para sellar un pacto. Cuando se unieron en su primer abrazo en muchos meses, fueron de nuevo las gemelas Aubier, la una para la otra, tal como lo habían sido antes.

—Tu hermana tiene razón, Margot. —Didier lanzó al aire su voz mansa—. Es la única opción que nos queda. Piensa en Claire y en vuestra madre. En Apolline. Piensa en Guillaume. Quizá podamos salvarlos a todos. Pero tenéis que decidiros ya, debemos salir antes de que ellos regresen.

Margot cerró los ojos, enfrentándose a la decisión más difícil de su vida. Su mente se agitaba en un vaivén de agujas afiladas, de diminutos sables que luchaban entre sí.

—Está bien. —Sujetó a su hermana por los hombros y la miró a los ojos—. Te sacaré de aquí, Vi. Te lo prometo.

—Bien. —Didier se movió tras ella, como el soldado listo para prestar batalla—. Cambiaos los vestidos.

Mientras lo hacían, él se sacó una diminuta navaja del bolsillo y la hundió en su antebrazo.

—¿Qué haces?

—El corte de la cara, ¿recuerdas?

Restregó su propia sangre por la mejilla de Violette, tratando de replicar la apariencia viscosa e inflamada de la cara de Margot.

—Los medallones. Tenemos que intercambiarlos también.

Margot se desabrochó el colgante con la letra M y se lo tendió a su hermana. Estuvo a punto de desvelarle la existencia del cianuro, pero se lo pensó mejor y aplastó la píldora entre dos dedos, destruyéndola en un polvillo blanco que cayó al suelo, a sus pies.

—Sálvalas a ellas, Margot —urgió Violette—. Asegúrate de poner a Claire y a mamá a salvo.

Margot asintió. La última imagen que tuvo de su hermana fue la cabeza inclinada de Violette mientras se pasaba el colgante por el cuello, la M oscilando sobre su vestido como una condena.

Cuando Margot y Didier volvieron a la cocina, Denis Labonne había sustituido el café por un licor transparente que olía a medicinas. Los miró con ojos turbios, levantando un dedo amenazador en el aire.

—Habéis tardado demasiado. Ni una palabra a nadie de esta visita, ¿entendido?

—Por supuesto. Gracias por tu benevolencia. Para Violette ha sido un consuelo poder abrazar a su hermana —sonrió Didier.

Sabine se giró para mirarlos. Estudió a Margot con atención, deteniéndose en la herida de su mejilla, en su pelo silvestre y en sus ojos fieros. No dijo nada, pero por la forma en que apretó los labios la muchacha comprendió que se había dado cuenta de lo que habían hecho. Quizá podían engañar al botarate de su marido, pero no a ella.

—No sé qué os traéis entre manos —barbotó—. Ni quiero saberlo. Pero no habrá más favores que nos pongan en peligro a mí o a mi familia, ¿entendido? La deuda que contraje con tu madre ha quedado saldada.

Margot asintió sin comprender a qué se refería. Jamás llegó a saber que el pan que Delphine había dado a Sabine Labonne un día ya muy lejano había servido para comprar la libertad de una de sus hijas al tiempo que condenaba a la otra.

Didier la condujo escalera arriba, a los oscuros corredores que en otro siglo habían recorrido monjes de pies blandos y cráneos tonsurados. Para ser un lugar santo, estaba bastante dejado de la mano de Dios, con escombros caídos aquí y allá y la hiedra y el musgo comiéndose las piedras milenarias.

—Las habitaciones que ocupan Vogel y su hijo están en el segundo piso —susurró él—. Uwe está allí. Ve con cuidado.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Trataré de reunirme con Jacob en Vernuel. Tenemos que estar alerta, preparar un plan de huida. Si Guillaume se quiebra ahí abajo y empieza a dar nombres…

—No lo hará. Les ha dicho que él es Athos, se ha señalado a sí mismo para salvar a los demás.

Didier se tensó por un momento. La sujetó por los hombros, un contacto que antes había sido tan familiar como el respirar pero que ahora le resultaba incómodo, ajeno.

—¿Ha dicho eso? ¿Estás segura?

—Yo misma lo he oído. También yo les dije que era Milady, incluso antes de saber que realmente lo soy. —Le dirigió una mirada dura—. Por supuesto, Vogel no se lo creyó.

—¿Y a Guillaume le creyó? ¿Creyó que era Athos?

Margot se encogió de hombros.

—Creo que no está seguro del todo.

Didier comenzó a pasearse de un lado a otro, agitado. Margot jamás lo había visto de ese modo.

—Quizá eso sea lo mejor —dijo—. Que crea que los tiene a ambos ahí abajo. A Athos y a Milady.

—¿Estás loco?

—¿No lo entiendes, Margot? Nuestra prioridad es salvar la Red Dumas. Le Phare es nuestro centro de operaciones: hay alijos de armas, mensajes del SOE, planos, listados de nombres… Si todo eso cae en manos del enemigo, estamos perdidos. Vogel está empeñado en echar el guante a Athos y a Milady, es una obsesión para él. Sus superiores lo están presionando, le piden sus cabezas. Si cree que los tiene, si alguien le convence de que son ellos, tenemos una posibilidad de que deje en paz a Apolline y a los demás, tu madre incluida.

—Didier. No…

—Tienes que convencer a Uwe Vogel de que hable con su padre. Debe decirle que durante su relación contigo consiguió sacarte la verdad acerca de sus identidades. Debe hacerle creer que tiene en esas celdas a Athos y a Milady.

—Pero Guillaume no es Athos. —Margot le dirigió una mirada acusadora—. Tú eres Athos. Y mi hermana no es Milady.

Didier tensó la espalda. A Margot le dio la sensación de que por primera vez estaba viéndolo tal como era en realidad: duro, implacable, capaz de cambiar de estrategia como quien cambia de sombrero. Con un único objetivo en mente: la supervivencia.

—Es cierto, yo soy Athos. —Se acercó más a ella y ella retrocedió —. Pero yo estoy aquí fuera y Guillaume está abajo, con grilletes rodeando sus muñecas. Al igual que Violette.

—¡Quieres sacrificarlos! —Margot se apartó, horrorizada—. Vas a ofrecérselos a Vogel en bandeja para salvarte tú.

—Para salvarme yo, no. Para salvar lo que queda de la red. Ellos ya están muertos, Margot, lo están desde el momento en que pusieron un pie en esa celda. Y necesitamos que lo que queda de la red se mantenga con vida porque la guerra aún no ha terminado, porque tenemos que seguir luchando, porque hay más puentes que volar, más cargamentos del SOE que recibir, más judíos que rescatar…

Margot se miró las piernas. Tenía las medias rasgadas, llenas de agujeros. Recordó a su hermana, que siempre se las arreglaba para llenárselas de desgarrones. Su pobre hermana. Su torpe, ingenua y celosa hermana.

—Tenías todo esto previsto cuando la trajiste aquí. La empujaste hacia su propia muerte como quien lleva a una vaca al matadero —clamó—. Me dejaste prometerle que la salvaría sabiendo que era mentira. Jamás debí dejar que se quedara.

—Violette quería cambiarse por ti. Ella lo decidió. El sentimiento de culpa es como un horno de panadero: si lo avivas demasiado, te consume en una gran llamarada. Violette ha preferido el sacrificio a vivir con la culpa; eso la honra.

—¿La culpa?

Margot se revolvió el pelo. Su hermana era culpable de haber amado, de haber tomado malas decisiones, de haberse inmolado a sí misma en una pira de celos y despecho. Pero todo lo demás, la

guerra, aquellos malditos juegos de supervivencia; nada de eso era culpa suya. No era justo que Violette pagase por todo.

—No lo permitiré. No sacrificaré a mi hermana y a Guillaume —dijo con firmeza.

Didier alzó las manos, exasperado.

—Ya no puedes hacer nada por ellos. Sabías lo que hacías cuando te metiste en esta lucha, ¿o no? Sabías que llegaría un momento en el que tendrías que hacer sacrificios. Guillaume también lo sabe y no va a entregarnos. Además, ¿qué pasa con tu madre y con Claire? ¿Te has olvidado de ellas? ¿Vas a dejar pasar tu única oportunidad de salvarlas?

Margot no respondió. Sintió deseos de desaparecer, de huir de aquella espantosa encrucijada.

—¿Sabes? —El tono de Didier se dulcificó de pronto—. Yo escogí para ti el alias de Milady cuando te seleccionamos para la misión. Yo era Athos y ya te había perdido, era justo que tú fueras mi Milady, el origen de mi melancolía. Siempre te he querido, Margot. De eso puedes tener la certeza.

Ella elevó hacia él dos ojos como tizones.

—¿De verdad? Yo también he leído *Los tres mosqueteros*. Athos ama a Milady, sí, pero no duda en mandarla ejecutar cuando descubre una flor de lis en su hombro, la marca de su pasado. ¿Cuál es mi flor de lis, Didier? ¿El hilo dorado que Guillaume Luc me puso en la mano?

Él no respondió. Se miraron y su pasado flotó entre ellos, un sinfín de momentos que se deshacían como hierba seca bajo las botas. ¿Cuándo había decidido él convertirla en un juguete? ¿En qué

momento, mientras su amor se apagaba, dejó de serlo todo para él para transformarse en una pieza prescindible?

Sabía que jamás tendría la respuesta.

—¿Y qué pasará si Uwe se niega a mentir a su padre?

—Entonces lo obligaremos.

—¿Cómo?

—Tú consigue conducirlo fuera de Saint-Rémy, más allá del puente. En una hora, puedo reunir a Jacob y a varios de nuestros hombres de confianza. Esperaremos entre la espesura. Hablará con su padre, aunque tenga que hacerlo con la amenaza de una pistola en los riñones.

«El osezno».

—¿Estamos de acuerdo, Margot? La red depende de ti. ¿Harás lo que te pido? —La miró con intensidad, muy serio. Casi como la miraba antes.

Margot se mordió los labios. Era hora de ponerse en marcha, pero… ¿hacia dónde? ¿Qué vida elegiría salvar?

—¿Lo harás, Margot?

Ella asintió una vez.

Emprendió el ascenso por la intrincada escalera de caracol que llevaba al segundo piso. Todo estaba quieto y en silencio, sin un solo soldado a la vista. Debían de estar muy ocupados deteniendo a gente, interrogándola, torturándola. Pensó en Violette, en Guillaume. ¿Qué les estarían haciendo? Se llevó la mano al bolsillo en busca del tacto familiar del ovillo dorado, pero lo encontró vacío. Estaba en su vestido, el que ahora llevaba puesto su hermana. El hilo de

Guillaume, la llave de Uwe… Parecía que todos los hombres de su vida se empeñaban en darle objetos, en erigirla en guardiana de sus ambiciones y sus miedos.

Se detuvo ante una hilera de puertas al fondo del pasillo. Didier le había dicho que la de Uwe era la segunda. Llamó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz.

La puerta se abrió revelando una estancia monacal en el más puro sentido de la palabra, con paredes blancas, una estrecha cama de hierro y una silla incómoda por único mobiliario. No podía ser más diferente a las confortables estancias de Villa Lorraine. Uwe Vogel estaba bajo el dintel, más alto y etéreo que nunca. Margot alzó los ojos y se enfrentó a su mirada de niebla.

—Veo que los métodos carcelarios de mi padre no son demasiado eficaces —dijo él.

A Margot se le contrajo el corazón. Él sabía que la habían apresado, sabía qué le habían estado haciendo.

—Mi hermana se ha quedado en mi lugar. Es una historia muy larga.

Él alzó las cejas.

—Las Aubier sois una auténtica caja de sorpresas.

Margot entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda. Se fijó en que Uwe tenía algo en la mano, un objeto afilado que hacía girar entre dos dedos. Era un mondadientes, una de las diminutas piezas que había empleado para construir su maqueta del Taj-Mahal.

Era como la astilla de un sueño hecho añicos.

—Mi padre lo aplastó con un martillo. —Él siguió la dirección de su mirada—. No está nada satisfecho conmigo, como ya imaginarás.

Piensa que le he fallado al implicarme con una chica del maquis. Y eso que ignora que te entregué aquella llave.

Ahí estaba. La verdad, al fin. Desnuda entre ellos.

—¿Cómo supiste que estaba con la Resistencia?

—Cuando te metiste en mi compartimento en el tren sospeché que algo extraño sucedía; no era normal tanta amabilidad después de lo ruda que habías sido el día del pinchazo. Nunca te darán un Oscar a la mejor actriz.

—No, supongo que no.

—Pensé que llevabas en la cesta algo que no querías que viesen, productos para intercambiar en el mercado negro o algo así. Más tarde, cuando Kaspar y yo te sorprendimos en mi cuarto en mitad de la fiesta, mis sospechas se acrecentaron. Pero al mismo tiempo, tus excusas parecían creíbles y las muescas de la pared estaban ahí, como prueba de que decías la verdad. Me dejaste desconcertado, lo reconozco. No sabía qué pensar. La confirmación final que necesitaba me llegó con tu historia sobre el pan.

—¿Qué historia? —Margot lo miró confusa.

—Ese momento de tu colección, la anécdota que te contó tu amigo sobre los gladiadores y los panes que en realidad eran armas. Ahí supe sin lugar a dudas que estabas con ellos. Yo ya había oído esa historia antes.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde? —Margot tragó saliva con dificultad.

—Había un hombre en Épivers, un prisionero. Se llamaba Alphonse. Era un judío de Alsacia. Siempre estaba animando a los demás, arengándolos, tratando de insuflarles esperanza y ganas de vivir. Era una de esas personas valientes que jamás se dan por vencidas. Un día yo estaba en Épivers tomando unas medidas y me

fijé en varios hombres sentados ante un pequeño fuego que habían improvisado en una lata vacía, dando buena cuenta de los escasos trozos de pan que componían su ración diaria. Alphonse estaba allí y le oí contarles una historia. Era tu historia, Margot, la historia sobre el pan de los *hordearii.*

—¿Cómo es posible? —Margot habló con un hilo de voz.

—Alphonse les habló de un hombre que quería ayudarlos, un hombre valiente, el hombre que había estado abultando sus raciones diarias a base de mezclar la harina con toda clase de ingredientes peculiares. Les dijo que la Resistencia planeaba rescatarlos y que los panes serían la señal, que el día que recibiesen panes teñidos de rojo, hechos de arcilla, deberían estar preparados. Esos panes no serían armas, como en el caso de los gladiadores, serían sus brújulas.

Margot meneó la cabeza, impresionada. Apolline tenía razón: hablar demasiado era como empuñar un cuchillo. Que irónico que una historia que Didier le había narrado a ella antes de la guerra se hubiera convertido en el afilado puñal que había rasgado el velo de sus mentiras.

—Cuando te oí a ti contarme esa misma historia, lo supe sin asomo de duda. Estabas con ellos. Ese amigo tuyo tenía que ser uno de los miembros de la Resistencia, el hombre que planeaba el rescate. Tu presencia en mi casa tenía una explicación: querías conseguir los papeles necesarios para sacar a esa gente de Francia. Necesitabas acceder a la caja fuerte de mi padre. No me querías a mí, querías la llave.

Margot se espantó una lágrima con el dorso de la mano.

—Y aun así decidiste dármela. Pudiste haberme delatado a tu padre, pero no lo hiciste.

Uwe se encogió de hombros, como restándole importancia. Una vez más, Margot se sintió impresionada por la dicotomía que encerraba su carácter. ¿Lo había hecho por amor? ¿Por odio hacia su padre, el hombre que había permitido que apaleasen a su primo? ¿Lo había hecho para forzar sus límites, para seguir moviéndose en tierra de nadie, dejando una brecha entre lo que realmente era y lo que los demás veían? Quizá nunca llegaría a saberlo a ciencia cierta.

—A pesar de todo, no voy a negarte que me dolió encontrar ese dibujo de tu hermana en mi coche. —Uwe suspiró, y el aroma a bosque que siempre lo rodeaba se aceró de repente, fue como si al aire le hubiesen salido espinas.

—Yo… lo siento.

—Tendrías que haber visto a Kaspar agitando el trozo de papel ante mis ojos, como quien agita una serpiente venenosa. «Te lo dije, te lo dije», croaba. Y es cierto: me pilló por sorpresa. Sabía que no habías estado conmigo por… bien, por mí mismo; pero tampoco imaginaba que hubiese alguien más. Me dolió. Durante muchos días estuve furioso contigo.

—Lo siento —repitió ella—. Nunca quise lastimarte.

Y era cierto. Por manida que sonase esa frase, era verdad.

Uwe sostuvo en alto la astilla del Taj-Mahal, bajo el delgado filo de luz de la bombilla.

—Cuando algo se rompe, si los trozos son lo suficientemente grandes se puede arreglar. Lo malo es que a veces los pedazos son diminutos, meros añicos. No hay arreglo posible. Y aun así, siguen

siendo hermosos bajo la luz adecuada. Como este mondadientes. Siguen siendo momentos dignos de una colección, ¿no crees?

Margot no fue capaz de responder. Él le sujetó el rostro con las manos y acercó los labios a los suyos. Fue ella la que inició el beso, apretando mucho los párpados para retener las lágrimas, sumergiéndose en aquella boca que jamás había querido dañarla. Fue un beso desesperado y tierno a la vez, un beso que ambos recordarían durante el resto de sus vidas porque era especial, era necesario, era suyo.

Y era el último.

Después, Uwe se apartó y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sé que has venido aquí a pedirme algo. Pero antes de que digas nada, déjame contarte lo que he averiguado. Van a trasladarlos. Los llevarán a la estación de Clermont y de ahí partirán en un tren con destino a Auschwitz.

—¿Estás seguro?

—Se lo he oído decir a mi padre.

Se miraron. Algo que no era amor pero que se le parecía crepitó entre ellos como un fuego fatuo.

—Y ahora, Margot, ¿qué es lo que querías pedirme?

Ella se puso de puntillas y se lo susurró al oído.

Todo su cuerpo supuraba: sangre, lágrimas, sudor, orina, agua. Violette se había convertido en un enorme grifo humano. Lo peor era el agua; un agua helada y aceitosa que asediaba sus ojos y le desgarraba la garganta. El agua la estaba matando.

Cada vez que Kaspar le sacaba la cabeza del barreño tirándole de los pelos, Violette abría la boca y trataba de coger aire. Pero el aire no llegaba y los pulmones le ardían, amenazaban con estallar en mil pedazos.

El agua fría puede quemar. Ese fue uno de los descubrimientos de Violette durante aquellas horas de agonía.

—¿Quién es Athos? ¿Quién es Milady? ¿Vas a decírnoslo de una vez?

Frente a ella, Otto Vogel se elevaba como un gigante implacable. El hombre que había compartido cama con su madre, el que había puesto comida en su mesa y medicinas en el botiquín de Claire. El que les había regalado bonitos vestidos usados, vestidos en cuyas antiguas dueñas Violette siempre se había negado a pensar.

—Me estás haciendo perder el tiempo, Margot. ¿Quién es Athos? ¿Es Guillaume Luc Athos?

Al principio, Violette había pensado que su silencio los convencería de que ella no sabía nada. No era así. Ellos querían respuestas. Necesitaban respuestas y no iban a irse sin ellas. Y no había respuestas en la mente de Violette, solo un oscuro laberinto lleno de recovecos, plagado de miedo.

De nuevo su cabeza bajo el agua, su pelo flotando en la superficie convertido en un trapo viscoso y desvaído. Aquello se parecía cada vez más a una macabra ceremonia de bautismo.

—¿Quién es Milady? ¿Dónde se esconde? ¿Quién es Athos?

—Basta.

La orden de Vogel restalló como un látigo. Jadeando y sudoroso, Kaspar la arrojó a un lado, transformada en un fardo chorreante. Sus dientes brillaban en una sonrisa torcida. Violette se preguntó entre

las brumas del dolor qué diría Lucie si pudiera verla así, qué opinaría de lo que él le estaba haciendo.

Kaspar le ató las manos a la espalda y le arrancó las medias.

Violette intentó que su mente huyese de allí, de todo aquel horror. Trató de pensar en cosas cotidianas: sus tarros de conservas, las películas en el Paradise antes de la guerra. Lucie. Claire. ¿La habrían sacado ya del agujero? Su madre. Margot.

Margot.

Algo brilló en la oscuridad, una cerilla. Vogel la sostenía con dos dedos firmes, dos dedos larguísimos que no temblaron ni una sola vez al acercarla a sus pies desnudos. Dolor. El olor chamuscado de su propia carne.

—¿Quién es Milady?

Otra cerilla. Violette ya no era Violette, era un cuerpo incandescente enfrascado en una lucha en la que solo podía haber un vencedor: o ella o la muerte.

—¿Quién es Athos?

—No lo sé.

—Eres un triste despojo humano. Una basura. Me avergüenzo de mi hijo por haberse dejado engatusar por ti, por tu carne nauseabunda.

Más fuego. De pronto, una extraña sonrisa cruzó el rostro de Violette. El germen de una idea. Un ancla.

—A su hijo le encantaba mi carne nauseabunda. —Violette alzó la cabeza. La voz le tembló, pero la mirada no—. Le gustaba tanto que me dejó algo. Un recuerdo. Su nieto, *herr kommandant.*

Otto Vogel se quedó muy quieto. La cuarta cerilla se consumió entre sus dedos y cayó al suelo, muerta.

—Si es un truco, lo pagarás caro. Llamaré a un médico para que confirme tu estado.

Violette lo miró a los ojos.

—Lo confirmará. Y ahora decida entre asesinar a su nieto o permitir que viva.

Mientras Violette pronunciaba las palabras que podrían salvarle la vida otro tipo de batalla se libraba a las afueras de Saint-Rémy. Faltaba poco para la madrugada, y las aguas que rodeaban el monasterio tenían un tono violáceo. Por sus orillas se arrastraban las nutrias y las culebras de agua, saciadas de la caza nocturna. Junto a ellas, como intrusos repentinos, se arrastraban también dos personas, dos jóvenes embarcados en el plan más desesperado de sus vidas.

Uwe Vogel y Margot Aubier.

Athos esperaría en vano. Su mejor guerrillera, su Milady, lo había traicionado al igual que la Milady de Dumas traiciona en la novela al Athos original. Por una vez, Margot había tomado las riendas. Por una vez, ella misma decidiría su siguiente movimiento. Tenía a su lado a Uwe, guardándole las espaldas. Ni siquiera había pestañeado al escuchar su petición. Una vez más, no había dudado en concederle lo imposible.

Se agazaparon juntos en la niebla, con las nubes de su aliento mezcladas en un cortejo de fantasmas. Estaban frente a un camino secundario que se bifurcaba y se perdía en la penumbra, justo enfrente del puente que llevaba al monasterio. Allí estaban

aparcados los furgones de los alemanes, tapados con toldos de lona, a la espera de la llegada de los prisioneros.

Salvar a Violette. Salvar a Guillaume y a Blanche. Ese era su plan, el que Athos había tachado de locura.

Pero ¿quién era el verdadero loco en esa historia?

Uwe le hizo un gesto para que guardase silencio. Desde su posición, podía escuchar el rumor del agua y algo más: un rítmico golpeteo. Margot prestó atención y lo escuchó también: el retumbar distante de los remos sobre el agua. Estaban trasladando a los prisioneros en una barca, atajando a través del lago en lugar de tomar el puente.

—Ya vienen.

Margot los olió antes de verlos. Los prisioneros olían a sudor, a óxido (quizá era sangre) y a miedo. Los contornos de la barcaza se hicieron visibles a medida que se acercaba y a Margot le recordó a sus lecturas de Mark Twain; sus vívidas descripciones del río Mississippi con sus recios barcos de vapor cruzando las aguas. Pero esa barca no transportaba alegres viajeros sureños bebiendo *bourbon,* sino hombres y mujeres hacia su muerte.

En la proa, Margot reconoció la erguida figura de Otto Vogel, junto a Kaspar y dos o tres soldados más, entre ellos el coronel Maxim von Kleist. La barca se detuvo junto a la orilla con un borboteo. Había llegado el momento. Uwe apuntó con la metralleta Sten que había cogido de la habitación de su padre. Tenía una única bala, una sola, e iban a jugársela a una sola carta. Disparó. Hubo un estallido infernal, las nutrias huyeron con sus pies de terciopelo y la proa quedó reducida a pedazos. Esa era la primera parte del plan, el

primer mensaje: «Somos muchos. Estamos armados». La primera mentira.

Los alemanes respondieron inmediatamente, tomando posiciones y apuntando hacia los matorrales. Uwe se llevó las manos a la cara en forma de bocina y envolvió su voz de miedo y de urgencia.

—¡Padre! ¡No disparéis!

—¿Uwe? —Al comandante se le cayó la gorra de la impresión—. ¿Eres tú?

—Padre, os tienen rodeados. Me han tomado como rehén. Si ordenas que disparen, me matarán.

En la oscuridad, a Margot le pareció que el cráneo de Otto Vogel brillaba de sudor y de rabia. Uwe abrió la boca de nuevo, adoptó un tono lastimoso, entrecortado.

—Lo siento, padre. No los vi venir. Tengo una pistola pegada a los riñones.

—¿Cuántos son? —Vogel inspeccionó los matorrales con ojos fieros, como si pudiese pulverizarlos con la fuerza de su mirada—. ¿Qué quieren?

—Más de una docena. Me dejarán ir si liberas a los prisioneros, si los dejas marchar a todos —aclaró Uwe—. Sin bajas.

Se produjo un silencio seguido de un siseo de voces furiosas. Los alemanes deliberaban, trataban de decidir qué hacer. El mundo pareció detenerse, temblar; a Margot la situación le recordó a una de esas películas bélicas que solían ver en el Paradise, la calma tensa que precede a la debacle. Pero aquello no era una película y todavía no habían descubierto los siniestros caminos por los que el guion podía desviarse.

Von Kleist voceó algo en alemán y un soldado obligó a los prisioneros a saltar a tierra firme. Margot no podía verlos bien, todos le parecían iguales, largos y pálidos como cirios de iglesia. A la luz medrosa de las linternas de los nazis, no era capaz de encontrar la melena rubia que era casi igual a la suya, ni los rizos oscuros que habían sido refugio de sus manos. Sí podía percibir, en cambio, que todos estaban muy asustados. Carne destrozada, sudor, miedo: el hedor era inconfundible.

Los soldados les ordenaron que se colocasen en el camino formando una hilera. Todos iban maniatados, todos miraban al suelo. Otto Vogel se plantó ante ellos, como un titán, con las piernas abiertas y los brazos en jarras.

—¿Los queréis? ¿Queréis a los prisioneros?

Esa vez, Uwe no tuvo que esforzarse para dar a su voz un tono desesperado:

—¡Ya te lo he dicho! ¡Ellos por mí! ¡Los prisioneros a cambio de tu hijo!

Vogel aceró la mirada y elevó las comisuras de la boca.

—¿Ellos por ti? ¿A cambio de mi hijo? —Agarró a un prisionero al azar y lo empujó al camino—. ¡Luz!

A su orden, Kaspar y otros dos soldados bañaron al prisionero en un halo de luz dorada. Margot y Uwe pudieron verlo bien desde los matorrales: se trataba de un joven rubio y demacrado cuyo labio superior temblaba como el hocico de una liebre. Vogel se acercó a él y le puso su pistola en la sien.

—¿Mi hijo? —repitió—. Escuchadme, perros del maquis. Mi hijo ha deshonrado a su padre, a su familia y a su patria. ¡A la *Vaterland* por la que su hermano y su madre derramaron su sangre!

Disparó, y la cabeza del joven rubio estalló en un remolino de luz, sangre y sesos. Margot ahogó un gemido. A su lado, Uwe estaba tan quieto como una estatua de mármol, igual de duro. Su rostro mostraba la incredulidad de aquel que acaba de comprender algo horrible: que los pozos de perversidad de su padre eran más hondos aún de lo que había imaginado. ¿Es que acaso no iba a elegirlo? ¿No iba a entregar a esas personas para salvarlo?

—¿Queréis que entregue a estos prisioneros a cambio de mi hijo? Por culpa de mi hijo he tenido que interrumpir un interrogatorio. ¡Por sus malas decisiones me he visto obligado a renunciar a una fuente de información esencial!

Margot y Uwe se miraron en la oscuridad, confusos. ¿De qué hablaba Vogel? ¿A qué renuncia se refería? El comandante empujó hacia la luz a otro prisionero, un hombre de larga barba blanca. Un nuevo disparo, más sangre, más sesos desparramados.

Las luces barrieron a los que aguardaban en fila su destino. Margot agudizó la vista: no divisó a su hermana (Violette no estaba allí. Santo Dios, ¿por qué no estaba allí?), pero sí el rostro ensangrentado de Guillaume. De todas las torturas, la peor de todas era la raja que dividía su mejilla de lado a lado, como una macabra sonrisa vertical. Al parecer, el comandante tenía predilección por las mutilaciones faciales. A su lado estaba Blanche, convertida en un despojo tras todo ese tiempo de encierro y torturas, su rostro tornado en calavera, su oscura melena reducida a cuatro pelos aceitosos que colgaban lacios de su cráneo. Al fin, los dos hermanos se habían reencontrado, como dos miserables Hansel y Gretel a punto de ser devorados. Como a cámara lenta, Margot vio que Vogel la escogía a ella, la seleccionaba, la empujaba hasta situarla en el

centro: descolorida, enferma, frágil. Estaba tan débil que cayó de rodillas incluso antes de que se produjera el disparo, y cuando su cuerpo roto se desplomó hizo tan poco ruido como si se tratase de un pájaro. Guillaume apenas reaccionó. Vio morir a su hermana con lágrimas en los ojos y una respiración de agonizante agitándole el pecho. Su dolor estaba mucho más allá de las palabras.

Desde su matorral, Margot hundió el rostro en el suelo, se llenó la boca de piedras. Sus lágrimas empaparon la tierra. Lloraba por Blanche, por los caídos sin nombre, por Guillaume, por ella misma y por Uwe, que gemía de angustia a su lado. Buscó la mirada turbia del hijo del comandante y supo que él también lo había comprendido: aquello no era una batalla normal. Aquello era el infierno.

La luz se convirtió en metal. Uno a uno, los prisioneros cayeron en aquel círculo de luz, su sangre regó las setas, las raíces. La tierra parecía bullir, rebelarse en aquella plétora de carne y balas.

Había llegado el momento de Guillaume. Vogel lo empujó hacia el camino sin miramientos. El chico parecía haber perdido todo contacto con la realidad, se notaba en su mirada vacía, en los movimientos lacios de su cuerpo.

—¡Guillaume Luc! —aulló Vogel como un presentador de boxeo mostrando a su mejor púgil—. ¡La mascota del SOE!

Apoyó el arma contra su sien. Desde su escondite, Margot prorrumpió en llanto. A punto de disparar, Vogel pareció pensárselo mejor. Asintió para sí mismo y se sacó una cerilla del bolsillo. Guillaume ni siquiera se movió cuando la acercó a su rostro; era como si durante aquellas espantosas horas su cuerpo se hubiese acostumbrado ya al dolor. Un chisporroteo y en su rostro brotó una

flor incandescente, justo en el lugar cercano al párpado en el que Uwe tenía su cicatriz.

Él ni siquiera gritó o, si lo hizo, Margot no fue capaz de oírlo, perdida como estaba en los estertores como latigazos que agitaban su propio pecho. A su lado, Uwe estaba extenuado, vencido. Toda su estrategia, basada en apelar al instinto paternal de Otto Vogel, había fracasado. No quedaba ni pizca de humanidad en el comandante.

Otra cerilla. El otro ojo.

—¡Basta! ¡Basta!

Uwe salió de entre los matorrales con la mirada desquiciada de un hombre que por fin se enfrentaba al monstruo cara a cara. En un camino lleno de sangre, a la luz de las linternas, dispuesto a plantar cara a su padre por segunda vez en su vida. De la primera guardaba aún una cicatriz como recuerdo.

—¿Es que acaso mi vida no vale nada? —sollozó.

Otto lo miró con desprecio. Barrió los matorrales con ojos como alfileres.

—Vaya. Veo que no te ha resultado difícil librarte de las hordas que te tenían como rehén.

Margot contuvo el aliento. Lo sabía, había sabido desde el principio que era una estratagema. Una trampa. Para evitar disparar a ciegas y arriesgarse a herir o matar a su hijo, había hecho lo necesario para conducirlo hacia él. Había puesto ante sus ojos un camino empedrado de muertos.

«El osezno».

Otto Vogel puso a su hijo la caja de cerillas en la mano. Sus hombres formaban un círculo en torno a ellos, como invitados silenciosos a un aquelarre.

—¡Hazlo! —ordenó Otto—. ¡Demuestra que eres un hombre! Por una vez en tu vida, haz que me sienta orgulloso.

El fuego iluminó el aire. Sobre ellos, los vetustos muros de Saint-Rémy presenciaban el horror con serenidad. El olor de los cardos y de las caléndulas de agua se mezclaba con el hedor de la carne quemada.

—¡Hazlo!

Uwe Vogel y Guillaume Luc se miraron a los ojos por primera vez. Luz y oscuridad. El amor que los dos sentían por Margot vibró entre ellos, se elevó en volutas oscuras, crepitó. Los envolvió a ambos en una certeza: no se darían por vencidos.

Uwe sopló sobre la cerilla para apagarla. Miró a Guillaume con una pregunta en la mirada y él asintió e inclinó la cabeza. «Hazlo». Con un movimiento ágil, cogió el arma de manos de su padre y giró un poco la cabeza hacia los matorrales, hacia Margot. Ella vio el temblor de sus labios, las puntas blancas de sus pestañas agitándose como semillas de dientes de león. Comprendió lo que se disponía a hacer. Comprendió que no tenía otra opción. Cerró los ojos. «Hazlo».

Antes de que su padre lo entendiese del todo, antes de que pudiese impedírselo, Uwe Vogel apuntó a la cabeza de Guillaume Luc. En el último momento volvieron a mirarse. Los ojos del chico de la plaza estaban muy abiertos. Era una mirada de perdón.

Uwe apretó el gatillo.

El cielo tembló y las luces de las linternas se apagaron.

Encogida sobre sí misma en los matorrales, llorando por todo lo que había perdido, Margot recordó de pronto una frase de Dumas en *El conde de Montecristo*: «De dónde viene, no lo sé. Pero adónde va, puedo decíroslo: va al infierno».

Violette se precipitó hacia la luz, con la boca abierta como un pez tragando bocanadas de aire. Se sentía como si acabara de nacer. La mentira que le había soltado a Vogel sobre el bebé que llevaba en su vientre había provocado lo indecible: romper los grilletes, conseguir que la sacasen de aquella celda que parecía inexpugnable. El comandante no podía seguir torturando un cuerpo que llevaba en su interior la carne de su carne, sangre aria, la pureza alemana concentrada en una semilla.

La liberaron del mismo modo que se expulsa de la jaula a un pájaro que no sabe cantar: abriendo las puertas y lanzándola afuera de un empujón, desorientada y aterida, con fuego en los pies y agua en los pulmones, de regreso a un mundo que de pronto era más frío, más árido, más horrible que antes.

Un búho ululaba. Las nubes negras cruzaban el cielo. Violette trató de incorporarse y volvió a caer, sus pies recordaban el fuego a cada paso que daba. Tenía que llegar a Le Phare. ¿Seguiría Claire en aquel agujero? ¿La habría sacado ya Margot? Seguro que sí, Margot siempre lo arreglaba todo. ¿Y su madre? ¿Estaría bien?

Se arrastró hasta la carretera, avanzando poco a poco. Tenía que ser fuerte, por ella y por aquella vida que crecía en su interior y que había salvado la suya. «Viviremos», le dijo a su hijo. Todavía no había empezado a notar movimientos, pero percibió de nuevo aquella sensación extraña en sus entrañas, como un aleteo de esperanza.

Serpenteó a través de los árboles hasta llegar a la carretera de grava. El dolor se ensañó con ella y le mordió los pies con dientes afilados, pero ella lo ignoró. Y siguió avanzando.

Las luces de Le Phare estaban encendidas, la casa erguida y orgullosa entre los árboles. Los alemanes se habían marchado. Violette fue directamente al agujero, se asomó a sus entrañas llamando a su hermana. Vacío. El pánico se apoderó de ella. Ignorando las agujas afiladas que se clavaban en sus plantas corrió hacia la puerta principal. Estaba abierta. Violette la empujó y se adentró en el pasillo bañado por la tenue luz de las lámparas. Voltaire salió a su encuentro, inexplicablemente callado y manso, dejando sobre la alfombra diminutas huellas rojizas. Huellas de sangre.

«No».

Se precipitó hacia el salón, pasando por alto las mesas volcadas, los pomposos sillones patas arriba. Lo primero que vio fue el charco de sangre, brillante y oscura, reflejando la luz de la lámpara de araña, creando un efecto de miles de estrellas. Después vio a Claire, el bulto de su cuerpo, con su vestido que ya no era azul sino rojo, con su rostro blanco y sus ojos abiertos, húmedos, sus ojos sin vida que todavía reflejaban la luz.

Violette perdió el equilibrio, las rodillas se le doblaron de agonía. Se arrastró hasta su hermana y acogió su cabeza en su regazo, empapándose en el olor de la sangre que se mezclaba con el de la acuarela que aún manchaba sus dedos, que siempre manchaba sus dedos. La acunó contra su pecho, hundió la cara en su melena, le susurró palabras dulces, le besó los ojos y la boca detenida en una mueca de sorpresa.

Pasaron los minutos, quizá las horas. Violette miró a su alrededor en busca de una manta con la que arropar el cuerpo frío de su hermana. Solo entonces descubrió a Apolline, tras el sofá tapizado

de oropeles. Le habían disparado en la sien y la mitad de su rostro era una pulpa con aspecto de breva machacada. La otra mitad, sin embargo, aún conservaba la dignidad que había tenido en vida, su expresión de tortuga sabia. Violette le bajó el vestido que se le había enrollado sobre la faja. Otro cuerpo destrozado, otra muerte absurda.

Violette se sentó en el círculo que proyectaba la lámpara de araña y se pasó horas velando los cadáveres, mirándolos fijamente hasta que el sueño la venció y cayó entre ellos, como un tercer cuerpo desmadejado.

Cuando despertó, el sol entraba a raudales por la ventana y el dolor florecía en su pecho como una planta carnívora, más voraz y más hambrienta que nunca.

Al regresar a su casa, había un Mercedes-Benz esperándola en la puerta.

26

Vera

Abrigny, octubre de 2011

Didier Briand sacudió su servilleta sobre el camino y una hilera de hormigas se precipito hacia los trozos de pan. Unos gorriones contraatacaron y la refriega terminó con varios diminutos cadáveres negros diseminados en el suelo. El pan de Athos, una vez más, se cobraba unas cuantas vidas.

De modo que a eso se reducía todo. Así terminaba mi búsqueda, ante una pila de horrores que caían sobre mí como piedras en una lapidación. Apenas podía imaginarlo. Apenas podía creerlo.

Didier me observaba con ojos ancianos, escocidos de pólvora y recuerdos.

—¿Quieres verlas?

No tuve que preguntar a qué se refería. Desanduvimos el camino hasta Le Phare, recorriendo de nuevo aquellas calles estrechas que de repente habían perdido todo su encanto. Me guio a través del jardín rebosante de verdes y ocres, saciado de otoño. No había llegado a adentrarme en la parte de atrás y me asombró descubrir aquella jungla desmelenada, un frenesí de ortigas, helechos y zarzas talludas erizadas de espinas. Era evidente que allí no había llegado

en mucho tiempo el brazo de un jardinero, aquel rincón parecía tener vida propia, respiraba por sí mismo. Didier se abrió paso a través de aquel revoltijo vegetal, como Teseo atravesando el laberinto. Yo lo seguí.

—Creo que soy el único que sigue viniendo a este lugar. Elaine hace la vista gorda cuando me ve merodear por aquí.

Me señaló las dos tumbas, justo en el centro del laberinto, dos montículos señalados por dos simples cruces de madera. Apolline y Claire, abuela y nieta, unidas en la muerte, compartiendo para siempre aquel lecho vegetal, aquella tierra negra que rezumaba pétalos y ortigas.

—¿Por qué murieron? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Por qué mataron a Claire y a Apolline?

Didier meneó la cabeza, pesaroso.

—Un cúmulo de desgraciadas casualidades. Cuando registramos la casa encontramos en la cocina los restos de un refrigerio: frutas confitadas, pasteles, el tipo de golosinas que solía desplegar para sus huéspedes. También había una chocolatera sobre la mesa: chocolate caliente con canela y cianuro.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Cianuro?

—Creo que Apolline intentó empuñar su mejor arma: la persuasión. Me la imagino perfectamente allí sentada, arrellanada entre cojines, tratando de razonar con los alemanes, intentando convencerlos de que sospechar de ella era una locura. Sospecho que el chocolate envenenado era su naipe maestro, su vía de salida por si las cosas se ponían feas.

—Pero ellas no murieron envenenadas —objeté.

—No. Ambas murieron de un disparo. En este punto solo podemos elucubrar, pero creo que Claire, harta de esperar a sus hermanas en la oscuridad, se deslizó fuera del agujero y se escabulló hacia la casa. Recuerdo que le encantaba el chocolate. Quizá fue en silencio hacia la cocina, atraída por el festín. Quizá Apolline la sorprendió bebiendo o a punto de beber y trató de hacer que lo escupiera. Sé que lo habría hecho. Estoy seguro de ello.

La escena cobró vida en mi mente: Apolline precipitándose hacia Claire, perdiendo los nervios. Los alemanes dándose cuenta de que algo extraño pasaba con aquel chocolate, sospechando, olisqueando el aroma a almendras amargas del cianuro. Después gritos, luz, disparos, muerte.

—Las enterramos por la noche, en secreto —dijo Didier—. Creo que a ellas les habría gustado este lugar.

Asentí. Yo también lo creía. Aquel pequeño vergel tenía algo único, era especial. «Es la luz», pensé de repente. La luz era diferente, vibraba como si tuviese vida propia, se desparramaba sobre las plantas como un insecto ígneo y feliz. Bajo su halo, el jardín relucía. Recordé el lema de las exposiciones pictóricas. De algún modo, Claire se las había arreglado para conservar la luz.

Pero había algo más que bailoteaba en mi mente, incomodándome.

—¿Por qué conocía Vogel la existencia de Athos y Milady?

El anciano fijó en el polvo del suelo una mirada seca, enrojecida.

—Christophe —dijo simplemente.

—¿Christophe?

—El hijo del deshollinador de Abrigny. Era un buen amigo mío. Todos tenemos nuestras debilidades y aquel gigante bonachón era la

mía; me temo que me fui de la lengua con él y le hablé de algunos de nuestros planes. Lo detuvieron por enfrentarse a un grupo de alemanes, le dieron una paliza que casi lo dejó muerto y después lo metieron en un tren rumbo a Drancy. Creo que trató de negociar por su vida facilitándoles información. —Rechinó los dientes—. Terminaron matándolo, de todos modos.

Christophe. El joven cuyos dientes Violette había guardado en un cajón.

—¿Qué pasó después? —exigí tratando de que retomase el hilo del relato.

—Nos habría gustado recuperar también los cuerpos de Blanche y de Guillaume, poder enterrarlos, pero los alemanes se los llevaron. Supongo que acabarían en alguna fosa común. Aquel mes de octubre marcó el final de la Red Dumas. Nos dispersamos. Annette y Jacob decidieron salir de Francia a través de la Red Comète. Margot fue con ellos. Consiguieron cruzar los Pirineos, atravesaron el río Bidasoa y lograron llegar a Gibraltar, desde donde volvieron a Inglaterra. Annette tuvo su final feliz, se reencontró con Michel. Después de la guerra, abrieron una librería en Leicester, y lo último que supe de ellos es que habían comenzado a llenar su casa de niños tan pelirrojos como su padre.

—¿Y los demás?

—Jacob se unió al Armia Krajowa, el brazo armado de la Resistencia que representaba al Gobierno polaco exiliado en Londres. Más tarde participó en la operación Tempestad, los levantamientos realizados a lo largo y ancho de Polonia antes de la liberación por el Ejército Rojo. Le dieron una condecoración después de la guerra. En cuanto a Margot…, bueno, se quedó en Londres un

tiempo. —Su rostro se contrajo—. Lo supe a través de Annette. Sé que Margot me guardaba rencor y, durante algunos años, también yo se lo guardé a ella. Estaba convencido de que si hubiera seguido mis instrucciones habríamos podido salvar al menos a parte de la red. Pero… ¿quién sabe? Quizá los héroes no se miden realmente por su compromiso con una causa, sino por su capacidad de sacrificarse por los que aman.

—¿Y usted? ¿Dejó de luchar por la causa?

—¿Yo? Jamás. Me uní a otro grupo y seguimos luchando por toda Francia, saboteando sus líneas de comunicaciones, cortando líneas telefónicas, desperdigando minas Clam como quien lanza guijarros. Yo estaba en París el día de la Liberación, cantando *La marsellesa* a voz en cuello, marchando por las calles junto a las tropas aliadas.

Didier levantó la barbilla. Dos parches de color habían aparecido en sus mejillas ajadas por la edad. No, no era un simple panadero. Todavía quedaban trazas del antiguo luchador, del hombre que había movido los hilos. Aún erguido, aún orgulloso, perdido en la resaca de todas sus victorias y derrotas.

—De modo que Margot se quedó en Londres. ¿Qué sucedió con Delphine y Violette? —pregunté retomando el hilo.

El rostro de Didier se desinfló.

—A Delphine la dejaron en libertad pocas horas después de haber soltado a Violette. Quizá se convencieron de que no sabía nada o tal vez Vogel tuviese reparos a la hora de arrebatar la vida a la mujer que había sido su amante. O quizá su grado de crueldad era mayor, más retorcido, y sabía que no había mayor castigo que dejarla con vida estando su hija muerta. Delphine no volvió a ser la misma; la muerte de Claire la destrozó. Perdió su ternura, se convirtió en una

mujer de olor amargo y ojos apagados. Sobrevivió unos años a Claire, pero en realidad murió el mismo día que su hija. Creo que se culpaba a sí misma.

Bajé la cabeza con pesar, sintiendo sobre mis hombros todo el peso del dolor de mi bisabuela, cuyo sacrificio por su hija pequeña había sido en vano. Se había llevado la peor parte de aquella guerra, la mayor herida: unos brazos vacíos, el peor castigo para una madre.

—¿Y Violette? ¿Qué le sucedió a ella? ¿Se quedó con su madre tras la marcha de Margot?

—No. Cuando Vogel dejó de torturarla no fue para devolverle su vida anterior, sino para garantizar la supervivencia del bebé que él creía hijo de Uwe. Para un nazi fanático como él, la pureza racial lo era todo. Imagina la furia que sintió al creer que aquella rebelde llevaba en su vientre una criatura de sangre aria, sangre de su sangre nada menos. ¡Su nieto! Organizó el traslado de Violette al norte, a una de esas clínicas del programa Lebensborn, ¿te suena?

Negué con la cabeza.

—Lebensborn significa «fuente de la vida» en alemán. Los nazis tenían la extraña costumbre de disfrazar sus brutalidades con nombres poéticos, como llamar operación Viento Primaveral a la redada del Velódromo de Invierno o catalogar de Noche y Niebla a los prisioneros que enviaban a la muerte. El objetivo del programa Lebensborn era garantizar la pureza racial, fomentar el nacimiento de niños de padres arios. La organización tenía centros por toda la Europa ocupada y se encargaba de que las madres solteras que superaban sus controles raciales pudieran dar a luz en buenas condiciones a sus preciados bebés arios. Muchas novias y amantes de soldados alemanes fueron a parar a uno de esos centros; se les

facilitaba alojamiento y cuidados médicos, y sus hijos entraban en programas de adopción dirigidos a familias alemanas pudientes. Margot Aubier cumplía con todos sus requisitos: era una ciudadana francesa de padres católicos, rubia con ojos verdes y, más importante aún, su amante era un alemán de sangre inmaculada. Era natural para Vogel enviarla a una de esas clínicas para que pasase su embarazo y diese a luz. Solo había un inconveniente: aquella muchacha no era Margot, sino Violette, y el padre de la criatura era un guerrillero moreno y furioso en cuyo cuerpo no había ni una sola gota de sangre aria.

—¡No puedo creer que nadie se diese cuenta del engaño!

Didier se encogió de hombros.

—Con su hermana fuera de Francia, la opción más segura para Violette era mantener la farsa. Su supervivencia dependía de ese bebé. Otto Vogel organizó su traslado a Amiens con la mayor discreción, en secreto, evitando incluso que su hijo se enterase de su supuesta paternidad. Supongo que quería impedir escenas lacrimógenas o que Uwe se empeñase en hacerse cargo de la criatura. A fin de cuentas, ese bebé no era para Uwe, el hijo que tanto lo decepcionaba; era un bebé del Reich, destinado a engrosar las filas de la aristocracia racial. Y Violette se acogió a la regla de oro de la supervivencia: *Scire, tacere*. Saber y callar.

—¿Qué sucedió con su hijo?

—No lo sé. Supongo que Vogel consiguió sus propósitos y acabó entregándolo en adopción a alguna familia alemana relevante.

—¿Y ya está? ¿No sabe nada más? ¿Cómo terminaron casados Uwe y Margot?

—Sé que Margot regresó a Francia al final de la guerra —dijo Didier—. Quizá entonces Uwe y ella se reencontraron y retomaron su historia. No puedo decirte más.

Nos quedamos observando en silencio las dos pequeñas tumbas que se extendían a nuestros pies. Didier parecía cansado. Había pagado un precio alto por su lucha; había sido guerrero, mártir, verdugo, todo a la vez. Me pregunté qué tal dormiría por las noches.

—¿Sabes? —me dijo de pronto—. Jamás he podido olvidarla. Margot era especial, era brillante. Después de todo lo que hicimos, después de tantos secretos, traiciones, sangre y enemigos, mi amor hacia ella nunca murió del todo.

Me hizo un gesto de despedida con la mano. Lo vi alejarse, encorvado y solo, el luchador cansado de cuyo coraje solo quedaba un breve recuerdo, una especie de halo que se negaba a abandonarlo. Me hizo pensar en una expresión francesa: *douleur exquise*, para la que no existe una traducción exacta en ningún otro idioma y que define el dolor que se siente al querer a alguien inalcanzable.

Me dirigí hacia el hotel. Todavía quedaba mucho por averiguar, pero tenía la sensación de que estaba cerca, casi al final de ese intrincado laberinto al que me había conducido el hilo dorado de Guillaume. Crucé el jardín que abrazaba los huesos de mi tía abuela Claire, atravesé el vestíbulo que había sido testigo de su muerte y subí en ascensor hasta la segunda planta. Supe que Álex aún estaba allí incluso antes de abrir la puerta, como una certeza súbita e incuestionable. Cuando giré el pomo lo primero que vi fue su rostro, su alta figura que vagaba de un lado a otro como un león enjaulado, con los remordimientos marcándole el rumbo.

—Vera.

Álex no se precipitó a darme las explicaciones que me debía, ni siquiera se movió.

Entonces me di cuenta de que no estaba solo en el cuarto.

—Hola, Vera —dijo mi abuelo.

La voz aristocrática de Uwe Vogel sonó pausada, como si aquel fuese un encuentro casual, como si yo no hubiese cruzado Europa y hurgado en una pira de secretos para llegar hasta allí. Parecía cansado. Lo encontré diferente, con los ángulos del rostro más definidos, la nariz más afilada y los ojos más claros que nunca sobre un mar de ojeras hinchadas. Aun así, lo vi por vez primera tal como un día había sido: un muchacho enamorado al que la guerra le había hincado los colmillos, lo había obligado a seguir un camino marcado de fuego y de balas. Ese gigante delgado que tenía ante mí, mi abuelo, había apretado un gatillo contra la cabeza de otro hombre, en un acto horrible y a la vez infinitamente misericordioso.

Me quedé quieta unos instantes, sin reaccionar.

—¿Cómo lo has encontrado? —pregunté finalmente volviéndome hacia Álex.

—Más bien, él me encontró a mí. Es una larga historia.

Uwe se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Fue un gesto repentino, impropio de su carácter. Él y yo nunca mostrábamos nuestros sentimientos, eso era algo que teníamos en común: los manteníamos agazapados en un lugar profundo, protegidos por nuestros temperamentos reservados. La abuela siempre había sido el puente entre nosotros. Aspiré el olor familiar y reconfortante de su

cuello y, por un momento, me pareció que mis fosas nasales se inundaban de aroma a bosque, a abedules tersos, a tierra húmeda. El olor de la juventud que Margot Aubier había percibido setenta años atrás.

—Lo siento —dijo apartándose y sujetándome por los hombros. Tenía los ojos brillantes—. Siento haberme ido de ese modo tan repentino.

—Fue por la fotografía, ¿verdad? La de la exposición. Violette te la envió.

—Ella la envió. Cuando abrí aquel sobre estuve a punto de caerme al suelo. No tenía ni idea de que ella había estado allí, a dos pasos de mí. Se las arregló para pasar desapercibida durante todo el evento. —Meneó la cabeza, el asombro parecía no haberlo abandonado aún—. Fue toda una conmoción. Hasta ese momento, me había convencido a mí mismo de que moriría sin volver a verla.

¿Era alegría lo que destilaban sus palabras?

—Y nada más recibir el sobre, saliste corriendo tras ella.

—Tenía que hacerlo —dijo rotundo, como si jamás hubiera existido otra opción.

Álex, a nuestro lado, dejaba vagar entre ambos sus ojos de abismo. En mi mente brincaban las preguntas, los miles de porqués dándose codazos entre sí. Sin embargo, fue una sola la que formularon mis labios:

—¿Está ella aquí? ¿En Abrigny?

—Sí. Y sabe que tú también has llegado, que tú también has seguido el hilo. —El abuelo miró a Álex de reojo y sonrió un poco—. Le gustaría conocerte.

«Seguido el hilo». El hilo de Guillaume nos había reunido por fin al final del camino, nos había guiado a través del laberinto. De sus hebras torturadas por el paso del tiempo pendían los fantasmas del pasado, como sábanas puestas a secar al sol.

Una duda más me escocía en las sienes.

—¿Cómo sabías que Violette estaba justo aquí, en Abrigny? ¿Te lo dijo ell…?

Me detuve. La respuesta se coló en mi mente antes de terminar de formular la pregunta, clara y evidente, como hielo quebrado bajo mis pies. La había tenido ante mis ojos todo ese tiempo, en el reverso de la fotografía: «Entre las piedras y el polvo de lo que fue».

Una imagen apareció en mi cabeza: las ruinas del *château* que Elaine me había mostrado a través de la ventana, esa hilera de piedras esparcidas por la colina como los pespuntes de una costurera torpe.

—En Villa Lorraine —dije—. Es allí donde está.

El abuelo sonrió.

—En Villa Lorraine, no. En la vieja casita del jardinero. Lo único que se salvó de los bombardeos.

Nos encajamos los tres en el coche de alquiler. Yo al volante, Álex a mi lado y el abuelo en el asiento trasero. Álex me dirigía miradas de reojo mientras yo maniobraba para salir del aparcamiento. No habíamos olvidado nuestra discusión, las explicaciones que me debía orbitaban sobre nuestras cabezas como planetas incómodos. Pero nuestra historia parecía haber pasado a un segundo plano, esperaba su momento, relegada ante la urgencia de aquel pasado que se había convertido en presente.

Mientras nos dirigíamos a nuestro destino el cielo cambió. Las nubes se oscurecieron, el sol se desplomó sobre los árboles otoñales. Y así fue como vi por primera vez el escenario donde todo había comenzado: envuelto en una luz purpúrea, como un enorme y violento cardenal.

Las piedras de lo que había sido Villa Lorraine eran altas y oscuras, como dientes mellados asomando entre la hierba. Habían comenzado a formar parte del propio paisaje, integradas en la tierra, erizadas de matorrales y flores. Aquí y allá se advertían algunos restos de su antiguo esplendor: una columna elegante medio derruida, una lujosa baldosa agrietada sobre la que escalaban las enredaderas. Villa Lorraine se había asilvestrado, se había convertido en el recuerdo feral de horrores antiguos.

La casita que fuera del jardinero, sin embargo, seguía viva. Después de aparcar el coche recorrimos el estrecho camino que serpenteaba hacia ella. Era una construcción sencilla, un anticuado *cottage* de aspecto acogedor cuya chimenea expulsaba hacia arriba una densa humareda blanca.

Y en el quicio de la puerta, como una estatua de cera, estaba ella.

Violette.

Me acerqué despacio, con mis pies y mi corazón retumbando a la par. Álex y el abuelo me seguían de cerca, como dos paladines. La anciana era casi la viva imagen de mi abuela, el mismo rostro anguloso, la misma nariz recta, el mentón puntiagudo, los labios afilados por el paso del tiempo. Era la mujer que había visto a través del andén. En los ojos, sin embargo, radicaba la mayor diferencia entre las dos hermanas. Eran verdes, al igual que los de mi abuela, pero de una tonalidad que jamás había visto antes, con motas

oscuras entre la claridad, como un prado bajo la luz del crepúsculo. Eran intensos y profundos, los ojos de una mujer que había visto demasiado.

—Vera. Te estaba esperando.

El acento era idéntico al de mi abuela, pero la voz era más firme, más grave. La envolvía una emoción que me pareció extraña, turbadora en cierto modo. Sus ojos no dejaban de estudiar mi rostro, oscilando, vibrando.

—Pasa, por favor.

Tuve la sensación de que ni siquiera se había percatado de que Álex y el abuelo habían venido conmigo, pero ellos entraron también, siempre dos pasos detrás de mí. La seguimos hasta una cocina muy espaciosa, con amplias ventanas que chorreaban luz. Los muebles eran nuevos y parecían caros; estaba claro que alguien se había ocupado de hacer una reforma en tiempos recientes.

Nos dio la espalda por un momento mientras trajinaba en torno a los fogones, y aproveché para fijarme en su atuendo: una camisa de lino y unos pantalones holgados, un pañuelo de seda rodeando su cuello. Otra diferencia. Mi abuela siempre había preferido los vestidos y las perlas.

Puso cuatro tazas y una cafetera humeante sobre la mesa. Álex y el abuelo cogieron una cada uno y se apartaron un poco; ese tiempo y ese espacio eran nuestros. Ella me observaba de nuevo. Parecía conmovida y alterada de un modo extraño. Cerró los ojos por un instante y, cuando volvió a abrirlos, estaban húmedos.

Me aclaré la voz. Tenía miles de preguntas, pero las palabras parecían atascadas en mi garganta. Me embargaba una sensación

extraña, un desequilibrio, el inquietante presentimiento de que una de las piezas de aquel engranaje chirriaba.

—Me resulta muy extraño tenerte delante. Sois… la abuela y tú sois casi idénticas. Y hasta hace unos días, ni siquiera sabía de tu existencia ni de la de Claire —dije a trompicones.

—Tu abuelo se sorprendió mucho al verme reaparecer de ese modo después de tantos años. —Le dirigió una mirada de reojo y tomó un sorbo de café—. Admito que todo fue muy novelesco. Pero tenía mis motivos.

Motivos. Todo se reducía a eso, a fin de cuentas. A las razones ocultas tras los hechos. Un acto pequeño puede desencadenar un brutal alud, de consecuencias imprevisibles. Como dejar un retrato de dos amantes en un coche alemán. Deslizarse hacia la oscuridad de un agujero. Callar. Mentir. Tomar el lugar de tu gemela ante las fauces del monstruo.

La anciana y yo nos miramos de nuevo. «¿Qué estás pensando? ¿Qué os hicisteis tu hermana y tú? ¿Quién eres?».

Era Violette Aubier, me dije. Era la muchacha consumida por los celos, siempre a la zaga de Margot, como un reflejo desdibujado. Era la joven que había amado y odiado con todas sus fuerzas, pero que había buscado la redención intercambiándose por su hermana en la celda, dispuesta a soportar lo indecible. No había dudado en trocar con ella sus ropas, el colgante de su cuello… El colgante de su cuello.

De nuevo esa sensación de desconcierto, como un reloj desajustado.

Me presioné ambas sienes con los dedos, pensando. Mi abuela, allá en Madrid, llevaba el colgante con la letra de su nombre, la M de

Margot. Lo había llevado toda su vida, jamás se lo quitaba. Sobre el pecho de su hermana, sentada ante mí en esos momentos, reposaba una elegante V, contrastando en su brillo con la seda del pañuelo. Violette Aubier. Por supuesto, eso era lo que me había llamado la atención al examinar la foto de la exposición. Gracias a ese detalle, había descubierto que la mujer que estaba allí era ella.

«Piensa, piensa».

En octubre de 1942, Violette se quedó en el calabozo en lugar de Margot y las dos hermanas se intercambiaron los medallones. ¿Cuándo habían retornado esas piezas a su dueña original?

—Tengo una pregunta —dije con cautela—. Tras aquella noche, la noche que te torturaron…, ¿volviste a reunirte con tu hermana?

Un destello. En los ojos de la anciana vibró una chispa de reconocimiento. «Vas por buen camino». A mi derecha, el abuelo se tensó como una caña de río.

—Nunca —respondió rotunda—. A la mañana siguiente, Otto Vogel envió un coche para recoger a la que él creía que era la madre de su nieto.

El aire cambió. Nos envolvió un silencio pesado como un encaje antiguo. La verdad es huidiza: se oculta como un topo, se desliza como una lombriz, se nos escurre entre los dedos. A veces nos negamos a verla. Pero está ahí. Siempre está ahí.

«¿Qué estás pensando?¿Qué os hicisteis tu hermana y tú? ¿Quién eres?».

Hay momentos en la vida que son solo suyos; de la verdad. Se erige fulgurante, tenaz, cegándolo todo como un eclipse. Ese momento fue uno de ellos. Me froté las manos empapadas de sudor,

me sequé con el dorso los ojos lacrimosos. La verdad apareció ante mí desnuda, obligándome a mirarla a la cara. Y era brutal.

El abuelo me tocó el brazo, preocupado ante mi expresión conmocionada.

—¿Vera?

Mi mente giraba y giraba, procesando los pequeños detalles que me habían perseguido durante días y cuyo significado no había sido capaz de comprender.

Mi abuela, allá en Madrid, tan dulce, siempre rodeada de sus frascos de conservas. Sus frascos llenos de secretos.

Sus palabras en el invernadero, con el alzhéimer arrancándole la verdad a dentelladas: «Yo nunca fui valiente. Siempre tenía mucho miedo, a todas horas. Era como un ratoncillo asustado».

La sorpresa de Lucie Sabard cuando le mostré la fotografía de la exposición, aquel velo de sudor que había perlado sus labios. Ella, que las había conocido a las dos, tuvo que comprenderlo todo justo en ese momento.

Me levanté de golpe y me acerqué a dos palmos de la anciana. Ella me sostuvo la mirada sin parpadear. Su rostro era blanco, arrugado, sin rastro de maquillaje. Tenía una cicatriz blanquecina como una veta de leche en la parte superior de la mejilla derecha, bajo el ojo, allí donde la navaja de Otto Vogel se había hundido en la carne.

—¿Vera? —Otra vez mi abuelo, sobresaltado. No le hice ni caso.

Mi abuela con su terror al agua: «¡Más agua no! No sé nada, ya os lo he dicho. ¡Por favor!».

Mi abuela siempre con calcetines; jamás se los quitaba, ni para dormir, ni siquiera en verano. Así de horribles debían de ser las

cicatrices de las quemaduras, las que él le hizo.

Mi abuelo huyendo sin una palabra tras recibir el recorte de la exposición. Obedeciendo a su llamada, a la de la mujer que había amado tantos años atrás.

Y los colgantes. Los colgantes. La pieza que fallaba. Los colgantes que jamás volvieron a su dueña original.

«¿Qué estás pensando? ¿Qué sientes? ¿Qué os hicisteis tu hermana y tú? ¿Quién eres?».

«¿Quién eres?».

—Tú —dije por fin enfrentándome a su mirada—. Tú no eres Violette. Tú eres Margot.

27

París, mayo de 1945

Margot dio un gran mordisco a la manzana y volvió a dejarla en el plato. El montón de documentos a su lado era gigantesco y no dejaba de crecer. En cada hoja de papel había un nombre, un rostro, una historia, una tragedia. Todas distintas y a la vez idénticas en algo: su absurda injusticia.

Le habían asignado un despacho diminuto, el antiguo cuarto de las escobas. Todavía quedaban algunas, alineadas contra la pared con las cerdas erguidas al viento. Pero ya no se barría nada en el hotel Lutetia, ya no había bandadas de muchachas con cofia meneando plumeros sobre los muebles de época. Tampoco se celebraba; por fortuna, no quedaban alemanes borrachos vomitando en los sillones de brocado ni cantando a voz en grito. El hotel al completo se había convertido en un enorme centro de refugiados y por sus suntuosos pasillos resonaban ahora los pasos temblorosos de los que volvían del horror y también los de los familiares que los buscaban.

Margot era una de las encargadas de clasificar aquel caos de nombres y rostros, de poner en contacto a los afortunados que lograban un reencuentro feliz. Otros jamás lo lograrían y sus brazos

permanecerían vacíos para siempre, despojados de aquellos que deseaban estrechar. Margot había conseguido aquel puesto a través de la ADIR, la recién nacida Asociación Nacional de Deportadas y Presas de la Resistencia, que ayudaba a las mujeres que volvían de los campos. Ella misma se sentía un poco como una paria, una extranjera en su propio país. Seguía navegando en tierra de nadie, envuelta en su propio dolor. Los casi tres años que había pasado en Londres flotaban a su espalda, pesados e incómodos como una larga cabellera empapada. Margot no buscaba el olvido, se aferraba a sus recuerdos con uñas y dientes. Quizá por eso estaba allí de nuevo, en París, ayudando a los desamparados, porque sus miradas desorbitadas le recordaban a la suya propia, a las de sus dos hermanas. O quizá solo era que necesitaba reconfortar a otros para encontrar su propia paz. Ni ella misma tenía la respuesta.

La guerra seguía su curso, aunque era cuestión de semanas que llegase el inevitable desenlace. Todos lo sabían: Alemania había perdido, aunque sus medios de propaganda se negasen a admitirlo. El año anterior, los aliados habían desembarcado en las costas de Normandía, hordas de valientes con la cabeza rapada y el rostro tiznado de carbón, en una operación que los conduciría a la victoria. Por toda Europa, las luces se encendían nuevamente, y en Francia lo hicieron en agosto, tras la liberación de París. Las esvásticas se esfumaron y la torre Eiffel volvió a erguirse orgullosa en toda su desnudez. Todo parecía más brillante, la gente encontraba motivos para sonreír y las raciones de alimentos comenzaron a abundar de nuevo. Los hombres y las mujeres que habían luchado con la Resistencia regresaban victoriosos, con los ojos tatuados de victoria y cientos de historias por contar.

No todos. No todos volvían. Blanche y Guillaume ya no caminaban por ese mundo lleno de cicatrices.

El odio seguía vivo, burbujeaba como las fauces de un perro rabioso. Se arrestaba a todos aquellos que habían hecho buenas migas con los alemanes, a los confidentes y a las *collaboratrices.* Se les escupía y vapuleaba, se los hacía desfilar por las calles con la cabeza rapada. Margot no podía evitar preguntarse si su madre habría corrido la misma suerte de no haber muerto a principios de año, víctima de una pulmonía. Sola, su regazo vacío de la hija que más había querido, la que había vivido en su corazón hasta el final.

Margot jamás participaba en aquellas representaciones de escarnio público. No se reía de las que habían sido sus amantes, de las que se habían llenado los estómagos y los bolsillos gracias a ellos. Ella sabía que no todo era tan sencillo. Sabía que la mayoría de ellas ya habían pagado su precio.

Además de la breve nota informándola de la muerte de su madre, firmada por el nuevo párroco de Abrigny, la restauración de las comunicaciones postales había traído a Margot otras dos misivas. Las llevaba siempre consigo. Abrió la primera de ellas y releyó por enésima vez:

> Querida hermana:
>
> Sé que recibir esta carta te causará una gran sorpresa. Comenzarás a leerla con asombro y quizá un ápice de alegría, pero temo que llegarás al final llena de ira e incredulidad. No es una carta fácil y no busco tu perdón con ella.
>
> Como decía nuestra madre, la propia vida es lo único que tenemos, y no quiero seguir viviendo la mía con este secreto dentro.
>
> Supongo que tú también habrás recibido la noticia de su muerte. El padre Devillers, el nuevo párroco de Abrigny, me escribió hace semanas para

notificármelo. También fue él quien averiguó que ahora vives en París y me facilitó tus señas. Parece un hombre muy eficiente.

¿Piensas alguna vez en ellas, Margot? ¿En la otra mitad de nuestra familia?

Margot interrumpió la lectura, los labios apretados en una línea muy fina. Claro que lo hacía. Claro que pensaba en ellas.

Si algo me ha enseñado esta guerra, hermana, es que el dolor es la peor de las horcas. Se te enreda al cuello hasta dejarte sin aliento. Al igual que el agua o el fuego, puede matar. Creo que eso fue lo que le sucedió a mamá. No fue la pulmonía la que rindió su cuerpo, fue el dolor. Sin Claire, el mundo había dejado de ser habitable para ella.

Pero basta ya de rodeos. He meditado cientos de veces cómo contarte esto, cómo reconstruir las cosas que hice para presentarlas ante ti como una historia. He repasado cada detalle, cada palabra, con el arrepentimiento y el odio hacia mí misma devorándome desde dentro como un parásito obstinado.

Margot se detuvo de nuevo. Seguían tres párrafos escritos con la letra elegante de su hermana, tres párrafos que concentraban todo un mundo de dolor y de vergüenza: esas horas con el chico de la plaza en la oscuridad más profunda, esos momentos de éxtasis y azufre, de traición y venganza. Los ojos de Guillaume, como lagos oscuros, las manos de Guillaume callosas como el tronco de una encina, un conglomerado de huesos y carne, la boca de Guillaume que sabía a helechos y a coraje, a toda esa furia. El vientre de la tierra contrayéndose, zarandeado por el frenesí de aquellos cuerpos que nunca habían estado destinados a encontrarse. Margot había leído y releído esos tres párrafos miles de veces, y todas y cada una terminaba con los ojos rojos y el corazón entre los dientes, de modo que se los saltó y pasó a las siguientes revelaciones de su hermana.

¿Cómo podría empezar a contarte lo que ha sido vivir en tus zapatos todo este tiempo? «Margot Aubier», ponía en las tapas de la enorme carpeta de cuero que guardaban en la clínica con mi expediente. En su interior, supongo, se desgranaban los entresijos de mi (tu) relación con Uwe Vogel, datos médicos relevantes, el pedigrí que aseguraría la pureza del bebé. No era la única, había otras muchas mujeres en mis circunstancias. Mientras los llevábamos en nuestro interior nos trataban de maravilla: comidas suculentas, sábanas limpias, médicos y enfermeras a nuestra disposición. Solo mientras los llevábamos dentro.

Me gustaría hablarte del bebé. Cuando nació era una cosita diminuta y resbaladiza, lustrosa como una pastilla de jabón, con un par de ojos enormes y oscuros que mantuvo abiertos desde el primer instante. Nació con el pelo negro, tan negro como el de su padre, y se le rizaba un poco en la nuca formando una pelusilla que olía a miel…

Margot no siguió leyendo. Agarró el papel con tanta fuerza que las huellas de sus dedos quedaron marcadas como círculos sudorosos. La primera vez que leyó las palabras de su hermana, nada más recibir su carta, un odio visceral que le nacía de las entrañas la sacudió de arriba abajo como un terremoto. Había salido de su pequeño apartamento en Montmartre en medio de una tormenta y se paseó por las orillas de un Sena erizado, con la carta bien apretada en el puño, dispuesta a lanzarla para que se la tragase la corriente. Finalmente, con un suspiro, se la guardó en el bolsillo y regresó a casa. Las últimas palabras coherentes de Guillaume, allá en la celda, resonaban en su mente: «Margot, jamás olvides que te amo. A pesar de lo que hice, siempre has sido tú».

En ese momento, en las reconvertidas instalaciones del hotel Lutetia, Margot se guardó la carta de su hermana de nuevo en el bolsillo y sacó la segunda de las misivas que había recibido. El remitente era Jacob Pawlak, ahora celebrado como un flamante

héroe de guerra. Esa carta no necesitó releerla. Conocía su contenido de memoria.

Margot se quedó mirando los restos de la manzana junto a la fila de documentos. Durante años, había pensado que ya no quedaba nada por lo que luchar, ninguna mujer Aubier a quien salvar, las que seguían vivas estaban más allá de toda ayuda y las muertas ya no eran más que lechos en la tierra, criptas con olor a musgo y a sueños rotos.

Pero quizá estaba equivocada. Quizá sí quedaba una Aubier a la que salvar.

Se puso en pie de un salto y salió del cuartito de las escobas, cruzándose en su camino con las decenas de esperanzados que llegaban clamando nombres, agitando en el aire fotografías de vivos y muertos. Salió a las calles bañadas de sol, a ese París nuevo que era como un enorme animal lamiéndose las heridas, mostrando sus cicatrices al mundo.

Según la carta de Jacob, el lugar que buscaba estaba en Le Marais, en la parte alta de una callejuela en la margen derecha del Sena. Se trataba de un edificio antiguo y estrecho, de portal mohoso y desgastadas paredes con papel pintado. Margot subió hasta el segundo piso por la escalera acaracolada y pulsó el timbre con el corazón en la garganta. Aguardó. La puerta se abrió con un crujido y ante sus ojos, después de tanto tiempo, apareció él.

Iba en mangas de camisa y llevaba, cómo no, un libro entre las manos, una edición muy gastada de *La montaña mágica* de Thomas Mann. Los años de guerra también lo habían desgastado y tenía el rostro más árido, dos líneas profundas que enmarcaban su boca en un paréntesis nuevo. Tenía el pelo más corto, más rubio si eso era

posible, con las puntas casi rojizas como diminutas llamas. «Como si hubieran absorbido todo aquel fuego», pensó ella con un estremecimiento.

—Margot —dijo Uwe con su voz de espuma marina—. Estás aquí.

Los envolvió a ambos una nube de emociones, una melancolía transparente.

—Jacob me escribió y me dio noticias de tu paradero.

—A Jacob le debo la libertad y quizá la vida. Cuando liberaron Francia mi padre quiso arrastrarme consigo en su huida de fiera humillada. Los miembros de la Wehrmacht caían como moscas a medida que Alemania perdía territorios. Yo era uno de ellos, al fin y al cabo. Pero Jacob me facilitó una carta firmada de su puño y letra en la que me catalogaba, y cito textualmente, como «amigo de la Francia libre», colaborador y confidente de la Resistencia. Gracias a él, me he librado de la cárcel y quizá de la horca. Me pintó como un valiente.

—Bueno, lo fuiste. Fuiste muy valiente.

Él le ofreció una sonrisa triste. Los dos habían aprendido que la valentía a veces no bastaba.

—¿Y tu padre? —preguntó Margot en tono tenso.

—Caído en combate. Fue a principios de año, en las estepas rusas durante la campaña en el frente oriental.

Margot hizo una mueca. De modo que, al final, el hombre que amaba el fuego había sido devorado por el hielo. Se tocó con dos dedos la cicatriz de la mejilla, recordando al monstruo. ¿Cómo habían sido sus últimos instantes de vida? ¿Habría jadeado alabanzas a la *Vaterland*? ¿O habría comprendido en el último

momento que su muerte no sería recordada por el mundo como una hazaña, sino como un deshonor?

—¿Te apetece un café? —ofreció Uwe.

Lo siguió hacia el pequeño comedor. El apartamento necesitaba una mano de pintura y las ventanas tenían los postigos descoloridos. Había una mesa pequeña y dos sillones de orejas que habían conocido tiempos mejores.

—He conseguido un empleo en un pequeño estudio de arquitectura cerca de Notre Dame —comentó él distribuyendo las tazas sobre la mesa—. No pagan mucho, pero es algo. Cualquier cosa es mejor que tener que regresar a Alemania.

El café era excelente, y a Margot le trajo recuerdos de sus días compartidos en Villa Lorraine, cuando sus labios aprendían a conocerse y sus corazones retumbaban a la par entre mentiras y medias verdades. Ahora se miraban sin tocarse y ambos sabían que jamás volverían a precipitarse con ansia el uno a los brazos del otro. ¿Cómo habrían podido, con esa presencia invisible que flotaba entre ellos? Porque no eran dos, sino tres en aquella estancia y siempre lo serían. El guerrillero de rizos oscuros y ojos airados jamás los abandonaría.

—Tuve que hacerlo —musitó Uwe al cabo de un rato.

—Tuviste que hacerlo —confirmó Margot.

Y así era: esas manos blancas que ahora sujetaban la taza habían apretado un gatillo, se habían cobrado una vida y al mismo tiempo habían ahorrado a un hombre el sufrimiento de aquellas cerillas malditas. Él lo sabía. Ella lo sabía. Guillaume también lo había sabido.

—He venido a pedirte un favor, Uwe. El último.

Le entregó la carta de Violette y contempló cómo su nuez subía y bajaba mientras la leía.

—No puedo.

—Sí, sí puedes.

—Te quise más que a nada, Margot.

—Quiérela a ella ahora, Uwe. Quiérelas a ambas.

28

Domrémy, junio de 1945

Los ojos de Violette parpadearon ante la intensa luz que se filtraba por las cortinas. Cambió de postura en la cama y los músculos de su espalda emitieron agudos quejidos de dolor. La tarde anterior había estado ayudando a madame Charpentier a acarrear grandes cubos de agua del pozo para regar la nueva cosecha de tomates. Mejor dicho, ella se encargaba de acarrear los cubos mientras Aimée Charpentier la seguía a distancia, los labios apretados y los ojos atentos, siempre dispuesta a amonestarla cuando se le escapaba un poco de agua o si sus pies pisaban sin querer las plantas que crecían en los surcos.

Le recordaba mucho a madame Ferrec, con sus constantes críticas y su eterno escrutinio.

Violette se incorporó despacio y puso los pies sobre el suelo. Las heridas provocadas por el fuego habían cicatrizado en un pespunte de marcas oscuras, como ojos que miraban hacia la tierra. Había perdido algo de sensibilidad en las plantas, pero al menos ya no cojeaba. Pasó de largo ante el espejo de la pared, tapado con un paño para evitar su reflejo, se situó frente al aguamanil y se lavó con cuidado la frente y las mejillas, evitado que el agua le rociase la

boca o la nariz. Tenía las manos hinchadas y los nudillos rojos, secuelas del duro trabajo en la granja.

Bajó a la cocina para enfrentarse a los ojos desdeñosos de Aimée. La encontró tomando café sobre la encimera, vestida de domingo con un modelo de tafetán rojo que le sentaba muy mal. Su papada tembló de indignación ante la aparición de Violette y sus labios emitieron un chasquido de censura. Le informó con voz airada de que ese día tocaba hacer conservas de tomate. Violette debería pasarse la mañana limpiando los frutos y después tendría que darles un hervor antes de triturar la mezcla y repartirla en los lustrosos tarros. Era una tarea delicada, y si no se tenía cuidado la salsa podría salir demasiado dulce o ácida en exceso, lo cual arruinaría toda la cosecha. Violette asintió de forma mecánica a la cháchara de la mujer, sin prestarle la más mínima atención. Podría decirle que no necesitaba sus instrucciones, que las conservas le salían de maravilla, que era un ama de casa mucho mejor que ella; pero no lo hacía porque entonces Aimée la despediría de inmediato. Y ella necesitaba quedarse allí, en ese pueblo, en esa granja.

Violette se acercó a la ventana y retiró las cortinas de crujiente encaje amarillento. Desde allí se podían divisar a lo lejos los picudos tejados del centro Lebensborn, apuntando al cielo como los dedos de un muerto.

—¿Qué? ¿Pensando en tu bastardo? ¿Es que no te cansas de eso? —ladró Aimée haciéndole dar un salto.

—¡No!

A la mujer le encantaba humillarla y burlarse de ella. No era la única; los buenos franceses despreciaban y miraban por encima del hombro a las que se habían relacionado con los alemanes, a las

madres de los *bâtards de boches.* Las trataban como a alimañas. Violette jamás se quejaba: agachaba la cabeza y ponía cara de arrepentimiento.

Ninguna de aquellas personas conocía su secreto.

La última vez que había visto al bebé estaba envuelto en una frondosa toquilla de encajes, en brazos de una enfermera robusta cuyo aliento olía a col encurtida. Violette les dirigió una última mirada antes de alejarse por el camino bordeado de tilos, aferrando en la mano su vieja maleta de piel. Logró mantener la compostura por un rato, pero después se derrumbó, su cuerpo agitándose en un delirio de gemidos, de lágrimas que goteaban de sus ojos y leche que manaba de sus pechos, ambos líquidos mezclándose en la tierra en un único y lastimoso charco. Los brazos se le habían quedado vacíos, paralizados por una ausencia que nada podría llenar.

No estaba previsto que las cosas sucedieran de ese modo. En 1943, cuando ya llevaba un tiempo alojada en la clínica y faltaba poco para el nacimiento, el comandante Vogel le había enviado una declaración jurada que ella debía firmar y por la que se comprometía a permanecer en el centro durante tres meses de lactancia; luego debía entregar al bebé y marcharse. Violette había firmado sin rechistar. Les entregaría al bebé, claro que lo haría, ese fruto de un hombre al que odiaba, del hombre cuyo recuerdo le soplaba en la nuca por las noches con aliento de fuego. Se lo entregaría para salvarse, para intentar arrancarse la vergüenza del lomo y sus ojos fieros de la memoria. Y lo haría con gusto. En una irónica pirueta del destino, el hijo del hombre que había dado su vida luchando contra los nazis terminaría en brazos de alguna Herta estéril, listo para ser germanizado hasta la médula.

Pero no fue así. No fue así en absoluto.

Todo cambió cuando sostuvo por vez primera a la criatura entre sus brazos, resbaladiza de la sangre y los fluidos de su vientre. Violette la olisqueó sin darse cuenta de lo que hacía, en un acto reflejo de mamífera recién parida. Aquellos ojos aún velados por los jirones de sus entrañas parpadearon a la luz del mundo y la envolvieron en una mirada larga, sabia, única. Violette aferró al bebé contra su pecho y comprendió que jamás podría alejarse.

Pero tuvo que hacerlo.

Se quedó lo más cerca que pudo, en la granja de los Charpentier, trabajando de sol a sol a cambio de un sueldo miserable. Después de la liberación de Francia, en agosto de 1944, los alemanes se marcharon por fin y el centro Lebensborn cerró sus puertas. Los niños que no habían sido enviados ya a familias adoptivas en Alemania terminaron desperdigados en orfanatos locales, a cargo del Estado. Algunos habían conseguido volver a reunirse con sus madres. Comprendiendo que Otto Vogel ya no podía dañarla, Violette intentó seguir la pista a su bebé, pero la situación era caótica, todos los archivos habían sido destruidos y nadie parecía capaz de aportarle información fiable. Sin darse por vencida, consiguió incluso entrevistarse con una auxiliar de la UNRRA, una americana huesuda y severa que hablaba un francés pésimo y que no entendió ni una palabra de su rocambolesca historia: que había estado viviendo bajo el nombre de su hermana y que el padre de su criatura no era un nazi, sino un miembro del maquis, nada menos. Acabó echándola con cajas destempladas, convencida de que estaba ante una farsante.

Violette seguía esperando, recorriendo las calles cada día en busca de una pista, cualquier pista. Siempre sola, siempre con la mirada baja, con el miedo y los recuerdos como únicos compañeros. De vez en cuando, a solas por las noches, contemplaba los objetos del pasado que había traído consigo en la maleta: una de las últimas fotografías en las que aparecía con su madre y sus hermanas, el cuaderno de Claire, que había encontrado al lado de su cuerpo, y el ovillo de hilo dorado que Guillaume Luc le había dado a su hermana cinco años antes y que había aparecido en el bolsillo del vestido de Margot cuando se los habían intercambiado. El vestido de las torturas. El ovillo estaba perdiendo su forma, achaparrándose cada vez más. Violette solía sostenerlo en la palma de su mano como un gigante soportando el peso del mundo, contemplándolo con una mezcla de horror y fascinación. Por más que se esforzaba, no era capaz de deshacer sus nudos.

—Me voy a misa. —Aimée se puso un chal sobre los hombros y la miró de soslayo. Sus ojos eran diminutas cabezas de alfiler—. Cuando regrese, estas ollas deberán hervir con tanta fuerza como los calderos del infierno, si sabes lo que te conviene.

Violette acababa de sacar las semillas a la segunda docena de tomates cuando escuchó el timbre de la puerta. Fue a abrir con los dedos chorreando salsa y los ojos se le desorbitaron en un visaje turbio, deslumbrados ante la súbita aparición. Tenía el pelo más claro, más arrugas en la frente. La miraba sin sonreír. Uwe.

—Hola, Violette.

Se puso a temblar. ¿Habría descubierto su engaño, conocía la existencia del bebé que se había gestado bajo la falsa bandera de su apellido? Sí, seguro que sí. ¿Vendría a reprochárselo, a denunciarla?

«No puede —le recordó una vocecita en su cabeza—. Él es alemán y han perdido la guerra. Ninguno de ellos puede hacerte daño».

—¿Te apetece dar un paseo? —propuso él como si tal cosa.

Con los tomates desbocándose de los peroles a su espalda, Violette asintió. Caminaron por las callejuelas empedradas zigzagueando por entre las casas de cuidados jardines. Primero en silencio, después aderezando sus pasos con una conversación inconstante. Él le habló de la ayuda que le había prestado Jacob, de sus proyectos en el pequeño estudio de arquitectura. Ella le contó que ese pueblo, Domrémy, era la aldea natal de Juana de Arco, la heroína de Francia.

—La que pereció en el fuego —constató Uwe con voz quieta.

Violette asintió. No mencionó que ella también había estado a punto de hacerlo. Tampoco le comentó que había traído consigo los dos únicos regalos que él le había hecho: el gramófono de su padre y el disco de Zarah Leander. Ni que muchas noches se dormía escuchándolo muy bajito, a escondidas, porque a madame Charpentier le habría dado un infarto si se enterase de que bajo su techo se ponía música alemana.

Tampoco hablaron de Margot.

Uwe la dejó en la granja a la hora del almuerzo. Los sapos y las culebras que habían comenzado a surgir con furia de la boca de Aimée retrocedieron asustados cuando Uwe le mostró con gesto serio la condecoración de «amigo de la Francia libre» que llevaba en el bolsillo gracias a Jacob. La mujer se quedó tan impresionada que incluso olvidó su acento alemán y perdonó a Violette que hubiese dejado su cocina convertida en un mar de pulpa rojiza.

Desde ese primer día, Uwe Vogel y Violette Aubier comenzaron a encontrarse casi cada tarde. Nunca hablaban de la guerra, ni del pasado, ni de las cosas terribles que habían hecho ni tampoco de las que habían dejado sin hacer. Violette jamás mencionó el cuerpo roto de su hermana acunándose en su regazo y Uwe nunca aludió al bramido de la pólvora contra la carne de aquel hombre que había matado por piedad. Durante las tardes lentas de aquel verano, el primero de la Francia libre, se dedicaron a hacer otra cosa, algo que no habían podido hacer hasta entonces. Se conocieron. A través de la distancia abisal que los separaba, descubrieron que tenían cosas en común, cosas que hasta entonces habían sido invisibles, ocultas bajo el deslumbrante destello de Margot. Su afición por el cine de época y por la música de Zarah Leander. El gusto por la calma, por las tardes de paseos y anocheceres dorados. El disfrute por las pequeñas cosas de la vida, las cosas cotidianas, alejadas de dramas heroicos.

De vez en cuando, todavía se miraban el uno al otro con recelo, acechados por todos sus muertos y sus pesadillas, pero esas ocasiones eran cada vez más escasas. La familiaridad, esa que precede a toda relación honesta, se fue asentando entre ellos con placidez. Hay amores que son como un destello, capaces de cegar. Otros son la lancha que te acerca a la orilla cuando te encuentras perdido entre las olas. Para Uwe, las hermanas Aubier fueron lo uno y lo otro.

Muy poco a poco, día tras día, se hizo real el deseo que Violette había formulado aquel lejano día en Les Pommiers: fueron capaces de mirarse el uno al otro sin desconfianza ni vergüenza.

Un día sucedió lo inevitable. Habían ido al cine a ver *Les enfants du paradis* y estaban de vuelta en la habitación de la pensión de Uwe. Se sentían sosegados, satisfechos, con una sensación de calor en el estómago que nada tenía que ver con las tazas de café hirviendo que acababan de tomarse. Ninguno de ellos habría podido decir cómo empezó todo, cómo fue que sus pies se buscaron bajo la mesa y sus manos se entrelazaron como raíces. Quizá fue una simple llamada de la piel, un instinto atávico de dos cuerpos que habían estado demasiado cerca de la muerte y ahora pugnaban por aferrarse a la vida. Cuando Uwe la atrajo hacia sí y la sentó sobre su regazo sujetándola por las caderas, ella permitió que lo hiciera. Cuando le desabrochó el vestido con dedos como colibríes, no se lo impidió. Y cuando su boca buscó por fin la suya, Violette se entregó sin dudar a aquel beso, a aquel remanso, con la sangre palpitándole en las venas y una neblina de sudor húmedo envolviéndolos a ambos como un fantasma benévolo.

—Uwe, ¿Uwe?

Él intensificó sus embestidas, sus alientos se mezclaron. No se sabía cuál de los dos tiritaba más.

—Estoy aquí. Estoy contigo.

—¿Uwe? —Su voz era frágil como un cristal.

—Mírame, Violette. Mírame.

Lo miró con ojos turbios por el deseo. En los de él encontró una calidez que no había estado ahí en tiempos pasados, una fuerza que tiraba de ella hacia la tierra. Y también encontró algo más: una certeza. La seguridad de que, quizá por primera vez en su vida, la estaba viendo a ella, a Violette.

Más tarde, abrazados en el frenesí de las sábanas revueltas, él sacó el tema por primera vez.

—Ya sabes que ahora soy casi como un héroe de guerra. A mí me escucharán. Deberíamos hacerlo.

—¿Qué? —Violette frunció el ceño sin comprender.

Uwe se apoyó en un codo y la miró con una sonrisa ladeada, el azul de sus ojos chorreando sobre ella, su olor a tierra invitándola a echar raíces.

—Encontrar a nuestra hija.

Esa misma noche, de vuelta en la granja, Violette retiró por primera vez en años el paño que cubría el espejo de su habitación. Cuando se miró, le pareció que eran los ojos de Margot los que le devolvían la mirada, sus labios los que le dedicaban una sonrisa de perdón.

Violette sonrió también. En ese momento comprendió que quería tanto a su hermana como a él, ese hombre enigmático que le había robado el corazón en una estación llena de sangre.

O quizá —solo quizá— era que por fin había aprendido a quererlo a él tanto como la quería a ella.

29

Vera

Abrigny, octubre de 2011

—¿Encontrar a «vuestra» hija? —repetí en tono agudo. Mis ojos no se habían separado de los de Uwe durante todo el relato.

—Y lo hicimos. —Él sonrió—. Encontramos a la niña. Yo siempre la consideré mi hija.

—¿La niña?

—El bebé de Violette. Julia.

—¿Mi madre? —Se me había secado la garganta.

—Tu madre, Vera.

Agité la cabeza con incredulidad. Me latía el pulso en las orejas, el rostro me chorreaba sudor, o quizá eran lágrimas.

—Pero mi madre nació en 1945, no en 1943. Yo misma vi su partida de nacimiento.

—Esa fue otra de las falsedades que hilvanan esta historia. —Uwe se frotó el mentón—. Tras mucho indagar, encontramos a la niña en agosto de 1945 gracias al personal de la UNRRA. No habían querido escuchar a Violette, pero no se negaron a prestarme atención a mí cuando les mostré las credenciales que me señalaban como un destacado colaborador de la Resistencia. Julia había ido a parar a un

orfanato cerca de Marsella, en la otra punta del país. Era una chiquilla morena y asustada, que jamás había aprendido a confiar en nadie. Reclamarla fue sencillo; los nombres de Uwe Vogel y de Margot Aubier estaban en los archivos, y ambos habíamos prestado un gran servicio a Francia, según les constaba. Por supuesto, creímos imprescindible que Violette siguiera actuando bajo el nombre de su hermana, la heroína de la Resistencia. Era mucho más seguro de ese modo.

—Eso no explica el cambio en la fecha de nacimiento.

—Ahora mismo llegaré a ese punto. Violette y yo nos casamos en septiembre de 1945 y quisimos salir de Francia cuanto antes. Deseábamos empezar de cero en otro lugar. Pero la situación en el país, con la guerra recién terminada, era todavía caótica, y cuando fuimos al consulado nos dijeron que llevaría tiempo tener los papeles de la niña preparados, pues al haber nacido fuera del matrimonio se requería más papeleo, atribuciones de paternidad y más firmas de lo normal. De nuevo, la insignia que me había facilitado Jacob obró el milagro; un amable funcionario se avino a cambiar su fecha de nacimiento a ese mismo año, el año de nuestra boda, solo para que pudiéramos tener lista su documentación cuanto antes. No me mires así —añadió al ver mi cara de asombro—. No es algo tan inaudito como parece. En aquellos tiempos en que los registros se hacían a mano y no existía automatización, los cambios y las falsedades en fechas y nombres no eran tan infrecuentes.

—Pero una cosa es falsear una fecha y otra muy distinta vivir toda una vida bajo una identidad falsa. —Miré a Margot—. ¿Por qué Violette y tú nunca recuperasteis vuestros nombres? ¿Por qué vivisteis toda la vida bajo la piel de la otra?

Me devolvió la mirada con las manos entrelazadas bajo la barbilla. Sus ojos eran agudos, feroces. Un atisbo de la luchadora que había sido.

—Una vida es mucho más que una cadena de acontecimientos. Mis hermanas y yo empezamos juntas a escribir nuestras historias, pero la guerra cayó sobre nosotras como un tejado en llamas. Nuestras pérdidas fueron terribles. Con la llegada de la paz, Violette y yo comprendimos que jamás podríamos recuperar lo que habíamos tenido, jamás podríamos volver a estar juntas sin que los fantasmas de Claire, de nuestra madre, de Guillaume se colasen entre nosotras por cada grieta. ¿Cómo podríamos volver a mirarnos a los ojos? A veces, una casa vieja ha de desmoronarse por completo antes de que se pueda volver a construir. Las piedras saben de rencores, y las nuestras, las que cercaban nuestro amor de gemelas, habían dejado de ser un muro confortable para convertirse en escombros tan ruinosos como esos de ahí fuera. —Señaló la ventana, hacia Villa Lorraine—. ¿Quién nos impediría levantarlas y arrojárnoslas la una a la otra? ¿Y cuál de las dos estaba libre de pecado para hacerlo? Así que nos alejamos para siempre, rompimos todo contacto, nos echamos nuestros muertos a la espalda y mantuvimos el nombre de nuestra hermana para no olvidar nunca que nuestra otra mitad seguía ahí fuera, en algún lugar. A pesar de todo… —Miró a Uwe. Sus ojos se enlazaron, parecieron bailar—. A pesar de todo nunca pudimos desligarnos por completo, y jamás podremos hacerlo.

—Así es. —Uwe le cogió la mano por encima de la mesa. Dos manos que, juntas, sumaban casi dos siglos. Dos manos nudosas como troncos, tan fuertes que podrían soportar el peso del mundo.

Me pareció que saltaban chispas entre sus dedos entrelazados—. Así es.

—Uwe me escribió por última vez para decirme que todo había salido bien, que las había encontrado —continuó Margot girándose hacia mí—. Y después nos perdimos la pista. Yo me quedé en Francia y, con el tiempo, pude cumplir mi sueño de ir a la universidad. Aunque no estudié Literatura, sino Derecho. Supongo que ya había tenido suficiente Dumas para toda una vida. —Sonrió de medio lado—. Después de la guerra, colaboré con la OIR, la Organización Internacional para los Refugiados que se creó en 1946 para atender las necesidades de los deportados de guerra. A finales de los años setenta me trasladé a Argentina y allí representé a familiares de los desaparecidos en la dictadura. Creo que, con todo lo que sucedió, jamás he perdido la inclinación por defender a los más desamparados.

Asentí, mirándola atentamente. Lo decía de un modo casual, como si no fuera importante. Pero lo cierto era que esa mujer, mi tía abuela, había seguido luchando toda su vida como una leona inagotable. Me pregunté en cuántos rostros a lo largo de su carrera había visto reflejados los de Claire o Guillaume.

—Cuando regresé a Europa asistí por casualidad a una exposición en Lausana: *Conservar la luz*. Me quedé atónita, como si me hubieran robado el aire. ¡Eran los cuadros de mi hermana! Los conocía bien: muchos eran reproducciones de los dibujos de su querido cuaderno y otros eran los lienzos originales que pintó en Le Phare, en los días que pasó en compañía de Apolline. Las dos tuvieron una muerte horrible, pero me consuela pensar que, al menos, estuvieron juntas en esos momentos finales. Abuela y nieta,

unidas en la muerte. —Se frotó los ojos—. El caso es que indagué un poco y me enteré de que Uwe y Violette vivían en España y eran los promotores del ciclo de exposiciones itinerantes. A partir de entonces las visité todas, año tras año, país por país, guardándome mucho de ser vista. En realidad, buscaba un dibujo en particular, uno muy importante para mí, pero que, sin embargo, nunca se expuso al público.

Noté una especie de clic en mi mente, como el sonido de dos piezas de un puzle que encajan por fin. Sabía perfectamente a qué dibujo se refería. Despacio, metí la mano en el bolso y le entregué la página arrancada del cuaderno de Claire que me había dado Lucie Sabard, el retrato que lo había desencadenado todo.

—Guillaume y tú —dije en un susurró.

—Guillaume y yo. —Margot tomó el dibujo con manos trémulas. Sus dedos acariciaron los rasgos enérgicos del hombre que le había dado el hilo dorado, el hombre que había amado con todas sus fuerzas—. Tú, su nieta, lo has traído de nuevo hasta mí.

Una bola de lágrimas me tapió la garganta. Hay amores que no mueren nunca. Recordé las palabras de Violette en el invernadero, solo unos días antes: «El amor verdadero se reconoce en la piel y en los huesos. Es el que hace que todos los demás empequeñezcan a su lado».

—Tenía mucha curiosidad por conocerte, Vera —dijo envolviéndome en su aguda mirada—. Me enteré del accidente de tu madre hace relativamente poco, en una nota de prensa que repasaba la trayectoria vital de los mecenas de Claire Reynaud, ya sabes: intereses, profesiones, familia… Me quedé helada, durante muchos años me había negado a pensar en ella, no quería recordar

que su hija caminaba por el mundo de la mano de mi hermana. —Apartó la mirada, incómoda—. Quizá me juzgues, pero era demasiado doloroso para mí. Tenía que poner distancia para sanar mis heridas.

—No te juzgo —me apresuré a decir. Si algo había aprendido tras ese viaje al pasado era que los juicios de valor suelen ser inciertos y peligrosos.

—El caso es que en ese momento decidí regresar. Estuve meses debatiéndome conmigo misma, pensando cuál sería la mejor forma de acercarme a ellos. Temía la reacción de Violette, me daba miedo que pensase que yo quería…, bueno, interponerme de nuevo. Decidí asistir a la exposición de Madrid y abordar a Uwe. Pero, una vez allí, no fui capaz. Se me vino todo encima: todo el pasado, todos los recuerdos. Verlo a él allí, de pie, tras todos estos años, entre los cuadros de mi hermana… Lo cierto es que no me colé a propósito en esa fotografía, el periodista me captó por casualidad en el fondo mientras lo observaba a él. Cuando vi la imagen en la revista se me ocurrió la loca idea de enviarle el recorte junto con una pista de mi paradero. Tenía la esperanza de que acudiría a mi llamada.

—Y así fue —dije mirando a Uwe.

Margot esbozó una sonrisa.

—Esa misma noche te vi en el andén del metro. Fue una casualidad increíble. Me pareció estar viendo un fantasma. Supe al instante que tenías que ser tú, la nieta de Guillaume. Tienes los ojos de tu bisabuela Delphine y de Claire, pero tu boca es idéntica a la de Guillaume.

—¿Me parezco a él? —pregunté en un susurro.

—Sí. Desde luego que sí. También tienes su pelo. Imagino que Violette jamás pudo olvidarlo.

—Ninguno de los dos lo olvidamos —repuso Uwe con seriedad—. Jamás.

Sentí una súbita opresión en el pecho. Uwe había convivido a diario con la hija del hombre al que había asesinado por piedad y amor y, más tarde, con su nieta. Y a las dos nos había tratado siempre con un amor incuestionable, como si fuésemos suyas. Quizá también eso era ser un héroe.

Nos envolvió de nuevo el silencio. Álex carraspeó a mi lado y recordé de pronto que él también había desempeñado un papel en esta historia.

—Durante mi búsqueda del dibujo de Claire llamé a muchas puertas —dijo Margot como leyéndome el pensamiento—. Intermediarios, galeristas, algún sinvergüenza que otro…

«Eric», pensé.

—Pero fue la casualidad la que me llevó hasta Álex. Lo conocí por esos relojes de pájaros que hace, esas piezas maravillosas y únicas. Un amigo común me lo presentó. Imagina mi sorpresa cuando averigüé en una conversación casual que era vecino de Uwe y de Violette. Le conté parte de mi historia y él me ofreció su ayuda desinteresada.

—¿Desinteresada? Pero Eric me dijo…

—No sé qué te habrá contado tu ex, pero los pagos que hice a Álex fueron por los relojes que le compré, por nada más —dijo Margot muy seria.

—Entonces ¿tú sabías lo del intercambio? —pregunté volviéndome hacia Álex—. ¿Sabías que mi abuela era en realidad Violette?

—No, eso también me lo ocultó a mí. —Álex se rascó la frente—. Gracias a las confidencias de tu abuela durante mis visitas, sabía que entre ellas se había producido una ruptura, pero Margot no me aportó más datos. Lo único que tenía claro era que deseaba con todas sus fuerzas hacerse con algún dibujo de Claire. A mí manera, yo también me vi atrapado por toda esta historia. Hubo momentos en los que me sentí como una barca fluctuando entre dos aguas, con las confidencias de tu abuela por un lado y los secretos de su hermana gemela por el otro. Me parecía estar pisando sobre alfileres a todas horas.

—Pudiste habérmelo contado —le sugerí con cierto reproche.

—Prometí a Margot que mantendría su búsqueda en secreto. Lo siento, Vera. —Me miró con ojos atentos—. No fue por falta de confianza, te lo aseguro.

Recordé las palabras de Apolline. «Hablar demasiado es como empuñar un cuchillo». Además, en cierto modo había sido toda una experiencia averiguarlo todo por mí misma, seguir el hilo dorado de mi abuelo hasta llegar al final del laberinto.

Solo me quedaba algo más por saber.

—Disculpa si te pregunto esto —dije mirando a Uwe—. Pero… ¿llegaste a enamorarte de Violette? ¿Fue amor de verdad?

—Lo fue —respondió rotundo—. Fue Margot la que me pidió que las buscase a ella y a la niña, que las quisiese. Admito que, al principio, lo hice como una expiación, para purgar mi culpa. Hacerme cargo de la hija del hombre que había asesinado, ¿podría haber mayor penitencia? Sin embargo, con el tiempo Violette y yo nos enamoramos. Y me refiero a amor de verdad, del duradero, del que cura las heridas y riega la tierra árida convirtiéndola de nuevo

en un vergel. Cuando Violette y yo nos reencontramos, los dos teníamos algo en común: un corazón desgarrado, famélico como un lobo en el más crudo de los inviernos. Y a un corazón tan hambriento se lo puede volver a nutrir, se lo puede engordar de nuevo, recomponiéndole la piel y los huesos. Se lo puede…

—Domesticar —completé yo la frase.

Se me vino a la mente la novela *El principito*, cuyo autor, compatriota de las Aubier, también había perdido la vida en las postrimerías de esa guerra. Él decía que domesticar es crear lazos, avivar la necesidad del uno por el otro. Eso es lo que habían hecho ellos: domesticarse, hacerse cargo el uno del otro. Sanarse mutuamente las heridas.

Margot sirvió más café. Su sabor era exacto al que preparaba mi abuela; el toque de la casa. Hablamos de todo un poco mientras el sol se derramaba en vetas anaranjadas por la ventana y nos hacía guiñar los ojos. Hablamos de nimiedades, examinándonos los unos a los otros por el rabillo del ojo, acostumbrándonos a la novedad de nuestra mutua compañía. Domesticándonos.

Más tarde, cuando me levanté para irme, Margot me rodeó el hombro con un brazo firme, un brazo acostumbrado a vadear hasta la orilla en medio de la tempestad, el brazo de una superviviente. Olía a un perfume especiado muy diferente a las colonias florales que usaba mi abuela. Cerré los ojos y sentí, desde la distancia, la presencia de las otras protagonistas de esta historia, sus hermanas, procedentes de un lugar que estaba más allá de la memoria. Unidas, por un instante, en una intimidad extraña que reconciliaba a las vivas y a las muertas.

Antes de salir recordé algo más.

—Creo que esto te pertenece.

Margot aceptó el ovillo de hilo dorado con la respiración contenida. Aquella bolita de hebras tensas encajaba en la palma de su mano como un huevo en su nido. Al fin, después del más tortuoso de los viajes, había regresado a su dueña.

El pequeño huerto de calabazas y judías estaba envuelto en la luz otoñal. Paseé por entre los surcos, sintiendo los rayos de sol en mi espalda. Me sentía distinta, renovada. Yo era la hija de Julia, aquella niña que pudo haber destrozado la vida de su madre, pero que, sin embargo, se la salvó. Por mis venas corría la sangre de mi abuela, Violette Aubier, que trató de encontrar la redención a través del sacrificio, y la de mi abuelo, Guillaume Luc, que bullía con la furia de un tornado. Y también tenía algo de Margot, que jamás se rindió; y de Claire, capaz de iluminar el mundo a través de sus dibujos. Y como no es la carne, sino el amor lo que crea los lazos más duraderos, también tenía en mí algo de Uwe Vogel, capaz de asesinar a sangre fría por amor.

De un modo u otro, todos estaban conmigo.

—Vaya historia, ¿eh?

Di un respingo al oír la voz. Álex me había seguido al exterior, dejándolos a ellos a solas. A través de la ventana pude ver que seguían conversando. Había palabras que les pertenecían solo a ellos.

—Y que lo digas.

—¿Sigues enfadada?

Me miró con unos ojos de tierra que rivalizaban con la que bullía de hortalizas a nuestros pies. Medité mi respuesta. Me dolía que me hubiera ocultado cosas, pero, a la vez, comprendía sus motivos. Quizá en eso consistía el acto de domesticar, en aprender a ponerse en el lugar del otro.

—Ya no. Pero todavía no me has dicho cómo encontraste al abuelo.

—Cuando te marchaste furiosa llamé a Violette…, quiero decir, a Margot —Se rascó la nuca, sonriendo ante la confusión—. La llamé para decirle que no podía seguir con este tema, que tantos secretos estaban dañando a alguien que quiero. Resultó que tu abuelo estaba con ella en ese momento. Se sorprendió muchísimo cuando le hablé de tu búsqueda y le confesé que ambos estábamos en Abrigny. Llegó a Le Phare en un abrir y cerrar de ojos.

«Tantos secretos estaban dañando a alguien que quiero…». Esas palabras me habían caldeado por dentro como vapor caliente.

—Antes, en el hotel… —comencé.

—¿No irás a preguntarme si lo que pasó entre nosotros fue real o no?

Sonreí. Lo cierto era que me disponía a hacer precisamente eso. Pero me tragué mi pregunta. No era necesaria. Como diría mi abuela, en la piel y en los huesos sabía la respuesta.

Nos miramos con complicidad, con las plantas vivas enredándose en nuestros pies. El amor tiene miles de versiones de sí mismo: una con dientes que desgarran, otra con manos que acarician. Puede sonar como un trueno o como el más débil de los susurros. A veces huele como la madera quemada, a rabia y a despecho, y otras esconde la dulce fragancia de un jardín mojado por la lluvia. Me

puse de puntillas y besé a Álex. Nuestros labios unidos eran la promesa de un nuevo comienzo. No tenía por qué ser un camino fácil. En todas las sendas hay piedras, todas tienen algún recoveco. Pero ahora éramos más sabios. Ahora comprendíamos, del modo que se comprenden estas cosas, en la piel y en los huesos, que no importaba que cayésemos siempre que la mano del otro estuviese ahí, lista para levantarnos.

30

Vera

Madrid, noviembre de 2011

Abrí los postigos y me asomé a la ventana. El jardín estaba bañado en una luz grisácea, la luz de un otoño que avanzaba con premura hacia el invierno. En nuestro salón, sin embargo, reinaba la primavera. Había hecho una incursión al invernadero de la abuela y había regresado con un botín de flores: margaritas y dondiegos, hortensias y tulipanes; un estallido de colores que desbordaba los jarrones y parecía llenarlo todo de luz. Flores para un reencuentro largamente esperado.

La abuela estaba en su sillón favorito, envuelta en su manta de angora, el rostro iluminado por su plácida sonrisa de niña. La enfermedad avanzaba sin compasión, adueñándose de cada vez más parcelas de su mente. Yo rezaba para que le concediese una tregua de unas horas, para que le permitiese reconocer a su hermana.

Porque había llegado el día. Margot había volado desde París esa mañana. La esperábamos en cualquier momento.

—¿Debería dejar aquí estas margaritas o mejor las pongo en la ventana? —Tomé el jarrón, insegura. El corazón me latía atolondrado —. Quizá no debería haber traído tantas flores. Quizá…

—Tranquila. —Álex me envolvió en una mirada de calma—. Todo saldrá bien.

—¿Tú crees? Quizá deberíamos…

El timbre interrumpió mi nerviosa perorata. Oí a Paloma abrir la puerta, sus palabras de bienvenida teñidas por la emoción y el asombro. Cuando el abuelo y yo regresamos juntos de Francia un mes atrás y se lo contamos todo, a la pobre estuvo a punto de darle un infarto.

—Ya están aquí.

Me precipité al recibidor. El abuelo venía delante, con una humedad en los ojos que evidenciaba su nerviosismo. Había ido a recogerla al aeropuerto. Margot le seguía a pasitos cortos, la melena blanca suelta sobre la espalda, la barbilla tensa, el collar con la V brillando sobre un jersey de punto color musgo que hacía juego con sus ojos.

—¿Abuela? —Me volví hacia Violette, hacia mi abuela Violette—. Tenemos visita.

Uwe se acercó a Violette y le cogió la mano. Se sonrieron. Sus gestos rezumaban complicidad, un amor abonado de años, de raíces firmemente abrazadas bajo la tierra.

Margot caminó despacio hacia su hermana gemela, hacia su otra mitad. Juntas, allí entre las flores, las vi por primera vez tal como habían sido en su juventud, la fuerza y la valentía de una complementando la candidez y la vulnerabilidad de la otra.

Invencibles.

—Hola, Violette.

Desde su butaca, la abuela alzó hacia ella un rostro desconcertado que no tardó ni un minuto en llenarse de lágrimas.

—Margot. Has venido.

—Sí.

Uwe se apartó de ellas y se reunió en la puerta con Álex y conmigo. Ese momento era suyo, solo de las dos. Estaban de nuevo en ese mundo propio que solo pertenecía a ambas, y los demás éramos simples observadores.

Margot tendió una mano y Violette la tomó. Entre sus dedos unidos gotearon décadas de dolor y de rabia, de secretos y de rencores. Dos piezas volvían a encontrarse, encajaban de nuevo. Sin embargo, todos sabíamos que el puzle estaba incompleto. Faltaba una tercera pieza, una que yacía entre el musgo y las ortigas, dormida para siempre en los brazos de su abuela.

Violette dio un respingo ante el contacto de las manos de su hermana. Como si fuese aún la muchacha torpe de antaño, tiró con el codo un jarrón lleno de nomeolvides, que estallaron sobre la alfombra en un mar de tierra y pétalos azules. Hice ademán de adelantarme para recoger el desaguisado, pero Álex me detuvo poniéndome una mano en el brazo.

Margot se arrodilló ante su gemela, sus pulgares recorriendo sus mejillas, repasando el rastro salado de las lágrimas. Hay momentos en que las palabras no son más que meras sombras de su significado. Ese momento fue uno de ellos.

—No hay necesidad de llorar, Vi —le dijo Margot a su hermana gemela—. Solo son unas cuantas flores.

Epílogo

Vera

Madrid, 2016
Cinco años después

—¡Vera! ¿Queréis bajar de una vez? ¡Vamos a llegar tarde!

Percibo la impaciencia en su tono de voz y contengo una carcajada. La niña, sentada en mi regazo, oye mi risa y sonríe a su vez; no porque comparta mi hilaridad, sino porque es mi hija y solo tiene dos años, y todavía tengo el poder de envolverla en mis estados de ánimo como en la crisálida de una mariposa.

Es otro tipo de amor. Otro tipo de hilo.

Con ella en brazos, me apresuro a bajar la escalera. Álex me espera en el vestíbulo, repeinado y vestido con una camisa nueva, tan comestible como un terrón de azúcar, golpeando el suelo con un pie impaciente.

—Llegaremos tardísimo —me apremia de nuevo.

—No te preocupes. Nos esperarán.

El tráfico de Madrid nos engulle como un embudo. Nos cuesta encontrar aparcamiento, pero lo conseguimos tras dar varias vueltas por esa zona de la ciudad llena de avenidas anchas y árboles raquíticos. La galería de arte es un espacio diáfano de paredes

abombadas que ahora lucen llenas de cuadros que cuentan una historia, la historia de otra época. Sus amplias ventanas son espejos para la luz. Es un lugar muy apropiado para una exposición como esta: *Conservar la luz.*

Uwe Vogel y Margot Aubier nos esperan en el recibidor, muy elegantes, él con traje oscuro y ella con un vestido de terciopelo color vino que contrasta con la blancura de su pelo. Los dos relucen de excitación.

Esta exposición es especial por dos motivos distintos, uno triste y el otro alegre. El triste es que se trata de la primera exposición sin Violette. Mi abuela murió el año pasado, en la cama que fue su lugar seguro durante los últimos años de su vida. Muy al final, la enfermedad le ganó la partida por completo y dejó de reconocernos a todos, hasta a sí misma. Creo que en sus últimas semanas, cuando se miraba en el espejo, ya no veía a la mujer asustada a la que la guerra robó tantas cosas sino a alguien feliz, inocente, libre. Creo que veía a Claire.

Desde su muerte, el invernadero del jardín se ha convertido en una pequeña jungla enmarcada en plástico. Las plantas reinan a sus anchas en un frenesí de hojas y flores entrelazadas que prosperan sin necesidad de que nadie las riegue. El abuelo se encierra allí a veces, entre las flores que ella tanto amaba, y cuando sale siempre tiene los ojos húmedos y teñidos de melancolía.

Margot se vino a vivir a Madrid hace unos años, a una casa muy acogedora cercana a la nuestra. Ella también visita a menudo el invernadero de Violette, pero cuando sale lo hace siempre con los puños apretados, los ojos secos y la espalda más encorvada que nunca, inclinada sobre la tierra que mece a sus seres más queridos.

Uwe y ella pasan juntos mucho tiempo, salen a cenar o dan lentos paseos por el parque; ella todavía recta y él apoyado en el bastón con puño de metal que ha empezado a usar en los últimos años. Hablan de política y de libros o simplemente se quedan en silencio, arrullados por los fantasmas.

El otro motivo por el que esta exposición es especial, el motivo alegre, es porque además de los de Claire, también se muestran algunos de mis cuadros. La inspiración y yo caminamos de nuevo de la mano; he vuelto a pintar. Mis pinturas han sido bien acogidas por crítica y público, algo que me ha pillado por sorpresa. A Álex no, él siempre repite que estaba seguro de que lo lograría. Esta misma tarde recibiré el galardón otorgado por una asociación artística, aquí mismo, entre mis cuadros y los de Claire.

—¡Por fin estáis aquí!

Uwe y Margot se giran sonrientes en nuestra dirección. Ella abre los brazos, y la niña salta como un chinche de mi regazo y se lanza hacia ella con el entusiasmo de un nadador olímpico tirándose a una piscina. Se adoran. Quizá Margot no tuviera instinto maternal en su juventud, pero con mi hija lo ha recuperado con creces.

Vadeamos un rato entre la multitud, saludando a conocidos y amigos y devorando los pequeños canapés que suelen servirse en eventos de este tipo. Oigo a mi alrededor las exclamaciones admiradas de la gente ante los cuadros de Claire. Siempre es lo mismo, en cada exposición. Sus trazos tienen la virtud de conmover al espectador.

Me cruzo con varios periodistas especializados en arte, entre ellos Teresa León, la mujer cuya visita lo desencadenó todo. Nos miramos de reojo, saludándonos con un cabeceo discreto. Durante un tiempo

fue pareja de Eric, después de que Verónica lo abandonase tras solo unos meses de relación. Él sigue teniendo mucho éxito con las mujeres, una facilidad innata para besar labios que después traicionará. Yo ya no le guardo rencor. Creo que, en el fondo, él siempre supo que vadeaba en aguas ocupadas, que la huella de Álex era profunda y permanente, indiferente al paso de los años.

Cuando llega la hora, me subo a una tarima y el presidente de la asociación me hace entrega del galardón. A juzgar por el atril que me han puesto delante, se espera de mí que pronuncie unas palabras, algo que no tenía previsto. ¿Qué podría decir en un momento como este? Cambio mi peso de un pie a otro, me aclaro la garganta y me enfrento a las miradas curiosas de los asistentes:

—Me siento muy agradecida de poder estar aquí hoy, exponiendo mis pinturas al lado de las de mi tía abuela Claire. La mayoría de los presentes sois admiradores suyos desde hace años, os habéis rendido a la magia de sus cuadros. Pero lo que muy pocos sabéis es que Claire fue una víctima, una más de las muchas que la guerra dejó tras de sí en un reguero de tumbas anónimas, sin medallas ni condecoraciones. Claire dejó una huella: sus cuadros. Otros no tuvieron tanta suerte y solo permanecen vivos en el recuerdo de quienes los amaron.

Hago una pausa. Las personas a mi alrededor me miran serias, abandonados en los platos los canapés a medio comer.

—Las pinturas de Claire Reynaud cuentan una historia —prosigo, abarcando con un gesto del brazo los cuadros de las paredes—. Es la historia de una guerra, su propia historia. Pero también es la historia de otras personas, hombres y mujeres que lucharon y se

sacrificaron, espalda contra espalda, con un claro objetivo: la libertad y la supervivencia.

Me detengo para tomar un sorbo de agua. El silencio es espeso a mi alrededor, todos los ojos están pendientes de mí. A la izquierda, Uwe y Margot tienen las manos unidas y los ojos húmedos.

—Los cuadros de Claire nos cuentan la historia de un pueblo que tuvo que renacer bajo las cenizas. Nos hablan de jóvenes que renunciaron a todo por amor, que cometieron locuras en nombre de la libertad. De hombres que cometieron crímenes por piedad y mintieron para no romper su código de honor. De personas que tuvieron que renunciar a su propio nombre y tardaron demasiado en recuperarlo de nuevo. En su tiempo, algunos los llamaron héroes, otros monstruos, pero la realidad es que fueron simples seres humanos que tuvieron que enfrentarse al horror. Fueron supervivientes.

Una cascada de aplausos me recibe mientras bajo de la tarima. Me acerco a Uwe y a Margot y me dejo envolver por su abrazo. Lo que les he dicho a este puñado de desconocidos es la verdad, pero no se lo he contado todo. Me he limitado a arañar la superficie. Hay preguntas que jamás obtendrán respuesta, que nos acecharán a todos por las noches hasta el fin de nuestros días. Cuando Violette habló con Annette Legrand para conseguir que Guillaume regresase a Abrigny tras los bombardeos… ¿fue un acto de amor o de venganza? ¿Lo hizo por su hermana? ¿O quizá sabía por su amiga Lucie que los alemanes tenían cercada a su gemela y trató de enviarlo a él, su más oscuro secreto, a la boca del lobo? Cuando Margot deshizo entre sus dedos la píldora de cianuro al intercambiarse por Violette en la celda… ¿fue un acto de amor o de

venganza? ¿Lo hizo porque estaba convencida de que sería capaz de rescatar a Violette con vida o porque en el fondo de su corazón creía que su hermana merecía sufrir por lo que hizo con el dibujo?

Hay cosas que deben permanecer en secreto. Quizá ni ellas mismas llegasen a tener nunca la respuesta; quizá la verdad se perdió hace décadas entre los entresijos de sus memorias. Nada es blanco o negro. Las personas tendemos a embellecer el pasado; nos mentimos continuamente para aligerar el peso de nuestras conciencias.

Me pierdo de nuevo entre la multitud y un hombre mayor me da unos golpecitos en el hombro.

—Felicidades, señorita Vogel. Sus cuadros son magníficos. Casi tanto como los de Claire.

—Gracias —respondo. No me molesta el «casi». Yo también creo que los de Claire son mejores.

—Se parece usted mucho a su abuelo.

Sonrío sin hacer ningún comentario. Mucha gente cree que he heredado los ojos de Uwe porque los dos los tenemos muy claros.

La verdad es solo nuestra.

—Me refiero a su auténtico abuelo. A Guillaume —remarca el hombre bajando la voz.

Doy un respingo y lo miro con más atención. Es un hombre moreno y fornido que si no ha llegado a los noventa años le faltará muy poco para cumplirlos; de brazos nervudos, boca firme y ojos agudos que se clavan en mí con picardía. Estoy a punto de abrir la boca para preguntarle cómo lo sabe, pero Margot se me adelanta interponiéndose entre los dos, con los ojos brillantes de alegría.

—¡Jacob!

—¡Margot, *kochanie*!

Uwe se une al alborozo, palmeando la espalda al hombre que lo ayudó a limpiar su nombre. Jacob Pawlak, el héroe de guerra. El paso del tiempo puede ser cruel, pero también piadoso, a su manera. Los tres comienzan a conversar rápidamente en un francés veloz y atropellado, tres amigos casi al final del camino poniéndose al día tras una larga ausencia, tres supervivientes.

Tres mosqueteros.

Los dejo a su aire y me alejo en busca de mi pequeña familia, la que me da aliento cada día. El hombre cuyas manos encajan con las mías y la niña que ha llegado para hacerlo todo más hermoso. Los diviso junto a las mesas de entremeses. Álex está dando pequeños trozos de pastel a la niña, que los recibe abriendo la boquita como un pájaro. Ni siquiera levanta la cabeza porque está demasiado concentrada pintarrajeando una servilleta de papel. A su corta edad, parece que ha nacido con un lápiz en la mano. Mi hija pinta en paredes, en servilletas, en el tapizado de las sillas, en la parte trasera de las piernas de cualquiera que se cruce en su camino. Clara, mi hija, ha heredado el nombre de su tía bisabuela y también su amor por la pintura. Ella misma, más tarde en la vida, tendrá que escoger los colores de su propio lienzo.

Álex me rodea con un brazo y caminamos juntos hacia la zona donde se exponen mis cuadros, mucho más reducida que la de Claire.

—Creo que este es mi favorito —dice.

Sigo la dirección de su dedo. La pintura representa un ovillo de hilo dorado sobre un fondo blanco. Es un ovillo antiguo, casi deformado, con sus fibras entretejidas en nudos de siglos. Al primer

vistazo, parece realizada de un único trazo, la pincelada elegante y firme de una mano segura. Solo si te acercas mucho descubrirás que, en realidad, está compuesta por infinidad de pequeñas manchitas, decenas de puntos que se superponen entre sí, como diminutas gotas de sangre o de lágrimas.

Solo si te acercas mucho.

Nota de la autora

La idea original de esta novela surgió en el año 2014, durante un viaje por Francia que hice con mi familia. Como parte de nuestra ruta, nos detuvimos a visitar Oradour-sur-Glane, un pequeño pueblo en pleno centro de Francia que fue testigo de una de las peores masacres de la guerra, cuando en junio de 1944 el Primer Batallón del Regimiento Der Führer de la División SS Das Reich entró en el pueblo y aniquiló a casi toda la población, más de seiscientos habitantes que perecieron fusilados, ametrallados o quemados en el interior de la iglesia. Dado que Oradour era una localidad irrelevante desde el punto de vista militar, se han barajado decenas de teorías sobre las razones de la matanza, siendo la más creíble que fue una represalia por el homicidio de un capitán de las SS por parte del maquis. Otras teorías afirman que los alemanes se confundieron al marcar el pueblo como objetivo, ya que a unos treinta kilómetros existía otra población llamada Oradour-sur-Vayres en la que se ocultaba un arsenal de armas de la Resistencia.

En la actualidad, Oradour se ha convertido en un símbolo de los crímenes de guerra cometidos en Francia durante la ocupación nazi, en un *village martyr* (pueblo mártir), y las ruinas permanecen tal como quedaron aquel fatídico 10 de junio de 1944.

Durante aquel viaje en el verano de 2014, mientras observaba a mi hija mayor (que tenía dos años) corretear por el lugar, me impresionó pensar en el enorme contraste entre la alegría y la inocencia de una niña nacida en tiempos de paz con todo el horror del que habían sido testigos aquellas piedras ruinosas. En mi cabeza, fue tomando forma una idea: el modo en que una sucesión de acciones sin aparente relación entre sí puede desencadenar un resultado trágico. En *El hilo dorado*, los bombardeos sobre Abrigny son una represalia, el resultado de multitud de actos que componen un dominó cuyas piezas se derrumban con consecuencias dramáticas. Como ya tenía la idea inicial, solo me faltaban los personajes. Mientras seguíamos vagando por entre las ruinas vimos llegar a un grupo de adolescentes, quizá una excursión escolar. Su vitalidad y alegría contrastaba con la melancolía del lugar. Una de las chicas sacó un cuaderno y se puso a dibujar. Por encima de su hombro pude ver que sus trazos eran precisos, captaban el paisaje que nos rodeaba con perfección.

Acababa de nacer el personaje de Claire.

La rivalidad y amor-odio entre hermanos es un arquetipo universal. Encontramos muchos ejemplos en la literatura y la mitología; desde Rómulo y Remo, Osiris y Set, hasta historias bíblicas como la de Caín y Abel o las hijas de Labán, Raquel y Lea, que yace con el esposo de su hermana, Jacob, a espaldas de esta. Tras esa unión, ella queda embarazada, tal como le sucede a Violette tras su encuentro con Guillaume. Precisamente en ese mito me inspiré para desarrollar la dramática escena en el escondrijo de Le Phare durante la cual Violette aborda a Guillaume y él la confunde al principio con su gemela. Un encuentro carnal motivado por la ira y

los celos que, al igual que en la historia bíblica, tiene consecuencias dramáticas para sus protagonistas. Las gemelas que intercambian sus papeles, poniéndose en la piel de su hermana por odio, amor o sed de venganza, también aparecen ampliamente en la literatura universal a lo largo de los siglos. Me encantó explorar este tipo de relación y sus ramificaciones en un contexto dramático como el de la guerra.

La mayoría de los hechos históricos que se describen en la novela sucedieron en realidad, como la redada del Velódromo de Invierno, la noche del 16 al 17 de julio de 1942, que provocó la deportación y el asesinato de decenas de miles de judíos franceses. Esa redada fue la mayor (en cuanto a número de personas detenidas) realizada en Francia durante la Segunda Guerra Mundial. La operación Viento Primaveral se preparó cuidadosamente, y hay constancia de mapas de París de la época en los que los nazis marcaron con círculos y cruces rojas las zonas en las que vivía la población judía, así como planos estructurales del velódromo tal como el que Margot encuentra en una escena de la novela.

En otra, Margot debe robar un sello para elaborar carnets de identidad falsos. Durante la contienda, las cajas fuertes y los archivos de los jerarcas nazis se convirtieron en un objetivo goloso para la Resistencia ya que esos «pases de seguridad» eran el modo más seguro de huir para los prisioneros del Reich, pues servían para falsificar tarjetas de identificación. Eran difíciles de sustraer sin levantar sospechas, puesto que estaban numerados consecutivamente Durante los días previos a la redada del Velódromo de Invierno hubo intentos de sacar a los judíos de la ciudad empleando ese tipo de documentos, que los miembros de la

Resistencia trataban de extraer de cajas fuertes y almacenes alemanes.

Margot utiliza un falso libro para ocultar una cámara fotográfica en una de sus misiones. Fue habitual durante el conflicto utilizar libros vaciados o incluso breviarios para esconder radios, munición u objetos prohibidos. En el caso de las cámaras, durante la guerra tuvieron mucho auge las de 35 milímetros que se podían ocultar en libros o incluso en cajas, maletas o cochecitos de bebé. Uno de los primeros ejemplos históricos de una cámara disimulada como un libro fue la Scovill & Adams de 1892.

Por otra parte, también las píldoras de cianuro se escondían en los objetos más variopintos, la mayoría de los agentes solía tener alguna en su poder por si caían en manos del enemigo.

Para esbozar el papel de Margot como espía, investigué casos reales de agentes que se convirtieron en amantes de nazis para conseguir información. Entre ellos, el caso de la estadounidense Amy Thorpe, que mantuvo relaciones con Charles Brousse, partidario de Vichy. En una ocasión tuvo que forzar una cerradura para lograr documentación, corriendo grave riesgo. De esa experiencia y otras similares surgió la idea del «robo» perpetrado por Margot.

En *El hilo dorado* se menciona en varias ocasiones el concepto *Nacht und Nebel*, «Noche y Niebla». En 1941, Hitler firmó un decreto del mismo nombre cuya finalidad era propiciar la desaparición de los prisioneros sin dejar huella. A través de ese decreto, se impedía hacer público cualquier detalle sobre el destino de los detenidos (en especial, opositores al régimen y miembros de la Resistencia), que quedaban así completamente aislados del exterior. Se cree que el dictador alemán se inspiró para nombrar ese

decreto en la figura del enano Alberich, un personaje de la ópera de Wagner *El oro del Rin* que canta las palabras: *Nacht und Nebel… niemand gleich*! (Noche y Niebla… ya no hay nadie) antes de escudarse tras un yelmo mágico que lo vuelve invisible.

En la novela se narra una escena en la que Annette y Margot sabotean los vagones que los alemanes tenían preparados para trasladar sus tanques Tiger. Ese tipo de carros de combate fueron muy utilizados por las divisiones militares del Tercer Reich. Eran auténticas máquinas de matar que consumían ingentes cantidades de combustible y eran proclives a problemas mecánicos. Sus llantas de acero se desgastaban con facilidad en carretera y por ello los alemanes utilizaban trenes para su transporte. Acciones de sabotaje alterando el aceite y combustible de esos tanques se llevaron a cabo en realidad, como las lideradas por el británico Anthony Brooks en suelo francés y otras similares descritas en obras de consulta como *SOE, the Scientific Secrets* de Frederic Boyce; *El día D* de Stephen Ambrose, o *Manual de sabotaje* editado por la Oficina de Asuntos Estratégicos durante la guerra, en el que se instaba a sabotear los sistemas de aceite y combustible de tanques y maquinaria. Desde la fábrica Citroën se alteraron las varillas de aceite de los camiones del Ejército alemán, tal como narra John Reynolds en *Citroën 2CV*. En este tipo de actos reales me inspiré para narrar el sabotaje de Margot y Annette.

La Resistencia se expandió en suelo francés después del discurso en la BBC del general Charles de Gaulle, el 18 de junio de 1940, que hoy en día se conoce como «Appel» (llamamiento).

Desde Inglaterra, el SOE trabajaba en estrecha colaboración con los servicios de espionaje de los gobiernos en el exilio. Unas trece

mil personas formaron parte de la organización, hombres y mujeres procedentes de diferentes campos, todos entrenados para luchar, sabotear o matar. Muchos de ellos, al igual que hacen Annette y Jacob en la novela, se descolgaron sobre Francia en paracaídas desde los Westland Lysander, los aeroplanos que utilizaba el Ejército británico, así llamados en honor al general espartano Lisandro. Los agentes que los recibían se colocaban en forma de L y hacían señales con sus linternas, tal como se describe en la novela.

En varias escenas, Margot recibe de sus compañeros el siguiente mensaje: «Llegará un momento en el que debas hacer sacrificios. Tendrás que elegir». Esta premisa formaba parte del entrenamiento a los agentes del SOE desplazados a territorio enemigo; al igual que en el silencio y la confidencialidad, se los entrenaba para priorizar el bien común sobre todo lo demás, inclusive familia y amigos.

El código morse desempeña un papel importante en la novela. En una escena, Guillaume transmite un mensaje a Margot en código morse a través de las paredes de la celda de Saint-Rémy. Fue una práctica muy utilizada por los miembros de la Resistencia, y existe constancia de mensajes trasmitidos de ese modo de un preso a otro a través de celdas contiguas. Además, este lenguaje de signos fue empleado en otros conflictos bélicos, no solo en la Segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, el poeta uruguayo Mauricio Rosencof, que fue encarcelado entre los años 1973 y 1985 por su militancia política, empleó este sistema de códigos para comunicarse con su compañero de la celda adyacente, originando a través de este sistema la obra *Memorias del calabozo*. En esta y otras memorias me inspiré para narrar esa escena entre Margot y Guillaume.

Abrigny, Vernuel y el monasterio de Saint-Rémy son escenarios ficticios, descritos de un modo que intenta aproximarse lo máximo posible a la idiosincrasia de la región del Loira en la época. El resto de los escenarios son reales, incluido Domrémy, el pueblo natal de Juana de Arco que, como dato interesante, fue un símbolo de la Resistencia francesa en la lucha contra la ocupación. No existió en Domrémy ningún centro Lebensborn, pero sí que hubo varios en toda Francia, al igual que en el resto de la Europa ocupada.

Todos los personajes de la novela (excepto las personalidades históricas, obviamente) son inventados. Para desarrollar el personaje de Apolline Bisset y su labor en su *strickerei* me inspiré en la figura de Phyllis Latour Doyle, una agente secreta del SOE de nacionalidad británica que recopiló información en prendas de punto. Phyllis Doyle se lanzó en paracaídas sobre Francia durante la contienda y, haciéndose pasar por vendedora de jabón, iba de aquí para allá en su bicicleta aprovechándose de su fluido francés para entablar conversación con los soldados alemanes. Cuando obtenía algún dato importante, lo codificaba en morse en un trozo de tejido que ataba a su cabello. Fue detenida e interrogada, pero los alemanes no se fijaron en su coleta y la dejaron en libertad.

En la novela, la frase «Hablar demasiado es como empuñar un cuchillo» es una constante. Para desarrollar esta idea me inspiré en las campañas de propaganda británica durante la Segunda Guerra Mundial, que empleaban folletos con el lema *Careless talk cost lives* (Hablar de más cuesta vidas) para instar al secretismo y la confidencialidad.

En el capítulo 16, se narran escenas acontecidas durante la Kristalnacht o Noche de los Cristales Rotos, sucedida durante el 9 de

noviembre de 1938 y durante la que se quemaron sinagogas, se destruyeron torás y se atacaron negocios judíos dejando la calle llena de vidrios rotos, incluso los negocios de los que eran parcialmente judíos (*mischlinge*) fueron destrozados.

En otra escena, Didier menciona la expresión *Blut und Boden* (Blubo), popularizada por Richard Walther Darré durante la época del ascenso nacionalsocialista en su libro *Neuadel aus Blut und Boden*. Se refería a una simbiosis entre la tierra y la sangre alemana: la tierra fluyendo por las venas de la raza nórdica y la sangre del pueblo alemán retornando a los valores tradicionales u «orden natural». Se convirtió en una consigna nazi muy popular.

Durante la contienda, la BBC emitía mensajes en clave destinados a la resistencia civil en Europa, con frases aparentemente inocentes que encerraban claves («Marie ha tenido gemelos», «Lawrence está en perfectas condiciones», etc).

Agradecimientos

A todos los lectores, a los que vivís conmigo cada nueva historia, a los que me acompañáis a través de las páginas y dais sentido a tantas horas de trabajo. Gracias por escoger esta novela y por acompañarme hasta el final.

A mi familia, que soportó con paciencia las largas horas de viaje mental por la década de los cuarenta, a Jorge por su eterno apoyo y a Sabela y Lara por su eterna alegría.

Dos épocas unidas por un secreto familiar.
Un legado que el tiempo no ha podido borrar.



Francia, 1940. La vida en un pequeño pueblo en el valle del Loira cambia drásticamente tras la ocupación alemana. Las hermanas Aubier se enfrentan a la guerra cada una a su manera, entre peligros, mentiras, pasiones prohibidas y secretos que han jurado no revelar.

A medida que la contienda avanza, una decisión inimaginable las obligará a replantearse sus lealtades. Mientras luchan por sobrevivir, deberán responder a una pregunta: ¿hasta dónde están dispuestas a llegar por proteger lo que más aman?

España, en la actualidad. Vera Vogel acaba de salir de un amargo divorcio cuando recibe una noticia inquietante: su abuelo ha

desaparecido sin dejar rastro. Inmersa en la búsqueda, descubre una fotografía antigua que hará tambalear todo lo que creía saber sobre su familia. En una carrera contrarreloj, Vera tendrá que desentrañar los misterios del pasado a la vez que recompone las piezas de su presente.

Con un gran talento narrativo, Lara Beli nos sumerge en un mar de emociones a través de la historia de tres hermanas que luchan por sobrevivir a la Segunda Guerra Mundial. Una novela envolvente que hila amor, secretos, traición y esperanza.

Lara Beli nació en Ourense en 1982. Licenciada en Derecho y Periodismo, ha desarrollado su carrera profesional en el ámbito de la comunicación económica y corporativa. Con sus primeras obras, de corte romántico, *La terquedad de las estrellas* y *Un plan imperfecto*, dio el salto a la ficción literaria.

En 2020 autopublicó *El hilo dorado*, una novela histórica que se alzó entre los libros más vendidos de su género durante varios años. Finalista del Premio Amazon Storyteller, ahora llega a las librerías de la mano de Ediciones B.

Con su último libro, *Libre es mi corazón* (Ediciones B, 2024), rindió un precioso homenaje a la poeta Rosalía de Castro, ganándose una vez más el aplauso de la crítica y de los lectores.



Primera edición: diciembre de 2025

© 2025, Lara Beli
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografías de portada: © Leonardo Baldini / Arcangel y Gettyimages

intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8341-8

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros

Instagram: @edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El hilo dorado
Prólogo
Capítulo 1. Vera
Capítulo 2
Capítulo 3. Vera
Capítulo 4
Capítulo 5. Vera
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9. Vera
Capítulo 10
Capítulo 11. Vera
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14. Vera
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22. Vera
Capítulo 23
Capítulo 24. Vera
Capítulo 25
Capítulo 26. Vera
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29. Vera
Capítulo 30. Vera
Epílogo. Vera
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Lara Beli
Créditos